Jugada de Maestro

Trilogía Odio en el Hielo #1



CLÉLIA K. M.

Jugada de Maestro

Trilogía Odio en el Hielo #1

CLÉLIA K. M.

Copyright © 2026 Clélia Kruschinski Müller
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida o transmitida, sean cuales sean los medios empleados (electrónicos, mecánicos, fotográficos, de grabación o cualesquiera otros), sin la autorización previa y por escrito de la autora.
En caso de que estés leyendo este libro fuera de Amazon, sea como sea, su reproducción se ha realizado de manera ilegal y sin mi autorización en absoluto. Eso significa que estás leyendo un contenido pirateado y que perjudica directamente mi trabajo.
Esta es una obra de ficción. Todo lo aquí representado, incluidos personajes, organizaciones y eventos, es fruto de la imaginación de la autora o se está utilizando de manera ficticia.

Título
Jugada de Maestro

Portada
Larissa Chagas

Traducción
Gustavo Henrique

Maquetación
Clélia K. M.

K. M., Clélia
[Recurso digital] Jugada de Maestro / Clélia K. M. — 1.ª edición; 2026.
Romance contemporáneo; 2. Literatura brasileña; 3. *New Adult*; 4. Ficción. I. Título.

Esta obra ha sido traducida y revisada según la ortografía vigente de la RAE.

SUMARIO

SINOPSIS
PLAYLIST
NOTAS DE LA AUTORA
Prólogo
1 ¿Es de tu calaña?
2 ¿Eres siempre así de desconfiada?
3 ¿Es esa chica?
4 ¿Tú nunca?
5 ¿Qué voy a hacer contigo, Aurora Montclair?
6 ¿Qué Aurora es esa, Aurora?
7 ¿Podemos mantener esto entre nosotros?
8 ¿Cómo sabes eso?
9 ¿Ya te han dicho eso?
10 ¿Desconfianza?
11 ¿Eso me dejaba dónde?
12 ¿Es ese el apodo?
13 ¿El hechizo se volvió contra el hechicero, señor jugador de hockey?
14 ¿Qué era aquello?
15 ¿Me das esa oportunidad de explicarme?
16 Pero no salieron bien, ¿sabes?
17 ¿Por qué parece que me estás ayudando?
18 ¿Lo sabías?
19 ¿Es Aurora?
20 ¿Qué tienes en mente?
21 ¿Qué harías?
22 ¿Y si fingieron?
23 Así está mejor, ¿no?
24 ¿Dónde está tu chica, Trey?

25 ¿Quién es ese tipo?
26 ¿Pero y si saliera bien?
27 ¿Entonces vamos a hacerlo?
28 ¿Podemos de verdad fingir que nunca nos vimos?
29 ¿Qué puedo hacer?
30 ¿Dónde está la Aurora tímida, Aurora?
31 ¿Y si ya no quieres más, Trey?
32 ¿La peluca se puede mojar?
33 ¿Sabes una cosa que me encanta ver?
34 ¿Estás saliendo con un rival?
35 ¿Va a tardar mucho?
36 ¿Qué tipo de persona hacía todo aquello?
37 ¿Podemos hablar?
38 ¿Y si no es mentira?
39 ¿Y el corazón?
40 ¿Por qué me estás ayudando?
41 ¿Fuiste tú?
42 ¿Tu mujer?
43 ¿Quieres el apellido?
44 ¿Demasiada emoción para una sola noche, Hartley?
45 ¿Alguien más quiere hacerlo oficial aquí?
46 Gracias por haber visto más en mí de lo que yo misma veía.
Primer epílogo:
El resultado de la jugada maestra.
Segundo epílogo:
El "por fin" merecido.
Defensa Perfecta: Prólogo
1 Apoya a tu hermano pequeño ✓
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES
NOTAS Y LEGENDAS

SINOPSIS

Aurora está metida en una venganza, solo que no tiene ni idea de ello.

Trey odia lo que ella representa, pero ella ni siquiera sabe quién es él.

Hasta ahora.

A punto de empezar su primer año en Scadelton, la misma universidad en la que sus padres se conocieron y se graduaron, y a la que asisten sus hermanos, Aurora planeaba una estancia tranquila mientras intentaba aceptar vivir la vida que le habían planeado, no la que soñó.

Sin embargo, cuando un alumno de la facultad rival, con sangre derramada dentro y fuera de las pistas, se acerca a ella, no sabe que está a punto de desencadenar la ruina de su propia familia.

Trey quiere venganza y haría cualquier cosa, incluso usar a Aurora para conseguirlo.

Aaron, su hermano, destruyó su mundo años atrás, y Trey juró vengarse por lo que el Montclair le hizo a su familia, aunque para ello tuviera que destruir la vida de todos los implicados.

Lo que Trey no sabe es que Aurora es tan víctima como él, y podría ser una aliada... si él estuviera dispuesto a permitirlo.

ROMANCE ADULTO x *NEW ADULT* x HOCKEY UNIVERSITARIO x FAMILIAS RIVALES x SOLO HAY UNA CAMA x BUENA CHICA Y *FUCK BOY* x RELACIÓN PROHIBIDA x FOUND FAMILY.

ESTE ES EL PRIMER LIBRO DE LA TRILOGÍA "ODIO EN EL HIELO". TODOS LOS LIBROS PUEDEN LEERSE POR SEPARADO. Sin embargo, si te importan los pequeños *spoilers*, recomiendo la lectura en el orden de publicación.

PLAYLIST

Para leer acompañada de las canciones que escuché mientras escribía y que creo que pegan muchísimo con esta historia, solo tienes que escanear el código QR de abajo o acceder a través del enlace.



NOTAS DE LA AUTORA

Podría empezar con una nota bonita y muy mona, pero, antes de eso, necesito, de verdad, ser honesta.

Pensé que no iba a poder. De verdad, honestamente y sin ningún adorno: desde el síndrome del impostor hasta lidiar con el duelo, lo tuve todo. Incluido el miedo a que odiaran este libro.

En los primeros capítulos, consideré borrarlo todo, fingir que nunca había dicho que estaba escribiendo un romance con hockey y seguir con mi vida.

Este es el primer libro que escribí después de perder a mi padre. *Foxwood*, mi lanzamiento anterior, fue escrito antes y publicado después de que lo perdiera, y era consciente de que todo eso me afectaría, pero, caramba...

Y *Foxwood* fue un éxito. Sin duda el mayor de mi carrera hasta ese momento. Eso significa que sentí más presión, sí, y aunque muchas autoras digan que está bien y que no lo sienten o que no se ven afectadas, no voy a decir que eso no me pasó a mí. Me pasó, y fue muy difícil lidiar con todo eso a la vez.

También tuve un retraso en la escritura porque mi abuelo ingresó en el hospital y toda mi rutina se tuvo que adaptar durante más de un mes, y fue un periodo en el que no conseguí escribir.

En consecuencia, todo eso me dio vueltas en la cabeza mientras escribía a Aurora y a Trey. Ellos surgieron el año pasado (2023) y, en aquel momento, pensé que sería súper fácil escribirlos. Quizá lo habría sido si hubiera sido en ese periodo, pero el comienzo de este libro fue mega difícil, precisamente por todas esas circunstancias. Yo sabía que debía estar en un sitio, ir a otro y buscar algo, pero no tenía ninguna respuesta más allá de esa información vaga: una protagonista con problemas familiares serios y un personaje que quería venganza por algo de lo que ella no tenía culpa.

¿Y por qué estoy diciendo todo esto?

Porque si estás leyendo esto, significa que conseguí escribir, terminar y amar todo lo que vi aquí. Aurora resultó ser una sorpresa

de muchas maneras, en especial en su evolución como persona, y Trey fue otra caja de Pandora, pero de una forma positiva.

Por desgracia, después de terminar de escribir el libro y durante la revisión del 30 % final del libro, mi abuelo falleció también, lo que, honestamente, fue otro golpe de la vida que todavía duele. No esperaba perder a dos de las figuras paternas más importantes que tuve en mi vida en menos de seis meses y, sinceramente, ni siquiera sé qué deciros al respecto.

Vas a ver que la dedicatoria de este libro incluye muchas cosas, y una de ellas fue para mí misma. Creo que muchos de nosotros, si no todos, tenemos miedo a fallar.

Me alegra que eso no haya pasado con la historia de Trey y Aurora. Sería una pena no compartirla con vosotros. Sería una pena dejar guardada esta historia preciosa y, cuando comprendí que la amaba... simplemente no había manera de renunciar a ellos.

Esta historia contiene varios temas y asuntos, pero no la escribí pensando en un gran giro o algo enorme. Sin embargo, creo que va a generar algunas reflexiones igualmente, y eso, en particular, es algo que me gusta mucho. No necesito cambiar tu corazón o tus pensamientos, ni tu forma de vivir, pero espero de verdad tocarte el corazón.

ATENCIÓN: Este libro contiene contenido para adultos (+18), con escenas explícitas de sexo. Posibles desencadenantes: depresión, familiares tóxicos, manipulación emocional, agresión física y emocional, asesinato y duelo.

Dicho esto, te deseo una estupenda lectura (y que sea con el corazón abierto). Apuesto a que te vas a sorprender.

Con amor,
Clélia

Y, en concreto para los lectores de la versión traducida, me gustaría daros las gracias por darle una oportunidad a mi trabajo.

Soy una autora nueva en este mercado, que hasta ahora solo había publicado sus libros en su lengua materna, y admito que la idea de traducir mis obras me asusta bastante, pero, al mismo tiempo... creo justo que mi trabajo sea compartido con más personas. Espero que os enamoréis de ellos como yo y como ya se enamoraron muchos lectores.

Para aquella niñita retraída, con miedo a ser ella misma y a imponer sus gustos, sus deseos, sus miedos, sus recelos y, especialmente, ella misma.
Está bien decir que no. Está bien ser tú misma.

Lo arriesgaré todo por ti
Te quiero conmigo
— After Hours (The Weeknd)



En Boston existen dos grandes realezas.
Scadelton y Northride.
Y, como toda realeza, quieren estar en la cima y, sobre todo, se odian.
Dentro y fuera de las pistas.




19
HARTLEY
19

Prólogo

Trey

—Voy a ser sincero: creo que es una estupidez.

No soportaba más el tono de la voz de Nathan, y no hacía ni veinticuatro horas que nos habíamos visto por primera vez después de semanas distanciados.

Fueron *semanas*, no *meses*, porque, aunque odiara su tono de voz en ese momento, Nathan fue a verme a Springfield durante el verano, ya que yo no podía salir porque necesitaba trabajar.

—Claro que crees que es una estupidez, y claro que estás siendo sincero —repliqué, cabreado, porque era la vigésima vez que decía la misma mierda—. Y repito: estoy seguro de que él montó toda aquella mierda y, por eso, necesito demostrarlo.

—Mira, Trey, lo sé y estoy contigo en eso, solo que no estoy de acuerdo con todo lo demás —replicó Nathan, arrancándome un suspiro de frustración al girarme en la silla con ruedas detrás de mi mesa.

—No es una estupidez querer vengarme por el asesinato de mi hermana —murmuré, molesto.

—De acuerdo. Pero ¿cómo vas a hacer eso usando a una chica que quizá ni siquiera sepa la verdad? ¿Cuántos años tenía ella?

Respiré hondo y lo solté.

—La única forma de conseguir pruebas de que los Montclair están implicados en la muerte de Tracey es acercándome, primer punto. El segundo punto es que puedo joderles la vida usando a la chica. ¿Has visto cómo esos dos hijos de puta la protegen? Es obvio que saben que hay todo tipo de gilipollas por ahí; ellos son de los peores.

—Vale, *entiendo* tu lógica, pero no creo que tenga tanto sentido.

Suspiré, mirando a mi mejor amigo y también compañero de equipo.

Nathan era una de las personas a las que más estaba unido y, sin duda, era una de las únicas con las que había hablado de toda la situación. Mis padres me creían y también discrepaban de la postura de la policía sobre la investigación de la muerte de mi hermana, pero

no había mucho que pudiéramos hacer cuando la estrella del hockey intervino, y aún menos cuando la maldita alcaldesa influyente de una ciudad de medio pelo se metió.

En diciembre se cumplirían dos años. Y estaba cansado de pensar cada día que Tracey estaba muerta por culpa del hijo de puta de Aaron. Porque era eso. Era *exactamente* eso.

Y, analizando toda la situación en frío, hasta podría haber creído la investigación policial, si no fuera por la cara de ese hijo de puta. Si no supiera que Tracey había terminado con él y nunca haría aquel viaje con él. Si no hubiera hablado con ella horas antes de su muerte. Si *él* mismo no fuera el hijo de puta que era.

Aaron había matado, sí, a mi hermana. Y yo tenía que demostrarlo.

Pero no sabía cómo, así que haría lo que fuera para descubrir cómo empezar aquello. Aaron me había arrebatado una de las cosas más valiosas del mundo y, aunque no pretendiera hacer lo mismo—joder, yo no era ningún asesino y no iba a arriesgar mi futuro por su culpa; sabía que no era lo que Tracey querría—, haría cualquier cosa para destruirlo y a esa familia perfecta y de mentira.

Antes de que todo pasara, no tenía ningún problema con ellos, al menos nada grave. No me gustaba mucho el apellido, en especial por la rivalidad familiar antigua entre nuestros padres, pero, por lo demás, no tenía problemas. Tracey tampoco, y así fue como se involucró con Aaron, aunque él fuera el novato, un año más joven.

Hace poco, me había enterado por un grupo de tíos de que Aaron y Andrew, los mayores hijos de puta que conocía en el mundo, por encima de cualquiera—y yo convivía con jugadores de hockey, conocía a *muchos* de ese tipo—, estaban preocupados por algo.

Luego, descubrí que se estaban *moviendo* por el campus de Scadelton una semana antes de que, de hecho, tuvieran que estar en la ciudad. Y después descubrí que el apartamento de al lado del suyo lo habían comprado sus padres para la hermana pequeña, de cuya existencia, hasta entonces, ni siquiera tenía idea.

Aurora Montclair. Novata de Administración. Se parecía mucho a Andrew, con el pelo oscuro y los ojos claros, y tenía la vida perfecta en las redes sociales. Hasta el año anterior, jugaba al vóley en el

equipo del instituto, en Weston, pero al parecer no tenía beca deportiva en Scadelton.

Tracey nunca me habló de la Montclair más joven, solo de Andrew, que fue quien le presentó a Aaron a ella, porque los dos eran amigos. Siendo justo, yo ni siquiera miraría a la chica si no fuera por su apellido.

Pero lo que siempre me irritaba de la situación era Andrew. ¿Qué clase de amigo deja que el exnovio mate a la amiga? Aunque sea su hermano. Porque fue eso: Andrew lo sabía todo y encubrió a su hermano en vez de proteger a su amiga.

Siendo justo, la chica debía saber de la situación, pero no debía estar involucrada. La cuestión es que me daba igual que Aurora fuera un medio para el fin, un daño colateral, alguien a quien usar para llegar adonde quería.

Quería a Aaron en la cárcel y, preferiblemente, que su hermano y sus padres también pagaran por lo que hicieron. Aurora era solo una forma de conseguir todo eso, no necesitaba que yo le gustara ni que me perdonara por cualquier mierda que fuera a hacer después de usarla.

Volví la vista al portátil sobre la mesa, abierto en una foto recién publicada de la chica. Estaba entre sus padres, sonriendo a la cámara mientras se despedía de su ciudad natal para mudarse a Boston.

—Hagamos un trato, entonces —declaró Nathan a mi lado, estirándose para mirar la imagen también—. Te ayudo con esa venganza tuya y a meter a Aaron entre rejas. Estoy de acuerdo con eso, aunque joda la vida de gente que no tiene nada que ver.

Asentí, volviendo la vista hacia él.

—¿Pero? —Porque Nathan *siempre* encontraba un *pero*. Era su *manera*, la del hijo de puta.

—Si estás yendo demasiado lejos, voy a intervenir. Y por tu propio bien. Tu venganza no vale *tu* vida.

—Tracey murió. Que se joda todo lo demás.

—A ella sí le importaría, Trey —dijo, incómodo—. Ya estás en una situación delicada, teniendo en cuenta el draft[1]. Torcí el gesto, lo

sabía. —¿Y si tu venganza te cuesta una plaza en la NHL[2]?

—Por la Trac...

—Para ya. No tiene por qué ser una cosa u otra. Puedes conseguir las dos; voy a garantizarlo. Ese es el trato. Y, por el amor de Dios, olvídate de esa chica. No la necesitas para vengarte. Conociendo a Andrew y a Aaron, deben de ocultárselo todo.

—Dudo que ella no lo sepa.

—Olvida eso —pidió de nuevo, apoyando la mano en mi hombro —. Eres mejor que eso y, sinceramente, ¿quieres ser el hijo de puta que destroza a una chica como lo fue Aaron?

Le lancé una mirada helada, pero él ni siquiera parpadeó, analizándome con soberbia.

—Sabes que tengo razón. Olvida a esa Aurora.



1
¿Es de tu calaña?
Aurora

Princesa de hielo.

No. Ese apodo no podía seguirme allí.

Nadie en la universidad lo sabía, y yo necesitaba cambiar las cosas. Era una vida completamente nueva —dentro de lo posible— y tenía derecho a intentarlo.

Sin contar con que quería ser más cálida. No quería ese hielo conmigo; quería hacer cosas sin premeditarlo todo, sin pensar en todo, sin considerarlo todo. Solo hacer. Sin pensar en lo que dirían, en la bronca que me caería. En el problema que sería hacer cualquier cosa.

En ellos. Especialmente sin pensar en *ellos*.

Años atrás, hice una lista. De cosas que quería hacer cuando estuviera en la universidad. En realidad, empecé la lista y, con los años, las líneas fueron aumentando.

A pesar de haber tachado algunas cosas y cambiado otras, algunos puntos se mantuvieron idénticos e inmutables. El primero siempre me preocupaba mucho.

Darles *esquinazo* a mis hermanos y hacer locuras que toda universitaria hace. Sé que parecía medio ridículo, pero era la verdad.

Era lo que más me llamaba la atención, pero lo que más me preocupaba también.

Por innumerables razones, y algunas lógicamente tenían mucho sentido, pero era controvertido por eso: para hacerlo, necesitaba seguir con mi deseo de dejar el título atrás —dejar de ser la princesa de hielo, que no siente nada por nadie, a la que ninguna persona puede tocar, que siempre está escondida en la torre helada para no ser herida—, al mismo tiempo que necesitaba ignorar la parte que me decía que absolutamente todo era una mala idea y yo tenía que seguir con lo correcto, con lo adecuado, con lo que aprendí a ser, con la persona que era.

¿Pero yo era esa persona? ¿O solo aprendí a serla?

Con todo eso dando vueltas en mi cabeza, terminé de meter otra de las cajas de mudanza dentro del apartamento.

Preferiría que fuera la residencia de la universidad, pero, claramente, era la única opción.

Me interesaba el programa de apoyo a la clínica veterinaria de la universidad, pensando en cómo hacerlo sin dejar demasiado explícito que no me interesaba la parte administrativa, sino jugar con los animales.

Scadelton no era ninguna universidad en lo alto de la lista de las mejores para Medicina Veterinaria, pero su programa incluía varios tipos de proyectos, incluso para alumnos de fuera, y me interesaba. Me gustaba convivir con animales.

También quería apuntarme a algunas tutorías; había visto los planes de clase de algunas asignaturas y sabía que iba a sufrir, así que ya quería asegurar mis plazas para no suspender nada. Me habría gustado quedarme en la residencia, porque así tendría una compañera de cuarto —insufrible o no— para repartir las cosas y compartir nuestro primer año.

Incluso con todos los lados malos, de verdad quería vivir aquello. ¿Preferiría estar estudiando otra cosa? Sí. Pero podía con ello. Ya había visto los programas y, quién sabe, quizá el equipo de vóley me dejaría entrenar con ellos o incluso sentarme en el banquillo. No podría jugar en el equipo principal, mi madre nunca lo permitiría, pero al menos podía aprovechar un poco el equipo para hacer nuevas amistades.

Necesitaba desesperadamente hacer amigos antes de que mis hermanos acabaran alejándome de la gente. Fue así en el instituto hasta que se fueron, así que yo tenía que adelantarme. Necesitaba librarme un poco de ellos, aunque fuera de manera sutil.

Aaron me seguía casi pegado, llevando dos cajas, y Andrew entró llevando otras dos.

No eran tantas cosas; el apartamento ya estaba amueblado y yo tenía todo lo que necesitaría, así que era solo lo suficiente para pasar cuatro años de mi vida.

Corté esos pensamientos antes de entrar en otra crisis existencial, porque, de todas formas, aquello no me llevaría a ninguna parte. Me estaba quejando con la barriga llena; ¿cuántas chicas matarían por tener su propio rinconcito en la universidad?

—¿Todo bien, enana? —declaró Aaron, dejándose caer en el sofá del salón y estirándose.

Aaron era el del medio. Fue el pequeño, básicamente, solo un año hasta perder el puesto conmigo y también era el insufrible.

Andrew era más soportable, pero igual de difícil de llevar.

—Llegamos tarde al entrenamiento —declaró el mayor de nosotros al besarme la frente y apartar a nuestro hermano del sofá, yendo hacia la puerta—. ¿Todo bien?

Asentí, con una sonrisa floja.

Eso, id a entrenar.

—Claro, voy a colocar las cajas y descansar. Sonreí de oreja a oreja.

Aaron y Andrew ya estaban en el campus porque el equipo de hockey de Scadelton empezaría los entrenamientos un poco antes del inicio del semestre. Algo de prepararse para el inicio de la temporada y también del semestre, para las inscripciones de novatos y las entradas y salidas del equipo. Tres graduados habían sido fichados el año pasado, uno incluso se fue a mitad del período, así que tenían una campaña bastante fuerte para conseguir nuevos miembros lo bastante fuertes, al mismo tiempo que entrenaban para llegar al *Frozen Four*[3].

Y ellos estaban allí también porque *yo* estaba. Sabía que no se tragarían aquella historia de que yo quería ir antes para adaptarme.

Tener dos hermanos como los míos era como ir con dos seguratas todo el tiempo. Sin contar con que, además de ser mayores, realmente parecían guardaespaldas. Ambos jugaban al hockey profesionalmente y entrenaban desde pequeños, porque mi padre se empeñó en ponerlos en la pista antes incluso de que pudieran mantenerse en pie, lo que automáticamente hacía que entrenaran mucho el físico. Me imaginaba que, a ojos de las chicas, eran un

sueño, y sabía perfectamente que debían tener una reputación en esa universidad.

Los dos últimos años habían sido perfectos justamente porque era mucho más fácil lidiar solo con mis padres, igual de protectores, que con otras dos personas encima de mí todo el tiempo.

Digo, años parcialmente perfectos. Sin Aaron entre mi padre y yo, cuando se fue a la universidad, las cosas se complicaron un poco en casa.

Pero aun con todo eso, cuando mis padres fueron explícitamente claros sobre la universidad y sobre las prioridades, sabía que las cosas volverían a ser difíciles.

Juro que no entendía por qué me vigilaban tanto. Lo entendía cuando era pequeña, creciendo en un colegio tradicional con chicos jugando al hockey sobre hielo, chicas entrenando hockey sobre hierba (y casi matándose) y huyendo de chicas peleonas que me provocaban porque mi madre era política. Pero yo ya era mayor de edad, sabía apañármelas y, desde luego, había sobrevivido a dos años de instituto sin ninguno de los dos encima de mí.

Así que sí, eso me irritaba de cojones y no sabía cuánto tiempo más los aguantaría así sin estallar. Tenían que dejarme vivir, joder.

La gran cuestión es que, igual que me irritaban, me daba miedo la reacción de mis padres. Mi madre era la típica política pasivo-agresiva dentro y fuera de ese ayuntamiento, mientras que mi padre era el jugador de hockey de éxito, de mecha corta mientras entrenaba a su querido equipo tras la retirada e intentaba criarnos como si estuviéramos en una pista.

Por lo tanto, podía tener rabia, tenía mucha, pero también sabía que perder la cabeza no era una opción viable, porque solo me perjudicaría.

Por eso no discutí cuando mi opción de carrera ni siquiera fue una elección. O las universidades a las que me apunté.

Estaba frustrada. Las cosas eran cómodas, confortables, pero no como yo quería. El apartamento de dos habitaciones y una cocina-salón conjunta estaba amueblado en tonos claros, agradables, y las paredes claramente habían sido pintadas hace poco en un amarillo

pastel claro, pero nadie me había preguntado nada. Nadie cuestionó si yo quería eso. Y no me dejaban decir lo que quería.

Empecé de verdad a ordenar mis cajas, pero en cuanto salieron con el coche de la plaza de delante del edificio, cogí las llaves del que se había quedado —que era el que había usado para viajar— y bajé las escaleras del edificio más rápido de lo que era capaz de decir "Aurora Montclair, ¿¡qué estás haciendo?!".

Solo quería ver cómo eran las cosas*. Solo hacer*.

Boston era preciosa; iba y venía bastante durante el instituto, por los partidos universitarios que mis padres venían a ver, sobre todo los del *Frozen Four*. Pero no era lo mismo que vivir. Siempre me pareció una ciudad preciosa y fácilmente viviría allí por elección; eso, desde luego, era algo que me gustaba.

En la acera, me tomé unos segundos para respirar el aire y sonreír. Los barrios estaban aún un poco vacíos, porque faltaban algunos días para que los alumnos empezaran a llegar para las clases, aunque ya parecían más llenos, y había algunos universitarios pasando por aquí y por allá, además de gente más mayor y señores de edad, cada uno a lo suyo.

Hacía un calor bochornoso y húmedo, como era de esperar. Como si en cualquier momento fuera a caer una tormenta, pese al cielo despejado. Boston era así.

Los edificios antiguos mezclados con los nuevos, junto con una estética moderna y antigua, me fascinaban. El hecho de estar tan cerca y tan lejos del mar también hacía que la ciudad me gustara aún más, y la cantidad de parques y árboles en medio de todo aquello era increíble. Me gustaba todo eso. ¿Tendría tiempo para correr a diario en el parque cerca de casa?

Di vueltas con el coche un rato, solo conduciendo por las calles de la ciudad como si fuera un enorme parque de juegos para adultos, hasta aparcar en una cafetería cualquiera y entrar. Todavía estaba cerca de Scadelton y del edificio donde viviría los próximos cuatro años, pero lo bastante lejos como para sentir un gustito de lo que era esa libertad. *No saben que estoy aquí. Ninguno de ellos. Estoy aquí porque quiero.*

Era consciente de que todo eso era tóxico. Digo, la relación de yo no tener mucha fuerza para decir lo que me interesaba o lo que quería hacer o que, simplemente, quería ir a una cafetería a conocer el ambiente.

Pero es difícil librarse de patrones tóxicos, y más de una familia así. Y, siendo sincera, era cómodo vivir así. Sin ningún conflicto con ellos. Sin peleas. Sin mi madre acusándome de mil cosas y sin mi padre... Siendo él.

Así que, por más que a veces fuera insoportable respirar, no era imposible vivir así. Yo podía.

Solo necesitaba esos gustitos cortos de libertad.

El gustito salió caro, eso sí. El café estaba a precio inflado —y malo—.

Como sabía que todavía estarían un tiempo en el entrenamiento, decidí caminar por la zona, encontrándome una u otra librería aquí y allí, tiendas aleatorias, hasta dos cafeterías 24 h, lo que me pareció fenomenal por si quería estudiar y ya no aguantaba más mirar las paredes del apartamento o de la biblioteca.

Una de las cosas que más me gustaban de *Scadelton University* era su biblioteca. No era la biblioteca de Harvard ni nada así, pero era lo bastante bonita.

Pequeños placeres en medio de todo lo que no me daba placer alguno.

Me paré en una cafetería cuyo nombre era *Cats & Coffee*, esperando que fuera una cafetería con gatos, pero no lo era.

Estaba llena de *espacios* para gatos, pero no de gatos, y me paré en el mostrador con curiosidad, mirando a la empleada.

—¿En qué puedo ayudarte? —sonrió, tranquila—. Tenemos cafés, zumos, *smoothies* y opciones saladas y dulces.

—¿Y los gatos? —pregunté, yendo al grano, curiosa.

Ella se rió.

—El dueño se los llevó para pasar las vacaciones en su finca. Vuelven el martes —explicó; era viernes, las clases volvían el jueves siguiente—. Como la mayoría de la gente que frecuenta el café son universitarios, prefiere darles un descanso a los gatitos durante las vacaciones de verano también —añadió, y yo lo entendí y se me

dibujó una sonrisa—. No vamos a abrir el lunes por eso, para preparar el ambiente para ellos.

Entonces habría gatos. Esa era mi nueva cafetería favorita.

—Quiero un *frappuccino* de caramelo y una tartaleta salada.

—Ahora mismo —confirmó con una sonrisa dulce.

Lo cogí todo, me senté en un rinconcito y me quedé allí un rato, hasta que la chica que claramente atendía toda la cafetería sola esa tarde se sentó a mi lado, dejándose caer en la silla mientras se ajustaba el delantal en un tono caramelo bonito.

—¿Eres novata en Northride? —preguntó, curiosa.

Negué, viendo en su delantal que se llamaba Chloe. Ojos azules enormes, cuerpo esbelto y bonito, y además parecía una modelo, a pesar de no tener la estatura.

—No. Scadelton.

Se quedó boquiabierta, como si aquello fuera un disparate, y se recolocó en la silla, sonriendo abiertamente.

—¡No me lo creo! Yo también estudio en Scadelton, pero aquí es territorio de Northride, así que es muy raro ver a uno de nosotros.

¿Uno de nosotros?

Alcé las cejas, entre risas. Chloe tenía el pelo rubio en un tono dorado estúpidamente bonito, pero lo llevaba en un moño mal hecho, y yo podía ver los mechones en un tono lila por su nuca, pintados por debajo y llegando hasta la esquinita de sus orejas. Algunos hilos lilas caían sobre su camiseta básica amarilla clara.

—Aurora. —Le tendí la mano al presentarme, viendo su sonrisa.

—Chloe. Voy a mi segundo año, así que ya no soy novata, gracias a Dios.

Eso me hizo reír.

—¿Y qué estudias? —pregunté.

Ella sonrió, maliciosa, y se recostó en la silla, observándome.

—¿Qué crees que estudio? —provocó, divertida.

Alcé las cejas, sorprendida.

—No tengo ni idea y no me gusta suponer.

Ella se rio, la sonrisa extendiéndose por todo el local. Siendo justa, tenía una *vibra* un poco artística, pero no estaba segura.

Parecía lista para estar en la portada de alguna revista, incluso trabajando.

—Artes Escénicas. Scadelton no es la mejor del país en la carrera, pero es una de las mejores y yo puedo pagarlo... con algo de esfuerzo y tal. Señaló su propio delantal.

Asentí, sonriendo.

—Administración. Mucho menos guay que lo tuyo.

Ella se rio, de acuerdo.

—Definitivamente —miró por detrás de mí, haciendo una mueca en cuanto oí la puerta golpear porque llegaron más clientes, voces masculinas resonando por el local inmediatamente—. Tengo que irme, pero me llamo Chloe Alderwood, búscame en el *Insta* de Scadelton. Te mereces un *tour* por el lado *guay* de la universidad. Y no es en los edificios de Administración, lo siento.

Sonreí ante eso, asintiendo y dejándola ir.

Me acabé la bebida justo después, me levanté y vi a un grupo de tíos enormes por allí, haciendo un pedido aparentemente grande, porque Chloe lo apuntaba todo. Eran solo tres, y hablaban entre ellos en un tono suave, agradable, pero era suficiente para que Chloe ya pareciera estresada, porque parecía incómoda con algo que anotaba.

Y me estampé contra una pared en cuanto me giré hacia la puerta.

Al menos, esa fue la sensación.

Era como chocarme con mis hermanos dentro de casa, siendo justa, así que ya estaba acostumbrada, pero allí no era Aaron ni Andrew.

Era otro tío, tan alto como Andrew, y me miraba con curiosidad. A diferencia de Andrew, sin embargo, el pelo era un poco rizado y algo corto, aunque necesitaba un corte nuevo, y era de un tono castaño claro tirando a medio.

—Chloe, ¿es de tu calaña? —se giró para mirar a la chica detrás del mostrador sin siquiera decirme una palabra. Chloe puso los ojos en blanco.

—Déjala en paz, Treyton. Es novata.

Volvió la mirada hacia mí, analizándome. Eran azules como una piscina cristalina, aterradoramente brillantes. Como los de un perro suplicante. La expresión de su cara y de sus ojos se contradecía. Malicioso y mono.

—Solo permitimos un Scadelton por metro cuadrado —me explicó, entre risas, y señaló a Chloe.

—No sabía que eras el dueño —apunté, maliciosa, viendo cómo se le ensanchaba la sonrisa.

Me conocía. No podía explicar cómo lo sabía, pero lo notaba. Sabía quién era yo. Y yo no tenía ni la más mínima idea de quién era él.

Solo que, obviamente, era de Northride. No hacía falta que me lo dijera para que la provocación fuera obvia.

—Treyton Harley —sonrió, dulce, al tenderme la mano, cortés.

Miré la mano y se la estreché, sin decir mi nombre. Su sonrisa se amplió.

—Te va a ir bien en Scadelton —provocó, apartándose y guiñándome el ojo en el mismo movimiento, mientras una de mis cejas se alzaba.

En ese instante se volvió obvio, porque uno de los tíos en el mostrador se acercó al tal Treyton, mirándome con más seriedad. Llevaba una camiseta de manga corta con las palabras "Northride Hockey" y, de fondo, Bill, el toro, sonriendo furioso entre el hielo. El toro era la mascota de la Universidad de Northride, y la mezcla del azul claro y el rojo en los colores de la universidad lo hacían aún más obvio.

Eran, literalmente, los tíos a los que mis hermanos ya habían machacado en la pista. O lo habían intentado. No recordaba mucho ninguno de los partidos; no me gustaba tanto el hockey como para prestar *tanta* atención.

El tío de pelo castaño se paró a nuestro lado, mirándome con cierta desconfianza.

—Tenemos que irnos, Trey —le dijo al otro.

Treyton lo miró, cínico, antes de asentir y guiñarme un ojo, yendo hacia el mostrador. El amigo se entretuvo un segundo mirándome antes de suspirar y devolver la atención a su propio pedido.

Fruncí el ceño ante eso. El tal Treyton primero preguntó si yo era de Scadelton, pero ya sabía quién era yo, aunque no me lo hubiera dicho.

Tenía sentido que fuera por mis hermanos, si él se fijaba. No era la primera vez que aparecía un rival de mis hermanos así, y era consciente de que no sería la última. Por lo general, como mucho, me provocaban con algún juego y lo dejaban pasar.

Antes de que pudiera girarme para salir de la cafetería, *Trey* giró la cara y me miró, apoyándose en el mostrador de pedidos y simplemente analizándome, sin esbozar ninguna expresión.

Creo que "*dejarlo pasar*" fue antes de la universidad.

—Podemos hacer una excepción para una segunda pijita en la zona si vienes a nuestra fiesta de iniciación —la voz me sorprendió, y a Treyton también, porque volvió la mirada hacia el tío a su lado, que hasta entonces parecía estar solo centrado en sus pedidos—. Chloe va.

Chloe puso los ojos en blanco hacia él detrás del mostrador.

—He dicho que estaba *pensando* en ir, Patrick. Hay una *enorme* diferencia.

Él le guiñó el ojo; ella hizo un gesto de desdén, pero pareció contener una sonrisa.

Lo que me llamó la atención fue Treyton. Me sonreía.

Decidí salir de la entrada de la cafetería y seguir mi camino de una vez. No necesitaba hacer *ese* tipo de amigos —con los rivales de mis hermanos—.

Pareció querer decir algo antes de que yo saliera del local, pero cualquier cosa murió en cuanto la puerta golpeó detrás de mí y volví en dirección a donde había dejado el coche.

No necesitaba aquello.

El ítem número uno de la lista volvió a perder, pero ¿qué se le va a hacer? Viejos hábitos.



2
¿Eres siempre así de desconfiada?

Aurora

Por fin decidí hacer clic en "seguir" en el perfil de Chloe, después de días posponiendo la idea, porque no sabía cuándo sería la tal "iniciación". Era la única persona, aparte de mis hermanos, que sabía que frecuentaba Scadelton, y sería una buena opción tener con quién almorzar en caso de que fuera incapaz de hacer amigos. Es decir, si ella quisiera.

Aunque el encuentro con el equipo rival se hubiera convertido en un simple recuerdo, Chloe no. Parecía maja, y yo de verdad estaba falta de amigos.

Mis hermanos insistían en que saliéramos juntos aquel domingo por la noche, después de que ya hubiera hecho una videollamada con mis padres por la mañana y hubiera hablado con mi abuela, así que aproveché la tarde para ir a la cafetería. Los gatitos no estarían por allí, pero quién sabe si Chloe sí.

Aquel día en especial era exactamente eso: especial. Solía celebrarlo con algunas amigas en Weston, pero la mayoría se había ido a estudiar a la costa oeste, así que me mandaron algunos mensajes y ya.

Chloe no estaba. Pero la cafetería ahora estaba más decorada y parecía haber sufrido algunos cambios aquí y allá. Había dos dependientes ese día, una chica y un chico, ambos jóvenes, trabajando duro porque el café parecía ya más lleno, teniendo en cuenta la primera vez que estuve allí. El campus se había animado más de un día para otro, así que tenía sentido.

Pedí un café y un *cupcake*, me senté en el rincón del local y me quedé allí, analizando el dulcecito y sonriendo para mí misma. Las mesas ahora tenían pequeñas flores rojas, junto con una decoración de mesa azul.

Northride definitivamente era la universidad favorita del dueño.

Soplé la vela imaginaria con una sonrisa en la cara y, entonces, mordí el dulce con ganas. Me daba igual si parecía rara; nadie allí me conocía.

Saltaron nuevas notificaciones en mi móvil: varias felicitaciones por mi cumpleaños aparecieron en la pantalla, etiquetas, publicaciones, llamadas perdidas y un montón más de tonterías, lo que hizo que girara la pantalla contra la mesa de madera clara y siguiera masticando.

—¿Estás celebrando algo? —La voz me asustó, haciéndome levantar la vista y toparme con quien no pensaba ver. Era difícil olvidar su nombre y, siendo justa, también su aspecto.

Treyton me miraba, con una camiseta de su propio equipo. El toro, en tonos rojos, me miraba cabreado en el dibujo, con el fondo azul.

—¿Me estás siguiendo? —repliqué, viendo cómo una sonrisa prepotente le surgía en los labios.

—Eres tú la que está en el lado equivocado de la línea.

Alcé una ceja; él puso los ojos en blanco al sentarse frente a mí, en el otro sillón, y darle un trago largo a su café. Se sentó sin preguntar.

—Hay una línea imaginaria dividiendo el territorio de las universidades. Creía que ya lo sabías.

—¿Y dónde está? —pregunté, curiosa.

—Dos manzanas más atrás —gesticuló, tranquilo, mirando mi *cupcake* mordido antes de mirarme—. Has venido antes del comienzo del semestre.

No era una pregunta, pero asentí, tamborileando los dedos sobre el muslo porque el objetivo era estar allí sola, como mucho con Chloe.

—Hay una pastelería más cerca de los edificios de Northride. Te la recomiendo —comentó, fingiendo indiferencia—. Celebrar algo con un *cupcake* es un poco triste.

—Lo celebraré de verdad más tarde —murmuré, molesta—. ¿Sueles venir mucho aquí?

Así tengo la confirmación de que no debo venir aquí.

—Sí. Me gusta pasar por aquí antes de ir a clase y me gusta que todavía esté bastante vacío. Eso va a cambiar esta semana.

Asentí, mordiéndome por dentro. ¿Cómo me libraba de él? No quería mirar esa cara tranquila, una barba rala, mal hecha, asomándole, ojos azules cristalinos y algún que otro rizo rebelde cayéndole por la frente.

El tío era absurdamente guapo. Entendía a esas chicas que solo veían hockey por el físico. Parecía provocador, al mismo tiempo que parecía un cachorro abandonado. El contraste tenía su encanto.

Solté un suspiro.

—Es mi cumpleaños —expliqué—. Quería estar un rato sola —añadí, intentando ser sutil, pero eso hizo que se riera y golpeara su vaso, ya casi vacío, contra la mesa.

—¿Eres siempre así de desconfiada?

—Solo cuando sospecho de las intenciones de alguien.

Y es que Treyton Harley no me daba ninguna confianza.

—¿Y por qué sospecharías de mis intenciones? Solo me he topado contigo aquí, otra vez —añadió.

—Y sabes quién soy.

—*Sospecho* quién eres. ¿Te vale como respuesta?

Puse los ojos en blanco, viendo cómo se le dibujaba una sonrisa de medio lado.

—Siendo justa, me sorprende que hayas vuelto. Hablaba en serio con lo de venir mucho aquí; al equipo en general le gusta. Pensé que ya te habrían advertido sobre Northride a estas alturas.

—Aún no me han pasado el dosier completo —expliqué—. Pero sé lo suficiente.

Soltó una risa nasal.

—Lo dudo —provocó, con la voz volviéndose más ronca—. De todos modos, ha sido genial hablar contigo. Feliz cumpleaños. Sonrió, de verdad amable al decirlo, se levantó y siguió su camino hacia fuera de allí.

Quise no seguirlo con la mirada, pero lo hice. Como la mitad del local, siendo sincera. Varias chicas no le quitaron los ojos de encima hasta que desapareció, y entonces me miraron con curiosidad, como si se preguntaran quién era yo.

Genial. Era justo lo que quería, *claro*. Desde luego.

Mi punto de querer hacer amigos antes de que mis hermanos intervinieran era precisamente por eso: la sombra de ser hija de mi madre, heredera de mi padre, hermana pequeña de dos estrellas del hockey universitario, ambos drafteados. Andrew ya tenía su contrato asegurado en cuanto saliera de la pista de Scadelton. Aaron, entonces, ni se hablaba.

Y yo era siempre la hermana pequeña, la hija. Nunca Aurora. Por eso quería pasar desapercibida. Incluso para los jugadores de hockey.

Especialmente para ellos.



—¿Cómo fue el paseo hoy por la tarde? —preguntó Aaron mientras servían nuestros pedidos. El restaurante italiano parecía acogedor*, y caro*, y yo sabía que ir allí había sido una petición de nuestros padres.

No iban a poder venir a celebrarlo; era mi primer cumpleaños en el que no estaba con ellos, así que debían estar echándolo en falta. No eran del todo malos; siempre habían estado bastante presentes y tenían momentos increíbles con nosotros, y nuestros cumpleaños eran fechas siempre muy importantes para ellos.

—Fue guay. Hay una cafetería cerca de casa que me gustó —comenté, indiferente y evasiva.

Andrew sonrió, de acuerdo.

—Lo bueno de Boston y de estar entre unas diez universidades diferentes es que lo que más hay es cafeterías. Y universitarios necesitando cafeína. Solo prométeme que vas a dejar de comer esas tartaletas saladas ridículas.

Puse los ojos en blanco, oyendo la risa maliciosa.

—Si tú prometes que vas a dejar de comer chocolate a escondidas.

Aaron aspiró al oír eso, y Andrew me sacó la lengua, aceptando su copa de vino. Aaron todavía no había cumplido veintiuno, así que solo Andrew podía beber.

Un grupo de tíos entró en el restaurante justo después, mucho más grandes que mis hermanos, y la expresión de Andrew se endureció.

—Northride —explicó Aaron al ver mi mirada curiosa—. Son del equipo de fútbol americano. Un montón de gilipollas.

Como vosotros.

—Todo lo que viene del otro lado es complicado de tratar —añadió nuestro hermano mayor.

—Creía que teníais más problemas con Providence —comenté, tanteando.

Aaron me miró como si supiera lo que yo hacía, porque se rió.

—Sí, todas las veces que nos quejamos de los partidos en la pista fueron contra Providence, sí —dijo, irónico—. Siempre fue Northride. Esos hijos de puta creen que tienen alguna oportunidad, pero los eliminamos en el Frozen Four hace años.

—¿Y qué tiene que ver el fútbol con eso?

—Northride está fuera de los límites, solo eso —explicó Andrew—. Todo es un problema y la rivalidad viene de décadas. ¿Has olvidado todas las historias que contaron nuestros padres?

—No, solo que no las entiendo. ¿Por qué la rivalidad?

Más o menos. Mi padre siempre contó sobre problemas en la pista y fuera de ella. Mi madre también contaba que incluso en debates universitarios las universidades eran rivales. Todo era rivalidad y rencor, y yo sabía que mis hermanos se lo tomaban aún más en serio por el hockey.

—¿Por qué no? —replicó Aaron.

Negué con la cabeza, renunciando a intentar entender.

—Somos vecinos, nos comparan todo el tiempo en todos los deportes y los equipos competitivos siempre quieren ganar. Nosotros nos estamos llevando las victorias en hockey, lacrosse y natación,

pero el fútbol americano y el béisbol son suyos. A nadie le gusta perder —explicó Aaron—. Y además son un montón de gilipollas —remarcó.

Asentí, sabiendo todo eso y, al mismo tiempo, no. Nunca había prestado la suficiente atención como para importarme aquella pelea, pero por lo visto debería.

Me había metido de lleno en Northride y solo me había dado cuenta de que podía ser un problema por Treyton. Y aun así no parecía serio.

—Hablando de pelea —continuó Aaron—. Mantente lejos de Northride. En especial del equipo de hockey.

Ahí estaba.

Igual que yo, mis hermanos tenían el pelo negro, pero Aaron tenía los ojos más oscuros, de un verde amarronado, mientras que Andrew y yo nos quedamos con los ojos azul claro. Y, a diferencia de mí, que apenas había llegado al metro setenta, los dos rondaban el metro noventa.

Aaron era siempre más malicioso, cruel, pero Andrew tenía mucha más mano dura. Yo, mientras tanto, era lo que *conseguía ser* entre ellos. Intentando no desconfiar de cada palabra, escabullirme de las provocaciones de Aaron y ser cuidadosa con cómo le hablaba a Andrew, era difícil decir qué era yo de verdad, y qué era solo una protección creada con el paso de los años. Un escudo para evitar conflictos.

—No planeaba nada, la verdad —respondí—. Solo quiero tener una experiencia universitaria normal. Nunca me interesó nada en la pista.

Andrew me sonrió, de acuerdo.

Que lo digan los años intentando crear algún gusto por el patinaje artístico. Mi madre lo intentó, Dios mío. Lo intentó tanto que llegó al punto de volverse insostenible.

Aun así, Treyton se me apareció en la mente. Sí, sabía quién era yo. Podía haber fingido, haber bromeado, pero me conocía. Mis hermanos no me escondían, pero tampoco eran muy abiertos sobre el hecho de que la hermana pequeña entraba en Scadelton ese año.

Solo hacía unas horas que habían publicado algo por primera vez, porque había sido mi cumpleaños.

Aaron se quedó atrás después de nuestra cena, yendo a hablar con dos chicas en una mesa, y Andrew me dejó en casa solo para que yo lo viera volver al ascensor y coger el coche de nuevo.

No vivíamos en el mismo apartamento, pero éramos vecinos de planta. Mi madre decidió no ponerme con ellos porque *ellos* necesitaban privacidad en la universidad y ya tenían su propia vida y rutina. Aunque, por lo general, entrenaran con el equipo, tenían clases y horarios diferentes, pese a que ambos estudiaban Derecho.

Mi hermano mayor parecía distinto. Aaron era el mismo, pero Andrew no. Había crecido como persona. No estaba tan bromista o provocador como cuando se fue a la universidad, pero incluso durante el verano yo había notado que había cambiado. Para mejor, gracias a Dios.

Aaron no. Seguía siendo el mismo.

Me quedé viendo series y desempacando cajas hasta el primer día de clase, sin valor para volver a la cafetería. Todo tenía un límite, y un aviso claro siempre era un aviso claro.



La primera semana de clase estuvo llena de charlas, presentaciones, proyectos y mapas del campus entregados para que nadie se perdiera.

Y también era difícil. Estaba intentando mantener todas las lecturas al día, seguir a los profesores y hacer todas las tareas, sin contar la preparación para los futuros seminarios, así que mi *planner* estaba a reventar a esas alturas.

La semana también estuvo llena de prisas, porque los horarios del transporte público eran terribles —como era de esperar—, y yo necesitaba o ir andando a la universidad, o llegar dos horas antes, por culpa de mis hermanos. No renunciaron a ir cada uno en su propio coche, y mi madre no creyó que fuera buena idea darme uno.

El campus era precioso, a pesar de eso. Ya lo conocía, pero me estaba encantando pasar por el jardín principal todos los días para ir a clase al edificio de Administración. También me gustaba mucho pasar por una cafetería cercana e ir a uno de los restaurantes de allí, y estudiar entre cafés en los huecos me estaba ayudando mucho.

Había algunos proyectos guays en los que los profesores insistían en que nos apuntáramos durante el semestre, pero yo aún no estaba segura; prefería estabilizarme primero en el ritmo frenético de correr entre clases, y luego ya vería si había algo que me interesara.

Como yo no vivía en las residencias, una veterana se presentó y me pasó su contacto, por si necesitaba ayuda en el campus, ya que la mayoría de los novatos acababa pidiendo ayuda al supervisor de la residencia para eso.

Elena estaba en tercer año de Administración y yo tenía la absoluta certeza de que era la mujer más bonita de la universidad, con ojos verde amarronados y una piel sana de dar envidia. Tenía pinta de *empollona*, y parecía serlo, pero sin las gafas ni el cliché *empollón* de las películas, y llevaba un *trajecito de vestir* rosa vivo, contrastando con la piel oscura y los labios en un tono marrón brillante.

Me explicó lo de la tutoría, las clases; me informó también de que no tenía mucho tiempo libre, pero necesitó coger ese apadrinamiento para su currículum, y yo no quería ser un incordio ni causarle problemas, así que me apañaba sola por allí, aunque de vez en cuando me mandaba mensajes, comprobando si necesitaba algo.

Acabé yendo a la pista de la universidad un día que me llevó Aaron, y también *creía* que me había hecho amiga de Chloe.

Me siguió de vuelta ese mismo día, aceptando mi solicitud y revelándome un perfil repleto de fotos increíbles suyas, incluso en escenarios y detrás de cámaras. Después de eso, me mandaba

memes día y noche, en especial de universitarios, y compartió conmigo el *Instagram* extraoficial de Scadelton, que seguía los cotilleos a diario. Mis hermanos estaban en la portada de varias publicaciones, lo que no me sorprendía, solo me horrorizaba un poco.

Almorzamos juntas algunas veces, por cierto. Dos días a la semana, porque ella tenía ensayo a la hora del almuerzo los otros días, algo de estar preparándose para coger el papel principal en la obra semestral de la carrera; parecía grande, y se le iluminaban los ojos al contarme sobre la presentación. Era una reinterpretación de *La Bella y la Bestia*, pero en la versión de los hermanos Grimm.

Intenté hacer amigos. Lo juro, lo intenté. Pero era difícil. Sabía hablar en público, tratar con la gente y no tenía ningún problema en sacar conversación, pero me sentía incómoda.

Todo el mundo estaba súper animado por estar allí, por querer hacer esa carrera, por estar en Scadelton, por planes de cursos extracurriculares, proyectos de la carrera y grupos de investigación y extensión, y lo único que yo pensaba era que no podría ser yo misma si mentía diciendo que estaba haciendo la carrera de mis sueños. No lo estaba.

Y ahí no podía hablar de mi familia, porque no quería que el tema fuera sobre mis padres y mucho menos sobre mis hermanos, que, por suerte, nadie había relacionado todavía, pese a algunas miradas curiosas siempre que mi apellido salía al pasar lista. Su equipo ya debía saberlo, obvio, pero aún no se había extendido por el campus. Puede que ni pasara; la universidad no era lo mismo que el instituto.

Corría un rumor sobre una fiesta que había pasado la noche anterior, en el piso que compartían algunos de los jugadores, pero mis hermanos no me dijeron nada.

—Dime, ¿cuándo me vas a presentar a tus hermanos? Mi teoría, sin embargo, se fue a la mierda en cuanto me senté a almorzar con Chloe el sábado.

Nos habíamos encontrado varias veces durante la semana, pero siempre comiendo rápido y corriendo de un lado a otro, sobre todo por mi parte, porque aún no podía lidiar muy bien con el campus. Por cierto, me debía un tour.

Mis hermanos parecían tranquilos, pero de vez en cuando soltaban pequeños comentarios sobre cosas que yo había hecho y que nunca les había contado, por eso sabía que andaban vigilando, aunque no lo pareciera. Y, por eso mismo, yo sabía que *parecer* no era *ser*.

"Esa amiga tuya actriz parece buena gente", "vi que conociste la cafetería de tu edificio", "¿te está gustando el monitor de matemáticas aplicadas?" (tuve que ir a una tutoría a pedir ayuda porque sentía que no estaba lo bastante bien; casi estaba segura de que debía haber cogido el curso de verano antes de las clases después de eso). La mayoría fue cosa de Aaron y, siendo sincera, daba un poco de miedo que supieran todo eso sin que yo se lo hubiera contado.

—¿Qué los delató? —pregunté, oyendo su risa.

Estábamos en la cafetería de la universidad, una de las tres dentro del propio campus y que funcionaba en horario reducido los fines de semana, y me comía una baguette. Estaba horrible, pero había pagado, así que tenía que tragar.

—El hecho de que tengan el mismo apellido que tú y que tú seas su viva imagen —dijo, juguetona—. No me gustan los jugadores de hockey, así que no tienes que preocuparte de que les tire la caña.

—¿Por qué no te gustan?

—Pierden los dientes antes de los setenta —dijo, seria, como si de *verdad* fuera cierto.

La miré, sin reaccionar, y tuve que acompañarla en la risa.

—Andrew ya ha perdido dos dientes —admití, sonriendo—. Pero luego se puso un implante y lo arregló. Aaron nunca ha perdido ningún diente, pero ya se ha roto la nariz en una pelea.

Ella aspiró, sorprendida, antes de asentir.

—Por eso no me gustan. Es un deporte muy bruto; prefiero algo más simple como el vóley.

—Yo jugaba al vóley en el instituto; me gusta bastante —comenté, satisfecha por el tema cómodo.

Mi amiga sonrió, de acuerdo. *Éramos amigas, ¿no?*

—Pensé que tú y ese chico de la cafetería teníais algo. Lo pareció —sondeé.

Soltó una risita maliciosa.

—¿Patrick de Northride? Lleva intentando follarme desde el año pasado.

Se me alzaron las cejas y sentí la cara calentarse, incómoda por lo directa que fue. Chloe me guiñó un ojo, sabiendo que me había pillado por sorpresa, antes de seguir:

—Me mandaron un mensaje esta semana —dijo, pareciendo incómoda—. ¿Te acuerdas de Trey? Dijo que te vio en la cafetería sola, ¿era tu cumpleaños? ¿Por qué no me llamaste? ¿Tus hermanos no lo celebraron contigo?

Fruncí el ceño.

—¿Eres tan cercana a él?

Ella se rió, negando.

—No. Pero de verdad me adoptaron como la Scadelton favorita. Creo que van a la cafetería solo para dejarme propina. No sé por qué exactamente, pero creo que Patrick está intentando conquistarme *de verdad* y usa al equipo para eso.

Alcé las cejas.

—¿Y está funcionando?

Hizo una mueca.

—Más o menos. Me gusta que aún no haya desistido. Pero de verdad no quiero liarme con deportistas. Sea del equipo que sea.

—¿Y fuiste a la fiesta de la que habló? —pregunté, curiosa, viendo cómo se le rompía esa expresión convencida; ya tenía mi respuesta.

—Sí, fue anoche. Me gustan sus fiestas —esquivó.

No sabía si a ella le gustaba él o no, pero si había ido a la fiesta, podía acabar dando el mensaje de que le gustaba.

—Eso explica tu cara de resaca —dije con sinceridad.

Me levantó el dedo corazón delante de la cara, y yo le sonreí.

—Deberías ir. Cambiar de aires. Primero, Northride y Scadelton se odian en las competiciones, pero no se quedan provocándose aquí fuera. Es más velado, y nadie va a saber de dónde eres. Nadie sabe nada de mí. Sus fiestas son mejores.

—¿De ellos en general o del equipo de hockey? —pregunté, desconfiada.

—El equipo de hockey —aclaró—. No te equivoques: tus hermanos también hacen fiestas y puedes estar segura de que ya han organizado alguna a tus espaldas. En fin, ¿cumpliste diecinueve? —volvió al tema anterior.

—Sí. Ya iba a celebrarlo por la noche con mis hermanos y, entonces, quise hacer algo más simple sola —expliqué.

Chloe me miraba, más desconfiada, y soltó un suspiro.

—Sé que nos acabamos de conocer y me da cosa hablar de esto, pero... Aurora, se nota que hay algo mal contigo. Perdona que lo diga así, pero se ve en tus ojos que estás triste.

Parpadeé, sorprendida.

—No estoy triste.

—Puede que triste no sea el sentimiento correcto para describirlo —dijo Chloe, sincera, mordiéndose el labio—. Pero mira, yo muestro emociones en el escenario todo el tiempo, ¿sabes? Sé cómo funcionan estas cosas y sé cuándo alguien no está bien. Si quieres hablar, estoy aquí; no tiene por qué ser hoy. Solo sé que hay algo mal.

Se me cerró la garganta. Yo me sentía así, pero creía que no se notaba.

—¿Y si soy yo misma? —solté, incómoda—. Esta semana... Eso me ha estado molestando. No quería estudiar Administración. Ni sé si quería estar en Scadelton. Y... —paré, decidiendo no hablar de mis hermanos. Los últimos años me habían enseñado que la confianza se ganaba; no podía ir por ahí hablando de ellos y esperar que el cotilleo no se extendiera.

—Nadie lo tiene claro, Aurora —dijo Chloe, frunciendo el ceño—. No sé explicarlo bien, pero todo el mundo se está descubriendo e intentando saber quién es. Es normal...

—No, Chloe. Yo de verdad *no* elegí Administración. Ni la universidad. Solo vine como me mandaron.

Chloe se quedó quieta, me miró muy seria y soltó un suspiro profundo.

—¿Tus padres?

Asentí, incómoda.

—No están aquí, Aurora. Sé que las cosas deben de ser más difíciles de lo poco que me has contado, pero ¿qué tal empezar pensando en hacer cosas que tú, Aurora, quieres? Tipo, yo qué sé, ir a una fiesta.

—Ni siquiera sé lo que quiero —declaré, incómoda—. Siempre eligieron por mí.

—Yo qué sé, ¿nunca has querido besar a un chico?

—Claro que sí. Besé. Y luego él se llevó una paliza de mis hermanos.

Se rió, pero la sonrisa se le murió al ver mi cara.

—Qué mierda, tía. Creo que necesitas una intervención.

Alcé una ceja, esperando la explicación.

Algunos alumnos iban y venían por allí, sin darnos importancia. Dos dependientas estaban frenéticas anotando los pedidos, porque la cafetería cerraba en una hora y muchos alumnos llegaron para almorzar cualquier porquería en ese momento. Además de las conversaciones apagadas aquí, los auriculares de un alumno reventaban un rock pesado justo a nuestro lado, y el ambiente agradable olía a pan.

—Mis padres fueron tranquilos criándome —explicó Chloe—. A pesar de algunos problemas entre nosotros, nos llevamos bien. Fui una adolescente que podía ir a fiestas, perdí la virginidad con el primer novio y elegí mi propia carrera y universidad. Y mis padres me quieren aun sabiendo que bebo demasiado y que me daría igual hacer un *topless* delante de una cámara si fuera para un papel que me garantizara el Oscar.

La miré, honestamente sin reacción alguna, y ella sonreía cada vez más.

—Te voy a ayudar a vivir y a descubrir lo que te gusta y lo que no. No necesitas esconderte por miedo a lo que tus padres van a decir. ¿Sacarte de la universidad? ¡Ni siquiera quieres esa carrera! Tus hermanos no pueden pegarle a todo el mundo aquí; los denunciamos ante el rectorado y los suspenden.

Puse los ojos en blanco.

—No voy a joder a mis hermanos así, Chloe.

Ella se rió.

—Vale, algo menos drástico, pero encontraremos una solución para librarnos de ellos.

Para darles esquinazo.

Qué ironía. Chloe ni siquiera sabía de mi lista. No es que importara tanto; lo que importaba era ese ítem en particular.

—Tu novatada es esta noche, ¿no? —preguntó, cambiando de tema, curiosa—. He oído cosas absurdas sobre las novatadas de Administración, siempre quise saber qué pasa. *Vamos a ir* —ordenó —. No quiero saber si ya habías planeado *Netflix* y palomitas. Necesitas descubrir quién eres y la mejor forma de hacerlo es *viviendo*.

—¿Y dándome una hostia con resaca?

Me lanzó un sobre de azúcar por eso.

Pero el corazón me latía frenético en el pecho.

Era verdad. ¿Qué podían hacer mis padres? ¿Sacarme de la universidad?

Yo no quería estar allí, de todos modos.


19
HARTLEY
19

3
¿Es esa chica?
Trey

Me froté los ojos al despertar. La cabeza me lanzó una punzada de dolor y supe que sería un día largo.

Y había un pecho debajo de mi mano.

La constatación me hizo abrir los ojos, solo para encontrarme con una rubia metida entre mis brazos, desnuda.

La abrazaba, con el brazo izquierdo entumecido por eso, y una de mis manos le agarraba uno de sus pechos con gusto, mientras ella seguía durmiendo. Eso explicaba por qué la erección matutina palpitaba. Su culo contra mi polla tampoco ayudaba.

Me aparté de su olor dulce, negando con la cabeza mientras me zafaba de ella con cuidado para no despertarla, yendo directo al baño. Por más tentador que fuera, la noche había sido suficiente.

Menos de cinco minutos después, ya bajaba las escaleras de la casa que compartía con media plantilla, obviamente ya vestido y tomándome una pastilla. Edward y Patrick estaban en la cocina, buscando algo entre los restos de la fiesta sobre la mesa asquerosa, y me ignoraron cuando abrí la nevera y cogí una botella de agua cerrada.

Cuando volví de la carrera matutina que hacía por nuestro barrio y por el campus, Nathan estaba limpiando el salón, listo para salir a correr, pero irritado por el desastre.

Una morena bajaba las escaleras, fingiendo que no estábamos allí mientras salía a la calle, con solo un vestido que sería indecente en cualquier parte del mundo; Nathan alzó las cejas, mirándome, mientras veíamos a Josh en lo alto de la escalera, rascándose la nuca.

—Buenos días —le dijo a ella en voz alta.

La puerta dio un portazo; me apreté los labios, conteniendo la risa, pero Nathan lo delató con una carcajada:

—¿Te olvidaste del nombre otra vez? —provocó.

Josh bajó las escaleras con pasos pesados, fingiendo no vernos.

—No me rayes —gruñó al ir a la cocina.

Solté una risita al empezar a ayudar a Nathan, que seguía riéndose mientras negaba con la cabeza. Terminamos de echar la basura en las bolsas rápidamente, y Patrick se encargó de barrer después, liberando a Nathan para entrenar.

Me hice el desayuno mientras limpiaba la cocina al mismo tiempo, y Josh apareció por la puerta trasera; colgó la llamada con un "un beso, mamá" bastante tierno y contradictorio, teniendo en cuenta la expresión de canalla que me soltó.

Me adelanté.

—Deberías apuntar sus nombres en algún sitio —solté.

Se rió, irónico.

—Y tú deberías ocuparte de tu propia polla —replicó, mezquino—. ¿Sabías que vino la policía a la fiesta de los pijos? —cambió de tema.

Aspiré, negando con la cabeza.

—Ajá —se respondió a sí mismo—, pero se largaron rápido. Parece que hubo una pelea entre ellos.

—¿Entre los tíos del equipo? —pregunté, juzgando, y él asintió.

Patrick volvió del salón cargando otra bolsa de basura, gruñendo en señal de acuerdo:

—Parece que Aaron oyó a Michael apostando con otros tíos a que se tiraba a su hermana. Ni sabía que el tipo tenía una hermana. Aur... Art... Algo así.

Eso me llamó la atención.

Aaron metido en una pelea no era novedad, pero el motivo sí.

—Se llama Aurora —añadió Josh, a modo de explicación—. Novata. Esos dos hijos de puta dejaron claro que si alguien del equipo se le acercaba, le reventaban la cara. Solo cumplieron la promesa —soltó.

Me encogí de hombros, volviendo a prestar atención a mis huevos revueltos. Estaba dividido desde que me la encontré y aún no había decidido qué sería lo mejor.

—¿Aurora? —preguntó Patrick, volviendo la mirada hacia mí—. ¡Hijo de puta!

Puse los ojos en blanco, indiferente. Sabía que era cuestión de tiempo que se dieran cuenta.

Curiosamente, no quería que entrara en su radar.

—¿Qué pasa? —preguntó Josh, perdido.

—¿Es esa chica? —preguntó Edward mientras rondaba por la cocina, buscando algo y notando lo mismo que Patrick—. ¿Por eso sabías quién era? ¿Ya te la has follado?

Allá vamos.

—Vale, calma —levanté la mano, alzando un poco la voz—. No, la conocí con vosotros en aquel café. Pero sí, sabía quién era.

—La conociste allí a *propósito* —intervino Nathan, refunfuñando, secándose el sudor de la frente y echándose el pelo hacia atrás.

—No —dije con firmeza—. Ya te lo he dicho, Nate, fue sin querer.

Yo consideraba aquello un empujón del destino. De verdad había intentado olvidar que existía, pero ahí estaba, chocando conmigo en mi cafetería favorita.

Dos veces, de hecho.

La cafetería no quedaba tan cerca de los edificios por los que yo me movía, pero siempre que tenía la oportunidad me pasaba, justamente porque tenía el mejor café de la zona. El cruasán de chocolate estaba de muerte —rogaba que el entrenador Miller no se enterara de eso; no debía comer bombas calóricas durante la temporada—.

Pero había algo raro en Aurora. Las fotos de sus perfiles no le hacían justicia a lo fuera de lugar que parecía. Era una mezcla de estar siempre incómoda —y no solo conmigo— y, al mismo tiempo, de no saber qué hacer con ello. Me molestaba.

Yo estaba indeciso con ella. De verdad había desistido de aquella idea estúpida de usarla para conseguir mi venganza, pero al mismo tiempo era una buena idea. Estúpida y buena. Esa ambigüedad me sacaba de quicio.

Algunas miradas desconfiadas se dirigieron hacia mí, porque no era ningún secreto para nadie allí que yo tenía mis problemas con literalmente toda la familia, pero lo decía en serio. Me la encontré por casualidad. Nunca esperé toparme con ella en nuestro territorio.

Nathan soltó un suspiro de rendición, yendo hacia la nevera mientras la cocina empezaba a llenarse más de lo que debía.

La casa alquilada tenía ocho habitaciones y todas estaban ocupadas en ese momento. Habíamos aceptado a un novato, Thomas, así que ya no teníamos más plazas. Thomas y Edward eran suplentes en el equipo, y el resto de los que vivíamos allí era del primer equipo[4], incluido yo.

Brian aún dormía y Thomas no había pasado la noche en casa, así que éramos seis en ese momento; Luke acababa de entrar en la cocina, pareciendo un cadáver andante por la resaca.

—Déjame ver una foto suya —pidió Josh, no a nadie en particular. Suspiré, cogí el móvil y tecleé su usuario.

El perfil era público, así que me lo había puesto muy fácil. Josh aspiró.

—Ella y Chloe son amigas. ¿Por qué no vino ayer?

Nathan soltó una carcajada.

—¿Tú crees que la dejarían poner un pie aquí? En cinco segundos estaría aquí todo su equipo y tendríamos una pelea.

Josh resopló con desdén, pero estaba de acuerdo.

Suspiré, pensativo. Había algo en ella que me molestaba —más allá de que pareciera incómoda—. Desde nuestro primer encuentro. Aunque *en línea* pareciera una persona viva y llena de alegría, no fue eso lo que encontré las dos veces que nos vimos. Había cierta dualidad en ella, algo que no estaba presente en sus hermanos.

Y era guapa, joder. Preciosa. El pelo oscuro, casi negro, contrastando con los ojos claros y gélidos; la cara fina, con la mandíbula un poco marcada y algunas pecas desvaídas, le daban un aire inocente y al mismo tiempo cruel.

Josh me devolvió el móvil; vi que había pulsado "seguir" en su perfil, y puse los ojos en blanco, dejando de *seguirla* de inmediato.

—Me encantaría verte y a Aaron a hostias otra vez —soltó, defendiéndose—. Se lo merece.

—Estoy de acuerdo, pero no voy a acabar detenido por su culpa.

Nathan asintió, firme.

No me haría eso a mí mismo. Nathan tenía razón con eso, cuando hablamos.

De nuevo, obviamente, implicaba que ya me había pegado con Aaron. Y sí, lo había hecho: hace casi dos años, en las clasificatorias del *Frozen Four*, le rompí la nariz. Mi hermana acababa de morir y yo *sabía* que la culpa era suya. Usé la pista como excusa y disfruté.

Fue una delicia. Perdimos, pero él se quedó fuera dos semanas. Scadelton tampoco ganó el Frozen Four aquel año, aunque habían levantado la copa la temporada anterior.

Este año, la copa sería nuestra.

—Chloe ha mandado mensaje ahora —dijo Patrick, animado, lo que hizo que la mitad de los tíos soltaran una risita. Estaba intentando esconder que tenía un crush monumental con ella, pero no le estaba saliendo muy bien—. Dice que va a la novatada de los novatos esta noche. Por la Montclair.

Solo eran las once de la mañana, pero al parecer los universitarios empezaban los planes pronto.

—Me sorprende que esos dos la hayan dejado ir —comenté.

Patrick se encogió de hombros.

—Quizá solo sean unos hijos de puta a sus espaldas.

—Quizá. —Yo lo dudaba.

Patrick entonces aspiró, dejó de hablar y tecleó algo, con los ojos brillándole.

—Claro que puedes venir aquí después de dejarla en casa, guapa —respondió por un audio—. Por ti, cambio los planes.

En cuanto lo envió, la cocina se llenó de un coro de "awwwwwwwn" que lo hizo reírse a carcajadas.

—Me la suda lo que digáis, por fin he conseguido lo que quería. —Y se fue riéndose, subiendo las escaleras a toda prisa.

Probablemente iba a limpiar la pocilga que llamaba habitación, por fin.



—¿A qué hora dijo que llegaba? —pregunté.

La música alta me retumbaba en el pecho; había un montón de ojos sobre mí y varias personas nos paraban, saludándonos mientras nos mezclábamos en la fiesta de la *Alpha Phi Omega.*

—A las dos. No se va a enterar —soltó Patrick.

Solté una risa irónica.

Las mujeres siempre lo sabían, pero yo no iba a decírselo a Patrick. El problema era suyo.

Algunos de los otros tíos estaban por allí; Nathan bailaba entre dos chicas, divirtiéndose mientras ellas le sobaban en todos los sitios posibles. Ningún jugador de hockey en el planeta Tierra dejaba de aprovechar la fama que recibía. Si decía que no, mentía.

La fraternidad estaba llena, pero no lo suficiente, lo que dejaba claro que había otras fiestas por la universidad. Dos tíos del equipo habían decidido irse con el enemigo, por cierto, y fueron al evento de novatadas de Ingeniería de Scadelton. Supuestamente iba a haber novatas desnudas. Esperaba que los Montclair no supieran que su hermana estaba yendo a uno de esos.

Al parecer, Boston College también tenía algunos eventos de novatadas ese fin de semana, así que los universitarios tenían la agenda a reventar para las noches del fin de semana. Nosotros también, ya que no podíamos pasarnos durante la temporada; así que, faltando un mes para que empezaran los partidos, teníamos un poco de tiempo libre.

Por eso mismo las fraternidades, sororidades y edificios universitarios estaban llenos de gente borracha, haciendo apuestas y perdiendo la virginidad en sitios absurdos. Hasta que empezara la

temporada, los exámenes les llenaran la cabeza a los alumnos y los profesores empezaran a dar por culo, todo eso era la norma.

Incluso después de todo eso, seguía siendo una ley. Nuestro entrenador fingía no oír hablar de algunas fiestas de las que formábamos parte para celebrar ciertos partidos, con tal de que siguiéramos ganando y la NCAA no se enterara explícitamente de toda la *putería*.

Y que ningún jugador consumiera drogas. Estaba terminantemente prohibido. Y nadie estaba tan loco como para arriesgar su carrera por algo así. Un control de *dopaje* y se acababa toda nuestra vida.

Solo eran las nueve, aún tardaría en preocuparse por volver, pero yo había jurado mantenerme sobrio porque habíamos venido en mi moto, así que allí estaba yo, considerando darle la llave y volcarme aquel barril de cerveza en la boca.

Pero no lo hice. Yo cumplía mis promesas, así que seguiría sin tocar una copa de alcohol. Y como capitán del equipo, siempre mantenía mi palabra precisamente porque ser respetado por un montón de hijos de puta siempre era una conquista.

Me paró... ¿cómo se llamaba? Stella.

Eso: Stella me paró antes de que llegara a la cocina, buscando algo sin alcohol para beber, y enseguida empezó a hablarme.

—Hola, Trey. —Sonrió, dulce.

Suerte la mía que su amiga no había contado nada de lo de anoche. Ella era estúpidamente guapa —las dos—.

—No sabía que vendrías —añadió, canturreando y bebiendo de su vaso, que obviamente tenía alcohol.

—Decisión de última hora —sonreí al decirlo, apoyándome en la pared. Ella se echó el pelo por encima del hombro. Era pelirroja, tetona y follaba bien, además de estar a menudo en mi cama. Me quedaban cuatro horas hasta tener que irme. Todo el mundo ganaba.

Patrick pasó acompañado de una morena, que juraría que se parecía mucho a la de Josh, pero sonreía como una cría a punto de quedarse castigada después de hacer una mierda que tenía *muchas* ganas de hacer.

Ni cinco minutos en la fiesta y, obviamente, ya teníamos acompañantes. Siempre era así. Y podría usarlo como una queja, pero no lo era. Me gustaba que fuera así. Al menos algo bueno tenía que darme la universidad —además de, quién sabe, una plaza en la NHL.

Lo jodido de mi situación era eso. Como no me habían drafteado, me convertiría en un *free agent* en cuanto me graduara, saliendo del equipo de Northride y sin tener contrato. Rara vez los *free agents* conseguían algo prometedor y, aunque la AHL fuera lo bastante buena, no era la liga nacional. No me daba la victoria de la liga nacional. Y yo quería eso.

Evitaba pensar demasiado en ello. Entrenaba cada día más. Me obligaba a ser un capitán aún mejor en cada momento. Me aseguraba de ser un ejemplo para los tíos. Me llevaba al límite jugando como un monstruo, poseído por un demonio, ya fuera en un entrenamiento o en serio. Todo contaba. Los ojeadores nos estaban observando todo el tiempo y un error podía joderme la vida para siempre.

Pero era frustrante estar siguiendo exactamente los pasos de mi padre. La única diferencia es que a él lo habían drafteado, pero al final el equipo decidió no firmarlo y ni siquiera la AHL mostró interés por él.

Eso me atormentaba.

Nathan era el único que sabía que ese era un miedo real para mí; los otros tíos trataban con el Trey capitán, confiado y convencido de que era cuestión de tiempo que apareciera una oferta (prometedora, además), pero yo no tenía tanta confianza.

Sabía que era bueno. Sabía que era de los mejores, si no el mejor, que había pisado la pista de Northride. ¿Pero y si no fuera suficiente para los equipos de la NHL?

Tenía dos años para demostrarlo. Había cambiado mi plan de estudios en Derecho[5] para estar cuatro años estudiando, no tres, aunque las cuentas de la universidad pudieran complicarse, y me estaba obligando a ser el mejor en todo. Pero la sombra de esa posibilidad empezaba a asustarme cada vez más.

Por eso el plan B, claro. Por eso Derecho. Al menos me daría dinero; podría trabajar defendiendo a la gente, ayudándola. Aunque no fuera mi sueño.

Era el plan de Tracey, que le robé, por cierto. Ella eligió Derecho exactamente por eso —por si no conseguía entrar en el equipo nacional de patinaje artístico, planeaba graduarse con mérito y convertirse en la mejor abogada que Massachusetts haya visto—.

Pero no tenía que preocuparme por eso hasta el lunes. Era sábado por la noche, yo era un jugador de hockey en un equipo de puta madre, con un futuro prometedor y un alumno excelente.

Eso era lo que necesitaba repetirme para no perder la cabeza. Yo no era mi padre. Iba a conseguir una plaza en la NHL. Las cosas mejorarían.

Aun así, incluso antes de medianoche, mientras Stella estaba de rodillas chupándomela, mi móvil empezó a vibrar en el bolsillo del pantalón.

Y siguió vibrando.

Contesté la llamada con un gruñido, conteniendo un gemido porque la hija de puta me apretó las pelotas de esa manera deliciosa que sabía hacer, mirándome con esos ojos enormes mientras...

—Te necesito —dijo Patrick, tenso—. Tengo un problemón.

Me mordí el labio, aspirando mientras sentía que mi polla se contraía cada vez más, dándome esa sensación deliciosa en la punta de los pies.

Tengo a una buena de rodillas delante de mí, hijo de puta.

—Estoy un poco ocupado, Patrick —dije con todo el autocontrol posible en ese momento, oyendo su risa desesperada.

—Y la noche de Chloe se acabó antes. Ya ha salido de Scadelton y llega a casa en, tipo, diez minutos. Te limpio la habitación dos semanas —regateó, sabiendo que era un mal momento.

—Un mes. Incluida la basura —gruñí.

Tiene que ser una broma. ¿Por qué los ayudaba tanto a ellos?

—Hecho.

Colgué, gimiendo y obligándome a apartar a Stella de mí, besándola con ganas antes de guardarme la polla y oírla quejarse.

—¡Pero si apenas empezamos!

Asentí, besando el puchero que se le formó en los labios.

—Tengo que ayudar a uno de los tíos. Prometo compensarlo —dije, dulce y con cara de santo, viéndola derretirse allí.

Siempre se derretían.

—Vale.

Le volví a besar los labios, me aparté y salí del baño casi volando, con la polla latiendo por el orgasmo que no alcancé.

Me encontré a Patrick ya junto a la moto y la saqué maniobrando antes de salir de la zona de fraternidades.

Vivíamos un poco lejos de los edificios principales del campus y de las zonas propiamente universitarias para ahorrar en el alquiler, porque allí nadie era millonario, así que teníamos que correr para que no se perdiera la follada tan soñada.

Llegamos en mi récord de tres minutos, los dos corriendo hacia dentro, como dos críos. Patrick subió las escaleras tan rápido que solo vi su pie en el último escalón antes de seguirlo, los dos corriendo a ducharnos.

Solté el aire al pararme en mi cuarto, porque ya no era mi problema y solo me quedaba irme a dormir. Y tener el cuarto limpio un mes.

Mi polla latía, pero si Patrick se olvidaba de limpiar el polvo de mi escritorio, iba a joderlo en la pista.

Sin embargo, cuando salí de la ducha, envuelto en la toalla, me extrañó el ruido que venía de la entrada de la casa.

Sacudí el pelo mojado, porque ni de coña iba a dormir con el pelo apestando a tabaco y a polvo, y me asomé por la ventana, viendo a una chica que *no* era rubia reír y dar vueltas, con las manos en alto mientras bailaba al viento, carcajeándose.

No. Ni de coña Chloe le había hecho eso a su propia amiga.

Patrick parecía igual de sorprendido mientras miraba a Chloe intentando sujetar a una Aurora *hecha una cuba*, y tuve que reírme de su expresión, porque allí estaba la cara de un hombre que *pensaba* que se follaría a su *crush* esa madrugada.

Aurora llevaba una ropa tan corta como la que lleva cualquier universitaria a las fiestas, pero no parecía suya. El short oscuro, muy corto, dejaba ver un poquito de su culo, ya que en ese momento se

lo subió, como si se le resbalara de la cintura, y el top negro brillante daba una idea bastante clara de su cuerpo. Los pechos iban apretados, casi a punto de salirse, y el pelo estaba enredado en un nido de ratas oscuro.

La escena me hizo reír, porque Chloe aún intentó sujetarla, pero parecía medio borracha y las dos se cayeron al suelo.

Y se rieron. Alto.

Patrick tenía las manos en la nuca, como si estuviera replanteándose todas sus decisiones de su vida, lo que me hizo reírme aún más.

¿Debía ayudar? ¿O dejar que se jodiera? Podía cargar con una en cada brazo; sería divertido verlo intentar hacerlo con ellas borrachas.

Me vestí, decidido a no ayudar, y volví a la ventana, viéndolo primero levantar a Chloe, pero ella se agachó para intentar ayudar a Aurora, que parecía blandita y risueña, hasta que se apagó en los brazos de Chloe, que cayó encima de ella.

El vestido se subió y yo, por desgracia, tuve una vista privilegiada del culo (y la tanga, de un color imposible de distinguir a esa distancia) de Chloe Alderwood.

Patrick soltó un aullido de rabia por eso, bajándole el vestido e intentando separar a una de la otra.

Suspiré, divertido, al salir de mi cuarto y bajar las escaleras. Podía fingir que no lo había visto, pero tendría que vacilarlo al día siguiente de todas las formas posibles.

La casa estaba vacía, y si había alguien por allí, quizá fuera solo Brian, y él estaba decidido a estudiar como un *empollón* ese semestre, así que ya debía estar durmiendo para levantarse temprano y meterse en los libros otra vez.

En el césped de la entrada, Patrick me miraba con una mano en la cintura y la otra señalando la escena de Aurora durmiendo en medio del césped, como si no fuera obvio lo que pasaba allí. Aurora tenía una sonrisa satisfecha en los labios, y Chloe se reía de su amiga, montada encima de ella mientras le apretaba las mejillas rojas por la bebida.

Era la tercera vez que me topaba con la chica. Si existiera algo como el destino, desde luego estaba intentando decirme algo.


19
HARTLEY
19

4
¿Tú nunca?
Trey

—¿Qué les dieron a esas chicas en esa novatada, joder? —se quejó Patrick mientras yo lo ayudaba a quitar a Chloe de encima de Aurora.

—Alcohol. Puse los ojos en blanco, observando a Aurora dormir de lo borracha que estaba.

Debía de ser la primera borrachera de su vida. La idea me hizo reír, porque desde luego sería una de las memorables.

—Tenemos que entrar —Chloe soltó un hipo—. Aurora está huyendo de sus hermanos —explicó, visiblemente nerviosa.

Miré de inmediato hacia la calle, como si fueran a aparecer allí como dos fantasmas, pero ella se rió, animada.

—¡No así, Trey! —volvió a hipar—. Amenazaron con ir a buscarla a la fiesta, así que nos fuimos antes de que llegaran, pero no puedo llevarla así de borracha a casa, y la entrada del dormitorio femenino cierra a las diez de la noche.

Eran las doce y veinte, así que solo había que sumar.

Levanté a Aurora del suelo con cuidado antes de sostenerla en mis brazos, y Patrick soltó un suspiro de alivio.

—Perfecto, entremos —tiró hacia dentro con Chloe apoyada en él, tambaleándose—. ¿Qué has bebido, guapa?

—¡Tres *shots* de tequila que estaban buenísimos! Pero me olvidé de comer antes de salir de casa —explicó, cortada y sabiendo que ahí la había cagado—. Y me tomé dos *shots* de vodka. Aurora se jodió. Querían emborrachar a todas las novatas y llevárselas a la piscina, pero no la dejé ir. Entonces la hicieron beber más como penalización.

Hice una mueca, cargando con la chica desmayada.

Chloe había hecho un buen trabajo, pero era una veterana contra toda una promoción de ellos intentando vacilar toda la noche con sus novatos. Me gustaban algunas novatadas, pero otras me

molestaban, y dejar a tus novatos casi en coma etílico no siempre era la mejor idea del mundo.

Aurora soltó un suspiro mientras Patrick cerraba la puerta después de que pasáramos por ella, y miré el sofá del salón, considerando dejarla ahí.

—Si alguno de los tíos llega de madrugada y ve a una Montclair en nuestro sofá... —soltó Patrick—. Mejor déjalo, Trey.

Chloe asintió.

Yo también estaba de acuerdo, pero no sabía si de verdad iban a pasar la noche o si Chloe preferiría largarse antes de que la vieran con nuestro compañero de equipo —saliendo de su habitación después de una noche *larga*.

—Podemos dormir en la habitación de Patrick y vosotros...

Se le murió la voz al mirar a Patrick, que la estaba mirando con ojos suplicantes.

Él aún iba a intentarlo, pero yo no estaba seguro de que ella quisiera. Chloe parecía estar bien, siendo justos, pero no sabía si ella estaba segura de sus propias acciones en ese momento. Quizá solo más tarde y más sobria.

Se rió, negando con la cabeza hacia él.

—Estoy un poco colocada, pero no *hecha una cuba*; no voy a dejar sola a mi amiga. Con todo el respeto, Trey.

—No me ofende —dije, sincero—. Creo que Aurora debería vomitar.

Chloe parpadeó, una expresión de asco en su cara, pero Patrick asintió.

—Echar la bebida va a ayudar con la resaca de mañana —confirmó.

Tumbé a la chica en el sofá, pensativo. Si había bebido tanto y era su primera borrachera, no debía de ser tan difícil.

—Ahora vuelvo —declaré, regresando al salón con un cubo y un vaso de agua. Patrick y Chloe hablaban en un tono tranquilo, pero él todavía la sujetaba por el codo, como si esperara que se fuera a desarmar como un muñeco de madera.

La obligué a sentarse y le puse el vaso en la boca. Al final abrió los labios y el agua entró.

Hizo el efecto esperado.

Gimió y negó con la cabeza, y se le dibujó una expresión de asco.

Solo le acerqué el cubo a la boca e hizo lo esperado: vomitó. Era horrible para ella en ese momento, pero le ayudaría con la resaca del día siguiente y, quién sabe, quizá también se espabilaría un poco.

Se dejó caer sola contra el sofá, con un gemido de dolor y frustración que hizo que Patrick soltara una risa.

Me deshice del cubo y traje otro, limpio, por si acaso, antes de ver a Patrick llevarse a Chloe a la cocina para que comieran algo. Chloe estaba mucho mejor que su amiga, obviamente, así que no me preocupaba tanto por ella; la otra...

Solté un suspiro al mirar a la chica desmayada en el sofá del salón.

Tenía la cara roja, la boca abierta de una manera nada bonita y el pelo liso parecía un nido de pajarillos invadido por ratas. La ropa estaba arrugada, y estaba claro que se había limpiado las manos en la camiseta que debía de ser de su amiga, porque había una mancha de algo que no estaba seguro de querer saber qué era.

Se me escapó una sonrisa débil, me levanté del sofá de al lado y fui a la cocina. Iba a estar un rato desmayada antes de poder moverse otra vez.

Me uní a la pareja, comiendo con ellos los restos de pizza que habíamos dejado Patrick y yo, charlando de manera casual mientras él claramente quería que yo me largara de allí.

Yo también pagaba el alquiler. Si quería cumplir su sueño, que se fuera a su habitación, no que pensara en follársela en la cocina, que también era mía.

Al final, los dos me excluyeron de la conversación, como era de esperar, y abrí mis redes. El perfil de Chloe fue el primero que me apareció con el historial de publicaciones, y abrí sus *stories* de esa noche, viendo el vídeo de Aurora, que se reía de algo mientras se ponía un pintalabios claro, al parecer en un baño público.

El pintalabios ya había desaparecido a esas alturas, pero en el vídeo estaba bonito. Le hizo gestos a Chloe para que dejara de grabar, más cortada, y el siguiente era una *selfie* de las dos delante

de una fiesta, apretándose la una contra la otra antes de entrar en alguna fraternidad. Luego había dos vídeos de Aurora echándose *shots* y gritando con otras personas, en un claro reto de ver quién bebía más.

Dios mío.

Después de eso, solo empeoró. También grabaron a Chloe bebiendo, pero era una republicación del propio perfil de Aurora. No pude evitarlo: fui al suyo y encontré aún más vídeos. Y fotos. De muchas cosas.

De la casa. De los vasos apilados. De un grupo de chicas que le saludó con la mano. De un grupo de tíos que se grabó con ella, cantando su apellido —con una Aurora ya muy borracha—.

Se moriría de vergüenza a la mañana siguiente. Debían haberle enseñado que coger el móvil después de beber siempre sale mal.

Después de eso, pasé por otros perfiles. Unos tíos del equipo de fútbol americano estaban en un bar en una noche más tranquila. Thomas había salido a una fiesta con su novia; parecía ser la fiesta de Medicina Veterinaria, por la cantidad de gente con diademas con orejas de animales.

—Trey, ¿te importa cuidar un poquito de Aurora? Quiero enseñarle a Chloe el uniforme nuevo del equipo —dijo Patrick, dulce.

Puse los ojos en blanco por dentro, negando.

—Claro que no. Puedes ir. Levanté la mirada hacia ellos; Chloe le soltó una risa a Patrick, y él le dio un toque en la cintura y claramente encontró un punto de cosquillas, porque ella empezó a reírse y a escabullirse, saliendo corriendo.

Los dos desaparecieron rápido, como dos adolescentes con miedo de entretenerse y de que los padres los pillaran.

Me quedé un rato más solo en la cocina, echando un vistazo a algunas redes y pensando qué haría con el problema en el salón de al lado. No es que ella fuera, en sí, un contratiempo para mí, no lo era, pero podía convertirse en uno si seguía apareciendo en mi vida así.

Saqué una botella de *Bud* de la nevera y fui al salón.

Hice una mueca al dejar la botella en la mesa de centro entre los tres sofás que teníamos allí y levantar a Aurora del suelo, con la cara

contra la madera fría, babeando y roncando.

Bastaba con un vídeo suyo enviado al número de Andrew y yo sabía que ellos llegarían con la policía. Y con ganas de partirme la cara.

Ahí sí sería un dolor de cabeza mío.

La acomodé de nuevo en el sofá; ella se me agarró a la nuca y abrió los ojos.

—Tengo que avisar... —hipó, y yo, serio, la miré, oliendo el hedor terrible de alcohol y vómito—. Drew.

Asentí.

—Mañana le avisas —dije, sabiendo que hablaba de Andrew. Algunos compañeros de equipo lo llamaban así.

Me analizó, girando la cara como si intentara acordarse de mí, y entrecerró los ojos.

—Trey... ton —dijo despacio, y yo asentí—. Mis hermanos me dijeron que no me acercara a ti.

Parpadeé, sorprendido. ¿Era una borracha sincera? ¿O se liaba con los hechos y solo decía mierda?

—¿Ah, sí? —pregunté, sin querer sacar conversación con ella en ese estado, pero fue imposible no querer saber más.

Asintió.

—En realidad... —levantó un dedo, concentrada—. ¡Con todo el equipo de Northride! No dijeron tu nombre en concreto. Pero, *joder*, busqué al equipo esta tarde... —aspiró, poniendo una mueca ridícula que parecía un intento de ser sexy. Tuve que contener una risa—. Mucho más buenorros que el de Scadelton.

Solté una risa, intentando no darle cuerda, pero ya más cómodo con el tema.

—Entonces, ¿por qué estás en la casa del equipo? —pregunté, bromista.

Se rió fuerte, asintiendo.

—Es verdad, ¿no? —y se rió más antes de soltar otro hipo.

La senté con cuidado para que no se atragantara con su propio vómito si le venía algo, pero ella solo negó con la cabeza.

—¡Eres guapo! —añadió, con sus palabras de borracha, para su puro horror, si recordaba algo al día siguiente—. Los jugadores de

hockey con dientes son guapos.

Lo de con dientes fue un añadido interesante para su estándar.

—¿Qué tal si duermes un poco más, Aurora? —ofrecí, sabiendo que necesitaba que se le bajara un poco el alcohol antes de pensar en tener una conversación honesta.

Por su propio bien, esperaba que no tuviera ningún recuerdo de esa noche a la mañana siguiente. *Pero yo le parezco guapo*.

Negó.

—Tengo que hacer pis —susurró y se me escapó otra sonrisa.

—¿Puedes tú sola? —pregunté, honestamente preocupado.

Asintió.

—¡Solo dime el camino! —confirmó, intentando ponerse en pie, pero la sujeté antes de que se diera de cara contra el suelo otra vez —. O no. —Una risita acompañó sus palabras.

La guié hasta el baño compartido del salón, parándome en la puerta mientras ella se apoyaba en la encimera del lavabo, como si usara toda su concentración para mantenerse en pie.

—No cierres con llave —le pedí, preocupado.

Asintió.

—¿Pero y si entra alguien? —se giró rápido para preguntármelo, preocupada, y casi se cae por el movimiento, tropezándose con sus propios pies.

—No va a entrar nadie. Me voy a quedar fuera, como un segurata —confirmé, sabiendo que explicarle que solo estábamos ella y yo no haría diferencia.

Se rió, negando con la cabeza y señalándome con el dedo.

—¡Mis hermanos son mis seguratas! —se rió—. Tú no.

Asentí, cerré la puerta y me quedé allí.

Apoyé la cabeza en el marco, negando para mí mismo.

No era posible que yo estuviera pasando por aquello en ese momento.

Dos semanas antes, si me hubieran dicho que Aaron tenía una hermana pequeña y que estaría en el baño de mi casa, borracha mientras yo cuidaba de ella, me habría reído en la cara de esa persona.

Resulta que estaba pasando y yo no sabía cómo lidiar con ello. Mis intenciones no eran las más puras del mundo, pero las había tirado a la basura una semana antes. Y entonces ahí estaba la chica, delante de mí, poniéndome a prueba.

Tenía un aire inocente, como alguien que no había vivido mucho por haberla metido en una burbuja de protección —y yo sabía perfectamente quién la había creado—, pero al mismo tiempo era preciosa. Preciosa y buenísima. De un modo que debería ser delito.

Odiaba lo que representaba su apellido e intentaba no volcarlo sobre *ella*. Pero mirar a Aurora era, literalmente, recordarme todo el tiempo que su hermano estaba libre e impune, después de haber matado a *mi* hermana, y eso era complicado e *imposible* de tragar.

Pero Nathan podía tener razón. Ella podía no saber nada. Y, por su manera de ser, yo sentía que eso era verdad. Parecía a oscuras con muchas cosas. Sobre todo con quiénes eran sus hermanos y, por más cabreado que estuviera, yo no era ese tipo de tío. No iba a acercarme a ella solo por venganza. Encontraría otra forma, con la ayuda de Nathan, de demostrar que Aaron mató a mi hermana, pero no sería usando a esa chica para eso.

Así que mándala a casa. Métela en un taxi y...

Primero: no se mete a una mujer borracha en el coche de un desconocido, aunque sea un *Uber* con el que puedes rastrear el trayecto. Segundo: que... yo no quería. Era divertido verle esa carita. Seguía pareciendo bastante desconfiada, pero de un modo borracho y adorable.

Y no era una borracha llorona, puntos a favor.

Apenas conocía a esa chica. No teníamos nada en común —quizá un poco de hockey en la sangre, solo eso— y, si tuviera que apostar, diría que yo sería la última persona sobre la faz de la Tierra en la que confiaría. Pero ella no estaba bien, y yo confiaba en mí mismo para mantener a una mujer a salvo.

Miré las escaleras que subían al segundo piso, sabiendo que Chloe y Patrick no aparecerían en la próxima hora, y, suspirando, llamé a la puerta. "No voy a dejar sola a mi amiga", ¿eh, Chloe?

—¿Aurora? —pregunté, preocupado, porque ya habían pasado tres minutos.

Nada.

Di unos golpes más fuertes.

—¿Aurora? —llamé de nuevo y oí un hipo.

—¡Estoy aquí, estoy aquí! —dijo, asustada.

Fruncí el ceño, pero esperé hasta oír el grifo. Después se abrió la puerta y se frotó los ojos, y el rímel se le corrió por la cara. Adorable y buenísima, un peligro.

—Perdona, me eché una cabezadita.

—¿Usando el baño? —pregunté, chocado.

—Sí. ¿Tú nunca?

Negué, sorprendido.

—No. Nunca.

Se quedó quieta, pensativa, con los ojos directamente en mi pantalón. Sí, justo hacia el júnior.

—Sí, supongo que sería más difícil, claro.

Eso me hizo sonreírle, negando con la cabeza ante su lógica implícita.

Entendía por qué a Chloe le caía bien. Aurora parecía cerrada, pero también era un personaje. De un modo sorprendente.

—¿De verdad tengo que irme a casa, donde está Chloe? —remató.

Parecía más despierta, pero aun así claramente no estaba del todo consciente.

—Está ocupada. Mejor espera —declaré. *Lo que necesita* es *no estar en ese salón cuando los tíos empiecen a llegar de las fiestas*—. ¿Quieres ver la camiseta nueva del equipo?


19
HARTLEY
19

5
¿Qué voy a hacer contigo, Aurora Montclair?

Trey

Qué mierda, Treyton.

Me miró con curiosidad, pero cayó en la artimaña. Era la primera vez que yo sacaba tema del hockey con una mujer, no al revés, pero, al parecer, también era una primera vez para Aurora, porque parpadeó y frunció el ceño, asintiendo.

—Claro —tosió.

Fue justo a tiempo, por cierto, porque oí un coche aparcar en la entrada de la casa y subimos las escaleras. Le abrí la puerta, dejándola entrar primero y echando un vistazo al pasillo antes de encerrarnos allí dentro.

Mi habitación era una de las tres únicas con baño; el resto de los cinco tíos que vivían en esa casa se repartía los otros dos baños por la casa, y yo le daba gracias a Dios por ser el capitán precisamente por eso. Habitación más grande, mejor baño... Un privilegio que me garantizaba no llegar nunca tarde por tener que compartir uno.

Apenas se fijó en el ambiente o en que ya no estábamos tan solos en la casa, porque fue directa a mi cama y se sentó allí, deteniéndose para mirarme como si estuviera confusa.

—Quiero ver la camiseta —dijo, seria—. Apuesto a que no es tan bonita como la de Scadelton.

La miré, alzando las cejas mientras abría la boca.

—¡Claro que lo es! —repliqué.

Era muchísimo mejor.

Se rió.

—Lo dudo. Muéstrala ya.

Negué con la cabeza, riéndome para mí mismo mientras iba hacia la esquina de mi habitación y abría la mochila de entrenamiento.

Aún no la había preparado para la semana, pero sabía que había algunas camisetas por ahí.

Levanté la camiseta nueva, orgulloso del diseño y del 19 estampado en la espalda, junto con "Hartley" enorme en rojo, en contraste con el azul claro. Me giré, listo para presumírsela a Aurora, solo para encontrarla caída y roncando.

No es broma. Roncó. Aspiró con ganas y lo soltó en un sonido absurdamente alto.

Negué con la cabeza ante la escena, lamiéndome los labios para evitar una sonrisa.

Era la primera vez que una mujer dormía en mi cama sin que hubiera pasado nada. Tracey no contaba, claro.

Aún negando con la cabeza, devolví la camiseta a la bolsa y fui hasta la cama, observando a la chica dormir antes de arrancarle de los pies las zapatillas medio embarradas y los calcetines. Luego tiré de sus brazos como de un cadáver, subiéndola a la cama.

Olía mal. No lo decía por ser un gilipollas, pero Aurora olía a comida podrida. Se iba a sentir peor si se despertaba así, pero no sabía muy bien qué hacer.

Me quedé con el dedo a centímetros de su ojo, tentado a limpiarle el lápiz de ojos corrido, pero desistí. Ni siquiera éramos amigos y cruzar ciertos límites era innecesario.

Sin contar con que no estaba dispuesto a meterla en mi cama como un polvo cualquiera. Había otras mejores —y que me darían menos dolor de cabeza.

Abrí el armario, incómodo, mientras intentaba encontrar algo que pudiera ayudarla. No era como si fuera a tener algo femenino por allí. Mi última exnovia había sido en el instituto, y sus cosas que se quedaron atrás las había metido en una caja antes de mudarme a Boston para estudiar. Las cosas de Tracey se fueron todas a nuestra casa en Springfield, así que allí solo había un montón de calzoncillos, calcetines enormes y camisetas tres veces más grandes que ella.

Tenía que funcionar.

Cogí un calzoncillo que usaba poco porque era apretado, una camiseta lo bastante pequeña y me contuve antes de coger un bañador. No iba a servir.

Me paré a su lado, dándole toques en el hombro, luego empujándola, y entonces empecé a hablarle. *Alto*. Y ninguna respuesta. Nada.

—Aurora, por favor —pedí, incómodo—. ¡Andrew está aquí! —mentí, para mi disgusto, fingiendo entusiasmo, pero el "cadáver" moreno ni se movió.

Resoplé, frustrado, antes de girarla en la cama, pero ella solo se quedó con el culo hacia arriba, durmiendo contra mi almohada.

Sí, la bebida la había apagado del todo y seguía oliendo mal.

Al parecer, estaba pagando solo por el pensamiento de haber considerado usarla para mi venganza.

La giré otra vez, tirando de ella e intentando mantenerla sentada, sin mucho éxito.

—Vale, juro que estoy haciendo esto de la forma menos cabrona posible y es por tu propio bien —murmuré, preocupado. No quería invadir su espacio personal ni sus límites, pero de verdad tenía algo sucio en esa camiseta. Al menos esa prenda tenía que salir.

Encontré la cremallera con dificultad, logrando quitársela tras muchos intentos. Dios sabe que evité mirar el sujetador.

Pero era rojo. Burdeos. Y las tetas se le marcaban bien, lo bastante grandes para... ¡Basta!

Le puse la camiseta y dejé de mirar, apartándome y dejando el calzoncillo y su camiseta, uno al lado del otro, en mi escritorio. Obviamente no le quitaría nada más. El short estaba lo bastante bien. Tenía que funcionar.

El sujetador y la camiseta eran casi del mismo tamaño; era una de esas camisetas cortitas que no dejaban mucho a la imaginación, pero aun así la chica estaba inconsciente y yo, desde luego, no cruzaría ningún umbral ético.

Apenas nos conocíamos. ¿Cómo había acabado allí?

Necesitaba una ducha. Otra vez. Me arranqué la ropa tan rápido como si estuviera ardiendo, incómodo con la situación.

Solo en el baño, todo aquello parecía una mala idea. No necesitaba más problemas con los Montclair; en realidad, necesitaba *librarme* de ellos.

Aurora no debía estar allí. Era un problema *suyo* tener que lidiar, borracha, con sus hermanos. Chloe no debería haberla traído, y menos sabiendo quién era —y Chloe lo sabía, por lo que dijo.

Aaron...

Apoyé las manos en la pared, respirando hondo lo bastante como para notar el aire denso por el vapor de la ducha. Tenía muchísimas ganas de ser un tío sin escrúpulos y vengarme de ellos usando a Aurora, aunque solo fuera rompiéndole el corazón.

El caso es que no sabía si podía. Mi lado juguetón y malicioso sabía que sería divertido intentarlo, pero mi lado honesto y justo sabía que estaba mal. Aurora no tenía nada que ver con lo que Aaron había hecho, a no ser que yo demostrara lo contrario, y nada apuntaba a ello.

Eso era lo que me jodía. Si tuviera alguna relación con lo que ocurrió, no me sentiría mal usándola, pero aparentemente no la tenía. Su ambigüedad me lo decía: estaba perdida y, al mismo tiempo, intentando protegerse de algo.

Una mujer y una niñita peleándose. Esa era la sensación.

Debía simplemente dejarla ir y no importarme, y eso fue lo que decidí hacer. Aaron tendría un encuentro definitivo con su propia ruina; yo mismo ayudaría en eso, pero Aurora era una puerta que tenía que cerrar. No tenía nada que ver, pero tampoco necesitaba vincularme a ella por eso. Seguía siendo una de ellos.

Cuando salí de la ducha, estaba en el mismo sitio, quizá un poco más hacia el centro de la cama, durmiendo de lado, estirada, cómoda.

Solté un suspiro, considerando dormir en el suelo, pero esa era *mi* habitación. *Ella* era la extraña allí. Y ninguna mujer me haría dormir lejos de mi cama. Normalmente era al revés.

Apagué la luz y me acomodé a su lado, mirando el techo.

Tenía marcas en los hombros. Marquitas pequeñas, un poco más claras que su piel, como si se parecieran a las pecas, pero había algunas diferencias. Lo que más me llamó la atención cuando le cambié la camiseta fue eso, no sus tetas. La camiseta que llevaba antes escondía las marcas, igual que la que le había puesto yo también las escondía.

Era hora de cerrar la puerta que abrí sin querer. Ella tenía su lado en la ciudad, y yo el mío.

A la mañana siguiente se iría y yo no volvería a mirar a ningún Montclair con respeto o preocupación. Acabaría con Aaron y Andrew en la pista y los destruiría en los tribunales. Encontraría las pruebas necesarias y todo aquello terminaría.

Llegaría un punto en que la propia Aurora quizá me odiaría, y me daba igual.

Se removió a mi lado, acomodándose entre las mantas y tirando de una esquina, intentando quitármelas en un tira y afloja que me hizo contener una sonrisa, pero la dejé robarlas.

Hasta que sentí sus dedos en mí. En mi hombro, más concretamente. Apretó, luego se acercó y me abrazó, asustándome.

Su boca se quedó a centímetros de la piel desnuda bajo el cuello, porque yo solo llevaba el short y sentí la sonrisa.

¿Qué coño es esto?

Intenté apartarme, pero ella me tiró hacia ella.

—Andrew, para ya —murmuró dormida, molesta—*. ¡¿Ahora sí respondes, joder?!*

Genial, se creía que yo era su hermano. Pero mi *hermano* de abajo no entendió eso, porque adoró la sensación de sus labios *casi* sobre mí.

Cierra la puerta, Treyton. Cierra la puta puerta en su cara y no pienses en la hermana del tío al que más odias. De ninguna manera. Ni siquiera como la buen...

Apreté los dientes. *Sin pensar en eso, Treyton Jr., sin pensar en eso*.

Su respiración sobre mi piel no ayudaba y me sentía como un adolescente en plena pubertad, intentando controlar la erección con un simple toque.

Negué con la cabeza para mí mismo, incómodo con aquello, y volví la vista a su cara, a centímetros de la mía.

La penumbra no me dejaba ver mucho, pero solo la silueta de su cara quieta, calladita y somnolienta, sin roncar, bastaba para perder un poco de la razón que sabía que tenía.

Era diferente a ellos. De una manera deliciosa. De una manera que me gustaba.

Y eso no era bueno.

—¿Qué voy a hacer contigo, Aurora Montclair? —pregunté en un susurro sincero. Debía cerrar esa puerta, ese vínculo que habíamos hecho al principio. Había que olvidar el café, aquella noche también, incluso la expresión inocente que tenía mientras dormía.

Todo aquello. Necesitaba destruir ese puente. No la necesitaba allí, y menos pegada a mí.

Pues aléjate de ella en esa cama entonces, Treyton. Te desafío, me advirtió mi conciencia.

Mi lado malicioso, sin embargo, adoraba la idea de aprovecharme de la cercanía.

—Comer.

Oí la respuesta a mi pregunta unos instantes después, lo que me hizo toser, asustado por sus palabras, sintiéndola palpar la cama (y mi barriga, que se contrajo con el toque).

—Tengo hambre, quiero comer —añadió dormida.

—Me cago en la puta —gruñí al cerrar los ojos y darme la vuelta, de espaldas a ella, sintiéndola apretarme las costillas mientras dormía.

Y entonces sus manos volvieron a mí y su boca se pegó a mi espalda.

Podía simplemente culpar a Patrick. La erección era porque me había cortado el rollo con Stella, no tenía nada que ver con esa boca en mi espalda.

Mañana, Aurora sería solo un puntito oscuro, un lapsus de juicio, alguien olvidable que fue un error traer a la seguridad de mi habitación.

Tienes veintiún años, no quince. Controla la puta polla, Treyton. Es solo una boca en tu piel.

Se removió detrás de mí, y lo que me consolaba era que, a la mañana siguiente, uno de los dos se sentiría aún peor y no sería yo.

Ese pensamiento me relajó.

Pero no lo suficiente.

¿Sabes qué? Lo había olvidado. Hasta que apareció tres veces delante de mí y en ninguna lo planeé.

Ahora sería a propósito. Aurora no tenía que perdonarme por lo que iba a hacer.

Pero quizá hasta le gustara.



6
¿Qué Aurora es esa, Aurora?

Aurora

Aaron se quejó cuando respondí a su mensaje sobre qué haría esa noche. Le dije la verdad sobre la novatada. Dijo que no debía ir, pero le dije que ya iba de camino.

> Aurora, te juro que si haces alguna mierda, voy a sacarte de esa fiesta y se lo cuento todo a nuestros padres. Hablo en serio.

Vale. <

Era verdad, ya iba de camino. Chloe prácticamente me secuestró, no me dejó ir a mi apartamento, con miedo de que me rajara, y me metió en un short vaquero corto suyo, una camiseta negra que era más bien un top de tirantes, lleno de brillo, y empezó a maquillarme y a hacerme el pelo.

Su cintura era más fina que la mía, y tenía menos pecho, lo que, en consecuencia, hizo que me quedara apretada en la ropa, pero me quedaba de una manera que me dejaba más bonita. Me realzaba más que mis prendas simétricas y elegidas por mi propia madre.

Tenía diecinueve años. Y ni siquiera sabía cuál era mi estilo de ropa. Chloe tenía razón en su intervención.

Su compañera de cuarto durmió todo el día; apenas se movió, incluso con nuestro ruido. Era guay.

Chloe y yo hablamos bastante. Descubrí que sus padres y ella tenían un trato: no eran los mayores partidarios de su carrera, pero permitirían que fuera a por el título con el que soñara. Si no conseguía un papel fuerte como actriz, ya fuera de una obra grande o de un buen proyecto de Hollywood —obviamente no protagonista —, en un plazo de hasta seis meses después de graduarse, tendría que volver a su casa y hacerse cargo del negocio familiar.

Era un acuerdo un poco duro, pero ella parecía confiada en que lo iba a conseguir. Tenía tres años más para seguir trabajando duro.

Explicó que era por eso que trabajaba a media jornada en varios sitios y se esforzaba tanto. Hacía audiciones todo el tiempo y su agente y ella estaban siempre mandando sus pruebas a diversos directores. Necesitaba dinero para viajar en caso de que la llamaran para una prueba presencial, así que necesitaba tener siempre una reserva de emergencia, además de lo necesario para mantenerse en la universidad. Chloe trabajaba duro, vivía su vida y estaba luchando por sus sueños.

—¿De qué sirve vivir una vida que no quiero para mí?

Y el brillo en sus ojos era mi parte favorita. Yo quería algo así para mí. Quería poder vivir mis sueños y sonreír. Así de simple.

Pero no tenía del todo claro *cuáles* eran mis sueños. Tenía miedo de empezar a soñar y llevarme una zancadilla también.

Que te arrancaran las alas antes de poder volar debía doler.

Me sacó del mal rollo en cuanto notó hacia dónde iban mis pensamientos, y pasamos toda la tarde riendo y hablando. Íbamos adelantadas para la fiesta, así que matamos el tiempo en el vestíbulo del edificio de la residencia femenina, hablando con otras chicas. Solo cuando ya casi nos íbamos fue cuando me di cuenta de que ellas solo se pararon a hablar con nosotras no por Chloe, sino porque sabían exactamente quién era yo.

Se había corrido la voz por la universidad de que yo era su hermana. Tuve una semana de anonimato.

Chloe intentó tranquilizarme con eso; era cuestión de tiempo que ocurriera, pero me entristecía un poco.

La tristeza se fue cuando llegué a la fiesta y todo el mundo me trató como a una novata cualquiera. Y entonces vino un *shot*. Y el segundo. También hicieron un *body shot* en el cuerpo de una novata. Y después, recuerdo jugar al *beer pong*, pero con vodka. Creo que era vodka.

Nunca había bebido antes. Se lo había confiado a Chloe, y prometió sujetarme si era necesario. En Weston, teníamos fiestecitas aquí y allá, pero como era más difícil conseguir bebida, en general

había poca y yo evitaba beber por miedo a que mis padres se dieran cuenta cuando llegara a casa.

Pero allí, ¿qué podrían hacer?

¿Castigarme?

¿Obligarme a quedarme solo en casa?

¿Forzarme a estudiar algo que no quería?

—¡MONTCLAIR, MONTCLAIR, MONTCLAIR!

Había algo peligroso en alguien que no tiene nada que perder, lo noté demasiado tarde.

Solté una risita al beberme un *shot* de tequila y besar la mejilla de un veterano que me sostenía el limón, y que parecía listo para otras cosas. *Mucho* más ricas que el limón que chupé.

¿Qué Aurora es esa, Aurora?



Había alguien respirando contra mí.

Y no era Andrew.

Antes de que él se fuera a Scadelton, dormíamos juntos a veces. Era mi osito enorme al que me gustaba abrazar y nunca se quejó.

La cuestión es que allí no estaba mi hermano. Yo sabía que no lo estaba.

Abrí los ojos más rápido de lo que debería, porque inmediatamente me palpitó la cabeza. Parecía que acababan de darme un mazazo. En el cráneo. Lo abrieron y mi cerebro estaba ahí, goteando sangre y matándome lentamente con aquel dolor. Era la única explicación.

—Te juro que si estás en esa fiesta hecha una cuba*...*

Había una barba rala y clara demasiado cerca. Y músculos. Muchos músculos y piel contra piel. El olor fuerte me hizo doler la

cabeza, pero no era malo. Solo... Demasiado dolor.

Entonces, me golpeó la conciencia, y miré hacia abajo aún más rápido, sintiendo que todo me dolía más y que una ola de náuseas subía.

Ay, Dios mío.

No habría manera de que me hubiera acostado con un tío cualquiera, ¿no? Yo lo sabría. El olor era fuerte. Colonia masculina. Algo fuerte que me picaba la nariz y hacía que me doliera aún más la cabeza.

—¿Ya te han dicho que eres guapa, Montclair?

—Sí, pero gracias.

Parpadeé unas cuantas veces, sintiendo que mi cerebro gritaba de desesperación por el dolor, hasta enfocar una bandera colgada encima de un escritorio. Había algunos libros apilados y otros desorganizados, un portátil cerrado y bolígrafos esparcidos, además de una foto de una pareja y un grupo de personas, ambas demasiado lejos para que yo entendiera.

Estaba en una habitación de algún hombre.

Y miraba el dibujo de la camiseta del equipo de hockey *de Northride.*

No. No, de ninguna manera. Me había acostado con un... ¡NO!

Volví la mirada hacia el hombre delante de mí solo para llevarme un susto aún mayor al darme cuenta de que la barba rala y clara era de... ¿TREYTON?

Creo que lo dije en voz alta, porque él gruñó algo en su sueño. Treyton llevaba solo un short rojo oscuro, de esos anchos que a mí me parecían preciosos, pero que aun así deberían estar prohibidos para tipos como él. Trey estaba aún más guapo y yo no podía haber dormido con él. ¿Lo había hecho?

—Ay, Dios mío —murmuré, sin conseguir procesar aquello.

Yo lo sabría, ¿no?

Ya no era virgen, me aseguré de eso en la última semana de clases del bachillerato, pero tampoco había repetido nada después, lo que significaba que yo era una de las pocas universitarias inexpertas de aquel campus y definitivamente me dolía demasiado la cabeza y estaba a punto de entrar en pánico y, DIOS MÍO, estaba en

la casa que compartían los jugadores de hockey de Northride, ¿no? Chloe había comentado algo sobre eso.

Estaba, oficialmente, entrando en pánico.

Aún estaba vestida. Debería ser buena señal.

Dios mío, ¿qué iba a hacer? ¿Y si de verdad hubiera...? ¿Y si me quedaba embarazada? Y Dios mío, ¿y si...?

Me obligué a parar y respirar hondo, intentando controlar la oleada de desesperación y ansiedad. No lo sabía. Quizá fuera todo una pesadilla.

Una gran pesadilla de mal gusto que mi subconsciente me estaba causando.

Y tenía resaca por culpa de una noche de la que no recordaba absolutamente nada. Eso era, definitivamente, resaca.

Lo último que recordaba era el vasito de tequila y mi apellido repitiéndose varias veces. *Y nada más*.

Nunca había pasado por eso antes, pero ya sabía cómo funcionaba. Estar borracha fue interesante, era como dar muchas vueltas y luego dejar de girar e intentar mantenerte de pie sola. Se me revolvió el estómago por los recuerdos borrosos, por la sensación de estar borracha.

Logré apartarme de Treyton en la cama; solo nuestras piernas estaban enredadas y nuestras caras estaban a centímetros una de otra —ahora ya no—, pero aun así, solo podía ser algún tipo de broma de mal gusto, y si...

Quería llorar.

Yo no hacía eso. Esa no era yo.

¿Lo era?

Apreté los labios al pararme frente a la cama, observando al hombre dormir en todo su esplendor y comodidad. La manta estaba toda del lado de la cama que yo ocupé, como si se la hubiera robado, y él dormía medio estirado, medio torcido, en su propio ambiente. La cara estaba aplastada contra su propia almohada, y su pecho subía y bajaba en una tranquilidad somnolienta.

—Joder —siseé, nerviosa.

Treyton era guapo. Demasiado guapo. Del tipo que debería estar prohibido y hacía que las chicas suspiraran en la pista (y fuera de

ella). El rostro definido, pero nada en exceso, los ojos cerrados y en paz, con las pestañas un poco más claras, combinando con las cejas y el pelo.

También era enorme. Nunca me había dado cuenta de que los jugadores de hockey en general eran *así* de grandes. ¿Es que todo jugador de hockey parecía enorme de ese modo o era solo porque yo estaba entrando en pánico?

Yo lo sabría si hubiera pasado algo de más, intenté calmarme. La cuestión, sin embargo, era: ¿cómo había acabado allí? Me enteraría si un alumno de Northride hubiera puesto un pie en Scadelton, eso creía. Y más uno famoso como un jugador de hockey.

Como Treyton.

Había buscado los perfiles de algunos jugadores ayer, totalmente influenciada por Chloe, mientras me contaba cotilleos de cada uno de ellos —algunos privilegiados, por cierto—. Treyton era el capitán del equipo de Northride. En consecuencia, tenía una reputación dentro y fuera de la pista.

Y *muchas* mujeres ya se habían acostado en esa cama. Chloe ni siquiera necesitaba haberme dicho eso para que yo lo supiera.

Tragué saliva al ver la puerta abierta de un baño dentro de aquella habitación; fui hacia él, observé mi reflejo en el espejo. Estaba hecha un desastre.

Maquillaje corrido, el pelo como si hubiera pasado un huracán y ropa arrugada —una *camiseta* arrugada, no el top negro corto en talla *mini*—, además de que el short estaba súper incómodo a esas alturas, sin contar con que parecía sucio.

Fui al baño, me lavé la cara y la boca, intentando quitarme un poco el malestar de encima, pero apenas podía abrir los ojos por culpa de la resaca. Abrirlos un poquito hacía que una enorme ola de dolor se extendiera por mi cabeza, y mi corazón latía demasiado rápido en mi estómago, y yo sentía que había algo mal donde debería estar el corazón.

¿Eso era una resaca? ¿Sentir como si mi boca estuviera ahí en el fondo del estómago?

Me quité todo el rímel que pude, quedándome solo con ojeras profundas por el mismo motivo, de tanto frotar, y estaba

relativamente más presentable. Y con ganas de vomitar.

Me quedé con la mano en la puerta, sujetando el picaporte antes de girarlo, y respiré muy hondo.

No había hecho nada que no quisiera. Quería descubrirme. Deseaba saber quién era. Al parecer, borracha me ponía bastante *desinhibida*.

Y estaba bien. Podía serlo. Nada me impedía simplemente ser una joven adulta de diecinueve años con toda la vida por delante. No había dormido con Treyton y, aunque lo hubiera hecho, no había nada malo en ello.

Ni siquiera el hecho de que mis hermanos hubieran dicho que no podía hacer eso. Sí podía. Ellos no mandaban sobre mí.

Observé mi cuerpo, analizando la camiseta distinta —y más cómoda—. Era gris con el estampado de Northride, su insignia enorme cubriéndome todo el pecho.

Evité pensar cómo había acabado puesta sobre mí. No podía volver a entrar en pánico.

En la habitación, encontré mi móvil. Estaba tirado en el suelo, quizá por culpa mía, y vi que tenía más de cien llamadas perdidas, pero solo de mis hermanos. No se lo habían contado a nuestros padres —todavía no—. Sin contar los innumerables mensajes, sumando más de doscientos solo en el grupo que teníamos entre nosotros.

Cuando abrí mi *Instagram* fue cuando entendí por qué estaban tan preocupados. Tenía mensajes suyos por ahí también, además de muchos otros chats en otras redes, pero había una conversación fijada, y era con Chloe.

> Cuando despiertes, NO respondas a tus hermanos. Habla conmigo antes. ¡EN SERIO!

Solo eso. "Solo".

El problema era todo lo que yo había publicado. Había hecho muchos amigos aquella noche. Mi número de seguidores y de gente a la que seguía había aumentado considerablemente, el primero se multiplicó por diez, y estaba etiquetada en varias publicaciones.

Incluso en la cuenta de cotilleos.

¡Aurora Montclair – la hermana pequeña de los astros del hockey demostró que sabe darlo todo en las fiestas!

Y tenían vídeos. Muchos vídeos. Algunos *eran míos*. Yo los había grabado. Estaban ahí en mi perfil.

Si antes no quería que me reconocieran, la Aurora borracha desde luego cambió eso.

Al menos era popular y no estaba siendo rechazada. Debería ser un buen comienzo. Aún estaba a la sombra de mis hermanos, pero mucha gente comentaba riéndose y elogiando al alma de la fiesta.

Estaba guay. No es que me gustara la exposición, me daban ganas de esconderme en un agujero, borrar la noche de la historia y seguir mi vida en el anonimato, pero... Estaba guay ver que les gustó esa Aurora.

Era por todo eso (y probablemente un poco más) por lo que mis hermanos mandaban mensajes de minuto en minuto en las primeras horas de la fiesta, y luego de media en media hora, hasta parar de madrugada y empezar de nuevo media hora antes de que yo cogiera el móvil.

Ya pasaba del mediodía, y mi barriga rugió y me dolió al mismo tiempo. Tenía ganas de vomitar, pero al mismo tiempo no tenía mucho que echar.

La noche era, definitivamente, un borrón.

No recordaba nada. Un gran borrón de colores y caras mezclándose, recuerdos variados y difíciles de definir. Recordaba más la bebida delante de mi cara que otras cosas. Y el olor. Colonias mezclándose, tabaco y marihuana.

Recordaba vagamente mi monólogo con el conductor del coche que llamamos, pero no mucho más que eso. Me lancé con todo un discurso sobre por qué los animales callejeros deberían incluirse en políticas públicas de cuidado, ya que ellos también deberían importarle a la población.

Al menos no lloré.

Consideré irme en ese mismo momento, pero los coches aparcados en el bordillo y el ir y venir de jugadores de hockey que vi por las ventanas fueron suficientes para impedírmelo. Reconocí a uno de los tíos del café, el día que me crucé con Trey, pero por lo demás, todos eran desconocidos. Iba acompañado de una chica rubia impresionante que llevaba una camiseta del equipo y estaba agarrada por la cintura por un tío con gafas graduadas.

Podía haberme vuelto loca y no importarme ya algunas cosas, pero aún era mejor tener cuidado con otras. Mis hermanos sabían de la fiesta, no de dónde había pasado la noche, y era mejor que siguiera así.

Todo tenía límites. Incluso mi libertad.

Si supieran dónde estaba, ya estarían allí, así que era obvio que no lo sabían.

Solo me di cuenta de que iba de un lado a otro con el móvil en la mano, intentando pensar en una solución, cuando oí una risita.

—Vas a abrir un agujero en el suelo de mi habitación, Aurora.

Casi pegué un salto del susto, parándome para mirar a Treyton tumbado de lado mientras mi cabeza me lanzaba una punzada dolorosa. Él estaba sonriente, mirándome con la mayor cara de sueño del mundo. El pelo despeinado era un encanto aparte.

—No has hecho nada malo —añadió al ver mi mirada—. Chloe os trajo y aún debe de estar durmiendo por ahí. Yo me porté bien —remató.

—¿Cómo acabé en tu habitación? —pregunté, tensa.

—Eso se lo preguntas a tu amiga —explicó, tranquilo—. Lo de la misma cama fue cosa mía. Parecías cómoda agarrada a mí.

Tragué saliva, incómoda y sintiendo que se me calentaba la cara, al ver su sonrisa calmada.

—Está todo bien. De verdad —remarcó—. Salvo por los vídeos y la exposición pública que ya habrás notado. ¿Nadie te ha dicho nunca que no se debe beber y tocar el móvil al mismo tiempo?

Puse los ojos en blanco hacia él, apareciéndome otra punzada dolorosa en la cabeza por culpa de eso.

—Gracias por los consejos, *papá*.

Él se rió, sentándose en la cama y pasándose las manos por el pelo, que parecía agradable de tocar, aun todo despeinado. Parecía un poco incómodo en ese momento, a pesar de estar, aun así, en todo el esplendor glorioso de ser de verdad... Bueno, buenísimo. Treyton estaba buenísimo. Un pedazo de tentación que debería ser una del...

—¿Recuerdas algo? —preguntó con curiosidad, y yo tragué saliva, cortando mis propios pensamientos. Tenía la saliva espesa, pero no quería pedir nada. Ya sentía que estaba abusando de la hospitalidad, por cómo iba aquella conversación.

Negué, incómoda.

Él asintió, pensativo.

—¿Hice algo que debería recordar? —pregunté, preocupada.

Él sonrió.

—No. —Pero por su mirada, sí.

Había pasado algo.

Él se desperezó, y oí algunos crujidos antes de levantarse y dirigirse al baño sin más palabras. Evité mirarlo a él o la marca en el short, pero la erección matutina estaba ahí.

Es que nunca había dormido en la misma cama con un hombre que no compartiera la misma sangre. Estaba incómoda, sin saber qué hacer ni cómo salir de esa situación.

Y, en concreto, no podía salir por la puerta principal sin que me pillara un equipo entero de hockey que debía odiar a mis hermanos. Eso sería un cotilleo *jugoso*. Del tipo que la propia Chloe difundiría si no fuera conmigo.

Cuando Trey volvió, buscó una camiseta para él, se la puso y me miró, más despierto y viéndose mucho mejor que yo. No es que me importara la vista, era genial.

—Voy a llamar a Chloe —ofreció.

Asentí, tragando saliva.

—No sé cómo irme. Toda la casa... —Gesticulé hacia la planta de abajo, y Trey asintió con la cabeza, pareciendo haberlo pensado ya.

—Pensaré en algo. Me imaginé que no querrías que te vieran.

Asentí, agradecida y quedándome ahí sola. Oí sus pasos en el pasillo y el golpe en la puerta de otra habitación. Unos golpes, en

realidad. Dio unos cuantos puñetazos antes de que lo oyera gruñir: "Patrick, levántate de una vez, ¡joder!".

Se abrió la puerta y no oí nada más.

Minutos después, Treyton volvió a su propia habitación rascándose la nuca, incómodo al mirarme.

—Chloe y él están desayunando. En la cocina, que está llena.

Hice una mueca, mirando por la ventana otra vez. Mientras tanto le había mandado un mensaje a Chloe, pero debía de haberse dejado el móvil en la habitación o algo así, porque ni le llegó. Además yo también me estaba quedando sin batería.

Solté el aire.

—¿Y si salto por la ventana? —pregunté, analizando la altura.

Oí la risa.

—¿Y romperte una pierna? —propuso.

—No es tan alto. Puedes descolgarme, me balanceas como en esa escena de Susana en El príncipe Caspian y solo me sueltas cerquita del suelo. Funciona.

Como él no respondió a mis palabras, volví la mirada hacia un Treyton que me miraba confundido.

—¿El príncipe Caspian?

—Sí. La peli, ¿sabes? Las crónicas de Narnia. En una escena, la reina Susana se resbala en medio de la batalla y se queda colgando. Un aliado intenta sujetarla, pero no puede, entonces la balancea como... —Mi voz se fue apagando al notar que él parecía completamente perdido—. ¿Nunca la has visto?

Treyton negó con la cabeza, y yo suspiré.

—En fin, me parece una buena idea —concluí.

—Discrepo. Te vas a hacer daño, Aurora.

Fruncí el ceño, molesta. Había posibilidad de que me hiciera daño, pero... Vale, era un poco desesperado.

—¿Qué sugieres hacer? —pregunté—. No puedo quedarme aquí todo el día.

Él se encogió de hombros. Su postura decía que, en realidad, sí podía.

¿En qué me había metido?

—Voy a la cocina a coger algo de comer. También voy a buscar algún medicamento para tu resaca y vuelvo enseguida. Intentaré avisar a Chloe. ¿Quieres algo en concreto?

Negué, incómoda, y él asintió y me lanzó un guiño al dirigirse a la puerta, pasando por el arco rápidamente y dejándome ahí dentro.

Chloe me contestó un rato después. Yo ya había hecho la cama, doblado la manta y una pila de ropa limpia, colocado las almohadas, arreglado su baño y empezaba a preguntarme si no debería simplemente descolgarme y saltar por aquella ventana de una vez.

La vida universitaria estaba llena de aventuras, ¿no? ¿Qué era una pierna rota?

¿Y cómo se lo vas a explicar a tus padres, eh? ¿Y la cuenta del hospital?

> Trey está intentando entretener a algunos colegas para que salgan conmigo y Patrick, pero todavía no ha funcionado.

> Sobre tus hermanos: no hiciste nada de más. En serio, nada de nada. Fue divertido verte soltarte y solo divertirte, lo necesitabas

> Quizá la próxima solo sea necesario menos alcohol y tal, te emborracharon demasiado

El último mensaje me hizo sonreír. Me reenvió algunas fotos nuestras, la mayoría presentables, que me hicieron sonreír aún más. Había una foto mía sentada en la mesa de *beer pong*, como si fuera la reina del lugar, y parecía tan distinta de la Aurora que yo era. Que creía que era.

Me gustaba su sonrisa.

Necesitaba entender dónde se escondía esa Aurora en mí cuando estaba sobria. No iba a emborracharme solo para ser yo, definitivamente no. Necesitaba descubrir cómo encontrarme.

Eso era. Esa era la meta.

Evitaría decir que no —salvo eso para situaciones realmente peligrosas, ese tipo de cosas y tal—, intentaría sacar lo mejor de mi vida en la universidad y no dejaría de vivir por culpa de nadie. En especial por culpa de mis hermanos.

Publiqué una de las fotos con Chloe, después de borrar los diversos vídeos complicados de explicar, e inmediatamente mis hermanos empezaron a llamarme, pero los volví a ignorar.

Viva, sabían que lo estaba.

Observé la camiseta encima de la maleta azul personalizada en la esquina del ambiente, surgiendo un recuerdo vago mientras iba hacia ella, levantándola.

Era bonita. No me gustaba mucho la combinación de azul y rojo, pero Northride llevaba bien los colores. Treyton llevaba el número 19, no sabía si por alguna razón en particular o solo porque fue el número que le dieron.

Había varias versiones de la misma camiseta por allí, repeticiones con manga, sin manga, camisetas como segunda piel en tonos de azul y equipo de protección. Debía haberlas traído a casa para revisarlas, porque aún no estaban en temporada, solo empezaba el mes que viene. Olía a camiseta nueva, no a él.

—Más bonita que la de Scadelton, ¿no? —La voz justo detrás de mí me hizo pegar un salto del susto, mirándolo con la mano en el corazón, junto con la camiseta, oyendo la risa deliciosa—. No quería asustarte. ¿Qué te ha parecido?

—Sí que es bonita. Prefiero el dorado y el negro —piqué, tranquila, devolviéndole la camiseta.

Él sonrió, asintió y mostró un plato y un vaso de café encima de su escritorio, junto con una botellita de agua y un blíster de pastillas. De verdad no lo había oído.

Alcancé el escritorio rápidamente, sedienta. Parecía que no bebía nada desde que nací.

Bebí el agua como si mi vida dependiera de ello, oyendo la risa, mientras me tragaba una pastilla, con Treyton parado frente a mí.

—Te vas a encontrar mejor ahora —confirmó—. Dentro de un rato los tíos deberían salir. Algunos van a estudiar, otros tienen planes, y tú puedes irte.

Solté un suspiro de alivio, asintiendo.

Treyton me observaba, pensativo.

—¿De verdad quieres tanto irte y darles explicaciones?

Paré el trago de café que tomaba, fijando mis ojos en los suyos antes de bajar la taza, apretando los labios. Ni siquiera dijo los nombres, pero yo sabía perfectamente de quién estaba hablando.

Y nunca me había preguntado mi nombre. Al menos no que yo recordara.

—No. Pero en algún momento voy a tener que hacerlo. Y apenas nos conocemos, Treyton. No hago muchas de las cosas que hice esta noche, y compartir cama con un desconocido es una de ellas.

Él asintió.

—Tú sabes mi nombre, mi dirección, dónde estudio y dónde juego. No somos desconocidos, sé mucho menos de ti —alegó—. Sin contar que las amistades empiezan con menos que eso.

—¿Entonces quieres ser mi amigo?

Él sonreía, negando con la cabeza.

¿En qué te has metido, Aurora Montclair? Porque mirando aquel rostro definido, los ojos azul claro y la barba por hacer, además de la sonrisa tranquila en los labios y un cuerpo de infarto, sabía que estaba metida en un problema.

—No. Quiero otra cosa. Pero soy paciente. —La voz le salió más ronca, y pude notar cómo cambiaba el tono.

Entrecerré los ojos, sabiendo precisamente de qué estaba hablando.

—Deberías buscar a una chica que te dé lo que quieres. No voy a ser yo, Treyton —dejé claro.

—Pero me gusta lo que veo y sé lo que quiero. Puedo ser tu amigo hasta entonces.

Solté una risita, negando con la cabeza a eso al volver a tomarme el café. Había hecho tostaditas con alguna crema por encima, y parecían ricas.

Sabía que tenía la cara roja, incómoda. Nunca me habían tirado los tejos de una forma tan abierta y clara. Treyton fue directo al grano.

—Y dime, aprovechando que estamos hablando de conocernos y convertirnos en amigos... —comentó, apoyándose en el escritorio y cruzándose de brazos, mirándome. *Joder, era muy guapo*—. ¿Por qué no me das tu dirección para que te lleve?

Antes, no había prestado tanta atención porque solo quería quedarme sola, pero así como algo había cambiado en mí desde la conversación de ayer por la tarde con Chloe, él parecía también haber cambiado conmigo. No sabía qué lo había causado en él, pero claramente había decidido que yo era lo bastante interesante.

—Ni de coña voy a llegar a mi propia casa contigo —me reí, irónica.

Él sonreía.

—Nadie tiene por qué saberlo si tú no lo cuentas, Montclair.

Dios mío, era muy fácil caer en su labia. Y delicioso.



7
¿Podemos mantener esto entre nosotros?

Aurora

Para mi horror, Trey no tenía coche: tenía una moto. Me explicó que la prefería porque era más rápida y siempre había llevado moto, así que me prestó su casco de repuesto y una chaqueta enorme, y yo iba aferrada a su cintura, sorprendida por el viento y la sensación deliciosa de libertad.

La ciudad pasaba volando. La moto rugía. Apenas podía respirar.

Y sonreía.

Conseguimos salir de la casa que compartía con otros siete jugadores de hockey con relativa facilidad (después de esperar casi una hora), y no vi a Chloe por ninguna parte. Parecía un poco ridículo pensar en salir a escondidas cuando yo no había hecho nada, pero el propio Trey advirtió que, aunque fueran sus amigos, tampoco se podía confiar en que no se lo contaran a nadie y, en consecuencia, acabara llegando a mis hermanos.

Aparcó dos manzanas más allá del bloque donde estaba mi apartamento, en el tercer piso de un edificio tradicional y mono, de tonos claros y arquitectura antigua. Me quité el casco con dificultad, mientras él me ayudaba, y vi su sonrisa al levantarse la visera del suyo.

Se mostraba más incisivo, más abierto, y cada vez que me dedicaba una sonrisa me preguntaba si habría pasado *algo*. No era posible que se hubiera interesado por mí solo porque me vio borracha perdida y, hasta donde yo recordaba, vomitando. ¿Y si hice algo y él simplemente no quiso decírmelo para no avergonzarme?

—¿Podemos mantener esto entre nosotros? ¿De verdad? —pregunté, tensa, mirando alrededor como si estuviera cometiendo un crimen, mientras me bajaba de la moto.

Él sonrió, apoyando el casco que yo había usado en su pierna. Treyton era enorme, y sentada detrás de él en la moto solo lo confirmé *aún más*. Alto, musculoso, el cuerpo esculpido por años de entrenamiento...

—Claro. Entre nosotros, Patrick y Chloe.

Eso también me hizo sonreír, asintiendo con la cabeza.

—Gracias, Treyton. Perdona por haberte estropeado la noche; no sé si tenías algún plan o... —Mi voz se fue apagando mientras él negaba con la cabeza, tranquilo.

—No tenía. Está todo bien, de verdad, Aurora. Me alegro de que no haya pasado nada de más y de que estés bien; lo demás es lo de menos.

Asentí, mordiéndome la mejilla por dentro.

—Vale.

Él sonrió, haciendo un gesto con la cabeza.

—Antes, guarda mi número. Por si algún día lo necesitas —añadió.

Metí las manos en el bolsillo de la chaqueta, solo para darme cuenta de que también debía devolvérsela; saqué mi móvil del bolsillo y me quité la prenda.

—Sin batería —dije, metiendo la prenda en el bolsillo del short ajustado, mientras él sacaba su propio móvil, tecleaba algo y me lo entregaba, acomodándose la chaqueta que llevaba apoyada en el brazo.

"Aurora Montclair".

Suspiré, tecleando mi número bajo mi nombre y devolviéndole el móvil. Él sonrió, guiñándome un ojo.

—Cuídate. Y evita caer en lo de beber demasiado por culpa de los veteranos.

Puse los ojos en blanco, alejándome y despidiéndome con la mano.

—Dudo que tú mismo sigas tu consejo —dije.

Él sonrió, dándome la razón, y arrancó con la moto mientras yo me daba la vuelta y me dirigía a casa. La moto le quedaba de un modo extraño; era toda negra y, al mismo tiempo que parecía tener

una textura *mate*, también parecía brillar. Y era grande; yo no llegaba al suelo cuando me monté en ella.

Se me borró la sonrisa mientras iba hacia lo que posiblemente se convertiría en una discusión. Odiaba pelearme.

Me paré en mi calle, respiré hondo y solté el aire, pero, en lugar de sentirme molesta por la pelea que vendría o preocupada, sonreí.

Esbocé una sonrisa de oreja a oreja, a pesar de que aún tenía una punzada de dolor en la cabeza y sabía que la discusión no me daría ganas de sonreír.

Había vivido. Había salido de casa hacía más de veinticuatro horas, creyendo que volvería después de comer con una amiga, pero fui a una fiesta, bebí, hice amistades —que, hasta que se me quedó sin batería el móvil, mandaban mensajes proponiendo quedadas que, al parecer, yo había confirmado cuando iba borracha—, me divertí y, sobre todo, me reí. Toda la noche, en todos los vídeos y fotos, aparecía riéndome o, como mínimo, sonriendo.

Y aunque había sido un poco raro, había pasado la noche fuera —en la cama de un tío, aunque no en el sentido sexual.

¿Y si hubiera sido en el sentido sexual?

No. En ese caso, mejor no. Primero, que yo no era tan experimentada y sabía muy bien que tíos como Trey tenían *mucha* experiencia. Segundo, que, si iba a involucrarme con alguien, me sentía más cómoda teniendo una relación seria. No sentía que lo casual fuera para mí.

Y, sonriendo, subí las escaleras de mi edificio y tardé un poquito más en llegar a casa.

Mi sonrisa murió en cuanto entré en el pasillo de mi apartamento y vi a Aaron apoyado en su puerta, mirándome con prepotencia. Observó mi ropa y se le dilataron las fosas nasales antes de alzar la mirada hacia mí.

—¿Con quién has venido a casa? —preguntó, frío y mezquino.

—Sola —le mentí a la cara, sin ninguna vergüenza ni arrepentimiento.

Y me gustó.

—¿Dónde estabas?

—En la fiesta.

Puso los ojos en blanco y Andrew salió de su apartamento, con gesto tenso y molesto mientras se cruzaba de brazos. Conmigo. Los dos tenían cara de pocos amigos.

—¿Y después? ¿Dónde dormiste, Aurora? ¿Con quién pasaste la noche? —insistió.

—*Basta*, Aaron —mi voz retumbó por el pasillo vacío—. Vosotros dos. Estoy cansada de que vosotros dos podáis vivir vuestra vida, hacer lo que queráis, soñar lo que queráis, *follar* a quien queráis —mi tono fue subiendo—.

Por primera vez en la vida, estaba buscando una pelea. ¿Sería así como se sentían los jugadores de hockey a punto de soltarse los guantes en la pista?

—Yo también voy a hacer todo eso si me da la gana —añadí.

Aaron se rió con ironía, negando con la cabeza, mientras Andrew me miraba con el ceño fruncido, pareciendo cabreado. Era difícil saberlo. Aaron discutía desde el primer momento, pero Andrew se contenía hasta estallar, y ambos tenían su punto peligroso.

Me temblaban las manos.

—Estoy harta de que me prohíban vivir. De no poder descubrir quién soy de verdad —remarqué, irritada e incómoda con todo aquello—. De teneros miedo. A nuestros padres también. Quiero vivir mi vida y vivir *sin* esa absurda protección vuestra. Y no entiendo por qué existe. ¿Es por miedo a que descubra el mundo? *Necesito* descubrir el mundo. Vivir es eso, y tengo muchas ganas de vivir. Ya no podéis controlarme.

Había probado ese gustillo y me había encantado; no iban a quitármelo.

Solo me di cuenta de que la respiración agitada en el ambiente era la mía cuando dejé de hablar, y los dos me observaban con ojos de halcón, hasta que Aaron intentó abalanzarse sobre mí, pero Andrew lo agarró de la camiseta.

—¿Quién te ha metido esas mierdas en la cabeza, eh?! —gruñó Aaron, y Andrew lo tiró más hacia atrás. El cuello de Aaron ya estaba todo rojo. Siempre se ponía así de rabia. —¿Fue esa amiguita tuya? ¿Chloe?

—Nadie. No pasó nada. Solo me di cuenta de que estoy haciendo todo como los demás quieren, nunca lo que yo misma quiero. Y quiero ser yo misma, quiero vivir por mí. Empezando por ir a una fiesta y disfrutar de la noche.

—¿Y dónde estabas? —gruñó Aaron—. Como descubra que has estado follando con algún hijo de...

—¿Con Chloe? —repliqué a modo de sugerencia, porque no era mentira.

—¿DÓNDE?! —gritó, gruñendo, y Andrew tuvo que tirar de él de un tirón, irritado, porque intentó avanzar otra vez.

—CON. CHLOE. —le grité de vuelta.

—¿EN QUÉ LUGAR DE ESTE PUTO CAMPUS? —bramó aún más alto—. ¡Fuimos hasta el PUTO dormitorio de esa chica y no os habían visto en horas!

—Estábamos en la casa de un amigo suyo —expliqué, intentando forzar tranquilidad y falsedad al mismo tiempo.

—¿Qué amigo? —gruñó.

—No es asunto tuyo —repliqué.

Intentó avanzar otra vez, pero Andrew volvió a impedírselo.

—Basta, los dos —intervino nuestro hermano mayor—. Aurora, nos preocupamos. No conseguí dormir en toda la noche. Estabas claramente borracha, y tú no sueles hacer eso.

—Ahora lo hago.

Vi a Andrew usar todo su autocontrol para no abalanzarse *él* mismo sobre mí, y soltó una bocanada de aire.

—Entonces avisa de que estás bien. Di dónde estás para que vayamos a por ti —pidió, intentando sonar dulce, pero obviamente queriendo saltarme al cuello también. Aaron era más directo en la rabia; Andrew no, él iba a intentar manipularme. Solo podría ir a por mí si supiera dónde estaba.

Aaron soltó una risita irónica.

—Sí. Y para que yo mate al hijo de puta que...

—¡BASTA, Aaron! —Mi voz retumbó tan alto en el pasillo que la cabeza me volvió a doler. Es precisamente por eso que decidí *perder la cabeza* y vivir mi vida. Díselo a nuestros padres. Me da igual. Que me saquen de la universidad. Que me metan en un puto convento.

Basta ya. No voy a vivir más encerrada porque todo el mundo a mi alrededor quiere esconderme del mundo. Yo. Necesito. Vivir.

—No te estamos escondiendo del mundo —dijo Andrew, con los ojos entornados.

—¿No? Entonces, ¿por qué nadie en esta universidad sabía de mí hasta la semana pasada? ¿Por qué nunca conocí a ninguna novia de ninguno de vosotros? ¿Por qué yo siempre iba a los eventos de hockey y me quedaba apartada? ¿Por qué a todo el mundo le pareció chocante que vosotros tuvierais una hermana? Sí que me estabais escondiendo y me estabais impidiendo vivir. Y eso se acabó ayer.

Y, con eso, de la forma más dramática posible, entré en mi apartamento y les cerré la puerta en las narices a los dos.

Tenían la llave, pero el objetivo era la sensación de echarlos de mi vida. Y debí conseguirlo, porque no usaron su propia llave para volver a abrir la puerta. Era para que les doliera. Dolía que me trataran como me trataban.

Apoyada contra la puerta, sin poder moverme, solté el aire, que salió tembloroso, y solloce.

¿Crecer era eso? ¿Conseguir imponerse?

Creía que Chloe estaría orgullosa, pero yo solo quería los brazos de mi madre, que no tendría.

Nunca podría hablar con ella de ese tipo de cosas. Mi madre era una mujer fría que no entendía que fuera posible vivir sin tenerlo todo calculado al milímetro.

Puse mi móvil a cargar, me quité la ropa de camino al baño y me metí bajo la ducha del apartamento en el que debería sentirme segura, pero no me sentía. Aaron había heredado el temperamento explosivo de nuestro padre.

Y yo le tenía mucho miedo a mi padre.

Solo estaba haciendo todo aquello porque no podía verlo. Sabía que sería una historia completamente diferente si estuviéramos en Weston.



Horas después, tras estudiar un poco pese al dolor de cabeza, comer algo ligero e intentar relajarme después de la discusión, cogí mi móvil.

Tenía un mensaje de un número nuevo, que obviamente era Trey, porque decía:

> ¿Todo fue bien? Cuando puedas, avísame. Estoy preocupado.

Me mordí el labio al leer eso. Treyton no parecía el tipo de tío que se preocupaba. No debería gustarme lo que estaba leyendo.

Qué coño, yo ni siquiera debería haber dormido en la misma cama que él, para empezar.

Pero era difícil resistirse a él, de verdad.

Respondí con cualquier cosa, intentando sonar desinteresada (porque era como debía estar) y confirmando que estaba todo bien, pero la verdad es que me fui a su perfil a cotillear sus fotos. Acababa de borrar todas mis notificaciones de los últimos días ayer mismo y hoy ya había tenido que borrarlas de nuevo, pero era extraño que yo pudiera mandarle mensaje sin el aviso de que él tendría que aprobarlo, porque él no me seguía, y eso solo pasaba cuando alguien te seguía a ti.

Tenía miles de seguidores, una tableta de dar envidia, estaba lleno de amigos y era la personificación de la fama universitaria. Ni siquiera se podía decir que fuera "popular": el tío era *famoso* de verdad.

Era raro que yo le hubiera llamado la atención, ya que no había hecho nada de más. Definitivamente hice algo mientras estaba borracha.

Apenas sabía quién era; era curioso su interés en mí —claro, sabía que era guapa y tenía un cuerpo estupendo, así que debía ser por eso, pero...

Con eso, decidí que solo era amabilidad y que así era él —provocador—, y abrí el contacto de una persona que quizá me escucharía, quizá me entendería y, aunque no pudiera abrazarme físicamente, me traería consuelo.

Mi abuela.

Tal vez ella me entendiera, y yo necesitaba algo así en ese momento. Estaba agradecida a Chloe —e incluso por sus mensajes preocupados pidiéndome que le contara todo sobre la discusión con Aaron, que mencioné por encima—, pero ella no sabía cómo era mi familia. Cómo podía ser.

Mi abuela sí, y yo quería oír de alguien que no me equivocaba. Que estaba bien ser esa Aurora. Ojalá me apoyara, porque necesitaba a alguien apoyándome, aunque fuera solo un poquito.

Sonó más de lo normal, pero me atendió casi cuando estaba a punto de rendirme, aceptando la videollamada y sonriéndome mientras se colocaba las gafas graduadas en la cara.

—*No encontraba mis gafas* —explicó en cuanto respondió, risueña —. *Elisabeth está reorganizando todo y no me avisó de que había cambiado el sitio donde las puso.*

Sonreí a la señora Montclair.

La madre de mi padre era bastante distinta a él. Después de que mi padre y mi tío construyeran sus propias carreras —e imperios— y mi abuelo falleciera, mi abuela viajó por el mundo, aprovechó el dinero que tenía y vivió su vida, pero con más de ochenta años ahora, las cosas eran más complicadas. Elisabeth no era exactamente su cuidadora, sino una compañera para que ella no estuviera sola, ya que se apañaba sola.

—¿Y cómo van las cosas?

Se encogió de hombros.

—*Bien. La profesora de pilates nos pasó una nueva serie de ejercicios que no me gustó* —se quejó, y yo me reí.

—¡Si la adorabas hasta la semana pasada!

—Claro, me gustaba la serie anterior —replicó, risueña—*. Dime, cariño, ¿qué tal la resaca?*

Parpadeé unas cuantas veces, abriendo y cerrando la boca.

—¿Cómo...? —Se me apagó la voz; ni siquiera pude procesar el... ¿Cómo...? ¿Qué narices?

Soltó una risita pícara.

—¡Te sigo en Instagram*, cariño!*

—¡Pero tú no tienes *Instagram*!

—Que tú sepas —me picó, orgullosa—. *¡Pero estoy feliz de verte así! ¿Qué tal fue? ¿Dormiste con algún buenorro de los de los vídeos?*

—¡ABUELA! —solté, horrorizada.

Pero yo sí que recordaba algunas propuestas, por suerte o por desgracia*. Por Dios, estaban buenísimos.*

—¡Deberías haber dormido! El moreno a tu lado, ese con una camiseta del equipo de natación, era un buenorro —se quejó—. *La universidad es para eso mismo.*

—Pensaba que era para estudiar —repliqué, desdeñosa.

—¡En tu tiempo libre, claro! —declaró, orgullosa—. *Antes, sal con tus amigos, ve a fiestas, participa en un club de lectura, únete a un equipo deportivo, que te detengan en una protesta...*

Negué con la cabeza, acomodándome de lado en el sofá y riéndome.

—Abuela, por el amor de Dios...

Ella se reía.

—Yo hice todo eso —se encogió de hombros.

—¿Incluso lo de que te detuvieran?

—Sí. En aquella época ya salía con tu abuelo y él fue el que pagó mi fianza; mi padre no quiso pagar.

Abrí y cerré la boca, en shock total. Y me eché a reír.

—En serio, ¡cuéntamelo! —pidió, animada—*. Llevaba años esperando verte vivir tu vida. Tus padres no saben criar a los hijos.*

Puse los ojos en blanco, pero mi sonrisa fue creciendo.

—Entonces conocí a esta chica.

—Chloe, imagino. —Se acomodó en su butaca favorita al otro lado de la pantalla, animada—. *Cuéntame más sobre ella.*

Y se lo conté. Con todos los detalles sórdidos, todo lo que recordaba, al menos. Incluso la parte de Trey.

Cuando terminé con la pelea de horas antes, mi abuela resopló, desdeñosa.

—Tus hermanos son dos grandullones que viven la vida follándose a chicas y creyendo que la familia no lo sabe. Ellos ya tienen la vida hecha. Vive la tuya también. Llevo tiempo con el ojo puesto en Aaron; voy a cortarle la paga.

—¿La paga?

—Claro. Cada vez que mis nietos entran en la universidad, empiezo a darles una paga. Os merecéis poder comprar vuestra propia bebida a escondidas.

Negué con la cabeza, risueña.

—Abuela...

—¿Qué te parecen mil dólares?

Se me cayó la mandíbula.

—¿Le pagas eso todos los meses a Aaron y aun así es tan tacaño que se queja de tener que pagar su propia gasolina?

Ella se rió.

—Claro que no. La suya es de doscientos dólares. Él es un atleta, no puede beber tanto. Y tú, cariño, eres mi nieta más pequeña, y estoy muy feliz de verte saliendo del capullo después de tanto tiempo. Dos mil dólares me parece perfecto. Ábrete una cuenta bancaria solo para ti, a la que tus padres no tengan acceso, y te hago la transferencia este mes.

—Abuela, es mucho dinero.

—Sí, cariño, y yo soy millonaria. Tu padre y tu tío ya tienen la vida hecha y ni siquiera van a necesitar la herencia cuando me muera. Nada más justo que yo gaste en lo que quiero.

—No tienes que hacer eso, abuela.

—Ya lo sé. —Sonrió—. *Pero quiero. Sin contar que necesitas renovar ese armario hortera que tu madre te compró. ¿Pero qué es esa ropa de monja? Llévate a Chloe a comprar algo. Compra lo que quieras.*

—Abuela... —intenté de nuevo, incómoda.

Había crecido en una familia que formaba parte del 1% del país. No del 0,1%, pero de esa porción de millonarios, sí. Tuve todo lo que necesitaba y nunca me faltó nada. Sabía que eso era un privilegio enorme —mi propia abuela siempre recalcó eso en todos sus sermones, cuando éramos pequeños—, pero era distinto recibir ese dinero en la mano. Parecía más tangible.

—Cariño, sé cómo son tus padres. Sé también cómo son tus hermanos. Estoy aquí para ti. Emocionalmente y, en este caso, financieramente. Es lo más importante para ti ahora; mientras no seas independiente y no puedas librarte de ellos, estoy aquí para ayudarte. Sé que hablar con tu padre no va a resolverlo, por eso lo estoy resolviendo yo misma.

Me apreté los labios, intentando contener la enorme sonrisa.

—Ay, abuela... Deberías mudarte de vuelta a Massachusetts.

Soltó una carcajada.

—¿Y dejar las vistas de la playa en Carbon, viendo a esos famosos pasar corriendo sin camiseta todos los días? Por favor, estoy vieja, no muerta.

Tuve que negar con la cabeza, pero ella me sonreía, las marcas de la edad obvias en su piel, y el pelo blanco que decidió mantener natural, "porque ya estoy vieja, ¿para qué esconderlo?".

—¿Qué te parece hablar con un psicólogo, cariño? Creo que te ayudará a entender que está bien simplemente ser tú, vivir tu vida y aprovechar la vida universitaria. Y apostar por un jugador de hockey del equipo rival... O, en fin, un jugador de fútbol americano. Son increíbles. Los nadadores saben aguantar mucho la respiración, te recomiendo reflexionar sobre eso y sobre los atletas en general.

Le sonreí, negando con la cabeza.

—No puedo pagarlo.

—Sí puedes, en cuanto abras la cuenta —dijo, y yo puse los ojos en blanco—*. Hablo en serio, mi amor. Las dos sabemos que no va a hacer falta. Tengo algunos exalumnos que trabajan en el área y que son buenísimos o pueden darte recomendaciones aún más cercanas a lo que necesitas y con lo que te vas a sentir cómoda. ¿Qué te parece empezar a vivir tu vida y deshacerte de ese caparazón que te impide crecer?*

Suspiré, pero no lo negué esta vez.

Mi abuela, a diferencia de mi abuelo, no nació con dinero. Se casó y se hizo millonaria, pero su sueño era ser psicóloga y profesora universitaria, y se convirtió exactamente en eso. Hoy, jubilada y sin el amor de su vida, me preguntaba cómo vivía yo. Cuáles eran sus motivaciones para seguir sonriendo y siendo feliz cuando mi abuelo ya se había ido y ella ya no podía hacer lo que amaba.

Quizá sí necesitaba terapia.

Excepto en la parte que involucraba a tíos deportistas. En ese caso, paso. No necesitaba vivir un romance universitario para tener la experiencia completa.

Mi abuela y la vida parecían discrepar de eso, pero ahí ya era problema suyo.

Y de Trey. Algo había cambiado aquella noche.


19
HARTLEY
19

8
¿Cómo sabes eso?
Trey

Lejos de mí ser un *stalker* o estar convirtiéndome en uno: no lo era ni lo sería. Pero acabé topándome sin querer con alguna información, y una cosa llevó a otra.

Saliendo del entrenamiento el lunes, con la bolsa enorme colgando al costado y el pelo mojado, mientras los tíos quedaban para ir a un barecito, movía los dedos por la pantalla del móvil, analizando algunas publicaciones.

Había acabado buscando un grupo privado de Scadelton y, por algún motivo, conseguí acceder a algunas publicaciones. Una de ellas fue, quizá, el motivo por el que había buscado el grupo. Era una foto de Aurora sola, en un montaje con una chica y un gatito gris. En el pie de foto se informaba de que Aurora encontró al gato desaparecido cerca de casa, recordó la publicación original de la dueña y permitió el reencuentro tras llevar tres días desaparecido.

"¡Heroína del campus (y de las mascotas)!" era el titular de la publicación, por cierto.

Sin embargo, los comentarios delataban que los tíos no consumían ese tipo de contenido por los gatitos. "Además de estar buenísima, ¿salva animales? ¿Es que quiere adoptar al gatito de aquí?", terrible; "he oído decir que es el alma de la fiesta, ahora sí que quiero una oportunidad", de ahí a peor —y mucho más pesado. Tuve que denunciar algunos, de lo sucios que eran —debía de haber algún delito en aquello, joder.

Por eso esos tíos no conseguían becas. Se pasaban todo el tiempo diciendo mierda en vez de estudiar.

No es que estuvieran equivocados —Aurora estaba buenísima, era el alma de la fiesta y, al parecer, salvaba gatitos.

Me convenció para ir al bar el propio Nathan, que me observaba con desconfianza desde el día anterior, cuando descubrió que yo escondía algo —solo que todavía no sabía qué. Patrick juró

mantener en secreto lo de Aurora en nuestra casa, y Chloe no sería un problema, pero yo sabía que Nathan era demasiado atento como para no notar que yo estaba mintiendo sobre algo.

No me sentía el mejor tío del mundo por lo que estaba *haciendo*, pero tampoco sentía tanta culpa, no. Los Montclair se lo merecían.

Tecleé un mensaje para Aurora:

¿Rescatas gatitos? <

La respuesta llegó absurdamente rápido, lo que me sorprendió:

> ¿Cómo sabes eso?

Sonreí. Desconfiada de cojones.

Está en las páginas de cotilleos de Scadelton. <

Y también había una exclusiva en nuestra página privada sobre los Montclair. Pero ella ni debía soñar con esa página; yo creía que ni Chloe sabía de ella, a pesar de no fiarme demasiado de lo bocazas que es Patrick.

Llegó una respuesta distinta de la que esperaba. Un audio que me acerqué al oído para escucharlo.

—En mi defensa, iba andando por la calle y oí al gatito. Solo llamé a la dueña y lo arreglé. No es para tanto.

Sonreí por eso, sentándome en el asiento del copiloto del coche de un Nathan bastante atento a lo que yo hacía, pese a tener que concentrarse en conducir.

No te acusé de nada para que tengas que defenderte <
Es mono que te importe <

> ¿Sabías que rara vez los animales callejeros se incluyen en políticas públicas, porque los políticos no los consideran importantes para la sociedad?

Levanté una ceja.

> Las ONG de animales en situación vulnerable claman por una solución desde hace décadas, pero nunca son escuchadas

> Me gusta el tema, perdona.

—Dime que no estás hablando con quien sospecho que estás —pidió Nathan, prácticamente suplicando, mientras salía del aparcamiento del pabellón y me apartaba la atención del mensaje que empecé a teclear.

Lo miré, alzando las cejas.

—Lo prometiste —alegó.

—No prometí nada. Solo decidí intentar este camino también. Me topé con Aurora varias veces y lo consideré un aviso del destino. No tenía sentido ocultarle algo. Y no me gustaba mentirles a mis amigos.

Nathan se rió, irónico.

—Vas a usar a una chica que quizá no tenga nada que ver.

Recordé el susto que me llevé al entrar en mi habitación la mañana anterior, volviendo con la comida para ella y topándome con mi ropa doblada, la cama hecha y el baño ordenado. Se quedó quince minutos sola y lo arregló todo.

—Ya tuvimos esta conversación, Nate.

—Podemos tenerla otra vez —advirtió—. No voy a apoyar esto.

—Vale.

—Es en serio, Trey. Es una putada.

—¿Más que tu hermana sea asesinada y el hijo de puta siga impune? Eso era lo que me movía. Sabía que era una putada vista desde el punto de vista de Aurora, si ella era inocente.

Pero Tracey también lo era. Y murió.

Eso era lo que, sobre todo, me hizo seguir adelante con aquello. No me importaba que oliera bien —y que el olor se hubiera quedado en la camiseta que todavía no había lavado—, ni que le diera miedo la moto, al mismo tiempo que se reía, divertida, mientras yo aceleraba por Boston. O sus manos en mi cintura, apretando cada vez que yo aumentaba la velocidad.

Aurora en sí no importaba; solo era un medio para un fin.

—Claro que no. Solo creo que no es así como lo vas a resolver —alegó Nathan.

—No hacer nada tampoco lo va a resolver.

Suspiró, asintiendo mientras seguíamos el coche de Thomas por las calles de Boston. Yo estaba pagando a un investigador privado con algunos ahorros que había hecho trabajando en verano, en vez de comprar el coche que había planeado, pero los Montclair sabían esconder muy bien sus trapos sucios.

—Solo... intenta hacerle el menor daño posible, entonces —pidió Nate—. Por ti mismo.

Puse los ojos en blanco.

—Lo sé. Me alejaré si confirmo que ella no sabe nada ni puede ayudarme a conseguir pruebas. Eso sí podía prometerlo.

Asintió, más satisfecho, y cambió de tema:

—¿Te has enterado de que Montclair recibió una propuesta de narrador invitado?

Negué, sorprendido por el tema. El padre de Aurora era un pez gordo del hockey; se había llevado la *Stanley Cup*[6] varios años antes de retirarse. El tío era una auténtica leyenda del hockey y yo sabía que Aaron y Andrew tenían mucha presión por eso, pero me importaba una mierda.

Sin embargo, mi problema con Arthur Montclair venía de antes incluso de mi hermana: mi padre y él tenían un pasado. Mi padre evitaba hablar de ello, pero no era ningún secreto en nuestra casa que él y Arthur Montclair se enfrentaron en la NCAA durante varios años. Y que nunca se llevaron bien.

Mi padre, al contrario que Montclair, no se convirtió en un pez gordo del hockey. Se le destrozó el sueño al no conseguir una plaza en la NHL.

Suerte, talento, dinero, habilidad... Arthur tenía todo eso. Era difícil no mirarlo con rencor cuando mi padre tuvo solo la mitad de eso —talento y habilidad— y, en consecuencia, no fue suficiente.

Era una sombra difícil de ignorar. El miedo constante observándome, como si dijera "¿y si es tu futuro también?".

De todas formas, seguí mi conversación con Nathan. Teníamos algunas expectativas para la temporada, y la principal era que estábamos fenomenales sobre el hielo. La tangana del *Frozen Four* en la temporada anterior fue un toque de realidad para nosotros, para el entrenador y para todo el equipo de apoyo.

Uno de los motivos de que yo me convirtiera en capitán y no uno de los que se graduaban, como Brian, fue precisamente porque el entrenador quería a alguien que sostuviera la unión del equipo durante más de un año. Y él sabía que yo necesitaba ser el mejor de los mejores si quería llegar a la NHL, por eso no lo decepcionaría.

Y, por eso, no éramos solo otro toro rabioso en la pista. Éramos el toro rabioso que masticaría a cada uno de los rivales hasta que llegáramos victoriosos al final de la competición. Los novatos entraron listos para impresionar, fueron elegidos a dedo por el entrenador y el equipo y, por si fuera poco, estaban tan motivados como el resto del equipo —que se había llevado la paliza en las eliminatorias la temporada anterior.

Esa temporada, entraríamos en la pista solo para ganar.

Aún teníamos algunas mejoras por hacer, pero Nathan en defensa era suficiente para que apenas pudieran llegar a Josh en la portería, y eso daba la confianza suficiente para que el equipo atacara y llegara siempre al ataque. Era exactamente eso lo que haríamos.

Solo sabríamos con certeza cómo irían las cosas esa temporada cuando llegaran los partidos, pero empezaríamos con ellos ya el mes que viene, antes de entrar de verdad en la carrera por el *Frozen Four*, y ahí tendríamos alguna noción.

Era lo único que importaba. El *Frozen Four* y que Tracey pudiera descansar con la justicia hecha. No había espacio para nada más, y yo estaba en paz con eso. Las folladas ocasionales eran suficientes y no necesitaba preocuparme de dar detalles e información a ninguna novia desconfiada. Todo era perfecto; mejor aún, Aaron entre rejas.

Cuando llegamos al bar, al parecer, la mitad de Northride también había decidido ir, porque estaba lleno. Lunes por la noche al inicio del semestre y nadie allí parecía tener miedo de suspender. Todavía.

Los tíos consiguieron una mesa cerca de la barra de bebidas, pidieron algo de comer, porque todo el mundo se estaba muriendo

de hambre posentrenamiento, y después de eso las bebidas fueron llegando. Solo cerveza, era lunes, por el amor de Dios, pero todo el mundo se lo merecía después de más de cuatro horas en ese pabellón, entre el entrenamiento sobre el hielo y en el gimnasio. Aparte de las clases que la mayoría tuvo por la mañana o aún tendría por la noche.

—Joder, qué crueldad. El tono de voz de Edward me llamó la atención hacia donde él miraba, y posé los ojos en la puerta del bar.

Un grupo de chicas de Scadelton entraba en el lugar —algunas llevaban el uniforme de las cheerleaders con los colores del equipo, dorado y negro, y el águila lista para la guerra—, riéndose y hablando. Lo que me llamó la atención, sin embargo, fue una de las chicas que entró más al fondo del grupo.

Se me iba a caer la mandíbula al suelo, porque esa no era la Aurora que yo conocí.

Llevaba un vestido suelto, *muy* suelto, por debajo del pecho. Porque el pecho en sí se le desbordaba en el escote pronunciado. Llevaba una mochila, como quien había salido de clase y se había ido directa allí, y se reía de algo que dijo una de las chicas. Dos tíos las acompañaban, también con pinta de ser del equipo de cheerleaders, y uno parecía loco por meter la polla donde no debía.

—Joder —se quejó Nathan—. Está realmente buenísima.

—Sí. Es el destino, te lo digo —murmuré.

Él se rió, irónico.

—Sí, sigue diciéndotelo hasta creértelo —desdeñó, bebiéndose su propia cerveza—. Qué mierda, tío.

Ella se fijó en nuestro grupo rápidamente en la esquina del local, pero desvió la mirada al instante, como si tuviera miedo de tener que saludarme, lo que me hizo reír detrás del vaso de cerveza. Yo no haría eso con ella, sabía que lo de no querer que la vieran en público, incluso delante del apartamento, se aplicaba a ese ambiente también.

—Es una pena que ella y Chloe sean amigas —suspiró Patrick—. No me lío con amigas. Pero la chica es preciosa.

—Tú te lo pierdes —advirtió Nathan—. Vale la pena.

—Hasta que ellas empiecen a hablar del tamaño de tu polla y de cómo follas —advirtió.

—¿No te ves capaz? —provoqué, llevándome un puñetazo fuerte en el hombro como respuesta. Josh soltó una risita maliciosa, dándome la razón.

—Hablando de eso, ¿es serio o fue cosa de una noche? —Nathan sacó el tema, y Patrick se encogió de hombros.

—No lo sé. Chloe dejó claro que no quiere nada serio. Sobre todo porque quiere ser una actriz de éxito y toda esa mierda de Hollywood. No vale para *WAG*[7].

—Ni estás en la NHL como para tener una *WAG* —provocó Brian —. Y deberías aprovechar la fama antes de pensar en relaciones.

—*Cuando* lo esté —desdeñó—. Quiero mantenerla, no quiero que salga a trabajar. Mi futura esposa y tal.

—¿Y si ella quiere? —pregunté, genuinamente curioso por hasta dónde iba a volverse machista esa conversación.

—No va a querer —desdeñó.

—Y, Patrick, ese es el motivo de que estés soltero. Llegó Liliana, la novia de Thomas. Los dos estaban juntos desde el instituto y, al parecer, las cosas eran muy serias, porque *él* eligió la universidad según *ella*. Y siempre dejó claro para nosotros que solo no la invitaría a nuestras salidas si pidiéramos explícitamente una noche de los chicos. Por lo demás, estaría con ella.

Nos saludó con la mano al sentarse en su regazo, tan tranquila, fingiendo que tenía edad para esa cerveza, y recibió un beso húmedo en el acto.

—¿Me vas a decir que vas a seguir queriendo trabajar cuando el semental de ahí cierre un contrato millonario? —desdeñó Patrick, señalando a Thomas.

Thomas se rió, irónico.

—Patrick, eres una mierda para las relaciones. Ella va a hacer lo que le dé la gana y yo también voy a hacer lo que a ella le dé la gana.

Liliana le guiñó un ojo a Patrick, irónica, y él negó con la cabeza, rindiéndose en la discusión.

—¿Tú estudias qué, exactamente? —pregunté, con curiosidad.

—Medicina veterinaria —sonrió abiertamente al decirlo—. Quiero abrir una clínica para animales en situación vulnerable, ¿sabes? Tipo ONG.

Me vino alguien a la cabeza, pero me obligué a ignorarlo.

—Ah, con razón elegiste a un tío que va a cerrar un contrato millonario —bromeó Brian, arrancándole una risa a la pareja.

—Yo di la idea —declaró Thomas, hinchando el pecho de orgullo —. Cuando ella se gradúe, yo también ya sabré mejor lo del contrato, aún estoy esperando el *draft* de esta temporada y, si todo va bien, Lily trabajará algunos años como veterinaria en las clínicas cerca de donde vaya a jugar, y, después, abrirá la suya propia.

Ella sonreía al besarle la mejilla, asintiendo.

Era un buen plan. De dar envidia, por cierto, porque parecían completamente confiados en que todo eso saldría bien y nada se interpondría en su camino. Una lesión —el mayor miedo de cualquier jugador de hockey—, un problema en el paraíso, un error de cálculo con un suspenso en la universidad. Yo quería ser más positivo así.

Yo lo fui.

Aparté la mirada, sabiendo que me había ido por un camino peligroso. Yo era el tío que tenía sueños parecidos años antes, pensándolo todo en positivo. Hasta pensé en cómo Tracey y yo compartiríamos un apartamento, entrenando para las olimpiadas cuando yo fuera llamado para jugar en el equipo nacional y ella representaría al país en patinaje artístico individual.

Hasta que recibí la llamada que me cambió la vida.

—Trey, no queríamos darte la noticia por teléfono, llama a un amigo antes, por favor... Estamos cogiendo el coche ahora... No queremos que te enteres por otra persona... —sollozaba mi madre al contarlo, con el acento aflorado, sin conseguir terminar la llamada. Mi padre tuvo que quitarle el móvil y contarlo, de forma breve y conteniendo claramente la voz.

Así fue como descubrí que mi hermana fue asesinada. Por teléfono, mientras mis padres llamaban a un tío para que se quedara conmigo, con miedo de que yo perdiera la cabeza, y viajaban a Weston, dejándome rumiándolo todo en Boston.

Volví al presente, intentando centrarme en la mesa del bar y tragarme la rabia que subía.

Me bebí la cerveza de golpe, pedí otra y volví a la mesa, oyendo la conversación de vez en cuando y volviendo a participar. Poco a poco, volví allí y no a la mañana en que murió Tracey.

Cuando me di cuenta, la mitad de nuestra mesa ya se había ido, a las clases nocturnas u otras cosas que tenían que hacer, y la parte restante se reía y hablaba un poco más alto. Edward estaba entre un grupo de chicas, sentado al lado de una y sacándole conversación como si solo los dos estuvieran en la mesa, apartándole el pelo detrás de la oreja. Luke y Nathan seguían en la mesa conmigo, pero los otros se habían ido.

Volví los ojos a la mesa de al lado solo para ver a Aurora riéndose de algo que una de las chicas con ella había dicho. Se metía una patatita frita en la boca y no bebía alcohol esa noche —por su propio bien.

No es que ese bar fuera precisamente estricto con los carnés. Era conocido por fingir que no sabía que la mayoría de los clientes no podían beber.

El gilipollas con segundas intenciones por fin dio su primer paso para intentar conseguir algo con ella, poniendo la mano en el banco detrás de ella, que compartían, pero ella se rió, cogiendo otra patatita. Dijo algo, se levantó y se fue al baño, apartándose de él inmediatamente.

El gilipollas perdió la pose, poniendo una expresión como el que había perdido al perro en la mudanza. Genial.

Puse los ojos en blanco al levantarme, yendo hacia los baños también. Era una zona separada, con lavabos comunes, pero había una salita para cada váter.

Cuando salió del femenino, se sobresaltó al verme parado al lado del lavabo y apoyado en la puerta, observándola.

—Buenas noches —declaré, sintiendo que una sonrisa ladeada me nacía en los labios mientras ella se lavaba las manos—. Bonito vestido.

Guapa de cojones. Buenísima, entonces...

Se rió bajito, sacudiendo las manos en el aire porque no había papel para secarse.

—A mí también me lo pareció. Lo compré esta mañana.

Se me alzaron las cejas y ella se encogió de hombros.

—Estoy intentando cambiar —explicó, alzando la mirada hacia mí y pareciendo un poco más abierta que la Aurora que yo había conocido casi dos semanas antes—. La ropa, las actitudes, etc. Chloe me está ayudando con eso.

—¿Chloe opinó sobre esa ropa?

Negó con la cabeza.

—No, pero le gustó.

—¿Y cómo está el gatito? —pregunté.

La cara se le iluminó inmediatamente.

—¡No te lo vas a creer! —Se rió, palpándose el cuerpo hasta notar que el móvil se había quedado en la mesa, soltando un bufido—. Ah, en fin, la chica me está mandando un montón de fotos de Wesley. ¡Es un trasto! —dijo, animada, gesticulando con las manos—. Un amor también.

Le brillaba la mirada. Como cuando estaba bailando y riéndose borracha en el jardín de mi casa.

—¿Ya te han dicho que tu sonrisa es preciosa?

Sabía que sonaba ridículo y una mierda, pero era verdad. Fui sincero, aunque las intenciones no fueran las más puras del mundo.

Puso los ojos en blanco, leyéndome rápido.

—No empieces con los flirteos tontos —dijo, yendo directa al grano, sorprendiéndome por eso.

—¿Por qué no?

—No voy a salir con un tío del equipo rival —declaró sin rodeos.

Guau, apenas empecé y ya me llevé una calabaza. Pero no iba a rendirme.

—Comentaste algo de eso hace dos noches, es verdad —fingí desinterés, cabrón; entrecerró los ojos hacia mí—. Algo sobre que mandaban tus hermanos.

Aurora se rió, y yo sabía que había jugado sucio, porque no parecía gustarle el tema. Era una suposición, pero había acertado, solo por la forma en que encogió los hombros.

—No es asunto tuyo, pero no, no es por eso.

—¿Entonces por qué?

Suspiró.

—No quiero.

—¿Salir conmigo o salir con un rival?

—Un rival, Treyton —aclaró, pareciendo cansada.

—Entonces, si pido un traslado a Scadelton... —provoqué, y le arranqué una sonrisa.

—Graciosillo. Es que no creo que yo sea lo que tú quieres.

—¿Y qué crees que quiero? —pregunté, de verdad curioso.

—Sexo. No era mentira, pero eso yo también podía conseguirlo en otros sitios.

Pareció cohibida al decirlo, y saltó una pequeña alarma. ¿Era virgen? Lo había sospechado, pero no estaba seguro. Sería complicado, pero aun así no cortaría mis avances. Ni mi interés, y mucho menos lo que yo quería.

—¿No puede ser porque quiero hablar con alguien borracha y que no se acuerda de nada cuando bebe? —propuse, arrancándole otra sonrisa.

A Aurora le gustaba —quizá no de forma romántica, *todavía*—, así que ya tenía algunos puntos.

—Dije o hice algo que no debía, ¿no? —dijo, preocupada. Negué de inmediato, porque era verdad.

—No, lo prometo. Y aunque algún día lo hagas, no se lo cuento a nadie —hice la promesa.

Negó con la cabeza, pidiéndome espacio para pasar por mí hacia la puerta, pero me negué.

—¿Y cómo voy a saber que no lo vas a contar de verdad? —preguntó, aceptando seguir con la conversación.

—Ni siquiera te conté a ti misma lo que hiciste esa noche. Me merezco una oportunidad, ¿no?

Se contuvo una sonrisa con fuerza, porque negó con la cabeza y miró a la nada.

—Eres terrible. Deberías desistir de alguien que no está interesada.

—Pero lo estás —provoqué, viéndola seguir mirando a la nada—. ¿Juegas al billar?

—Nunca he jugado al billar y no me interesa —declaró, y por fin esos ojos azules volvieron a mirarme.

Entrecerré los ojos ante la expresión prepotente y fría que yo conocía, pero no en la cara de esa Montclair en particular.

Di un paso hacia ella, sintiéndola quedarse rígida en el sitio, sorprendida, cuando me planté frente a frente y bajé la cabeza para mirarla, ojo con ojo.

—¿De verdad?

Los ojos parecían aún más azules de tan cerca. Las pecas también eran más vivas.

—Claro, nunca he jugado al billar —provocó, maliciosa.

Me reí bajito, viendo cómo su respiración vacilaba. Su olor me golpeaba desde ahí, y admito que tuve cuidado de no bajarle los ojos al escote.

—Hay un bar cerca de Northride. De la pista, en realidad. La gente no suele ir entre semana; es un sitio genial para jugar. Deberíamos ir mañana.

Se le alzaron las cejas.

—Es martes a mitad del semestre.

—¿Y? Hoy es lunes y tú estás aquí.

Puso los ojos en blanco.

Su olor era delicioso. Fuerte y, al mismo tiempo, *reconfortante*. No sabía explicar la sensación, pero sabía que sería como tocarle la piel, *suave*.

—¿Por qué, Treyton? Los dos sabemos que no soy una universitaria fiestera y buenísima que quiere una noche con el jugador de hockey famoso de Northride —pareció armarse de valor para decir eso; el mérito se lo tenía que dar.

—Siendo justos, fuiste exactamente eso hace dos noches —señalé —. Pero, respondiendo a tu pregunta, me gusta lo que veo. Sobre todo cuando no estás siendo tan fría y distante. Me gusta la Aurora que tengo delante. Me gusta la Aurora que decidió comprarse este vestido.

Era verdad.

—Quizá esa Aurora ya no exista mañana —replicó, cínica.

—Entonces me dejarás plantado. Porque voy a ir de todas formas mañana. Y me encantaría ver tu sonrisa allí.

—Treyton, no voy a acostarme contigo —dejó claro, calentándosele la cara—. Hablo en serio.

—Tranquila. ¿Qué te parece que bebamos juntos y tú hagas de psicóloga?

Negó con la cabeza hacia mí, desdeñosa.

—No tenemos nada en común —intentó seguir escurriéndose.

Sonreí.

—Discrepo —advertí—. A mí también me encantan los vestidos florales —provoqué, flirteando abiertamente.

Se rió, negando con la cabeza y mirando otra vez la pared del baño.

—Dios mío, te odio.

—Pero vas. Saqué la lengua, sintiendo que me empujaba fuera del baño.

Me dejé empujar, y los dos lo sabíamos, pero aun así ella esperó dos minutos antes de salir.

Hablar con ella era bastante natural, y me gustaba eso. Tenía que ir con cuidado porque claramente tenía el pie atrás con muchas cosas y vivía desconfiada, pero era muy cómodo sacarle conversación.

Sentado en la mesa, Nathan me evaluaba.

—No engañaste a nadie cuando la seguiste como un perro —advirtió—. ¿Y?

Solté un suspiro, encogiéndome de hombros.

—Me gusta. A pesar del apellido.

—¿Y aun así vas a romperle el corazón? —alegó.

—Puede que no se lo rompa, pero sí. Aun así.

La realidad es que, si no conseguía pruebas por medios justos y legales, yo fácilmente me infiltraría en su vida, aunque fuera para conseguir una reacción de Aaron, el mínimo atisbo de que hizo lo que cometió contra mi hermana. Con cualquier palabra suya lo pondría ante un tribunal.

Ya me estaba infiltrando. Y podía divertirme un poquito haciéndolo. Antes de que todo se fuera a la mierda y ella me odiara.



9
¿Ya te han dicho eso?
Aurora

Estaba tentada. Si no hacía aquello, nada cambiaría.

Pero yo quería que las cosas cambiaran, y por eso Trey era tan tentador. ¿Y si simplemente me entregaba, me acostaba una noche con el jugador de hockey y ya? Se acabaría ahí, yo tendría una historia, como me pedía mi propia abuela, y él me dejaría en paz.

Había sido una coincidencia tremenda encontrármelo en el bar, pero también estuvo guay.

Fue delicioso sentir su mirada sobre mí durante la mitad de la noche, como si esperara la oportunidad de hacer su jugada, y la hizo.

Dios mío, Treyton era *realmente* difícil de resistir, entendía a esas chicas.

¿Por qué me estaba resistiendo?

¿Por mis hermanos?

Chloe y yo acabábamos de llegar a mi piso. Era su primera vez allí y, después de dar una vueltecita por el sitio, se tiró en mi sofá de tres plazas y se quedó ahí, desparramada como una pizza.

Habíamos salido a comprar algo de ropa, después de encontrarme con ella en el café —y divertirme con los gatitos—, y volvimos al mismo debate de antes:

—Amiga, entiendo tu miedo. O sea, más o menos, pero lo entiendo —se recogió el pelo rubio en un moño ridículo, que apuntaba hacia todos lados, y suspiró—. Pero Trey no es de los que van a ser un gilipollas si te echas atrás y sigues diciendo que no quieres nada.

—Pero si voy, voy a dar a entender que quiero algo.

—¡Claro, porque *quieres* algo! —dijo, frustrada.

—Chloe, no tengo tanta experiencia. Nunca he tenido una relación seria, solo me acosté con un tío en toda mi vida, y fue *una sola vez*,

y Treyton es el capitán del equipo *rival* de Scadelton. Debería ser una señal enorme.

Se rió.

—Amiga, nadie se va a enterar. Ese bar al que te invitó lo frecuentan jubilados a los que les gusta jugar a las cartas —se rió aún más al ver mi mirada sorprendida—. Te lo juro: él sabe que esto te importa; nadie os va a ver.

Suspiré, apartándole las piernas y sentándome en el sofá, mirando la televisión apagada frente a nosotras.

—Siento que estoy decepcionando a mis padres —comenté, preocupada.

Chloe se acomodó en el sofá, sentándose a mi derecha y mirándome, apoyada de lado.

—Vas a decepcionar muchísimo a tus padres, Aurora. Eso es la vida. No somos una extensión de ellos. No podemos vivir el sueño que planearon, ni seguir la vida que esperan. Tenemos que hacer nuestro propio camino.

—¿Y si mi camino es quedarme embarazada en la universidad?

Aulló de risa al oír eso.

—¿Has oído hablar de los condones?

Puse los ojos en blanco, y ella me apretó la mejilla como si yo tuviera tres años.

—Conseguiste discutir con tus hermanos y salir ganando, al menos por ahora. *Coqueteaste un poco* con un tío buenísimo que lleva días tirándote los tejos, y resulta que es del equipo rival. Hablaste con tu abuela y, *tía*, si yo tuviera esa paga, ahora mismo estaría en un club de *striptease* solo para saber cómo es por dentro.

Me reí, negando con la cabeza mientras ella sonreía.

—No necesitas descubrir quién eres, amiga. Ya lo sabes, solo que no lo dejas salir. Esa idea de "concha" que usó tu abuela tiene mucho sentido. Por muy bonita que sea esa concha tuya, lo de dentro parece mucho mejor. Ni tus hermanos, y mucho menos tus padres, tienen derecho alguno a impedirte ser tú misma.

—Chloe, tú no conoces a mis padres y...

Ella me analizaba.

—Lo sé. Sé que debe de ser más complicado de lo que me contaste. Pero olvídate de ellos. Tu abuela, tan rica como es, está de tu lado. Vive tu vida. Con cuidado y *protección*, claro, pero aun así, vive.

Le sonreí, asintiendo.

—¿Te gusta? —añadió, amable.

—Sí. En un sentido un poco tonto, como sentirme atraída porque es enorme y a la vez protector, y por haber hecho todo lo que hizo cuando no tenía por qué.

—Ah, él quiere follarte, claro que haría todo eso —desdeñó, tranquila, y yo solté una carcajada—. Pero es mono, sí. Solo ten presente que Treyton no es de encariñarse. No creo que eso vaya a cambiar contigo.

Asentí.

—Creo que por eso me cuesta más. Nunca... Incluso el tío con el que perdí la virginidad tenía cierta relación conmigo, no era serio, pero teníamos algo de historia. Treyton es solo un tío que conozco y apenas nos...

—Tranquila. No le des tantas vueltas. Ve a ese billar de viejos y descubre cómo te sientes y cómo van las cosas. A veces eres buenísima jugando al billar y Trey se siente humillado. Nunca se sabe.

—Nunca he tenido una cita —susurré. Chloe sonrió.

—Yo tampoco. —Me guiñó un ojo—. La diferencia es que eso no es tan importante para mí como parece serlo para ti.

Asentí, encogiéndome de hombros y llevándome algunas bolsas a mi habitación, decidiendo cambiar de tema. *No le des tantas vueltas.*

—Te gustó el vestido, ¿eh? —pregunté, volviendo al salón y encontrándomela negando con la cabeza hacia mí.

—Sí, pero no deberías haberlo comprado. Fue la pieza más cara de la...

—Sí, debía. No pago alquiler, no había nada más que quisiera llevarme, la compra ni llegó a los quinientos dólares y a ti te encantó esa prenda.

Chloe me miraba, mordiéndose el labio.

—Fueron casi doscientos dólares, Aurora. Apenas nos conocemos.

Me encogí de hombros, tirándome a su lado otra vez.

—Y tú ya has hecho más por mí que la mayoría de mis amigas del instituto. —Le sonreí, tirando de ella hacia un abrazo raro y torpe.

—Entonces tus amigas son unas grandes mierd...

—Aurora, has vuelto a hacer esa mierda de rescate de... —Andrew entró en mi piso sin llamar ni pestañear, quedándose clavado en mitad del salón al verme con otra persona, sorprendido.

Chloe se recolocó, incómoda, mientras yo miraba a mi hermano.

Allá vamos otra vez.

—Solo ayudé al gato a volver con su dueña, Drew —me defendí.

—Sí, ¿y qué les prometiste a nuestros padres?

Que no volvería a meterme en ningún rescate de animales.

—¡Vi el aviso y sabía que era de ella! —gruñí, irritada, señalando hacia la calle.

—¿Y qué pasa mañana cuando encuentres un perro en la calle y quieras traértelo al edificio?

Chloe observaba en silencio, pero vi que se esforzaba por no meterse.

—No me lo voy a traer. Lo llevaré a un refugio.

—Los refugios de Boston están siempre llenos. No lo aceptarían y tú pedirías ayuda a nuestros padres para pagar los gastos veterinarios.

Como hice varias veces en Weston.

—¿Y a ti qué te importa eso? —pregunté, dolida—. Es un problema mío con ellos.

—No quiero que te metas en líos, solo eso —murmuró.

Mi padre siempre discutía por eso. Sin contar las veces en que él... Simplemente los tiró de vuelta a la calle. Era difícil recordarlo, y mucho más difícil no tener control sobre la situación.

—Lo que quieres es controlar cada paso suyo —la voz de Chloe nos sobresaltó a Andrew y a mí, y él la miró con los ojos entornados —. Ayudó a un animal callejero, no cogió a una persona desconocida y la metió en casa, por el amor de Dios.

—Tú no tienes nada que ver con esto —advirtió Andrew.

—Ni tú —replicó ella—. Aurora solo hizo lo que era mejor para todos los implicados, aunque tú no lo fueras a hacer.

—¿Tú quién eres, exactamente? —se quejó, mezquino, aunque lo supiera.

—Alguien que odia a los jugadores de hockey —dijo, cínica—. Sobre todo si son abusivos con su propia hermana.

—Yo no... —Andrew parecía cabreado a esas alturas—. ¿Sabes qué, Aurora? Aaron tenía razón cuando dijo que esta chica sí influyó en lo que hiciste. Luego hablamos.

Y se fue, dejando el salón en silencio. A Chloe se le cayó la mandíbula al oír esas palabras, y pareció considerar ir tras él antes de mirarme, incómoda, y yo suspiré.

—Conociste al Montclair menos agresivo. —Le sonreí, también incómoda, a modo de respuesta—. Está bien, gracias por intentar intervenir.

Tragó saliva, asintiendo con los labios hechos un puchero.

—No suelo buscar una pelea así, pero es tan injusto... ¡Solo ayudaste a un gato callejero! ¡Y ni era callejero, en realidad!

Me reí bajito, asintiendo.

—Lo sé. Siempre quise tener una mascota. Mis padres nunca me dejaron. Intenté tener un pez en casa, el único que permitieron, pero un día me desperté y mi padre dijo que el pececito había muerto, y entonces lo tiraron.

Chloe puso una mueca.

—Tía... Eso es cruel. ¿Ni siquiera te dejaron despedirte?

—Claro que no. Mi padre cogió el pez y lo tiró en un canal cerca de casa. Frederic nunca murió. Al menos no en el acuario que personalicé.

Respiró hondo y soltó:

—Tu padre parece un gilipollas.

Me arrepentí inmediatamente de lo que conté. Mi padre era un gilipollas y era *famoso*. ¿Y si Chloe iba contando cosas por ahí? ¿Y si eso era el detonante para que él volviera a perder la cabeza y...? *No*. Creía que había cosas peores que pudieran decir de él por ahí.

Ella pareció haber notado lo que se me pasaba por la cabeza, porque sonrió de lado.

—Nada de salvar gatos por hoy. ¿Qué tal ir a montar en un toro?

Puse los ojos en blanco.

—Ay, qué hortera, Chloe.



Fui andando con Chloe hasta su residencia, porque era más fácil atajar por nuestro campus hasta Northride, y luego por el campus de ellos.

Era tan bonito como el nuestro, por cierto. Una o dos personas me miraron con curiosidad, como si conocieran a todas las personas que pasaban por allí a esa hora y yo fuera nueva, pero, por lo demás, nadie me hizo caso, ni a mí ni a mi mirada curiosa hacia los edificios altos y bonitos, pintados en tonos beige y marrón claro. Aparte de las banderas con la insignia de la universidad aquí y allá, como teníamos en Scadelton.

Y seguí hasta la ubicación que Trey me había enviado.

Andrew mandó un mensaje después de irse, pidiendo perdón por haberme tratado de ese modo y también por haber hablado mal de una amiga mía, pero no retiró lo que dijo sobre ayudar a los animales.

Lo ignoré y seguí mi camino.

El bar era antiguo, tenía un aparcamiento bastante amplio e incluso vacío, salvo algún coche aquí y allá, pero parecía acogedor. Cuando entré, comprobé que Chloe tenía razón: solo había ancianos; hasta la tapicería parecía antigua.

Treyton ya estaba allí, aunque yo no había visto su moto en el aparcamiento. Se levantó de una mesa acolchada en un rincón, sonriéndome cuando me acerqué, aunque era bastante difícil ignorarlo en ese ambiente. Alto, musculoso, vistiendo los colores de Northride. Imposible no notarlo.

—No me has dejado plantado —dijo, con los ojos brillándole como un perrito suplicante. Eso me derretía más que la sonrisa de coqueteo, qué infierno.

—Me dio curiosidad el público del bar —bromeé.

Sonrió, asintiendo.

Descubrí que me gustaban los shorts rotos, en lugar de los pantalones de vestir, de sastre. También me gustaban las camisetas de tirantes con bastante escote, hasta el punto de haber tenido que buscar alternativas a los sujetadores más cerrados, los que apretaban bastante. Descubrí que tenía camisetas con relleno que facilitaban el asunto, y otras en las que no necesitaba llevar nada. Ese día la camiseta me permitió llevar sujetador, pero mis pechos parecían el doble.

Chloe consideró mi ropa normal, y era lo que yo quería parecer. No la hija de la alcaldesa, la hija del jugador de hockey, la hermana pequeña de los herederos del hockey. Nada de eso, solo yo.

Estaba pensando en comprarme una pulsera —algo cara, incluso con el presupuesto de mi abuela— que había visto en un escaparate ese día, con el objetivo de ir añadiendo colgantes a cada nueva pequeña conquista que consiguiera. Seguían siendo conquistas.

Ir a una fiesta, coger mi primera borrachera. Mañana, planeaba espiar el entrenamiento de voleibol del equipo femenino. Al día siguiente, ¿quién sabe?

Primera cita también.

Trey me llevó enseguida a una de las mesas de billar, dejando mi bolso en la mesa donde había una mochila de su equipo, y en segundos ya me estaba enseñando a usar el taco.

Se lo tomó en serio con el billar.

—Así, eso es —asintió con una sonrisa en la cara cuando di mi primer tiro. Se fue fuera, le di a la bola equivocada y se fue en dirección contraria, pero él no sabía que mi objetivo no era exactamente ese.

Sonaba música baja, en tono rock, por unos altavoces, y algunos señores curiosos nos miraban, pero no se acercaron.

—¿No había otro sitio para que no nos vieran? —bromeé—. ¿En plan una bolera o algo en lo que se te dé bien? —añadí en cuanto él

tiró y también falló, lo que le arrancó una risa.

Treyton me miró, parpadeando.

—Pero entonces no te haría reír.

Negué con la cabeza y volví a jugar.

—¿Cómo está Wesley? —preguntó, sorprendiéndome que recordara el nombre del gato.

—¡Bien! Rika, en realidad, me ofreció que fuera a visitarlos; creo que iré mañana —admití, incómoda. Erika era la tutora de Wesley, y como que habíamos hecho una amistad por el gato.

—¿Rika?

—La tutora —expliqué—. Le compré un regalo a Wesley. Es un ratoncito que hace ruido cuando lo agitas. ¿Sabías que existen más de cincuenta tipos del mismo juguete?

Treyton me miraba con una sonrisa en la cara, negando con la cabeza.

—¿Y por qué no tienes ningún gato? Está claro que te encanta ese tipo de animales.

Me encogí de hombros, apretando los labios, mientras seguíamos jugando.

—Mis padres no lo permiten —expliqué—. Y el edificio donde vivo no permite animales. Mi madre eligió este por eso.

Treyton tenía una ceja alzada mientras me hacía un gesto para que tirara, porque era mi turno. Me preguntaba con la mirada, pero me encogí de hombros, fingiendo no verlo.

—No les gustan mucho las mascotas —esquivé, porque era eso, pero dolía mucho más hondo. A mí me encantaban.

—Qué mierda. ¿Has pensado en hacer voluntariado en algún refugio? Creo que te gustaría.

Me quedé quieta, sorprendida, y lo miré.

—No, nunca lo había pensado.

Treyton me guiñó un ojo, satisfecho consigo mismo.

—¿Quién sabe? En fin, ¿y tú?

Se rió bajito.

—Tuve dos perros mientras crecía. Mi madre es alérgica al pelo de los gatos, así que nunca pudimos adoptar uno, pero mi hermana siempre quiso. Por eso sé lo del programa de voluntarios; creo que

en Boston también lo hay, mi hermana era voluntaria en nuestra ciudad natal.

Chloe había comentado que Treyton era de Massachusetts, pero no tan cerca de Boston como yo.

—¡Qué guay! Y qué pena lo de tu madre. ¿Adoptasteis a los perros?

Asentió.

—No teníamos dinero para comprar uno, y mis padres estaban en contra. Fuimos a un refugio una vez, pero mi hermana y yo no conseguíamos elegir el mismo perro. Mis padres decidieron llevarse el que cada uno quería. Sol murió hace dos años —dijo, pareciendo un poco incómodo.

—¿Y el otro?

—Ah, murió hace unos años. Lua tuvo cáncer —explicó—. Pero fueron felices. Les pusimos nombres en portugués por sol y luna. Eran una mezcla de algunas razas, los dos, pero no podrían haber sido mejores compañeros.

Estaba segura de que si tuviera mascotas, cuando fuera la hora de despedirme, sufriría demasiado. Tenía un poco de miedo de esa parte.

Asentí aun así, suspirando al ver que nuestro juego era una mierda.

Yo jugaba mal, pero él tampoco era tan bueno. En realidad, creía que los dos éramos pésimos.

—Brian intentó llevarse un gato a nuestra casa una vez —comentó, sonriente—. Pero no funcionó porque como que le robó el gato a una señora, sin querer, y entonces obviamente lo devolvimos.

Eso me hizo soltar una carcajada que salió con tos y me atraganté, abriendo mucho los ojos, mientras Trey apartaba la cara, tosiendo discretamente al ver mi expresión desesperada, mientras yo intentaba dejar de toser.

Cuando paré y cogí aire, tosí más.

—Para... —tos— de... —otra— reírte —pedí, irritada y riéndome a la vez, limpiándome las lágrimas de los ojos.

Se rió aún más.

—¿Qué ha sido eso, Aurora? —y se carcajeó más.

—Yo humillándome —dije, incómoda y roja por la tos y la vergüenza.

Sonreía.

—Fue raro y mono. Sin coña. Pero bebe agua.

—Ah, no, estoy bien. —Me reí, incómoda, empezando a sentirme más incómoda.

Treyton sonrió al acercarse, limpiándome el rabillo de los ojos y quitándome las lágrimas de ahí, mostrándome la mano húmeda.

Me reí un poco, viendo su sonrisa.

—Al menos lloraste de risa, no de tristeza —bromeó—. Solo que no pensé que haría llorar a una mujer atragantándose.

Se detuvo, frunció el ceño y reflexionó sobre sus propias palabras.

Solté una risita al dar otro tiro, negando con la cabeza.

—Te juro que no pensé en ningún doble sentido —dijo, tímido.

Asentí, tranquila.

—Lo sé. Pero apuesto a que sí has hecho llorar así a una mujer.

Volví los ojos hacia él, viendo su sonrisa juguetona.

—Prefiero dejarlo a tu imaginación.

Fueron unos meros segundos mirándole a los ojos; no tenía nada de especial, pero parecía que había un mundo ahí. Un mundo entero de Treyton y su vida, que no se parecía en nada a la mía.

Y aun así estaba ahí riéndose de algo inocente como que yo me atragantara con mi propio aire.

—Es la segunda vez que paso por una humillación delante de ti —declaré, cortando nuestro contacto visual y analizando la mesa de juego.

Se carcajeó.

—No es la segunda, Montclair. Ya has pasado de eso.

Gemí de disgusto, oyendo su carcajada y un empujoncito en mi cintura, apartándome para que él pudiera tirar.

Aun así, me quedé a su lado y vi desde arriba cómo tensaba el brazo, preparaba el taco y golpeaba la bola, aunque fue demasiado fuerte y casi se fue volando fuera de la mesa.

Se incorporó, plantándose frente a frente conmigo y sonriendo.

—No me *importa* que tengamos que huir de otros alumnos si tú siempre eres tú cuando estamos juntos. Como ahora.

Aparté la mirada, incómoda, tomando aire.

—Y quiero que me prometas algo —añadió, para mi sorpresa. Lo miré con curiosidad, y él se apoyó de lado en la mesa, quedándose más a mi altura—. Si bebes demasiado y sabes que necesitas ayuda, llámame o mándame un mensaje. En serio.

—Treyton...

Negó, serio.

—Hablo en serio, Aurora. Puedo ser uno de esos gilipollas deportistas de un equipo de hockey, pero no soy un hijo de puta que se aprovecharía de una mujer borracha, y precisamente por eso sé que hay tíos que sí lo serían, ese desgraciado.

—No hay por qué sugerir eso. Puedo llamar a Chloe.

Puso los ojos en blanco.

—Aunque todo esto entre nosotros se acabe, prométeme que si algún día necesitas algo, me llamarás. Para lo que sea —declaró antes de mostrarme la mano derecha, como para sellar el acuerdo.

Lo miré con curiosidad.

—Solo si tú haces lo mismo a cambio.

—Es una promesa.

Y, así, nos dimos la mano.

Sonrió al acercarse a mí, y frente a frente parecía aún más grande.

—Solo vamos a ponernos de acuerdo en no contárselo a nadie, lo pésimos que somos en esta mierda de juego.

Tuve que reírme.

—De acuerdo.

Y dos señores se unieron a nosotros mientras nos provocaban, básicamente dándonos una paliza en el juego.

Porque éramos eso: pésimos. Los señores aún intentaron ayudarnos, pero sencillamente no funcionaba.

Después de llevarnos tres palizas, lo dejamos y volvimos a la mesa. El ambiente estaba prácticamente vacío, con solo tres de casi quince mesas ocupadas, y una camarera de mediana edad nos saludó, como si pensara "por fin", ya que no habíamos pedido nada desde que yo llegué.

Y llevaba allí una hora y media. Apenas había notado pasar el tiempo.

Estar con Treyton era cómodo. Y eso me asustaba. Me sentía bien, tenía la sensación de que podía ser yo misma y, al mismo tiempo, quería pasar *más* tiempo.

Pedí una hamburguesa, el "plato del día", y él también. Treyton, sin embargo, no pidió refresco, a diferencia de mí.

—Mañana voy a tener que quemar muchas calorías —explicó, tranquilo, pidiendo solo agua. Asentí, satisfecha al recostarme en la butaca en forma de U alrededor de la mesa.

—Andrew tiene esa manía de gastar las calorías extra siempre en chocolate. Tiene el "día de comer chocolate". Sabe que al día siguiente va a tener que entrenar más, pero no quiere dejar de aprovechar su comida favorita —comenté.

Treyton sonrió.

—Mi comida favorita *no* es la hamburguesa, pero creo que es una buena estrategia —admitió.

Asentí, encogiéndome de hombros.

—Mi comida favorita es una tartaleta salada —comenté, decidiendo abrirme un poco. La comida favorita también era un terreno seguro, creía—. Pero me gusta bastante el dulce.

Se rió.

—Mi comida favorita es algo que hace mi madre. Palha italiana. No es exactamente un plato, y no es de Italia —corrigió al ver mi mirada confundida.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Treyton se rió, cogió el móvil y abrió un perfil de una red social. La chica nos trajo el pedido en ese intervalo, y Treyton siguió enseñándome las fotos mientras yo cogía una patatita de la guarnición.

—Mi madre es brasileña. En Brasil, tienen esa costumbre de modificar los platos, crear platos nuevos y recetas, y luego dicen que es de un sitio que no es. La palha italiana es brasileña. Mi madre hace la mejor del mundo.

—¿Ese perfil es de ella?

—De su panadería y pastelería, en realidad —explicó, escueto.

—Debe de ser guay crecer con una madre pastelera —señalé. Mejor que la política.

Se rió.

—No cuando tienes que mantenerte en el peso correcto para entrenar —Treyton me guiñó un ojo, y tuve que asentir—. Pero no lo cambiaría por nada. Mi familia es la mejor del mundo. Intenté aprender portugués, pero me costó muchísimo. Mi hermana era la que lo hablaba con fluidez —dijo, pareciendo incómodo.

—¿Lo era? —pregunté, y se me murió la sonrisa en cuanto noté el error.

Treyton se cerró al instante, y no necesitaba saber nada más.

Tragué saliva, incómoda. La había mencionado antes, pero como era en una situación en la que tenía sentido estar en pasado, no me había caído la ficha.

—Lo siento. No lo sabía —me salió de verdad, y paré la mano a centímetros de la suya, apartándola enseguida, aún más incómoda.

Treyton sonrió, tirando de mi mano y apretándomela.

—Lo sé, no había manera de saberlo. Tracey era el alma de nuestra casa —dijo, sonriente—. Pero mi madre se desesperaba con ella, porque comía poquísimo, por culpa del patinaje artístico. No sé si lo sabes, pero las madres brasileñas se toman muy en serio engordar a los hijos. Las abuelas, entonces... *Dios mío.*

Solté una risita, negando.

—No, no lo sabía.

Asentió, dándose unos golpecitos en la barriga.

—Puede intentarlo —bromeó, juguetón, y el aire volvió a volverse menos pesado.

Treyton giró nuestras manos y entonces entrelazó los dedos, mirándome mientras su mano equivalía, básicamente, a dos de las mías. Era tan bueno.

Y tan peligroso. Me estaba gustando. De una manera nueva para mí. No fue así en el instituto.

De eso iba la universidad, ¿no? Experiencias. Aventuras. No necesitaba casarme con Treyton ni ver un futuro con él. Podía ser alguien que formara parte de este momento de mi vida, pero no se quedaría para siempre en ella.

—No sería solo una follada si tú quieres, Aurora —dijo bajo—. No hablo de una relación seria, pero digo que puedo intentar acercarme a ti y crear una amistad.

Lo miré, desconfiada ante el rumbo de las cosas.

—Señorita desconfiada —añadió en cuanto vio mi mirada—. ¿Ya te han dicho eso? Siempre tienes la mosca detrás de la oreja.

Me reí bajito, asintiendo.

—Un poco. Creo que lo fui adquiriendo con el tiempo.

Asentió, con los ojos en mí.

¿De qué... Yo no... SIN PENSAR DEMASIADO. Me grité. *SIN PENSAR DEMASIADO*. Repetí el mantra, intentando que fuera un foco brillante en mitad de mi cerebro.

—Debe de ser difícil. Crecer con el padre siendo una leyenda del hockey —comentó Treyton.

Solté el aire, aún más incómoda.

—Sí que lo es.

Sonrió de lado.

—No quiero nada más que pasar tiempo contigo. Sé que la desconfianza viene del miedo a que quieran algo más —dijo con sinceridad, apretándome los dedos con cuidado—. Pero no tengo nada que ganar, salvo un puñetazo, liándome contigo.

Eso me hizo reír, y la sensación desagradable se fue un poco.

—A Aaron le encantaría romperle la cara a cualquiera que se acercara, es verdad.

—Ya le rompí la cara, puedo hacerlo otra vez.

Lo miré con curiosidad, y se le alzaron las cejas, sorprendido.

—¿No sabías que la nariz rota de tu hermano fue culpa mía?

Se me cayó la mandíbula.

—¡No! —Me recolocé en la silla, animada—. ¿Cómo fue?

No sé si Treyton se rió más por mi emoción o por cómo fue la noche en que le dio una paliza a mi propio hermano, pero nos reímos mucho juntos. Perdieron la paciencia en la pista en un partido de Scadelton contra Northride, y acabó en tangana.

A mí no me asustaba la agresividad del deporte. Crecí viendo a mi padre en pistas y yendo a eventos así, sabía que era normal, y Aaron sobrevivió.

—Entonces por eso aquella noche mi padre dijo que iba a llamar al tuyo —dije, riéndome.

Treyton se quedó quieto, sorprendido.

—¿En serio? —Los ojos azules me miraban con respeto. Me gustaba eso.

Sabía lo que quería, pero no iba a ser un gilipollas machista irrespetuoso para follarme. Y eso... No sé, era lo mínimo, pero me gustaba. Chloe tenía razón sobre quién era él, y también sobre lo que quería. Y eso no me molestaba. Quizá Treyton fuera exactamente lo que yo necesitaba.

—¿No lo sabías? —pregunté, sorprendida—. Mi padre dijo algo de llamar al padre del chico que había hecho eso, y después no supe nada más.

Treyton pareció pensativo y negó con la cabeza.

—No, no lo sabía. Nuestros padres jugaron en equipos rivales en la NCAA, como yo con tus hermanos.

—Ah, entonces ya se conocen. Treyton confirmó mis palabras, sonriéndome.

En algún momento, me había quedado demasiado cerca de él. Sentados lado a lado, bastaba un movimiento y yo básicamente estaría en el regazo de Treyton. El ambiente estaba relajado, a pesar del tema un poco sanguinario, pero cambió un poco en cuanto los dos notamos la cercanía.

Me apreté los labios, apartando la mirada y viendo cómo le nacía una sonrisa en la boca.

Me eché atrás. Joder.

Casi grité cuando lo sentí tirar de mí por la cintura y apretarme contra él, sobresaltándome mientras pegaba la boca a mi oreja. Se me heló la nuca con el escalofrío delicioso que subió.

—Me gustas. Por eso voy a llevarte a casa —dijo bajo, y traté de no encogerme por el escalofrío que me bajó hasta la punta de los pies.

Si te gusto, quizá deberías hacer otras cosas.

Mis ojos se fueron a los de Treyton; esta vez estábamos *demasiado* cerca, nada que ver con antes. Treyton tenía una mano rodeándome la cintura, y la otra estaba en mi rodilla, pero subió

hasta mi cara y me colocó el pelo detrás de la oreja. Olía a loción de afeitado y a perfume masculino.

Se me encogió el estómago mientras me acariciaba la piel ahí, pero decidí que no volvería a echarme atrás.

Alcé la cara y besé la comisura de su boca, apartándome rápido, porque él giró, intentando besarme de verdad, y sonreí, pícara. Tenía la barba asomando otra vez, aunque pareciera que se la había hecho, y raspó un poquito.

—Dijiste que ibas a llevarme a casa —alegué con una risita.

Negó con la cabeza, tomando aire y pasándose la lengua por los labios.

—Uno de los motivos por los que me gustas es exactamente eso —dijo, manteniéndome todavía demasiado cerca, hasta el punto de que yo sintiera su respiración y sus dedos siguieran acariciándome—. Es fácil. Sé que no estás mintiendo y sé que estás siendo tú misma. Y me gusta cómo acabas de hacer que ese gesto ridículo quede bonito.

Solté una risita.

—Un beso en la cara no es nada.

Tragué saliva al ver que su mirada, fija en mí, bajaba a mi boca, como si analizara si debía o no besarme y renunciar a llevarme a casa.

Tal vez de verdad debería acostarme con él, vivir la experiencia y resolver la tensión de una vez. Sentía que esas manos sobre mí solo iban a ir a más a partir de ahí. Y *joder*, cuánto me gustaban sobre mí.

Y, si no eran las manos, sería la boca: abrió una sonrisa de quien sabía lo que estaba haciendo.

Entonces no me lleves a casa. No con esas manos sobre mí.

—En efecto, no es nada comparado con lo que quiero hacerte.



10
¿Desconfianza?
Aurora

Treyton me llevó a casa. Era lo mejor que podía hacerse, al menos era lo que mi conciencia me advertía. Y otras cosas en mí...

Iba en coche; me explicó que era el coche de un compañero de equipo, porque creía que llovería esa noche y no quería que me mojara.

Acertó. Empezó a llover en cuanto cogimos la avenida que llevaba a mi casa.

—Si quieres, también puedo dejarte lejos; me da igual —dijo Treyton—. No sé por qué te importa tanto lo que piensen, pero lo respeto.

Sonreí por eso, tímida.

—No están en casa ahora —dije, sincera. Había ofrecido parar cerca por la lluvia y apreté los labios—. Aaron y Andrew son complicados. Hay algunas peleas que no estoy lista para librar y no creo que deba discutir con Andrew otra vez hoy.

—¿Hoy? —Trey no ocultó la sorpresa—. Aurora, eso no es...

—¿Normal? —sugerí, risueña—. Lo sé. Discutimos el domingo por eso. Hoy fue el turno de discutir con Andrew. Está todo bien.

Trey, en lugar de seguir por la calle, aparcó el coche en un hueco junto al bordillo, lo dejó en punto muerto y volvió la mirada hacia mí. El sonido de la lluvia contra el cristal era reconfortante, agradable.

—Aurora, yo también tenía una hermana. Esto no es normal.

—Sé que no lo es, Treyton. Lidio con ellos como puedo, pero no quiero empezar una pelea con ellos por tu causa. Aaron... —Fruncí el ceño—. Solo no quiero tener que pasar por eso.

Trey me analizó y soltó un suspiro, asintiendo.

—Por eso te dije que lo respeto, pero me alegro de que sepas que hay algo mal en eso. No me gusta cómo te encogiste a medida que nos acercábamos a tu casa. Cambias cuando estás cerca de ellos.

Lo miré con una mezcla de curiosidad y sorpresa.

Treyton se rió.

—Es bastante fácil leerte, aunque creas que lo estás ocultando bien —la lluvia arreció, llamando nuestra atención. Se le alzaron las cejas, pero volvió a mirarme a los ojos—. Y me gusta ver cómo te brillan los ojos. Ahora no te brillan.

Le sonreí, asintiendo.

—Estuvo bien. La noche y tal —esquivé, cambiando de tema, y él se rió, negando con la cabeza mientras miraba hacia la calle.

—Tienes problemas serios de confianza —advirtió, mirándome de nuevo.

—Lo sé. Me gustas, Treyton, pero sé que esto se va a acabar en algún momento y no sé qué pensar de eso ni cómo llevarlo.

—¿Y cómo lo sabes? Lo de que esto se vaya a acabar, digo —preguntó, desdeñoso—. Sé la fama que tengo, pero tampoco soy un hijo de puta.

—Yo no... Mira, siento que tienes una experiencia a la que no voy a poder seguirle el ritmo. Y, aunque pudiera, necesito algo más fuerte que una cita, más serio. Y no puedo arriesgar mi relación con mis hermanos por alguien que sé que quiere una noche.

Me observaba y sonreía cada vez más.

—Ahora sí estás siendo un poco más sincera.

Puse los ojos en blanco.

—La experiencia se adquiere con la práctica, Aurora —dijo bajo, y esa voz más tensa me llamó la atención; tenía los ojos fijos en mi cara—. Podemos salir el tiempo que quieras hasta que te sientas cómoda; solo prefiero dejar claro que esto no es una relación. No estoy en condiciones de sostener algo así ahora mismo —giré la cara, mirándolo con curiosidad—. Y es lo que ya dije: nadie tiene que saberlo. En especial esos dos gilipollas. ¿Me gusta? No. Pero lo hago por ti.

Eso me hizo reír al ver su sonrisa.

—Ese brillo es el que me gusta, Aurora. Me siento como la puta polilla que va hacia la luz cuando veo esa sonrisa, queriendo volar directa hacia ese brillo delicioso que tienes en los ojos siempre que te permites simplemente ser tú misma. Nada más. Sin pensar en

nadie más, en lo que van a pensar, en lo que van a hacer si dices algo de tu familia.

Me apreté los labios, observando su cara bien definida, a pesar de las sombras, porque las farolas no daban abasto con la lluvia cayendo con toda su fuerza.

—He estado preguntándole a Chloe —expliqué—. Por ti. Me gustó saber de tu familia, de la carrera de tu madre y del hecho de que tu comida favorita sea algo así de distinto. Eso es importante para mí. Pero no quita el hecho de que cada vez que te miro, veo al atleta de Northride, que tiene a quien quiera en la cama y que, sí, va a usarme como le dé la gana.

Sonreía aún más.

—Ay, Aurora... —se acercó, haciéndome entrecerrar los ojos mientras yo seguía pegada al asiento—. Pero la gracia es usarnos como nos dé la gana. Es la diversión. Es que entiendas que lo que yo quiero es delicioso para los dos. Que tú también vas a poder usarme.

Lo oí soltarse el cinturón al mismo tiempo que el mío se desabrochaba, y su cara estaba prácticamente frente a la mía. Apenas tuvo que moverse mucho, teniendo en cuenta que el coche no era ningún SUV enorme.

—Estoy aquí para que me usen también, Desconfianza —dijo bajo, con los ojos en los míos, aunque vacilaron hacia mi boca.

—¿Desconfianza? —pregunté, confundida.

—Estoy pensando en un apodo bonito —explicó—. Aurora es demasiado largo para estar llamándote así; es muy impersonal —pero *Desconfianza* era aún más largo, Dios mío—, y siento que vamos a pasar bastante tiempo juntos como para tratarte de forma tan *impersonal*.

Eso me derritió un poquito más.

—Treyton, de verdad no deberías tratarme así si planeas solo...

—Trey —corrigió—. Te estoy tratando como te mereces. No es culpa mía si te está gustando.

Negué con la cabeza, sintiendo cómo se acercaba cada vez más. Hasta el punto de que su barba rozó mi piel muy suavemente.

Nuestros labios estaban casi pegados; podía sentir su respiración contra mí, y sabía que notó cómo la mía vacilaba.

Sentí sus dedos en mi cuello, subiendo por la mandíbula y acariciándome ahí mientras sus ojos seguían en los míos.

—¿Qué tal si descubrimos cómo va a acabar esto, *intentándolo*? —propuso—. El secreto para que esto funcione se compone de ser sincero, decir la verdad y, sobre todo, saber el límite entre que te guste y que te estés enamorando. ¿Qué te parece?

Negué con la cabeza.

Para él era fácil. Yo no estaba acostumbrada a tener algo así. Y mucho menos a acercarme tan cautelosamente a un tío que quería algo conmigo de verdad. Era la receta perfecta para que yo me enamorara.

—Qué bien te viene eso —provoqué, viendo su sonrisa—. Ser sincero y decir la verdad, en general, es lo mismo —añadí.

—No necesariamente. ¿Qué tal si empezamos por mí preguntándote por qué *decidiste* ir? Tú me preguntaste por qué quería salir contigo —explicó.

Solo me di cuenta de que me mordía el labio cuando vi que sus ojos seguían el movimiento, y sentí sus dedos subir por mi nuca, apretándome ahí y casi deshaciéndome con el tacto delicioso.

—Decidí no pensarlo demasiado —expliqué, notando que me salió la voz temblorosa—. Solo eso.

—Pero sigues pensándolo demasiado —advirtió.

Me encogí de hombros, sonriendo.

—Creo que tienes que volver a arrancar el coche y seguir nuestro camino, Trey —dije bajito.

Negó, con los ojos en los míos.

—¿Es eso lo que de verdad quieres? ¿Estar en casa en cinco minutos?

Solté el aire de golpe.

No pienses demasiado.

No sé quién inició el beso. Sé que mi cara se acercó aún más a la suya, o la suya a la mía, y nuestras bocas se pegaron al segundo siguiente.

Dios mío.

Había besado a tres tíos en mi vida. Con uno de ellos, perdí la virginidad. Eso era todo mi historial, *totalmente* distinto del hombre cuyas manos me sujetaron con firmeza, que sabía qué hacer y que era plenamente consciente de hasta dónde quería llegar.

Trey invadió mi boca de inmediato, jugando con mi lengua mientras me tiraba de la cara hacia él, y también sentí su mano en mi pierna, algo áspera contra mi piel. Al segundo siguiente, su brazo estaba alrededor de mi cintura y me puso encima de él, con el volante apretándome la espalda.

Apreté los dedos contra su camiseta, en medio del pecho, sintiendo sus manos apretarme la cintura y sus dedos en la nuca, enredándome el pelo en los suyos y contrayendo todo mi cuerpo por el movimiento, profundizando el beso mientras me acomodaba encima de él, intentando relajar el cuerpo aunque todo se estuviera calentando.

Un trueno me asustó, y él rompió el beso, dejándome respirar. Me salió un jadeo pesado; su boca estaba totalmente roja y vi que le nacía una sonrisa mientras yo lo miraba aún más.

Volví a acercar nuestros labios, acariciando los suyos con los míos, hasta que lo sentí tirar de mi labio inferior con los dientes, volviendo a besarme. Se removió debajo de mí, y todo mi cuerpo se contrajo al sentir sus manos hundirse en mi culo, apretando con ganas y tirando por encima del vaquero.

Me aparté chupándole el labio, viendo su sonrisa cuando cogí aire y lo miré.

—Si quieres, creo que la casa está relativamente vacía —dijo, directo al grano.

Negué, observando sus ojos. El corazón me latía tan rápido en el pecho que alguien despistado podría pensar que estaba cometiendo un delito.

Y sonreí. No era ningún delito. Me gustaba estar allí.

Encima de él. Con el labio casi palpitándome de lo profundo que fue el beso. Mirando esos ojos.

Trey me sujetó la cara con las dos manos, tirándome hacia otro beso, aún más profundo y que casi me tiró encima de él,

sujetándome el pelo, el cuello y la nuca, acariciándome la mandíbula con los pulgares.

Cuando nos separamos, respiraba con dificultad.

—Va a ser difícil mantener mi boca lejos de ti —declaró, aún sujetándome la cara.

Sonreí de lado.

—¿Por qué vas a necesitar mantenerla lejos?

Tomó aire, dándome un beso sin lengua.

—Voy a dejarte en casa. Antes de que se me ocurra montar un secuestro.

Solté una risa, apartándome para bajarme de encima de él, pero me atrajo de vuelta, negando y volviendo a besarme. Sentí que le surgía un gruñido del fondo de la garganta, pero, aparte de eso, en cuanto me dejó bajar de encima de él otra vez, me soltó y me dejó volver al asiento del copiloto.

Estaba un poco mareada. Y caliente.

Solté el aire y luego tomé más aire, mirando a la nada.

—Bien dicen que lo prohibido es más rico —el comentario cortó el silencio, lo que me hizo volver los ojos hacia él y reírme.

—No está prohibido —corregí.

—Solo está escondido —susurró, malicioso, como si considerara besarme otra vez. Yo no iba a negarme.

Negó con la cabeza y respiró hondo, mirando la calle y arrancando el coche de una vez, saliendo a toda velocidad, mascullando algo que sonó a "buenísima de cojones".

Si mi cuerpo reaccionaba así solo con unos besos... Sentía que iba a necesitar lavar muchas bragas. Treyton hacía honor a la fama que tenía.



Me mojé un poco —en el sentido literal— corriendo hacia dentro del edificio, pero solo cuando le saludé desde la puerta de cristal a Treyton, aparcado junto al bordillo, me devolvió el saludo, subió la ventanilla y arrancó.

Aún tenía las piernas un poco flojas. Debió de ser la falta de oxígeno.

Mis hermanos no estaban en casa, así que tuve paz. Aproveché para estudiar un poco, darme una ducha, arreglar la casa y luego me fui a dormir. Consideré mandarle algún mensaje, pero no quería seguir por ese camino. Cuanto más me apegara, peor sería.

Treyton era fácil de gustar. Fácil de apegarse. Fácil de querer tenerlo cerca.

Pero no me dormí sin antes ver nuevos mensajes suyos:

> Este no es el tipo de beso que le doy a todo el mundo.
> Solo para dejarlo claro.

Joder.

¿Y los apodos? <

> Solo tuyos.

No digas ese tipo de cosas. Ya te lo pedí. <

Tecleó un buen rato. Paró. Volvió a teclear. Y entonces recibí un mensaje en foto, con él haciendo un gesto de pulgar arriba hacia la pantalla mientras parecía estar tumbado en la cama.

> Es verdad.

Sus labios parecían hinchados.

> Pero todavía no he decidido cuál será el apodo. Tengo algunas ideas.

Estaba haciendo un trabajo excelente para ganarme. Y yo iba directa a su cama.

Él lo sabía, claro. Trey era un ligón nato. Claro que lo sabía.

¿Pero qué tenía de malo aquello? ¿Qué había de incorrecto en hacer todo aquello?

No era malo. Yo actuaba como si fuera un gran delito a veces, acostumbrada a esconderme de mis hermanos, pero estaba todo bien.

El único "pero" de todo aquello es que yo sabía que, si me apegaba, no sería recíproco. Por lo demás, estaba todo bien. Era solo hacerlo. Solo vivir. Sin pensar demasiado.

Las partes buenas eran muchas. Trey parecía genial. Sabía conversar. Tenía una boca bastante hábil. Un cuerpo de dar envidia. Y me quería en su cama.

Era más fácil decirlo que hacerlo de verdad, pero los hábitos se cambian poco a poco.

Y, bueno... Dejar de hacerlo sería triste. Sus manos eran realmente deliciosas contra mi piel. Y su boca...

Y con ese pensamiento, me quedé dormida.

Me desperté con un mensaje suyo, sin embargo:

> Espero que hayas soñado conmigo. Es la única disculpa que voy a aceptar por haberte quedado dormida antes de responderme.

No necesito soñar contigo <

> ¿Porque ya es realidad?
> JAJAJAJAJAJA, qué flirteo terrible

Buenos días para ti también, TREYTON. <

> JAJAJAJA
> Creo que voy a tener que enseñarte algunas cosas

Ya me estaba enseñando. Pero, en ese tema, estábamos de acuerdo.



11
¿Eso me dejaba dónde?
Aurora

Hice lo que planeé ese día. Confirmé el horario del entrenamiento de las chicas del equipo de voleibol y me quedé en la arena mirando, fingiendo estudiar de vez en cuando, pero observando el juego. Después, pasé por el apartamento de Rika.

No sentí nada viendo el entrenamiento de voleibol. Me sentí fatal por eso, hasta que noté que solo me gustaba la competición porque era algo que mis padres iban a ver cuando yo competía. Porque era algo que les hacía sentirse orgullosos y llamaba la atención. Y, en ese momento, intentando entender quién era, no quería nada de eso. Solo quería descubrir qué le gustaba de verdad a Aurora.

Tartaletas saladas. Besos calientes en un coche. Jugar al billar terriblemente mal. Ropa barata y cómoda. Joyas (por desgracia) caras. Veteranos solícitos que me ayudaban a pasar por las dificultades del primer semestre —como Elena y su interminable lista de respuestas siempre que yo quería saber algo, aunque estuviera ocupada—. Gente sincera. Me gustaban el café y el cacao.

No me gustaba Administración —no es que dos semanas de clase fueran suficientes para definir, pero sentía que solo iba a empeorar—. Ni el control. Tampoco me gustaba que me manipularan. No me gustaba tener que dar explicaciones a mis hermanos. No me gustaba la gente que caminaba despacio delante de mí. No me gustaba la música *country*, pero dependiendo del artista, podía escucharla. No me gustaba el pistacho.

Algunas cosas ya las sabía, pero otras se estaban volviendo tan claras que era difícil ignorarlo cuando algo pasaba.

Me gustaba plantarme, pero tenía miedo. Eso era un hecho.

Antes de ir a casa, me desvié y pasé por *Coffee & Cats*, encontrándome a Chloe atendiendo a un grupo de adolescentes. Solo después de casi una hora consiguió sentarse un rato conmigo en una mesa para dos que cogí, comentando lo complicada que estaba siendo esa semana. Ya iba hasta arriba de trabajos y se preparaba para algunos ensayos, además de exámenes y todo tipo de cosas por sus actividades extracurriculares, sin contar su carrera.

Me ofrecí a grabar algunas tomas, ya que necesitaba mandar una especie de prueba por vídeo para algunos directores, y quedamos en grabar algo en los próximos días.

Me habían invitado a dos sororidades en los últimos días, después de la fiesta, y Chloe me ayudó a analizar las invitaciones antes de que desistiera. Ni siquiera tenía sentido aceptar entrar en ese tipo de cosas, no era mi estilo y no lo necesitaba.

También me habían invitado a algunas fiestas, e iba a salir con algunas chicas del equipo de *cheerleaders* otra vez, pero me prometieron que ninguno de los dos tíos iría. Kurt había sido un gilipollas tirándome los tejos días antes.

—¿Has pensado en cambiar la cerradura de tu casa? —comentó Chloe, tomando su café diario, que podía coger por ser empleada—. Lo de tus hermanos y tal. Así, nadie entraría de repente y te daría la lata. Andrew fue súper irrespetuoso entrando como si la casa fuera suya.

—Mi madre se quejaría, creo. Pero estaba de acuerdo con su punto de vista. Solo me había acostumbrado tanto a esas situaciones que ya ni siquiera lograba molestarme.

Y, joder, eso estaba demasiado mal.

—Solo si se enterara. ¿Tú crees que tus hermanos lo dirían?

—Sin duda —me reí—. Pero es algo para pensarlo.

Asintió, juguetona, mientras me miraba.

—Entonces... ¿cuándo me lo vas a contar? —picó—. Quiero saberlo. Estás guardando el secreto de la cita. Suelta prenda, Montclair.

Solté otra carcajada.

—Fue divertido. Hablamos bastante. Trey es majo.

—Trey —susurró, maliciosa, y yo me reí a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás—. Y... —insistió, claramente sintiendo que había más.

Miré alrededor, fingiendo que no la había oído.

—No me digas que... —su voz dio un gritito.

—¡No! —corregí rápido, gesticulando—. Pero nos besamos. Bastante. *Mucho*.

Se dio una palmada en la otra, como si se estuviera felicitando a sí misma, arrancándome una sonrisa.

—¿Y? —insistió un poco más.

—Besa bien, sabe lo que hace. Con las palabras y con... O sea, la boca. Yo qué sé, ¡tú sabes cómo funcionan los besos!

Se rió de mi nerviosismo, asintiendo.

—Vale, ¿dijo algo más? ¿Quedasteis en algo más? De verdad quiero saber cómo va a conquistarte esta vez; no es su *modus operandi*.

Respiré hondo y lo solté, nerviosa por eso. No sabía qué esperar.

—Me mandó lo de un proyecto de ayuda voluntaria para animales callejeros que habrá este fin de semana —comenté como quien no quiere la cosa—. Y me invitó a ir a una fiesta a la que él también va por la noche.

—Espera —Chloe levantó la mano—. ¿Para ir juntos al proyecto?

—¡No! —corregí—. Comenté lo de eso y él soltó esa idea. Creo que me lo mandó para que lo supiera, ya que me gusta bastante lo de los rescates y tal —expliqué.

—Ah. —Frunció el ceño, pensativa—. Es un poco raro para Trey. Me da una sensación confusa sobre lo que quiere contigo. Por lo general, él espera a que su objetivo vaya a una fiesta y ahí consigue lo que quiere. ¿Vas a ir?

—¿A la fiesta? Solo si tú vas. —Se rió, asintiendo—. Pero creo que iré al proyecto el sábado. Tengo que hacer un montón de cosas, pero estoy intentando vivir bajo el mantra de mi abuela.

Primero las fiestas, luego los libros. Sentía que no era del todo lo correcto, pero ni siquiera me gustaban los libros que estaban

en mi mochila, y mucho menos el contenido.

—¿Es su fiesta? —preguntó, curiosa, y yo asentí. Respiró hondo y soltó—. Necesito pensar cómo lidiar con Patrick, pero vamos.

—Solo hay que decir que no —alegué.

Se rió.

—No todos los tíos son tan *majos* como Trey, Aurora. —Alcé una ceja.

—Entonces dale una patada en los huevos —señalé.

Chloe me sonreía.

—Ya lo he considerado —hizo una pausa, sonriéndome de lado —. Me encanta verte soltarte y librarte de esa concha ridícula, Aurora. Estoy deseando el momento en que sepas la respuesta a quién es Aurora, quién quieres ser y qué no era más que una protección para la situación que vives. De verdad, amiga.

Sonreí.

—Ya tengo algunos fragmentos de esa respuesta —dije, sincera —. Me gusta divertirme en las fiestas. También me gusta la ropa informal —murmuró un "hasta demasiado" que hizo que le hiciera la peineta—, y también me gusta que jueguen limpio conmigo. Como tú has hecho y Treyton también.

Sonrió, asintiendo.

—A nadie le gusta que le mientan, amiga.

—Ya, pero yo llevo toda la vida lidiando con mentiras con mis padres y mis hermanos. Así que tiene un peso extraño.

Asintió, pensativa.

—Tiene sentido. ¿Qué te parece si salimos a comer algo? Mi turno acaba en veinte minutos y tengo muchas ganas de comerme una ensalada César de un restaurante de aquí cerca.

—Qué específico —alegué, confundida.

Chloe se encogió de hombros.

—Es o lo tomas o lo dejas —advirtió.

—¿Puedo pasar por casa antes? Necesito dejar la mochila. —El peso con dos libros, un portátil y un millón de cosas más aleatorias junto a mis pies dejaba claro que iba llena.

—Claro. Nos vemos allí, ¿vale?

—Hecho. Solo mándame la dirección.

Me acabé el café, me despedí de ella por unos minutos y me fui a casa. El restaurante estaba a menos de diez minutos andando de mi casa, y fui hacia allí después de cambiar algunas cosas de la mochila.

Era un ambiente agradable, cómodo y lleno de plantas y madera. En pocos minutos, llegaron nuestros platos, y solo cuando un grupo se levantó y se fue de allí me di cuenta de que el equipo de hockey de Scadelton también estaba allí. Estaban con el equipo entero, incluso con el entrenador, pero cuando empezaron a irse, mis hermanos se separaron del grupo y vinieron hacia nosotras.

El ambiente, que hasta entonces me tenía cómoda, hizo que me removiera en la silla, inquieta. Chloe me analizó mientras ellos se acercaban, pareciendo preocupada.

—Bonita blusa —comentó Aaron al sentarse a mi lado, malicioso, y señalando con la cabeza la prenda roja que yo llevaba—. ¿No tenías algo más pequeño?

—Cara bonita —respondió Chloe—. ¿No tenías algo más humano?

Él esbozó una sonrisa rígida y fría para ella, y ella le devolvió lo mismo, cínica.

Andrew se sentó al lado de Chloe, mirándome con curiosidad.

—¿Qué tal las clases hoy? —preguntó—. Me he enterado de que fuiste a ver a Rika.

—¿Conoces a Rika? —pregunté en respuesta, curiosa.

Aaron soltó una risita, y era todo lo que necesitaba saber.

—Sí que la conoce. ¿Ya te vas a casa? —Aaron me miró de lado al preguntar.

Señalé mi plato, dejando claro que no. Aaron hizo un mohín, analizó las ventanas un instante y, de golpe, se le cerró la expresión por completo.

Seguí con la mirada hacia donde él miraba, encontrándome con un grupo de tíos en el aparcamiento. Parecía que acababan de salir del entrenamiento de hockey, igual que mis hermanos. Trey estaba entre sus compañeros de equipo.

Mierda.

—Aaron, déjalo —recomendó Andrew, con la voz fría—. Quizá ni entren.

Mi hermano a mi lado soltó una risita de desprecio, porque el grupo se dirigía al restaurante. Al parecer, era la "noche de comer sano" de los equipos, porque reconocí a otros atletas allí.

Chloe negaba con la cabeza, masticando, como si estuviera considerando desaparecer en ese momento, pero estábamos pegadas a la pared en la mesa, nosotras dos en las sillas de fuera.

Aaron siguió al grupo con la mirada, frío, pero estaba centrado en una persona en particular: Treyton.

Por el amor de Dios, aquello era una bomba a punto de explotar. Y por cómo miraba Aaron a Trey, tenían *mucha* historia.

—¿Sabes qué? Puedo irme ya. ¿Me llevas? —intervine, y Andrew asintió a mis palabras, pero Aaron se rió, aún mirando a Trey.

Mi hermano parecía listo para la pelea que él mismo pretendía empezar, y eso me asustaba.

Trey por fin pareció haber notado la mirada sobre él, porque se giró mientras caminaba con su equipo, y su expresión juguetona se le borró al instante. Dos tíos miraron también, y uno de ellos se detuvo de inmediato, como si estuviera listo para abalanzarse sobre mi hermano, pero un cuarto tío intervino, tirándole del brazo a modo de aviso.

—Aaron —pedí, intentando sonar dulce—. Vámonos.

—No voy a irme como un perdedor —desdeñó.

Andrew respiró hondo. Trey vaciló un segundo y me miró antes de volver a mirar a Aaron, gracias a Dios sin saludarme ni dejar claro que me conocía. Eso solo empeoraría la situación.

—Andrew, ¿me das un segundito? —intervino Chloe, y mi hermano mayor le hizo sitio. Se paró al lado de Aaron en la mesa y lo miró, seria—. He venido a comer con mi amiga, así que vamos a sentarnos en otra mesa donde no estés tú.

Se le alzaron las cejas a mi hermano, sorprendido, y yo parpadeé, igual de sorprendida. Pero Aaron también le hizo sitio,

porque se levantó y le hizo un gesto con la cabeza a Andrew, que asintió al levantarse para irse.

—No te quedes tan tarde en la calle —dijo Andrew, yendo hacia la puerta.

—Me lo pensaré —sonreí rígida al decirlo, y él negó con la cabeza, siguiendo delante de Aaron, que se paró en el pasillo de salida, formado por algunas mesas, y miró al grupo, diciéndole algo a Trey.

Mis hermanos estaban tensos, pero el grupo de hockey parecía listo para una posible pelea fuera del hielo, en especial por la postura de Trey, de pie al lado de la mesa enorme que habían ocupado, mirando a mi hermano con odio puro.

Había algo más que simple rencor en el hielo. Eso me preocupó.

—Voy a acabar contigo antes de eso —fue la respuesta de Trey a lo que mi hermano había dicho, sonriente y malicioso.

Estaba tremendamente guapo enfadado de ese modo, pero era una rabia distinta.

Era odio. Y el odio era *muy* peligroso. ¿Por eso Trey ya le había roto la nariz a mi hermano?

Chloe aspiró por la pajita con la que bebía su zumo, fingiendo no oír. Yo hice lo mismo.

Que se mataran. Trey tenía razón en que mis hermanos eran unos gilipollas.

No es que él pareciera muy distinto, pero yo conocía a mis hermanos fuera del hielo. Por desgracia, salieron muy a mi padre. No es que mi madre se quedara muy atrás.

¿Eso me dejaba dónde?

Al menos mis hermanos se fueron y no empezó ninguna pelea. Era mejor que acabar la noche en comisaría.

> No voy a pedir perdón porque tu hermano sea un gilipollas
> Pero estás absurdamente guapa
> Todos los días, pero hoy estás deslumbrante.
> La blusa te quedaba genial

Levanté la mirada de las notificaciones que aparecieron en mi móvil, mirando a Treyton desde su mesa, sonriéndome.

Un tío a su lado lo miró y luego me miró a mí y se rió, negando con la cabeza, como si supiera lo que pasaba allí.

Aparté la mirada, fijándome en la calle para no sostenerle la mirada, sintiendo que el móvil vibraba otra vez. Me contuve la sonrisa para no delatar el juego ante él, pero ya debía haberlo entendido de todas formas.

> Espero que esa carita preciosa no se cabree cuando le rompa la cara a tu hermano otra vez
> Con todo el respeto
> Aunque mis planes contigo no sean muy respetuosos
> Ni un poquito

Tuve que reírme, bajando la cara.

Voy a la fiesta el sábado, puedes estar tranquilo <
Nadie habló de respeto <

> Espero que pienses dormir fuera

Miré a Trey por encima del móvil, viendo su sonrisa tranquila al mirarme también, alzando las cejas dos veces y recostándose en la butaca, como si me desafiara a provocarlo.

Hice un mohín, giré la pantalla y miré a mi amiga, que me miraba como si supiera cosas.

—Ah, si supierais disimular... —provocó, maliciosa.

Me reí, incómoda.

De fondo, vi a Trey sonriendo, mirando a sus compañeros, y oí algo que pareció una provocación de uno de ellos.


19
HARTLEY
19

12
¿Es ese el apodo?
Trey

Las folladas ocasionales de siempre no eran suficientes. Lo intenté.

Y no quería que me odiara.

Estaba enganchado.

¿Qué coño tenía ese beso, joder?

Me estaba mordiendo la lengua por todo lo que había dicho, qué infierno.

Y apenas podía abrir los ojos de lo cansado que estaba.

—¡DESPERTAD, JODER! ¡Esto no es un parque de atracciones! —gritó el asistente del entrenador por la arena, con la voz retumbando en el ambiente relativamente vacío.

Sacudí la cabeza, intentando espabilar; además, ya llevaba demasiado tiempo de pie como para seguir con sueño.

Eran las nueve de la mañana de un sábado, y nos tocaba un entrenamiento de dos horas sobre el hielo, sin contar el ejercicio en el gimnasio del equipo. El entrenador nos había hecho quedarnos hasta tarde en el *cinecito del viernes*, que consistía en quedarnos en la sala de vídeos del equipo viendo pases, entrenamientos y, en concreto, trazando estrategias. Habíamos salido casi a las once de la noche de la arena la noche anterior, y en ese momento lo único que quería era estar en mi cama.

Pero, claro, no lo estaba.

Nathan soltó una risita bajita hacia mí mientras calentábamos en la pista, los patines deslizándose por el hielo. Algunos tíos se gritaban entre sí, haciendo el tonto como si fueran patinadores artísticos; otros intentaban patinar al mismo ritmo de las canciones que salían por los altavoces.

—Estoy un poco preocupado —comenté, dejando de patinar para estirar las piernas, abriéndolas y bajando sobre el hielo, sacando el culo.

Suspiró al hacer lo mismo que yo, analizándome.

—¿Por qué?

—Aurora.

—¿Por qué ibas a estar preocupado por Aurora? —preguntó con genuina sinceridad.

Otro suspiro, pero esta vez el mío.

Bajé una de mis rodillas, estirando los músculos de la otra pierna.

No se me va de la cabeza. Desde que entró en ese bar de dudosa calidad, con ropa que dejaba claro que no quería impresionar a nadie, y con esa timidez.

Desde que se atragantó con el aire. Desde que cometió el error de preguntar por el tiempo verbal en el que me referí a Tracey. Desde que habló con sinceridad sobre lo que le preocupaba de lo nuestro, esa parte en especial.

Desde que intentó no sonreírme en ese restaurante, pero parecía lista para lanzarme la sonrisa más bonita de todas.

Aurora fue sincera en aquel coche, y eso agarró algo dentro de mí y lo retorció de una manera rara, imprevista. Pero cuando la cara empezó a calentársele y las pecas se le marcaron aún más bajo mis manos... Era fácil que te gustara la chica.

—Intenté distraerme. Ya sabes, pensar en otras cosas —empecé, inseguro. *Follarme a alguien también*—. Pero Aurora me está ocupando bastante la cabeza cuando no estoy pensando en el equipo o... —bufé—. Ni siquiera consigo relacionarla con sus hermanos, parece obvio que no sabe nada y no quiero romperle el corazón.

Nathan me miraba, sonriendo cada vez más. Ya sabía lo que iba a decir.

—Te lo dije, ¿no te lo dije?

—Vete a la puta que te parió —murmuré, molesto—. Ya sé que me avisaste, no hace falta que lo dejes claro.

—Sí hace falta. ¿Qué tal sabe tu propia medicina, Hartley?

Lo empujé en el hielo, haciéndolo caer de culo y arrancándome una risita maliciosa.

Me incorporé, crujiéndome los brazos y viéndolo hacer lo mismo mientras negaba con la cabeza.

—Sé sincero, joder. Lo peor que puede pasar es que no te crea y les cuente tus planes a esos gilipollas.

Gruñí, molesto.

—Ella confía en mí.

—Otro punto más para que seas sincero con ella, ¿no crees?

Volví a patinar sobre el hielo, viendo cómo la sonrisa presuntuosa de Nathan me seguía al instante, patinando de lado mientras me miraba.

—Vale, ¿qué te hizo cambiar tan drásticamente? ¿Fueron esas risitas estúpidas en el restaurante?

Solté el aire con fuerza por la nariz.

—También. Y no fueron estúpidas. —Puso los ojos en blanco—. La besé, y es estúpido porque ni me la follé, y aun así ese beso no se me va de la cabeza. *Bueno*, besos, en plural. Creo que voy a volverme loco si no me la follo, siendo sincero.

Nathan se rió, tirándome de la camiseta del equipo y parándonos a los dos contra un rincón de la pista, mirándome con la mayor cara de "Dios mío, eres el mejor entretenimiento de mi día", cosa que no dudaba.

—Es solo una mujer, Trey.

—Ya lo sé —murmuré, frustrado—. Es exactamente eso lo que me está jodiendo. Todo el mundo sabe que yo simplemente me ligo a la persona y, si los dos queremos repetir, repetimos, pero no... Aurora es distinta. Y no quiero usarla. No quiero follármela solo porque se me pone dura cada vez que la veo y, al mismo tiempo, no quiero... Hacerle daño.

—Sé sincero.

—Le vas a hacer daño —advertí.

—Vale, ¿has intentado quedar con otras? A lo mejor es solo porque necesitas follar.

Lo miré con desprecio.

—Lo intenté, Nathan. Tú mismo me viste quedar con Stella. Fue una mierda. Me mandó a *paseo*, ¿te haces una idea? Yo sé

que somos "los toros" y tal, pero joder, qué putada —murmuré, cabreado.

Aulló de risa con eso, negando con la cabeza.

—¿Stella? Ella te pondría una alfombra roja para tu polla.

—Para mi polla, sí. ¿Para mí? Por poco me llevo una bofetada. Creo que nunca he tenido una cena tan mala en mi vida como anoche. No conseguí conectar con nada. No era quien yo quería. No *es* quien *quiero*.

Sonrió, pareciendo incrédulo.

—Vale, vamos a jugar limpio, ¿sí? —Asentí, esperando que siguiera—. ¿Qué sientes por la chica?

—Me gusta. —*Demasiado, joder.*

—Entonces, ¿estás enamorado?

—No. No todavía —solté en otro gruñido—. Aurora tiene cualidades que me gustan, y ni sabía que me iban a gustar tanto. Eso me atrajo en nuestra cita y... —Me apoyé en el cristal de seguridad—. Tío, es genial. Siendo justo, es eso, no voy a describirte todas sus cualidades —me salió más celoso de lo que pretendía.

Nathan sonreía cada vez más, para mi odio.

—Sé sincero, Trey. Creo que es lo mejor que puedes hacer por vosotros.

—¿Pero qué pasa después? No creo que ella piense en salir conmigo en serio, sobre todo porque nunca expresé el deseo de eso; en realidad, dejé claro lo *contrario* y, joder, Nate, la chica es hermana del ases...

—Ella no es Aaron —advirtió.

—Sé que no lo es. Pero sigue siendo una Montclair.

—Entonces, resuelto: aléjate, como tú mismo dijiste que harías si no pudieras conseguir nada —provocó.

Lo miré en silencio, viendo su sonrisa maliciosa.

—No puedes, porque de verdad te gusta.

La risa era una de las mejores partes. ¿Los ojos brillándole a la vez? La guinda del pastel que me encantaba probar.

Las piernas bien definidas y un poco bronceadas del verano. La camiseta de tirantes que enseñaba bastante del escote y de los

pechos con los que perfectamente podría divertirme chupando. Las uñas cortas, pero cuidadas. La cara marcada con pecas claras que le daban más encanto y llamaban la atención sobre los ojos en un azul helado.

Los ojos curiosos. Su sinceridad sobre necesitar una conexión más emocional y algo más que simplemente una follada.

La respiración que le falló cuando sentí la textura de su pelo y le metí los dedos ahí. La boca entreabierta, como si supiera que le gustaría besarme, pero tuviera miedo de las reacciones que eso causaría. El hecho de que pareciera que le gustaban *mucho* las tartaletas saladas.

La enorme dificultad que tenía con los flirteos, pero que no dejaba de hacer que todo fuera aún mejor, aunque fueran terribles. La emoción hablando del gatito Wesley. La inocencia y la sagacidad presentes en su mirada. El hecho de que besaba *muy* bien y, al mismo tiempo, no parecía acostumbrada a hacerlo.

Podemos entrenar lo que quieras, Montclair. Puedo enseñarte y darte la experiencia que quieras. Tengo muchas ganas de saber qué te gusta y cómo gimes mi nomb...

Corté mi propio hilo de pensamiento, porque tener una erección en mitad de la pista sería complicado, y definitivamente me comería las provocaciones en la ducha. Pero querer saber cómo gemía mi nombre, lo quería. Y mucho.

Me gustaba Aurora. De verdad. No quería hacerle daño, pero a esas alturas sabía que podía hacerlo independientemente de lo que se dijera, porque ya había empezado a usarla, y eso dolía.

Nathan y yo seguimos patinando mientras yo me mantenía en silencio, pensativo, moviendo mi stick de un lado a otro.

—Es raro ser el interesado y tener ganas de saber más sobre alguien —expliqué—. No tengo ningún problema con eso, pero es nuevo para mí.

Moví el stick, jugando con él y con un disco que alcancé, viendo a Nate asentir.

—Te gusta. ¿Quieres algo con ella?

—Quiero la conquista —corregí.

Quería saber más de ella. Más sobre cómo le gustan los animales, por ejemplo. Sobre su carrera en la universidad. Sobre lo que hacía en su tiempo libre (además de, quién sabe, irse de fiesta con Chloe y caer borracha).

Se rió, asintiendo.

—Claro, la conquista —desdeñó, llevándose un codazo mientras yo le robaba el disco que golpeaba, quedándome con dos para mí.

El sonido de los tíos a nuestro alrededor era evidente, pero cada uno estaba en su burbuja de calentamiento, y nadie estaba tan animado para un entrenamiento tan temprano un sábado, sobre todo porque teníamos una fiesta esa noche.

El asistente del entrenador estaba por allí, y la becaria de publicidad iba pegada a nuestra publicista mientras ambas grababan vídeos para las redes sociales del equipo. Todo estaba en su sitio.

Salvo lo que yo estaba haciendo con Aurora.

—Se te nota en la cara que estás arrepentido de lo que hiciste con Aurora, pero no soy yo quien va a decirte qué hacer.

—Aún lo estoy haciendo —corregí—. Me siento como una mierda cada vez que pienso en eso y, al mismo tiempo, no quiero dejar de estar cerca.

—No es una cosa o la otra, Trey. Si eres sincero, quizá ella entienda por qué te acercaste.

—O quizá rompa la confianza que tiene en mí. Y si hay una persona a la que le cuesta confiar, es ella, Nate.

Suspiró, mirándome.

—Sabes lo que hay que hacer. —Se encogió de hombros, robándome el disco de vuelta—. No voy a decirte que hagas esto o aquello; es cosa tuya, pero que sepas que estoy del lado de Aurora en esta, aunque ella no sepa que lo tiene. Estás siendo un gilipollas y cuanto más pospongas decirle la verdad a esa chica, más vas a hacerle daño.

Lo empujé, empezando una pelea por el disco mientras fingía que no había oído lo que dijo, pero sí lo había oído. Muy bien.

Iba a hablar. Lo sabía. Estaba de acuerdo con eso en ese momento. Pero quería aprovechar un poquito más de esa chica antes de tener que renunciar a algo más por culpa de esa familia.

—¡Basta de hacer el vago! —la voz retumbó por la pista, asustando a la mitad de nosotros mientras el entrenador patinaba hasta el centro—. Quiero diez idas y vueltas, del inicio al final de la pista. Quiero saber cuál de vosotros es el más rápido. Hoy parecéis un montón de babosas. Y ese no es mi equipo.

—¿Por separado? —preguntó Brian mientras la mayoría iba hacia una esquina de la pista tras la breve humillación de siempre, que hacía que todo el mundo se espabilara de una vez, y el entrenador Miller negó.

—No. Juntos. Y sin sabotearos entre vosotros. Si alguien le tira hielo a otro *o*, *peor*, se queda en el banquillo en el primer partido de la temporada.

Surgieron unas risitas maliciosas, pero nadie iba a arriesgarse a jugar con eso después de la amenaza.

Aunque el entrenador Miller pareciera borde, estúpido e incluso extremo, era exactamente lo que un equipo universitario con posibilidades de ganar el *Frozen Four* necesitaba, y lo sabíamos. Era el mejor entrenador que he tenido, no porque fingiera ser nuestro amigo, sino porque yo mejoré mucho en el hockey con él.

Al menos allí, centrado en ganarles a todos los demás, me olvidé de Aurora unos minutos, solo concentrado en el hielo, en hacer lo que había que hacer y llegar antes que todos a la línea de meta imaginaria —y eso fue exactamente lo que hice: llegué primero y me gané la mirada de aprobación de Miller.

Mientras nos preparábamos en fila para el primer partido de entrenamiento del día, colocándome el protector bucal porque no iba a arriesgarme a perder algunos dientes en un simple entrenamiento, miré a Nathan.

—Quiero decir la verdad, Nate, pero si hago eso, voy a tener que hablar de Tracey.

Me miraba con una expresión de pena, asintiendo.

—Lo sé, Trey —dijo, con la voz suave—. Sé que es uno de los motivos por los que lo estás posponiendo.

Me gustaba Aurora, de verdad, y no quería hacerle daño. Pero si ella elegía el bando equivocado en esa historia, no sería su corazón el que se rompería. Tracey era mi mundo hasta que su muerte lo hizo pedazos; yo era el crío de mi hermana mayor antes de que ella ya no estuviera aquí y yo tuviera que lidiar con eso. Yo era muchas cosas, pero una de las que más orgulloso me sentí de ser era el hermano de Tracey.

Desacreditar lo que había pasado me destrozaba, y la policía y los abogados ya me habían menospreciado lo suficiente; no necesitaba eso viniendo de una persona que me gustaba.

Al final, Aurora quizá se había echado atrás en algunos besos antes de que yo tomara la iniciativa, pero el cobarde allí era yo. Sabía que ella podía ser mucho más si yo lo permitía, pero para eso, también tendría que confiar.

No quería alejarme de ella, pero no quería tener que lidiar con la verdad. *Genial*.

Quería saber cómo estaba. Quería saber si notaría que pedí algunas cosas en particular para el menú de mierda que montamos para la fiesta. Quería hablar con ella, saber más de sus gustos y de lo que no le gustaba, descubrir más. Quería pasarme los dedos por todo su pelo y besarle las pecas de esa cara.

Aquello estaba evolucionando rápido y se estaba convirtiendo en un problemón. Y peor: un problemón del que yo no quería librarme.

Joder. Caí en mi propia trampa.

Aurora

Fruncí el ceño mientras me recogía el pelo, caminando por el aparcamiento del lugar con curiosidad.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté a Treyton.

Era a primera hora de la tarde de un sábado; llevaba mi bolso al hombro y acababa de llegar al patio del refugio de animales.

—No tenía nada que hacer.

Entrecerré los ojos.

—¿Ni una fiesta que organizar?

Soltó una risita, apartándose de su moto y acompañándome hacia la puerta de entrada, abierta.

—Le toca a Patrick y a Brian organizar —explicó, tranquilo—. Confío en Brian.

—¿En Patrick no? —pregunté, risueña.

—Ni de coña. Le confío mi vida en la pista. ¿Fuera? Ni un huevo.

Asentí, pero antes de que pudiéramos llegar a la puerta de recepción, tiró de mi mano, me atrajo la cara y me besó con ganas, pillándome por sorpresa.

Casi pierdo el equilibrio —ya se me había ido el aliento—, pero le correspondí, sintiendo sus manos apretarme la cintura, tirándome hacia él.

Cuando se apartó, todavía mantuvo la mano en mi cintura, quizá porque sabía que iba a tropezar. Parpadeé unas cuantas veces, mirándolo allí delante de mí, unos centímetros más alto.

Abrí y cerré la boca, luego me apreté los labios y me giré para seguir hacia recepción sin decir nada, oyendo la risa deliciosa justo detrás. Me pilló desprevenida.

La chica de recepción pareció sorprendida al vernos allí, y explicó que era muy raro que gente nueva fuera a ayudar el sábado de apoyo; solo iban los de siempre, así que enseguida nos dio delantales a cada uno, además de un par de guantes y botas.

Todavía no haría falta ponérnoslos, porque iba a enseñarnos todo el refugio, y mientras yo me quedaba a cargo de los gatos, Trey se quedó con los perros. "No vas a poder sujetar a esos *pitbulls*, querida, con todo el respeto, pero te tirarían y estarían minutos dándote lametones". Tenía un punto buenísimo.

Me enamoré de cada uno de los gatos de allí. Quería llevármelos todos a casa. Sabía que eso sería un problema, pero fue muy divertido conocerlos en la zona de convivencia, limpiar las jaulas y las casitas, además de las camitas. Conocí también a una voluntaria habitual, una señora de setenta años que se encargaba de su alimentación.

Ya había terminado de limpiar todo y hacer todas las tareas solicitadas, y me reía sentada en uno de los sofás, con dos gatos en mi regazo, durmiendo abrazados, un cachorro jugando en mis

hombros, y otros dos a mi alrededor, tumbados, durmiendo, cada uno de ellos ronroneando, cuando oí un golpe en la puerta del lugar. Tenían varias habitaciones conectadas y una zona enrejada, abierta, en la que los gatos podían estar durante el día; era enorme.

Trey me miraba con una sonrisa en la cara, pareciendo bastante más hecho polvo que yo, y sonrió ante la escena. Luego sacó el móvil del bolsillo e hizo una foto; yo sonreí a la cámara antes de que se acercara.

—Entonces, ¿cuál de ellos ya quieres adoptar? —preguntó, curioso.

—A todos. No exagero. A Louis le gusta que le acaricien el hocico, es poco común. A Lizzy le gusta que le acaricien la barriga, curiosamente. Rick y Morty son hermanos, y sí, ese es su nombre, pero Rick es gruñón, solo le gusta tumbarse y dormir cerca de nosotros; y Morty es... —Moví el cuello y se fue al otro hombro, jugando.

Trey sonrió de lado.

—Ya son las seis, *gatita* —añadió la palabra que yo no conocía en otro idioma—. Nos hemos pasado una hora de nuestro turno.

Solté una risita, aunque hice una mueca por la palabra que no entendí.

—¿Qué significa eso que has dicho? Después de "seis".

—"Gatinha" en portugués —declaró, orgulloso.

—¿Es ese el apodo? —pregunté, girando la cara.

—Pega. —Señaló a los gatos—. Pareces uno de ellos. Estás llena de pelos igual.

Me reí bajito, quitándome los gatos de encima con cuidado, colocándolos donde yo estaba sentada. Nos despedimos del equipo y prometí que volvería el mes siguiente para el voluntariado del sábado. La señora le pidió a Trey que volviera también; él se reía, incómodo, por los halagos. Yo quería ser asidua, pero no tenía horarios para ello —me avisó Treyton, porque casi rellené el formulario aun así.

Tiró de mi mano en cuanto pasamos por la verja, entrelazando nuestros dedos y llevándome hacia su moto.

—Voy a dejarte en casa —informó.

Me dejé llevar hasta la moto, mirándolo, sonriendo de lado y acercándome. Sonreía de oreja a oreja cuando le pasé las manos por el cuello y lo besé, sintiéndolo profundizarlo mientras me apretaba la cintura. Tuvo que inclinarse un poco, pero funcionaba.

Me dejó en casa, con mucho esfuerzo, pero me dejó. La fiesta en su casa empezaba a las nueve, así que tenía dos horas para ducharme y arreglarme, porque Chloe pasaría en coche con algunas amigas para recogerme.

Le mandé fotos de los conjuntos, pero el que ganó fue el top negro con escote y la falda del mismo color. A Chloe también le gustó la combinación, y sería esa. Aunque no me gustaba tanto enseñar los hombros, me obligué a hacerlo. No tenía nada de malo, con las marcas y todo.

En vez de esconder las pecas tenues de mi cara, no me puse nada en la piel, solo colorete. Me hice un delineado suave y admito que pensé demasiado en el color de pintalabios. Mandé más imágenes a Chloe, y me respondió que obviamente ya debía haber elegido el rojo.

Me hice una foto a mí misma, satisfecha con el resultado, cogí mi bolso y coloqué las cosas ahí, incluido el pintalabios. *Sin pensar demasiado* en lo que dijo. Sobre no dormir en casa.

Cuando llegamos a la fiesta, el jardín que yo recordaba estaba lleno de gente hablando, preparándose para entrar, y Patrick estaba en la entrada. Analizaba a cada uno que pasaba por las puertas, considerando quién era y de dónde venía (a un grupo de tíos les prohibieron entrar), y sonrió cuando subimos los escalones hacia la puerta. Las amigas de Chloe nos seguían y, aunque yo solo las había conocido en ese momento, parecían geniales.

—Las únicas Scadelton a las que voy a dejar entrar acaban de llegar —se rió Patrick al decirlo, abrazándonos y dándole un beso largo en la comisura de la boca a Chloe, que negó con la cabeza—. Divertíos, queridas. Solo que no demasiado, Aurora.

Puse los ojos en blanco, entrando detrás de Chloe, mientras él se quedaba atrás riéndose. Las otras amigas de Chloe también entraron con nosotras, pero eran de Northride, así que Patrick sabía quiénes eran.

¿Cómo tenía tantos amigos? Chloe parecía conocer siempre a alguien.

La casa ya estaba llena. Habían empujado los muebles a todas partes para abrir espacio para una pista de baile improvisada, mientras quien imaginé que era Brian hablaba con un tío detrás de un altavoz y discutían algo, trasteando con el móvil, quizá la lista de reproducción. Había algunos barriles de cerveza, pero Chloe tiró de mí de la mano hacia la cocina —que yo no había visto—, enseñándome una mesa llena de comida y bebidas más fuertes.

Había tartaletas.

Había. Tartaletas.

Y yo sospechaba quién las había puesto ahí, lo que me hizo sonreír a lo grande.



13
¿El hechizo se volvió contra el hechicero, señor jugador de hockey?

Aurora

Yo sonreía de oreja a oreja al coger una de las tartaletas, tan ricas como parecían; Chloe observó mi gesto antes de negar con la cabeza, cogiendo un trozo de pizza y mordiéndolo de inmediato.

Algunos tíos pasaron y me saludaron, asustándome porque no recordaba haberlos conocido, pero Chloe comentó que habían estado en la fiesta de los novatos y que me había hecho amiga de ellos.

—¿Cómo vamos? Uno de los jugadores del equipo de hockey se detuvo entre nosotras, con las manos en la espalda de las dos. Era el que se había reído la otra noche, en el restaurante, al lado de Trey.

—Bien, Nathan. Chloe le sonrió.

—Creo que no nos han presentado —me dijo—. Soy Nathan, el mejor defensor que Northride ha visto, etc., pero también el mejor amigo de Trey. Sonrió al presentarse, tendiéndome la mano.

—Aurora. Solo eso. Le estreché la mano, con amabilidad.

Él sonreía.

—Perfecto, Aurora. Por favor, si necesitáis algo, decídmelo. No me fío de Patrick.

—Cuenta con ello —confirmó Chloe con una risa, y él nos dejó, yéndose hacia otro grupo de gente.

Chloe nos preparó una mezcla de vodka con refresco y, después de comer algo, volvimos al salón. Había algunas parejas besándose por aquí y por allá; el jugador con gafas graduadas tenía con él a la misma chica del fin de semana anterior y yo empezaba a creer que eran novios. Además, también había varios deportistas por allí.

Había muchas mujeres guapas. Muchas, de verdad. De portada de revista: ese era el nivel.

Solo entonces me fijé en un rincón de la estancia. Trey me miraba fijamente, conversando con un tío que no conocía, los dos gesticulando, pero él estaba centrado en mí. Una chica estaba a su lado, intentando meterse en la conversación también, pero él no parecía prestar mucha atención.

¿Sabes qué? A escondidas podía ser excitante, pero no era ningún crimen liarme con Trey.

Me frené en cuanto di el primer paso, desistiendo antes de seguir adelante. No quería empezar una pelea entre ellos. Sabía que eso sería lo que pasaría.

Chloe pareció notar mi dilema, porque sonrió y me arrastró a la pista de baile.

Nos quedamos allí durante unas cuantas canciones; después, cogimos más bebida. Bailamos con algunas de sus amigas y ahuyenté a algunos tíos hasta notar que, después de unas cuantas negativas, ninguno volvió a entrarme. Vi a Trey sentado en un taburete del bar, bebiendo una cerveza. Mantenía la mirada en mí, y le sonreí.

Esa era la parte cruel de no poder simplemente ir hasta él. Si quería evitar otra pelea entre ellos, no podía simplemente ir allí y darle el beso que quería darle.

Empecé a jugar al *beer pong.* Chloe y yo contra dos tíos de su equipo de fútbol americano. Se me daba de verdad, y ellos no se lo esperaban. Cada vez que tenían que beber, oía una carcajada en un rincón de la estancia —de Trey—, divirtiéndose a lo bestia con sus amigos jodiéndose por mi culpa.

Pero yo también tuve que beber alguna. Chloe era terrible y tenía que beber mucho; a veces bebía por ella.

Me asusté cuando una mano apareció en la parte baja de mi cintura, y giré la cabeza para encontrarme con Treyton, sorprendida. Chloe tosió a nuestro lado, sin disimular.

—Ya has bebido demasiado, *gatita*.

—*He can never lie without me, I'm so real*[8]... Volví la vista hacia mi amiga, que cantaba la canción que sonaba por los altavoces. —*If he got it like that, like thaaaaat*... ¡Eh, Nathan! —protestó Chloe

cuando el jugador la apartó de la mesa con suavidad; ella estaba mucho peor que yo.

—Nos encargamos a partir de aquí, Chloe.

—¡Pero me encanta esta canción! Es de mi *bestie*.

Solté una risita por eso, porque su nombre y el de la cantante eran iguales, de verdad.

—Sí, Alderwood, pero vosotras dos ya vais mal —dijo Trey, alejándome de la mesa mientras los tíos del fútbol se reían y negaban con la cabeza ante aquello, mientras uno se apoyaba en la mesa. Había vodka puro en los vasos; por eso estábamos tan mal.

—¡Vale, vale! —confirmó Chloe. Llevaba el pelo rubio en un peinado bonito, completamente liso, pero con un moño recogiendo los mechones de arriba, dejando más a la vista los mechones teñidos de lila.

—Me estás destrozando, Montclair —me susurró al oído mientras se alejaba.

Trey me guiñó un ojo, quitándome la bolita de la mano y preparando su jugada mientras nos alejábamos de la mesa en la que se jugaba. Chloe puso los ojos en blanco mirándolos, pero se tambaleó.

Él parecía estar bien. Nada afectado.

Fuimos a la cocina, y me quedé un poco con ella allí. Las dos bebimos un poco de agua y, claro, comimos un poco más. No quería volver a tener la resaca que había tenido el fin de semana anterior, de ninguna manera. Aún podía sentir cómo me martilleaba la cabeza, aunque supiera que eso era imposible.

Una de sus amigas se acercó a nosotras con cara de puchero.

—Creo que me voy a casa, pero tengo el coche. ¿Queréis que os lleve?

Negué con la cabeza, hasta que vi a Chloe pensativa.

—¿Quieres irte? —pregunté con curiosidad. Hizo una mueca.

—No quiero lidiar con Patrick y, si me quedo, voy a tener que hacerlo. Ah. ¿Pero no era algo de una sola noche? ¿O es que insinuó que quería repetir? ¿O algo serio? Chloe no me había contado nada, y en ese momento era un tema que la estaba molestando, lo que hizo que me saltara una alarma en la cabeza.

La amiga hizo una mueca, como quien sabía cosas, y asintió.

—Voy a buscar a las otras. Si quieres, solo espera al lado del coche; en unos diez minutos salgo.

—Vale —declaró mi amiga—. No hace falta que te vayas, Aurora. Las otras se van a quedar y Trey, obviamente, te está echando el ojo.

Puse los ojos en blanco.

—Pero... ¿y por qué Patrick es un problema? Fruncí el ceño.

—¡Aprovecha! —declaró, seria—. Ya estoy mejor; probablemente Caroline aún vaya a un barecito. Me gusta el after con ella. No te preocupes por mí. Y Patrick no es un problema: solo no quiero lidiar con él ni *follármelo*.

Suspiré, insegura. Sabía que no teníamos que estar pegadas, pero Chloe era mi puntito de seguridad para las novedades que me obligaba a vivir. Era la persona a la que sabía que podía pedirle ayuda si algo salía mal, ¿y si yo hacía algo mal? ¿Y si bebía demasiado? ¿Y si le daba una patada en los huevos a un tío que me entrara y apareciera la policía y...?

Ella sonrió, negando con la cabeza.

—En serio, diviértete. Si alguno de esos tocapelotas pregunta dónde estabas, di que dormiste conmigo en casa de Carol. Está cerca del campus de Northride, te confirmo la dirección por mensaje y así tienes tu coartada.

Puse los ojos en blanco, pero ella sonreía, guiñándome un ojo.

—¡Diviértete! La Aurora confiada se me había desinflado.

Y con una palmadita en mi hombro, cogió una botella de vodka, se la puso bajo el brazo y salió por las puertas traseras de la cocina, sorprendiéndome con el robo evidente y descarado.

Oí una risa, sorprendiéndome al ver a Nathan allí, separándose del marco de la puerta de la cocina —que daba al salón— y descruzando los brazos.

—Chloe es buena gente. Dice que el vodka que nos roba es el precio de ser la mujer más guapa del ambiente en nuestras fiestas —me explicó, riendo al coger un trozo de pizza—. Hemos ganado; Trey te estaba buscando —añadió, tranquilo.

Asentí, haciendo un puchero, al notar sus ojos clavados en mí.

—No te pareces en nada a tus hermanos, ¿lo sabías? Tú me caes bien.

—Espero no parecerme a ellos, la verdad —alegué—. Sé que pueden ser difíciles de tratar, pero...

—Siguen siendo tus hermanos, lo respeto —asintió—. Solo cuídate, por favor, Aurora. Creo que subestimas lo hijos de puta que pueden llegar a ser.

Lo observé con curiosidad, intentando entender qué quería decir.

—Solo lo digo. Tengo esa sensación con ellos —esquivó el tema—. No me gustan esos tíos, pero tú me caes bien. Eso es lo que importa.

Asentí, cambiando el peso del cuerpo a la otra pierna.

—Vale, gracias, supongo. Estaba dividida entre sentirme cómoda con él o sentirme herida por haber dicho eso de mis hermanos. Una cosa era que yo hablase mal de ellos; otra cosa era esa fama problemática que hacía que todo el mundo fuera de Scadelton los odiara.

En la universidad, sabía cómo funcionaban las cosas. Varias chicas me sacaban conversación solo para intentar acercarse a mis hermanos. Yo simplemente les pasaba los contactos sin más y me quitaba eso de encima; no necesitaba amistades interesadas, pero también sabía lo que decían las publicaciones y los cotilleos en el campus. Mis hermanos eran los reyes de Scadelton, pero fuera de allí —en especial en Northride—, eran más bien tiranos.

Esa noche, no era una preocupación mía.

Fui al baño después de eso, porque de verdad lo necesitaba después de beber tanto, pero el del primer piso estaba ocupado —y con cola. Volví por el pasillo, subiendo las escaleras, que en este caso ya conocía, y fui al baño del segundo piso. No iba a entrar en la habitación de Trey y, por suerte, el de ese piso estaba libre.

Cuando salí, Trey estaba justo al lado de la puerta, sonriéndome de lado.

—Te encontré. Guiñó un ojo. —No tienes ni idea de cuántas veces he querido besarte hoy. Debería ser delito ser así de guapa.

Sonreí ante eso, sintiendo cómo me pasaba las manos por la cintura mientras me apoyaba contra la pared. Tenía unas frases

ridículas, pero la que era pésima ligando era yo.

—Puedes besarme ahora —comenté, clavándole la mirada a sus ojos azules.

—Lo sé —asintió, observando mi cara—. Pero voy a destrozarte el pintalabios.

Me puse de puntillas y yo misma lo besé, sintiendo su sonrisa al atraparme contra la pared, besándome con ganas mientras su mano subía por mi pierna, enroscándomela en su cintura antes de tirar de la otra y pegarme a él.

Cerré mis piernas alrededor de su cintura, presa entre él y la pared, sus labios contra los míos mientras sentía que mi cuerpo empezaba a calentarse y sus dientes tiraban de mi labio con suavidad.

—Dios mío, Aurora. Separó nuestras caras al hablar, con sus ojos en los míos mientras deslizaba el dedo por la comisura de mi boca, limpiando algo de ahí. —Ya me habían avisado de que iba a caer en mi propia trampa.

Solté una risa.

—¿Cómo es eso, Trey?

Me dio un beso lento, y yo lo sentí entero contra mí, apretándome contra su cuerpo mientras intentaba aferrarme a sus brazos, casi sin aliento.

—Estoy seguro de que esto es algo más de lo que planeaba —susurró entre nuestros labios. Era difícil de oír con la música alta y el movimiento de ahí abajo, pero lo oí. —Me estás destrozando y te estás convirtiendo en un problema.

Hice un puchero, buscando sus labios por ello, pero sonreía*. ¿Qué significa eso?*

—Apenas nos conocemos. Apenas nos hemos besado. Ni siquiera has hecho bien todo lo que prometiste. No hay por qué preocuparse. No había forma de que él se estuviera encariñando con algo que apenas había empezado. No cuando él hacía eso con la mitad del campus.

Él rió contra mi rostro, apoyando la cabeza en la curva de mi cuello justo después, dándome un beso ahí que me puso la piel de gallina.

Joder, pero parecía encariñado. Mi corazón latió más rápido.

—Y aun así solo he pensado en ti. Oí el comentario. —Y eso, *gatita*, es lo que me preocupa. Levantó la cara al seguir hablando, colocándome el pelo detrás de las orejas, a ambos lados. Sus ojos brillaban, y él sonreía, medio pícaro, medio divertido. —No debería ser así. No debería estar gustándome tanto pasar tiempo contigo. Estar contigo. De ti.

Sonreí de lado, maliciosa.

—¿El hechizo se volvió contra el hechicero, señor jugador de hockey?

Él rió alto, apretándome la cintura con fuerza. Aquello envió una punzada directa a mi vientre, contrayéndome el cuerpo.

—¿Eres alguna bruja? —bromeó.

Negué.

—No, pero las brujas andan con gatos —alegué, intentando ligar. Echó la cabeza hacia atrás y rió.

—Eres malísima en esto, Aurora. Voy a tener que enseñarte algunas cosas.

—Lo sé. Saqué la lengua. —Pero a ti, al parecer, te gusta.

Su mirada cambió, confirmándolo con la vista puesta en mi boca.

—Mucho. Me gusta todo lo que he visto. Por dentro y por fuera.

Mi cuerpo volvió a chocar contra la pared, esta vez con mucha más fuerza.



14
¿Qué era aquello?
Aurora

En cuestión de segundos, estaba dentro de su cuarto, apretada contra la pared y contra su cuerpo, sintiendo cómo sus labios mordían los míos. El armario estaba justo a mi lado y tuve que apoyarme en él por la fuerza con la que Trey me chupó el cuello, haciéndome jadear.

Su cuerpo entero estaba contra el mío; su boca hizo que una presión intensa me bajara hasta la punta de los pies, y cada centímetro de su piel contra la mía hacía que se me erizara todo.

Hundí los dedos en su pelo, enredándolos allí y guiando sus labios hacia los míos, confirmando que sí, que era suave, y los mechones rizados solo lo hacían aún más delicioso. Treyton me apretó el culo por encima de la falda, pegando mi cuerpo al suyo mientras yo me estremecía, sintiendo el bulto.

En un instante, estaba encima de mí en su cama, apretándome las manos a ambos lados de la cabeza mientras me besaba con ganas, arrancándome un gemido en cuanto me succionó los labios.

Apartó nuestras caras, mirándome mientras yo le estudiaba el rostro.

—Estás todo rojo —solté una risa.

Él se rió.

—Tú también. El pintalabios se le había corrido por la boca, igual que, al parecer, se me había corrido a mí, lo que debía de hacer la escena hilarante.

Me giré, en el mayor gesto de valentía de mi vida, sentándome sobre su cintura y bajando el rostro para volver a besarlo, sintiendo su sonrisa mientras enredaba los dedos en mi pelo.

Estaba a punto de bajar la cremallera de la blusa cuando sentí las manos de Trey en el mismo sitio que las mías y rompió el beso, mirándome y negando con la cabeza.

Se me paró el corazón. Iba a rechazarme.

—Por mucho que tenga muchísimas ganas de hacer lo que he estado soñando despierto con hacer, hoy no, Aurora.

Fruncí el ceño, confusa. *Pero estás literalmente duro debajo de mí.*

—Pero...

Pero dijiste que era lo que querías.

—No tiene nada que ver contigo —declaró de inmediato, notándolo perfectamente por mi expresión, porque me fui directa a eso.

Se incorporó y, en vez de dejarme salir de encima de él, tiró de mis piernas y me las enroscó a la cintura.

—Te lo garantizo —prometió—. Quiero muchísimo, joder, hacerte gemir mi nombre. —Se me calentó el cuello con esas palabras y le vi asomar la sonrisa—. Pero voy a hacer eso cuando no tengas nada de alcohol en la sangre. Y cuando te sientas completamente cómoda conmigo. Podemos tener muchas otras citas antes.

—Pero tú mismo dijiste que...

—Que no tengo espacio para una relación —confirmó—. Hablaba en serio hace un momento. Hay algo pasándome, aquí dentro. —Trey me llevó la mano al pecho. Su corazón latía como un caballo de carreras, lo que me asustó, y algo en mi cara lo hizo soltar una risa floja—. Y sería un mierda si hiciera lo que quiero ahora. Solo... confía en mí.

Fruncí el ceño, todavía más confusa. Parecía que estaba hablando de varias cosas y eso me dejó todavía más incómoda.

—¿De qué coño estás hablando? —repliqué, sonando mucho más como mis hermanos de lo que me habría gustado.

—De que sería solo otro capullo que querría follarte y largarse a la mañana siguiente. Y no voy a hacerte eso. Tú...

Me aparté, pero me tiró de vuelta, apoyó las manos en mi cintura y apretó; la falda ya casi enseñaba *demasiado*.

—Tiene que ver contigo, *gatita*, pero no de una manera negativa, ¿entiendes? No es porque no quiera esto. Es porque no quiero cagarla.

Respiré hondo y solté el aire de golpe, clavando la mirada en unos ojos casi tan claros como los míos. Parecía inseguro. De una manera

extraña. Y, al mismo tiempo, parecía seguro de lo que me estaba diciendo.

Yo me sentía una mierda. Había decidido no pensar demasiado, pero ahí estaba él, *pensando demasiado* y negándose a seguir adelante.

—Parece una excusa.

Él se rió.

—Confía en mí... —se señaló la polla, que parecía apretada bajo los vaqueros que llevaba. Dura de verdad; lo había sentido—. No está nada feliz.

Eso me hizo reír.

—Trey, yo...

—Sé que quieres. Sé que no estarías aquí si no quisieras. Lo entendí —dijo, acomodándome el pelo—. No es un no. Solo necesito aclararme primero. No estoy acostumbrado a encariñarme.

—Treyton, por el amor de Dios, nos conocemos desde hace, como, dos semanas. No hay forma de que tú...

Trey sonreía de oreja a oreja.

—Yo me conozco desde hace veintiún años, Aurora. Confía en mí, soy consciente de algunas cosas. Me está gustando demasiado pasar el tiempo libre contigo.

Hice un puchero, insegura, pero él guiñó un ojo, acercó nuestros labios y me besó de nuevo, profundizando el beso y subiendo los dedos por mi nuca, y yo me estremecí.

—Es una cabronada que me beses así si no vas a follarme —refunfuñé al romper el beso.

Él se rió al oír eso.

—¿Por fin aprendiendo a ligar, *gatita*? —Puse los ojos en blanco, molesta—. ¿Qué te parece si vemos aquí esa película de la que hablaste la última vez? ¿Príncipe Cariano?

Me reí a carcajadas por cómo lo dijo. Era difícil no sonreír con Trey, aunque su negativa me hubiese herido de alguna manera. Parecía que había algo mal en aquello, incluso con su explicación.

—Caspian. Hay una película antes de la suya.

—Ah, un esquema piramidal, claro —declaró, encogiéndose de hombros—. Vamos a ver la primera hoy.

—Hay una fiesta reventando la música abajo, Trey —le advertí—. ¿No quieres volv...? Se me apagó la voz al ver su negativa con una sonrisa en la cara, sus manos a mi alrededor mientras me apretaba.

—Nada más perfecto que eso. Voy a robar una pizza para nosotros, algunas tartaletas para ti —no pude evitar sonreír, porque había sido cosa suya de verdad—, coger unos vasos de refresco, y tú puedes ducharte mientras tanto o simplemente aprovechar mi cama, lo que te deje más cómoda.

Fruncí el ceño.

—¿Estás seguro de que de verdad está todo bien?

Él asintió, besándome la frente al zafarse de mí y levantarse.

—Lo prometo. Hablaba en serio. Siéntete libre de robar una de mis camisas, si prefieres —advirtió, considerando lo incómoda que era aquella ropa. Para una fiesta, estaba bien. Para quedarme tumbada viendo una película, no era tan buena.

Suspiré, aceptando esa explicación *por ahora*. Treyton no iba a negar sexo por estar encariñándose. Parecía el tipo de tío que usaría eso como *excusa* para aprovechar todavía más. Y eso me molestaba. Había algo mal, sí.

Él era buena gente, pero al mismo tiempo su reputación no era ningún secreto para nadie, ni siquiera para mí, y eso me daba vueltas en la cabeza. Intentó al máximo evitar daños en la relación con la negativa, pero sería mucho más sencillo susurrarme que le gustaba en mitad del polvo, ¿no?

Aun así, cuando volvió, yo miraba su armario. Se rió al coger una camisa cualquiera para mí, entregándome una toalla limpia justo después.

—No tendrás desmaquillante, ¿verdad?

—No, pero creo que Liliana tiene —informó—. Puedo hablar con ella si quieres.

—¿Liliana?

—La novia de Thomas. Debes haberlos visto a los dos ahí abajo.

—¿El tío de las gafas?

—Ese mismo —confirmó, colocando la pizza en su mesita de noche, igual que el plato con varias tartaletas—. Él es nuestro

novato; ella venía en el paquete. Estudia veterinaria, le gustan las ONG de animales, igualita que tú.

Sonreí ante eso.

—No hace falta que lo pidas, me apaño. Solo que quizá parezca que me he despellejado la piel después.

Trey se rió, pero tiró de mi mano cuando me aparté.

—No quería dejarte incómoda con el no, Aurora.

Suspiré, poniendo un pucherito.

—¿Tienes la polla pequeña y te da vergüenza? Intenté romper el mal rollo, pero el estómago se me contrajo ante la posibilidad de que fuera verdad. Yo no sabía decir por qué aquello me estaba molestando tanto, pero parecía que había algo muy mal.

Él se rió alto de eso, negando con la cabeza.

—Definitivamente no es eso. Ve a ducharte.

Acepté, cediendo y yendo a ducharme. Tardé un poco en quitármelo todo con el jabón, pero lo conseguí después de frotar bastante y usar el papel higiénico. Su baño era relativamente parecido al mío, aunque, desde luego, era de hombre: solo tenía un champú y un jabón, y ya. Sin cuidado facial, sin esponja vegetal, sin acondicionador.

La mitad del tiempo me preguntaba qué estaba haciendo; en la otra, el estómago se me revolvía. ¿Qué estaba planeando Trey con todo aquello? Porque la dualidad de sus acciones estaba acabando conmigo.

Dejó implícito que se estaba encariñando, y hasta ahí, todo bien, pero estaba preocupado por eso, ¿no? Por eso se apartó. ¿No quería?

Aquello de verdad me estaba molestando, por más que intentara ignorarlo. No tenía nada de malo no tener sexo, pero era extraño que me lo negara cuando era el propósito de todo lo que él había hecho, ¿no?

Cuando volví al cuarto, él estaba en la cama con el portátil en el regazo, pareciendo buscar la película, pero se pellizcó el puente de la nariz al verme solo con su camisa, cerrando los ojos y negando con la cabeza.

—Qué pésima idea la que te he dado —refunfuñó, incómodo—. Estás todavía más buena con mi camisa.

Me reí flojo, tumbándome a su lado en la cama y señalando la primera película de *Las crónicas de Narnia*. Él me tiró hacia sí con fuerza, aspirando al ver asomarse mi braguita por debajo del dobladillo de la camisa, y me llevó a un beso largo.

Yo no conseguía sacarme de la cabeza la sensación que me retorcía el estómago: había algo mal. Había algo *muy* mal.

Aun así, me acurruqué con él en la cama y empezamos la película.

Parpadeaba cada vez más despacio, solo me había comido un trozo de la pizza y dos tartaletas; Trey se comió casi todas las otras —cinco—, y me besó la frente.

Susana y Lucía acababan de ver a Aslan revivir, pero la cabeza me pesaba.

Trey pareció creer que me había dormido, porque se acomodó para que yo pudiera estirarme mejor y estar todavía más cómoda, pero lo que me sorprendió fue lo que dijo:

—No quiero engañarte. Estoy haciendo algo de lo que ya me arrepentí —susurró tan bajo que yo sabía que él pensaba que yo estaba dormida—. No voy a destruir esto con este secreto. Te estoy ocultando algo y no... —pareció atragantarse a medias, y eso me destrozó tanto como lo que decía—. Mi propia trampa. Joder, Trey.

Intenté no reaccionar a eso, solo acurrucándome a él, pero tuve que hacer fuerza para no dejar que se me llenaran los ojos de lágrimas.

Había algo *muy* mal de verdad pasando. ¿Qué era? ¿Qué me estaba ocultando? ¿De qué se había arrepentido?

No quiero engañarte.

Ni siquiera sé cómo había conseguido mantener la respiración estable como si estuviera dormida. Lo dejó todo lo mejor que pudo, pausó la película y me abrazó con fuerza. Como si no quisiera soltarme.

Esto estaba mal. Dios mío. ¿Qué era aquello?

Las trampas se *tienden*, se montan. ¿Qué me había montado él?

¿Qué porquería era aquella?



Me desperté confusa, con más ruido de lo normal, acurrucada bajo una manta y sin Trey a mi lado.

—Nathan, ¿qué pasa, joder? —gruñó Trey desde la puerta de su cuarto; por eso no estaba conmigo en la cama. Nathan me miró rápidamente en la cama antes de mirar a Treyton.

Me froté la cara.

—Vosotros... —se aclaró la garganta—. Tus hermanos están ahí, Aurora.

Me senté en la cama de un solo movimiento, mirándolo con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —me salió en un susurro. Trey me miraba con preocupación, y Nathan asintió.

—Rápido, por favor. Será peor si consiguen subir —pidió, y vi a Trey asentir débilmente, como en puro shock.

¿Cómo ellos... Ni siquiera pude procesar la información.

Negué con la cabeza, confusa por cómo me había despertado y por todo lo de la noche anterior. Yo no tenía ni idea de lo que Trey estaba diciendo y, al mismo tiempo, me subía un sentimiento amargo al pecho. Me estaba engañando con algo.

Pero no tuvo escrúpulos en seguir adelante, ¿no? ¿Era eso?

Lo seguí justo detrás hacia las escaleras, bajando de dos en dos y aún descalza, solo para encontrarme con Thomas y Patrick teniendo que sujetar a Aaron, porque amenazaba con subir de golpe, soltando palabrotas e insultos a los compañeros de equipo de Trey. A Andrew lo sujetaba otro de los del equipo, cuyo nombre no conocía.

Aaron me miró y se *rió*.

—¿Qué *coño* te crees que estás haciendo, Aurora? —rugió. La novia de Thomas, Liliana, parecía preocupada, cerca y a la vez a una distancia segura. ¿Qué hora era? Ella parecía agotada. —Puta mierda —gruñó, en lo más alto de su rabia, intentando empujar a Patrick.

Ya era de día y ya no quedaba ningún invitado en la casa, pero era difícil decir la hora. La casa parecía un desastre.

Se me cayó el estómago a los pies. No conseguí encontrar mi voz.

—Tío, no es lo que tú... —empezó Trey.

—Cierra la puta boca.

—No voy a callarme una mierda, estás en *mi* casa —rugió Trey a su vez.

—Aurora, explícalo —declaró Andrew, frío, cortándolos a los dos —. Que sepas que de todos modos ya estás jodida.

—Solo vine a la fiesta y dormí aquí.

Era verdad.

—Si hubiera sabido que ibas a ser esta puta maría patines[9], te habría entregado a nuestro equipo —declaró Aaron, malicioso—. ¿Equipo rival, Aurora? ¿En serio? Y encima con el hijo de puta de Hartley, que te avisé de que no te acercaras. Qué clase de zorr...

—¡María patines es la puta polla de tu polla! —gruñí, asustando hasta a Patrick, que me miró en shock, todavía sujetando a Aaron—. Soy tu hermana, no tu hija y, aunque lo fuera, no tienes ningún derecho a venir hasta aquí a soltar mierda. ¿Y qué si dormí fuera?

—¿Y qué? ¿Que estuviste follando toda la noche, no? —escupió—. ¿Cómo vas a explicarle esto a nuestro padre?

—¡De la misma manera que a nuestro padre le importan tus polvos habituales! —escupí de vuelta—. Es muy fácil follar y largarse cuando no es tu hermana al otro lado, ¿verdad?

—Vete a la puta mierda, desgraciada. Te vas a casa *ahora*.

Intentó agarrarme del brazo, pero Trey lo empujó de vuelta hacia Patrick, colocándose entre Aaron y yo.

—No, ella no se va. ¿Qué coño te crees que estás haciendo?

—Eso no es asunto tuyo, mierdecilla —intervino Andrew otra vez —. Aurora, por el amor de Dios, vámonos a casa. No hace falta todo esto. Estás montando una escena.

¿¡Yo!? ¿¡YO ESTOY MONTANDO UNA ESCENA!? quise gritar, sintiendo una mano en mi brazo solo para darme cuenta de que era Trey impidiéndome avanzar.

—Entonces, ¿por qué vinisteis los dos hasta aquí? —pregunté, sintiendo que se me quebraba la voz—. ¿Para llamarme maría patines y qué más?

—De zorra también. Desagradecida —añadió Aaron.

Nathan tuvo que sujetar a *Treyton*, porque Treyton, a mi lado, intentó avanzar hacia mi hermano, pero lo empujaron hacia atrás.

—¿Cómo tú... ¡hijo de puta! —rugió Trey—. ¿Zorra, joder? ¡ES TU PUTA HERMANA!

—¡A LA QUE TE ESTÁS FOLLANDO! Aaron tuvo que ser sujetado por Patrick y Thomas también.

—¡Y NO ES ASUNTO TUYO! —rugió Trey—. ¡Es ella quien elige con quién se lía, joder!

—Apuesto a que sí que eligió —dijo Andrew, frío, clavando en Treyton una mirada de águila—. Aaron, espérame en el coche.

Mi hermano del medio se rió, negando y mirando a Trey con ojos fulminantes.

El tono había cambiado. Claro que yo había elegido liarme con Trey. Por el amor de Dios, todo había sido consentido y yo quería...

Andrew se acercó, bajo la mirada atenta de Nathan, y se paró delante de mí.

—¿Estás segura de que Treyton te ha estado contando todo, Aurora? —preguntó, con un tono gélido y mezquino—. Él y yo sabemos que no. ¿Tú también lo sabes?

Apenas había bebido la noche anterior, pero sentí como si el estómago se me hubiera caído al suelo.

Volví la mirada a Treyton. No quería mirar a Andrew y caer en su manipulación, pero habló con tanta seguridad que era difícil ignorarlo.

—Es sobre lo que te dije anoche —dijo Trey, con la voz templada —. Te está manipulando otra vez.

Asentí.

—Andrew lo está, sí —Nathan me miraba, preocupado, y seguía sujetando a Trey por los brazos—. Pero tú tampoco fuiste honesto.

La expresión de Treyton se quebró. La cara confiada se le cayó al darse cuenta de que yo sí había entendido que estaba haciendo algo que *no debía*. Algo de lo que se arrepintió. La trampa que él mismo montó.

Andrew le sonreía a Trey, feliz por haber ganado esa, y me agarró la muñeca, pero me solté de él.

—No voy con vosotros. Me quedo.

Pude oír a Trey soltar el aire en alivio, pero las cosas tampoco estaban así de bien para él.

—Te voy a matar —le dijo Aaron a Treyton, frío—. Anota lo que te estoy diciendo.

Nathan me asustó al dar un empujón a Trey, que intentó avanzar, señalándole la cara a su amigo con el dedo.

—¿Vas a hacerle esto de verdad, Hartley? —gruñó Nathan en la cara de su amigo, pecho con pecho—. Sabes que ella no se merece nada de esta mierda que tú mismo provocaste.

Trey tragó saliva y lo vi retroceder justo ahí, apartando la mirada y mirando a la nada.

La mayoría del salón parecía tan confundida como yo, pero mis hermanos, Treyton y Nathan, no.

Andrew me miró, serio.

—Todo porque decidiste hacerte la independiente, Aurora —declaró antes de tirar de Aaron, arrastrándolo hacia fuera. Aaron me lanzó una mirada gélida antes de cruzar la puerta, dejando claro que aquello no había terminado entre nosotros.

La puerta se cerró de un portazo y un silencio sepulcral se apoderó del salón.

—Vaya, qué gilipollas —Liliana rompió el silencio, mirando la puerta—. Pareces hasta buena gente al lado de ellos, Patrick.

Eso me hizo soltar una risa, mirándola. Me salió un poco nerviosa, pero me alivió el pecho.

—Gracias.

Ella me guiñó un ojo, satisfecha por conseguir lo que quería. Patrick parecía en shock, y otros de los tíos también.

—De nada, Aurora. Volvió la mirada hacia Trey, analizándolo con frialdad antes de salir con su novio, rumbo a la cocina.

Miré al mismo hombre que ella, alzando las cejas, incrédula, antes de subir las escaleras. Yo sabía cómo debía de parecer, vestida con su ropa, el pelo rizado y desordenado, habiendo dormido fuera.

Treyton me siguió, pero se quedó en silencio mientras yo cogía mis cosas e iba al baño. Me cambié de ropa, salí de allí y lo miré de frente.

—Te pesó la conciencia anoche, ¿no? —dije, fría.

Él apretó los labios.

—No es exactamente lo que...

Señalé el cuarto.

—Estoy esperando tu explicación. Estoy dispuesta a darte el beneficio de la duda porque conozco a mi familia y sé que Andrew puede ser tan destructivo como Aaron.

Silencio.

Asentí, en shock por eso.

—Gracias por darme una lección sobre la universidad. Especialmente sobre tíos con palabras bonitas y gestos románticos —declaré al ir hacia la puerta, sin valor para mirarle la cara, cerrándola de un portazo.

Bajé las escaleras y solo me topé con uno de los tíos cuyo nombre no sabía, que me lanzó una mirada casi de *pena* al verme cruzar la puerta.

Para no volver nunca más. Yo no pensaba volver a mirarle la cara a Treyton nunca más. Si pudiera, tampoco volvería a mirar la de mis hermanos.

La sensación era terrible. ¿Por eso Trey no se opuso a esconder aquello? ¿Porque sabía que mis hermanos descubrirían que sus intenciones no eran buenas?

Su conciencia podía haberle pesado, pero lo hizo aun así, fuera lo que fuese. ¿Qué ganaba acercándose a mí? ¿Era algo tan serio que era mejor quedarse callado que admitir que fue un hijo de puta por algo tonto?

Si era solo follarme para ir por ahí diciendo que se había acostado con la Montclair, ¿por qué no lo hizo? No es que despertarme con su ropa y aparecer en el salón de su casa, lleno de jugadores de

hockey, no fuera suficiente para ir por ahí diciendo que lo había conseguido.

Aaron mismo creía que sí.

Llamé a Chloe. Ni de coña iba a casa ese día.



Mi amiga estaba decepcionada con Treyton. Dijo la verdad sobre cómo era él y que no se encariñaba, pero confirmó que Trey nunca había hecho ese tipo de cosas.

Expliqué que el problema no era lo que hicieron mis hermanos, ni eso era lo que me molestaba de Treyton —la provocación obvia y destructiva de Andrew para ver si yo mordía el anzuelo y creaba un conflicto entre Trey y yo—, sino sus explicaciones de la noche anterior, y tuvo que asentir. *No quiero engañarte*. Eso fue lo que dijo, ¿no?

Pero ya lo había conseguido. Si hasta mis hermanos sabían por qué se me acercó, y *Nathan* dijo lo que dijo, el mejor amigo de Trey también lo sabía todo. Era una historia que todo el mundo sabía, menos yo, porque ya me habían engañado.

Mis hermanos eran dos hijos de puta que no quería ver ni pintados de oro, y Chloe consiguió mantenerme escondida en su cuarto de la residencia, con la ayuda de su compañera de cuarto, esa noche.

Eso era lo que decían sobre lo terrible que era sufrir por algo que ni siquiera había empezado, ¿no? Porque sufres por lo que podría haber sido y por haber terminado. Por la posibilidad y por el final.

Ni siquiera habíamos empezado. Apenas tenía historia para encariñarme. Al menos no dolía tanto.

Pero dolía, sí. Claro que estaba dolida. Yo fui sincera con él desde el principio. Estaba feliz de que Trey hubiese sido él mismo y sincero conmigo también —al menos mientras yo creía que estaba siendo sincero. Treyton nunca dijo que quería algo serio solo para llevarme a la cama o algo así, pero estaba mintiendo sobre mucho del resto, ¿no?

Su discurso era tan bonito que debería haber considerado que había algo mal. Ningún tío se acercaba tanto cuando no lo necesitaba. Cuando no tenía un interés. Mis hermanos eran la prueba viva de todo eso.

No mandó ningún mensaje en todo el domingo. No dio explicaciones. No hizo nada. Intenté evitar buscar nada al respecto, pero acabé abriendo su perfil desde el de Chloe, y Trey estaba en la pista, entrenando horas extra con algunos amigos.

Como si no hubiera pasado nada.

Y eso me dejó todavía más dolida. ¿Por qué, para mí, él lo había puesto todo patas arriba? Yo tendría que lidiar con mis hermanos y sabía que también tendría que enfrentarme a mis padres. Por eso no había hecho nada público con él. Porque sabía que estaba feliz y divirtiéndome, pero todo tenía consecuencias cuando se trataba de los Montclair.

Sin embargo, necesité pasar por casa para coger mis cosas a la mañana siguiente. No podía quedarme escondida en el cuarto de Chloe para siempre.

Había hasta una puta noticia sobre que mis hermanos habían pisado el territorio de Northride, ¡joder! Estaba en los perfiles de Scadelton, en todas partes, y también el motivo de que estuvieran allí: yo. No había ninguna mención de que Trey y yo tuviéramos algo, gracias a Dios, pero el motivo era que yo amanecí en la república del equipo de hockey de Northride. Quedaba medio implícito.

Me extrañó al entrar en mi apartamento, porque mis hermanos ya se habían ido. Pensaba que iban a esperar hasta el último minuto, porque sabían que no me gustaba llegar tarde, aunque no tuviera ni las más mínimas ganas de pisar Scadelton ese día. O semana, mes, año...

Todo volvió a ser una mierda, porque parecía que había retrocedido al mismo estado de cuando había llegado a Boston: la hermana de ellos. La hija de mis padres. No Aurora. Retraída, escondida en el caparazón, dolida porque nada de lo que hacía conseguía cambiar mi situación, no de forma eficaz.

Punto cero.

Se me cayó el mundo encima cuando abrí la puerta y me lo *encontré* de frente.

Yo iba en serio con Chloe. Y conmigo misma. Yo solo estaba haciendo todo aquello y teniendo el valor de ser yo misma porque él no estaba cerca.

—Hola, querida —dijo Arthur Montclair, mi padre, la estrella del hockey en persona y con algunos dientes arreglados, sonriéndome después de una mirada minuciosa a la ropa de Chloe que yo llevaba, con la mía usada en una bolsa al hombro—. He venido a hablar contigo. Hacía tiempo. ¿Por qué no te sientas aquí?

Y dio unas palmadas en el sofá justo a su lado.

Sabía que podía ver el miedo en mis ojos, porque la sonrisa se le ensanchó. Sabía lo de Trey. Lo sabía todo, conociendo esa mirada.

Mis hermanos habían aprendido a ser así del mejor.



15
¿Me das esa oportunidad de explicarme?

Aurora

Estuve hasta principios de octubre sin saber nada de Trey.

Desapareció por completo y, de algún modo, lo prefería así. Aunque me atormentaba no saber sus motivos, sentía que volver a acercarme a él sería mucho peor.

Lo sabía.

Las clases eran un coñazo. Odiaba cada segundo que pasaba sentada. Me había escapado algunas veces para ir a la clínica veterinaria de Scadelton, pero mis hermanos se enteraron y, aunque seguían ignorándome, dejaban claro que la estaba cagando.

Yo solo quería estar con los animalitos. Me gustaba lo mucho que me calmaban. No podía tener a Trey, mi padre había amenazado abiertamente a Chloe —después de todo lo que me hizo a mí—, y yo no conseguía reunir valor para hablar con mi abuela.

—No he criado a ninguna hija para ser una puta.

Me estremecí solo de recordarlo.

Pero, aun con todo eso, echaba de menos a Trey. Los mensajes que intercambiábamos, con las provocaciones y el coqueteo. La sonrisa antes de besarme. Sus mensajes mandándome eventos sobre animales en la zona.

Apenas nos conocíamos ni habíamos pasado tanto tiempo juntos. Una semana no era nada, y ni siquiera estábamos en ningún tipo de relación de verdad en ese periodo. No debería hacerme tanta falta.

Pero me hacía falta, y esa era otra cosa que me incomodaba. La manera en que me miró al quedarse callado...

No hizo nada. Eso era tan frustrante como el distanciamiento en la cama. Quizá incluso más.

No sé cómo Liliana consiguió mi número, pero empezamos a hablar bastante. No me contó nada sobre Trey, pero no paraba de mandarme fotos suyas con los animales, por su carrera. Explicó que aún no tenía clases prácticas, estaba en la primera fase, pero era

voluntaria en el centro veterinario de Northride, como cuidadora de animales en recuperación.

Me daban ganas de llorar cada vez que volvía a casa. Me moría de miedo de encontrarme a mi padre allí. Las manchas de mi piel solo habían empezado a desaparecer ahora, y Chloe se había horrorizado al entender por qué yo le tenía tanto miedo.

—Si alguien oye un pío, será peor, Aurora.

Mi padre era agresivo en todos los sentidos. Ni más ni menos. Fue Aaron quien me entregó a él, y yo no hablaba con mis hermanos, pero sabía que estaban vigilándome. Sabía que, si me veían con Trey, recibiría otra visita. Mi padre lo dejó explícitamente claro.

Chloe tenía la sangre en los ojos con mi familia en ese momento, pero por fin había entendido por qué era tan complicado desvincularme de todo lo que los rodeaba. No podía simplemente desaparecer del mapa y, pese a todo, todavía me gustaban ciertas cosas. Pero ella me ayudó a hacer fotos de todos los moratones que mi padre me había causado; dijo que, aunque nunca las usara, las tendría como pruebas, por si fuera necesario.

Entendía su rabia. La sentí durante mucho tiempo; era una sensación terrible de impotencia.

Por eso me había gustado tanto salir con ella, con Trey, ir a fiestas, ir al refugio. Porque estaba haciendo las cosas por *mí* misma, decidiendo por mí, viviendo por mí, sin que me impidieran nada de eso, teniendo fuerzas para imponerlo como mi vida. La vida que yo quería.

Y entonces me lo arrancaron. El sabor de tener un poco de aquello y después no tener nada era amargo.

Ojalá no supiera lo que se siente al ser libre.

El caos de los primeros trabajos me estaba resultando difícil. No conseguía concentrarme en estudiar, me iba mal en la mayoría de las asignaturas y no tenía motivación suficiente para esforzarme, pero sabía que lo necesitaba. Tenía miedo de una nueva visita. De los dos, no solo de mi padre.

El primer partido de Northride era aquel jueves. El de mis hermanos sería el viernes. La universidad era una mierda, aunque yo siempre estuviera rodeada de "amigos". Me descubría evitando las

llamadas de mi abuela, porque no quería que supiera quién era su hijo.

Debía de ser triste darse cuenta de que quien criaste era ese tipo de persona. Yo siempre evitaba hablar con ella después de que mi padre se volviera loco, porque sabía que ella lo notaría.

Mi madre solo mandó un mensaje de texto: "Estoy profundamente decepcionada".

Solo.

Y yo no hice nada mal. Chloe tuvo que hablar conmigo varias veces sobre eso. Estuve dándole vueltas, intentando culparme de toda la situación, y ella tuvo que repetírmelo varias veces por el mismo motivo.

No era culpa mía que las intenciones de Trey fueran incorrectas. No era culpa mía haberme involucrado con alguien en la universidad —independientemente de quién fuera esa persona—, ni haber dormido con él, aunque *solo* hubiéramos dormido.

Yo no conseguía entender por qué Trey había hecho aquello. ¿Qué había de tan malo en lo que él había hecho para acercarse a mí, hasta el punto de que mis hermanos *supieran* cuál era la verdadera motivación?

Nathan lo sabía. Nadie más.

¿Mis padres lo sabían? Yo no estaba segura; no conseguía pensar en nada que convirtiera mi relación con Trey en un problema. El problema era mi relación con cualquier tío.

El martes fui al bar donde tuvimos la cita. Lo echaba de menos. Fue tan corto, pero... Era raro cómo parecía lo correcto. Eso me destrozaba, porque todo estaba mal: no debería parecer tan correcto.

Por Dios, ¡apenas fue una semana de besos y no teníamos nada serio! Sin contar con que yo sabía poco sobre él. Sabía que venía de una familia que lo apoyaba, pero no sabía mucho de su padre aparte de que fue jugador de hockey en la universidad. Sabía de su hermana fallecida. De su madre pastelera.

Pero ¿quién era Trey? ¿Estudiaba mucho? ¿Dormía demasiado los días después de los partidos? ¿Le gustaba pasar mucho tiempo en el gimnasio? Ni siquiera sabía qué estudiaba. Por qué eligió la carrera.

Cómo conoció a Nathan. Si tenía otros amigos cercanos, yo qué sé, amigos de la infancia. Si le gustaba el rojo y el azul de Northride o si solo presumía de los colores porque eran los de su equipo. Si de verdad quería ser capitán o si lo habían votado.

Apenas nos conocíamos. Y, aun así, ya dolía de esa manera.

Menos mal que terminó rápido.

No iba a matarme, de todas formas. Era solo una espinita en el corazón. Si hubiéramos durado más que aquella semana, si se hubiera puesto serio de verdad, si yo le hubiera entregado todo, sería mucho peor.

—No necesariamente, amiga. Te gustó bastante, de verdad. Quizá... hubo una conexión ahí. Lo que, por cierto, me deja aún más irritada con la situación. Treyton no te merece. Qué ganas de partirle la cara, en serio. Qué gilipollas. Ojalá le den de lo lindo en la pista el jueves.

Y nadie hablaba de eso tampoco. Parecía que nadie sabía que Trey me había tomado por idiota, que mis hermanos me habían humillado y que mi padre me había pegado. Entonces, mi imagen estaba bien.

Que se joda cómo parecía. Toda la situación era frustrante. Era como si todo el mundo supiera la verdad menos yo. Chloe también parecía molesta con eso, porque obviamente había algo que no cuadraba en toda la historia. Todo enredado, mentiras contadas, manipulación...

El olor del bar me golpeó como un puñal. Me recordó a Trey. Muchas cosas me recordaban a él.

Sabía que estaba más herida por haber sido engañada que por lo que tuvimos de verdad. Fue tan pasajero que a mucha gente ni le dolería. Solo que era mi primera implicación así de profunda. Con las conversaciones. Las bromas. La *sinceridad*.

Qué sabor amargo del carajo.

Pedí solo patatas fritas; no había tenido hambre en las últimas semanas; comí y seguí mi camino. Tendría que buscar la manera de trabajar el fin de semana de apoyo del refugio de animales sin que mis hermanos se enteraran. No sabía si podría ir, pero... Era...

Me daban ganas de llorar solo de pensar en que me quitaran una cosa más, una cosita que me gustaba.

Tuve que usar mi ropa vieja por culpa de los golpes y seguí poniéndome pantalones de sastrería porque mi muslo derecho todavía tenía una marca profunda; tuve que salir menos con Chloe porque recibía varios mensajes de mi padre preguntando por su carrera cada vez que yo salía, como si supiera que estaba con ella, y también había evitado ir a fiestas.

Chloe estaba claramente preocupada, pero entendía por qué reculé. Yo no quería hacerme más daño, ni siquiera físicamente. Y si alguien decía que la espina en el corazón dolía más que una hostia de tu propio padre, puedo garantizar que es mentira. La hostia duele mucho, muchísimo más.

Mi padre se transformaba con la rabia. Dejaba de ser el tipo risueño y bromista que educó a sus hijos con explicaciones profundas para convertirse en aquella... persona. Una bestia enfurecida. Así lo llamaban en la pista.

También era así en casa.

Lo que me ayudaba era que había empezado a hablar con una psicóloga. Aún estábamos en la fase inicial de que ella conociera más sobre mi vida, pero ya me estaba ayudando bastante. Las consultas eran *online*, así que me venía bien en ese sentido; mis hermanos no tenían forma de saberlo.

Fruncí el ceño al oír el gañido de dolor de un perro, mirando alrededor en el aparcamiento oscuro y prácticamente vacío, que parecía estarlo siempre.

Encontré el sonido rápidamente, viendo a un grupo de cuatro tíos riéndose alrededor de un bulto de pelo en el suelo que se retorcía. Uno de ellos le dio un toque al animalito con el pie, que intentó apartarse, pero estaba demasiado herido.

Solo me di cuenta de que corrí hacia ellos cuando ya estaba en medio del grupo.

—El perro viene conmigo —declaré con un gañido desesperado, metiéndome entre ellos.

Se rieron, burlones. Mi corazón latía rápido en el pecho, observando la sangre en el pelaje beige claro del perro. No parecía

de raza, pero tenía tanta sangre que era difícil decirlo con certeza. *¿Qué estoy haciendo?*

—Entonces vale, bonitita —canturreó uno de los tíos—. Llévate al pulguiento contigo.

—Si quieres cuidar de otro perrito, estoy aquí —provocó otro, acercándose mientras yo ponía los ojos en blanco e intentaba acercarme al perro, preocupada.

El tío casi me tocó, pero se asustó por algo detrás de mí.

—Ella ya tiene perros suficientes de los que cuidar —dijo Trey, y yo también me asusté al verlo aparecer entre dos coches detrás de nosotros, pararse a mi lado con una mirada fría hacia los cuatro—. Largaos de aquí antes de que llame a la policía y os denuncie por maltrato.

Los tíos bufaron, pero obedecieron y se fueron de allí. Creo que el tamaño de Trey debía amedrentar a algunas personas.

No me importaba Treyton; sin embargo, estaba más preocupada por el perro.

Me acerqué, agachándome a su lado y tratando de entender qué estaba pasando, pero ni siquiera conseguía saber cuál era la extensión de las heridas o qué había causado aquello. Solo había mucha sangre.

—He venido con el coche de Nathan. Podemos llevarlo a una clínica —ofreció Treyton, colocándose a mi lado, también agachado y pareciendo igual de preocupado.

—Me las apañaré sola, gracias —refunfuñé, sacando el móvil de la mochila, pero Trey suspiró, se quitó la propia camiseta y se la enrolló al perro, cogiéndolo en brazos. Ya estábamos en otoño, aún no había refrescado tanto, pero era demasiado ver esa tableta ahí.

Aparté la vista, bufando mientras lo seguía hasta el coche, sacando su mochila de entrenamiento y la de Nathan del asiento trasero para que él metiera al perro, de tamaño mediano. Luego abrió el maletero, puso las bolsas allí, abrió la suya y cogió una camiseta del equipo antes de cerrarlo todo.

Solo respiré tranquila cuando llegamos a la clínica veterinaria de Northride, que era la más cercana. Fui todo el camino en el asiento

trasero, intentando mantener al perro quieto y estable, mientras Trey conducía con un ojo en nosotros y otro en la carretera.

Una veterinaria vino corriendo al ver la sangre, y enseguida un equipo se lo llevó para empezar los preparativos y ver qué estaba pasando. El animalito iba a necesitar cirugía. Seguro que sí.

Me temblaban los dedos al enviar un mensaje a mi abuela, sentada en uno de los sillones en el rinconcito de espera. Tenía sangre seca en ellos. No sabía cuánto iba a ser la cuenta. No podía pedir ayuda a mis padres. Mis hermanos no podían saberlo. Treyton estaba allí conmigo y...

Solo me di cuenta de que estaba llorando cuando Trey me sujetó el hombro, preocupado, mirándome.

—Aurora, ¿qué...

Solloceé, nerviosa.

—Mi padre... Mis padres no pueden saber que estoy contigo. Ni que estoy ayudando al perro y... —solloceé—. No deberías haber aparecido. Le di un golpe en el pecho. ¡Estoy enfadada contigo! Y no deberías haberme ayudado. ¡Y tienes que irte! ¡No deberías estar aquí!

Solloceé otra vez.

—Aurora, Dios mío, qué...

Me froté la cara, incómoda y sin saber dónde meterme porque la chica de recepción nos espiaba desde detrás del mostrador, curiosa.

Trey se quedó parado al ver algo en mis ojos.

Solo lo noté demasiado tarde: lo que había hecho.

—¿Qué coño estoy viendo en tu cara, Aurora? —gruñó—. ¿Quién te ha hecho esto? Su voz salió temblorosa de odio.

Me tembló la boca, pero la mantuve cerrada, salvo por el sollozo que se me escapó.

Me sentía como una niña y todo tipo de emociones estaban en mi pecho, gritando por salir. Suplicando para que yo gritara también.

Había estado usando maquillaje estas últimas semanas. Precisamente porque mi ojo morado aún no se había curado del todo. La retina casi se me había desprendido, creo. Chloe tuvo que revisármelo y usé muchas gafas de sol durante un tiempo; ella me

suplicó que fuera al hospital, pero si iba, tendría que dar explicaciones y yo no estaba lista para eso.

Obviamente los tonos oscuros seguían ahí.

—¿Fue Aaron? El murmullo controlado me asustó más que el gruñido.

Negué, sin conseguir abrir la boca.

—¿Andrew? —pareció sorprendido ante esa posibilidad.

Negué otra vez.

Hasta que se le encendió la bombilla.

—Joder, Aurora —susurró y me atrajo a un abrazo. Solloceé más. No debería hacer eso. La espinita dolía más así. Era como si la estuviera removiendo en mi pecho. Y ya casi se estaba curando...

Me ajusté el cárdigan al cuerpo, apretándolo contra mí, sin querer corresponder al gesto.

—¿Qué estabas haciendo allí? ¿En el aparcamiento? —pregunté, mirando al suelo y aún con sus brazos a mi alrededor.

—Fui a comer. Te vi entrar y entonces...

Esperó a que yo saliera para entrar.

—Nunca debiste arrugarte aquella noche —dije bajito—. Si hubieras seguido adelante con tu mentira, te habría creído.

—Por eso mismo no seguí. No soy ese tío.

—Pero lo fuiste. Durante una semana hiciste todo lo que quisiste por... No sé. No sé por qué me usaste. Ya no aguanto nada más de esto, Trey, solo vete, por favor —pedí bajito.

Suspiró, se apartó y me miró.

Se levantó, cogió un vaso de agua del dispensador del lugar y me lo trajo. Me temblaban las manos, pero me lo bebí entero, tensa.

Trey se agachó delante de mí, apoyando las manos en mis rodillas. No sabía que una de ellas estaba dolorida, así que debió de pensar que la mueca que hice fue por su contacto, porque se echó atrás.

—Fui un capullo, sí. Mis motivos para acercarme fueron lo más hijo de puta posible. Pero quiero explicarme.

Solté una risita.

—¿Ahora, dos semanas después? —solté, fría—. Se acabó, Trey. Pasa. Solo deberías haberlo aprovechado más.

Puso los ojos en blanco.

—*Gatita*...

—No me llames así.

—Me importas.

—Sí, lo demostraste bastante —asentí—. Pero otra vez con la motivación claramente equivocada.

Negó.

—Hablé en serio aquella noche. Me eché atrás porque quería cambiar las cosas —aclaró—. Solo que no estaba listo para hablar.

Tragué saliva, mirándolo de reojo, desconfiada.

Sonrió.

—Señorita Desconfianza.

Bufé.

—Tenía razón en desconfiar —alegué.

Negó, serio.

—Te juro que no. En serio.

—Tu palabra no ha valido mucho, Trey. En realidad, ha sido pésima.

Se rió.

—Lo sé. Por eso mismo... ¿Me das esa oportunidad de explicarme?

—Eso duraba dos minutos, no dos semanas —refunfuñé, molesta.

—Aurora... —dijo, serio, aún agachado delante de mí. Aparté la mirada. —Juro, lo juro de verdad, que no te usé. Lo planeaba, es verdad.

Tragué saliva y decidí mirarlo.

—Me gustas. Me enganché rápido —dijo, intentando soltar el máximo de cosas posible en poco tiempo, como si tuviera miedo de que yo desapareciera delante de él—. Si me hubiera acercado más, ya estaría a cuatro patas por ti. Si me hubiera abierto más, entonces... No voy a hacerme el difícil diciendo que no sentiría nada o que no voy a enamorarme. Joder, solo con verte aquí... Ni siquiera sé lo que sentí en ese aparcamiento, hace un momento, pero no fue nada malo. Sé que la cagué. Sé que debes estar pensando: "¿Por qué conmigo?", lo veo en tus ojos, pero una semana fue suficiente

para que viera que vales la pena —terminó de escupir toda la información de golpe.

Solté el aire con fuerza, incómoda.

—Nadie se siente así en una semana, Trey, y menos un tío como tú.

Se rió.

—Supongo que fue la vida jugándomela, Aurora. Y "un tío como yo" es tan capaz de enamorarse como cualquier otro. Aún no me he enamorado, pero me encantaría enamorarme de ti.

Mi corazón dejó de tirar de la espina y asomó desde el rinconcito que él ocupa en mi pecho, también.

Qué pedazo de hijo de puta, Trey. Sabes perfectamente cómo conquistar a alguien. Por eso es tan peligroso.

—No digas cosas así, qué coñazo —protesté, viendo su sonrisa.

—Es porque te conquisto, ¿no? —provocó, y puse una mueca mientras su sonrisa se ensanchaba—. Creo que la vida quiso demostrarme que eras una buena persona y que yo estaba siendo un hijo de puta con alguien que no se lo merecía, haciéndome pasar por esto también. Ha sido difícil; he estado dividido entre dejarte ir y decirte la verdad. Ambas ideas duelen, Aurora. Pero... Me duele más saber que te hice daño. No te mereces eso. Nunca lo mereciste. Y sé que te dolió.

Alguien se aclaró la garganta y miré a una mujer a nuestro lado, incómoda. Era otra veterinaria, al parecer. Estábamos solos en recepción, sobre todo porque el reloj marcaba casi las diez de la noche y era horario de urgencias —en consecuencia, la atención salía más cara.

—Soy la doctora Forbes, voy a llevar el caso de Toby. Va a tener que pasar por cirugía. Tiene una obstrucción en el estómago y parece que ha ingerido cristal. También tiene una pata rota y algunas heridas que vamos a cerrar durante la cirugía. Podéis iros a casa; nos mantendremos en contacto con la tutora de Toby —me sonrió, amable.

Asentí, incómoda.

Había escogido un nombre cualquiera para registrarlo, pero ahora Toby parecía ridículo.

Se despidió rápidamente y volvió a los pasillos internos de la clínica. Los costes eran más bajos por ser una clínica escuela, pero aun así saldría caro. Firmé unos papeles, nerviosa, y por fin estábamos libres.

Trey se apartó del mostrador a mi lado, mirándome, pareciendo de verdad preocupado por algo.

—¿Qué te parece si hablamos en otro sitio?

—No puedo dejar que me vean contigo, Trey. Si mi padre se entera de... —mi voz se apagó.

Vi cómo se le tensaba la mandíbula, pero asintió.

—Sé el sitio perfecto. Sin necesidad de meterte otra vez en mi habitación, pero nadie nos verá allí. Prometo que no tengo ninguna otra intención. Y prometo que no volveré a mentirte. Lo juro por mi carrera en el hockey, si eso te sirve de algo.

Tragué saliva. Yo sabía lo que significaba la carrera deportiva para tíos como Trey. Pero ya no sabía qué pensar de él.

—Lo prometo —dijo, buscando mis ojos.

Suspiré, pero cedí. Estaba cansada. Y, sinceramente, quería saber por qué se había acercado. Yo me lo merecía, ¿no?

Me sentía tonta por estar cediendo tan fácilmente y dándole una segunda oportunidad para que se explicara, pero yo de verdad estaba cansada. Y Treyton hacía que yo me sintiera segura.

Necesitaba eso. Solo cinco minutitos.

Después, podríamos seguir caminos distintos. Yo podría; él también.



16
Pero no salieron bien, ¿sabes?

Aurora

Trey parecía nervioso durante todo el trayecto, pero estuve con el móvil explicándole a mi abuela lo que había pasado. Se alegró de que por fin hablara con ella y dijo que mañana hablaríamos, pero que ella pagaría los gastos que yo no pudiera cubrir con el dinero que ya me daba. Tenía bastante guardado en el banco, pero sabía que no sería suficiente.

Tenía miedo de la conversación con ella. Muerta de miedo. Aterrorizada.

Pero quizá debería decir la verdad. Quién sabe si eso cambiaba algo en mi padre. En cómo me trataba y cómo trataba también a mis hermanos.

Podía estar enfadada con Aaron y Andrew, pero sabía que ellos habían recibido tantas palizas como yo, o incluso más.

Tenía breves recuerdos de las palizas que se llevaba Andrew porque no conseguía progresar tan bien en el hockey, cuando solo éramos niños.

Nadie debería pasar por eso, y menos a manos de su propio padre.

Entré por la puerta de la cocina en casa de Trey, aunque no fuera a marcar mucha diferencia. En cuanto nos vio, Nathan se puso a charlar con otros tíos que estaban viendo la tele para que nadie más me viera subir las escaleras, y pasamos bastante desapercibidos.

En su habitación, Trey tiró su bolsa al suelo, echándose el pelo hacia atrás mientras yo me paraba en medio de la estancia, cruzándome de brazos. Me miró, suspiró y me guio hasta su cama, agarrándome de la mano al sentarse a mi lado.

Dolía estar allí otra vez. El recuerdo de su mirada al negarse, y luego el hecho de que se hubiera quedado en silencio...

No decir nada podía doler tanto como cualquier palabra.

—Yo elegí activamente usarte, después de encontrarnos algunas veces por ahí sin querer. Yo ya había desistido; sin embargo, en realidad ya te conocía cuando nos encontramos aquella primera vez —explicó, yendo al grano—. Y cambié de idea sobre usarte la noche que apareciste aquí borracha. Pensé que era el destino o no sé cómo quieras llamarlo, diciéndome que debía seguir adelante con lo que planeaba. Y fui un gilipollas por eso. Pero por eso intervine esta noche también. Si el destino me puso tantas veces frente a frente contigo, hacer lo mismo esta noche debía de ser alguna señal. Esa es mi lógica.

Lo observé, curiosa y aún desconfiada.

—Nunca me han gustado mucho tus hermanos. Competí con Aaron en algunos campeonatos juveniles, con Andrew también, y ya conocía a tu familia por nuestros padres —explicó—. Pero todo bien, ¿sabes? La rivalidad es normal en la pista. Estoy seguro de que tendría a Nathan por un gilipollas si fuera defensa de Scadelton.

Sonreí por eso, al ver su sonrisa en respuesta.

—Es más que eso —declaré, como me había imaginado. Asintió.

—Hay una historia sobre eso. Hace dos años, más o menos por la misma época en la que nos conocimos este semestre, mi hermana conoció a un alumno de primero. Ella estaba en segundo, y un amigo suyo, que era el hermano mayor de ese tío, le presentó a Tracey al chico de primero. Los dos se liaron enseguida y empezaron algo serio. Fue una especie de "pasión a primera vista".

No me imaginaba que hablara de su hermana. No era ese camino el que esperaba. Podía ser cualquier cosa, pero ese era un rumbo inesperado.

—Escúchame hasta el final, por favor —suplicó, con los ojos brillándole al ver algo en mi expresión.

Asentí; solo estaba confusa con el rumbo de las cosas, pero me quedaría hasta el final. No era una gilipollas, creo. Me cuidaba mucho de no convertirme en mis hermanos, y esos pequeños gestos podrían acercarme o alejarme de lo que ellos eran. Esperaba que me estuviera alejando.

—Fue muy rápido —continuó Trey—. Pero no salieron bien, ¿sabes? Pasaron del paraíso al infierno en cuestión de meses. En

septiembre estaban en el paraíso; en noviembre ya estaban peleándose, dejándolo y volviendo. Mi hermana me contó todo eso. Explicó que el tío se pasaba, era abusivo y que ella necesitaba encontrar la manera de acabar con aquello de una vez.

—¿Él le hizo daño? Ella... —Mi voz se apagó; no conseguí terminar.

Trey suspiró.

—Llegaré a eso. Pero mientras fue bueno, fue genial. Cuando se puso mal... —lo dejó en el aire, y asentí, haciéndole un gesto para que continuara—. En fin, un día insistió en que lo acabaría todo si ella aún quería dejarlo después de que él se explicara por algo por lo que habían vuelto a pelear. Era algo serio: infidelidad, agresión, cosas así, Aurora. No era una pelea normal como a veces veo que Lily y Thomas tienen discusiones. Fue feo. Varias veces. Mi madre le dio un ultimátum a Tracey, diciendo que si ella pasaba por cualquier situación más con el tío, ella misma intervendría llamando a la policía.

Dios mío. Era a ese nivel.

Trey se detuvo, respiró hondo y cogió aire, pero no consiguió hablar. Se le quebró la voz y vaciló.

El tío había matado a Tracey.

Podía verlo en los ojos de Trey. No entendía qué estaba pasando para que aquello estuviera vinculado a mí o a mis hermanos, pero él debía de tener un motivo para todo aquello. Quizá Trey tuviera algún problema de confianza, quién sabe. Algo causado por eso, y que hubiera algo que mis hermanos supieran sobre...

—Ella me mandó un mensaje —continuó—. En esa época, yo era de primero en Northride, ya vivía aquí con los chicos, y ella compartía habitación en la residencia femenina con una amiga, porque estaba más cerca de la pista y era más barato quedarse en la propia universidad. Dijo que estaba preocupada y no quería ir, pero que iba a poner punto final a todo aquello, que iba a acabarlo todo con el tío. Sabía que él no la merecía, y lo terminaría de una vez, le gustara a él o no. Prometió que llamaría a la policía en cuanto él hiciera el mínimo movimiento de agresión, si fuera el caso.

Asentí, insegura de lo que había pasado.

Odiaba imaginar el rumbo de esa historia. Ya tenía algunas ideas de lo que había pasado.

—Mi hermana me mandó un mensaje todavía en el coche. Dijo que el tío la estaba llevando a conocer a sus padres por las buenas o por las malas, porque todo lo que había hecho era porque la amaba y un montón de cosas más. Su compañera de habitación ya me había mandado un mensaje; estaba preocupada porque el tío claramente estaba fuera de sí, con miedo de perder a mi hermana. El último mensaje de Tracey fue diciéndome que estaba preocupada por su estado mental.

La cara de Trey se tensó, y lo vi esforzarse para no romper a llorar allí. Le tembló la boca, y le agarré la mano. Todo su rostro se retorció en la mayor expresión de dolor que he visto en toda mi vida. Trey estaba sufriendo; no había superado en absoluto la muerte de su hermana.

Se me partía el corazón.

—No tienes que...

—Tengo que —me interrumpió—. La única forma de que entiendas todo es que te lo diga. Que vaya del principio al final.

Tragué saliva, dejándolo seguir hablando:

—Tiró el coche desde el puente. Había uno en el camino hacia su casa, en el trayecto y tal. Tuvo un accidente a propósito. Dejó que se hundiera, pero el cinturón de ella estaba atascado, no consiguió soltarse. Él sí lo consiguió y, con tiempo de sobra, rompió el cristal y subió a la superficie.

—Pero... —me detuve, confusa—. ¿Cómo sabes eso?

Solo de imaginar la idea de una chica inocente... Dios mío. Eso era horrible.

—El agente que llevaba el caso me explicó que él consiguió salir del coche cuando ni siquiera se había llenado por completo de agua, según la información que él mismo dio en la declaración y en la que se contradijo, pero como mi hermana no había conseguido soltarse del cinturón de seguridad, el agua entró más rápido cuando él rompió el cristal y... Ella se quedó atrás. A propósito.

—¿Estás seguro? —pregunté—. No estoy dudando de ti —dije rápido, seria—, pero... Quizá fue un accidente. Un accidente de

verdad.

Trey apretó los labios, negando con la cabeza al vacío, atrapado en algún recuerdo.

—Dos semanas después de su muerte —dijo en voz baja—, cuando la policía dijo que no había nada más concluyente y que solo había sido él, muerto de miedo, saliendo demasiado rápido y creyendo que ella saldría también, *se* plantó delante de mí y dijo, con todas las letras, que fue a propósito. Que ella se lo merecía. Que si ella no se quedaba con él, no se quedaría con nadie más.

Estaba horrorizada.

—¿Y la policía? ¿No hicieron nada? —pregunté, incrédula—. O sea, debieron notar que había algo mal en el tío, que lo hizo a propósito, que... La policía puede investigar estas cosas, tienen los medios y...

Trey me apretó la mano. Se me apagó la voz.

—Se lo creyeron, Aurora —dijo en voz baja—. Cuando insistí ante una agente de la ciudad, me dijo que oficialmente nunca testificaría a mi favor, pero...

—Lo confirmó —constaté, para mi horror.

Asintió con la cabeza. Trey me apretó los dedos otra vez, entrelazándolos con los suyos, observando nuestras manos antes de levantar la mirada a mis ojos. Había algo ahí.

—El tío que mató a mi hermana es Aaron, Aurora. Por eso, en cuanto me dijo aquello, le partí la cara en la pista. Tu hermano planeó cómo matar a Tracey. Porque ya no era suya. El asesino de mi hermana es tu hermano.

Se me borró la expresión, y sentí que la habitación no tenía suelo.

No.

Trey me miraba, preocupado. Abrí la boca, pero no salió nada. Me agarró la mano con fuerza, pero parecía un poco fuera de órbita. Aquello...

No podía respirar.

Parecía que toda la campana de cristal a mi alrededor se había roto. Toda esa protección ridícula de mi familia... Al mismo tiempo que se rompía, parecía asfixiarme.

—Treyton... —Mi voz salió en un hilo, con él apretando los labios, sin decir nada—. No puede ser que...

Se me apagó la voz, y miré al suelo.

—Lo conoces mejor que yo —dijo a mi lado, manteniendo mi mano entre las suyas, preocupado por mi reacción.

Trey sabía que yo lo sabía: que Aaron era capaz, sí. Aaron ya había hecho cosas estúpidas conmigo, y yo era su hermana. Ni siquiera podía imaginar de lo que sería capaz en una relación.

Pero no lo dudaba. Sabía que Aaron tenía estómago para eso. Nunca lo había considerado, pero... Yo lo sabía.

Es posible, sí, que haya hecho algo así. Lo sabes, Aurora.

—¿Cuándo fue todo eso? —pregunté, frunciendo el ceño.

—En diciembre. Hará dos años —respondió, mirándome con curiosidad.

Tragué saliva.

Recordaba vagamente la época. Tenía diecisiete años. Estaba en esa fase complicada de intentar ocultarles todo, pero siempre descubrían mis mentiras.

—¿Fue a principios de mes? Trey asintió a mi pregunta, confuso.

Solté el aire.

Recordaba a mi madre saliendo del ayuntamiento prácticamente corriendo. Aún era temprano por la mañana; yo llegaba tarde al instituto. Recordaba a mi padre llamando a algunos abogados y ordenándome quedarme en la habitación en vez de ir a clase aquel día.

Lo recordaba gritando por teléfono a Aaron, preguntando por un "interrogatorio". *También* lo recordaba, claramente, gritando: "puto psicópata mezquino de mierda, solo piensas en ti mismo".

Mi madre nunca leyó libros sobre psicología, solo sobre política, pero la recordaba en Navidad, semanas después, leyendo libros sobre asesinatos y psicopatía. *Tu psicópata mezquino...*

Aaron llegó a casa riéndose aquella noche. Recuerdo preguntarle por qué había venido a casa en mitad del semestre de la universidad, y dijo que había venido a resolver algunas cosas con nuestros padres y que nos echaba de menos.

Pero nunca le di demasiada importancia. Nunca me metí en sus cosas, porque sabía que podía ser peor.

Aaron se estaba riendo aquella noche. Andrew llegó de madrugada.

Miré a Trey, sintiendo que el mundo giraba mal.

—Lo siento tanto, Trey —susurré—. Tanto.

Asintió, pero vi que se esforzaba por no llorar también.

—¿Me crees? —preguntó en un hilo de voz. Tenía miedo de lo que yo dijera, lo noté.

Solté una risa ahogada por las ganas de llorar.

—Claro que sí. Tú mismo lo dijiste: conozco a mi hermano. Nunca pensé que fuera capaz de algo tan... —Se me apagó la voz—. Pero algunas cosas encajaron ahora.

Como los gastos con abogados. La policía en la puerta de nuestra casa. Algunos susurros en el instituto en esa época. Y *quién* era Aaron.

Su risa y algunos comentarios maliciosos en la mesa de la cena. No recordaba *cuáles* eran las palabras, pero recordaba a mi madre peleándose con él y a Andrew con la cara retorcida de asco.

Las reacciones de mis hermanos. Cómo Andrew se había convertido en una máquina en el hockey, aún peor, después de eso. Recordaba que se había juntado con malas compañías y que durante meses mis padres le hicieron la vida imposible por eso.

Aaron, en cambio, era el favorito. Todo el tiempo.

¿Qué mierda de familia es esta?

—Me acerqué a ti para ver si conseguía algo. Información, pruebas o al menos molestar a Aaron y joderle la cabeza después de romperle el corazón —susurró, incómodo, como si hablar demasiado alto lo empeorara.

Tragué saliva.

—Es un plan de mierda —dejé claro.

Se rió.

—Nathan dijo algo parecido.

—Nathan es más inteligente que tú —alegué, y soltó otra risa angustiada.

—Lo sé. Me di cuenta después de ver tu mirada aquella mañana. No te mereces esto, Aurora. Después de todo esto, solo... Perdóname.

Lo atraje a un abrazo fuerte, sintiendo a Trey relajarse ahí. Sus músculos ni siquiera se tensaron; solo se relajaron a mi alrededor mientras yo acunaba su cabeza en mi cuello.

—Lo siento mucho, Trey. Lo siento. Muchísimo. Ni siquiera sé qué decir.

Asintió contra mi cuello, y sentí la lágrima helada caer de su cara a mi clavícula, hasta que vino otra, y otra, y Treyton estaba sollozando en mis brazos.

Parecía aliviado de que alguien por fin le creyera, y eso me destrozó aún más. No podía imaginar cómo debía de sentirse.

Podría dudar de él. Decir que aquello era cosa de gente loca, como algún tipo de teoría de la conspiración, pero sabía que no era así con mi familia. Mi madre era la alcaldesa, mi padre era millonario, teníamos influencia. Mi hermano del medio era la estrella de hockey a punto de firmar un contrato millonario en la NHL, un cabeza caliente, pero con un futuro brillante.

Pero mi hermano tampoco sabía encajar un "no", y menos aún una negativa o que lo apartaran. Ni ser olvidado. Ni dejar de estar en la vida de alguien y perder el control. Yo sabía todo eso; de hecho, llevaba años viviendo eso una y otra vez, en un ciclo tóxico y destructivo.

Trey no estaba mintiendo. Yo le creía.

Por eso, aun herida porque me hubiera usado, entendía sus motivos. Dolía que se hubiera acercado a mí por culpa de mis hermanos.

No podía lidiar con eso. No estaba preparada para aquello.

Pero yo no era ninguna hija de puta. No iba a dejarlo ahí, vulnerable, para volver a casa y dormir en paz con la cabeza en mi almohada cara.

Por eso, me las apañé para mandarle a Andrew la ubicación en tiempo real de la casa de Caroline, como si estuviera allí, diciendo que iba a dormir con las chicas allí esa noche. Caroline confirmó la coartada, Chloe también. Se lo creyó.

Trey se durmió llorando en mis brazos, como un niño, hasta el punto de que Nathan llamó a la puerta porque podía oír el llanto desde su habitación, que estaba al lado. Trey pareció incómodo, pero Nathan solo asintió con la cabeza y se fue.

No conseguí pegar ojo.

Mi hermano es un asesino.

A la mañana siguiente, sin embargo, Trey se despertó con la cama vacía.

Entendía sus motivos, pero no estaba perdonado por lo que hizo conmigo. Yo no tenía nada que ver con la muerte de su hermana.

Y yo ya no iba a vivir a la sombra de mis hermanos. Porque fue por eso por lo que Trey se acercó, y yo era mucho más que la hermana de Aaron y Andrew.

Me importaba Trey —aún más después de todo lo que me dijo—, pero ¿y quién se preocuparía por mí en medio del fuego cruzado? Porque eso era en lo que aquello se convertiría. Ya lo era.

Podíamos tener el mismo apellido, pero estaba cansada de todo lo demás. Necesitaba pensar en todo. Y yo ya había superado la fase de "quién soy".

Ahora, necesitaba pensar en lo que haría. Lo que haría Aurora. Sin nadie más tomando decisiones.

Estaba cansada de que me pegaran. Muy cansada. Quería empezar a pegar también.


19
HARTLEY
19

17
¿Por qué parece que me estás ayudando?

Trey

Me desperté con la cama vacía.

Me incorporé de golpe, asustándome porque todo estaba como si Aurora no hubiera dormido conmigo, y yo sabía que sí. Se pasó toda la noche a mi lado. Su olor aún estaba allí, metido en mí y en mi cama.

Fue la mejor noche en semanas.

Hablé en serio con ella. De todo. Desde antes de que Aaron apareciera en esta casa. Yo me estaba echando atrás, solo que no tenía valor —y las palabras adecuadas— para contarlo todo, hasta ayer.

Ella me creyó, y eso era suficiente.

Pero ya no estaba allí.

Yo no conseguiría engañar a esa chica y jugar con ella. Por eso me eché atrás la noche de la fiesta. Aquellas bolas azuladas me miraban fijamente mientras mi silencio decía más que cualquier otra cosa, y yo podía ver ahí la incertidumbre, el miedo, la inseguridad. A Aurora le gustaba yo, joder; si quisiera, podría jugar con ella y dejarla tirada, y quizá aun así seguiría gustándole.

Y eso es lo que hacía un hijo de puta.

A mí no me criaron para ser ese tipo de tío; en mi casa era distinto. Ella no se metió en ese marrón pensando que sería una sola noche, porque no iba de eso. Aurora se había abierto y había confiado en mí para eso, se había lanzado de cabeza a una historia con el jugador de hockey que ella sabía que no quería nada serio, porque ella misma quería vivir.

Y yo no iba a arrancarle eso; yo no era ese tipo de tío. Pero solo por haberlo considerado, solo por haberme acercado, por haber mentido, por haber hablado con todas las letras de ser verdadero y

sincero cuando yo *no* lo estaba siendo... Yo era más como Aaron y Andrew que como ella. Y, por eso, yo no la merecía.

Aunque la quisiera allí.

Quizá ella se había dado cuenta. Había entendido que podía conseguir a alguien mucho mejor. Que no debía quedarse en medio de aquel conflicto porque de verdad no era su pelea.

Me froté la cara, frustrado, notando que todo dolía porque dormir llorando no es lo más sano del mundo.

Después me levanté, incómodo, y vi la pantalla de mi portátil abierta. Aurora había dejado una nota encima del teclado.

Necesito tiempo.
Aun así me usaste.
A. (no como la de Pretty Little Liars*)*

Tragué saliva, frustrado. Tenía razón en estar enfadada.

Esa referencia, al menos, yo la conocía. A mi hermana le encantaba la serie adolescente. Me sacó una sonrisa, aun molesto.

Teníamos un partido al día siguiente y yo no podía estar *más* lejos de esa pista, joder. Yo mismo me había jodido.

Ella había ido al bar la noche anterior. Quizá para despedirse de lo que podríamos haber sido, como yo. Pero, al parecer, la vida tenía planes distintos, y a mí me gustaban.

Me gustaba tenerla allí. Sentir su olor en la almohada.

¿En qué me convertía eso? Yo nunca me había apegado así. Sabía que había ido demasiado rápido y mi propio corazón me estaba jugando una mala pasada. Era consciente de que, si fuera inteligente, me habría apartado. Pero no quería nada de eso.

Solo de pensar que ella había... Joder, su padre le había dado una paliza porque creyó que ella había dormido conmigo, ¿no? Por eso existía esa chica asustada y en pánico. Porque tenía algo a lo que temer.

¿Cómo me acercaba a ella así? Entendía que dijera que necesitaba tiempo, pero yo tenía que saber cómo estaba. Acababa de descubrir una verdad sobre su hermano que nadie querría que

fuese verdad. Yo quería estar ahí por ella. Deseaba, de alguna forma, dejar claro que estaba ahí, que no estaba sola, que podía contar conmigo.

Pero yo también le había roto la confianza.

Cerré la tapa del portátil, frustrado, antes de oír dos golpes en la puerta de mi habitación.

Nathan se apoyó en el marco y me analizó, con las cejas levantadas.

—Bonito plan, ¿eh? —canturreó.

—Sin sermones —refunfuñé, quitándome la camiseta para ir a ducharme.

—Al menos no te cortó las bolas. Es un buen comienzo.

Puse los ojos en blanco, entrando en la ducha y dejándolo atrás en la habitación, pero Nathan no había terminado de rematarme.

—Se fue antes del amanecer —comentó desde la puerta del baño, mirándose en mi espejo—. Tuviste suerte de que ella sea diferente de sus hermanos. Y de mí. Si fuera conmigo, te habría partido la cara.

Solté una risa, negando con la cabeza antes de dejar que el agua me cayera por la cara y el pelo. Ella era mejor que todos allí y ni parecía darse cuenta.

—Le dije la verdad.

—Me lo imaginé —asintió—. Hiciste bien. Lo que ella haga con los hechos es otra historia.

Suspiré.

—No me preocupa eso. Me preocupa ella.

Me quité el agua de los ojos, mirándolo. Nos veíamos en pelotas todo el tiempo por las duchas después del entrenamiento, así que no era un problema para mí ni para él. Aunque, en ese momento, yo solo quería estar solo.

La privacidad, compartiendo la casa con otros siete tíos, no siempre es posible. Sobre todo cuando uno de esos tíos es el tocapelotas de Nathan.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Arthur le pega. De forma recurrente.

Nathan se quedó clavado en la puerta del baño. Yo sentía que iba a explotar si me lo guardaba solo para mí, porque mis ganas eran de coger mi moto y conducir directo a Weston para matar al hijo de puta. Con mis propios puños, destrozarle esa cara ya rota por el hockey hasta el punto de que tuvieran que sellar el ataúd del desgraciado.

—No debería contarte esto —advertí—. Es cosa suya, pero estoy preocupado, no sé qué hacer. Aurora estaba mal, tío... Se descontroló solo porque creyó que alguien podía habernos visto juntos. Eso es absurdo.

—¿Arthur le pegó porque se acostó contigo?

—¡Ni follamos! —protesté, incómodo—. Pero sí. Fue por eso.

—¿En serio que no pasó nada? —preguntó, chocado—. Joder, Trey. Al menos no fuiste tan hijo de puta así.

Puse los ojos en blanco.

Cogí mi champú, cada vez más incómodo con aquello.

—Me preocupo por ella.

—Se nota —afirmó—. Pero dale tiempo, tío. Acaba de descubrir que su hermano es un pedazo de mierda aún mayor de lo esperado.

Asentí, fastidiado.

—Lo sé. Ojalá las cosas fueran distintas.

Ojalá no le hubiera roto la confianza en mí. Si solo hubiera sido honesto, quién sabe... Joder, aquello era frustrante.

—Estoy seguro de que sí. Pero quizá sea bueno que os alejéis. Si Arthur se entera de algún nuevo lío, y de verdad es como tú estás pensando... Es mejor dejarla en paz. Solo va a empeorarle la vida.

¡Ya lo sé! ¿Te crees que no soy consciente de que acercarme a ella puede joderlo todo aún más, joder?

Me froté el champú con más fuerza, cabreado. No quería alejarme de ella. Me gustaba su presencia. Incluso en los momentos difíciles, cuando debería querer apartarla, me gustaba tenerla ahí. Sentir sus brazos apretándome.

Hasta ella apartando la mirada de mi pecho era gracioso. Tenía muchas ganas de mostrarle que había *mucho más* por descubrir. Solo que sabía que, esta vez, necesitaba ser mucho más cuidadoso y dejar que ella llevara las riendas.

Odiaba no controlar la situación, no por ser un loco del control, sino porque sabía que ella necesitaba ayuda para salir del caparazón, y tomar algunas decisiones animándola la ayudaba aún más, le permitía a Aurora ser ella, y me gustaba lo que veía cada vez que se abría. Yo solo necesitaba recular un poco, aunque no quisiera.

Me limpié la espuma de la cara, mirando a mi amigo.

—Me preocupo de verdad por ella, Nate. Él me analizaba, atento. Espero que decida acercarse a mí otra vez. Lo dejaré en sus manos, pero no quiero alejarme.

Él sonrió, negando con la cabeza.

—Esta mierda de acercarte por venganza o cualquier cosa del estilo nunca sale bien, ¿vale? —me señaló—. Y estás duro solo de pensar en ella. Hazte una paja y a entrenar. Se te pasará.

Y, con eso, me dejó solo en el baño, como si no hubiera pasado nada.

No es que se equivocara; mi polla estaba realmente animada por pensar en Aurora. Se había vuelto más recurrente de lo que quería admitir, y quizá la sequía desde nuestro primer encuentro estuviera alterando la química de mi cerebro.

Algunas chicas estaban confundidas por eso —¿dónde estaba el Trey fiestero, que cambiaba de mujer como de calzoncillos?—. Pero evité salir con otras personas, de primeras, justamente porque no quería que Aurora se enterara, por si le llegaba.

Después, simplemente fue natural. Incluso en las dos semanas sin verla, no tuve ganas de eso. No tuve paciencia para el peloteo, para los jueguecitos, para una boca que no fuera la suya en la mía. La pista y el gimnasio del equipo se volvieron aún más cercanos para mí, si es que era posible, y en vez de salir a algunos bares, me centré en entrenar y en evitar pensar en cualquier cosa sobre ella. Intenté hacer un *detox* de Aurora, pero no funcionó. Entonces cedí ante mí mismo.

Ella tenía muchos seguidores, así que yo cotilleaba sus cuentas desde el perfil de Nathan, como un *stalker*, ya que ella lo notaría si fuera mi perfil, creo. Estuve pendiente de todo lo relacionado con ella, intentando sentirme al menos un poquito cerca. Parecía estar

bien, pero supongo que todo el mundo parece así en las redes sociales.

Yo sabía que todo aquello era peligroso para mi corazón, pero ¿qué podía hacer? Aurora me conquistó incluso cuando no tenía intención. Ella solo quería divertirse un poco.

Y acabamos de aquel modo. ¿En qué punto estábamos? Me sentía un idiota solo por notar que había permitido que se me escurriera entre los dedos, como hielo derritiéndose y convirtiéndose en agua.

Sin embargo, la idea de *dejarlo en sus manos* duró solo unas horas. Necesitaba saber cómo estaba. No respondía a mis mensajes. Necesitaba, por lo menos, entender si Aurora estaba bien, si había pasado algo, si sus padres se habían enterado —en especial Arthur —.

¿Y si hubiera pasado algo peor? ¿Cómo lo sabría?

Sabía que el concepto de "necesitar tiempo" era otra cosa, pero podía tomarse el tiempo que quisiera después de decirme que estaba comiendo, respirando y durmiendo, preferiblemente. Yo sospechaba que no había dormido la última noche.

Podía lidiar con la distancia, con tal de que estuviera bien.

Pero mi plan salió mal, porque entré en su edificio cuando me topé con nada menos que un huracán rubio y con mechones lilas, que se me echó encima y me soltó un manotazo fuerte en el pecho, empujándome hacia atrás. No llegó a mi cara para el segundo manotazo porque me aparté.

—¿Sabes por qué la dejé liarse contigo, hijo de puta? —gruñó Chloe, y yo parpadeé, en shock, mientras ella me empujaba con las dos manos, llevándome hacia la puerta y lejos del ascensor, pero aún en la entrada del edificio de Aurora.

Negué, honestamente en shock.

Me habían dado en la pista aquella noche. El entrenador me sentó en el banquillo y dijo que, si seguía al mismo ritmo en el último entrenamiento de mañana, antes del partido, no saldría de titular. Tenía que cambiar. Tenía que concentrarme. Tenía que meterme en la cabeza que ella iba a estar bien y entonces podría destrozar a los tíos del Boston College al día siguiente.

Por eso, necesitaba al menos hablar un poquito con Aurora. Solo ver su cara. Asegurarme de que estaba bien, dentro de lo posible.

Tenía muchas cosas dándome vueltas en la cabeza, pero en ese momento Chloe parecía realmente aterradora, señalándome con el dedo en la cara, aunque estuviera de puntillas para hacerlo.

Seguía siendo más alta que Aurora, pero no dejaba de ser bastante más baja que yo.

—Porque ella necesitaba soltarse —se respondió a sí misma—. Tú le aportabas ligereza, la hacías sonreír y yo sabía que siempre serías sincero y no le meterías ideas falsas en la cabeza. Pero ¿qué hiciste? —bramó, cabreadísima—. Está llorando *todo el día,* Treyton. ¡No se ha comido un plato de comida! ¿Tienes idea de que me recorrí esta ciudad buscando sus tartaletas y no se comió NI UNA? —me gritó a la cara.

Abrí la boca, pero no me dejó hablar. *Está mal. Joder. Aurora necesita...*

No. *Aurora no te necesita a ti, gilipollas. Ella se ha cuidado sola durante años*. La parte mezquina de mi cerebro hizo un trabajo excelente con la paliza mental que empezó.

—Aurora está mal de verdad, Trey —gruñó ella—. Te juro por Dios que, si algún día vuelves a acercarte a ella, acabo contigo. Y sé que debes estar pensando "¿qué es capaz de hacerme esta metro setenta y tres?", pero ahí va: soy capaz de envenenarte mientras duermes y tú no lo vas a descubrir nunca, ni la policía. Vas directo a una morgue. Juro por Dios que...

—¿Está tan mal así? —me salió bajito y preocupado, y Chloe entrecerró los ojos, cortando su amenaza. Yo sabía que ella era heredera de una industria farmacéutica (ella solo se lo ocultaba a todo el mundo, pero Patrick hablaba demasiado), así que no dudaba ni un segundo de lo del veneno.

Solo que me daba igual. Quería saber cómo estaba Aurora.

—Claro que sí. No sé qué hablasteis, pero...

—Chloe, no fue algo que hice —dije aún bajito, sin conseguir subir el tono—. Está con el corazón roto por otra cosa.

Ella levantó una ceja hacia mí. Aurora no se lo había contado.

Aurora debía de estar pensando qué hacer, y yo lo entendía. Durante semanas, después de mi pelea con Aaron, me quedé en silencio. No les dije nada a mis padres, hasta que perdí la cabeza y lo conté todo. Me apoyaron, pero yo sabía que la situación para ella era completamente distinta.

Mucho más cruel.

Yo dudaba que alguien con su misma sangre la apoyara. Y eso tenía que doler.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Eso le toca a ella contártelo, no a mí —declaré—. Quería saber cómo está, pero creo que es mejor que yo no suba. Solo... si puedes decirle que estoy preocupado y que voy a esperar a que me hable... Por favor —pedí, incómodo.

Ella suspiró, molesta.

—No lo sé. Y perdona el arrebato. Pensé que habías hecho algo peor que mentirle —refunfuñó, desconfiada.

Solté una risa por eso.

—¿Esa parte te la contó? —me miró con odio puro, así que sí, Aurora se lo había contado—. Chloe, te garantizo que nunca más voy a mentirle. Le hice esa promesa anoche. Lo juro por lo que quieras que lo jure. Me importa. En serio.

Chloe frunció los labios, pero asintió con la cabeza, antes de quedarse rígida al ver algo detrás de mí.

Yo ya sabía quién era antes incluso de girarme. Chloe solo reaccionaría así ante una persona en el mundo.

Aaron entraba en el edificio, llevando su bolsa de entrenamiento de Scadelton y una sonrisa maliciosa en los labios. La cara bien definida y el pelo negro del hijo de puta lo hacían parecer la estrella del hockey en la que ambos sabíamos que iba camino de convertirse.

—¿Has venido a ver a la novia, Hartley? —espetó con maldad.

—Lo he parado, Aaron —declaró Chloe, mintiendo por la paz mundial.

Sonreí, cínico, hacia él.

—Al menos alguna mierda sabes hacer —refunfuñó Aaron, aún con los ojos en mí. *Joder*, cómo quería hundirle esa nariz en el

cráneo.

¿Qué mierda se creía para tratar así a cualquiera? Y más a la amiga de su hermana, joder.

Negué con la cabeza, mirando a Chloe.

—Hablamos. Ya me voy —declaré, decidiendo recular porque no quería poner a Aurora en una posición aún más complicada.

Y no quería que Arthur respirara el mismo aire que ella nunca más. Sabía que la situación era delicada. No iba a perjudicarla más de lo que ya había hecho.

Pasé junto a Aaron con un choque de hombros, que él mismo ayudó a provocar, hablando bajo:

—Olvidas que jugamos con cuchillas en los patines —gruñí contra su cara—. Yo me cuidaría el cuello.

Él sonrió, maldoso.

—Ya veremos quién va a tener que cuidarse el cuello —gruñó de vuelta—. Estoy deseando nuestro clásico este año, Hartley.

—Yo también —confirmé, pasando junto a él y saliendo a la calle. Aún le dijo algo a Chloe, pero ya no era asunto mío.

Yo sabía que, si atacaba a Aaron en la calle, si perdía los papeles con él, lo perdería todo. Sabía que estaba en desventaja financiera, política, de influencia, de carrera, de todo. Por eso nunca le había roto la cara fuera de la pista, aunque lo soñara todos los días.

Me sobresalté cuando me agarraron del cuello de la camiseta, me estamparon contra la pared del edificio de al lado, junto a unos cubos de basura, y me vi encarando a Andrew, sujetándole la camiseta por puro reflejo.

Él miró alrededor, y luego fijó los ojos en los míos.

—Te voy a decir esto una sola vez, Treyton —susurró, frío—. Si te atreves a *acercarte* a mi hermana otra vez, en especial porque quieres hacer alguna vengancita de mierda...

—No es por eso —escupí hacia su cara, cortándolo.

Me analizó, entrecerrando los ojos.

—No te creo.

—No hace falta. No confío en ti.

Me reí, cínico. Dios, cómo quería pegarle a los dos. No sabía por cuál empezaría si tuviera la oportunidad.

Andrew no me irritaba tanto como Aaron, pero saber que no había protegido a mi hermana cuando eran tan cercanos... Era un gilipollas igualito que Aaron.

Montclair respiró hondo y acercó nuestras caras hasta que casi nos tocábamos con la nariz. Sabía que no me intimidaría en esa posición, pero aun así no dejaría de intentarlo.

—Aurora necesita a alguien que luche por ella, Hartley.

—Claro. Porque tú no haces eso por ella —espeté.

Él se rió, pero vi que dolió. *Asintió* con la cabeza.

—No puedo hacerlo —declaró, y yo fruncí el ceño como respuesta —. Si no puedes meterte en esta pelea por ella, te sugiero que te apartes, Treyton. No tienes ni idea de dónde te has metido.

—Creo que sí. ¿Olvidaste que le costó la vida a mi hermana? ¿A *tu mejor amiga*?

Andrew me empujó con fuerza contra la pared, dejándome clavado allí. Podía tumbarlo con un puñetazo, pero quería saber a dónde nos llevaría esa conversación. Yo nunca había hablado con él sin que hubiera otras personas.

Y yo sabía que mi puyazo mental le había dolido. Andrew no era un tío totalmente desprovisto de escrúpulos como lo era su hermano pequeño.

—Aurora puede salirte caro, Hartley. No es un precio que estés dispuesto a pagar, confía en mí —declaró.

—¿Quién eres tú para decir eso?

Andrew giró la cara, analizándome.

—De verdad te gusta.

—Claro. He venido hasta aquí, aun corriendo el riesgo de toparme con vosotros, ¿no?

Puso los ojos en blanco y respiró hondo.

—Si te importa tanto, deberías olvidarla. Confía en mí.

—Pero no confío, Andrew. No confío ni por un segundo.

Pareció intentar calmarse mentalmente, hasta que apartó sus manos de mí.

—Entonces evita que acabe como tu hermana.

Eso me heló la sangre, y parpadeé unas cuantas veces, sorprendido por lo que había oído. Fue como un puñetazo en el

estómago.

—Si seguís así de obvios, no sé qué va a pasarle, Treyton —dijo, sonando sincero, y eso me preocupó. Nunca había visto ese lado suyo—. Me preocupo por Aurora, ojalá pudiera sacarla de esta familia antes de que fuera demasiado tarde, pero ni siquiera pude... —se interrumpió, pareciendo incómodo—. Solo... sed convincentes. Como si todo se hubiera acabado. Haz que me crea que todo se acabó, y quizá tengáis una oportunidad en el futuro. En un futuro lejano, en el que Aurora haya conseguido librarse de todo esto y en el que tú ya no estés ni en riesgo de siquiera conseguir un contrato.

Observé a Andrew Montclair con curiosidad por primera vez en la vida. Toda la insinuación de todo lo que dijo era absolutamente sorprendente. Y aún más preocupante.

—¿Por qué parece que me estás ayudando?

Miró hacia atrás, tenso, porque obviamente ya se estaba alargando.

—Solo digo: si de verdad quieres tener algo con ella, tienes que pensar en el paquete completo. Con mi hermana es todo o nada, y no creo que ella sea consciente de eso. Ni de lo que eso implica.

Yo me sentía como Aurora. Desconfiado al extremo. Entendía por qué ella tenía ese rasgo, y en especial no conseguía confiar en su hermano, justamente porque sabía de la fama de manipulador que tenía.

Andrew suspiró al ver mi mirada, asintiendo para sí mismo.

—Mis padres nunca deberían haber tenido hijos, Treyton. Solo estoy intentando evitar otra tragedia.

—La muerte de mi hermana no fue una tragedia. Fue un asesinato premeditado.

Andrew frunció el ceño y me miró como si me viera por primera vez en la vida.

—No creo que Aurora valga para ti la venganza por tu hermana. Y eso es lo que te va a costar. Una u otra.

Y, con eso, simplemente se dio la vuelta y entró en su propio edificio, dejándome con el estómago revuelto.

Andrew era un gran manipulador porque decía la verdad al influir en los demás. Igual que hizo después de la fiesta, usando los hechos

a su favor y causando un destrozo.

Pero Aurora no se merecía aquello. Y, al mismo tiempo, yo no sabía si era la persona adecuada para sacarla de esa situación. Ni siquiera estaba seguro de qué hacer para mantenerla a salvo, aunque quisiera. Yo no había conseguido proteger a mi hermana, y aquello seguía doliendo. ¿Cómo protegía a alguien que tenía la misma sangre que un asesino? Todo lo que Andrew había dicho dolía, pero era verdad.

Y, en el fondo, la pregunta implícita —y explícita, siendo justos— era obvia. ¿Valía la pena? Yo podía darle la espalda e irme, desaparecer de su vida. Podía desear que no volviera a hablarme nunca.

Los ojos azules e inciertos me miraron desde mi conciencia, y fruncí el ceño. Aurora no necesitaba a nadie para salvarla, pero quizá un empujoncito le vendría bien.

Yo iba a esperar, le daría su tiempo. Solo que no lo suficiente como para que se perdiera otra vez. Necesitaba a alguien ahí por ella. Chloe no sabía todo, quizá nunca lo supiera.

De ninguna manera esa sonrisa llena de vida iba a salir de mi vida o, peor, desaparecer del todo. Aurora merecía vivir *de verdad*.

Yo no iba a elegir entre ver a Aurora bien y vengarme por Tracey. Me las apañaría para tener las dos cosas. Mi venganza y la felicidad de Aurora, aunque no fuera conmigo con quien ella...

Era amargo. Me quemó el pecho con la idea.

Pero su sonrisa era lo que importaba, era la libertad en su cara. Y no necesariamente a mi lado.

Joder, demasiado amargo. Pero, al final, quizá nunca debería haberme acercado a ella, ni siquiera románticamente. Aurora estaba en un momento de su vida en el que cualquier movimiento podría salirle caro.

Por primera vez me pregunté si Aaron era capaz de hacer más que herir a su hermana, y por primera vez le tuve miedo de verdad. La respuesta a esa pregunta me aterrorizaba. Y me asustaba aún más que Aurora no pudiera desvincularse de toda esa mierda.

No sabía qué hacer, pero tenía un partido al día siguiente. Y, aunque todo se viniera abajo, necesitaba demostrarme a mí mismo

que mi futuro sería distinto al de mi padre.

Tenía que serlo.

Me obligué a subirme a mi moto y a no mirar al edificio, intentando borrar un poco a Aurora de mi cabeza, al menos hasta que sonara el silbato declarando el final del tercer periodo. Después, podría volver a preocuparme.



18
¿Lo sabías?

Aurora

—Me pidió que te dijera que está preocupado y que va a esperar a que hables con él.

Me limpié la cara, intentando calmarme otra vez. Ya me había dado una ducha, me había lavado la cara, había intentado ponerme unos productos de *skincare* para ver si funcionaban como una especie de terapia. Había adelantado mi terapia para el día siguiente, pero necesitaba hablar con mi abuela.

Toby estaba estable, pero la situación era crítica. Podía recuperarse o morir; era un extremo o el otro.

Como mi vida, supongo.

Trey me rompió el corazón, pero no por culpa suya. Fue porque... Por culpa de Aaron. Al final, Aaron me rompió el corazón, no Trey, pero era más fácil culpar a otra persona.

Cuando la realidad me golpeó, no pude hacer nada excepto hacerme un ovillo en mi cama y quedarme allí llorando durante horas. Chloe intentó de todo, pero no sirvió.

Aaron era un asesino. Y, sumando los hechos que tenía en la memoria, más lo que contó Trey, todo aquello era muy obvio en mi cabeza: Aaron lo premeditó. Lo planeó. Pensó qué hacer. Creo que el final de Tracey habría sido el mismo en cualquier situación; solo cambiaría el *cuándo*, si ella hubiera aceptado volver con él.

Y eso daba puto miedo. Decía mucho sobre quién era Aaron. Sobre quién era *mi hermano*. Aquello era... jodido. De una manera que dolía mucho más que una simple espinita en el corazón.

Lo dejé salir. Solo permití que todo saliera. Las lágrimas no eran exactamente por Aaron, sino por todo. Por mis padres. Por la cantidad de hematomas que acumulaba a lo largo de la vida. Por el dolor emocional, por *todo*. Chloe pidió un día libre en el trabajo; le dije que no hacía falta, pero se quedó conmigo aun así. No fui a clase.

¿Cómo vivía yo una vida que apenas era mía? La sensación de ese hecho era agria, un sabor *podrido*. A muerte, de verdad.

Mis hermanos vinieron. Andrew, en realidad, se pasó por aquí para hablar conmigo después de su entrenamiento; dijo que Treyton había aparecido, pero Chloe lo bloqueó.

Sabía que Trey estaba preocupado, pero yo necesitaba tiempo. Por mí misma. Dolía que incluso lo nuestro solo existiera por culpa de Aaron. Dejé claro a Andrew que todo se había acabado y que Trey me había hecho daño de verdad —porque era la única explicación para que yo llorara tanto, a no ser que hubiera descubierto quién era Aaron, y yo no estaba lista para tener esa conversación con ninguno de ellos—.

Tenía miedo de a dónde nos llevaría esa conversación. De lo que haría conmigo misma.

Eran las nueve de la noche. Mi abuela quizá ya estuviera dormida, pero me pasé los dedos por la cara y aun así la llamé, colocando el móvil en el escritorio en la esquina de mi habitación.

Me contestó aplicándose un producto en la cara, risueña.

—Por fin, ¿eh, Aurora? ¿Qué pas...

Se le fue el color de la cara al ver mi rostro.

—¿Qué ha pasado, mi amor? Dejó de ponerse la crema y sujetó la cámara, observándome atentamente en la pantalla.

Los hematomas en mi piel no eran nada comparados con cómo habían estado, pero aún quedaban algunos restos. Eso fue lo que Trey llegó a ver. Eso era lo que veía mi abuela. Mi padre me había reventado la cara, al fin y al cabo, sin contar el resto del cuerpo.

—¿Sabías que Aaron mató a una novia y mis padres encubrieron todo? —solté de golpe, atragantada.

Se apoyó en la encimera, e inmediatamente me sentí una mierda. No había tenido en cuenta que mi abuela quizá podía encontrarse mal. La vi respirar hondo y temblar; la propia cámara casi se le cayó.

—¿De qué estás hablando, Aurora? Su voz sonó sombría, asustada.

—Aaron mató a Tracey Hartley, la hermana mayor de Trey, el tío con el que yo estoy... tengo, o tenía, yo qué sé, algo. Y mis padres lo compraron todo y encubrieron su muerte. Aaron se fue de rositas.

Mi abuela había perdido el color de la cara.

—Cariño, eso es una acusación grave, ¿cómo...

—¿Lo sabías? —insistí, y ella negó, llevándose la mano libre al cuello, como si se estuviera encontrando mal.

—Explícame esta historia, Aurora, por favor —pidió en un susurro.

Me mordí el labio, sintiéndome mal por ella, pero al mismo tiempo ya no tenía a nadie más. Nadie iba a entender cómo me sentía; solo ella.

—Abuela, antes de nada necesitas prometerme que no vas a hacer nada, que hablarás conmigo antes de hablar con mi padre.

Asintió, como si estuviera ida.

—Cuéntame esa historia primero, y después hablamos de lo que *vas* a hacer.

Tragué saliva, pero tomé aire y se lo conté todo. Incluso las partes dolorosas de que Trey me hubiera usado.

Cuando terminé, ya llevábamos media hora al teléfono y mi abuela se había calmado, pero parecía preocupada. Seguía un poco pálida, pero había bebido un poco de agua mientras yo lo contaba todo, así que estaba mejorando.

—Cariño, voy a darte un consejo que yo misma voy a seguir —dijo con suavidad, y supe que estaba reflexionando mucho sobre toda la situación solo con ver su cara pensativa. Mi abuela era inteligente, de una manera que solo lo es alguien que ha *vivido*—. Finge que no sabes nada, que lo de Trey y tú se ha acabado, y, sobre todo, garantiza tu propia seguridad. Aaron es un chico peligroso, aunque sea tu hermano, y tu padre es un monstruo. Sé cómo lidiar con los dos, pero necesito tiempo, y tú necesitas estar segura. No voy a arriesgar tu seguridad.

—Abuela, necesitas descansar y disfrutar de la jubilación —alegué, seria.

Eso era un problema mío, no suyo. Yo solo necesitaba soltarlo con alguien, desahogarme con una persona que me entendiera.

—Nunca descansaría ni disfrutaría de mi jubilación sabiendo que mi nieta está en esta situación. Tus padres son terribles, los odio por eso, pero tu padre es mi hijo y me ocuparé de él en el momento adecuado. Si repite lo que te hizo, avísame. Me las arreglaré para

enterarme de tus heridas "sin querer", y él comprenderá lo que significa sentir *miedo* —amenazó con frialdad—. No te preocupes más por Arthur, ¿vale, cariño?

Asentí, incómoda.

—Ahora, sobre mantenerte segura, voy a abrir un fondo en mi banco para ti. Voy a pedirle a mi gestor que haga una visita a Boston... ¿Mañana te viene bien? Vas a necesitar firmar algunas cosas y...

—¿De qué estás hablando, abuela? —la interrumpí, perdida con el hilo de su razonamiento.

—Considéralo un seguro, cariño. Si algún día necesitas huir, empezar de cero, es tuyo. Tus padres deberían darte ese tipo de seguridad, pero ya que crié mal a un hijo, lo haré yo misma.

Apreté los labios.

—Abuela, no creo que haga falta tanto.

—Hay un dicho popular, cariño, es muy simple: "Más vale prevenir que curar". Prefiero dejar el dinero parado, sin que lo uses nunca, a no darte esa seguridad y... —Se le apagó la voz—. Considéralo un seguro de vida. Si no lo usas nunca, ya tienes pagada la universidad de tu futuro hijo.

Eso me hizo reír, negando con la cabeza.

Ella me sonrió.

—Ven a visitarme cuando puedas, por cierto. Solo dime qué día puedes y mando a Elisabeth a comprar los billetes para ti. Te echo de menos.

—Yo también, abuela. Y perdón por mantener todo esto...

—Lo entiendo, cariño. Nunca te juzgaría por tener miedo de decir las cosas. Solo tú puedes decir cómo te has sentido estos últimos quince años de abusos, porque eso es lo que sufriste: un abuso parental tremendo, y tus hermanos, sobre todo Aaron, se aprovecharon de eso. Te quiero muchísimo, mi amor, y me hace muy feliz que estés saliendo de esa posición difícil y plantándote. El cambio duele, pero al final vale la pena. Solo necesitas tener un poco de cuidado en este momento.

Asentí, incómoda, mientras me mordía el labio.

—Y sobre el chico... —retomó el tema con una sonrisa en la cara —. Dale tiempo al tiempo. Te hizo daño, pero sus motivos son explicables y comprensibles. Claramente parece arrepentido de lo que *pensó* en hacer.

—Solo me duele ser, una vez más, la sombra de mis hermanos, abuela. Una vez más fue todo por culpa de ellos.

—Dudo que haya *seguido* siendo por culpa de ellos. El chico parece que le gustas.

—Solo nos liamos durante una semana, abuela.

Ella se rió.

—Cariño, ¿sabes cuánto tiempo de novios llevábamos tu abuelo y yo cuando pagó mi fianza?

Negué con la cabeza, desconfiada. Ella dibujó una sonrisa pícara.

—Treinta y seis horas. En los sesenta. Si eso no es prueba suficiente de que el tiempo es subjetivo para que te guste alguien, ya no sé cómo decirte que ese Trey merece que consideres darle una segunda oportunidad.

—Lo sé. Sé que acabaré superando esto también —expliqué, inquieta—. Pero ¿y todo lo demás? ¿Y si mi padre se entera otra vez?

Mi abuela se encogió de hombros.

—Miente. Eres mi nieta. Deberías saber mentir bien, al menos un poco.

—¡ABUELA! —protesté, horrorizada.

Ella sonrió con malicia.

—Vive tu vida, mi amor. Aunque sea a escondidas por ahora. Aunque tengas que saltar ventanas, ser detenida, cometer atentado al pudor...

—No hace falta tanto.

Soltó una risita, pero me guiñó un ojo.

—¿Estamos de acuerdo en fingir que ninguna de las dos sabe nada?

Asentí con la cabeza.

—Perfecto. Entonces, a partir de ahora, voy a empezar a reunir pruebas contra tu hermano y tus padres. Yo misma voy a meter a ese mocoso mimado e inútil entre rejas.



Rojo. Había rojo por todas partes.

Me ajusté la gorra sobre el pelo y bajé las mangas de la camiseta negra que había cogido de mi propio armario, ocultándome los brazos mientras caminaba entre la afición del Boston College. Había conseguido una entrada a última hora, y solo porque Patrick le había dado una a Chloe, que no pensaba ir ni de coña, pero movió sus hilos para fingir que yo estaba con ella en mi propio apartamento. Si aparecía alguno de mis hermanos, yo estaba durmiendo, deprimida, y ella estaba de guardia comiéndose mis palomitas.

No me sentía mucho más deprimida.

Los colores de Boston eran el rojo (predominante) y el amarillo cuando jugaban fuera de casa. Northride, en cambio, iba con su habitual azul y rojo. Yo había llegado justísima de tiempo y llevaba una gorra amarilla, intentando pasar por alumna de Boston.

Solté el aire al meterme entre la gente, escondiéndome allí en medio del ruido que era un partido de hockey. En general, los pabellones son fríos y, cuando están vacíos, incluso dan miedo. Hielo y oscuridad siempre juntos, pero en días de partido, aquello parecía muy distinto.

Era cálido. Ensordecedor. El pecho vibraba. Las aficiones oficiales de las dos universidades con todo su esplendor de colores y sonidos. La banda de Boston College hacía retumbar el himno del colegio antes del partido. Era tan alto que el sonido iba y volvía por el pabellón.

Yo nunca había entrado en el pabellón de Northride, pero era bonito. Como cualquier otro pabellón universitario, en realidad; lo que cambiaba era que en el techo tenían colgadas las camisetas de

su equipo, en pancartas enormes. "*Hartley 19*" estaba allí, justo en el centro. Me acomodé con mi bolsa de snacks, poniéndola delante de la cara por si alguien miraba demasiado o una cámara me enfocaba, y esperé a que empezara.

Trey estaba en la línea. La camiseta 19 brillaba; se echó el pelo hacia atrás durante el himno. La mascota —el toro— bailaba delante de algunos estudiantes, al otro lado del pabellón, y yo veía algunas caras conocidas en el banquillo.

Yo solo había visto partidos de mis hermanos. Probablemente ya habría visto alguno contra Northride, pero, siendo sincera, yo pasaba la mayor parte del tiempo en el pabellón leyendo. Odiaba pisar el hielo. No me había vuelto a poner unos patines desde que mi madre aceptó dejar la tortura que era intentar convertirme en patinadora profesional.

Northride era buena, joder. En cuanto el disco tocó el hielo, fueron con todo, sin vacilar. En segundos, Trey ya estaba demasiado cerca del portero de Boston, pero no consiguió meter gol y se llevó un golpe contra la pared de cristal.

Y el partido siguió así, sin grandes interrupciones. Nathan era buenísimo también, y Thomas, en el banquillo, parecía retorcerse cada vez que el entrenador hacía cambios, queriendo volar al hielo. Era un vaivén de jugadores de la hostia, y de vez en cuando las penalizaciones daban *power plays*[10] a Boston o a Northride.

Cuando me di cuenta, estaba gritando por Northride entre dos brutamontes de Boston que intentaban gritar más alto que yo. Yo le gritaba órdenes a Treyton, como si de verdad fuera a oírme, y me pillé riéndome sola al sentarme y relajarme en la silla.

Me di cuenta de que es diferente cuando te gusta alguien, sonriendo justo a tiempo de pegar un bote en la silla, porque el otro atacante de los *Northride Bulls*[11] metió un gol.

Sonreí con tanta prepotencia que el tío a mi izquierda me lanzó una mirada asesina. Que se joda.

Northride ganó tres a uno, y salí del pabellón tan rápido como entré, desapareciendo entre la gente. Había posibilidad de que algunas personas me reconocieran, y yo no necesitaba eso.

Chloe me había hablado de la visita de Trey y de la pequeña discusión que tuvo con él y, justo después, con Aaron, además de todo lo que él dijo. Estaba preocupado por mí, y lo estuvo aún más cuando ella abrió la boca sobre mi estado mental. Yo también estaba preocupada por él. Pero aún dolía. Yo lo entendía, de verdad, comprendía sus motivaciones y entendía lo que había causado aquello, pero no dejaba de ser una estupidez. Y no dejaba de hacerme daño.

Estaba casi en casa cuando mi móvil vibró:

> Patrick me dijo que Chloe usó su entrada. Pero le mandé un mensaje y me dijo que estaba contigo.
> Mandó una foto de tu tele y todo
> Pero no un *selfie* de vosotras
> Curioso
> Apostaría a que sabes que ganamos
> Hice un gol precioso, ¿a que sí?

Ignoré los mensajes de Trey, intentando no sonreír mientras seguía hacia casa. Chloe fingió haber salido conmigo y me encontró en la esquina de aquí cerca, y volvimos cargando con un pedido de perritos calientes que yo había pasado a recoger.

Me crucé con Andrew en la entrada del edificio, llegando del entrenamiento de Scadelton, pero no dijo nada. Si sospechó, no abrió la boca.

Yo seguía enfadada con Trey, pero sabía que al final lo perdonaría. Mi abuela tenía razón en todo lo que dijo. Y yo quería verlo jugar. Esperaba que Trey consiguiera mantener la cabeza en su sitio, y él hizo exactamente eso.

Yo estaba genuinamente feliz por Trey. Por lo que yo sabía, necesitaba demostrarse ese año y el siguiente; de lo contrario no habría carrera después de la universidad. Yo esperaba que lo lograra.

Uno de los goles fue suyo, aunque Treyton también se comió sus cinco minutos de penalización después de meterle un codazo a un rival. Y después un empujón. Y entonces casi se enzarzan, pero los

árbitros los sujetaron antes de que consiguieran arrancarse los propios guantes[12].

Trey estaba estúpidamente guapo cuando se enfadaba. Debería ser un delito.

Chloe me dio un empujón en cuanto cerré la puerta de mi apartamento.

—*Los ojos... no mienten*... —provocó, partiéndose de risa, mientras yo la empujaba de vuelta, incómoda.

—Solo me gustó el partido, ¿vale?

—*Ahaaaaam, el partido.*

Puse los ojos en blanco, risueña, y abrí nuestra comida, dándole su pedido.

—¿Vas a perdonarlo? —preguntó, sentándose en la encimera al lado de su comida.

—Con el tiempo. Entiendo por qué hizo lo que hizo, pero necesito tiempo de verdad. Hay algunas cosas...

—Que no me has contado...

—Que necesito digerir —terminé, viendo su sonrisa—. Son cosas sobre mi familia. Y no lo llevo bien, ¿sabes? Sé que estás curiosa, pero...

Ella me sonrió.

—Lo entiendo, amiga, de verdad. Nadie se lo cuenta todo a todo el mundo, yo incluida; respeto mucho eso. Estoy contigo y, si quieres desahogarte, aquí estoy. Pero me alegra muchísimo verte sonreír otra vez. Ayer dio miedo.

Asentí con la cabeza.

—Necesitaba soltarlo. Pero cuéntame, ¿y Patrick?

Ella bufó, despectiva, con un gesto de ojos en blanco.

—Le gustó la follada, y obviamente quiere repetir. Pero yo qué sé, es normalito.

—¿De tamaño o de rendimiento?

Soltó una carcajada. Eso me hizo sonreír. Chloe realmente tenía el aura de una actriz de Hollywood. Daba gusto verla. Iba a llegar.

—¿De ambos? —sugirió—. Es que no creo que valga el dolor de cabeza. No me gusta liarme con deportistas por un motivo, y al final

siempre acaba siendo un dolor de cabeza.

Me miró como si yo fuera la prueba viva de eso, pero ella me ayudó a acercarme a Trey, así que no podía juzgarme.

—¿Qué te parece si vemos *La idea de ti*? No me va a dar tiempo a volver a la residencia, y tengo muchas ganas de ver al buenorro de Nicholas Galitzine liándose con Anne Hathaway; aún no he visto esa peli. —Hizo un puchero.

Solté una risa.

—¿Has pensado que algún día podrías ser tú actuando con el tío?

Sonrió de oreja a oreja.

—Sueño con eso todas las noches, cariño. No subestimes mi imaginación. —Me guiñó un ojo—. Voy a hacer las palomitas. Por cierto, tienes que comprar más.

Negué con la cabeza mientras me dejaba caer en el sofá.

Y confirmé mi punto al ir al partido de mis hermanos al día siguiente: no era lo mismo. Yo quería animar a Trey. Y, de todas formas, no quería verle la cara a Aaron ni aunque se hubiera convertido en un santo.

Y Scadelton perdió. Después de dejar a medio equipo en el banquillo porque Aaron se volvió loco con un pijo de la otra universidad y empezaron una pelea fea.

Ese tío no era mi hermano. Aaron murió para mí el día que mató a Tracey.



Toby recibió el alta el sábado por la mañana. Había hablado con el refugio de animales durante la semana, les expliqué su situación y dejé claro que seguiría ayudando económicamente, pero no podía quedármelo.

Lloré a mares despidiéndome de él en el refugio. Me tiré horas de un lado para otro, sin soltar la correa que había comprado, y le pedí a Judith que eligiera un adoptante que lo quisiera muchísimo.

Lloré más.

Chloe se asustó, porque pensaba que mi llanto desesperado era solo por Trey, pero al parecer Toby ya me había conquistado facilísimo, facilísimo. ¡Y él me adoraba!

Era muy grande, pero se me echaba encima, me lamía entera, incluso todo herido y remendado. Estaba mucho más sano y estable, pese a tener una patita inmovilizada y ese cono —que cambié por uno de tela que lo hacía parecer una flor en tonos caramelo—.

Yo no conté el tiempo, pero Chloe sí. Estuve dos horas dando largas para irme. Y eso que volvería por la tarde para el voluntariado —con ella conmigo—.

Incluso le pregunté a mi abuela si no quería adoptar un perro, pero sería complicado enviarlo de Massachusetts a California aún recuperándose.

Cuando llegué por la tarde, después de que Chloe y yo urdiéramos un plan interesante y una coartada firme —y yo prometiera que la ayudaría a ensayar por la noche—, Toby ya no estaba allí.

Judith parecía confundida al hablar conmigo:

—¿Eh? Pensé que tu novio te lo había contado. Se pasó por aquí hace un momento y adoptó a Toby.

Chloe se atragantó a mi lado.

—¿Treyton? ¿Metió un perro en una fraternidad?

Judith se rió de mi amiga.

—Dijo que es solo hasta que Aurora consiga convertirse en la madre. Padre, Toby ya tiene.

Se me cayó la mandíbula.

Ni siquiera conseguí corregirla y decirle que Trey no era mi novio; solo me giré y cogí los guantes de trabajo, completamente con la mandíbula por los suelos.

¿Trey adoptó un perro solo porque yo quería? ¿Qué coño estaba haciendo?

Si quería mi perdón, desde luego iba por el buen camino, pero... Dios mío, ¡era un perro entre ocho universitarios! No iba a funcionar.

Aun así, yo sonreía.


19
HARTLEY
19

19
¿Es Aurora?
Trey

—¿A quién estás intentando impresionar, Hartley? —Brian cruzó los brazos al mirar a Toby, que movía el rabo ante los ocho tíos a su alrededor, emocionado con la nueva familia.

Era precioso. Aurora se había pasado con el cono mono, pero parecía feliz.

—A nadie —dije, sonriéndole al perro.

Nathan tosió, sin conseguir disimular, hasta que Liliana apareció por las escaleras y soltó un gritito. Bajó los últimos escalones tan rápido que fácilmente podría haberse convertido en un borrón.

—¡AY, DIOS MÍO! Y se le tiró encima a Toby, exactamente como hacía otra persona que yo conocía. Lily y Aurora se parecían muchísimo en ese sentido; hasta me asustaba.

Thomas solo se rió de la novia, negando con la cabeza.

—Sé que no se lo he dicho a nadie. —Me rasqué la nuca—. Pero lo rescaté hace unos días. —Me guardé algunos detalles porque era mejor para la propia Aurora que nadie supiera lo que andaba haciendo—. Le dieron el alta antes y...

Luke negó con la cabeza hacia mí.

—Si limpias la mierda y compras la comida, por mí perfecto. Podemos hacer un turno para ver quién va a sacarlo a pasear todos los días por la mañana y por la noche. ¡Los viernes no son míos! ¡Ni los sábados!

Yo había supuesto que todas las responsabilidades serían mías. Aquello era mejor de lo esperado.

—Somos ocho, ya nos apañaremos —asintió Thomas, y Lily se reía, revolcándose con el perro en el suelo, arrancando algunas risas.

Ella ya era casi un noveno miembro de la casa, así que los tíos no le daban mucha importancia cuando se quejaba de la suciedad y soltaba: "¡Quien lo ensucie, que lo limpie! No voy a limpiar esa baba

asquerosa del fregadero" de vez en cuando. O, también: "¿Quién dejó este calzoncillo apestoso en la lavadora? ¡El de Thomas no es!".

Era muy interesante tener a una mujer cerca después de tanto tiempo sin...

Tracey.

La opresión en el pecho apareció, pero me obligué a quedarme en el presente. Tracey ya no estaba, pero los recuerdos eran *buenos*. No tenía por qué sufrir por ellos.

Sonreí a Toby, que encontró a la siguiente víctima y empezó a provocar a Edward, jugando con la mano del jugador.

—Le compré dos camitas —expliqué—. Había sido caro, pero le habían gustado aquellas en los grandes almacenes. Al parecer, al perro le gustaba el lujo. Y los juguetes. Pensé en dejar una en el salón y otra en mi habitación.

—¿Cómo se llama? —preguntó Lily.

—Toby.

—Genial, Toby, mamá va a cuidar de...

—Ya tiene madre, Lily —la interrumpí.

—¡LO SABÍA! —gritó Brian—. ¿Quién es?

Negué con la cabeza, serio y manteniendo el silencio.

—Cuando ella quiera contarlo, lo hará ella misma —declaré, intentando sonar misterioso.

Brian bufó hacia mí.

—Justo el tío que no es capaz de ocultarle nada al equipo. Suerte para ella.

—¿Es Aurora? —preguntó Patrick, curioso. *Dicho y hecho, ¿eh, Brian? ¡Ni dos segundos!*—. Desapareció después de la pelea con los dos gilipollas...

Nathan suspiró, interviniendo antes de que yo me delatara:

—Deja la basura de Scadelton en Scadelton, ¿vale? —refunfuñó, sacándome de esa.

Aaron y Andrew eran horribles, pero Chloe y Aurora estaban en esa misma universidad y eran geniales. Era un equilibrio complicado.

Patrick suspiró, pero asintió, analizándome antes de encogerse de hombros.

—Por mí, perfecto. Toby parece un tío legal.

Por lo menos lo dejaron ahí. Aurora no podía correr el riesgo de que la descubrieran. Si esos moratones eran de dos semanas antes, yo ni quería imaginar... Era difícil tragarse aquello. Su padre no le *pegaba*; Arthur *apaleaba* a su hija. Era absurdo.

—Más que tú —provocó Brian a Patrick, y empezó el empujón sano entre los tíos, con pullas por aquí y por allá.

Fácil, fácil. Por desgracia, yo sabía que conseguir a Aurora por aquí no iba a ser tan fácil como que Toby entrara en la casa.

Pero había ido al partido el jueves. Era un buen comienzo.

Al principio pensé que lo del perro era demasiado. Que no debía asumir esa responsabilidad por ella, pero, sinceramente, Andrew tenía razón en lo que dijo.

Era todo o nada. Sobre todo para Aurora. Si decidía que no valía la pena liarse conmigo o no quería, vale. Yo quería tener la oportunidad de hablar con ella y dejar claro cómo me sentía, y si aun así ella sentía que no debía, que yo era un mierda por haberle mentido y engañado, yo estaría en paz.

Y tendría a Toby. A mi madre le encantó la foto que le mandé de él en el asiento del copiloto del coche de Nathan. Como mucho, mis padres lo adoptarían hasta que yo me estabilizara después de firmar un contrato de la NHL.

Y si Aurora quisiera tomar medidas legales por la custodia del perro, yo pelearía por Toby en los tribunales. Que se joda. Yo era el padre.



Cuando empiezan los partidos, empiezan de verdad.

Sin hacer pucheros, sin cabrearte porque tu compañero de equipo tuvo más tiempo sobre el hielo que tú. Gana el equipo. O entrenas y

das lo mejor para ganar cada partido, o no quieres lo mejor del equipo.

Cuchillas afiladas. Equipo completo. Cabeza en su sitio.

Por eso, aunque no fuera un partido tan importante ni nos llevara al *Frozen Four*, sobre todo porque los partidos de la conferencia este[13] aún no habían empezado para definir quién iría a la competición universitaria que más les importaba a los jugadores —ganar la conferencia en la que estábamos metidos garantizaba el billete al *Frozen Four* inmediatamente—, todo el mundo allí sabía que dar menos que lo mejor era una estupidez.

Por eso, en la línea, yo estaba listo para llevarme esa victoria a casa. Como capitán. Como el niñito que pisó la pista por primera vez cuando apenas tenía dos añitos —sin contar las veces en brazos de mis padres—. Como el tío que tenía un sueño muy claro.

La NHL era la cima, el lugar de los atletas de élite. Para ser uno, tienes que ser el mejor. Nada menos que eso.

Pero teníamos un problema: íbamos perdiendo. Dos a uno.

Mis músculos ardían. Me negaba a dejar de bramar órdenes y, mucho menos, a dejar de estampar a los tíos del otro equipo contra el cristal de la pista. Ese partido era nuestro, aunque las probabilidades no estuvieran a nuestro favor.

Nathan volvió al banquillo porque había empujado a un desgraciado que intentó arrancarle el disco a Edward, que se llevó un empujón y perdió la jugada.

Me dolían los pies. Ya llevaba demasiado tiempo sobre el hielo, pero me negaba a soltar el hueso en ese momento. El propio entrenador lo cuestionó cuando tuvimos la pausa entre periodos, pero a mí me daba igual. Me había quedado en el banquillo todo el segundo periodo y parte del tercero, y para mí era suficiente.

Esquivé al hijo de puta del otro equipo, pasándole el disco a Thomas, que también esquivó con agilidad a otro tío y hundió el disco en la red, y sonó el silbato anunciando el gol.

Estábamos empatados.

—¡JODER! Thomas tenía los ojos muy abiertos al ver que había marcado su primer gol en la NCAA, y el equipo lo empujó en

celebración. Me costó un tiempo acostumbrarme a él sin gafas en la pista, con lentillas, pero después de tantos entrenamientos, apenas importaba.

Solté un grito de emoción por eso, dándole una palmada en la espalda mientras él gesticulaba hacia algún sitio aleatorio, probablemente hacia Lily, conociéndolo. Me llevé un golpe por la aglomeración a su alrededor, pero a nadie le importaba.

El primer gol siempre es el primero.

Solté el aire al volver a mi posición en la línea, preparándome para que el disco tocara el hielo otra vez.

—*Es nuestro*. Le hice un gesto a Nathan a mi alrededor en cuanto lo dije, y él asintió con el ceño fruncido, concentrado en el hielo y con sangre seca en la comisura de la boca.

Estábamos al final del partido; quedaban menos de cinco minutos cuando volvieron a poner el disco en juego, el sudor me corría por la piel, los músculos me ardían porque definitivamente necesitaba descansar, pero *menos que lo mejor* no era algo que estuviera en el vocabulario de nadie allí.

El comienzo de todos los partidos, sobre todo los primeros de cada temporada, era aterrador; me ponía nervioso y tenso, no sabía qué esperar de los otros equipos, cuánto habían mejorado, cuánto habíamos evolucionado nosotros en comparación, qué podía hacer yo para que el equipo creciera como equipo. Todo eso eran incógnitas que me revolvían el estómago.

Pero, pasado el primer periodo, luego el segundo... yo era solo otro toro rabioso en esa manada, listo para destrozar a cualquiera que se pusiera en nuestro camino hasta el final de la temporada.

Y hasta después.

Empujé a uno de los tíos, y en ese momento del golpe y de impulsarme hacia delante en el hielo, en ese exacto segundo en el que toqué el disco otra vez y patiné con cada vez más fuerza hacia la portería, noté que sí, ese año teníamos una de las mayores posibilidades de ganar el *Frozen Four*.

Nos llevaríamos esa copa a casa, sí. Me negaba a cualquier cosa que no fuera eso.

Aproveché esa oportunidad y hundí el disco en la portería, arrancando gritos de las gradas, de mis amigos e incluso del entrenador y del asistente, que gritaban desde el banquillo junto con mis amigos mientras me estampaban contra el cristal, marcando el gol de la remontada.

—¡COÑO! —rugí contra la cara de Nathan, chocando mi casco contra el suyo mientras Brian me empujaba y yo le devolvía el empujón.

Quedaba un minuto para acabar; no era ningún secreto para nadie que el partido era nuestro, pero sentía las manos temblarme cuando el disco tocó el hielo otra vez y Edward se lo robó al equipo rival, pasándoselo a Luke en un golpe que ni las cámaras habrían pillado por la velocidad.

Cuando sonó el silbato, todo el equipo invadió la pista, celebrando.

Si la NHL no iba a darme un contrato, yo mismo me escribiría uno. *Puta mierda*.

—¡Te están llamando capitán de oro, Treyton! —gritó Ryan, uno de los tíos del equipo que solía comerse más banquillo, mientras se me tiraba encima—. ¡CAPITÁN. DE. ORO!

Solté una risa mientras lo empujaba, oyendo el rugido de los aficionados romper la barrera del sonido que el cristal solía hacer.

—Qué título de mierda, joder.

Pero tenía una sonrisa presuntuosa en la cara mientras todo el equipo celebraba.

No pensaba en ella cuando entraba en la pista. Allí, era el hielo y yo. Pero en el momento en que sonaba el último silbato, mis pensamientos volaban hasta Aurora.

Ojalá lo hayas visto, gatita. Porque esa remontada había estado cojonuda de la hostia, *joder.*


19
HARTLEY
19

20
¿Qué tienes en mente?
Trey

Cuando empezaba la temporada de partidos, el tiempo entre comer, dormir, estudiar, entrenar y respirar era escaso. Pero nos apañábamos y lo hacíamos funcionar.

Y estaban las fiestas también. Siempre había un ratito para ellas.

La casa parecía un vertedero, pero teníamos una limpiadora que venía todos los lunes a rescatarnos durante el semestre, así que no estábamos tan mal —todavía—.

Y lo hicimos funcionar con Toby. Había un turno pegado en la nevera, y cada vez que salíamos con él, nos hacíamos *selfies*.

Peor: lo esparcieron por el campus. Ahora los tíos estaban usando a Toby para ligar con chicas. Y funcionaba. No sé cómo lo hacían, pero yo mismo ya había recibido *varios* coqueteos por culpa de Toby. Había subido una publicación trotando con él un día, y llovieron mujeres respondiendo a ella.

¿Qué les pasa a las mujeres con las mascotas? Joder.

Si Aurora supiera el monstruo que había despertado en esa casa, quizá no se habría quedado en silencio sobre la adopción de Toby. Yo tenía la información de que ya lo sabía, porque me aseguré de que Judith se lo contara cuando llegara a trabajar aquel sábado, pero aun así lo confirmé con Chloe.

Incluso probé suerte, mandándole una foto de Toby conmigo. Recibida, vista e ignorada. Al parecer, las mascotas no funcionaban para conquistar a *todas* las mujeres.

La tía era cruel. Tenía más mensajes míos *para* ella de los que intercambiaba en un mes con mi padre. Hasta era humillante. Yo nunca había pasado por eso.

Y eso que mi padre estaba siguiendo los partidos, por cierto, en las retransmisiones en directo, así que estábamos hablando bastante. *Joder*, era ridículo.

¿Por qué simplemente no lo dejaba? Aurora vendría a su tiempo, si quisiera, y aun así yo no tenía por qué gustarme tanto. ¿Qué había ahí? ¿Por qué me gustaba tanto? Apenas habíamos tenido algo, podía ser solo algo pasajero que se quedaría en los recuerdos de los dos.

Pero no conseguía simplemente soltarlo. Sobre todo, los recuerdos de su sonrisa enorme para mí. Era preciosa, no mentí con eso.

Estaba en clase de litigio complejo, considerando reventarme mi propio cráneo porque odiaba la asignatura, cuando me saltó una notificación en la pantalla.

¡NI DE COÑA!

¡NI DE COÑA!

Casi me caí de la silla y desbloqueé la pantalla del móvil al instante.

Gatita

> No voy a poder ir al partido esta noche

> Pero mucha suerte

> Marca un gol por Toby

Sonreí de oreja a oreja al ver cómo subían los tres mensajes.

¿Entonces estamos hablando? <

> Solo si quieres terminar aquella peli

> Estoy petándolo en todos los exámenes, jajajaj, dejé de estudiar

Tuve que contener el gesto de victoria en mitad del aula, porque algunos compañeros ya me miraban mal por el sacudón que pegué para coger el móvil.

Tenía una frase buenísima con ADE, pero ahora se me olvidó <

Me apunto <

> Necesito ver cuándo voy a poder salir
> Quizá tarde, T

A mí me daba igual que tardara. Entendía sus razones.
T., ¿eh?

¿Ahora yo también tengo un apodo? <
> Si te gustó, sí.
> Hay otra cosa

Fruncí el ceño porque no llegó ningún mensaje más.
Tardó tanto que casi había dejado de esperar, pero por fin llegó:

> No quería hablar hoy y menos por el partido, pero no quiero que lo descubras por otras personas

Entrecerré los ojos.
Escribió. Escribió. Escribió. Paró. Volvió a escribir.
Yo ni me mordía las uñas, pero casi empecé ahí mismo.
Por el amor de Dios, ¿en qué me había convertido? Apenas había besado a la chica, el propio Patrick advirtió que yo había cambiado —y lo que quizá me delataba era que ya no salían mujeres de mi habitación al amanecer, o que yo iba a menos fiestas e incluso evitaba el *contacto visual* con otras mujeres—, pero era obvio que yo ya no era Treyton Hartley, el capitán ligón del equipo de hockey de Northride.
Yo sabía que la fama iba por delante y algunas personas estaban confusas, porque no aparecí con novia, pero... Simplemente no parecía lo correcto. Aurora necesitaba tiempo, pero yo no tenía por qué ser aún más hijo de puta y salir follándome a otras por ahí, como si no me importara.
No es que una cosa fuera lo contrario de la otra, pensé. No era un santo. Solo decidí que no valía el riesgo de perderla.

> Estoy saliendo con otras personas.

Se me borró la sonrisa. Juro que sentí como si acabara de perder el *Frozen Four* otra vez, por tercer año seguido.

Idiota, haciéndolo todo por una mujer de la que ni siquiera sabes qué siente.

Joder, ella estaba...

Aparecieron más mensajes:

> Es la única manera de que mi padre crea que superé el principio de lo nuestro.

> Si siquiera lo sospecha... No quiero pensarlo.

Corté mis propios pensamientos, entrecerrando los ojos.

Tenía más sentido y también me dolió menos el ego.

No era porque no le interesara; era porque necesitaba protegerse. Podía superar eso. Y ella lo estaba llevando como podía, además de estar siendo clara conmigo.

> Andrew sospechó que fui a vuestros partidos.

> Aaron es difícil de manejar y se descontrola con cualquier mención de Northride. Está complicado.

> Sé que no es lo ideal, pero fue la única manera que encontré de que nada pareciera sospechoso. Por eso no puedo ir esta noche. Quedé para una cita doble en la que todo el mundo me va a ver.

> Es en una cafetería pija. El tío ni siquiera supo elegir el sitio. Ridículo.

Respiré hondo y solté el aire, intentando tragarme su lógica porque tenía sentido. Y Andrew... había sido bastante claro conmigo. Dudaba que le hubiera dicho lo mismo a ella, pero entendía el miedo de Aurora. Joder, ella podía perder mucho más que yo por liarse conmigo.

Aun así, yo quería, pero al final la decisión tendría que salir de ella. Aunque yo quisiera protegerla de esa situación, no tenía poder suficiente para eso.

Pero me gustaba que se estuviera quejando del gilipollas conmigo. Era un comienzo genial para el equipo Treyton. Y el equipo

Treyton iba a ganar.

> Di algo, por favor

Está bien. En serio. Me gustó el apodo. <
Solo estoy digiriendo que soy el amante <

Me imaginé su sonrisa y acerté, porque me mandó una risa enorme.

> Estoy siguiendo el consejo de mi abuela. Me dijo que viva, aunque tenga que esconderme por ahora. Sé que no quieres nada serio, pero me gusta cuando estoy contigo.

Yo no *quería* nada serio. Ahora mismo me preocupaba más asegurarme de que estuviera bien y a salvo, y no me estaba comiendo la cabeza con etiquetas. Pero no podía negar que sería divertido tener una compañía asegurada para ver esa peli con sátiros, guerras dirigidas por niños y todo el concepto de las películas que ella quería obligarme a ver.

También me gustaba saber que estaba en las gradas, en algún sitio, escondida, animándome. Me gustaba pensar que quería gritar mi nombre.

Y no solo en un pabellón, por cierto. Tenía muchas ganas de que gritara mi nombre.

¿Consejo de tu abuela? <
A mí también me gusta cuando estoy contigo, gatita. <

Yo estaba genuinamente curioso. Y contento por su mensaje.

¿Cabreado porque otro tío le pondría las manos encima? Por supuesto. Ojalá fuera un jugador de hockey de Scadelton. Iba a triturarlo vivo en la pista.

¿Y si era de otro equipo de la conferencia este? Tenía que descubrirlo.

¿Chloe me lo diría o seguía enfadada por su amiga? Si Aurora ya me había perdonado, Chloe también debería estar bien, ¿no?

Eso esperaba, porque estaba a punto de ir a buscar información a la fuente.

> Se lo conté todo

> Tengo mucho que contarte. Tengo que irme ahora. Quedé para comer con unas compañeras. Manda más fotos de Toby.

Y con eso desapareció otra vez.

¿Su abuela lo sabía *todo*? ¿Todo de verdad? ¿Y cómo es que yo nunca había oído hablar de esa persona? ¿Era la madre de Arthur? ¿O era por parte de su madre?

Quizá porque solo compartisteis una semana de besos... Puse los ojos en blanco ante el Treyton irónico que rondaba mi mente, volviendo a prestar atención a la profesora gruñona de ahí delante.

No sin que se me escapara una sonrisita feliz. Yo era un hombre nuevo.

Se había acercado otra vez. Que se joda que otro tío estuviera con ella mientras yo estuviera en la pista. Era a *mí* a quien quería.

No es que eso me impidiera reflexionar sobre qué haríamos con *aquello* entre nosotros, incapaz de definirse en ese momento, pero también imposible de dejarlo pasar sin más, de fingir que no existía. Porque existía, sí. Y yo la quería mucho en mi cama, riéndose en mis brazos.

Y tampoco me impidió empezar algunas peleas en el hielo.

Empecé varias. Solo porque quería desquitarme con alguien.

Y me obligué a no llevar al equipo a la cafetería en la que imaginé que estaría, después de ganar también ese partido. Necesitaba aceptar que, hasta que ella consiguiera lidiar con su propia familia, ellos de verdad no podían ni imaginar que teníamos algo, cualquier cosa que fuera. Fuera lo que fuera aquello, o en lo que se convirtiera.



—Treyton, prométeme que solo estás mirando —pidió Nathan por la llamada—. *No me puedo creer que estés haciendo esto.*

—Ni siquiera entré en la cafetería —prometí, en serio.

Era su tercera cita desde que me avisó, todas con tíos distintos, y ninguno era yo. Aurora estaba intentando cuadrar algo, pero entre los exámenes y las tareas de Chloe, no conseguía ninguna coartada fuerte. No conseguía ni ir a los partidos, y yo podía ver lo retraída que estaba.

Podía ver que lo estaba intentando, y me mataba ver que eso no era suficiente para ver su sonrisa y sus ojos brillantes. Dolía que la Aurora sonriente y feliz estuviera escondida detrás de la cara seria y de expresiones calculadas. No me gustaba esa versión suya, pero sabía que era una forma de protegerse.

La había visto cuando ella y el gilipollas llegaron en el coche pijo del hijo de puta, y era precisamente por ese tío por lo que estaba preocupado. Michael era un hijo de puta, sin contar las provocaciones al propio Aaron por ella. Era peor que todo nuestro equipo junto. Ella obviamente no debía saberlo, y si lo sabía, creía que podría librarse, pero yo sabía que las historias con él eran más complejas que eso. Nada tan extremo como el abuso, pero el tío era capaz de hacer daño.

Y no, no iba a pasarle nada.

—No me puedo creer que estés haciendo esto.

—Solo estoy preocupado.

—Se nota. Voy a salir a correr con Toby; cualquier cosa, avísame, me llevaré el móvil.

—Vale. Pero creo que puedo triturarlo yo solo —comenté, observando los ventanales amplios de la cafetería y viéndolos a los

dos dentro, hablando.

Aurora parecía incómoda, pero las pocas veces que la había visto en los últimos días, siempre estaba incómoda. Era una tortura verla así y no poder hacer nada.

—Evita liarte a hostias. Si el tío llama a la policía, estás jodido.

—Lo sé —refunfuñé, colgándole en la cara.

Salieron antes de lo que yo esperaba. Aurora gesticulaba, algo tensa, explicándole algo. Él tenía los ojos en sus tetas, sin importarle apenas lo que ella decía, aunque ella parecía concentrada. Aurora se había puesto una blusa cerrada, por cierto, y probablemente a propósito.

Me sentí un capullo por notar que la ropa que llevaba cuando salía conmigo era bastante más relajada —y enseñaba mucho más —.

Sin contar con el cárdigan. Aunque las otras prendas más cerradas no pegaban con ella, el cárdigan sí le pegaba. Los shorts rotos que llevaba daban una sensación desenfadada que me gustaba mucho, aunque la viera abrazarse a sí misma por el viento frío; al fin y al cabo, ya estábamos a mediados de octubre.

El gilipollas ni le ofreció su propia chaqueta. Ella claramente tenía frío.

Él la agarró de la muñeca, tirando de ella hacia él, pero a ella se le endureció la expresión, pareciéndose al instante a Andrew y lanzándole la mirada fría del hermano mayor.

A Michael le iban a dar calabazas. Y de las feas.

Ella se apartó, intercambiaron unas palabras y ella gesticuló con el índice, como si discutiera algo. Él entonces levantó las manos, puso los ojos en blanco y se giró, dejándola allí plantada con las cejas levantadas.

Michael simplemente se metió en su coche y se largó. Así, sin más.

Creo que acababa de quedarse sin coche. *Qué pena*. Yo no podía estar más *triste* por Michael.

Cogió el móvil, hizo un puchero mientras escribía algo; luego se detuvo, frunció el ceño y analizó su propia situación. Miró alrededor, y yo ya sabía lo que iba a pasar.

Mi móvil vibró en el bolsillo de la chaqueta que llevaba puesta y sonreí al ver un mensaje suyo.

> ¿Estás libre esta noche? Ahora, precisamente.

Lo estoy. ¿Qué tienes en mente? <

Probé, pasándome la lengua por los labios.

> Nada del otro mundo. Acabo de darle calabazas a un tío.

Lo sé, gatita. Me encantó lo que vi.

No pidas un coche. Échale un vistazo al aparcamiento. <

Parecía confundida al leer mi mensaje, hasta que se dio cuenta y levantó la cabeza, buscándome. Cuando me vio montado en la moto, con el casco sobre la pierna y sonriéndole, negó con la cabeza mientras echaba a correr un poco y se acercaba.

—¿Qué haces aquí, Trey? Como un *stalker*, por cierto —dijo, y yo me reí.

Ah, esa sonrisa. Creo que era por ella por lo que no conseguía olvidar esta historia. Y sabía que, incluso después de acostarme con ella —si llegábamos ahí—, seguiría queriendo más. Me conocía lo suficiente como para no engañarme en eso.

Aurora había conseguido clavarme las uñas afiladas en el corazón, como un gato agarrando un dedo.

—No te seguí en las otras citas, pero no confío en Michael —declaré—. Solo quise asegurarme *a distancia* de que todo iría bien contigo. Y entonces...

Ella me sonrió, y le di un golpecito al casco, entregándoselo.

—¿Y uno para ti? —preguntó, confusa.

Me encogí de hombros, me quité la chaqueta y también se la di, y ella bufó, pero se la puso y se acomodó dentro, mientras yo le ayudaba a abrocharle el casco bajo el cuello. Era malísima en eso.

—¿A dónde vamos? —preguntó, subiéndose a la moto y apretándome, y se me dibujó al instante una sonrisa en los labios.

¿Quién diría que la noche acabaría así?

—Yo también te echaba de menos —canturreé, oyendo su risa deliciosa.

—¿A dónde vamos? —insistió, juguetona.

—Ya lo verás. Tengo una idea.

Bufó, pero se acomodó y me apretó más fuerte, distinta de la primera vez que habíamos estado en esa misma posición.

—Tenía ganas de verte —dijo bajito, antes de que yo arrancara—. Pensé que era obvio.

Menos mal que no pudo ver mi sonrisa convencida.

En segundos, ya aceleraba por las calles de Boston, cruzando la línea invisible que separaba Scadelton de Northride, entrando en mi territorio.

Soltó una risa en cuanto giré y entré en la zona de nuestro pabellón. Fui a la parte de atrás del aparcamiento, dejando la moto escondida antes de apagarla. Aurora se bajó, se quitó el casco con dificultad y se soltó el pelo del moño mal hecho a última hora, analizándome.

—¿Vas a enseñarme a patinar? —bromeó, porque ya lo sabía—. ¿Cómo vamos a entrar?

Me reí bajo, tirando de ella por la chaqueta y metiendo la mano en uno de los bolsillos con cremallera, sacando el llavero.

—Soy el capitán, *gatita*. Claro que tengo las llaves.

Ahí estaba la sonrisa. El brillo en los ojos que me hacía querer besarla. Yo definitivamente me estaba enamorando de ella, pero creo que Andrew tenía razón al decir que con Aurora era todo o nada.

Y, como quería besarla, no me contuve e hice exactamente eso. Tiré de ella por mi propia chaqueta y la besé con las ganas que tenía desde que dije la verdad y ella me creyó.

Se quedó un poco atontada cuando me aparté, como siempre se quedaba después de un beso así, y me sonrió de lado.

—¿Qué más llevas en el bolsillo, capitán? —bromeó, y yo me reí al tirar de ella hacia dentro del pabellón.

Yo nunca había hecho aquello. Claro que me había quedado hasta tarde entrenando solo, pero ¿llevar a alguien al pabellón, encima después de que todo estuviera cerrado y sin que el entrenador lo supiera? Podía joderme con eso.

Y me daba igual, como un idiota, solo porque Aurora soltó una risa cuando metí la llave en la puerta trasera, y hasta la sentí abrazarme por detrás.

A mí definitivamente me daba igual que nos pillaran.



21
¿Qué harías?
Aurora

Trey y yo nos colamos por una puerta trasera. Metió la contraseña de una alarma y la desactivó por completo, mandándole un mensaje al entrenador del equipo y avisándole de que se había olvidado una pieza del equipamiento, porque le llegaría un aviso sobre la alarma.

—Tenemos media hora —declaró, tirando de mí por detrás de las gradas, corriendo.

Yo sonreía, pero estaba aterrorizada.

Eh, solo hazlo, Aurora. Él no está cometiendo nada ilegal ni malo, ni tú.

Había jurado no volver a pisar una pista, pero aquello era distinto. Era diversión. No había nada serio ni de entrenamiento. Era solo diversión, *nada más*; me obligué a meterme eso en la cabeza.

Se agenció un par de patines de la sala del equipo femenino, birlándoselos a la jugadora número seis con un "con permiso" al abrir su taquilla, y en segundos ya se estaba poniendo los suyos en los bancos del vestuario masculino vacío, delante de su propia taquilla con su nombre enorme arriba. Con solo una luz encendida para nosotros dos, me puse los patines con calma. Era diferente de los de patinaje artístico, porque servían para propósitos distintos, pero iba a funcionar igual.

Pero no conseguía atarme los patines. Me quedé bloqueada mientras apretaba el cordón, tragando saliva. Trey acababa de terminar los suyos, con más práctica que yo, y me miró, frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa, Aurora?

Puse una mueca, incómoda.

—La última vez que me puse unos patines, le dije a mi madre que no volvería a pisar una pista —expliqué, apartando la mirada de los suyos.

Ya no eres una niña. Solo ve y hazlo.

Se paró delante de mí, se arrodilló y me miró, buscando mi mirada.

—Si no quieres, podemos hacer otra cosa. Pensé que sería guay y...

—No, no —interrumpí, notando cómo me ardía la cara—. Está bien. Solo necesitaba tomar aire.

Asintió, aún desconfiado, y terminó de atarme los cordones él mismo. Se rió cuando me quejé de que parecían más pesados, porque lo eran. *Propósitos distintos*.

Me quité los protectores de las cuchillas en el borde de la pista, mientras Trey abría la puertecita después de encender unas pocas luces, con cuidado de que no se pudiera ver desde la calle, y entró primero.

Teníamos la pista solo para nosotros, y era casi mágico ver algunos puntos con las luces encendidas sobre el hielo, mientras las gradas seguían en penumbra.

Entré justo después, soltando el aire y acomodándome el abrigo, hasta que me di cuenta de que él solo llevaba la camiseta de manga larga.

—¿No tienes frío? —pregunté, parada sobre el hielo, y él sonrió.

—No. Costumbre. Quédate con el abrigo.

—Genial, porque... —y estornudé.

Se rió a carcajadas, asintiendo.

Frío y oscuro. Como dije.

Sonrió al empezar a patinar hacia atrás, llamándome con los dedos; yo bufé, pero tomé impulso y pasé rapidito a su lado, oyendo su carcajada.

—¿¡Pero qué!? —protestó.

Me di la vuelta, patinando de espaldas sin siquiera mirar el camino y negándole con la cabeza.

—¡Deja de humillar a un simple jugador de hockey! —advirtió. Como si no fuera capaz de adelantarme, y más con esos patines.

Me reí con ganas, bajando la velocidad y dejando que me alcanzara. Era diferente con los patines de hockey, pero no imposible y, de todas formas, Treyton solo estaba intentando que yo me sintiera cómoda; podía verlo.

—¿Aún te acuerdas de algún movimiento? —preguntó, curioso, mientras patinaba hacia atrás, de cara a mí.

Me encogí de hombros.

—Algunos. Pero soy realmente mala. Nunca conseguí hacer nada tan bueno como las otras chicas. Llegó un punto en el que mi madre entendió que yo no había nacido para eso, como mis hermanos nacieron para el hockey.

Asintió, analizándome.

—Haz algo. Quiero verlo. No tiene que ser nada del otro mundo. Desde que descubrí que tú también creciste en la pista, me dio curiosidad.

Puse los ojos en blanco.

—Trey...

—¡En serio! Tengo curiosidad. Cualquier cosita, no tiene que ser nada del otro mundo.

Suspiré, negando con la cabeza mientras empezaba a patinar hacia atrás, viéndolo sonreír abiertamente.

Entonces apoyé el cuerpo en la punta del patín, salté y giré, cayendo sobre el otro, levantando la pierna que no tocó el hielo. El movimiento fue tembloroso, no tuve firmeza, pero al menos caí bien.

Trey aplaudió.

—¡No me creo que hayas hecho un *Lutz* sin ni siquiera prepararte! —gritó por la pista, patinando hasta mí.

—Tú cono... —Se me apagó la voz al darme cuenta—. Conoces los términos.

Sonrió, asintiendo.

—Sí. Mi hermana entrenaba bastante en casa, y a mí me parecía interesante cómo simplemente iba saltando por toda la casa —explicó—. Estuvo genial, Aurora.

Me encogí de hombros, y él tiró de mis manos, dándome un giro sobre el hielo antes de frenarse en el mismo sitio.

—En serio. Si hubieras seguido entrenando, hoy serías profesional sin problema.

Solté una risa.

—Excepto por la parte en la que odio acordarme de los entrenamientos con mi madre —advertí. Él me agarró por la cintura,

asintiendo y apretando mi cuerpo contra el suyo.

—Me lo imagino. Mis padres nunca quisieron entrenar a mi hermana; siempre tuvo una entrenadora, porque no querían exigirle demasiado como padre y madre.

Sonreí de lado, asintiendo.

—Yo tenía una entrenadora y a mi madre —comenté, tranquila, antes de encogerme de hombros otra vez—. La entrenadora decía que iba bien, pero no era suficiente para mi madre. Se volvió insoportable en cierto momento.

Asintió, pensativo.

—Si pudieras ser cualquier persona, ¿quién serías? —preguntó, pillándome por sorpresa.

Me paré, mirando a la nada y frunciendo el ceño. *¿Cualquier persona? ¿Cualquier sueño? ¿Cualquier vida?*

—Aurora. Solo eso —sonrió ante mi respuesta—. No estudiaría Administración, desde luego que no. Seguía sonriendo y soltó una risita, pero parecía preocupado.

—¿Has pensado en Medicina Veterinaria? —preguntó—. En ese sentido me recuerdas a Lily, no sé si tú... —lo dejó en el aire.

Suspiré, asintiendo.

—No, nunca lo pensé, Trey. Tengo miedo de soñar demasiado —dije bajito.

Era verdad. No pensaba en los otros caminos que podía seguir, ya que no eran opciones, y tenía miedo de soñar demasiado con ellos y estamparme contra el muro de hormigón que me separaba de ellos.

Me acomodó los mechones rebeldes detrás de las orejas, me sujetó la cara y me observó.

—¿Qué tal si sueñas demasiado conmigo? —susurró.

Entrecerré los ojos.

—Quiero llegar a la NHL y ni contrato tengo, no me draftearon —alegó, haciéndome sonreír porque fingía bromear, pero obviamente iba en serio—. Sueño con que mi hermana sea vengada y pueda descansar. También he estado soñando despierto y dormido con esa sonrisa tuya.

—Trey... —dije, incómoda.

—No pienses en nadie más, solo en ti. ¿Qué harías? Con tu vida. Con tus sueños.

Me quedé en la punta de los patines, clavándolos en el hielo y tirando de Trey hacia un beso. Sonreía contra mis labios, profundizando el beso y sujetándome la cara, dejándome sin aliento otra vez.

—Es un buen comienzo —susurró al separarnos.

—¿Por qué no fuiste sincero desde el principio? —pregunté, hablando bajito y cohibida—. En vez de acercarte románticamente, ¿por qué no intentaste una amistad antes o...

—Porque era un plan estúpido, Aurora —respondió, sincero.

—Desde luego. Y por cierto, me cae bien Nathan por haberte dicho la verdad.

Se rió, asintiendo.

—Cuando vi lo que estaba haciendo, joder... Por eso me eché atrás aquella noche. Tenía *muchas* ganas de demostrarte lo mucho que quería estar en esa cama contigo, pero no te haría eso. No te usaría de esa manera. Quería que también fuera sincero por mi parte, como lo soy hoy.

Abrí la boca, pero él me puso un dedo en los labios, negando con la cabeza.

—Fui sincero con cómo me sentía contigo. Mis *intenciones* no fueron puras, pero mis sentimientos y mis ganas sí lo fueron. Creo que habría considerado una amistad si no me hubieras atraído, pero no fue el caso. Y desde nuestro primer encuentro, definitivamente he pensado en ti como algo *más* que las intenciones iniciales.

Asentí, suspirando.

—Lo entiendo. Ya acepté todo eso también. Pero... —se me quebró un poco la voz, porque todo lo que iba a decir dolería, pero tenía que decirlo—. Mira, Trey, no quiero ser la sombra de mis hermanos. No quiero vivir mi vida por culpa de ellos. No quiero liarme con un tío que está conmigo por culpa de ellos; hasta la forma en que nos conocimos me duele, porque fue por ellos por lo que te acercaste, no *por mí*, ¿sabes? Si siquiera quieres vincularme a ellos, ve a por ellos, no a por mí. No tengo nada que ver con

quiénes son ni con lo que hizo Aaron, y no voy a seguir siendo usada —sentencié.

Se quedó quieto, analizándome, y fruncí el ceño al dar un paso atrás, pero Trey negó, me agarró de las manos y volvió a pegar sus labios a los míos, profundizando el beso y casi derritiéndome allí sobre el hielo. Me apretó con tanta fuerza entre sus brazos que sentí la cintura latir, y no de dolor, pero aun así se quedó ahí, presionando los labios, el pecho, el cuerpo contra mí.

—Me alegro de que estemos de acuerdo —susurró contra mis labios—. Hablaba en serio. Te prometo que no volveré a mentirte.

Puse los ojos en blanco, pero él entrecerró los suyos.

—¿Lo dudas?

—Un poquito. Tengo mis motivos —respondí.

Suspiró, pero no lo negó.

—Hablando en serio, Trey, ¿por qué te gusto? Si no estás aquí por mis hermanos, ¿por qué sigues aquí?

Sonrió abiertamente, como si hubiera ganado el mundo, y eso me confundió.

—Creo que es porque está prohibido. Lo prohibido siempre está más rico —provocó, malicioso. Me reí a carcajadas, empujándole el hombro—. ¡Hablo en serio! —juró, travieso, al pasarme las manos por la cintura.

Negué con la cabeza, viendo su sonrisa.

—Siendo justo, tengo muchas ganas de lamerte enterita —aparté la mirada, sintiendo su risa golpearme la piel de la cara, su boca acercándose a mi oreja—. Y hacerte cosas que estoy seguro de que ni te imaginas. *Pero...*

Volví a mirarlo, curiosa, pese al escalofrío que me recorrió la espalda. Me sonrió, satisfecho de que lo mirara otra vez.

—Creo que lo que me conquistó fue tu sinceridad. Eres sincera de la hostia. Incluso con las bromas, los miedos, todo eso. Simplemente lo sueltas, aunque también te dé miedo hacerlo o que descubran las cosas más serias. Eso es precioso y también es raro. Y me encanta ver el brillo en tus ojos cuando estás feliz. Me encanta ayudarte a estar feliz. Me encanta cómo te emocionas con cosas pequeñas y, al mismo tiempo, te tomas en serio el rescate de animales. Lo que

hiciste por Toby fue fenomenal, y me alegro de haber ayudado. Sin contar con que claramente te importan los demás, en especial los que más lo necesitan y no tienen voz. Me gusta todo eso.

Me mordí el labio, incómoda. Aquello...

—No te lo esperabas, ¿eh? —provocó, apretando los dedos en mi cintura. Negué con la cabeza, entrelazando los dedos en su nuca, mirándole a los ojos.

—A mí también me gusta cómo eres tú mismo —dije—. Me gusta cómo te importan las cosas. Tus padres, tus compañeros de equipo. Me gusta ver tu amistad con Nathan, aunque haya visto poco. Cómo te preocupas por todo y por ser un gran profesional. Te vi en la pista y me gustó ver cómo te importa tu equipo y el bienestar de esos tíos que claramente lo romperían todo por ti también. También me gusta que no tengas ni idea de la mayoría de cosas de cultura pop...

—Me pasé toda mi infancia y adolescencia entrenando —se defendió—. ¡Y conozco *Pretty Little Liars*! —añadió, arrancándome una sonrisa.

—También me gusta lo *bueno* que estás cuando te cabreas en la pista —susurré, y continué.

—¿Ah, sí? —provocó, apretándome contra él—. Voy a empezar a pelearme más.

Me reí, negando con la cabeza.

—Por favor, no. He ido a los partidos para verte jugar, no para verte sentado en la caja de penalización.

Asintió, risueño.

—Quería saber más de ti —admití—. Sé que tu madre es brasileña y tiene una pastelería. Sé lo de tu hermana. Sé lo de tu sueño con la NHL; imagino que quieres ganar el *Frozen Four* —asintió, acomodándome el pelo sobre los hombros—. Sé que te gustó Toby.

Sonrió.

—Y que tengo una moto que me encanta. ¿Qué te parece que te enseñe a llevarla? Creo que te gustaría.

Puse los ojos en blanco.

—No podemos ser vistos en público, Trey.

Soltó una risita.

—Nadie nos va a ver. Me las apaño, solo tenemos que organizarlo bien. Todo.

—¿Y si me caigo? —pregunté.

—Te sacarás unos cuantos raspones para contar la historia —provocó.

Sonreí de lado. Él no estaba preocupado por mantenerme en una burbuja protegida sin poder vivir.

—Gracias —dije, sonriendo de oreja a oreja—. Tú y Chloe solo me dejáis... ser yo. Y lo necesito.

Me guiñó un ojo.

—Para eso, siempre puedes contar conmigo. Solo sé tú. Solo sigue sonriendo y rescatando animales. Me gusta lo que veo y sé que me seguirá gustando. Pero... —frunció el ceño, y yo lo miré con curiosidad—. No te merezco.

Solté una carcajada. Sus palabras resonaron por el lugar mientras se me juntaban las cejas.

—¿Qué mierda de locura es esa? Estábamos ahora mismo...

—No soy el tío perfecto y no voy a dejar de cometer errores, Aurora. Tengo miedo de estropearlo todo y hacerte daño cuando ahora mismo no puedes lidiar con este tipo de cosas. Es un riesgo, y sé que a veces soy un gilipollas de mierda; solo que aún no has conocido ese lado. Y tú mereces a alguien increíble, alguien *mejor* que yo; hay tíos fenomenales en esta universidad, aunque odio sugerirlo —podía ver en sus ojos lo que eso lo cabreaba; había visto su cara aquella noche al ver a Michael, parecía a punto de empezar una pelea—. Vas a encontrar a alguien que te merezca.

—No necesito a un tío fenomenal, Trey —dije—. Necesito a alguien real. No quiero a alguien increíble o fenomenal; te quiero a ti, aunque tú también seas eso. Lo que tenemos es lo bastante increíble para mí. Y no existen los tíos perfectos. Si dijeras que no tienes fallos, eso sería preocupante.

Negó con la cabeza, soltando el aire.

—Me preocupa lo que pueda pasarte si sigues vinculada conmigo, *gatita*.

Entendía su miedo; estaba aterrorizada por estar allí. Todo podía salir mal y mi padre podría... Pero no iba a dejar de vivir por Arthur.

Mi abuela me estaba ayudando, yo estaba consiguiendo llevar mejor la situación con la doctora Martínez y su PhD en relaciones familiares tóxicas, y poco a poco estaba logrando librarme de algunos patrones autodestructivos, mientras que otros eran más difíciles de reconocer.

—Tengo un plan de reserva —dije bajito—. Y estoy yendo a terapia. No quiero hacerme ilusiones, pero creo que, con el tiempo, voy a poder arreglarme con mis padres y Andrew.

Entrecerró los ojos.

—¿Aaron?

Negué con la cabeza.

—Aaron murió el día que mató a Tracey, T —sonrió por el apodo, pero tenía los ojos vidriosos—. Ya no es mi hermano. Estoy llevando las cosas como puedo, pero Aaron... Espero de verdad que pague por lo que hizo.

Yo había hablado con la doctora de cómo me sentía respecto a Aaron, y ella comentó que los vínculos familiares están sobrevalorados precisamente por eso: Aaron y yo teníamos la misma sangre, pero no estábamos obligados a ser *familia*. La familia es quien elegimos, no donde nacemos, y entender eso me estaba llevando tiempo, pero me estaba haciendo bien.

Trey sonrió al atraerme a sus brazos y besarme con ganas, mis manos bajando por su pecho y sintiendo que todo se tensaba mientras él gruñía, apretándome con fuerza entre sus brazos.

—Joder, tengo muchas ganas de llevarte a mi habitación.

Solté una risa, empujándolo en broma.

—No podemos tardar tanto.

—Lo sé —refunfuñó, molesto—. Pero voy a encontrar la manera de recuperar el tiempo perdido. De todas las veces que pensé en lo que quería hacerte. *En lo que voy a hacerte* —remarcó, tirándome del labio con los dientes.

Me mordí el labio, mirándole la cara.

—Ellos viajan mañana —dije bajito—. Hay un partido en Nueva York el lunes por la noche.

Él sonreía.

El propio equipo de Northride ya había viajado para un partido la semana anterior, era normal, pero mis hermanos estarían *lejos*.

—Lo sé. Estaba esperando a ver si decías algo.

—No prometo nada —advertí—. Pero echo de menos a Toby.

Se rió.

—¿De Toby, eh? —bromeó, acariciando sus labios contra los míos —. Tenemos que irnos, o dentro de nada aparece el entrenador por aquí —advirtió.

Asentí, y él tiró de mi mano y nos deslizamos por el hielo, saliendo de la pista.

Me puse los protectores en la cuchilla solo para soltar un grito que resonó por todo el lugar. Trey me sentó en el banquillo del equipo suplente, en la valla divisoria, y se colocó entre mis piernas, besándome con ganas.

Enrosqué las piernas en su cintura, sonriendo contra sus labios.

—Si besas a otro tío, le destrozo la cara —susurró en mi oído.

Miré sus labios, la nariz roja por el frío, antes de mirar a sus ojos azules, casi como hielo.

—Tú dijiste algo de que yo no era seria. De no enamorarte y, como mucho, encariñarte un poquito... —advertí, jugando con la costura de su camiseta en el cuello.

Se rió.

—Te pusiste *muy* seria cuando me creíste aquella noche, Aurora. Por haberme escuchado, por apoyarme, y ni siquiera sé por qué lo hiciste tan rápido. Me conquistaste una parte de mí que yo ni sabía que se podía conquistar.

Sonreí abiertamente, sin esconderlo, y él se rió.

—No voy a mentir: me encanta cómo me siento cuando estoy contigo. Sobre todo cómo siento que estoy protegida de todo lo malo del mundo —dije, incómoda porque aún me costaba abrirme, sobre todo con algo que claramente podía perjudicarme.

Volvió a acercar nuestros labios.

—Porque lo estás. En lo que yo pueda protegerte mientras haces lo que quieras y vives tu vida, lo haré. Solo quiero que seas tú misma y que, preferiblemente, estés cerca de mí. En mi cama, todos los días, si se puede —me apretó la cintura, arrancándome una risa —.

El corazón me latía tan rápido en el pecho que sabía que podía notarlo contra él. Me besó la mejilla, justo encima de las pecas, y mantuvo los ojos en los míos.

—¿Qué es esto, entonces? —pregunté—. No quería hacer la pregunta, pero creo que es inevitable.

Parpadeó.

—Espero que sea algo *serio de la hostia*, porque voy con todo.

—¿Y tu fama? —bromeé.

Se rió.

—Prefiero la fama de jugador de la NCAA ganador del *Frozen Four* con mi novia justo a mi lado.

Tosí, asustada, oyendo su risa. Lo dijo.

Dios mío.

—Es raro pensar en ir a citas cuando... Quiero decir, tengo novio. Joder, es en serio —creo que mi cerebro se había detenido mientras intentaba procesarlo—. Nunca he tenido novio.

Me miró, en shock.

—Creía que tú habías...

Suspiré, negando.

—Tenemos que irnos; esta conversación es más larga y no, nunca he tenido una relación seria. Pero voy a querer saber de *tus* exnovias.

Gimió, incómodo, al seguirme hacia el vestuario, pero aun así me besó la cabeza por detrás.

—Lo que tú quieras, *gatita*. Pero que sepas que hay mucho de ti que yo también quiero preguntar. Quiero saberlo todo.

Aquello fue muy rápido. Apenas entendía qué estábamos haciendo, pero estaba muy feliz de que lo estuviéramos haciendo, fuera lo que fuera. De lo que yo estaba haciendo *con Trey*.

Justo el tío al que definitivamente no debería haberme acercado.

El *karma* es una puta, ¿no, *Aaron?*



22
¿Y si fingieron?
Aurora

Me sentía como una adolescente. Y, Dios mío, qué *bien* se sentía simplemente hacerlo.

Chloe tenía algunas audiciones en Nueva York aquel fin de semana, tantas que ya había viajado el viernes y solo volvería de madrugada del domingo al lunes, así que me estaba mandando mensajes todo el tiempo, sobre todo acerca de mi noche del sábado —ayer, con la cita.

Y con la pista.

Estaba en el baño en ese momento y hablábamos por videollamada. Yo me arreglaba en mi habitación.

—Dios mío, estás buenísima, vas a follar que te cagas —dijo, emocionada.

—¡Chloe! —gemí, incómoda, y ella se rió a carcajadas.

—¡Pero es verdad! Unos tacones serían perfectos, pero creo que es demasiado para solo ir a dormir a su casa —apoyé el móvil en el escritorio, analizándome por la cámara.

—¡Es solo un vestido ceñido! —protesté.

—Sí, un vestido ceñido *rojo* y *mortal* mientras tú estás absurdamente guapa y buenísima. Seguro que es "solo" un vestido —provocó, risueña, al otro lado de la cámara.

Negué con la cabeza hacia Chloe, y ella seguía riéndose. Yo estaba intentando parecer natural, pero al mismo tiempo *quería* ir arreglada. Solo quería... aprovechar todo aquello. Creo que esa era la definición correcta.

—¿Cómo van las cosas ahí? —pregunté.

—Hice unas pruebas y ya pasé; la segunda fase es dentro de nada —se señaló la propia ropa al decirlo, con un estilo de época, creo que de la era victoriana—. No sé qué pensar, pero es un papel bueno, hay gente de la producción que ya ha trabajado en Broadway...

—¡Eso es la hostia! —dije, emocionada—. ¿Pero por qué no pareces animada?

Suspiró. Chloe parecía decaída, distinta de la chica que yo había visto el viernes antes de viajar, emocionada por la audición.

—Porque es una puerta, no es el final. Tengo miedo de llegar al final de la carrera y... —Se desinfló.

Nuevo mensaje de Aaron: "Oí decir que saliste con Michael y le diste calabazas".

Borré la notificación que me saltó.

—No. No va a pasar —advertí—. Vas a conseguir papeles lo bastante potentes y convertirte en la actriz mundialmente famosa que naciste para ser, Chloe. Nada menos que eso.

Nuevo mensaje de Aaron: "Genial."

"Ni siquiera deberías haber ido."

Borré otra vez.

Ella me sonrió, pero yo podía ver la incertidumbre. Chloe rara vez mostraba ese lado; era solo la segunda vez que lo veía y siempre era por la carrera. Por miedo a no llegar a convertirse en una estrella y tener que renunciar al sueño. Miedo a no conseguir demostrar su talento. Y, Dios mío, talento era algo que ella definitivamente tenía.

—Hay muchas actrices tan capaces como yo e incluso más guapas.

Negué.

—Pero ninguna de ellas es Chloe Alderwood. Tienes un brillo único, Chloe. Confía en mí. ¡Y tu nombre suena muy de gente famosa! —intenté aliviar el ambiente.

Suspiró, pero hizo un esfuerzo por relajar los hombros y el cuello, balanceándose de un lado a otro en la cabina estrecha.

—Vale. Ya se me pasó. Voy a conseguir ese papel.

Asentí, confiada, pero por dentro me moría de ansiedad por ella. Quería que todo saliera bien; me había pasado la semana entera ensayando con ella las frases de otros personajes para que Chloe pillara bien las escenas. *Yo* ya me sabía sus frases, imagínate ella. Chloe lo iba a petar.

—¿Vas a estar bien? —preguntó, preocupada—. Sé que tus hermanos están en algún lugar de la misma ciudad que yo, pero...

Nuevo mensaje de Aaron: "Cuídate por ahí. Estoy preocupado."

Tenía unas ganas enormes de bloquearlo. Dios mío.

—Me las he apañado con esto dieciocho años, amiga. Me las apañaré, sea como sea.

Mi padre también estaba viajando con el mismo equipo que estaba entrenando o algo así. Y mi madre estaba ocupada con el ayuntamiento. Aunque pasara algo, estaría a solo unos barrios de distancia. Todo iba a salir bien.

Tenía que salir. Mi vida no podía ser un thriller mal hecho, y mucho menos *convertirse* en uno.

Chloe asintió, pero aún parecía preocupada. Aun así, tenía que irse; podían llamarla en cualquier momento a partir de las diez de la mañana —en exactamente nueve minutos.

—Voy a estar bien, ¡preocúpate por ti misma! ¡Y avísame del resultado, por favor! —añadí mientras nos despedíamos, con un "mucha suerte" enorme y un abrazo virtual raro.

Y, con eso, empecé a arreglar mis cosas.

La bolsa estaba allí, la mochila con algo de comida también. Tenía que pasar a recoger el resto y estaba lista. Trey me había mandado algunos mensajes desde que yo había empezado mi llamada con Chloe —sobre todo por curiosidad por saber qué estaba planeando —, y yo iba un poquito tarde, porque iba a pasar a recogerme en el coche de Nathan a las diez y media.

Le pareció raro que yo dijera que no se podía ir en moto, pero lo aceptó sin hacer demasiadas preguntas; parecía curioso (y ansioso). Así que terminé de arreglar una cosa u otra, cogí mi cepillo de dientes y me miré en el espejo del baño una última vez.

Recogí el pedido en la panadería, contenta de haber conseguido aquello a última hora, y luego lo dejé todo en casa justo a tiempo de que llegara Trey.

En vez de llamarme para que bajara, sin embargo, llamó a la puerta del apartamento.

Abrí la puerta de golpe, asustada, y él se rió al ver mi expresión.

Llevaba el pelo castaño claro revuelto, como quien se había olvidado de peinarse —parecía el caso—; la barba, arreglada; la

sonrisa canalla, ahí. La felicidad de quien estaba haciendo algo que quería, pero podía irse a la mierda.

Le sonreí de vuelta.

—Consideré que era una oportunidad única de conocer tu apartamento —dijo, y yo le dejé sitio para que entrara, sorprendida —. Ya que las dos víboras no están en la ciudad y tal —picó.

Sonreí aún más, viendo cómo sus ojos se detenían en mi ropa, y él cogió aire.

—¿Todo esto es para mí?

Su mirada se demoró en mi escote, tomándose su tiempo, y bajó por toda mi cintura antes de detenerse a la altura de los muslos, donde también terminaba el vestido.

—No, es para Toby —repliqué, al ver su sonrisa. Cerré la puerta justo a tiempo, sintiendo sus labios apoderarse de los míos, sus manos rodeándome la cintura con ganas.

Profundizó en el beso, apretándome contra él mientras yo sentía todo mi cuerpo calentarse y contraerse por lo que venía. Trey sabía lo que estaba haciendo.

Deslicé los dedos desde su nuca hasta su pelo, separando nuestras caras.

—Mi casa no tiene nada del otro mundo —advertí, apartándonos porque no quería quedarme más tiempo del que debía en ese apartamento—. Lo eligió todo mi madre. Creo que fue su asesora, en realidad, pero ella nunca lo confirmaría —añadí.

Trey bufó.

—¿No elegiste la decoración de tu propia casa? —espetó, frío, mientras yo le enseñaba mi habitación. Nada del otro mundo, como señalé.

Tenía algún que otro marco de fotos que había traído de mi habitación en Weston, pero, por lo demás, parecía tan fría como cualquier otra habitación que he tenido en cualquier casa en la que he vivido. Nos habíamos mudado dos veces cuando vivía con mis padres, nada del otro mundo.

Trey miró mi foto con mis abuelos paternos, señalando a mi abuela.

—¿Es ella?

Asentí, tranquila.

—Sí. Es ella la que me ha estado ayudando bastante y animándome a vivir mi vida. También está buscando pruebas contra Aaron —expliqué.

Trey me sonrió, cogiendo el marco y mirando a la Aurora de diez años sentada en el regazo de la abuela, colgada del cuello del abuelo. Las pecas estaban muy marcadas en esa foto, porque fue en verano y yo tenía algunas quemaduras de sol, pero parecía en la cima de la felicidad.

Porque era verano. Porque mis padres me dejaron pasar dos semanas de vacaciones con mis abuelos y porque mi abuela no había reservado ninguna pista para que yo entrenara. Todo genial.

Esas vacaciones fueron el paraíso. Y entonces el abuelo sufrió un infarto poco después del siguiente Año Nuevo, y la familia no volvió a ser la misma. Mi padre empeoró con las agresiones y las exigencias, que antes ya eran crueles. Mi madre me torturaba mucho más en la pista. Mi abuela cayó en una depresión que tardó años en conseguir superar.

—Pareces feliz con ellos.

Asentí, viendo lo mismo que Trey.

—Mi abuela comentó algunas cosas que me hicieron entender que los dos siempre fueron mucho más mis padres que mis propios padres. Me siento más cerca de ella y de mi abuelo fallecido que de mis padres jamás lo estuve. Un poco raro, ¿no?

Trey se encogió de hombros.

—No lo creo. Que tú estés feliz y cómoda es lo que importa. Y está claro que eres feliz cuando hablas de ella.

Le sonreí, y luego señalé mi mochila y la bolsa enorme. Era la que usaba en el instituto para los entrenamientos de voleibol, y estaba llena.

—Guau —tosió, sorprendido—. ¿Qué llevas ahí? ¿Un cuerpo?

Puse los ojos en blanco.

—Solo lo que vamos a necesitar.

—¿Vamos? —preguntó, acercándose a ellas.

—Cuidado con la bolsa —advertí—. No se puede aplastar.

Me miró con las cejas alzadas, y yo sonreí de oreja a oreja.

—Vi a una chica hacer algo parecido con su novio. Así que decidí adaptarlo.

—¿Son juguetes sexuales? —picó, y yo me reí a carcajadas.

Treyton Hartley. Delantero de Northride. Estrella del hockey universitario. Creo que medía metro noventa. Veintiún años. Enorme y con los ojos siempre brillantes. Mi novio.

Todo eso eran hechos. Y me gustaba cada una de esas cosas. Sobre todo la última.

—No, Treyton. Te va a gustar, creo. Pero solo te lo voy a enseñar en tu casa.

Suspiró, pero asintió al coger la bolsa y tuvo cuidado. Cogí mi mochila y el abrigo, y salimos de allí, bajando en el ascensor con uno de sus brazos tirando de mí hacia él, metiéndome bajo su hombro.

—He pedido comida india y la recogí ahora mismo, pero no sé si te mola —comentó—. Así no tengo que explicarme por qué voy a comer en mi propia habitación hoy.

—Nunca la he probado —me encogí de hombros—. Vamos a descubrirlo. Soy buena con la boca.

Alzó las cejas, pícaro, y se me escapó una risa.

Entonces asintió, satisfecho, y fuimos a la casa que compartía con sus amigos. Aunque algunas personas la llamaban fraternidad, no era exactamente una oficial.

Esta vez no había nadie en el salón; solo la tele puesta con un partido de hockey mientras alguien cocinaba, el olor de comida extendiéndose por el ambiente. Trey gritó que subía y que no iba a comer con los tíos, a un tal Luke, que supuse que era quien estaba cocinando, y subimos rápido.

Su casa olía a hombre. No sabía muy bien cómo explicarlo más allá de: colonia de hombre, sudor y alguna que otra camiseta tirada por las esquinas demasiado tiempo.

Toby dormía en la cama de Trey cuando entramos, pero dio un salto y corrió directo a mis brazos, casi tirándome al suelo, y estaba mucho más sano que la última vez que nos vimos, semanas atrás. Trey había comentado algo de que le habían quitado los puntos la semana pasada y el postoperatorio ya estaba mucho más tranquilo.

Me reí al sentarme en el suelo, soltando la mochila y dejando que se me subiera encima, sentándose en mis piernas y lamiéndome entera.

—Voy a organizar tu mudanza —espetó Trey mientras se quitaba la chaqueta fina que llevaba, y yo me reía debajo de Toby, dejándole lamerme entera—. ¡Y que quede claro que no me importaría si fuera una mudanza de verdad! —comentó al dejar las bolsas al lado de la cama y tirarse en ella, mientras yo rodaba de un lado a otro con el perro.

Me reí bajito al apartar a Toby de mi cara, mirando a Trey mientras él buscaba algo entre las bolsas de su pedido.

—No consigo salir de debajo de él —informé, soltando una risa cuando el perro intentó tirarme al suelo, y le besé el hocico. Trey sonrió al quitármelo de encima y abrió la puerta mientras yo me levantaba, dejándolo salir y correr a la planta de abajo detrás de algo.

Las patas hacían un ruido raro en el suelo, así que quizá tendríamos que pensar en cortarle un poquito las uñas. Pero eso era para después.

—Listo, *gatita* —sonrió Trey al pasarme la mano por la cintura—. Ahora ya no voy a compartirte.

Le sonreí, besándolo con ganas y sintiendo su risa en el pecho por la velocidad que le exigí al beso, profundizándolo mientras Trey tiraba de mí por el abrigo.

—La comida se va a enfriar —susurró entre nuestros labios, y yo hice un puchero.

—Vale.

Se ajustó los tirantes del vestido con toda la castidad del mundo antes de besar uno de ellos, como si analizara cómo quitármelos de ahí, y tiró de mi mano hacia la cama mientras yo me recolocaba los hombros del abrigo, que se habían resbalado.

—Cuéntame tu historial de casi novios, entonces —comentó como si nada, tirándose en su propia cama, y yo me reí.

—¡Treyton! —protesté—. ¿Empezando así? ¿Sin ni siquiera ablandar?

Se encogió de hombros.

—Es un tema tranquilo —siguió con el mismo tono indiferente, y sonreí de lado al coger la bolsa grande, poniéndola en su escritorio y viendo su mirada curiosa.

Me senté a su lado, viéndolo desenvolver el paquete y sacar unos recipientes de comida. Olía genial. Fuerte, pero muy bueno; el estómago se me revolvió con aquello y, aunque aún faltaba media hora para el mediodía, yo estaba lista para comer.

—Esto es *Vada Pav*, una especie de sándwich con relleno de hamburguesa de patata —explicó mientras cogía los recipientes—. Está buenísimo. Y este de aquí es curry de pescado y gambas al coco; es de los mejores platos que he comido, salvando la lista enorme que mi madre siempre nos enseñó de comida típica brasileña.

Sonreí mientras él sacaba una de las mesillas sin demasiada dificultad, poniéndola a nuestro lado en la cama, y empezamos a abrirlo todo.

La comida estaba buena. El *Vada Pav* estaba muy bueno y combinó de una forma rara con el plato de marisco. Trey parecía preocupado de que no me gustara, pero a mí me encantó.

—Espera a ver la moqueca de gambas de mi madre —cogió aire mientras masticaba—. Es divina.

Lo miré con curiosidad por la palabra distinta, y se detuvo para explicarme qué era el plato.

Comimos alternando entre masticar y hablar de cualquier cosa aleatoria, desde sus clases hasta mis citas —de forma sana, solo tenía curiosidad por cómo estaba llevando la situación—.

De vez en cuando simplemente se acercaba, me limpiaba la comisura de la boca y luego me besaba la mejilla. Y todas las veces eso me hacía sonreír y derretirme un poquito más. Era un peligro.

Trey se tiró en la cama justo después de echar los recipientes vacíos a la basura del baño, mirándome con una sonrisa mientras yo me recogía el pelo en un moño.

—Nunca he tenido novio en serio ni casi novios, Trey —decidí responderle, viendo su mirada curiosa—. He besado a tres tíos en mi vida, tú fuiste el tercero. —Se le arquearon las cejas a toda

velocidad—. Estuvo el primer chico al que besé; yo estaba en primero de instituto, era un amor. Un empollón. Llevaba gafas.

Trey puso los ojos en blanco, y yo me reí.

—Pero mis hermanos se enteraron y... —me detuve, incómoda—. No volvió a mirarme nunca más. De hecho, pidió traslado de instituto. Creo que fue la primera vez que tomé plena conciencia de lo jodida que era mi familia —dije más bajo, tragando con dificultad antes de continuar—. Mis hermanos le dieron una paliza, sobre todo Aaron, creo, pero Andrew era mucho peor en esa época; ahora ha mejorado bastante.

Trey asintió, tirando de mis pies hacia él mientras nuestras cabezas quedaban en lados opuestos de la cama.

—Sigue siendo un mierda, para que quede claro —advirtió.

Solté una risa, asintiendo.

—Y luego estuvo este tío el año pasado —seguí—. Un *malote* total; pensé: "Si hay alguien que va a tener el valor de liarse conmigo, es este tío". —Trey se rió, masajeándome los pies. Me había quitado las zapatillas y los calcetines, así que era la hostia—. Un día me acerqué a hablarle y le pregunté si quería quitarme la virginidad.

Trey tosió, teniendo que incorporarse mientras yo soltaba una carcajada.

—¿Y aceptó? —gimió, en shock.

—Sí —me reí más—. No quería entrar en la universidad virgen. Yo qué sé, veía a todas mis amigas viviendo. Fue un poco estúpido, pero él no tenía miedo de mis hermanos ni de mis padres; conseguimos esconderlo y él solo abrió el camino.

—¿ABRIÓ EL CAMINO? —ladró Trey, alucinado.

Me reí aún más.

—Yo no veo la virginidad como algo absurdo o intocable o, yo qué sé, algo que haya que preservar, Trey. Es solo un himen. Pero sé que, para mis hermanos, sigo siendo la niñita intocable que nunca ha visto una polla en su vida.

Se quedó pensativo, frunciendo el ceño y asintiendo con la cabeza.

—Joder, nunca pensé mucho en eso. Solo "abrí el camino" —bromeó, tirándome del pie. Me reí por las cosquillas que me hizo, recolocándome para quedarme a su lado y acurrucarme en él.

—Fue horrible —refunfuñé—. Intentó ser amable y toda esa bobada, pero no... no tuvo nada del otro mundo. Fue en la penúltima semana de clase, solo quise quitármelo de encima. Me alegro de haberlo hecho, pero a la vez me pareció tan... yo qué sé. De verdad no sé por qué a tanta gente le importa eso. Sobre todo a *mis hermanos*. No es asunto suyo.

—Y después tú no... —apretó los labios, y yo le sonreí de lado.

—No.

Parecía reflexivo.

—¿Tuviste un orgasmo, por casualidad, *gatita*?

—No. No todas las mujeres tienen orgasmos la primera vez —dije a la defensiva—. Lo investigué.

Se rió, asintiendo al girar la cara para mirarme, totalmente centrado.

—Todas lo tuvieron conmigo.

—¿Y si lo fingieron? —pinché, maliciosa, viendo cómo se le ensanchaba la sonrisa.

—Me encanta cuando provocas así —dijo, acercando nuestras caras—. Pero vas a entender por qué no había forma de que lo fingieran—. Entrecerré los ojos, sintiendo sus labios pegarse a los míos y hundirse contra mí.

Trey hundió los dedos en mi nuca, tirándome del labio mientras me apretaba contra él.

—¿Y tú? —corté el ambiente a propósito, oyendo su risa y sintiéndola contra mí. Bajó la cara, respirando hondo en mi cuello y subiéndome un escalofrío por la espalda.

Yo tenía muchas ganas de saber de qué era capaz en la cama.

—Dos exnovias. Las dos en el instituto. Entré en la universidad centrado en llegar al *Frozen Four* y a la NHL. Sin relaciones.

Le sonreí, asintiendo.

—¿Ninguna universitaria te llamó la atención lo suficiente como para que lo consideraras? —pregunté con sinceridad, porque me

parecía raro tener tantas mujeres alrededor de él y que nunca se hubiera interesado en conocer más que lo mínimo de alguna.

Sonrió.

—Sí, una. —Y apoyó el índice en mi nariz.

—Las que se acostaron contigo —aclaré, poniendo los ojos en blanco.

—Pero tú dormiste conmigo, *gatita* —picó, risueño.

—*Sexualmente*, Treyton —bufé, notando cómo contenía una risa.

—No, *Aurora* —remarcó mi nombre—. Cosa de una o dos noches y ya. No era nada del otro mundo, solo atracción momentánea.

Lo miré a los ojos, sonriendo de lado.

—El *karma* es una puta. Justo yo, ¿eh?

Se rió.

—Ni me lo digas.

Sonreí débilmente, más preocupada. Había algo sobre lo nuestro, sobre el "nosotros", que tenía que decirse. Yo no me llevaba bien con mis padres, pero no tenía por qué causar un caos aún mayor en su familia. Ni quería.

—Tus padres... —saqué el tema, incómoda.

Respiró hondo y lo soltó, acariciándome la cintura por encima de la tela fina.

—Aún no se lo he dicho. No sabía si tú querías contarlo y, como es bastante reciente, preferí que habláramos antes. Pero no sé cómo van a reaccionar, Aurora. Siendo justo, ellos...

—Mi hermano mató a su hija, Trey —dije bajito—. Lo entiendo. No me imagino cómo se sentirán y entiendo si no quieres decirlo por ahora.

Asintió, tragando saliva.

—Necesito pensarlo. Perdona —dijo, claramente incómodo—. De verdad que no sé cómo... cómo sería eso.

Negué con la cabeza.

—Lo entiendo, lo juro. Y empezamos *esto* ayer, al menos la parte seria. Tenemos tiempo.

Asintió, sonriéndome y volviendo a parecer relajado.

—¿Chloe lo sabe? —picó.

Puse los ojos en blanco, pero se me escapó una risita al sentirlo apretarme la cintura, asintiendo.

—Se lo conté antes. Está en NY —expliqué, antes de tragarme un gritito de sorpresa cuando tiró de mí encima de él, tumbándome pegada a su pecho, y yo me reí mientras él me dejaba atrapada allí. Y entonces tiró de mis piernas, colocándolas alrededor de su cintura de una manera que hizo que mi cuerpo pidiera *un poquito más.*

La posición era comprometida, sobre todo porque el vestido se me subió. A él parecía darle igual, y yo me relajé ahí. Mi abrigo ya estaba en una esquina de la cama desde antes de terminar de comer, y la habitación se estaba calentando.

No me importaba seguir haciendo cosas *comprometidas*. Solo quería vivir y me gustaba que fuera *con Trey.*

—¿Entonces ya no me está amenazando? —picó, besándome la mejilla.

Negué.

—No —susurré, tragando saliva al sentir sus labios contra mi pendiente pequeño, una gotita plateada, tirándome de la oreja con la punta de los dientes—. Estaba convencida de que mi vestido era mortal.

—Lo es —asintió, la voz ronca—. Tengo muchas ganas de comerte con él, pero nuestra primera vez va a ser mucho mejor que un polvo rápido, y voy a hacerte gritar para que toda la casa lo oiga.

—No te atrevas —refunfuñé, sintiendo su risa debajo de mí—. ¡Lo digo en serio! Si más gente...

Se rió al girarnos y apretarme debajo de él, acercando nuestras caras.

—Entonces vas a tener que buscarte algo para morder, créeme.

Besó el puchero que puse antes de empezar un beso con ganas, sujetándome el cuello mientras subía una de mis piernas a su cintura, enroscándola ahí.

—No tenemos que hacer esto hoy —dijo bajito contra mis labios, y abrí los ojos para encontrarme con los suyos, una preocupación sincera emanando de ahí—. De verdad.

Le di un beso suave, mirándolo.

Enrosqué la otra pierna en su cintura, tirando de él hacia mí y viendo cómo una sonrisa asomaba en sus labios.

—Sí que tenemos —dije, seria—. La práctica se consigue con la experiencia, ¿no? Tenía miedo de liarme con un tío como tú —puso los ojos en blanco ante mis palabras—, precisamente por eso. Creo que debemos practicar bastante, empezando ahora.

Se rió, negando con la cabeza.

—Eres pésima con los flirteos. Eso definitivamente no ha cambiado en estas últimas semanas.

Me encogí de hombros.

—Y aun así te gusta.

—Mucho—. Y presionó sus labios contra los míos, tomándome la boca y apretándome la cintura con tantas ganas que todo palpitó.



23
Así está mejor, ¿no?
Aurora

Su cuerpo estaba contra el mío, presionándose, haciéndome jadear mientras me tiraba del labio. Sus manos me apretaban la cintura con ganas mientras subían por ella y se llevaban mi vestido consigo.

Trey acarició mis muslos, apretando y subiendo con los dedos, presionando con fuerza mientras alcanzaba mis bragas, jugueteando con ellas y apretándome la piel por debajo de la tela, antes de que sus dedos me dejaran.

Instantes después, sentí sus dedos jugar con los tirantes del vestido, bajándolos mientras sus labios descendían también, besándome el cuello. Luego, la clavícula, y tiró del vestido hacia abajo con rapidez, sin miedo alguno, dejando mis tetas ahí, delante de sus ojos.

Me estremecí con el aire frío de su respiración un instante antes de ver su mirada sobre mí. Sus ojos tenían un brillo distinto. Trey sabía perfectamente lo que provocaba en mí.

Trey soltó una risita cabrona antes de meterse uno en la boca, apretando el otro con gusto; mi boca se abrió y un gemido se me escapó de los labios en cuanto tiró del pezón entre los dientes con cuidado.

Ay. Dios. Mío.

Apretó el otro con toda la mano, y sentí sus dedos subir hasta mi cuello, sujetándome ahí mientras jugaba conmigo. Apretó todo su cuerpo contra el mío mientras jugueteaba con los labios sobre mi piel, chupando el pezón duro antes de ir al otro, y mi respiración salía en bocanadas desesperadas.

Trey alzó la mirada para mirarme, juguetón.

—¿Ya te han chupado, Aurora?

Fruncí el ceño un segundo, pero fue suficiente para que añadiera:

—Quiero saber si ya te han chupado el coño.

No tuve ni tiempo de sentir cómo se me calentaba la cara, porque todo se estaba calentando.

—No, tú no nec...

Él se incorporó, acariciándome la boca con el pulgar y negando con la cabeza.

—Nadie necesita hacer nada, en realidad —provocó, cabrón—, riéndome, sintiéndolo tirar del vestido aún más hacia abajo y, entonces, arrancarse la camisa de un solo movimiento.

Bajé la mirada a lo que la ausencia de la camiseta de manga larga dejó al descubierto, mordiéndome el labio antes de sentir a Trey besarme, retorciendo uno de mis pezones al hacerlo y logrando arrancarme otro gemido de los labios.

Estaba definido, durito. No tenía tableta, pero era genial.

Hincé las uñas en su nuca, presionando mis piernas contra él y tirando de él hacia mí, profundizando nuestro beso mientras sentía sus dedos tirar de la cremallera en un lado de mi cuerpo, bajando el vestido con fuerza, atascándolo en mi cintura mientras mi mano libre bajaba por su pecho, sintiéndolo gruñir contra mis labios.

Trey me apretó las tetas con fuerza, retorciéndolas y haciéndome retorcerme debajo de él mientras se apoderaba de mi boca, jugando conmigo mientras mi coño se contraía con la idea de lo que vendría. *Nunca había sido así.* Era demasiado bueno.

Él se agachó, tirando de mi vestido y arrancándomelo, observando las bragas negras y besando la parte superior, arrodillándose entre mis piernas.

Trey besó mi vientre, bajando con besos lentos por él y bajándome las bragas, quitándomelas despacio. Mi respiración vaciló cuando llegó a la parte superior de mi coño, besándome ahí, pero volvió a subir con los besos, apretándome las tetas con las manos enteras y haciéndome retorcerme debajo de él de nuevo antes de chuparme el cuello con gusto.

Fueron sus dedos los que aparecieron primero. Puso una de mis piernas alrededor de su cintura y sentí uno de sus dedos abrirme, acariciándome lentamente mientras yo me estremecía, los ojos entornados mientras evitaba gemir, mordiéndome los labios con fuerza.

Trey se deslizó por mí, acariciándome despacio, yendo hasta mi entrada y volviendo. Su boca me chupaba el cuello con tanto gusto como antes, aunque parecía tener cuidado de no dejar marca, y entonces bajó un poco más hacia mis tetas, atrapando una con la boca y arrancándome un gemido en cuanto su dedo alcanzó mi clítoris, acariciándolo en gestos circulares y jugando conmigo mientras toda mi cintura se tensaba, ardiendo con la sensación deliciosa que empezaba a surgir.

Solo me di cuenta de que le estaba agarrando el pelo cuando presionó más el dedo contra mí, estimulándome con *presión* y arrancándome un gemido que resonó por la habitación.

—Así, eso es —asintió al observar mi cara, conmigo jadeando tras los dedos. Ay, *Dios mío.*

Me tapé la boca, respirando con dificultad y oyendo su risa al acercar su rostro al mío, apartándome la mano de la boca y besándome, apenas dejándome respirar.

—Estás buenísima, Aurora —susurró contra mis labios—. Y voy a comerte enterita.

Mi boca se abrió cuando uno de sus dedos entró, hundiéndose en mí con sus ojos en los míos, y me estremecí, agarrándole el pelo con fuerza. El pulgar me presionó el clítoris al mismo tiempo, y gimoteé entre sus labios, queriendo más.

Entraba y salía con el dedo, cada vez más rápido mientras mi respiración se aceleraba, pero en vez de seguir con los movimientos cuando mi cuerpo se tensó, se detuvo, sacando el dedo y chupándoselo con los ojos en mí.

—Exactamente como lo imaginé —murmuró al darme un beso ligero—. Deliciosa.

Y bajó los besos por mi mandíbula, cuello, tetas, vientre, coño y...

Solté un grito. Como prometió.

Me atrapó con ganas, comiéndome con su propia boca, chupándome el clítoris sin miedo alguno mientras todo mi cuerpo se quedaba rígido y solo mi boca funcionaba. Trey enganchó una de mis piernas contra su espalda, hundiendo su boca en mí y chupándome con ganas, succionándolo todo y metiendo dos dedos de golpe, haciéndome retorcerme en la cama y arrancándome otro

grito. La sensación que subía desde la punta de mis pies iba a tumbarme, yo tenía...

—*Trey* —gemí, desesperada, cuando succionó otra vez, hundiendo los dedos en mí de nuevo—. Joder...

Mi gemido resonó por toda la habitación cuando todo ardió, subiendo desde la punta de los pies hasta los dedos de las manos, pero no fue suficiente para él. Mi cuerpo temblaba entero y parecía que estaba al borde de un precipicio, pero Trey no me dejó lanzarme.

Me lamió entera mientras yo me estremecía, tensa porque el orgasmo continuó, y sentí sus dedos salir de mí, acariciándome mientras sus ojos subían para encontrarse con los míos. Apareció una sonrisa juguetona en sus labios mientras los dedos volvían a estimularme, presionando con ganas mi clítoris, y subía con la boca, besando mi cintura y mis tetas, y justo después mis labios, hundiendo los suyos contra los míos. Su dedo aumentó la velocidad contra mí, y mi beso también se volvió más rápido.

Desesperada.

Quería que me comiera. Era eso. Me la sudaba que yo no fuera el tipo de persona que decía o pensaba guarrerías. La realidad es que quería que Treyton me follara y me hiciera gritar, y preferiblemente durante bastante tiempo, pero necesitaba aquello en ese momento. En ese segundo.

Gemí contra él, sorprendida por la velocidad con la que me había arrancado el orgasmo, que seguía creciendo y tensando mi cuerpo, porque volvió a estimularme con ganas debajo de él.

Conseguí encontrar su pantalón con dificultad, abriendo el botón y la cremallera con aún más dificultad y sintiéndolo reír contra mi boca.

—¿Tanta sed tienes, *gatita*?

Nunca me habían chupado, ¿siempre era así?

—Es mejor —respondió, asustándome porque creía que solo lo había pensado—. La primera vez siempre es más complicada. Confía en mí: no tienes por qué ponerte nerviosa. Es delicioso y tu grito es motivación suficiente.

—Qué bien —jadeé contra sus labios, tensa—. Pero de verdad necesito...

Tú.

Hundió la boca en mi cuello cuando le apreté la polla por encima del pantalón, conteniendo él mismo un gemido antes de que yo lo sacara de ahí, sin práctica.

Estaba duro y no era pequeño. Debería haber mantenido la boca cerrada semanas atrás.

Moví los dedos con cuidado, sintiendo su sonrisa contra la curva de mi cuello, besándome ahí mientras respiraba con dificultad.

—Si sigues así, no voy a aguantar —gruñó, volviendo el rostro hacia mí y besándome con ganas, apartándome las manos de él y sujetándomelas a los lados de mi cabeza mientras me apretaba contra el colchón, presionando su cuerpo contra el mío. *Ah*, era grande. La polla era realmente proporcional a él.

No tenía por qué aguantar. Teníamos tiempo. Pero creo que él quería estar dentro de mí tanto como yo quería que me follara.

Volví a cerrar mis piernas alrededor de él, sintiéndolo entero contra mí. Una de sus manos fue a mi cintura, jugando conmigo y estimulándome de nuevo, haciéndome derretir debajo de él mientras apenas me dejaba respirar, entrelazando nuestros dedos con la otra mano y arrancándome un gemido profundo cuando sentí su polla contra mi entrada.

Entonces me sobresaltó al girarnos, sentándome encima de él y soltando una risita al ver mi expresión de sorpresa.

—Confía en mí —gruñó contra mis labios, bajándose el pantalón y los calzoncillos y arrancándoselos, tirándolos al suelo antes de abrir un condón—. Vas a adorar esta posición.

Lo vi ponérselo con agilidad, alzando las cejas por la facilidad.

Soltó una risita, tirando de mi rostro hacia él y sujetándome la nuca y el pelo, profundizando el beso mientras yo sentía su polla jugar en mi entrada, y luego subir y rozarme el clítoris, presionándome mientras yo contenía otro gemido.

Bajé una de mis manos por él, apoyando la otra en su hombro, bajando por su pecho y alcanzando su polla, sujetándola yo misma y

tirándole del labio a Trey, acomodándome encima de él y soltando un gemido en cuanto la puse en mi entrada.

Me estremecí cuando sentí el dedo de Trey presionar el punto perfecto en mi clítoris, acariciándolo mientras mi respiración vacilaba, y entonces me senté. Despacito, porque yo podía querer vivir, pero aún era desconfiada.

El propio Trey gimió cuando me llenó, y jadeé al sentirlo hasta el fondo. No había sido así antes. Era diferente.

Trey tiró de mi cintura aún más cerca; solté un gemido que resonó por toda la habitación, siendo besada inmediatamente por él, que se acomodó debajo de mí mientras mi respiración fallaba. Y me contoneé, oyéndolo gemir antes de que yo subiera y bajara.

Y subí otra vez, respirando contra su rostro y sintiéndolo romper el beso, respirando con dificultad. Después de eso, Trey me apretó el culo con fuerza, tirando de él y aumentando la velocidad con la que me movía, antes de besarme el hombro.

—¿Todo bien? —preguntó—. ¿Ninguna molestia?

Negué con la cabeza, estremeciéndome porque escocía un poco, pero nada comparado con perder la virginidad.

Me dedicó una sonrisa ladeada.

—Genial, porque ahora vas a gritar.

Solté una risita cuando volvió a girarnos, quedándose encima, pero mi risa murió en un gemido en cuanto dobló una de mis piernas y se hundió con ganas, y yo me retorcí debajo de él.

—Así está mejor, ¿no? —provocó, malvado, al besarme la mejilla. Y *embistió* con ganas, arrancándome un gemido aún más alto que el anterior.

Dobló la otra.

—¿O así?

Tenía la boca abierta en un "o" perfecto cuando me besó, risueño, y gimió justo después.

Sus manos apretaban mis piernas, y su boca presionaba la mía mientras se hundía y se movía, mi cintura saliéndole al encuentro mientras yo intentaba con todas mis fuerzas *no* gritar, porque todo estaba ardiendo y de un modo deliciosamente arriesgado.

Trey embestía con ganas, metiendo todo lo que podía y buscando mis labios, incluso con mis piernas entre nosotros. Todo mi cuerpo estaba contraído de deseo, y yo lo sentía todo caliente, de un modo aterradoramente peligroso, porque parecía que aquel orgasmo sería mucho más intenso. El precipicio estaba demasiado alto.

Me apreté una teta, sorprendida por la sensación antes de que Trey tirara del otro pezón, empujándome aún más hacia el borde.

Joder, estaba tan mojada que lo sentía entero y, al mismo tiempo, él entraba cada vez más, hundiéndose en mí.

—Voy a... otra vez... —jadeé, desesperada mientras lo agarraba del cuello. Mi cintura estaba tan contraída que sabía que estaba aguantando un orgasmo, pero solté un grito contra el cuello de Trey mientras hundía mis manos en su espalda al segundo siguiente, sintiendo cómo la sensación me derribaba *con fuerza*.

Fue tan fuerte que parecía un disparo, haciéndome gemir alto, estremecerme y agarrarme a cualquier parte de Treyton que pudiera sostenerme ahí.

Él mismo gimió contra mí mientras yo lo apretaba con el orgasmo, aún estremeciéndome porque él seguía embistiendo, cada vez más rápido. Trey me sujetó la nuca con ganas, chupando una de mis tetas y gruñendo al tener su orgasmo también, bombeando con fuerza.

Tenía autocontrol de la hostia, al final. *Solo que no lo usaba en la pista.*

Estaba *totalmente* mojada, de un modo que me horrorizaba, y agotada, por cierto. Parecía que un camión me hubiera pasado por encima. De un modo delicioso que me hacía plantearme repetirlo todo.

Trey soltó una risita contra mi cuello, alzando la mirada hacia mí.

—Has tenido un *squirt*. El sexo no suele ser *tan* mojado.

Abrí los ojos de par en par.

—Yo me...

—¡No! —corrigió de inmediato lo que iba a decir—. No hiciste nada que no debieras. A tu cuerpo, simplemente, le he gustado mucho. Creo que sabe que eres mía —dijo Trey, bajando los besos

por mi cuello y besándome los pezones, rojos y claramente marcados.

Solté una risita por eso, y me besó otra vez.

—¿Tuya? —bromeé.

Trey asintió, aún respirando con dificultad contra mí.

—Sí. Mía.

—Incluso siendo una mierda en la cama —repliqué.

Se rió, negando.

—De ninguna manera. Estuviste genial. Y, con el tiempo, con *experiencia* —provocó, recibiendo un empujón flojo y risueño—, verás que las cosas van a ponerse mucho mejor —susurró contra mis labios—. Nunca había conseguido un *squirt*. Me siento muy bien.

Puse los ojos en blanco, sintiendo su sonrisa contra mis labios.

—Necesitamos una ducha y yo tengo que cambiar las sábanas —dijo bajito, y al mirar por encima de él y a nuestro alrededor, vi que él también estaba rojo y marcado, en especial donde habían llegado mis uñas—. Hemos hecho un desastre de la hostia.

Inspiré, cerrando los ojos y negando con la cabeza.

—De verdad acabé en la cama de un jugador de hockey.

Una risita masculina llenó la habitación.

—Por cierto, espero ser el único de tu vida.

Abrí los ojos, sonriéndole.

—Creo que va a ser difícil igualar, de verdad. Esbozó una sonrisa engreída que, por desgracia, le quedaba preciosa en la cara.

—Genial. Porque tampoco pienso estar con ninguna otra mujer: tú vas a ser la última.

Alcé las cejas.

—Esto es una conversación seria, Hartley.

—Lo sé, Montclair. Lo digo en serio. Prometí no volver a mentir.

Solté un grito cuando me tiró hacia abajo en la cama, riéndose al levantarme y quedar frente a frente conmigo en la cama. Crucé los brazos, incómoda, pero negó con la cabeza, tirando de mis manos y enlazándolas en su cuello.

Una de sus manos subió por mi nuca, enrollando varios mechones de pelo en sus dedos, mientras la otra me apretaba la cintura,

acercándome a él. Yo sentía el olor a sexo a nuestro alrededor, y juro que no debería ser tan sensual de esa manera. Pero lo era.

—Mía. Sin vergüenza. Solo sé tú misma. Por favor —pidió, dulce, besando la punta de mi nariz.

Sonreí por eso, asintiendo.

—Es raro. Este tipo de intimidad...

Sonrió de lado.

—¿Sabes qué es lo bueno de este tipo de intimidad? ¡Puedes frotarme la espalda en la ducha!

Solté una risita por eso, pero tiré de sus labios para encontrarlos con los míos.

—¿Sabes qué es lo bueno de este tipo de intimidad también? Negó con la cabeza mientras yo rozaba mis labios con los suyos. —Puedes *enseñarme* si el sexo en la ducha es tan bueno como dicen.

Intenté escapar e ir al baño, pero Trey me tiró hacia atrás del cuello, profundizando en un beso con ganas y tirándome hacia su cintura, levantándome del suelo tan rápido que me dejó mareada.

O fue su beso. También era posible.

—Tu deseo es una orden. Me encanta haber despertado a un monstruo sediento de *experiencia* —susurró, y mi espalda encontró la pared justo al lado de la puerta del baño mientras Trey me sujetaba por el cuello, volviendo a besarme—. Quizá te cueste sentarte mañana.

Solté una risita, que fue cortada por mi propio gemido.


19
HARTLEY
19

24
¿Dónde está tu chica, Trey?
Trey

No sabía cómo podía confiar tan fácilmente cuando tenía ese tipo de monstruo en casa, pero quizá fuera precisamente eso. Saber que nadie sería peor.

Le dio la vuelta a la pantalla del móvil, pero vi cómo los mensajes empezaron a subir. En especial los de Aaron y Arthur. Ambos hacían preguntas, pedían fotos de su día y exigían casi un itinerario de todo lo que estaba haciendo. Me alegraba de que estuviera logrando ignorarlos, pero al mismo tiempo quería sacarla de ese ambiente y esconderla de esos hijos de puta. Aquello no era una familia.

Estaba siendo sincero con ella. Sobre absolutamente todo. Sobre todo, lo de no volver a mentir nunca.

Sobre tenerla en mi cama. Sobre que era mía. Sobre todo. Incluso sobre levantar la copa del *Frozen Four* con ella justo a mi lado, preferiblemente siendo mi novia y sin tener que esconderlo.

Estaba pensando en cómo presentarla a mis padres. En especial a mi madre, que todavía sufría bastante por Tracey. Sabía que no la odiarían, pero no quería vincularla a una herida que no la había causado ella.

Aurora no tenía culpa de nada de aquello. Era injusto que pagara por cualquier cosa que su hermano o su familia hubieran hecho.

Estaba estúpidamente guapa pegada a mí, viendo la película y solo con mi camiseta puesta. Era una del equipo, por cierto, lo que la hacía aún más bonita.

Y cuando digo solo, quiero decir *solo*. Tenía la mano en su culo, acariciándoselo ahí mientras intentaba concentrarme en la puta película, pero lo único en lo que podía pensar era que estaba adorando ese momento. Supe que Aurora era la mujer adecuada para mí desde antes, cuando abrí la puerta de aquel apartamento y me encontré con una chica toda tímida y sin saber cómo enseñarme un lugar que apenas encajaba con ella.

Quería saber qué tipo de decoración le gustaba. También sabía que torció el gesto al ver unas cuantas camisetas tiradas aquí y allá por la casa. Quería saber si era de las que les gustan los murales de fotos en las paredes o si prefería cuadros. Flores, suculentas o solo follaje.

Estaba enamorado. La quería conmigo todo el tiempo. La quería con esa camiseta del equipo en la pista, animándome en público. *Con* una braguita, eso sí.

Solo la quería ahí. Así de simple.

Teníamos que conseguirlo. Quería mucho que pudiera simplemente vivir, sin ningún hijo de puta encima de ella.

Sí, Aurora no era el mejor polvo que he tenido. Pero lo sería. Además de estar buenísima y tener el mejor gemido del mundo, tenía... aguante.

Demasiado, por cierto. No me quedaba ni una gota de semen en el cuerpo en ese momento.

Vale, quizá sí, porque me estaba poniendo duro dentro de los calzoncillos otra vez solo con imaginarla sentada sobre mí, pero tenía que respirar, y ella también. Nadie tenía que infartarse tan joven.

Pero las tetas... Qué delicia.

—¿Estás prestando atención a la película o a mi culo? —El murmullo somnoliento me hizo reír.

—En ambos.

—Ya lo sé —refunfuñó, acurrucándose aún más contra mí, como un gato. El apodo le quedaba demasiado bien.

Aurora intentaba no dormirse por pura cabezonería, pero estaba agotada. Y toda roja. El pelo estaba absurdamente despeinado, delatando por completo el después del polvo; incluso tenía la boca hinchada, y las mejillas rojas hacían que las pecas destacaran mucho más, además de que los ojos le brillaban de felicidad sincera.

Podía quedarme mirándola todo el día. Como un gilipollas enamorado.

Íbamos por la mitad de la primera película, en la que también se había dormido la primera vez, pero yo no podía estar más despierto. Estaba feliz de la vida, joder. Ella estaba ahí conmigo, en mis brazos, siendo solo ella misma y feliz.

Siendo sincero, era una delicia notar la mirada de quien *quería* que me la follara con ganas y enterita, y al mismo tiempo le gustaba yo. El Trey. No el jugador de hockey con un futuro un poco incierto por delante.

A Aurora le gustaba todo, pero veía más allá. Y eso era lo que importaba.

Tenía demasiado pelo encima de mí, pero era un precio a pagar. Joder, aquella mujer tenía pelo. Nunca había visto algo así. Era agradable, pero en ese momento era prácticamente una cortina sobre mi pecho. Los mechones oscuros, casi negros, contrastaban con mi piel bronceada por el trabajo en verano, aunque iba perdiendo el tono poco a poco.

Me estiré para coger otro dulce de manjar turco —había hecho y comprado un montón de dulces y platos que salían en la película, *incluso* el té que aquel sátiro tan majo le hizo a la hermana Pevensie más pequeña—, dándole uno a ella y cogiendo otro para mí, satisfecho.

Apoyé la cabeza en el cabecero de la cama, negando con la cabeza para mí mismo.

—¿Por qué estás sonriendo como un gilipollas? —preguntó.

—Porque estoy seguro de que soy el gilipollas más feliz del mundo en este momento —me reí bajito, viendo su sonrisa al levantar el rostro y encontrarse con el mío, besándome.

—Yo también estoy feliz. Quería congelar este momento para siempre.

Negué con la cabeza, viendo la confusión en sus ojos.

—No. Vamos a congelar el momento en que todo se solucione y podamos caminar por la calle juntos, y tú haciendo lo que quieras con tu propia vida.

Sonrió, pero vi surgir la sombra en sus ojos.

—Trey...

—Lo vas a conseguir. Vamos a buscar la manera —dije, serio—. No hay forma de que este infierno personal tuyo dure para siempre.

Inspiró hondo y soltó el aire de golpe, acomodándose a mi lado y volviendo a abrazarme de costado, apoyándose en mí de nuevo.

—Espero de verdad que tengas razón, T —susurró—. Me gusta la idea de ver mis sueños cumplidos.

Le besé la cabeza, asintiendo.

—Lo sé. Vamos a buscar la manera —repetí, dejando claro que estábamos juntos en eso.

Aurora no tenía que pasar por aquello sola. Yo estaba ahí con ella y por ella; siempre lo estaría, lo sabía.

Acaricié sus hombros por encima de la camiseta ancha, mirando la película juvenil que se reproducía en la pantalla del portátil a mis pies.

La burbuja causada por la ausencia de sus hermanos era perfecta. Casi un sueño, en serio. Pero volverían la mañana del martes, y yo sabía que Aurora volvería a retraerse. La psicóloga estaba ayudando claramente, pero Aurora seguía atrapada en las ataduras de su propia familia.

Volví a besarle la cabeza, preocupado por eso. No tanto por Aaron, sino por el monstruo que lo había criado. Arthur era mi mayor preocupación: sin ironía, no tenía ningún miedo de conocer a mi *suegro*. Lo que me daba miedo era dejar de ser un tío sin antecedentes al conocerlo, porque estaba seguro de que le partiría la puta cara al hijo de puta por lo que le hacía a su hija.

Aurora alzó el rostro para mirarme, el ceño fruncido.

—No pienses en ellos —dijo, como si leyera mis pensamientos—. Este momento es solo nuestro. No pueden tocarlo.

Asentí, soltando el aire.

—Tienes razón. Hablando de eso, ¿cómo hiciste este chocolate caliente? Está divino —señalé la botella térmica ya a la mitad.

Sonrió. La sonrisa que iluminaba el ambiente.

—Bueno, ¿eh? Mi abuela me pasó la receta.

Sonreí de lado. *Claro que sí.* Lo que me aliviaba de todo aquello era justamente que Aurora no estaba completamente sola en esa familia de hijos de puta.

En vez de resolver el caso de mi propia hermana, me metí en un problema aún mayor, aunque no me importaba. Lo haría todo de nuevo por ella.

Necesitaba ayudar a Aurora a salir de esa vida que no era suya, pero considerando todo lo que pasaba, estaba empezando a temer que, para eso, ella también necesitara dejarme atrás. El *quizá* ya era suficiente para preocuparme.



Aparqué al lado del coche de Brian, con los dos cascos bajo el brazo y entrando en la arena. Acababa de dejar a Aurora en Scadelton, y casi echó a correr en cuanto se bajó de la moto para no llamar la atención, incluso con la calle prácticamente vacía, pero me lanzó una sonrisa a distancia que fue suficiente para hacerme querer volver a mi cuarto con ella.

Como si no hubiéramos pasado juntos todo el domingo. Y la madrugada también. Y como si no me hubiera despertado con una *gatita* besándome el pecho y lista para desearme el "buenos días" perfecto.

Joder, Aurora podría hacer eso el resto de nuestras vidas, y ni siquiera me quejaría de que fuera lunes.

En cuanto entré en el vestuario, Brian golpeó su propia taquilla, malicioso.

—Dime que quien gimió toda la noche era tu novia y no una amante, capitán. Aquello fue una tortura para nosotros, pobres mortales sin compañía en nuestras camas frías —dramatizó.

Resoplé, pero los otros del equipo también insistieron en una respuesta. Genial.

Al menos nadie había reconocido la voz de los gritos.

Aurora se moriría de vergüenza cuando saliéramos en público; ese pensamiento me hizo contener una risa, pero las miradas a mi alrededor me mantuvieron con la cara seria mientras dejaba los

cascos (muy bien fichados por los tíos, por cierto) delante de mi taquilla.

—Claro que lo era —respondí.

—Menos mal. Nos dio miedo que nos hubieras escondido una amante y estuvieras siendo un hijo de puta —argumentó Luke—. ¿Por qué no quiso desayunar con el equipo?

—Porque todavía no quiere que la presente —expliqué, sin más—. Tiene su tiempo; cuando sea el momento, lo sabréis.

Patrick suspiró, crujiéndose los brazos y moviéndolos de un lado a otro.

—Estamos empezando a apostar por quién es, Trey. Varias chicas del campus empezaron a soltar rumores. Están diciendo que estás saliendo con la...

—Que hablen. Estoy fuera del juego —levanté las manos, viendo la sonrisa de Nathan hacia mí.

—Menos mal que te *aceptó* —se burló, y yo resoplé, levantándole el dedo medio—. Creí que ibas a tener que currártelo *mucho* más.

Gilipollas. ¿No debería apoyarme?

—¿Nathan lo sabe? —preguntó Thomas, ofendido—. Joder, ¡nosotros también deberíamos saber quién es!

Me reí por lo bajo mientras empezaba a coger mi equipo.

—De ninguna manera. Ella es la que se va a presentar cuando sea el momento. Por lo demás, no le debo explicaciones a ninguno de vosotros y vais tarde, ¡ya deberíais estar en el hielo! —ladré.

—Tú también —gruñó Nathan, malicioso, mientras yo empezaba a cambiarme—. Y Aurora debería haber tenido cuidado con las uñas. Tienes toda la nuca marcada —añadió—. No me imagino la espalda.

—Cállate —gruñí, pero no había odio alguno en mis palabras; estaba tranquilo, sobre todo porque los demás no habían oído el nombre.

Aurora no tenía que tener cuidado con una mierda conmigo. Me estaba encantando que me usara para sus descubrimientos sexuales. Y me encantaba que se estuviera soltando cada vez más conmigo.

¿Esos ojos sorprendidos cada vez que le enseñaba una posición aún más deliciosa? Podía apostar a que eso se convertiría en un vicio

tan bueno como la pista.

Aun así, toda la tranquilidad del polvo matutino se esfumó al pisar el hielo, porque el entrenador no escatimó esfuerzos para destrozarnos.

Todavía no habíamos perdido ningún partido, pero la temporada era larga, y el camino para ganar el *Frozen Four*, aún más. Y, aunque yo quisiera mucho quedarme solo en la cama con Aurora, tenía un título que ganar.



Los entrenamientos nocturnos siempre eran los peores. Nuestros partidos solían ser a la misma hora, lo que nos daba la sensación de que esos momentos en el hielo eran más serios. Más peligrosos. Porque lo eran, de verdad. El entrenador y el asistente acababan con el equipo, revisaban las series, repetían y cambiaban la línea de los jugadores, probaban nuevas combinaciones de jugadores sobre el hielo. Era un infierno nocturno.

Pero era genial. Me obligaba a mejorar. Obligaba al equipo a evolucionar. Ponía a prueba a Josh y su defensa en la portería, a Nathan y a Brian en la línea defensiva y en el punto perfecto para evitar que alguien pasara.

Ponerme a jugar contra Nathan era crueldad para los dos lados, justamente porque yo era un gilipollas buscando abrir la defensa del enemigo, y él era un cabrón intentando evitar el corte. Y funcionaba. Encontrábamos nuestros fallos. Evolucionábamos. Casi nos matábamos también, de una manera sana entre compañeros de equipo.

Yo estaba destrozado, pero les había prometido a unos chicos de la carrera que saldría esa noche, así que fui a un barcito. Era nuevo

en la zona y parecía genial. Avisé a Aurora, claro, y recibí una foto suya haciéndose las uñas de los pies, en una postura rara y con algo puntiagudo en la mano, concentrada. Justo después, un *selfie* de la culpable: Chloe.

Sonreí al bloquear la pantalla y seguir charlando con mis compañeros. Sabían que la carrera elegida estaba en un segundo plano, nada en lo que estuviera completamente centrado, pero me gustaba mucho lo que estudiaba y me llevaba bien con la mayoría de la gente de la carrera. Las novias de algunos estaban por allí y, por eso, recibí provocaciones obvias, ya que el cotilleo se había extendido por el campus.

"¿Dónde está tu chica, Trey?" resonó varias veces durante toda la noche.

Aurora comentó que el rumor llegó hasta Scadelton, por unos compañeros que iban a fiestas en Northride, pero obviamente nadie sabía quién era la novia. Solo que "Treyton Hartley ha picado". Me sentía muy bien siendo el objetivo de tantos cotilleos, no voy a mentir, pero tenía que ser cuidadoso con los vínculos. Si le llegaba a la gente equivocada, sobre todo de la forma incorrecta, Aurora podría tener problemas. Patrick ya había atado todo bastante rápido; bastaba con que unos cuantos tíos notaran los detalles y se montaría la mierda.

Por eso, esa semana estaba pasando despacio.

Solo era jueves. Teníamos partido al día siguiente, y no vería a Aurora tan pronto, porque obviamente no podíamos. Ella también había pasado la noche del lunes conmigo, pero después de despedirnos el martes, no la había vuelto a ver.

Según Chloe, Aaron parecía un guardaespaldas con ella en el campus. Como si *intuyera* que estaba escondiendo algo. Era raro, y aunque el investigador no había llegado a nada hasta entonces, Aurora confiaba en que su abuela conseguiría algo.

Me sobresalté cuando alguien arrastró una silla justo a mi lado en nuestra mesa y se sentó, girándose hacia mí.

Andrew Montclair sonreía de forma maliciosa.

Joder, ¿no podían olvidarse de que yo existía? No es que yo quisiera, pero era genial para Aurora. *Yo* quería molestarlos, pero

Aurora necesitaba paz, y yo podía recular por ella, al menos mientras no surgiera nada sólido contra Aaron.

—¿Qué tal, Hartley? —provocó, y la mesa cayó en silencio. Dos jugadores de hockey buscapleitos, de equipos rivales y con historial de sangre nunca era la mejor suma para una mesa de bar.

—Montclair.

Tenía los ojos clavados en mí, muy parecidos a los desconfiados de su hermana, y sonrió de lado.

—¿Qué tal el noviazgo? ¿Cuándo vamos a conocerla?

Puse los ojos en blanco.

—No es asunto tuyo, Montclair.

—Lo será si es quien creo que es. —Acercó el cuerpo hacia mí, inclinándose en mi dirección—. No me engañáis.

—Lo dejé con ella, Andrew —dije, serio y aún más frío—. Tenías razón. No vale la pena.

Me partió el corazón decir eso, porque Aurora valía la pena, sí. Un puto montón. Valía mentir y cambiar hechos incluso a mis amigos, si podía mantenerla a salvo, pero también tenerla en mis brazos. Yo quería ese paquete completo de casi un metro setenta de altura. Enterito.

Andrew entrecerró los ojos, como si intentara descubrir qué era verdad y qué mentira, pero me encogí de hombros, volviendo a beber.

—No es mi problema. Y esa silla no es para ti, así que lárgate de aquí.

Puso los ojos en blanco, pero se levantó y me dio una palmadita en el hombro, más cálida de lo que esperaba*. ¿Andrew se lo creyó? ¿O me está manipulando?*

Joder, Aurora iba a necesitar mucha terapia en la vida. ¿Cómo conseguía lidiar con esos hermanos?

—Odio al tío —refunfuñó Peter, viendo a Andrew ir hacia una mesa donde había unos amigos, ya hablando animados—. Pero al otro lo odio más. Este todavía intenta ser un poco *humano*.

Solté una risa, asintiendo.

—¿Tuviste algo con su hermana? —preguntó otro, curioso, y yo asentí con un suspiro.

—Un lapsus de juicio. No vale la pena —repetí lo que le dije a Andrew, volviéndome a partir el corazón.

Aun así, cogí el móvil y le mandé un mensaje:

Tuve que decirle algunas cosas a tu hermano. No sé si va a hablar contigo, pero que sepas que es mentira. Tú vales la pena un puto montón. <

> Gracias por decirlo

> Drew, ¿no? Él no comenta mucho de nada. Parece un poco apático, no sé

> Admito que estoy preocupada por él

> Está diferente

> Y gracias <3

Sonreí al último mensaje, levanté la vista y me quedé helado.

Andrew sonreía detrás del vaso de whisky, como si supiera exactamente con quién estaba hablando. Porque yo solo cogería el móvil después de hablar con él si fuera para hablar con su hermana, claro. No tendría que avisar a mi novia de algo si ella no tuviera relación con él.

Sonreí, risueño, fingiendo contestar una llamada.

—Claro que estoy bien, mamá. Solo estoy saliendo con unos amigos, por eso tardé en contestarte —dije, tapándome el otro oído para fingir escuchar lo que decía entre el ruido de las mesas.

Andrew perdió la compostura, al menos, por muy ridículo que sonara mentir así. Tenía que creerlo, ¿no? Eso fue lo que él mismo me dijo.

Colgué la llamada falsa solo para que otro de los tíos me mirara, alzando las cejas.

—¿Tu novia ya ha elegido vuestro disfraz?

Lo miré, confundido.

Lissa, su novia, se rió conmigo.

—*Halloween* es el próximo jueves, Trey. ¿En qué mundo vives?

Se me alzaron las cejas, sorprendido, hasta que me di cuenta de que era verdad. Finales de octubre. Las casas ya estaban todas

decoradas. Y se me hizo un nudo en el pecho. No sabía si a Aurora le importaban esas cosas, pero a mí no me importaría acabar vestido de algo ridículo para salir por ahí con ella.

Ah, *no*, sí que sabía lo de *Halloween*. Brian llevaba toda la semana hablando de nuestra fiesta —¿dónde había quedado el plan de centrarme solo en los estudios ese semestre?—; incluso unos novatos del equipo habían llevado unas cajas de decoración y las habían dejado en mi casa aquel día, antes.

¿Cómo iba a conseguir llevar a Aurora a nuestra propia casa sin que nadie la reconociera, *justo* en la época del año en que la gente sale irreconocible por la calle, no?

Necesitaba ideas, pero quizá fuera nuestra oportunidad de simplemente disfrutar sin escondernos. Le haría bien a la Aurora *real*, la que merecía soñar.

¿Cómo quedaría de rubia? ¿O pelirroja?



25
¿Quién es ese tipo?
Aurora

Consideré romper la prueba en incontables pedazos mientras caminaba para salir del aula, pero no fue lo que hice. Solo la doblé, la metí en mi mochila y seguí hacia el comedor, donde había quedado con Chloe.

No conseguí alcanzar un "C-", que ya sería lo bastante malo.

Estaba suspendiendo en casi todo, no conseguía memorizar ningún contenido y me estaba resultando difícil mantener la cabeza en los estudios, cuando todo lo que pensaba era que esa vida no era para mí. Forzarme a estudiar, odiando todo lo que implicaba estar en esa carrera, se estaba convirtiendo en una tarea imposible.

No sabía cómo resolver eso, incluso con las sugerencias de la doctora Martínez, recomendándome ir despacio y considerar que las cosas mejorarían y que yo ya estaba trabajando en el cambio, pero estaba exhausta de esa vida. El único momento bueno era cuando estaba con Trey, un auténtico puerto seguro en medio de todo lo que no quería vivir.

Prefería ver tutoriales de cómo rescatar animales en situaciones de riesgo o complicadas. Y sabía lo que eso significaba. De vez en cuando hablaba de los vídeos y los informativos con Lily, y ella me había recomendado un *podcast* de veterinaria muy guay del que hablábamos todo el tiempo. Estaba intentando mantener los pies en la tierra con todo, pero la realidad era que sabía lo que quería, pero no cómo llegar allí.

Me asusté cuando un tío se cruzó en mi camino y me mostró la mano, se puso a caminar justo a mi lado y esperó a que yo le estrechara la mano levantada.

Fruncí el ceño al estrechársela, viendo su sonrisa.

—Mike —dijo—. Mike Barlowe. Estudio Economía, mismo edificio; te veo por aquí de vez en cuando.

—Aurora —me presenté solo así, pero él asintió con la cabeza.

—Sé quién eres, estrella de las fiestas del campus —bromeó, animado—. Así que sé que va a sonar un poco... raro.

¿Quién es ese tipo?

—Ya está sonando un poco raro —seguí, desconfiada.

Él sonreía cada vez más.

—Chloe y tú sois amigas, ¿verdad?

—Sí. —Una ceja mía se alzó.

—Vale, entonces eres tú. Ella me estaba ayudando en algo, pero tuvimos algunos problemas y es mejor evitar lo que teníamos planeado, pero comentó que tenía una amiga que quizá se animaría.

—¿Por qué no me dijo nada? —pregunté, fría.

Pelo castaño oscuro. Hoyuelos. Ojos oscuros, rostro definido, alto. El tío era guapo, y eso no quitaba mi desconfianza en absoluto.

—Porque me he adelantado. Se suponía que iba a almorzar con vosotras ahora mismo, pero me ha surgido un compromiso en casa —explicó—. Necesito una novia.

Tosí, asustada, y me paré al oír su risita.

—¿Y por qué me lo estás diciendo a mí?

Se encogió de hombros.

—Mira, resumidamente: necesito una novia falsa para encubrir mi relación real. —Se me alzaron las cejas, y vi su sonrisa tímida—. Mi padre no aceptaría a la persona, pero sospecha que estoy saliendo con alguien. Y conozco a tus hermanos; Chloe me contó solo un poquito para que yo entendiera por qué tú aceptarías y no me juzgarías, y yo puedo ayudarte a tener tu propio álibi para que tú... no sé, puedas ir a los barecitos o aprovechar tu vida. Chloe me explicó que te cuesta *vivir* la vida universitaria.

Pestañeé, sorprendida. Abrí y cerré la boca, a punto de decir que no, porque *tengo* un novio, pero me detuve.

—¿Puedo pensarlo? Y tendríamos que hablarlo mejor. Creo...

Él me sonrió débilmente, y mi voz se apagó.

—Claro que podemos hablarlo mejor. Toma, escribe tu número y ya te mando un mensaje. Estoy en el equipo de lacrosse, y mis horarios están bastante jodidos, pero nos apañamos.

Tecleé mi número, un poco mecánica al asentir, y él se despidió con un saludo, corriendo por el pasillo en la dirección opuesta a la

que yo seguía.

Pestañeé, totalmente en shock.

Treyton iba a flipar de celos. Seguro. Pero el plan que tenía en mente nos iba a ayudar a tener más tiempo para nosotros. Y podría dejar de lado la idea de las citas falsas —que esta última semana había evitado precisamente porque no quería pasar mi tiempo con otros tíos cuando quería estar con Trey, pero sabía que mi padre aún no estaba completamente convencido de que yo hubiera superado lo que "apenas había empezado" con Trey.

Y no quería recibir otra visita.

Suspiré al seguir hacia el comedor, en el edificio de al lado, encontrándome con mi amiga y su sonrisa de inocencia.

—Ya ha hablado conmigo —refunfuñé al dejar mi mochila en la silla de al lado, dejándome caer sobre la mesa—. Podrías haberme adelantado el tema.

Chloe sonrió de lado.

—Creo que pillarte por sorpresa sería mejor. Pero te lo resumo: Mike es gay. ¿Sabes quién es el padre de Mike?

Negué, pero había conseguido mi atención. Todo fue un shock, pero el plan saldría de maravilla considerando que a Mike no le gustaban las mujeres. Evitaba algunos problemas.

—El alcalde de Boston, el señor Barlowe.

El apellido era conocido, de hecho, pero yo nunca lo habría vinculado si no fuera por ella.

—El alcalde de ultraderecha, tradicional, etc. —completó mi amiga, y comprendí lo que necesitaba de esa situación—. Yo estaba fingiendo salir con Mike, pero con mi agenda llena y los trabajillos aquí y allá, las cosas están difíciles. Consideré que contigo quizá sería mejor para ambos, precisamente porque tú también puedes usar la coartada. Mike no necesita saber lo que haces cuando fingís estar juntos y no va a tener que gastar parte de la paga para pagarme por mi tiempo contado.

Me mordí el labio, incierta, antes de mirar a nuestro alrededor y encontrar la fila para servirme.

—Necesito comer algo y, quién sabe, dormir un poco, antes de pensar en lo malo que esto puede ser.

—O bueno —alegó Chloe—. El tío es el yerno perfecto, te juro que a tus padres les va a gustar y lo van a aprobar.

—No sé, Chloe. Y empezar algo falso siempre da problemas. Sin contar con que, si mi padre huele una mentira...

Ella suspiró, moviéndose los propios dedos, llenos de anillos y con la uña bien hecha. Chloe estaba cansada de la rutina, yo también, pero ese era su sueño, ella se esforzaba mucho más que yo. Ella tenía la motivación para eso. Al mismo tiempo que yo podía ver lo cansada que estaba entre los trabajos aleatorios, la facultad, el ensayo para la obra al final del semestre y algunas pruebas aquí y allá.

—Lo sé. Solo duele verte cabizbaja. Sé que tú y Trey habláis por videollamada y esas cosas, pero no deberíais tener que hacerlo. Vivís a un barrio de distancia.

Torcí la boca, asintiendo.

—Lo sé. Pero tampoco necesitamos vernos *todos los días*.

—No va de veros todos los días, amiga. Va de veros cuando queráis, no cuando *podáis*.

—Estoy de acuerdo contigo, pero necesito pensar en los pros y los contras, y también necesito hablar con él, ¿no? No voy a tomar la decisión sin hablar con Trey.

Mi amiga asintió, apoyando el rostro en las manos y sonriéndome.

La habían elegido para el papel, pero querían que Chloe empezara inmediatamente y el ir y venir de Boston a Nueva York, aún más durante el semestre y con ensayos y entrenamientos largos durante la semana, era un problema para ella. Me ofrecí a ayudar con los costes, pero Chloe trazó un límite ahí, mi amiga no iba a aceptar ayuda financiera.

Quería hacer más por ella, pero Chloe se negaba. Yo me sentía una mierda por eso porque sabía que ella me ayudaba mucho más de lo que yo a ella en retorno, pero la chica era cabezota, joder.

—¿Y cómo está yendo? Solo sé lo de la guinda, no sé el pastel entero —tarareó.

—Pero la guinda del pastel es la parte buena.

—Graciosilla. ¡Suelta prenda!

—Primero, necesito comer. Después, te lo cuento todo —declaré, relajando los hombros y mirando a mi alrededor, considerando enfrentarme a la fila.

Ella asintió, pareciendo satisfecha. Los horarios de Chloe eran los más locos que yo conocía, y verla durante la semana estaba siendo casi imposible, a veces solo podíamos cenar un día y ya si eso. Me gustaba tenerla cerca, y sabía que a Chloe le gustaba forzar esos encuentros para alejarme de mis hermanos.

Había discutido con Andrew esa mañana. Quise saber si había pasado algo, pero él me mandó ocuparme de mi propia vida. Entonces le ofrecí que él hiciera lo mismo y, bueno, acabamos peleándonos. Hasta fue medio sano, porque Andrew parecía haber cambiado de verdad en algunas cosas, pero aun así yo no dejaba de ponerme nerviosa.

Tenía miedo a los conflictos, como me advirtió mi psicóloga, porque yo vinculaba los conflictos a lo que hacía mi padre, aunque Andrew nunca hubiera sido físicamente agresivo conmigo.

A mi padre no le gustaba mantener una conversación cuando iba en contra de lo que él quería. Lo resolvía de otras formas. Y eso me había afectado profundamente, claro. No había manera de que *no* lo hubiera hecho.

En cambio, Aaron, al contrario que Andrew, se estaba haciendo el "mejor amigo" y, antes de que pudiera hablar más con Chloe, se sentó a nuestro lado y se puso a charlar, como si también fuera amigo de ella, a pesar de que mi amiga lo estaba mirando como si fuera capaz de drenarle toda la sangre solo con la mirada.

Hasta habíamos conseguido un ratito sin él. Aaron se estaba tomando muy en serio la idea de quedarse cerca de mí, a pesar de que ya había discutido con él por eso.

Desde que habían llegado de viaje ese martes por la mañana, se había mantenido demasiado cerca. Incluso con el mal ambiente entre nosotros, en especial por lo que había pasado con Trey, parecía fingir que nada de eso había ocurrido, al mismo tiempo que yo no conseguía olvidar sus palabras.

María patines. Zorra.

No necesitaba haber terminado ninguna frase para que yo supiera cuánto quería que doliera, porque había dolido. No tenía ningún derecho a decirle eso a nadie en el mundo, pero allí estaba él, diciéndoselo a su propia hermana.

Chloe se fue antes, porque ya llegaba tarde a trabajar en la cafetería, y Aaron y yo salimos del edificio juntos.

—Y entonces, ¿por qué has decidido ir pegado a mí? No nacimos pegados. Ni siquiera somos del mismo embarazo.

Puso los ojos en blanco, sujetando la puerta del edificio para que entráramos en la zona común de mi apartamento, donde yo planeaba intentar estudiar sin distraerme.

La biblioteca me distraía, porque me pasaba yendo a la sección de veterinaria, así que no podía ir allí. Necesitaba conseguir una plaza de monitora, pero la mayoría de los monitores tenía horarios complicados y yo no quería tener que quedarme en el campus hasta tarde, porque probablemente no vería a Chloe y a Trey durante la semana por el mismo motivo.

—Te he echado de menos. Y he sido un gilipollas últimamente —respondió.

—Guau —lo provoqué, mala de verdad. Se creyó que era una broma, porque se rió.

—Solo echo de menos a mi hermanita.

Me paré y me giré hacia él, cruzándome de brazos.

—¿No tiene nada que ver con que tú y nuestro padre estéis intentando descubrir incluso lo que estoy comiendo, Aaron? Sé que esto tiene que ver con el rumor de que ese Treyton está saliendo con alguien. Ya no tengo contacto con él.

La mandíbula de Aaron se tensó cuando toqué el tema, pero me obligué a no vacilar. Andrew no estaba allí para sujetarlo, pero el campus tenía seguridad. Alguien aparecería si mi hermano decidía seguir los pasos de nuestro padre.

Aaron nunca me había tocado. Ya lo había intentado. Cuando éramos pequeños, claro que nos peleábamos, pero ninguno de los dos tenía fuerza. Hoy, Aaron la tenía —y también era consciente de ello— y, a pesar de amenazar con lanzarse encima de mí, nunca lo había hecho.

Yo solo prefería no poner a prueba sus límites.

—No tiene ninguna relación. Solo me preocupa que vayas a alguna fiesta otra vez y pierdas la cabeza. No quiero que te dejes llevar por la mala influencia de esa amiga tuya.

—Primero, Chloe no es una mala influencia; es solo mi amiga y me ayuda a vivir la vida universitaria, te guste o no. —Aaron puso los ojos en blanco—. Segundo, yo no perdí la cabeza. Bebí demasiado y me divertí. Exactamente como tú y Drew hacéis todo el tiempo.

—Pero nosotros somos... —él mismo se detuvo, cuidadoso con sus propias palabras.

Yo dudaba de que lo hubiera hecho por mí. Fue por sí mismo por lo que no continuó lo obvio, que yo ya había notado.

Se me alzaron las cejas.

—¿Hombres? —sugerí, fría. Ellos podían tenerlo todo porque tenían una polla. Era esa su lógica, la de mi madre... —Que creen que solo porque tengo un coñ...

Me agarró del brazo, frío.

—Vigila la boca, joder.

—Pero es verdad, ¿no? Es puro sexismo lo que tú y Andrew hacéis intentando esconderme del mundo, como si yo tuviera que casarme virgen e intocada; es decir, si vosotros *permitís* que me case, como una propiedad del siglo diecinueve.

Me daban ganas de echarle en cara que yo estaba viviendo muy bien, en especial en la cama, pero sabía que había algunos límites en esa pelea. Todo valía para él; para mí, no.

—Primero, no voy a dejar que mi hermana pase por las manos de esa pandilla de gilipollas.

—¿Pero si es la hermana de otro tío en tus manos, se puede? —pregunté con frialdad—. No voy a discutir todo eso contigo, Aaron, sabemos que no va a llevar a ningún sitio. Pero tú vas a respetar, sí, a mi amiga. Chloe no es una mala influencia, es una influencia que tú *no quieres* que yo tenga. Son cosas distintas.

—¿Y qué crees que nuestro padre piensa de eso? —fue directo al ataque más cruel que podía usar, y aunque intenté no titubear, claro que el corazón se me aceleró.

Arthur había amenazado a Chloe. Yo había jurado que todo lo que hice fue porque insistí *yo*, y ella fue siguiendo mis peticiones. Si mi padre siquiera soñara que Chloe me ayudaba, ella... Yo no sabía qué tipo de influencia tenía él y hasta dónde podía llegar el dinero, pero era consciente de que ella podría salir perjudicada en esa historia.

—Si tiene que hablar conmigo, hablará —declaré. Punto final.

Aaron esbozó una sonrisa fría, de lado.

—Ahora pareces bastante valiente. No estabas así después de que él se fuera.

—Tú también pareces bastante machote ahora. Tal vez debería grabar todos vuestros entrenamientos y enviárselos a él.

Mi hermano se puso serio de inmediato, acercando su cara a la mía.

—Sabes que tú tienes más que perder que yo, y aun así me amenazas cuando solo estoy intentando protegerte.

—¿Protegerme de qué, Aaron? —pregunté, pero sentí el hilillo de sudor resbalar por mi nuca. Quería esconderme en el baño y llorar. Quería muchísimo hacer solo eso, sollozar y dejar que esa agonía saliera.

¿Y si mi padre descubriera lo de Trey? ¿Y si supiera que Chloe me ayudaba a soltarme? ¿Y si supiera que me estaba yendo fatal en la universidad? ¿Y si...?

—De ti misma —espetó Aaron—. Claramente no sabes tomar las decisiones para tu *propio* bien.

Apreté los labios con asco, porque obviamente discrepaba de él, pero Aaron solo parpadeó, dándose la vuelta y saliendo de la sala común vacía.

Solté el aire cuando la puerta se cerró de golpe, abrazándome a mí misma e intentando respirar sin que se me escapara un sollozo. Tenía la nuca helada, pero me corría sudor.

—Joder, tu hermano es un gilipollas.

Di un salto al girarme y ver a la veterana, Elena, despegarse de un sofá en el rincón escondido detrás de un follaje y bajar la pantalla de un portátil, quitándose los auriculares *Bluetooth* de las orejas.

Me sonrió de lado, encogiéndose de hombros.

—Si mi opinión vale de algo, algunos familiares no valen la pena, Aurora. Confía en mí. Lo mejor que podemos hacer por nosotros mismos es simplemente alejarnos.

Fruncí el ceño al mirarla, pero Elena solo se encogió de hombros de nuevo, volviendo a preocuparse por lo que fuera que hacía en su propio ordenador, hasta que noté que mi veterana estaba transcribiendo algo rápidamente, haciendo anotaciones a mano también mientras se comía un burrito que parecía frío.

Solté el aire y miré las puertas de madera y cristal cerradas, aún pudiendo ver a Aaron caminando por el jardín delante del edificio, siguiendo el sendero delimitado y lleno de hojas secas caídas. Saludó con la mano a una chica, que sonrió, toda boba, al demonio en persona.

No podía simplemente desaparecer y alejarme. Mi padre me encontraría. Aaron también. Y saber lo que Aaron le había hecho a Tracey me dejaba preocupada, porque yo nunca había considerado algo grave de esa manera, pero ¿y si realmente fuera capaz de repetirlo? ¿Dónde me dejaba eso a mí?

Acciones extremas causan reacciones aún peores, y yo no me sentía lista para eso, al mismo tiempo que la cadena invisible que intentaban mantener en mí se estaba apretando demasiado —y ya me asfixiaba.



26
¿Pero y si saliera bien?
Aurora

—Hola, abuela. Perdona el retraso en llamar.

Ajusté el móvil, tirada en el sofá del salón del apartamento.

—Está todo bien —sonrió al otro lado de la pantalla—. Imaginé que estarías ocupada y no que me estuvieras ignorando, porque tus hermanos y tus padres también están callados.

—¿Nada nuevo?

—Nada —refunfuñó, claramente descontenta—. Tu padre sabe esconder las mierdas que hace. Pero las encontraré. Tengo los medios para eso. La verdad no se queda escondida para siempre.

Sonreí, asintiendo, a pesar de que siempre me preocupaba cuando el tema era ese. Aquella historia podía acabar mal.

—Cuéntame, ¿cómo va la universidad? No me has dicho nada sobre tus asignaturas favoritas, notas, profesores...

Hice una mueca y vi aparecer su sonrisa.

—Probablemente porque no te gusta nada de lo que estás estudiando —añadió, bromista.

Sonreí, incómoda.

—Me gustaría que me gustara. Sería más fácil —solté con un suspiro.

—Pero no sería lo *mejor* para ti. ¿Las notas van mal? —Asentí con la cabeza, viendo su mirada comprensiva al otro lado—. ¿Y cómo está el perrito? ¿Toby? Hoy no me has mandado fotos.

—Trey aún no me ha mandado nada. Creo que hoy Toby estaba a cargo de Brian, un compañero suyo. Pero está bien, la doctora dijo que ya no hay ninguna preocupación con su recuperación, salvo la patita coja que le quedó como secuela.

Ella asintió, sonriéndome.

—¿Y cómo está Trey?

Puse los ojos en blanco.

—He llamado para hablar de eso contigo —declaré, yendo directa al grano—. Somos novios. Me pidió que fuera su novia hace una semana.

No fue exactamente una petición, pero tampoco había motivos para negarme.

Eso hizo que Martha Montclair sonriera de oreja a oreja.

—Ya era hora. Está enamorado de ti.

—¿Y cómo lo sabes? —Puse los ojos en blanco, desdeñosa, pero mi corazón parecía un caballo de carreras en el pecho.

Ella se rió.

—Sexto sentido de abuela gallina. Y mi cuenta privada en *Instagram*. Se nota que está enamorado.

Sonreí débil, incómoda, pero quería reírme de nervios.

—Lo estamos manteniendo entre nosotros. Nadie más lo sabe aparte de Chloe y ahora tú también.

—Y haces bien. Mientras yo no me ocupe de tu padre, es mejor que te mantengas segura, pero no dejes de vivir. Quiero conocer al chico, por cierto.

—Claro. Pero ahora no, ¿eh?

Ella se rió.

—No, pero cuando meta a la mierdecilla de tu hermano en la cárcel, sí. Te mereces ser feliz.

Eso me hizo reír también, pero asentí, con una sonrisa abriéndoseme.

—Hablando de ser feliz... Me he enterado de que las inscripciones para el semestre de invierno están abiertas. ¿Has pensado en cambiar de carrera? —comentó como quien no quiere la cosa, mirándose las uñas con un esmalte oscuro.

Por lo que recordaba de los plazos, ya debía haber terminado el periodo de inscripción, pero quizá estuviera equivocada.

—No, abuela. Primero, mis padres están pagando esta carrera, no hay forma de que yo pague una, ni siquiera con un préstamo estudiantil; y, segundo, no sabría qué hacer. Nunca tuve la oportunidad de pensar.

Martha ladeó la cabeza, observándome como si dudara.

—Creo que las dos sabemos que tú sabes lo que quieres, querida. Solo que no tienes el valor para considerarlo. Para decirlo.

—Bueno, de todos modos, no sé si tendría derecho a alguna beca, y ni siquiera sé cómo... Quiero decir, ¿y si tampoco me gusta la otra carrera? ¿Y si no sirvo para la universidad? —dejé salir la inseguridad, nerviosa.

—Lo positivo es que tu novio probablemente se va a convertir en una estrella millonaria de la NHL; he visto algunos de sus partidos y es genial —bromeó mi abuela, arrancándome una risa nerviosa—. Pero las dos sabemos que sí sirves para lo que quieras y te *atrevas* a hacer. Echa un vistazo a las carreras, mi amor. Permítete soñar, aunque sea solo entre estas cuatro paredes. Envía correos, habla con otros alumnos, pregunta las cosas. Tienes derecho a querer conocer el mundo y a hacerlo. Y, si te gusta algo, habla conmigo. Pagar tu carrera no cambiaría en nada mi situación financiera.

Me quedé paralizada mirándola al otro lado de la pantalla y vi aparecer una sonrisa traviesa en sus labios.

—Inscríbete para el próximo semestre si te gusta algo. Inténtalo. Mira si te aceptarán, si considerarán tu candidatura solo para el próximo curso académico. Considera algunas becas. Eres inteligente, eras una alumna excelente en el instituto y te apasiona lo que te gusta; además, necesitas priorizarte. Si no puedes cambiar de carrera para el próximo semestre, infórmate sobre entrar en el próximo curso académico, haz ajustes; nadie más que tú y yo tiene por qué saberlo.

Me temblaron los labios, y vi a mi abuela sonreír, amable.

—Ni por un segundo pienses que no voy a luchar por ti, mi amor. Vamos a arreglar esta familia. Aunque sea como un caballo de Troya.

Solté una risa nerviosa y asustada, porque mi abuela acababa de darme una solución para algo que me aterrorizaba.

Al mismo tiempo que la idea de poder elegir por mí misma me asustaba, me aliviaba. Era un arma de doble filo que podía hacerme daño, y mucho. O podía ser lo que rompería aquella cadena que me estaba asfixiando.

Sabía que el próximo semestre era una realidad muy cercana, y era imposible que las cosas estuvieran resueltas para entonces, pero

mi abuela tenía razón en intentarlo. En hablar. En ver las posibilidades. Nadie tenía por qué saberlo. Podía intentarlo y, si fracasaba, solo ella y yo lo sabríamos.

Fue lo que hice.

Esa noche, miré todas las universidades de la región de Boston y de California. En California por mi abuela. En Boston, no por mi familia.

Llevábamos una semana de novios y yo no quería alejarme de él. Sabía que eso podía volverme ridícula y burra, pero Trey también estaba apostando mucho por mí; no era la única que corría riesgos por allí.

Él me venía bien, era natural que quisiera estar cerca. Me provocaba cierta extrañeza, casi como un sentimiento nuevo y a la vez cómodo, pero que me daba miedo, no por Trey, porque yo sinceramente confiaba en él, sino porque todo podía salir mal. Y ese miedo, ese pequeño zumbido detrás de la oreja, me asustaba.

Si todo salía mal —si mi padre lo descubría, si nunca conseguíamos una prueba contra Aaron, si, por algún motivo, las cosas se volvían más complejas—, no sabía qué pasaría. El punto intermedio de aquel momento era doloroso, pero pensar en lo que el futuro nos aguardaba daba miedo.

Por eso me gustaba el *ahora*. Ese momento en particular. Estar en los brazos de Trey y querer congelarlo todo. No había forma de saber cómo sería el futuro, entre otras cosas porque no estaba en mis manos. No tenía ese poder sobre mi propia vida.

Asfixiante. La mejor palabra para describir la sensación.

Quería poder simplemente pedir un coche e ir hasta la casa del equipo de Trey, entrar en su habitación y dormir abrazada a él. Segura. Cómoda. Sin ningún miedo, excepto el de que aquello dejara de ser una posibilidad.

Trey realmente me hacía bien. Aunque mi familia estuviera en Boston y lo ideal fuera desaparecer de la ciudad si pasaba algo, no quería alejarme de él.

Cuando me di cuenta, era la una de la mañana y yo estaba haciendo listas interminables en mi ordenador, considerando asignaturas que elegiría, optativas que haría e incluso unas prácticas

futuras como médica veterinaria en el refugio de animales. Tenían un programa muy bueno y yo podría convalidar muchas horas complementarias, incluso trabajando como volunt...

Bajé la pantalla con rapidez, mirando la pared y quedándome paralizada, con los ojos muy abiertos y la respiración fallándome.

Trabajar como médica veterinaria en refugios mientras Trey juega en la NHL parece una gran idea para el futuro.

Miré el portátil cerrado, soltando el aire. Estaba soñando. Daba miedo. La idea de que podía lograr eso, aunque fuera en un futuro distante, parecía absurda.

Y me hacía sonreír. Me hacía feliz. La posibilidad de tener un futuro que yo elegí, nadie más.

Puede que no fuera el próximo semestre, ni en los próximos años, pero la idea de vivir un futuro que soñé me hacía temblar. De una manera que ni siquiera entendía. Era bueno y, aun así, me revolvía el estómago de mala manera.

Tenía bastantes documentos que revisar, requisitos previos que comprobar... Y sonreía. Sonreía porque, aunque fueran muchas cosas en un periodo corto de tiempo, al ser el último plazo ampliado, quizá lo lograra.

El "quizá" asustaba. No saber del futuro era aterrador. Quería sentarme y contárselo todo a mis hermanos, porque sabía que dirían que era una pésima idea y yo tendría una excusa para ni siquiera intentarlo.

¿Pero y si saliera bien? ¿Y si todo se resolviera hasta el final de aquel semestre y, en el semestre siguiente, yo estuviera en Northride, en la mejor universidad para Medicina Veterinaria de la región?

Eso hizo que se me apretara el corazón. Del mismo modo agradable en que se me apretaba cuando Trey me abrazaba. Una especie de felicidad dolorosa porque me gustaba aquello y no quería que nadie me lo quitara.

Cogí mi móvil y me hice una foto con la pantalla del portátil en la página de inicio de Northride de fondo. Sentía que era la segunda decisión correcta que estaba tomando en la vida. La primera fue tirar de Trey para darle un beso en aquel coche.



27
¿Entonces vamos a hacerlo?

Aurora

Mike necesitaba una novia por todo lo que Chloe ya me había contado y un poquito más.

Su padre era tan complicado como mi madre; quizá fuera algo relacionado con los políticos. Machista, controlador, autoritario, homófobo. Todo eso y un poco más.

Mike quería de verdad conseguir una novia antes de *Halloween*, porque así podría salir con su propio novio sin que nadie sospechara, y mantener eso durante un tiempo era una coartada estupenda.

Y parecía perfecto.

Al mismo tiempo, en nuestra reunión en su apartamento —Chloe fue a mediar, aportar ideas y dar soluciones, además de que yo sospechaba que era para evitar que yo lo dejara todo y simplemente me acobardara solo con la idea, aunque todavía pudiera echarme atrás—, tenía miedo. De mi padre, en concreto.

Dejé claro a Mike que mi padre no podía sospechar porque, probablemente, la situación evolucionaría hacia un escándalo político entre las dos familias, y él estaba de acuerdo, aunque no entendiera la profundidad de aquello. Definitivamente no descubriría cómo mi padre había educado a sus hijos.

Yo todavía no confiaba del todo en Mike y prefería no arriesgarme a contar todos los secretos que involucraban a los Montclair, pero él confió en mí y parecía dispuesto a aceptar que yo necesitaba esconder mis propios secretos de mis hermanos y padres.

Con eso, llegamos a un acuerdo. Y quedé en confirmar al día siguiente si seguiría adelante o no —a pesar de no haber explicado que antes necesitaba hablar con mi novio de *verdad*.

Mike se había abierto conmigo, pero yo no conseguía confiar en los demás tan fácilmente. Necesitaba tiempo y conocer a la gente *muy* bien antes. Trey fue una excepción, lo de Chloe simplemente pasó.

Trey había perdido el partido el día anterior, así que no estaba de muy buen humor, pero lo llamé de todos modos.

—*Estoy* un poquito *ocupado ahora mismo* —gruñó Trey, como si estuviera haciendo algo—. ¿*Qué pasa, gatita*? —preguntó al otro lado de la línea.

—Puedo llamar en otro momento, no pasa nada —dije, apretándome los dedos.

—No, ya he parado, es que no puedo entretenerme mucho. Estoy limpiando la cocina.

—Quién lo diría —le piqué—. No consigo imaginarte limpiando la casa.

—Pues imagínatelo. Me encanta limpiar la cocina.

Y no era irónico. Parpadeé al vacío, en mitad del salón de mi apartamento, antes de sonreír.

—Imagíname después de una carrera nocturna, todo sudado...

Sonreí ante el tono seductor, pero la verdad es que era tentador.

—Vale, te creo. Hay algo de lo que quería hablar, en realidad.

Solo suelta la bomba. Seguro que se va a volver loco de celos.

—Vale...

—Está este chico. —Silencio—. Me paró ayer en el pasillo, me hizo una propuesta. Chloe más o menos lo medió todo porque antes lo ayudaba.

—Mmm.

Me estremecí ante el tono desconfiado.

—Me propuso ser mi novio falso. Necesita una coartada para ocultar que sale con un tío. Su padre es el alcalde de Boston y se parece bastante a mi madre, ¿sabes? Propuso que nos cubriéramos. No le dije que tengo novio, pero conoce la reputación de mis hermanos. Mike forma parte del equipo de lacrosse de la Scadelton y tal.

Silencio.

Tragué saliva, nerviosa, mientras iba de un lado a otro por el salón.

—Di algo —dije bajito—. ¿Estás molesto?

—No, no —soltó, como atragantado—. *Solo sorprendido. Guau. Yo... Esto en realidad resolvería muchos de nuestros problemas.*

Pero al mismo tiempo... ¿A tus padres no les parecería mal?

Solté todo el aire que estaba conteniendo, sorprendida.

Acababa de autosabotearme, creyendo que Trey explotaría como mis padres o mis hermanos.

La idea me asustó, pero a la vez me alivió. Trey no era nada como ellos. Todo iba bien, ¿verdad?

—Tal vez —respondí—. Es un tiro a ciegas. Pero creo que mi madre lo usaría como moneda política; creo que por eso Chloe se acordó de mí también. Y en cierto modo me ayuda a dormir fuera, esconder las cosas, usarlo como coartada y viceversa. Todo el mundo gana.

Trey inspiró hondo y lo soltó.

—¿De verdad no estás molesto? —pregunté, preocupada.

—*No*, gatita. *Lo prometo, dije que nunca más te mentiría. Estoy sorprendido porque es una solución inesperada*, pero *tiene sentido con lo que quería hablar contigo.*

Me paré, confundida, con las cejas levantándoseme.

—¿Qué? Mi corazón todavía latía en mi pecho rápidamente, nervioso, vacilando con la posibilidad de que fuera una trampa, pero sabía que me estaba boicoteando. Trey no era como mi familia. No había ningún jueguecito ahí. Era sincero.

No iba a hacerme daño físicamente ni emocionalmente. Tenía que mantener eso en mente.

—Vamos a hacer una fiesta el jueves de Halloween *aquí en casa. Todo el campus está lleno de fiestas ya anunciadas, pero obviamente la nuestra es la nuestra —bromeó—. Tenemos la fama que tenemos por un motivo. Estaba pensando cómo hacer para que no notaran que has desaparecido de casa y, al mismo tiempo, que estuvieras disfrazada, en mis brazos, en medio de todo el mundo. En público. Hemos resuelto una parte.*

A medida que hablaba, fui sonriendo cada vez más.

—¿Entonces vamos a hacerlo?

Había oído hablar de algunas fiestas de *Halloween*, pero había estado tan preocupada por todo lo demás que había pasado por alto que era en menos de una semana. Chloe había dicho algo de disfraces.

—Si te sientes cómoda con ese tal Mike, no veo problema. Pero quiero conocerlo y hablar con él antes.

—Vale. No le he hablado de ti, pero podemos arreglarlo.

—Vamos a poner una regla de mano tonta, aun así.

Me reí a carcajadas.

—T, ¡es gay!

—Y sigue teniendo manos. —La declaración seria me hizo reír aún más, pero no podía estar más feliz—. *¿Cómo estás*, gatita?

Sonreí ante el tono cómodo, sentándome en el respaldo de uno de mis sofás.

—Bien. Te echo de menos. Sé que nos vimos esta semana, solo...

—Entiendo el sentimiento —dijo—. *Pero ese Mike ha aparecido en un buen momento. Con cuidado, vamos a poder manejar las cosas y, poco a poco, todo se irá arreglando*.

Solté el aire, haciendo un puchero. Abrí la boca para contarlo, pero todavía no quería decirlo. Si me rechazaban, sería humillante. Se lo contaría si me llamaban para la entrevista, decidí.

—¿Y tú cómo estás? Después del partido y... —lo dejé en el aire.

—Joder. Fue una estupidez perder ese partido, pero los tíos de Connecticut son duros. No esperaba un rival tan fuerte este año.

—Lo vais a conseguir.

Silencio.

—La copa de la conferencia es vuestra. Y, cuando os deis cuenta, estaréis en las finales del *Frozen Four* reventándole la cara a la UMich.

—¿Por qué crees que vamos a jugar contra la UMich? —preguntó con curiosidad.

—*Corazonada*. —Sonreí, apoyando la cabeza en la mano.

—Si nos topamos con la UMich, la posibilidad de que nos trituren...

—Trey —lo corté—. Vais a ser vosotros los que trituréis a los competidores. He visto al equipo jugar, ¿lo has olvidado? Y aunque no me guste tanto el hockey, entiendo de una cosa u otra. Considéralo un buen presagio o lo que quieras, pero estoy segura de que lo vais a conseguir.

Suspiró, como si lo dudara.

—Espero que tengas razón, gatita*. Necesito esa victoria.*

—Será la primera de muchas —prometí—. Lo vas a conseguir, T. La NHL verá lo que se estaba perdiendo.

Una ráfaga de aire hizo un estruendo en el móvil, y yo solo sonreí para mí misma.

—De verdad te echo de menos.

—Yo también —susurré, cortada—. Discutí con Aaron.

Un gañido de rabia surgió al otro lado, y hablamos un poquito más. No duró mucho, ya que necesitaba terminar la limpieza —y ayudar a Nathan, que apareció al fondo de la llamada y asustó a Trey con algo—, y eché un vistazo a mi portátil tirado junto a mis cosas en la encimera de la cocina, apretando los labios.

El plazo para enviar los documentos vencía al día siguiente. Y podría mentir diciendo que no lo había investigado todo ni había buscado mis documentos en nuestra carpeta compartida en línea de la familia, pero lo había hecho. Solo faltaba una carta escrita por mí misma, de interés, explicando algunas cosas.

Si pasaba la fase documental, tendría una entrevista a mediados de noviembre, casi una semana antes del festivo de Acción de Gracias. Era cuando debía ir a visitar a mis padres, junto con Aaron y Andrew, según nos habían pedido antes de venir a Boston para el semestre. Mi madre siempre organizaba un evento comunitario en la ciudad; nunca era sobre nuestra familia.

Cogí el portátil, le escribí un mensaje a Mike, quedando en vernos otra vez en su apartamento, pero con un nuevo invitado (y recibí un mensaje suyo diciendo: "Ahora sí tiene sentido por qué necesitas tanto una coartada, guarra"), y me crují los brazos y los dedos.

Si iba a arriesgarme, lo haría con *todo* lo que tenía. Y además apuntando a la mejor universidad de la región.

Cuéntenos por qué le gustaría estudiar Medicina Veterinaria en Northride, candidato/a, y qué aportaría a nuestro programa.

Empecé a escribir.



—¡Joder! ¿Estás saliendo con el tío que tu hermano más odia? —aulló Mike cuando abrió la puerta de su apartamento y se topó con Trey, riéndose a carcajadas al saludarlo con un apretón de manos—. Entra, tío. No me puedo creer lo que ven mis ojos.

Puse los ojos en blanco ante Mike, encontrándome con un chico que no conocía, sentado en uno de los sofás y levantando la vista del móvil.

—Ah, entonces estamos haciendo la reunión con los novios —declaré, saludando al chico. Era aún más grande que Mike; "chico" era un eufemismo, porque el hombre era enorme, parecía jugar al fútbol...

Me paré y miré a Treyton, que tenía las cejas alzadas, mirando al tío, que definitivamente estaba incómodo.

—No esperaba que fuera un tío de la Northride —comentó Mike, incómodo, al mirar a su novio—. Si lo hubiera sabido...

Treyton conocía al tío. Aparentemente todo el mundo allí tenía conexiones.

—Por mi parte no hay problema. Prometo que nadie lo va a saber nunca por mí —dijo Trey, sincero—. Hacía tiempo que no te veía, Oliver.

Ese tal Oliver sonrió, obligándose a relajarse.

—He estado ocupado —intentó bromear, haciéndome sonreír más.

—Entonces tenemos a un jugador de lacrosse, uno de hockey y uno de fútbol americano, qué guay —comenté, intentando sonar divertida mientras intentaba adivinar la carrera universitaria de Oliver, pero en realidad sonando ridícula, lo que hizo que Trey se riera y me tiró de la mano, negando con la cabeza.

Al menos no me equivoqué.

Mike soltó una risita nasal hacia mí al coger unos vasos de café y ofrecérnoslos. Yo no rechacé, y Trey tampoco, y nos sentamos en los dos sofás de su salón.

—Pensé en mantenerlo sencillo. Nos conocimos en la universidad, fue amor a primera vista, nos enamoramos y estamos viviendo la vida —dejó claro Mike—. Creo que explicaría el comienzo rápido y lo pegados que estamos.

Asentí, pensativa.

—Mis padres querrían conocerte.

—Mi padre *definitivamente* va a querer conocerte —declaró Mike —. Tendríamos que organizar bien algunos detalles en ese sentido para no meter la pata con hechos y mentiras.

—De acuerdo.

—Perfecto, te mandaré un resumen de todo sobre mí y mi familia, cosas en las que soy insoportable en una relación y de las que puedes quejarte de mí ante mi madrastra —añadió—. Debo advertirte que ella tiene casi tu edad. Hizo una mueca.

—Esa parte de las quejas la elaboré yo —intervino Oliver, dedicándole una sonrisa fría y cuadrada a su novio—. Puede llegar a ser insoportable. Y aun así...

Respiró hondo, sonriéndole de lado a Mike.

Guau, era muy raro ver a un armario romántico, pero era mono.

—Aurora es bastante tranquila. Si vas a quejarte de algo, habla del pelo. Es demasiado pelo para dormir con eso en la cara —dijo *mi* novio.

Miré a Treyton en shock, con la mandíbula desencajada, y él se rió a carcajadas al ver mi expresión.

—Vamos, *gatita*. Hay quejas muchísimo peores por ahí.

Puse los ojos en blanco, pero sonreía al mirar a la otra pareja, con Trey acercándome aún más a él. Hacía casi una semana que no nos veíamos, y teníamos como mucho unos diez minutos de aquello, lo que hizo que me acercara más y besara el hombro cubierto por la sudadera del equipo de hockey de la Northride.

—¿Entonces vamos a hacerlo? —sonrió Mike, pareciendo aliviado —. Mientras vosotros dos estéis de acuerdo, podemos mantener la farsa. Si hace falta, fingimos una ruptura amistosa o algo aún peor.

Si descubren mi relación, dejo claro que te estaba pagando para que me ayudaras a ocultarla; si descubren la tuya, dejo claro que solo quise ayudar a una amiga. ¿Qué te parece? ¿Tiene sentido?

—Es un buen acuerdo —asentí—. Y nadie delata a nadie.

—Creo que todo el mundo tiene algo que perder aquí —murmuró Oliver, incómodo—. No me gusta la idea de que Mike vaya por ahí fingiendo un romance con otra persona, pero es lo que podemos hacer para que no nos descubran. Su padre...

Oliver lo dejó en el aire, pero claramente estaban muy cerca de que los descubrieran y, sinceramente, yo no quería pensar en lo que un padre como ese haría al descubrir algo así. En cierto modo, entendía a Mike.

—Y tener más tiempo juntos —completó Trey—. Siento lo mismo. Sin mano tonta, Barlowe. Muestras de afecto mínimas; si alguien pregunta, preferís todo *en privado*.

Me reí bajito por eso, pero asentí; Trey y yo habíamos estado de acuerdo en el tema.

—Por mi parte, tranquilo. Sin ofender, pero no siento nada romántico ni sexual por las mujeres, así que no supone ninguna diferencia. Solo tendré que esforzarme para parecer que estoy enamorado.

—Solo finge que yo soy Oliver.

—Sí, sois idénticos —convino Mike, con sorna, sacándome otra sonrisa—. Bien, entonces estamos entendidos. Había pensado que fuéramos de Novios Cadáveres, ¿sabes? Copiando el disfraz de La novia cadáver. En la fiesta de *Halloween* del equipo de lacrosse de la Scadelton, obviamente. Nos quedamos una horita, y luego nos escabullimos. Te llevo donde quieras y pasamos el resto de la noche separados.

—Es una buena idea —dije, pensativa—. Puedo usar el maquillaje para hacerlo más intenso después —volví la mirada a Trey, sonriendo —. No me gustan mucho las películas de terror, pero hay algunos disfraces de *It*[14] que funcionarían.

—Lo que quieras —se encogió de hombros Trey al decirlo—. No me importa el disfraz, con tal de que podamos aprovecharlo juntos.

Sinceramente, tenía muchas ganas de llevar algo de época, quizá algo como *Moulin Rouge*, a propósito, para horrorizar a toda mi familia, pero... Tal vez el año que viene.

Mike soltó una risita.

—Por eso el noviazgo heterosexual no tiene ninguna gracia. Aurora, yo mismo voy a maquillarte. Aprendí un montón con algunos tutoriales en línea, vas a ser la payasa aterradora más bonita de todo Boston. E irreconocible.

Solté una risita por eso.

—Creo que nuestro acuerdo va a funcionar. ¿Me recoges para clase el lunes, *cariño*? —le piqué, y él se rió.

—*Claro*, mi amor. Me guiñó un ojo antes de que siguiéramos resolviendo algunos asuntos.

Después, Trey se fue a casa y Mike me llevó a casa, siendo visto a propósito por Andrew, que se quedó parado, sorprendido, a mitad de camino hacia la salida del edificio mientras entrábamos, congelado a mitad del vaso de café.

Le saludé con la mano, con una sonrisa de pura felicidad en la cara y todo.

¿Era completamente feliz con esa farsa o con Mike sosteniéndome la mano en vez de Trey? No.

Pero era un medio para un fin. Poco a poco, las cosas *tenían* que resolverse.



28
¿Podemos de verdad fingir que nunca nos vimos?

Aurora

Me paseé de un lado a otro delante del edificio, abrazándome dentro de la sudadera calentita de Scadelton mientras observaba el murallón alto, preocupada y con frío. El short parecía una pésima idea ahí fuera.

Otro maullido.

—Felpudinho, ¡por favor! —susurré al gato que había subido al tejado de una casa, que daba al otro lado de la calle, en la manzana, pero no conseguía bajar—. ¡Solo tienes que saltar a mis brazos! —Levanté las manos para demostrarlo, hablando bajo para que nadie nos oyera.

Parecía que no había nadie en casa y, sinceramente, yo tampoco abriría la puerta a una desconocida diciendo que tenía un gato en mi tejado a las tres de la mañana.

Era un gato atigrado, gris y con tonos oscuros en el pelaje, hasta donde yo podía ver, pero aparte de que eran las *tres de la mañana* y de que su maullido desesperado me había despertado de mi sueño, ya no sabía qué más hacer ni cómo sacarlo de allí.

Miré el móvil de nuevo, tensa. Miré a mi alrededor también, preocupada por que apareciera algún loco asesino en serie, pero estaba sola con el gato. Pasaba algún que otro coche, pero ni me prestaba atención. El movimiento de la madrugada era normal, me imaginaba.

Trey había dicho que, si necesitaba, bastaba con llamar. Me ayudaría con cualquier cosa.

¿Pero eso incluía un rescate de animales a esas horas? El gatito parecía bien, pero ¿y si se caía? Era pequeño.

¿Cómo había subido ahí?

Le mandé un mensaje a Trey, pero me había avisado hacía más o menos dos horas de que había vuelto temprano de una fiesta en una

fraternidad y ya iba a dormir, y me mandó una foto suya sin camiseta a punto de meterse en la ducha. Un pecado, debo decir.

Solo le llegó mi mensaje; obviamente ya debía de estar durmiendo, así que me mordí el labio, soltando el aire.

Desde allí podía ver la ventana de mi cuarto, a oscuras, pero con una rendijita para que entrara el viento frío, porque me gustaba.

Llamé a Trey.

Tardó en contestar, casi saltó el buzón de voz, pero respondió.

—*Hmpf*... —gruñó al otro lado, arrancándome una sonrisa—. ¿*Todo bien, Aurora*? ¿*Ha pasado algo*? Empezó a despertarse por la preocupación que apareció en su voz.

—Sí, perdona que te llame. Yo... —Miré al gato, preocupada—. Hay un gato. En el tejado. Atrapado. No consigo sacarlo de ahí.

Trey soltó una risa soñolienta al otro lado, y oí el ruido de algo, como si se hubiera dado contra algún sitio de la cama.

—¿Dónde está?

—En el tejado de la casa de al lado de mi edificio —refunfuñé—. No está herido, pero tiene frío y... —Mi voz se apagó. La idea era ridícula.

No debía haber llamado.

Trey soltó otra risa parecida, agradable, por cierto.

—¿Qué no hago yo por ti? Voy a coger las llaves de la moto y a ponerme una sudadera. No intentes subir sola.

Sonreí débilmente.

—Gracias —dije bajito.

—*Te lo voy a cobrar* —provocó, con la voz saliéndole ronca de malicia.

Era ridículo, ¿no? Despertar al novio en mitad de la madrugada solo porque quería rescatar a un gato del tejado. Difícilmente el gato moriría si se quedaba allí hasta el amanecer, pero ¿y si se caía o...?

Trey llegó cuando yo estaba sopesando subir por un árbol de allí cerca y caminar por dos tejados, negando con la cabeza al quitarse el casco, risueño y con los ojos entrecerrados.

—Esto debería joderme, pero no consigo enfadarme —declaró al pasar los brazos a mi alrededor, besándome y mirando lo mismo que yo: el gato.

Le sonreí antes de suspirar al ver la situación del animal.

—No sé cómo subió.

—Yo sí. La cagó y no sabe arreglarlo —bufó Trey—. Súbete a mis hombros y sácalo, debería ser rápido.

—¿Crees que llegas?

Trey me miró con aún más desdén, con sus casi dos metros de altura.

—Dímelo tú, Montclair —provocó, arrancándome una risa.

Se agachó y, en un instante, yo me estiraba sobre sus hombros, sus manos sujetándome las pantorrillas mientras yo llamaba al gatito. Al principio me miró con desconfianza, casi como *yo misma* hacía con la gente, pero poco a poco aceptó olerme la mano, asustado por haberse quedado atrapado allí. Quizá llevaba en el tejado más tiempo del que yo imaginé, porque parecía más desesperado de lo que había previsto.

Conseguí cogerlo en el último segundo, con él arañándome entera del susto, pero lo abracé a la altura del pecho antes de confirmarle a Trey que todo estaba bien y que podíamos bajar.

Cuando toqué el suelo, observé al gatito. Estaba todo erizado y cabreado, intentando soltarse de mis brazos, pero le besé la cabecita. Debía de tener unos tres meses, todavía un cachorro. Intentó morderme y arañarme la cara, pero apenas hizo daño.

—Entonces, ¿qué piensas hacer con el gatito? —preguntó Trey, curioso—. ¿Vas a llevártelo a escondidas al apartamento?

—Mis hermanos se enterarían, así que no —dije, pensativa—. Creo que lo voy a llevar al refugio, a ver si tiene algún *chip* o dueño, como comprobaron con Toby, y luego veré qué hacer. No está herido, así que cualquier gasto debería salir más barato...

—También puede quedarse en mi casa.

Observé los ojos de Trey, alzando las cejas.

—Trey, ya has adoptado un perro por mí. No creo que a tus compañeros del equipo les hiciera gracia que tu casa se llenara de...

—Solo en mi habitación —dijo, pasando la mano por mi cintura, con el gato entre nosotros mientras apretaba los dedos contra la tela del short—. Y no creo que a los tíos les importara, sobre todo porque si estoy haciendo esto es porque me importa a mí.

Me mordí el labio, viendo su sonrisa al agacharse y besarme.

Me encantó la sensación de aquel momento, el beso en mitad de la madrugada, debajo de un árbol gigantesco y con un gato entre nosotros. Una burbuja solo nuestra.

—Custodia compartida —provocó al separar nuestros labios, manteniéndolos casi pegados aun así.

Solté una risa, sintiendo sus dedos apretarme la cintura.

—Entonces voy a coger una mochila. No voy a llevarlo en el bolsillo de la sudadera en tu moto, es muy peligroso.

Trey sonrió de lado, asintiendo mientras le entregaba el gato, que seguía cabreado, pero apenas tenía las uñas lo bastante fuertes como para arañarnos, y mucho menos morder, como intentaba.

Subí rápido, me puse un pantalón encima del short de pijama, unas zapatillas, cogí un cambio de ropa y una toalla y los metí en el fondo de mi mochila, con todo tirado en la cama y la mochila relativamente vacía, y bajé las escaleras casi volando, con miedo a que mis hermanos aparecieran como fantasmas —hasta donde yo sabía, Andrew se había ido a pasar el fin de semana a casa de alguien a quien se estaba follando, y Aaron se había ido a alguna fiesta en el campus, pero yo no correría ningún riesgo—. Por cierto, Chloe me mandó una foto de Aaron en la fiesta en la que ella estaba.

Trey y yo acomodamos al gatito en mi mochila, cerrando bien la cremallera y yendo rápido a su casa. No era el mejor medio de transporte para un gato, pero funcionó.

No había nadie en el salón cuando llegamos, excepto Toby durmiendo en uno de los sofás, un perro que apenas me hizo caso, incluso con el beso que se llevó, satisfecho mientras dormía con un hueso de peluche babeado entre los dientes.

Subimos las escaleras rápido, intentando guardar silencio, y enseguida me vi abriendo la mochila encima de la cama, con cuidado.

El gatito no salió de inmediato, desconfiado de todo el ambiente y tratando de esconderse en la tela de la mochila, pero tenía que comer. Parecía hambriento y cansado de la situación en la que él mismo se había metido (al menos aparentemente).

Sentí las manos de Trey en mi cintura, abrazándome por detrás y besándome la cabeza, apretándome contra él.

—Qué bien que estés aquí —susurró—. La fiesta era una mierda, tenía muchas ganas de que hubieras ido o de que simplemente te hubieras quedado conmigo en la habitación.

Sonreí por eso, atenta a los movimientos del cachorro antes de girarme hacia Trey, pasando las manos por su nuca.

—Creo que puedo quedarme un poco hasta el final de la mañana. Puedo usar a Mike como excusa.

Trey sonrió de lado, satisfecho.

—Me gusta por eso —se inclinó y me besó la frente—. Voy a coger algo para que coma. ¿Sabes de algo que pueda hacer y...?

—Voy yo. También necesita agua. ¿Hay algo de pescado o pollo en la nevera?

Trey frunció el ceño, pensativo.

—Creo que hay pechuga de pollo. ¿Estás segura? Alguno de los tíos puede...

—Está bien, Trey. Tarde o temprano lo van a saber y, si dicen algo, tendrán que lidiar con el hecho de que no respetaron que yo les pedí que lo mantuvieran en secreto. ¿Qué te parece?

Suspiró.

—Que es arriesgado y que estarías cometiendo un error si fuera cualquier otra noche, pero creo que solo Thomas y Brian están en casa, así que no es *tan* peligroso si uno de los dos lo descubre. Yo tendría cuidado con otros tíos, como Patrick.

Asentí con la cabeza, con Trey negando con la cabeza al ver moverse la mochila, pero el gato no salió de dentro.

—Vuelvo enseguida —bromeé, yendo hacia la cocina.

En realidad no me interceptó nadie y encontré con facilidad la pechuga de pollo deshilachada que necesitaba, empezando a preparar todo. No era lo ideal para un cachorro de gato, pero no valía la pena ir de madrugada a una tienda veinticuatro horas solo para pagar mucho más caro un paquete de pienso.

Coloqué un cuenco de agua cuando estaba casi terminando el cuenco con la comida para el cachorro, hasta que me quedé paralizada al ver una sombra plantada en la puerta de la cocina, mirándome también, en shock.

Parpadeé, viendo a Elena sostener una compresa de hielo ya derretida, parada en seco camino de la nevera, que estaba justo a mi lado.

Elena, mi veterana. Y llevaba la camiseta de *Nathan*.

Abrió la boca, la cerró y frunció el ceño.

—¿Sabes dónde guardan el botiquín? —dijo bajito, incómoda.

Negué, seria.

—¿Qué...? —Yo estaba genuinamente confusa, porque... ¿Cómo? ¿Nathan? ¿Elena? ¿Cómo había...?—. ¿Sabes qué? Nunca nos vimos.

Ella sonrió de oreja a oreja.

—De acuerdo, por favor.

Nos sonreímos mientras ella iba al fregadero y lavaba aquella compresa, hasta que vi sangre escurrir de ella.

—¿Está bien Nathan? —pregunté, preocupada.

Asintió, pero parecía no creerlo.

—Se metió en una pelea sin necesidad. Y por mi culpa, además, así que... —suspiró, metiendo la compresa en el congelador y mirándome —. ¿Podemos de verdad fingir que nunca nos vimos? Estoy en una situación...

—¿Complicada? —sugerí, esbozando una sonrisa forzada—. Somos dos. Nunca nos vimos —prometí.

Soltó un suspiro de alivio que me hizo preguntarme por qué mi veterana necesitaba ocultar que estaba literalmente durmiendo con un tío de la universidad rival. Y con su camiseta. Solo con ella.

No era asunto mío.

Pero cuando subí con los cuencos de comida, cerrando la puerta de la habitación de Trey con el pie y me encontré con él jugando con el gatito, usando sus propios dedos y tumbado en la cama, de lado, no me aguanté:

—¿Sabías que mi veterana de Scadelton está en la habitación de al lado? —susurré, yendo hacia ellos en la cama. Trey se sentó de inmediato, curioso.

—¿Cómo que qué? Nathan está hecho polvo, llegó hecho mierda después de una pelea. Aparentemente les pegó una paliza a unos racistas; los tíos solo no llamaron a la policía porque él grabó todo lo que dijeron y tenía pruebas del racismo.

Se me cayó la mandíbula. "*Por mi culpa*", Elena era negra.

—Ay. Dios. Mío —dije, emocionada—. ¡Nathan y Elena están juntos!

Treyton parpadeó hacia mí como si estuviera intentando encajar la información.

—¿Quién es Elena?

Puse el cuenco de comida para el cachorro justo al lado del escritorio de Trey, cogiendo al ser peludito y enseñándole dónde comer. Olfateó un buen rato, pero yo ya estaba de vuelta en la cama,

tirándome al lado de Trey de un salto y cogiendo el móvil. En cuanto abrí el perfil de Elena, él soltó una risa.

—Dios mío, voy a matar al hijo de puta. Él sabe todo sobre ti, ¿y yo tengo que enterarme por *mi novia* de que está comprometido?

—Estoy suponiendo —me defendí—. Elena parecía muy preocupada. Había bastante sangre.

—Los cortes deben de haberse abierto otra vez. Se peleó con tres tíos a la vez, creo que delante de Elena, probablemente —explicó Trey —. Puedo parecer el de mecha más corta, pero Nate es mucho peor que yo. Sobre todo si se meten con quien le importa.

La insinuación fue obvia, porque Trey esbozó una sonrisa maliciosa y negó con la cabeza.

—Joder, lo voy a acorralar y hacer que abra la boca.

—Ahora no, espero —advertí, mientras Trey se reía, negando con la cabeza al tirarme encima de él y dejarnos caer tumbados en la cama.

—Tengo tiempo con él. Contigo, no tanto —bromeó, y levanté la cara, girándome para poder besarlo.

Profundicé el beso, acomodándome encima de él y sintiéndolo apretar las manos a mi alrededor.

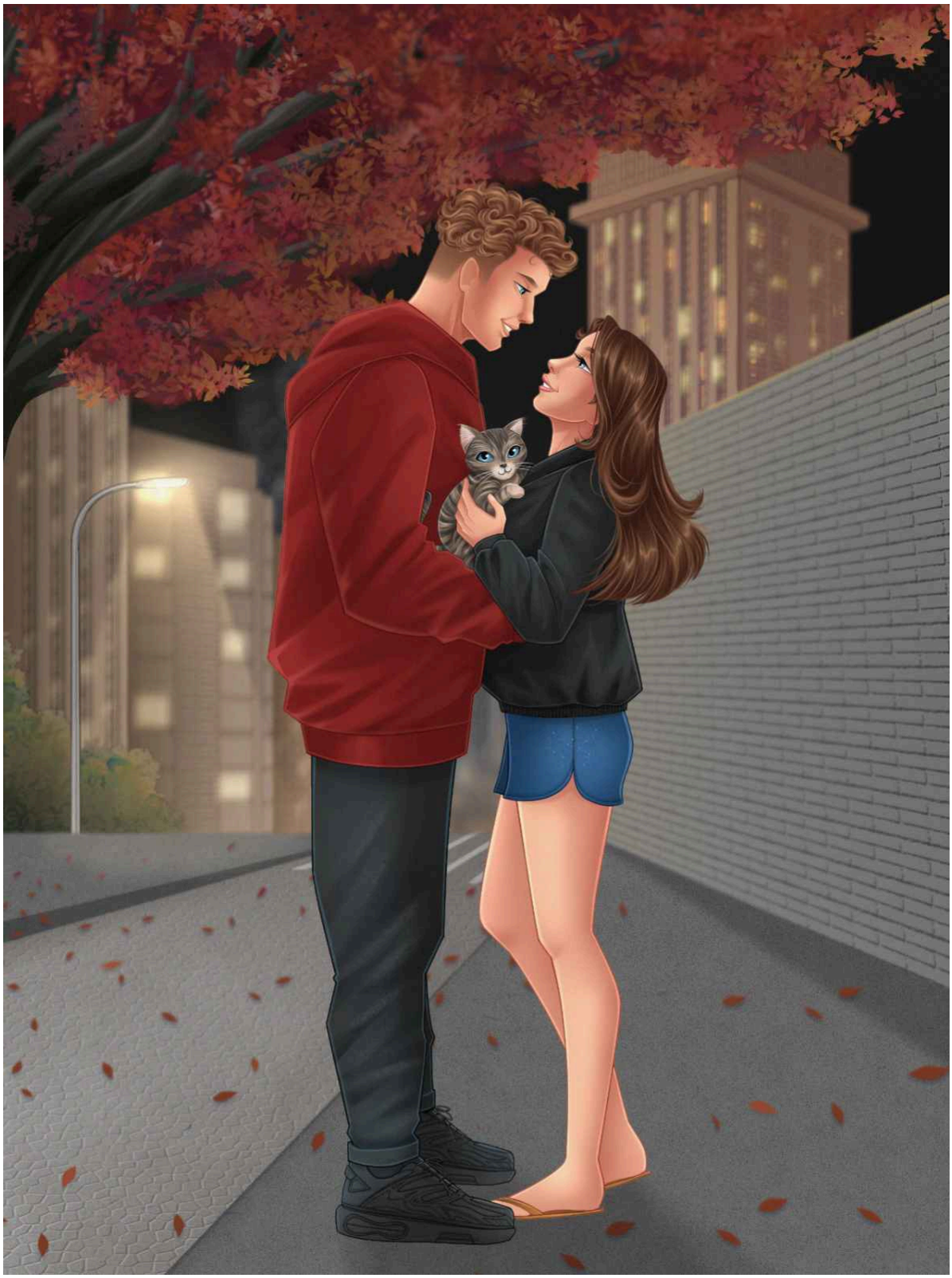
—Si siempre me besas así cuando rescate a un animal contigo, vamos a tener que abrir un refugio nosotros mismos —murmuró entre nuestros labios, arrancándome una risita—. No me importa —añadió.

Lo miré, sonriendo de lado.

—¿Qué tal si empiezas a cobrarme el favor en vez de pensar en un refugio futuro? —provoqué, y él inspiró, entornando los ojos.

—Eres peligrosa, Aurora Montclair.

—Y estoy en tu cama, Treyton Hartley.




19
HARTLEY
19

29
¿Qué puedo hacer?
Trey

Aunque tenía muchas ganas de follarme a Aurora, solo nos acomodamos en la cama y la dejé entre mis piernas, los dos observando al pequeño *proyecto* de gato —porque apenas daba para ser un gato, de lo minúsculo que era— comer y divertirse hurgando en los hilillos de pollo.

Eran las cuatro de la mañana; podía ver que Aurora estaba cansada —yo también lo estaba—, pero ninguno de los dos quería dormir. Si dormíamos, perderíamos el tiempo juntos.

Se acomodó entre mis piernas, presionando sin querer mi polla, que dio una punzada hija de puta.

Nathan me la va a pagar, ese hijo de puta mentiroso. Ayer mismo estaba hablando de perderse las fiestas de fraternidad por tener la cara toda cortada y destrozada —pero sonreía al hablar—, lo que explicaba muchas cosas, sabiendo lo que yo sabía en ese momento.

Aurora giró la cara, apoyándola de lado en mi pecho mientras observaba al gato. El proyecto felino decidió explorar la habitación, pareciendo más cómodo según iba con el rabito minúsculo erizado, olisqueando las cosas. Era atigrado en tonos marrones y grises, en un pelaje oscuro que lo hacía aún más mono.

—A veces me pregunto si mis padres tienen razón al impedirme hacer los rescates—, oí el refunfuño que me apretó el corazón.

—No la tienen, Aurora. No puedes salvar a todos los animales del mundo, pero puedes salvar a los que sí puedes.

Un suspiro resonó por la habitación.

—¿Y cuál es el límite entre poder o no poder?—, la pregunta incierta dejó clara la inseguridad.

—Cuando estemos cerca, te lo digo—, dije, serio. —De momento, este proyecto felino tiene una habitación calentita para dormir, un periódico para que entienda que es para mear y comida rica para aprovechar. Eso es lo que importa.

Sentí su sonrisa contra mi pecho.

—¿Proyecto felino?

—Joder, eso casi ni es un gato. Es minúsculo.

Una risa deliciosa resonó por mi habitación, y me hizo sonreír y apretarla contra mí.

Nos quedamos en silencio después de eso, solo disfrutando del momento y observando al gatito atigrado trotar por la habitación, hasta que echó a correr y empezó a jugar.

Aurora se removió, como intentando acomodarse, pero volvió a presionar mi polla, lo que me hizo entornar los ojos y apretarla más contra mí, sintiendo la risita ahogada.

Sabía lo que estaba haciendo. *Perfectamente*.

Apreté los brazos que ya tenía alrededor de ella contra su cintura, besándole detrás de la oreja. Si quería jugar sucio, yo era mucho peor en eso; vi toda su piel erizarse contra mis labios.

—No me gusta tener público—, gruñó en cuanto bajé por su cuello.

—A él le da igual.

—¿Y si es una niña?— No habíamos conseguido comprobarlo, pero me importaba una mierda en ese momento, joder.

—A *ella* también le da igual, Aurora. Ni le va a hacer caso—, me reí flojito contra su cuello, viendo su sonrisa al levantar la mirada para mirarme.

Subí las manos por su sudadera, apretándole la cintura antes de volver y bajarlas, metiéndome también por debajo de la camiseta. Le recorrí la barriga con los dedos, sintiendo cómo se contraía cuando mis dedos alcanzaron sus pechos, apretando por encima del sujetador. Era de encaje, solo el tejido entre mis dedos y sus pezones.

Todo en Aurora era delicioso. La cara, los ojos. La piel, las curvas modestas y a la vez suficientes. La personalidad recatada y vibrante, todo al mismo tiempo.

Y estaba en mis brazos.

Aurora tragó saliva, apoyándose contra mí. Le besé el cuello esta vez, y con menos castidad que antes, empujando el tejido bajo mis dedos y apretándole la piel con fuerza, oyendo un jadeo. Su

respiración vaciló cuando mis manos presionaron sus pechos. Casi podía abarcarlos por completo; era una delicia intentarlo.

Retorcí sus pezones con cuidado, sintiéndola tensa contra mí mientras yo le chupaba el cuello, dejándole una marca ahí.

La apreté contra mí, apartando una de mis manos de ella mientras la otra tiraba de su piel con gusto, oyendo el suspiro y sintiendo sus manos apretar contra mis muslos. Enredé su pelo con la mano libre, apresándolo en mi mano y tirando de su cara hacia atrás, besándole más el cuello, bajando por la línea de los huesos de la clavícula hasta donde la sudadera me dejaba, chupándolo todo con ganas a mi paso. Olía a champú de hinojo; era delicioso.

La otra mano, mientras tanto, bajó por su cuerpo. Me metí por el pantalón de chándal, encontrando el short aún ahí y tirando de la braguita por delante, hacia arriba, con ganas, sintiéndola contraerse contra mí mientras retorcía el tejido, presionándolo contra ella. Subí los besos por su cuello, mordisqueándole la oreja, sus manos apretando mis piernas con más fuerza. Y me metí por la braguita.

—Trey...— le salió en un susurro nervioso, pero yo ya había bajado mis dedos por su coño. Estaba un poco mojada, pero podíamos ir muchísimo más lejos que eso.

—Eres deliciosa, Aurora—, susurré contra su oreja, viéndola tragar saliva. —Enterita.

Pasé los dedos por ella, jugando con la humedad mientras ella se estremecía contra mí.

Cambié la posición de mis piernas alrededor de las suyas, encerrándola debajo de mí mientras pegaba su cuerpo al mío y le mantenía las piernas abiertas, alcanzando su clítoris mientras soltaba un gemido rico. Hundí el dedo contra su carne, estimulándola mientras otro gemido se escapaba de sus labios, y tiré de su cara hacia mí, por el pelo, besándola.

Bajé por todo su coño, yendo hasta su entrada y sintiéndola jadear entre mis labios mientras yo dominaba el beso también, profundizándolo, jugando con su lengua y acariciándole la entrada, subiendo el dedo de nuevo y jugando con cada terminación nerviosa de su cuerpo con solo unos toques aquí y allá.

—Prefieres cuando hago esto...— le acaricié el clítoris y besé sus labios con aún más ganas, sintiéndola gemir contra mí. —¿O esto?— Bajé los labios a su cuello, chupándole ahí y hundiéndole dos dedos, lo que hizo que soltara un gemido que resonó por toda la habitación.

Su respiración vaciló, y no llegó ninguna respuesta.

Apreté el pulgar contra ella, hundiendo el índice y el corazón en su entrada y subiendo los besos por su cuello mientras su respiración se rompía, las manos agarradas donde podían en mí. Le tomé la boca otra vez, hundiéndole los dedos cada vez más rápido mientras ella se retorcía contra mí y alrededor de mis dedos.

Intentó cerrar las piernas, pero se las forcé abiertas contra las mías, adrede ahí. Aumenté la velocidad de los dedos y la presión del pulgar, soltándole el pelo y tapándole la boca cuando hundí más de mi mano. Los músculos me ardían un poco por la velocidad y la postura, pero forcé el brazo aún más, sintiéndola morder mis dedos mientras gemía ahogado por ellos, comiéndose mis dedos con el coño también, deshaciéndose en mis brazos, pequeños espasmos viniéndole de dentro.

Deliciosa enterita.

Saqué mis dedos de su interior, subiéndolos por su coño y acariciándoselo ahí, sintiéndola estremecerse, intentando retener mi mano. Solté una risita al sacar los dedos de ahí y llevármelos a la boca, chupándolos uno a uno mientras ella seguía el movimiento con la mirada.

Aurora sonrió de lado, negando con la cabeza hacia mí antes de girarse y montarse encima de mí, sujetándome la cara y besándome con ganas, sintiendo entonces una mezcla del sabor de ella misma y de mí.

Sonreía al quitarse la sudadera, arrancándosela junto con la camiseta, quedándose solo con el sujetador fino de encaje delante de mis ojos. Blanco y una tentación; bajé inmediatamente la boca a sus pechos, chupando con ganas mientras le arrancaba el tejido, sintiendo sus dedos en mi pelo, enredándolos en él mientras su respiración volvía a vacilar.

Entonces me tiró hacia arriba, volviendo a besarme y sorprendiéndome con el toque mandón. Solo me di cuenta de lo que

estaba pasando demasiado tarde.

Me arrancó mi propia sudadera, me quitó la camiseta justo después y me besó el pecho. Luego la barriga y siguió bajando.

Eché la cabeza hacia atrás, respirando hondo.

—Aurora...— la advertí, tenso al sentirla bajarme el pantalón y los calzoncillos de una sola vez.

—He estado investigando—, le salió en un susurro, haciéndome mirar esos ojos enormes que ya me estaban mirando, y apreté los dientes cuando sentí sus manos acariciarme la polla. Obviamente ya había hecho eso, pero nunca con la boca tan cerca.

Era territorio peligroso. Me encantaba que me la chuparan, pero no iba a pedírselo sin que ella se sintiera cómoda.

—¿El qué?— me obligué a preguntar, la garganta trabada y los dientes apretados porque estaba usando todo mi autocontrol para no darle la vuelta ahí y comérmela con ganas, dispuesto a despertar a toda la casa.

Subió y bajó. Despacito. Como si nunca me hubiera estimulado la polla antes.

—Qué es lo mejor al chupar una polla. Cómo os gusta.

Tuve que reírme.

—¿Investigaste eso? Solo tenías que preguntarme, *gatita*.

Ella sonrió, me besó suave y bajó por mi cuello, chupando tan fuerte ahí que la sujeté del pelo, pero ella siguió con los besos, marcándolo todo en una senda incluso con mi agarre tenso.

Mi polla palpitó con la sensación de la presión y hacia dónde iba. Aurora misma me apretó más, cuidadosa aun así.

—Pero entonces...— levantó los ojos justo por encima de mi barriga, mirándome desde abajo. —¿Cómo iba a saber eso?

Solté el aire al sentir su mano acariciarme los huevos, aún cuidadosa.

Con la otra, me sujetó la polla por la base y me la acarició entera, subiendo y bajando.

—Puedes apretar más, Aurora—, dije, usando todo el autocontrol que aprendí a tener. *Joder*...

—¿Así?— preguntó, apretando con gusto mientras yo solo asentía, duro como una piedra. *Me cago en la puta*.

No me esperaba aquello. Sabía que Aurora aún se estaba descubriendo en la cama, pero no así. No esperaba que fuera a tomar la iniciativa de...

Un gemido resonó por el cuarto —el mío— cuando su boca me tomó por completo, chupándome con ganas y como quien había hecho eso varias veces antes, llegando hasta la garganta.

—Joder— gemí al sujetarla del pelo, intentando no atragantar a Aurora con mi polla. Se lo tragó todo, de una forma que honestamente no entendía cómo cabía, pero estaba muy feliz de que fuera posible, llegando hasta casi mi base, donde su mano sujetaba. Con la otra mano, me acarició los huevos. Y subió.

Y bajó, yendo más hondo.

Yo palpitaba en ese punto. Si hacía cualquier estímulo nuevo, me correría con facilidad.

—Aurora, yo de verdad...— cerré los ojos, gimiendo y sintiendo su mano dejar mis huevos, solo para que su boca se los tragara y sus dedos se movieran por mi polla demasiado rápido, empapándola de preleche y de su propia saliva. Las dos manos trabajaban en mí, y solté un gruñido, oyendo la risita antes de que volviera a chuparme la polla. —Yo voy a...

Abrí los ojos solo para verla sonreír con los ojos, las cejas subiendo y un golpecito en mi cintura. *¿Quiere que me folle su boca? Joder, ¿dónde está la chica tímida con su propio cuerpo...?*

Hice exactamente eso, sin pensarlo mucho.

Moví la cintura despacio, con ella acariciando todo lo que alcanzaba, hasta que aumenté la velocidad, sujetándole la cabeza. Hizo un gesto de pulgar arriba cuando bajé el ritmo y volví a subirlo.

Eché la cabeza hacia atrás junto con un gruñido, porque el orgasmo vino como un disparo, intentando tumbarme y a la vez queriendo *más*, y apenas pude controlar el gemido que lo delataría todo a la casa entera, sintiendo sangre en la boca por la fuerza que hice.

Aurora apartó la boca de mí solo entonces, limpiándose la comisura y la baba con los dedos, que se chupó mirando a mis ojos.

Parpadeé ante eso, sorprendido.

—Puedes dejar de preocuparte por cuál es mi límite, T—, dijo, sincera. —Tengo curiosidad por conocer más del sinvergüenza al que llamo novio.

Solté una risa, incrédulo.

—Joder, *gatita*...— la subí encima de mí, sentándola sobre mí y besándola con aún más ganas, apretándole el culo por encima del tejido que ya llevaba demasiado tiempo ahí; luego tiré de todo hacia atrás, librándonos del resto de la ropa e inmediatamente hundiéndole los dedos, montada sobre mí.

Le metí con ganas, yendo hondo mientras sus ojos se abrían, solo para que entrara un tercero.

—Ahora méneate para mí—, susurré la orden contra sus labios, firme.

Con los labios entreabiertos, se contoneó sobre mis dedos mientras yo volvía a follármela con ellos. Y entonces se sentó y rebotó, y yo asentí, sintiéndola escurrirse entre ellos. Hundí lo máximo que pude, dándonos la vuelta con fuerza en la cama y tanteando hasta encontrar la mesita de noche, sintiéndola besarme el pecho y apretarme la polla. La besé con fuerza y deseo completo justo después, mucho más carnal que amoroso, sintiéndola enrollar las piernas en mí.

Por un mísero momento, consideré simplemente follármela, pero sentía que ella no quería correr el riesgo de un embarazo. Y yo no hacía eso, por más tentador que fuera.

Gemí al sentirla moverse contra mi polla, insinuando que la metiera, pero me obligué a abrir el condón y desenrollármelo sobre mi longitud, rozándola con la polla justo después, oyendo un murmullo bajo salir de sus labios entreabiertos.

Entonces puse a Aurora debajo de mí, le alcé la cintura junto con una almohada y la apoyé debajo de ella, metiendo con ganas mientras le tiraba del pelo a Aurora, alcanzándole la cara y obligándola a doblar la pierna sobre la almohada, sin dejarla pensar demasiado.

Gimió tan alto que definitivamente debió de haber despertado a toda la casa entera, pero me hundí aún más en ella, siendo masticado.

Aurora levantó un poco la cintura, y la sujeté con fuerza, metiendo cada vez más rápido mientras ella retorcía los dedos contra la sábana, la cara girada buscándome, pero hundí su pecho contra el colchón, metiendo cada vez con más fuerza.

El sonido de nuestros cuerpos chocando, el hecho de que ella moviera la cintura para recibirme mejor, los ahogos de deseo saliéndole de los labios... Mi polla palpitaba, y yo la sentía empapada contra el condón, sobre todo porque me deslizaba sin ningún problema.

—Más...— soltó, atragantada. —Joder— gimió, y metí aún más fuerte, lo que la hizo gemir en un casi grito. —Así... T....

Joder, voy a correrme otra vez en menos de cinco minutos.

Aurora intentó controlar la situación, pero me hundí aún más en ella, pasando el brazo por su cintura y levantándola en la postura perfecta, curvándome sobre ella y, con la otra mano, le ahogué el grito que soltó, masticándome como nunca lo había hecho antes, gimiendo y balbuceando mi nombre al mismo tiempo mientras yo también llegaba ahí con un gemido tan desesperado como el suyo.

Aun así, me hundí en ella unas cuantas veces más, solo porque podía y quería y aún estaba relativamente duro, sintiéndola retorcerse todavía más debajo de mí antes de apartarme, aflojar el agarre y salir de su interior.

Caí justo al lado de Aurora, pero la tiré encima de mí para un beso, sintiéndola estremecerse mientras me quitaba el condón y me movía bajo su cuerpo, acomodándonos antes de deshacerme del objeto.

Le acaricié el clítoris y justo después todo el coño, completamente empapado de ella misma, sintiéndola estremecerse con cada contacto pequeño. Y moví mis dedos por ella otra vez, volviendo a estimularla mientras ella intentaba sujetarme la mano.

—Dos... Es suficiente—, dijo, sin aliento.

Negué, sonriendo de lado, cada vez más malvado.

—El sinvergüenza de aquí aún no ha acabado contigo, *gatita*.

Su boca se abrió en una "o" perfecta cuando le di una palmada floja en el culo, aumentando la velocidad en su coño y hundiendo mi

boca contra la suya, besándola con aún más ganas que como mis dedos se movían por ella.

Hundí la mano con tanta fuerza en una de sus nalgas, apretándole la piel ahí, que ella misma se movió sobre mis dedos, pidiendo más.

Teníamos el domingo entero.



Odiaba que Mike fuera a llevarse el crédito por las marcas en su cuello. Odiaba toda esa mierda de historia, porque el novio era *yo*, no otro hijo de puta, pero entendía por qué estábamos en esa posición y, en concreto, los motivos por los que necesitábamos a ese tío.

Cuando colgué la llamada con ella, días antes, había querido romperle la cara al hijo de puta inmediatamente, pero no iba a reaccionar así con ella. Aurora necesitaba confianza y a alguien que la apoyara. Y, al final del día, las manos sobre ella serían las mías. De nadie más.

Aunque aún quisiera despellejar la cara engreída del pijito contra el asfalto caliente.

Le di un golpecito en el casco, el dedo señalando dos veces a su esquina.

—Siempre con casco. Siempre con chaqueta. Si hace falta, coge la mía, pero nunca salgas sin el equipo. Siempre zapatos cerrados, te vas a hacer daño en el pie de la hostia si pasa algo—, declaré, serio, mientras ella se acomodaba encima de mi moto.

No sentía ninguna lástima por Aurora en ese momento, porque fue *ella* quien me pidió que le diera la vuelta de dentro hacia fuera durante toda la noche —y por la mañana también—, pero admitía

que el pecho se me llenaba de orgullo sabiendo que le dolía por haber sido bien follada.

La parte sinvergüenza conseguía ser *bastante* sinvergüenza en esos momentos.

E hice lo que me pidió. En la cama. En el escritorio. En la ducha. Solo no me la comí contra la encimera de la cocina porque podría llegar alguno de los tíos y yo no le haría eso. Aurora quería el sabor completo, y eso fue lo que le di.

Aun así, la desgraciada quería más. Eso era lo que me hacía sonreír aún más al ofrecerme a enseñarle a ir en moto al final de esa mañana de domingo. Aurora se sentía cómoda conmigo, y aunque se puso tensa cuando le pregunté por las marcas en sus hombros, aun así estaba apoyada en mí.

Relajada, cómoda y, sobre todo, segura. Eso era lo que me importaba.

—Ah, tuve mucho acné en la adolescencia, pero en el cuerpo. Los hombros se me quedaron marcados. Solo tuve mi glow up *en los dos últimos años del instituto; antes era terrible. Yo era el patito feo, me moría de envidia de que mis hermanos fueran tan guapos desde que nacieron.*

Admito que eso hizo que me gustaran aún más las pequeñas marquitas en cada uno de sus hombros. Era como una personalización preciosa que complementaba las pecas de su cara.

Por cierto, besé ambas mientras me la follaba contra la pared del baño.

—Yo siempre pongo cámaras en mis cascos, y con grabación de audio— expliqué, con ella subiendo el visor ahumado para mirarme. —Me parece más seguro, sobre todo porque muchos conductores intentan joder a los motoristas. Las dejo conectadas al móvil, pero las apago cuando guardo el casco, claro.

Ella asintió, atenta, mientras intentaba buscar la cámara, pero no la vería por dentro.

Aurora tardó en aprender lo básico, pero me encantaba verla esforzarse. De verdad quería aprender —y pasar tiempo conmigo.

Comimos en una zona alejada del centro, solos después de que yo pidiera un pedido a domicilio, sentados en el césped de ahí cerca

y riéndonos el uno del otro. Solo con la vista de edificios a lo lejos, algún que otro animal silvestre y mi moto sobre la tierra apisonada.

La burbuja se reventó poco después de que terminara de chuparse los dedos por los *nuggets* que se había comido, porque su móvil empezó a vibrar en el bolsillo de la sudadera.

Mike necesitaba llevarla a conocer al padre, y por lo visto lo habían parado sus hermanos. Necesitaban usar el resto de la tarde del domingo y la noche para lidiar con la farsa y crear el álibi del día al ser vistos juntos.

Intenté meterme en la cabeza que, aunque tuvieran que salir, ella había pasado tiempo conmigo *solo* porque ellos tenían la farsa. Sin eso, ella nunca podría haberse quedado "desaparecida" del radar de la familia durante tanto tiempo, pero era realmente difícil aguantar la cara de Mike. Odiaba que pudiera agarrarle la mano en público y simplemente llevársela a conocer a su familia.

Apareció para recogerla casi una hora después, porque estábamos fuera de Boston, y soltó una risa al ver algunas marcas en su cuello.

—Al menos vamos a juego—, declaró, porque él también tenía algunos moratones rojos en ciertos sitios.

—No dejes que esos capullos la toquen—, repliqué, molesto. —Sobre todo Aaron, se va a volver loco cuando te presentes.

Ella asintió, el cuerpo estremeciéndose contra el mío. Mike inclinó la cabeza, pareciendo consciente.

—Sé que todo esto es falso y tal, Treyton, pero nunca dejaría que pasara algo malo. No soy ese tipo de tío.

—Demuéstralo y confiaré en ti—, sonreí, pero frío.

Aurora parecía preocupada por mi cambio de postura, pero yo tenía mi límite ahí. Aaron estaba *loco*. Solo de pensar que podría, sí, volverse loco... Y yo no sabía si Andrew defendería a Aurora en ese tipo de situación. No podía contar con él. Todo aquello me asustaba y estar atado de manos solo me preocupaba aún más.

Mike lo confirmó, y Aurora se despidió de mí con un beso largo.

—No te olvides de la cita de mañana—, dijo bajito, sobre el proyecto de gato. Lily sería quien llevaría al gato a la consulta veterinaria porque solo conseguí una hora justo cuando yo estaría entrenando en la pista, pero Aurora era quien pagaba.

Asentí, acariciándole el pelo en la nuca antes de apartarme.

Se giró, pero la atraje de vuelta hacia mí en el instante siguiente, profundizando otro beso y sujetándole la cara. ¿*De verdad tiene que ir*?

—No tenemos partidos esta semana, pero me gustaría que vinieras al siguiente—, le dije bajito.

Ella me sonrió. Me encantaban esos ojos brillantes.

—Prometo que lo intentaré.

Era suficiente, más aún con el brillo en sus ojos, la sonrisa sincera y cómoda, la calma. Le besé la punta de la nariz antes de soltarla por fin, preocupado.

—Por favor, si pasa algo...— pedí, tenso.

Ella me guiñó un ojo.

—Aaron está loco, pero también es inteligente—, dijo, sincera. —Va a ir todo bien.

Asentí, intentando ser positivo por ella, y los dos se fueron en el *Jeep* caro de Barlowe.

Respiré hondo antes de dejarlo todo listo con la moto e ir a una tienda de mascotas —necesitábamos los suministros para la gatita y yo ya aprovecharía para comprar el pienso de Toby—; luego volví a casa, solo para encontrarme a Nathan en la entrada.

Estaba listo para provocarme, pero negué con la cabeza al tirar de él por el bíceps hacia nuestro porche, saliendo del césped del jardín.

—¿Cuándo ibas a contarme que estás saliendo con alguien?—, lo provoqué, levantando las cejas y soltando las bolsas de compra contra el marco de la puerta, malvado.

Él empalideció, incómodo, antes de mirar a su alrededor.

—Ella pidió secreto, joder, ¿qué querías que hiciera?

Solté una risa sincera.

—Te entiendo, estamos en la misma posición, ¿lo has olvidado?— y entonces le di una colleja. —Pero yo te hablé de Aurora—, me quejé.

Puso los ojos en blanco, pero suspiró.

—Elena...— sonrió de lado, mirando a la nada. —Me está dando largas, tío. Ni siquiera somos algo. Ni sé si *tenemos* algo.

Solté una risa incrédula.

—¿Y aun así te zurraron tres tíos y te cayó una suspensión del entrenador por ella?— Porque *fue* exactamente eso.

Nathan se encogió de hombros.

—¿Qué puedo hacer? Me encanta verla con mi camiseta puesta.

Nos miramos unos segundos antes de echarnos a reír juntos, los dos incrédulos.

Estaba hecho polvo, con toda la cara reventada, y el entrenador no le compró la explicación de que era por un buen motivo —más aún sabiendo su historial de peleas—, así que ya se había quedado en el banquillo en el último partido, pero con la sonrisa juguetona abriéndole un corte que intentaba cicatrizar, para mí solo quedaba obvio que Elena lo tenía en la palma de la mano.

Entendía el sentimiento y apenas podía respirar mientras Aurora no daba señales de vida. Mandé varios mensajes, pero no obtuve respuesta de ella ni de Mike.

Entonces, el pequeño proyecto de gato y yo nos quedamos juntos jugando, mientras se la presentaba a todos los tíos.

En realidad, *ella*. Lily lo había comprobado.

"Ok, aquí estamos marcando el límite. Un perro y un gato son suficientes como mascotas de la casa", declaró Brian*.*

Pero Nathan me defendió:

—Espera a ver cuántas mujeres van a querer sentarse en tu polla solo por culpa de la gata y vas a cambiar de idea rápido, rápido.

Tenía un punto. Uno con el que Thomas también estuvo de acuerdo.

Mientras esperaba una respuesta de mi novia, abrí el álbum de fotos del móvil. Teníamos algunas juntos, y elegí una en la que mi cara quedaba cortada, con ella apoyada contra mi pecho mientras yo sostenía el móvil.

Cambié la pantalla de bloqueo y, al segundo siguiente, recibí un mensaje suyo:

> Estoy bien.

> Pero de verdad espero que Aaron pague por lo que le hizo a Tracey.

> Tengo miedo.



30
¿Dónde está la Aurora tímida, Aurora?

Aurora

Llamé a la puerta del apartamento de mis hermanos, apoyándome en Mike como hacía con Trey, pero temblaba. Él me acarició la espalda, intentando calmarme, pero también parecía preocupado, dada mi tensión y las advertencias de Trey.

Mike y yo íbamos a cenar con su padre y su madrastra en dos horas, lo que él consideró tiempo suficiente para que yo hablara con mis hermanos y me arreglara, pero yo tenía mis sospechas. Si Aaron perdía la cabeza, los planes definitivamente podían cambiar.

Fue Andrew quien abrió la puerta y nos analizó junto a Mike antes de suspirar. Tenía unas ojeras profundas, como de quien no había dormido nada, pero con un agotamiento vital, no de tanto follar.

¿Qué diablos estaba pasando en su vida?

Se apartó, aunque no parecía muy contento con ello, y me topé con Aaron con sus auriculares, en su portátil, mientras veía la repetición de algún partido de hockey en la televisión, todo al mismo tiempo.

Andrew le dio un toquecito, y él se giró y nos miró fijamente, la mirada aclarándose antes de quedarse clavada, dura, en Mike.

Todo en aquello estaba mal. Su reacción. Mi relación con ellos. Cómo tenía miedo de hacer cualquier cosa, porque podía provocar un comportamiento aún peor, en especial en Aaron.

Se arrancó los auriculares, alzándolos y viniendo hacia mi novio falso, mascullando algún taco y dándole un tirón a su camisa, pero en vez de apartarme, me acerqué, sujetando el mismo brazo que él usaba para apretar la camisa de Mike.

No hizo falta una palabra. Aaron simplemente se descontroló, en un chasquido, y solo no se abalanzó sobre Mike porque (quizá, suponía yo) estaba demasiado cerca de mí.

—Aaron, por el amor de Dios —gruñí—. Solo he venido a presentaros a Mike; estamos saliendo y quería que lo supierais por

mí.

Aaron se rió en la cara de Barlowe, que lo miraba impasible. No intentó sujetarlo, pero parecía listo para defenderme, pasara lo que pasara.

—No, no lo estáis. Mi hermana no sale con ningún deportista gilipollas.

—Aaron... —intentó Andrew, para mi sorpresa, pero Aaron giró el rostro hacia él con frialdad, cortándolo solo con la mirada.

—Cállate la puta boca si no vas a ayudar, Drew.

Andrew rechinó los dientes en respuesta. Él también parecía estar controlándose. Y eso ya era un buen interrogante.

—No necesito tu permiso, Aaron. Mike y yo estamos saliendo y punto final —declaré, firme.

—Y claramente divirtiéndoos —señaló las marcas en el cuello de mi novio falso antes de mirar las mías, riéndose con asco—. Joder, nuestro padre se va a poner muy cabreado.

Había intentado quitarme las dos marcas que Trey había dejado, pero no había servido de mucho, así que ahí estábamos.

—No es asunto tuyo —repliqué.

—Sí que lo es, porque estás actuando como una puta desde que pusiste un pie en esta univ...

Solo vi el puñetazo llegar contra la cara de Aaron, nada más. Mike lo tumbó de un puñetazo, y Andrew intervino en el momento en que Aaron se levantó, pareciendo un *pitbull* rabioso a punto de abalanzarse sobre Mike.

Andrew tuvo que sujetarlo con su propio cuerpo y empujarlo varias veces. Había un corte abierto justo debajo del ojo de Aaron y empezó a correr sangre.

—No vuelvas a llamar a Aurora por esa puta palabra nunca más —Mike levantó un dedo hacia Aaron, frío, y pude ver que estaba realmente alterado—. Porque te voy a *moler* a hostias, hijo de puta.

Tenía la garganta cerrada. El puñetazo me asustó, no por la agresión, sino porque no esperaba eso de Mike.

Trey podía estar tranquilo de verdad, porque Mike acababa de cumplir lo que prometió. Yo podía tener miedo de Aaron, pero también me sentía segura con Mike allí.

Eso me hizo sonreírle, de verdad. Él me atrajo hacia sí, tenso por Aaron.

—Joder, ¿qué clase de hermano eres, coño? Aurora está feliz, viviendo su vida, solo divirtiéndose y disfrutando de la universidad. ¿Qué puta lógica retorcida es esa que te hace...

Respiraba con fuerza; Mike definitivamente había sido pillado por sorpresa por la actitud de Aaron.

—No te metas entre ella y yo —escupió Aaron, intentando abalanzarse sobre él otra vez.

—No, sí que me voy a meter, porque en el momento en que ataques a mi novia, un puñetazo va a ser poco para tu carita de mierda —gruñó de vuelta—. Voy a acabar contigo si me entero de que le has hecho cualquier cosa, Montclair.

Andrew alzó las cejas, sorprendido con Mike.

—Y, para que conste, estoy seguro de que vuestro padre no va a encontrar nada tan malo como tú, puto loco de los cojones —continuó mi novio de mentirijillas—. Puede que no sea perfecto, pero nadie lo es. Y soy un tío mejor de lo que tú vas a ser para cualquier novia.

Aaron se rió, irónico, pero Mike no tenía ni idea de lo acertado que estaba con aquello.

Tracey estaba muerta, al fin y al cabo.

Eso me retorció el estómago y solo entrelacé nuestros dedos. No necesitaba tener un ataque de pánico allí, o algo aún peor que eso. No necesitaba llorar, ni descontrolarme; mucho menos provocar una pelea que no podría sostener y que me perjudicaría aún más.

Por mucho que quisiera que Aaron pagara, no tenía los medios para conseguirlo. Todavía no, al menos.

—Ya hemos hecho lo que veníamos a hacer, amor, vámonos —dije, encontrando mi voz en algún sitio.

Él no le quitó los ojos de encima a Aaron mientras yo lo tiraba hacia fuera del apartamento de mis hermanos, pero lo que me preocupó fueron los ojos de Andrew. No fue Aaron —eso era esperable—, fue Andrew.

Estaba triste al mirarme.

No era una tristeza decepcionada. Ni una tristeza malvada, como yo ya había visto.

Era sincero. Había algo ahí. Algo no vinculado con nuestra familia. Era una mirada diferente. Una comprensión *triste* de algo. Un dolor que yo entendía, pero no sabía explicar ni describir. Me preocupó aún más, pero nunca lograríamos hablar. Él me apartaba, yo estaba escondiéndole cosas.

Ya a salvo en mi apartamento, Mike me miró, en shock, gesticulando hacia el apartamento que mis hermanos compartían mientras hablaba.

—Joder, Aaron es una pila de mierda, peor de lo que esperaba. Completamente perturbado. ¿Cómo ese tío...? Joder, qué locura.

Asentí, cruzándome de brazos.

—Por eso Trey estaba preocupado, y tenemos que esconderlo y tal —aclaré, incómoda.

Él asintió, soltando el aire.

—Joder, Aurora. Qué mierda... —dijo, mirando la puerta de mi casa—. Joder, en serio, si algún día necesitas algo, solo llámame... De verdad. Chloe me había dicho algunas cosas, pero yo pensé que había exagerado... Y se quedó corta. Joder, qué locura. Esto no es sano, Aurora.

Sonreí débilmente.

—Gracias, Mike. No sé muy bien cómo resolver esta situación todavía, pero gracias de verdad.

Él sonrió de lado para mí, encogiéndose de hombros en un "cuando lo necesites" susurrado.

—Voy a darme una ducha y elegir ropa bonita. Creo que también necesito tapar las marcas de los chupetones, pero después estaré lista. ¿Crees que un pantalón de vestir y un jersey pegan?

—No tenemos que ir, si no quieres. Tampoco sé cómo va a terminar la noche con mi padre —declaró, sincero—. No creo que vaya a ser tan tensa, pero no pondría la mano en el fuego por esa afirmación.

—No te preocupes. Estoy acostumbrada a esto —dije la verdad, porque era así. Ese tipo de cosas, de explosión, no era nada nuevo.

Mi corazón latía tan rápido en mi pecho que asustaba, pero eso tampoco era una novedad. Aaron era esa persona.

Y así reaccionaba yo: encogiéndome, asustada, sin conseguir ni siquiera defenderme. A veces lo conseguía, como la mañana en que mis hermanos aparecieron en el piso compartido de Trey, pero... seguían siendo excepciones.

Toda mi familia estaba desestructurada y disfuncional. Aaron era la punta afilada del iceberg, pero no era una novedad.

—No deberías —dijo Mike, no como una crítica, sino en tono preocupado—. Ese tío...

Asentí.

—Sí.

No había ninguna otra palabra. Solo viéndolo se entendía el tipo de persona que era Aaron. Un tipo muy específico y monstruoso.

No era exactamente por un ataque de ira. O por un brote. O porque no tuviera control de sus propias acciones. Porque no era eso. Aaron era algo... difícil. Era complicado definir cuáles eran sus motivaciones, y eso venía de un claro ejemplo en casa. Mi padre era muy parecido en ese aspecto. Muchas veces no supe definir si él quería lo mejor para mí o solo lo que era más ventajoso para él.

"*Tu psicópata de mierda*" de vez en cuando resonaba en mi cabeza, con la voz de mi padre.

Y realmente no había manera de que el padre de Mike fuera peor, porque no lo fue. Pragmático como mi madre, directo, centrado en el dinero y la política. En la imagen y la apariencia. Si yo mantenía eso, estábamos a salvo, y eso fue lo que hice durante la cena. Yo sabía jugar a ese juego. Él estaba ansioso por conocer a mis padres, y prometí que intentaría arreglarlo —sobre todo porque mi madre probablemente pediría lo mismo—. Su esposa era un encanto, así que aliviaba el ambiente más serio.

Al salir de su mansión en Boston, para que Mike me llevara de vuelta a casa y después de haber intercambiado ya algunos mensajes con Trey —dejando claro que todo había quedado bien y que podíamos hablar más cuando yo llegara a casa—, me hice una *selfie* con Mike, los dos sonriendo enamoradísimos a la cámara.

Trey y yo teníamos algunas, pero dolía no poder publicarlas. Dolía no poder simplemente compartirlo con el mundo como podía hacer con Mike —como, de hecho, ya había hecho, publicando nuestras manos entrelazadas sobre el salpicadero de su coche.

Nathan respondió a la foto, por cierto, con una carita vomitando. Yo sospechaba que me había seguido porque Trey me siguió, pero nunca pulsó el "*unfollow*", incluso después de que Trey y yo nos arregláramos.

Trey solía abrir siempre mi perfil y verlo todo, igual que yo hacía con el suyo, pero no nos seguíamos. Él había dejado de seguir precisamente por nuestro acuerdo de fingir que no teníamos nada y que todo se había terminado.

Y hasta que pudiéramos hacerlo público, le mandé la *selfie* de Mike y de mí a mi madre y resumí lo que estaba pasando: "Estoy saliendo con alguien, este es Mike Barlowe", etc. El perfil entero, junto con un dato que no pasé por alto al decírselo: es hijo del alcalde de Boston.

Por primera vez, mi madre respondió rápido y *contenta*. Con un *emoji* de corazón y todo.

> ¡Estoy muy feliz por ti, querida! Has sabido escoger a la persona adecuada para relacionarte. Tengo ganas de conocer a su familia. Te amo.

Mi madre nunca me había dicho "te amo" (ni siquiera lo había tecleado) a mí. Ni siquiera escrito. De ninguna forma.

Eso ya lo decía todo.

Esa familia nunca fue una familia de verdad. Y eso me revolvía el estómago.



Intenté no llorar al contárselo todo a Trey, pero terminé haciendo ejercicios de respiración con él en videollamada, intentando calmarme con eso, mientras él hacía la cuenta al mismo tiempo que parecía querer atravesar la pantalla.

Aaron me aterrorizaba. La idea de que él pudiera ser capaz de matar a más personas era aterradora. El hecho de que ya hubiera matado a alguien...

Con Mike cerca, había estado tranquila, pero sola en mi apartamento, justo al lado del de ellos, quería muchísimo esconderme debajo de la cama. Si hubiese monstruos debajo, prefería que fueran ellos los que también me devoraran. Mi familia me aterrorizaba en días como aquel.

—Ojalá pudiera estar ahí contigo —dijo en voz baja al otro lado, con una bolita de pelo caminando delante de la pantalla y impidiéndome ver parte de su pecho—. Me siento tan...

Me mordí los labios, intentando contener otra crisis de llanto.

—Lo sé. Yo también te quería aquí —sorbí por la nariz—. Pero nos veremos esta semana. Te mandaré la información de los disfraces que podrían combinar con el mío, así eliges tu favorito —cambié de tema con facilidad, intentando olvidarlo todo—. ¿Cómo está la gatita?

Esa gatita, que olfateaba la pantalla y yo ni veía su cara en ese momento, pero él apartó a la cría de delante de la cámara y me sonrió.

—Vale, solo mándame la dirección del sitio donde se alquila. Y el *proyecto* de gato está bien. Los chicos la adoraron, aunque finjan que no. Hasta Toby se está adaptando. Probamos el primer contacto

antes y no pasó nada malo. Ella fue la que intentó matarlo, por cierto.

Eso me hizo sonreír, feliz.

—¿Has pensado en algún nombre para ella? —preguntó, apoyado en su propia mano, de lado en la cama para mí, tan guapo que dolía.

—Aussie.

—La gata no es australiana, Aurora.

—Pero es mono.

Él se rió, incrédulo.

—¿Qué tal Miniaurora? —bromeó, arrancándome una risita.

—¡Sin vínculos con la madre o el padre! —pedí, viendo su sonrisa —. Pero voy a dejarte elegirlo. No conseguí pensar en nada —admití.

—Toby y Trey. Aussie y Aurora. Es perfecto, tradición familiar —provocó, haciéndome sonreír más—. Estaba pensando en aprovechar el próximo fin de semana —comentó, fingiendo tranquilidad.

Sonreí de lado.

—¿Sí? ¿Para qué?

—Necesito entrenar, así que aunque había considerado salir a acampar, no podemos porque tengo que pasar por el gimnasio. Y ni sé si te gustaría —admitió.

—Nunca he acampado, parece guay —alegué—. Pero soy todo oídos para lo que pensaste.

Sus ojos brillaban.

—Pensé en presentarte mi pastelería y panadería favorita —dijo—. Está un poquito lejos, pero puedo hacer el viaje en una hora en coche. Te enseño un poco la ciudad, pasamos la noche en un hotel y volvemos el domingo.

Mi pastelería y panadería favorita. Trey quería llevarme a la tienda de su madre.

—Es un plan estupendo —ni siquiera conseguí esconder la sonrisa —. ¿Es donde estoy pensando que es?

—Sí —sonrió abiertamente—. Pero todavía no les he hablado de ti a mis padres. Quiero presentarte la pastelería de mi madre y más del lugar donde crecí, solo pasar un rato contigo lejos de Boston y de todo esto.

Mi corazón se apretó de felicidad, una alegría pura y sincera. Entendía lo que estaba haciendo y le estaba enormemente agradecida por eso. Estaba intentando sacarme un poco del ojo del huracán, con Aaron y todo lo que había pasado.

—Me apunto. No tengo nada para el próximo fin de semana y creo que podemos arreglarlo todo con Mike y Oliver.

Él sonrió, feliz.

—Perfecto. Voy a organizar nuestro itinerario y comprobar hoteles que acepten perros y gatos.

—¿Es un viaje en familia? —dije, chocada.

Él sonreía de oreja a oreja.

—¡Claro! ¿De verdad crees que voy a dejar a los niños atrás, Aurora? —solté una carcajada, mirándolo por la pantalla del móvil y sonriendo tanto que me dolía la cara.

Aaron y el brote casi no existían en ese momento. Mike y el hecho de que necesitáramos una farsa, tampoco. Éramos solo Trey y yo, y era suficiente. Trey, Toby, Aussie y yo.

—Gracias, T —dije, con un nudo en la garganta—. Gracias de verdad.

Él me guiñó un ojo.

—Tu familia es una mierda, vamos a hacer la nuestra propia —solté otra risa—. Sin contar que estoy seguro de que los chicos te consiguen un sitio en el banquillo del equipo, si lo pedimos con un poco de mano izquierda.

Me reí aún más, sorbiendo.

Era tan agradable. Incluso con el frío en la calle. Incluso lejos de él. Era cálido. Confortable. Dulce. Gentil. Seguro.

—No quería decirlo por la cámara, pero no voy a dejarlo para después —informé tímidamente.

—Estoy enamorada de ti, Trey.

¿Era arriesgado decirlo yo primero? Sí. ¿El chico debería decirlo primero? Quizá. Pero Trey era esa luz al final del túnel que hacía que el día brillara más. Que me mostraba que había mucho más que ese capullo oscuro dentro del que necesitaba esconderme la mayoría de las veces, y eso significaba el mundo para mí.

Trey también significaba mucho para mí. Él no era mi mundo, no me reduciría a una relación, pero era una gran parte de las cosas buenas de mi vida. La sonrisa. La sinceridad (salvo las salvedades sobre esa parte). Sus sueños. Sus deseos. Lo respetuoso que era y al mismo tiempo un canalla. Todo lo que Treyton Hartley significaba importaba un puto montón, y me había enamorado incluso de las partes dolorosas de mirar —el duelo, el miedo de no conseguir algo, las mentiras.

Él solo me miraba, inmóvil en la misma posición, hasta el punto de que pensé que la llamada se había caído, pero entonces la sonrisa fue creciendo.

—Estoy enamorado de ti desde hace mucho, *gatita*. Pero soy el tío más feliz del mundo sabiendo que es recíproco.

—Es recíproco de la hostia, T.

—Definitivamente soy el tío más feliz del mundo. Y el más realizado también. Para que fuera mejor, solo faltaría que estuvieras aquí.

Y para demostrar su punto, cogió a Aussie y se la apoyó en la nuca, frotándose contra ella y besándole la cabecita.

—¿Para subirme el vestido y follarme? —provoqué, viéndolo ponerse la mano sobre el corazón.

—¡Jamás! —declaró, inocente, mientras la gata desaparecía de mi vista otra vez—. No llevas un vestido —guiñó, provocando.

—Es verdad. Solo llevo bragas y blusa.

Él cerró los ojos, negando con la cabeza.

—Por Dios, mujer, no puedo ir hasta ahí ahora, y estoy realmente tentado de hacerlo. Quería enseñarte lo enamorado que estoy —le salió tan ronco que mi cuerpo se tensó.

—El jueves está a la vuelta de la esquina —alegué, maliciosa.

Él se rió, de una manera fría, y sonó aún mejor con la expresión cerrada.

—No está lo bastante cerca. Pero que sepas que te voy a cobrar cada provocación.

—Me voy a asegurar de aumentar la lista —confirmé, mordiéndome los labios.

Él cerró los ojos, negando con la cabeza.

—¿Dónde está la Aurora tímida, Aurora?

—Te la comiste, Treyton.

Me miró, en shock, con la mandíbula cayéndose ante mi respuesta.

Me encogí de hombros.

—¿Acaso mentí?

Una carcajada resonó al otro lado de la pantalla.

—Joder, ¿cómo no iba a enamorarme de ti, *gatita*?



31
¿Y si ya no quieres más, Trey?
Aurora

—¡GIRA, GIRA, GIRA! —Los gritos resonaban a mi alrededor mientras mi novio de mentira y yo jugábamos el uno contra el otro en medio de la casa que algunos chicos de su equipo compartían. Golpeé el vaso un segundo antes que él, y él soltó una carcajada, riéndose en la cara de Mike y soplándole un beso dramático.

Negó con la cabeza, pasándome las manos por la cintura y haciéndme girar, levantándome del suelo un segundo antes de que nos detuviéramos lado a lado, y yo inclinándome en una reverencia. Algunas chicas silbaron, animadas por el espectáculo, y yo sabía que algunos de los chicos miraban demasiado las aberturas del vestidito de novia pequeño y rasgado. Me daba igual, sabía que estaba guapísima, pero estaba ansiosa por la siguiente parte de la noche.

Barlowe besó mi cuello, hablando bajito:

—¿Nos piramos? —gruñó—. Oliver ya me está esperando.

Asentí, porque Trey también había mandado ya algunos mensajes, acariciándole la nuca mientras él me sacaba del grupo más grande, guiándome por detrás mientras se aseguraba de que nadie metiera mano donde no debía.

Avisé a Chloe por mensaje de que nos íbamos y recibí una foto de ella entre dos chicos distintos. Ambos le besaban el cuello, uno a cada lado. "*Estoy muy bien, puedes irte tranquila*".

Debería empezar a preguntarle a Chloe por sus experiencias sexuales. Seguro que tenía buenas historias además de las típicas que compartía.

Mike inhaló al ver la foto por encima de mi hombro mientras íbamos hacia su coche, y en pocos minutos estábamos lejos de la casa donde se celebraba la fiesta. Primero me ayudó a cambiarme, vigilando desde fuera del coche por si alguien me veía en el asiento trasero sola en lencería, y luego cogió el maletín de maquillaje de Chloe y se puso manos a la obra.

Se apartó de mi cara casi media hora después de empezar el maquillaje encima del anterior, tras algunos retoques necesarios también, e inspiró, orgulloso.

Ajusté la falda blanca abombada, llena de un líquido que recordaba a sangre, mientras Mike y yo extendíamos sangre falsa por mis hombros y mi vientre al aire. El top que llegaba justo por encima de mi ombligo, apretado como un corsé, hacía que mis pechos saltaran, y la peluca pelirroja que él y yo casi nos habíamos muerto por poner mientras me maquillaba aún me picaba un poco, pero pronto me acostumbraría.

—Vale, préstame tu móvil. Hice lo que pidió y levantó el aparato hacia mí, hasta que entendí que era una foto.

Puse morritos, apoyándome contra la puerta y el cristal, apoyando luego el brazo, con una sonrisa maliciosa en la cara.

—Joder, Northride va a arder intentando adivinar *quién* es la novia buenorra de Treyton —aulló mientras me devolvía el móvil y yo veía unas fotos de una chica que se parecía a mí, pero no tenía nada en común conmigo.

Y me encantó.

El maquillaje me hacía irreconocible y, al mismo tiempo, era yo. El pelo hacía aún más difícil entender quién era, sobre todo porque Mike se empeñó en teñirme las cejas para que parecieran pelirrojas naturales.

Aurora Montclair se había quedado atrás. Aquella solo era una chica queriendo divertirse con el novio. Y yo adoraba eso. Adoraba ser solo esa chica. Sin una familia tóxica, sin un hermano asesino, sin el miedo a no poder cumplir nunca mis sueños. Sin ningún peso, solo yo.

Mike me dejó en la parte de atrás de la manzana de la casa del equipo, pero me siguió de lejos con el coche para asegurarse de que entraba a salvo, también por la parte de atrás, antes de mandarme un mensaje:

> paso a las 6 h pa recogerte, usa condón :*

Acuérdate del lubricante <

> no soy ningún amateur, por favor..

Sonreí al guardar el móvil en mi bolsito del hombro, mirando alrededor en la cocina. Me gustaba que Mike y yo hubiéramos creado una amistad en la asociación. Era mucho más cómodo y, cuando teníamos que salir juntos para crear la coartada, al final era agradable pasar el tiempo. Estábamos juntos en esto, así que nada más justo que nos lleváramos bien.

Algunos tíos del lugar me miraron con sorpresa, porque la fiesta ya había empezado bastante antes, a las ocho, así que todo el mundo ya empezaba a estar hecho una mierda en ese momento, a las diez de la noche.

Uno de los tíos del equipo de Trey incluso pareció sorprendido al ver a alguien nuevo por allí, pero no le di mucho tiempo a nadie para acercarse a mí.

Fui hacia el salón, mirando alrededor. No encontré a ningún tío más alto que la media por ninguna parte, y mucho menos con el pelo pintado con tinta roja que, según el tono, quedaba pelirrojo (se quitaba con un lavado, lo garantizaban), vestido todo de blanco con sangre en el pantalón corto y la camiseta. Trey había subido una foto antes, pero yo ya había visto su disfraz en una videollamada.

Estaba tremendamente bueno, aún más de lo normal, lo cual debería estar prohibido.

Me sobresalté al sentir unas manos abrazándome por detrás y casi empujé al tío hasta oír la voz:

—He oído que no tienes nombre —provocó Trey con voz ronca, y yo me reí, me giré y le pasé las manos por el cuello.

—¿Dónde estabas? —dije, curiosa, sintiéndolo apretarse contra mí.

—Esperándote. Guiñó un ojo. —Joder, por fin. Una chica, sin miedo alguno, levantó el móvil y sacó una foto, con la mandíbula casi en el suelo.

Era fácil olvidarse de que Trey era una estrella en Northride. Con una beca deportiva para hacer que se te haga la boca agua, un futuro brillante esperándolo —la NHL iba a darse cuenta del error

que estaba cometiendo—, buenas notas y, obviamente, buenísimo en la cama, debía de ser todo lo que una mujer soñaba.

Era una especie de sueño, la verdad. Un sueño cómodo, delicioso, seguro. Y al mismo tiempo me dejaba sin aliento y sin suelo bajo los pies cada vez que esos ojos azules se clavaban en los míos como si solo existiera yo en el lugar.

Lo besé, sintiéndolo reírse contra mis labios porque fui a saco, con sus manos apretándome el culo por encima de la falda corta.

—Estás buenísima de la hostia, joder —gruñó contra mis labios.

—Tú tampoco estás nada mal —lo provoqué, riéndome.

Sonrió de medio lado.

—Lo sé. Pero es todo para ti.

Acerqué nuestros labios de nuevo, susurrando entre ellos —dentro de lo que la música permitía—:

—Deberías ver lo que hay debajo.

—Joder, Montclair —murmuró, besándome otra vez, con muchas más ganas que yo.

Alguien se aclaró la garganta justo a nuestro lado.

—¿Qué tal si dejáis de comeros en público y os hacéis una foto antes de estropear la ropa, Treyton? —se quejó Lily, vestida de una de las Supernenas, Burbuja, antes de sonreír—. Encantada, soy Lily, novia de Thomas y la persona más feliz del mundo por no ser ya la única mujer que frecuenta esta casa.

Pobre desgraciada...

Sonreí abiertamente. Poco sabía ella que, además de mí, había otra más.

Su sonrisa era tan amable que dolió un poco, pero demostró mi punto de que yo estaba irreconocible. Si Lily, que me conocía y además hablaba conmigo casi a diario, no me reconoció, nadie lo haría.

—Un placer, Lily. Le estreché la mano, sin querer mentirle, pero tampoco planeando decir toda la verdad. Ella creía que yo estaba disfrazada de la Novia Cadáver al otro lado de la ciudad.

Nos hicimos una foto de pareja, y otra, y otra más. ¿A Lily le pareció extraño que no me presentara? Sí, pero se quedó ahí, no insistió.

Bailamos juntos, jugamos el uno contra el otro y también juntos en la mesa de *beer pong*. Nathan y yo destrozamos a Trey en el juego.

De hecho, la cara de Nathan seguía tan destrozada que parecía que formaba parte de su disfraz —solo se puso ropa llena de harapos y fingió que lo habían asesinado, demostrando lo que decía —. Elena no estaba en ninguna parte, pero evité preguntar porque le había jurado guardar el secreto y, aun así, él estaba solo; eso decía bastante.

Solté una risita en cuanto sentí las manos de Trey a mi alrededor, abrazándome por detrás mientras yo intentaba hacer una mezcla de alcohol en la mesa de su cocina. Me apretó contra él, besándome el cuello mientras todo mi cuerpo me lanzaba una punzada de deseo, y entonces soltó una risita parecida a la mía.

—Creo que nunca he estado tan feliz por poder aparecer así y, al mismo tiempo, de que nadie lo sepa —gruñó contra mi piel, besándome la mandíbula y apretándome aún más contra él, algo *duro* presionándose contra mí.

—Estoy deseando que consigamos esto sin una peluca ni mucho maquillaje —dije, girándome y pasándole la mano por la nuca, apretándole ahí—. Quería saber cuándo va a ser posible —admití.

Trey sonrió, recolocando los mechones de pelo falso detrás de mi hombro, sujetándome la cara y la cintura, acariciando ambas.

—Pronto. Cuando menos lo esperemos, todo este infierno personal tuyo habrá pasado.

—Ojalá —asentí, insegura—. Estoy dividida entre esperar y soñar con eso, y simplemente aceptar que quizá nunca... ¿Y si ya no quieres más, Trey? Puede pasar. Puede tardar.

La inseguridad que me emanaba por los poros debía de ser obvia, pero era verdad. ¿Y si nada de aquello valía la pena al final?

—Eh... —me atrajo a un abrazo apretado, negando con la cabeza sobre la mía—. Claro que no, *gatita*. No estaría contigo si no estuviera dispuesto a esperar el tiempo que haga falta para que puedas ponerte mi camiseta. Lo prometo.

Tragué en seco, apretándolo contra mí y agarrando su camiseta con fuerza.

—Quería poder hacerlo ya. ¿Por qué la vida tiene que ser tan complicada?

—No lo sé. Pero vamos a resolver todo esto y, cuando menos lo esperemos, estarás conmigo cuando yo gane el *Frozen Four*.

Solté una risa, mirándolo a los ojos.

—Fuiste tú quien dijo que vamos a ganar esta temporada —provocó, acercando su rostro al mío—. Olvídate de esa bebida. Vamos al cuarto —susurró entre nuestros labios.

—De acuerdo.

Tiró de mi labio, profundizando el beso mientras me arqueaba hacia atrás, casi fundiendo nuestros cuerpos.

—Estoy enamorado de ti, *gatita* —dijo entre nuestros labios, mirándome a los ojos—. Quería decirlo sin una pantalla de móvil entre nosotros.

Sonreí de medio lado, limpiando mi pintalabios de la comisura de su boca. No se había afeitado, así que la barba ya pinchaba un poco, marcándole la mandíbula.

—No lo arriesgaría todo si yo no estuviera enamorada de ti también, T —dije bajito—. Creo que la vida sabía que sería así cuando nos chocamos en la cafetería.

Se rió bajito, asintiendo.

—Espero que la vida tenga buenas sorpresas para nosotros —declaró, con una sinceridad que le emanaba de los ojos.

—De acuerdo. Tiró de mi mano enseguida, guiándome lejos del caos en su sala de estar y subiendo las escaleras rápidamente.

Toby y Aussie no estaban por allí; todo el equipo había acordado que sería una crueldad dejarlos en casa con esa música alta, así que habían dividido sus ahorros (!!!) y pagado un hotel para animales por aquella noche.

Yo ayudé con gran parte de los gastos, con Trey fingiendo que había sido él para no delatarme. Básicamente estaba creando un refugio de animales en la casa del equipo de Northride, por el amor de Dios, era mi obligación ayudar con las cosas —incluidos los gastos, a los que yo contribuía—. Por cierto, después de las revisiones en el veterinario, descubrimos que Aussie era una gatita callejera, pequeña y dejada a su suerte, pero ya no.

Solté una risa cuando Trey fue directo a mi boca en su cuarto, cerrando la puerta con llave después de darle un golpe, sujetándome la cara contra la suya. Igual que antes, los labios querían más. Mi piel estaba caliente.

—Puedes gritar todo lo que quieras, *gatita* —murmuró, separando nuestros labios—. Nadie te va a oír de todos modos.



32
¿La peluca se puede mojar?
Aurora

Solté una risa por las palabras de Trey, pero sabía que hablaba en serio.

Lo agarré de la camisa, arrancándosela de un tirón mientras él me giraba, estampando mi cuerpo contra la pared y presionándome allí, bajando con ganas la cremallera del top ensangrentado y arrancándome la prenda.

Apartó los mechones pelirrojos del camino mientras bajaba besos por mi nuca, apretándome la cintura con fuerza con una mano y, con la otra, desabrochándome el sujetador. Enseguida sentí sus dedos contra los pezones hinchados, retorciéndolos con ganas mientras yo me apoyaba en él, y su boca se abría paso por mi cuello.

—La sangre falsa sabe a fruta —gruñó contra mi piel, arrancándome una risa mientras yo giraba la cara, encontrándome con su boca y besándolo, estremeciéndome al sentir que me apretaba el pezón.

Trey me apretó la cintura contra él, presionando mi culo contra su erección, presente en el pantalón desde mucho antes de que subiéramos al dormitorio.

Lo palpé, consiguiendo encontrar la cremallera con dificultad mientras sentía su cuerpo contraído, pero él me dejó sitio, y logré girarme, sacándole la polla y bajándole el resto de la tela, que él terminó de apartar de una patada.

Trey volvió a besarme mientras mis manos alcanzaban su miembro y, joder, estaba duro de *verdad*. Listo para lo que quisiera hacer, Trey estaba casi rezumando líquido preseminal y juro que podía sentirlo palpitar. Mi mano se deslizó por él, y un gemido hondo surgió en su garganta mientras mi cuerpo golpeaba contra la pared.

Me estremecí mientras sus dedos jugaban por mi piel, recorriéndola y conociendo cada parte de mi cuerpo, mientras yo

movía los dedos por su polla, firme y fuerte. Apretándola, pero sin hacer daño, como él me había enseñado.

Uno de sus dedos masajeó mi pecho, y el otro me hizo jadear en medio del beso en cuanto apretó por encima de las bragas, colándose por debajo de la falda y acariciándome el coño por encima de la tela.

—Te dije que estabas buenísima de la hostia. El menú completo —rugió entre nuestros labios, y se me abrió la boca en una respiración tensa cuando Trey presionó más los dedos por encima de las bragas, apretándome el clítoris.

Hasta que se coló en mí, encontrando lo que quería y *lo mucho* que lo quería allí, porque se deslizó con facilidad dentro de mí.

—Solo para ti —susurré de vuelta, viendo una sonrisa maliciosa asomarle en los labios mientras yo me apoyaba por completo en él, sin poder estimularlo ya, porque Trey encontró mi clítoris sin ningún problema, presionando el dedo contra él y moviéndolo en círculos mientras yo me estremecía, besándole el hombro y apoyándome en él.

Su mano me enganchó una de las piernas a su cintura, solo para que, al segundo siguiente, me levantara del suelo, estampando mi cuerpo contra la pared y presionando su polla contra mí. Entonces lo rozó todo con la punta, apretándome el clítoris con la cabeza de su polla y las bragas apartadas a un lado, solo para que, un instante después, sintiera cómo nos movía por el cuarto.

Algo frío se me apretó contra el culo, hasta que me di cuenta de que era la encimera de su baño.

Trey tiró del resto de mi ropa, arrancándomelo todo y girándome, dejándome pegada a él frente al lavabo —y al espejo.

La Aurora desconocida y pelirroja me miraba, con la cara roja y la boca entreabierta, y un Treyton listo para follarme lo observaba todo. A pesar del maquillaje, aquella era, sí, yo.

—Levanta la pierna, *gatita* —gruñó contra mi piel, besándome el cuello y asustándome al ayudarme a apoyar la rodilla en la encimera.

—Puta mier... —gemí cuando se hundió en mí, sujetándome el cuello por delante y manteniendo mi cuerpo erguido. De puntillas (y

sobre el tacón) en el suelo, con el otro pie colgando, Trey embistió con fuerza. —Ay, Dios mío...

Un gemido mío resonó por el baño, mientras yo jadeaba por la sensación deliciosa que subió por la postura. Trey parecía más grande y, al mismo tiempo, como si pudiera llegar aún más profundo, lo que me hizo contener otro gemido en cuanto se movió todavía más, hundiéndose en mí rápidamente, en un vaivén delicioso y con el sonido típico que hacíamos juntos: los cuerpos encontrándose, mi quejido y su respiración cada vez más pesada.

Todo mi cuerpo se estremeció contra Trey mientras se hundía cada vez más profundo en mí, sujetándome con firmeza por el cuello para que no me venciera hacia delante, hasta que sentí los dedos de la mano libre apretarme la cintura y bajar hasta mi coño, empezando a estimularme también.

—Tú... —gimoteé, sin poder controlarme y oyendo su risita cabrona contra mi oreja, lo que casi me hizo poner los ojos en blanco. Trey sabía qué hacer, y aquello se estaba poniendo peligroso de la hostia.

Delicioso también.

Me vino directamente de mi propio coño esta vez, sin quemazón en la punta de los pies, sin que me vacilara el pecho, solo como un golpe que me hizo soltar un gemido lo bastante alto como para despertar a los muertos. Mordí a Trey con ganas, y lo sentí morderme el hombro mientras me sujetaba la cintura con fuerza, embistiendo contra mí cada vez más rápido y más profundo, hasta el punto de que tuve que apoyarme en él y en el lavabo y morderme los labios por culpa de la sensación.

Trey tuvo su orgasmo en cuanto le agarré la nuca, pegando nuestros cuerpos mientras él marcaba los movimientos de las caderas, y me contoneé contra él.

Aun así, no fue suficiente para Trey, porque salió de mí, me giró con velocidad y me sentó en la encimera, besándome antes de penetrarme de nuevo, arrancándome un gemido dolorido.

—¿Te he hecho daño? —preguntó, preocupado, apartándose.

Negué, tirando de él para acercarlo otra vez y entrelazando mis piernas en su cintura, casi pegando nuestros labios.

—No. Dolió porque volvió a latir. Necesito más.

Soltó una risa, volviendo a moverse, aunque más despacio. Me acomodé en su cintura, recibiéndolo y sintiendo a Trey volver a contraerse en vez de empezar a relajarse.

Le mordí el labio, tirando de él hacia mí solo para que Trey me bajara de la encimera, apretándome el culo con tantas ganas que debía de quedarme alguna marca. Y bajó mi cintura contra él de un tirón que me hizo gritar contra su boca, jadeando con la quemazón que surgió desde la punta de mis pies mientras se hundía en mí.

—¿La peluca se puede mojar? —gruñó, con la voz ronca y la barba pinchándome contra la cara; toda mi piel ardía.

Todo estaba demasiado caliente, mi corazón latía demasiado rápido y el momento era demasiado increíble.

—Creo que no.

—Qué pena.

Solté un grito de sorpresa al darme cuenta demasiado tarde de que estábamos debajo de la ducha; un chorro de agua templada parecía querer arrancarnos el calor, pero solo sirvió para que yo le agarrara el pelo rizado a Trey y me contoneara contra él, arrancándole un gruñido que vino de algún lugar que yo acababa de *despertar*.



Sonó mi despertador.

Suspiré al estirarme en la cama, apartándome un poco del cuerpo de Trey y frotándome la cara. No hacía ni una hora que nos habíamos tumbado de verdad, después de estrenar una encimera cualquiera nunca utilizada para los fines que le dimos durante la fiesta. Hacía poco que el volumen de la música había bajado y oímos

a la mayoría de la gente irse, pero yo sabía que pronto Mike pasaría a recogerme.

Estar en los brazos de Trey se sentía absurdamente bien, hasta el punto de asustarme a veces. Era una delicia. Olía bien. Seguro. Cómodo. El tipo de lugar que yo quería...

Me mordí el labio al darme cuenta de lo que insinuaban mis propios pensamientos. El tipo de lugar donde quería pasar el resto de mi vida: despertando cada mañana con él apretándome de un modo delicioso, como quien jamás quisiera dejarme ir.

Yo no quería irme, pero tenía que hacerlo.

Solté un gemido de negación al ser arrastrada de vuelta a nuestro capullo, sintiendo a Trey besarme el contorno del cuello y apretarme contra él. Estábamos los dos agotados y, al mismo tiempo, todo lo que yo quería era un poco más de él: su sonrisa, sus besos, su polla (no lo voy a negar), sus bromitas, su conversación. Solo él.

—Tengo que ir. Si no, Mike me mata.

—¿Por qué no finges que vas a quedarte en su apartamento? —gruñó.

—Porque él tiene algo esta mañana con su padre y es *viernes*, Treyton. Tengo clase.

—Qué mierda —bufó, pero pareció recordar que tenía entrenamiento en pocas horas—. ¿Quién fue el capullo que tuvo la idea de hacer una fiesta de *Halloween* un jueves?

—No lo sé, pero valió la pena —me reí al girarme y montarme sobre él, viendo esa sonrisa cabrona. Bajé la cara, besándolo con ganas mientras sentía sus dedos bajar hasta mi coño, pero se los sujeté. —Voy a llegar tarde —gruñí a regañadientes.

Trey suspiró contra mis labios, pero asintió y me soltó, dejándome ir.

Mike ya me había llamado (y yo no había contestado) y me había mandado algunos mensajes; en pocos minutos estaría allí, así que simplemente me vestí de nuevo, me hice un moño rápido y volví a ponerme la peluca mojada de cualquier manera.

Trey solo se había puesto un pantalón de chándal cuando me tiró hacia el borde de la cama, sentado en ella para ponerse los

calcetines, y me colocó entre sus piernas, con las manos apoyadas en la parte alta de mi culo.

—Joder, Aurora —susurró, mirándome desde abajo, mientras yo lo miraba con curiosidad—. Solo quiero que sepas que eres la mujer más hermosa del mundo. Por dentro y por fuera. Incluso con el maquillaje corrido, incluso cuando estás gruñona por tener hambre.

Sonreí, cohibida, mientras él soltaba una risa nasal, tirando de mí para acercarme más y acomodándome sentada encima de él.

—No quiero congelar este momento para siempre —remarcó, recordando mis palabras—. Pero si hubiera un momento que congelar, sería uno contigo. Definitivamente.

Me mordí el labio, sintiendo cómo se me calentaba la cara y se me oprimía el pecho. *Estaba de acuerdo.*

—Me haces una persona mejor —dije bajito—. Creo que no me habría convertido en la Aurora que soy si no fuera por los empujones que ayudaste a dar.

—El mérito de mejorar es todo tuyo.

Me encogí de hombros, paseando los dedos por su clavícula.

—Aun así —puntualicé—. Y que sepas que no elegiría a otra persona en el mundo para pasar por todo esto, incluso con el noviazgo falso con Mike, incluso a escondidas, incluso con toda la mierda con mi familia. Creo que siempre vas a ser tú.

Sonreía, medio prepotente, lo que se ganó un empujón risueño en el hombro.

—Ojalá pudiera protegerte de ellos —dijo, paseando los dedos por mi piel en la cintura.

—Ya lo haces. Te las has ingeniado para impedir que mi familia siga destruyéndome, y eso es lo mejor con lo que yo podría siquiera soñar.

Negó con la cabeza.

—Vas a soñar con muchas otras cosas, Aurora. Espero que podamos soñar juntos, hacer planes juntos, pensar las cosas juntos.

Le sonreí, asintiendo.

—Espero que podamos hacer que Aaron pague incluso antes de eso.

Asintió, tragando saliva.

—De acuerdo. Pero también sé que puede tardar. No quiero que nuestra felicidad dependa de eso, aunque nuestra *oficialización* del noviazgo dependa de ello.

Solté una risa floja, asintiendo.

—Tengo que irme, si no de verdad voy a tener problemas —dije bajito—. Pero gracias por confiar en que yo sería diferente de mis hermanos.

Sonrió de lado.

—Gracias por creer que yo no era solo otro jugador de hockey capullo yendo detrás de las faldas.

—Bueno, tú fuiste un poco eso, pero no eras "solo uno más" —bromeé, mientras él me apretaba contra sí y se reía—. ¿Todo listo para mañana, no?

Sonreía al limpiarme algo en el rabillo del ojo, asintiendo.

—Claro que sí. Pensé en salir a la carretera a las diez. El fin de semana es solo nuestro. Si quieres llevar esta misma lencería, no voy a decir que no —añadió.

Hice un puchero, provocándolo.

—Me lo pensaré.

Sonreía al besarme, profundizando el beso hasta dejarme sin aire, con el gustito del "hasta luego" ahí. Amaba y odiaba ese beso. Estábamos bien, pero no podíamos quedarnos más tiempo juntos.

Después de eso, Trey terminó de vestirse y seguimos nuestros caminos. Había algunos cuerpos de personas que no consiguieron encontrar la salida, tirados en algunos rincones del salón, pero todo el mundo estaba apagado y, salvo Nathan en la cocina, relativamente despierto, pero con resaca, nadie nos vio salir.

Trey me acompañó hasta la esquina, donde Mike me esperaba, y me dio un beso suave antes de mirarlo, saludándolo con un choque de manos.

—No te di las gracias por el puñetazo a Aaron —dijo mi novio, y Mike esbozó una sonrisa maliciosa.

—No hay por qué. Se lo merecía. Haría algo peor si pudiera —dijo, pero se detuvo, pareciendo incómodo—. Tenemos que irnos, Aurora. De *verdad* necesito ir a casa y todavía tengo que volver a Scadelton después para un entrenamiento.

Asentí, suspirando al besar a mi novio otra vez y subir al coche de Mike, dejando atrás a un Trey con las manos en los bolsillos del pantalón que se puso de cualquier manera.

El día aún estaba clareando cuando salimos; Mike me dejó en casa, y subí casi de puntillas por las escaleras de mi edificio, con la mochila en un hombro, el maletín de maquillaje de Chloe en la otra mano e intentando pasar desapercibida ante cualquiera, porque todavía llevaba la ropa de la novia de Trey, aunque la peluca ya estaba en la mochila. En ese momento, yo era una mezcla de la Aurora que oficialmente salía con Mike, pero que en realidad había pasado la madrugada en la cama de Trey.

Solté un suspiro de alivio al cerrar la puerta de mi apartamento, dejando mis bolsas en el sofá y yendo a por un vaso de agua, sobre todo porque había bebido un montón esa noche.

—¿Cómo fue la fiesta en el piso compartido de tu novio, Aurora? —preguntó una voz, resonando por mi salón y la cocina.

Casi solté un grito al girarme y encontrarme con Andrew apoyado en uno de los rincones del salón, de brazos cruzados.

—Mike no vive en un piso compartido, Drew —gruñí, fingiendo que me molestaba, pero la realidad es que con un poco más de atención Andrew se daría cuenta de que la ropa que llevaba puesta no era la misma que él me vio publicar en las redes sociales. Bastaba con encender la luz y la penumbra no escondería nada más.

—Y él tampoco es tu novio —gruñó Andrew de vuelta, suspirando al encender él mismo la luz de mi salón—. Lo sé todo, Aurora.

Y señaló con la mano mi ropa, dejando claro su punto.

Tragué saliva, sintiendo que la sangre dejaba de bombearse por mi cuerpo. Podía ser peor; existía el riesgo de que fuera Aaron, pero ¿quién garantizaba que Andrew no se lo hubiera dicho a él? ¿Quién garantizaba que mi padre no apareciera allí en una hora para...? No sabía lo que haría en ese caso. Me daba miedo pensarlo.

Andrew se plantó frente a mí y me miró, como perdido en sus propios pensamientos, antes de suspirar.

—Solo lo sé yo —dejó claro—. Aaron se tragó tu farsa con Mike, que, por cierto, es muy inteligente, no lo voy a negar. Pero yo ya

sabía que él era gay; un amigo mío y él tuvieron algo hace un par de semestres.

Levanté las cejas, sorprendida, viendo la sonrisa *sincera* de Andrew dibujarse para mí. Mi hermano mayor parecía cada vez más agotado, y eso también aumentaba mi grado de preocupación por él.

—Juro que no se lo voy a decir a nadie. Y amenacé a Patrick por esto; él fue quien me lo dijo.

—¿Cómo? Patrick...

—Eligió al hermano correcto al que decírselo; dijo que te reconoció esta madrugada y, por suerte, *vino* a provocarme con el asunto, y no a Aaron —tragó saliva—. Capullito de mierda, por cierto. Treyton debería sentarlo en el banquillo.

Intenté esbozar una sonrisa ante la broma de tono serio, pero la realidad era que apenas podía respirar.

Andrew apoyó la mano en mi hombro, más serio.

—Aurora, por el amor de Dios, *sé* que tú sabes muy bien de lo que Aaron es capaz. Treyton no te estaría engañando sobre Tracey.

Otro pedacito de mi corazón se rompió allí mismo.

—Tú también lo sabes —susurré. Yo ya me lo imaginaba; era medio obvio, pero confirmarlo dolió.

Asintió. Andrew lo sabía desde el primer día y nunca hizo nada por Tracey, una de sus amigas más cercanas, al menos según me informó su *hermano*, y yo dudaba que Trey mintiera sobre eso solo para ganarse mi empatía.

—Desde el primer día. Aaron es un hijo de puta y tengo muchos problemas con él, pero no es de eso de lo que vine a hablar contigo.

Fruncí el ceño.

—No voy a caer en tu manipulación, Andrew. Sé que vas a buscar una forma de intentar que yo me aleje de Trey y...

Negó con la cabeza.

—No. He venido a ser honesto —dijo, con una voz cálida de una forma reconfortante, la manera de mi hermano mayor que se pegó con un grupo de *matones* cuando fue mi primer día de clase en primaria. Echaba de menos a ese hermano—. Me gustaría mucho

que fueras feliz y vivieras tu vida. Al menos uno de nosotros necesita conseguirlo, y voy a asegurarme de que no sea Aaron.

Fruncí el ceño otra vez por eso, mi corazón como un caballo de carreras en el pecho y en los oídos, pero no me dio tiempo a cuestionar, porque continuó:

—No creo que te hayas dado cuenta, Aurora. No va a ser una elección de Treyton entre tú o su hermana. Vas a ser *tú* la que tenga que elegir con quién se queda, pequeñaja. Eres tú la que va a tener que elegir entre que él vengue a su hermana o quedarse contigo. Espero de verdad que disfrutes de tu felicidad con él, pero creo que tú sabes mejor que yo lo que vas a acabar eligiendo. Eres la mejor de los tres y te importa demasiado Treyton como para dejar que la historia de Tracey sea olvidada.

—No hay por qué elegir entre una cosa u otra, Andrew —alegué, incómoda con su tono—. No necesito dejarlo ir solo para que podamos vengar a Tracey; una cosa no anula la otra.

Andrew me miraba como quien había recibido una puñalada. Como si yo hubiera recibido una puñalada.

Los ojos de mi hermano mayor parecían llenos de lágrimas cuando dijo:

—De verdad no te has dado cuenta de lo que vas a tener que hacer si quieres ayudarlo.



33
¿Sabes una cosa que me encanta ver?

Aurora

Si antes ya no conseguía estudiar bien, después de lo que dijo mi hermano y de cómo se me quedó rondando en la cabeza, solo empeoró. No conseguí prestar ni un poco de atención a lo que decía la profesora.

De verdad no entendía lo que Andrew quería decir. Él no sabía que nuestra abuela me estaba ayudando, a pesar de que no estábamos consiguiendo mucha información. Quizá Andrew supiera cómo funcionaban las cosas y, en especial, dónde estaban escondidas las pruebas. Por eso sabía que sería mucho más difícil que el plan inicial.

En clase, hice una lista de toda la información que teníamos, de los métodos que usábamos, de los que habíamos descartado y de los medios que podríamos usar para conseguir pruebas contra Aaron.

Y caí en la cuenta.

Mi abuela había dicho que, si era el caso, nos convertiríamos en un caballo de Troya.

Eso significaba destruir a mi familia desde dentro hacia fuera, pero quizá fuera en el sentido más literal posible. Ganarnos su confianza. Conseguir las pruebas. Tener los medios. Y entonces sí, destruirlos.

Mis padres no confiaban en mí. Ni siquiera sabía si Tracey existía para ellos. Y la única forma de confirmarlo sería dejando claro que *Trey* me lo había contado. ¿Cómo hacía eso sin ponerme de su parte ante mi familia?

¿Sin tener que perderlo?

Dolió entender que Andrew quizá tuviera razón, y dolió aún más entender el motivo por el que me dijo que aprovechara mi felicidad con Trey.

Porque podía tener razón. Podía ser yo la que tuviera que elegir, no Trey, como él ya había planeado en su venganza inicial —y salió todo mal—.

—Lo siento, enana. De verdad no quería romperte el corazón con esto. Quería poder pensar en algo para protegerte de todo esto, pero no quiero que vivas una vida infeliz con él al darte cuenta de que sí podrías haber conseguido justicia para Tracey. Ella merece justicia. Nunca mereció nada de esta mierda. Nunca debería haberla presentado a Aaron.

El concepto de la muerte era curioso, ¿no? Porque cuando nos casamos, juramos votos "para siempre", y todos nos alegramos. Pero cuando morimos, también es para siempre. El opuesto exacto: la felicidad y la tristeza, con el mismo concepto de "para siempre".

Trey *nunca más* podría ver a su hermana, y *nunca* es demasiado tiempo. Yo no podía interponerme en su camino para que consiguiera justicia para ella, y quizá yo fuera precisamente lo que necesitaba. Pero no para su vida; sí para su hermana.

Mi hermano tenía que pagar por lo que había hecho. Y quizá yo fuera la mejor jugada que Trey ni siquiera había planeado.

Mis hermanos tenían un partido decisivo esa noche y, después, irían a un cruce contra Northride. Estábamos lejos del final de la temporada y los partidos de las conferencias aún se estaban disputando, pero cuanto mejor rindieran los equipos antes de la carrera hacia el *Frozen Four*, mejor para ellos.

Ignoré todo eso e intenté centrarme en el lado positivo. Aquella idea loca de Andrew podía ser una última opción. Solo por si nos quedábamos sin ideas y sin paciencia para esperar *años* a que algo se resolviera.

Se me oprimía el pecho.

Pero, como todo lo que está mal puede empeorar, cuando volví de tomar un café el sábado por la mañana —había salido con Chloe antes de su turno extra en la cafetería; había empezado a coger algunos turnos los fines de semana para poder aumentar los ingresos—, me topé con una pareja sentada en el sofá de mi salón.

Cabello oscuro. Los ojos de un azul vivo de mi madre, los ojos grises de mi padre; por eso esa mezcla heladora en sus hijos.

Mi mochila estaba lista en la habitación, preparada para que la cogiera y fingiera que iba a pasar el fin de semana con Mike. Trey ya había revisado todo nuestro itinerario del viaje. Me pasó toda la información, incluso hoteles por el camino donde podríamos quedarnos y que aceptaban mascotas.

Y yo miraba a mis padres, que sonreían abiertamente, de oreja a oreja. Mi reacción inmediata fue querer huir. Simplemente darme la vuelta, cerrar la puerta de un portazo y fingir que no los había visto.

—¡Hola, cariño! Hacía tanto tiempo que no nos veíamos, pensamos que debíamos hacerte una visita —mi madre me abrazó mientras hablaba, cosa que nunca hacía. El abrazo, en este caso. Lo evitaba, excepto en público; incluso entonces era cariñosa de más.

Mi padre me sonrió, me dio un abrazo de lado y me dio unas palmaditas suaves en la espalda, como si no supiera ser un buen padre. No sabía serlo, no.

—¿Has salido con tu novio? ¡Deberías pedirle que suba! Estamos deseando conocerlo —remarcó.

Parpadeé, tragando saliva.

—Ah... Yo... Yo estaba con Chloe. —Gracias a Dios era verdad, porque sentía que no iba a poder mentir en ese momento—. Pero puedo pedirle a Mike que pase por aquí; habíamos planeado pasar el fin de semana juntos —dije, intentando no sonar como una mentirosa. Tenía casi la certeza de que podían oír mi corazón intentando salir corriendo y dejar mi cuerpo atrás.

Mi madre sonreía de oreja a oreja, cada vez de un modo más extraño, como en una película de terror.

—¡Perfecto! Hemos oído hablar de un restaurante italiano nuevo; ¿qué te parece si vamos a comer allí? —Adoraban los restaurantes italianos; siempre era uno diferente—. También queremos celebrar la victoria de tus hermanos.

Scadelton y Northride tendrían el clásico la semana siguiente, porque el equipo de mis hermanos se había clasificado. Yo no estaba segura de si quería ver ese partido. Tenía miedo de que Trey perdiera la cabeza en el hielo por culpa de Aaron.

—Claro, sería estupendo —accedí como un robot, intentando controlar el miedo y la rabia que subieron al mismo tiempo. No había

nada que indicara que supieran que todo era una farsa, pero me sudaba la nuca y tenía muchas ganas de pelearme con ellos por destrozar mis planes de fin de semana con Trey—. ¿Puedo cepillarme los dientes un momento? Me comí un *cruasán* que no me gustó.

—Tranquila, cariño —dijo mi madre—. Voy a echarles un vistazo a tus hermanos; aún estaban dormidos cuando llegamos.

Asentí en respuesta, de forma robótica, mientras iba al baño y mi madre salía de mi apartamento.

Escribí un mensaje para Trey:

Están aquí <
Mis padres <
Quiero vomitar <
Perdón, no sabía que vendrían. Quieren conocer a Mike. <
Creo que me está dando un ataque de pánico <

Sus respuestas aparecieron rápido:

> Respira hondo, gatita

> Está todo bien, lo entiendo. Y como no teníamos reserva, siempre podemos ir el próximo fin de semana

> Respira MUY HONDO, aguanta la respiración hasta mi próximo mensaje.

> Suelta.

Tú juegas el próximo sábado <

> Vamos el otro, guapa.

> Está todo bien..

> ¿Cómo estás?

Aterrorizada y con rabia. No me lo esperaba. <
Quiero llorar. <

> Avísale a Mike. Creo que él también tenía planes con Oliver.

> Y trata de respirar hondo como te mostré ahora. No saben nada y, aparentemente, les encantó Barlowe.

> Todo va a ir bien. Solo tenemos que seguir con nuestros planes normalmente. Para ellos, estás saliendo con el niñato mimado.

> Mike te protegió de Aaron. Estoy seguro de que haría lo mismo con tu padre

Gracias. Espero que tengas razón. <

> Claro que la tengo
> Soy veterano de Derecho.
> Siempre tenemos razón.

Tragué saliva, pero sus mensajes me hicieron sonreír, consiguiendo el efecto esperado. Intenté respirar mientras cogía la pasta de dientes y escribía un mensaje a Mike.

Trey tenía razón. Y lo demostró en cuanto mis padres conocieron a Mike.

A mi madre solo le faltó lamer el suelo por donde él pasaba. Mi padre lo adoptó como hijo y *dejó a Aaron en su sitio*. Fue la primera vez que vi a mis padres tratar a Aaron como la segunda opción, lo cual era chocante.

—Deja de tratar a tu hermana así, Aaron. Mike es un chico estupendo y estoy seguro de que es un novio estupendo.

—Eso espero, señor Montclair —dijo Mike, respetuoso, y yo asentí por respeto, pero me quedé en shock durante todo nuestro almuerzo.

Andrew parecía ausente, como si no estuviera allí, y, como venía pasando con una frecuencia cada vez mayor, nadie aparte de mí pareció notarlo. Esto me estaba preocupando cada vez más, y estaba empezando a pensar que se había metido con quien no debía otra vez. Pasó hace dos años; ¿qué le impedía haber vuelto a los hábitos peligrosos?

Él tampoco me daba margen para que habláramos, de todos modos. Lo intenté la mañana anterior, pero se fue después de dar su

aviso y dejar clara su preocupación, cortando de raíz cualquier pregunta mía.

Lo que más me revolvió el estómago después de salir a conocer mejor la ciudad —una excusa de mis padres para pasar más tiempo con Mike— fue que, cuando volvimos a mi apartamento, mi madre dijo, con todas las letras, sin quitar ni poner:

—Deberías quedarte embarazada pronto. Así, él se verá obligado a casarse contigo, teniendo en cuenta lo metido en política que está su padre, y está claro que yo presionaría para eso. Agárrate a ese chico de una vez y no lo sueltes.

Pero, al mismo tiempo, mi padre me amenazó a escondidas y dejó claro que, si yo hacía algo más que ser una buena chica y besar, las cosas se pondrían complicadas.

Entre la espada y la pared. Y ambas eran asquerosas.

Pero al menos se fueron esa misma noche, por algo sobre un congreso de mi madre al día siguiente o un viaje de mi padre.

Cada vez me costaba más respirar cerca de ellos.



Estaban sobre el hielo.

Dorado y negro. Azul y rojo. Alumnos, padres, incluso profesores. Gente a la que simplemente le gustaba el hockey. Era un mar de personas, colores y, sobre todo, rivalidad. Tipos de azul y rojo me miraron de mala manera varias veces. Una chica le dijo en la cara a Chloe que el *Frozen Four* de este año era de Northride —y yo estaba de acuerdo, pero no podía decirlo en voz alta allí—.

—¡TREYTON HARTLEY, 19!

Silbé con ganas, oyendo el grito de Chloe justo a mi lado mientras clavaba los ojos en el equipo de rojo y azul. Me importaba una

mierda que mis hermanos estuvieran en el hielo también.

El número 19 era el que tenía toda mi atención en ese momento, y Trey estaba guapísimo mientras el narrador decía su nombre, presentándolo como capitán. Las banderas de Scadelton y del equipo ondeaban por encima de ellos en el hielo, junto con imágenes de los jugadores.

Él había nacido para el hielo. Era obvio. Solo su manera orgullosa y puramente feliz de estar allí ya lo decía todo, aun siendo un partido fuera de casa (y todavía en Scadelton), y contra el asesino de su propia hermana. Trey amaba el hockey. Amaba el hielo y era bonito de ver.

También presentaron a Nathan y a otros del equipo. Su entrenador se mordía las uñas entre los jugadores que se quedaron en el banquillo; él iba con traje, como yo sabía que todos ellos habían llegado.

Incluso había una foto de Nathan y Trey circulando por varias redes sociales: habían ido con trajes opuestos. Trey vistió un traje azul marino y corbata rojo oscuro, mientras que Nathan fue de traje rojo oscuro y corbata azul marino.

Tradición es tradición, y aquel partido tenía algunas. Andrew incluso me había pedido que le hiciera el nudo de su corbata, porque él no hacía nudos en día de partido, excepto en los patines.

Reconocí a algunos compañeros de mis hermanos también, como Michael, y todos se prepararon antes de que el disco tocara el hielo.

Esos dos segundos entre que el árbitro soltaba el disco (o pitaba) y que tocaba el hielo eran aterradoramente silenciosos en los pabellones.

Yo llevaba la camiseta de Andrew, después de que mis hermanos se pelearan por ver qué camiseta me pondría, y el enorme 23, junto con el "Montclair", vibraba en mi espalda, mientras Chloe solo llevaba una camiseta cualquiera de Scadelton. El sonido era ensordecedor. Estar en el pabellón del rival debía poner aún más presión sobre Northride, y plantarse delante de Aaron no debía ser nada fácil para Trey.

Saber que yo llevaba una camiseta que no era la suya debía doler. Lidiar con el hecho de que el asesino de su hermana estaba en el

mismo hielo que él debía ser el propio infierno. La gente a nuestro alrededor juzgaba como si conociera toda la vida de mi novio —y de mis hermanos—, lo que solo hacía la situación más pesada y agotadora. Varios compañeros míos me pidieron fotos, lo que era aún peor.

Quería abrazarlo. Quería gritar el nombre de Trey cuando el disco tocó el hielo, y no animar a Scadelton.

Aun así, esta última semana había seguido algunos análisis de los equipos en la temporada anterior y los comparé con las evaluaciones actuales. Íbamos mal. Andrew venía siendo criticado regularmente por los narradores, y Aaron había estado aún más irritado de lo normal en el hielo. Scadelton no estaba en el esplendor que había tenido la temporada anterior —y que les hizo llevarse el título nacional universitario con el *Frozen Four*.

A Trey también lo criticaban un poco, pero más por cuestiones de capitán que por su juego. Nathan era quien estaba en el punto de mira, siendo analizado porque su propio entrenador lo había sentado en el banquillo, después de una pelea sospechosa fuera del hielo, de la que nadie sabía la causa. Elena debía estar royéndose por eso, apostaba. Aun así, Northride era la promesa de la temporada, no Scadelton, y eso me hacía mucho, *mucho* más feliz que si fuera al revés.

Sin embargo, cuando Michael marcó uno de los primeros goles contra Northride, el ambiente empezó a caldearse.

—Va a haber mierda —gruñó Chloe a mi lado, nerviosa mientras seguía el partido.

—Sí —murmuré de vuelta, mirando la postura de mi novio. Trey no estaba preocupado por Michael, sino por Aaron y la sonrisa maliciosa y prepotente que tenía en la cara.

Y empezó a haber mierda de verdad.

Los empujones aumentaron. Aaron y Trey chocaban tantas veces que los árbitros tuvieron que intervenir en varios inicios de pelea. Nathan y Aaron llegaron a derribarse en el hielo por una hostia que se metieron el uno al otro.

Sinceramente: yo no me preocupaba. Había crecido en esas pistas. Sabía cómo funcionaba. ¿Estaba preocupada por Trey? Sí,

pero no había nada que hacer. Pensándolo lógicamente, tenía que esperar al final del partido y confirmar con Trey si había acabado entero o, como mínimo, sin algún diente.

Hablando de eso:

—Si Trey pierde un diente, va a perder la mitad del encanto —refunfuñó mi mejor amiga a mi lado, ganándose una mirada fulminante y soltando una carcajada—. Ojalá Aaron los pierda *todos*.

Tuve que estar de acuerdo.

En el segundo periodo, Aaron metió el segundo gol de Scadelton, poniendo el dos a cero en ese momento. Northride se estaba esforzando, pero parecía que no estaban rindiendo al máximo, como si estuvieran patinando de una manera equivocada sobre el hielo.

Pero, con el gol, Aaron también empujó al portero, Josh. Yo conocía poco a Josh, pero sabía la regla máxima del hockey. Todo el mundo allí la sabía.

No toques al portero.

En un segundo, Trey y él ya se habían chocado, y Treyton se lanzó contra Aaron, junto con la mitad del equipo. Los equipos entraron inmediatamente en una tangana, empujándose y machacando a Aaron allí en medio.

Los árbitros apartaron a todo el mundo casi de inmediato, con Trey metiéndole el dedo en la cara a Aaron, que se reía, como si intentara escupirle a través del casco. Y las cosas volvieron a la normalidad.

Más o menos. Aún en el segundo periodo, otro jugador de Scadelton metió un nuevo gol, poniendo el tres a cero para ellos, lo que obviamente estaba dejando a los jugadores de Northride cada vez más irritados. Estaban fatal, siendo sincera. Parecían fuera de sincronía, y yo sentía que era porque el capitán estaba más centrado en intentar *no* matar a uno de los rivales que en ser el capitán.

Yo no podía culpar a Trey, pero eso me preocupaba. Tenía que mantener la cabeza en el partido, no en lo que había pasado fuera del hielo.

Nathan y Andrew chocaron el uno contra el otro, un empujón innecesario y tirones de camiseta, pero siguieron sus caminos. Hasta que Trey pasó por Aaron y mi hermano lo empujó contra la pared a

propósito. Trey perdió la cabeza ahí, y los dos decidieron que era un buen momento para intentar matarse.

Por lo menos estaba medio legalizado.

—¿Quién crees que gana? —preguntó Chloe.

—Trey —sonreí con orgullo al declararlo.

Soltó el stick, se arrancó los guantes y se lanzó contra Aaron, que soltó los suyos también. Los dos *sonreían*, por lo que yo alcanzaba a ver en el encuadre de las cámaras, y entonces vinieron los puñetazos.

Aaron se quitó el casco antes de eso, igual que Trey, pero los árbitros intervinieron en algún momento, separando a los dos mientras el resto de los equipos también se peleaba entre sí; el propio Josh había salido de la portería y patinaba en dirección al portero de Scadelton, sonriendo ya sin el casco.

Chloe tenía la mano en la boca, en shock, mientras veía a Andrew arrancar a Nathan de encima de Aaron, ayudando a uno de los árbitros. Entonces Drew se llevó un puñetazo del propio Barlow.

Nathan se llevó cinco minutos de penalización, pero Aaron y Trey se llevaron diez minutos cada uno; yo creí que era porque tardaron en quitarse los cascos o algo así, o porque habían hecho algo ilegal. Trey fue a su caja de penalización con una sonrisa *tan* maliciosa que resultaba hasta graciosa; estaba satisfecho. Eso me hizo sonreír.

Aaron, en cambio, insultaba a todo y a todos, gesticulando hacia Trey y entrando *cabreado* en la caja de penalización de Scadelton, con sangre escurriéndole de la nariz y la boca, con un médico empezando a atenderlo de inmediato.

Northride se quedó en inferioridad durante los cinco minutos que Nathan estuvo fuera, pero consiguieron mantenerlo todo bajo control, gracias a Dios. Trey daba órdenes por el hielo, pero sentado en la caja de penalización; al lado estaba Aaron.

Dolía ver que el partido continuaba.

Estábamos en el tercer periodo y yo no podía gritar. No podía animar a Trey. Iban perdiendo, y yo quería con todas mis fuerzas poder estar llevando una camiseta de Northride, gritando por mi novio y su equipo.

—Creo que si pudiera, estaría patinando ahora mismo en ese hielo para ayudarlos —me quejé a Chloe al dejarme caer de nuevo en mi asiento, intentando no morderme las uñas.

—Pero eso es obvio desde que empezó el partido, amiga —me provocó, haciéndome bufar, pero solté una risa justo después.

Lo que más me gustaba era que, a pesar de que Nathan se metió en la pelea para ayudar a Trey, Andrew no se metió para ayudar a Aaron. Solo intervino para evitar algo más serio —y dejó que Aaron fuera devorado antes de que *otro* tipo del equipo interviniera—.

Sin contar las hostias. Nathan se había chocado de frente con Andrew y Aaron cientos de veces, además de los empujones obvios de Trey y Aaron. Andrew no era un santo, pero parecía estar cuidando más de sí mismo y menos de las mierdas de nuestro hermano. Eso me gustaba.

Casi grité cuando vi a Trey cortar por el hielo, entrando como un huracán y asumiendo el control que deberían haber asumido desde el primer segundo de partido.

Y marcó.

Chloe soltó el grito que yo quería haber soltado, pero aun así, lo admito, solté una celebración pequeña, para mí misma, por el gol precioso que metió. El equipo de Northride celebró desde el banquillo, y el propio entrenador hizo un gesto de felicidad.

Trey estuvo tan frío que solo se dio la vuelta y siguió por el hielo mirando a la primera grada de aficionados, sin celebrar de verdad mientras se deslizaba. Pasó por Aaron con una sonrisa fría y manchada de sangre, listo para una nueva pelea, pero ninguno de los dos tiró por ahí.

Obviamente iban a perder, faltaba menos de cinco minutos, pero el gol fue un gustito, una prueba de que Northride sí podía llevarse el campeonato. Y Scadelton tenía que estar atenta si pretendía evitarlo.

El partido terminó así: mi novio y mis hermanos con marcas en la cara, tres a uno, y yo saliendo de la arena con mi amiga justo a mi lado, hablando frenéticamente porque nunca había seguido un partido de hockey con tanto interés.

Yo estaba intentando mantenerme positiva porque solo era un partido y Northride sí podía llevarse esa competición de la conferencia, pero temía que eso perjudicara la autoconfianza de Trey. Sabía que Aaron era su talón de Aquiles y eso no se podía subestimar en los partidos contra Scadelton.

Me ajusté el abrigo alrededor del cuerpo, sacando el móvil del bolsillo.

El gol fue precioso <
Scadelton empezó bien hoy, pero no va a seguir así <
Es vuestro <
Lo dije en serio esa vez y sigo creyendo en eso <

Me aseguré de enviarlo, sabiendo que él no respondería tan pronto porque todavía ni debía haber llegado al vestuario.

Chloe vino conmigo para esperar en el coche de Andrew, teníamos una fiesta después, pero Mike no estaba en la ciudad para ser mi coartada, porque su equipo estaba jugando fuera, así que solo podía disfrutar como una universitaria normal y sin el novio *falso* para ir a encontrarme con el verdadero.

Quería poder quedarme con Trey para apoyarlo en el partido que perdieron. Quién sabe, quizá consolarlo con algo mejor que un partido de hockey.

Por desgracia, no fue lo que pasó. Pero la fiesta fue divertida, y cada vez más me convertía, de verdad, en el alma de las fiestas de Scadelton. No sabía cómo lo hacía, pero todo el mundo hablaba de ello.

Sin embargo, *por suerte*, en las dos semanas que siguieron, Trey y yo conseguimos vernos con más frecuencia. A pesar de que los días y horarios de los partidos eran complicados, nos veíamos bastante a menudo gracias a mi estrategia junto con Mike. De hecho, incluso me topé con Elena en la casa del equipo por segunda vez, e hicimos como si no nos hubiéramos visto.

También sorprendí a Trey algunas veces. Llegó de sus partidos y me encontró en su cama —y solo en lencería—, lista para ser el

premio de consolación o un premio extra por la victoria. En ambos casos fue *genial*.

El equipo más o menos *sabía* lo de mí, pero al mismo tiempo *fingía* no saber quién era la morena que antes era pelirroja, y yo los adoraba por eso, pero tuve que hablar con Trey sobre Patrick. Las cosas podrían haber salido muy mal si él hubiera decidido ser un imbécil con el hermano equivocado.

Aun así, no pasó.

Con partidos ganados y perdidos, Trey estaba justo a mi lado en ese momento: mi novio conducía el coche de Nathan, con sus dedos entrelazados con los míos mientras me besaba el dorso de la mano, concentrado en la carretera.

Íbamos hacia Springfield, pero con un pequeño cambio de planes.

Me iba a presentar a sus padres de una vez.

¿Yo estaba bien? *Ja*. Quería vomitar el desayuno que acababa de comer.

—¿Estás seguro de que a ellos les parece bien esto, Trey? Podemos esperar y... —rezongué, nerviosa.

—Claro que les parece bien esto, Aurora. Te lo prometo —confirmó, besándome los nudillos—. Dijiste que tenías algo que querías contarme. Tenemos tiempo —me provocó.

Me mordí el labio, conteniendo el nerviosismo por sus padres e intentando no sonreír tan abiertamente.

Toby gruñó desde el asiento trasero, durmiendo tranquilamente en su camita, igual que Aussie dormía encima de él. Se estaban llevando súper bien, hasta el punto de dormir siempre juntos.

—Entonces... Me inscribí en algo —informé.

—¿Ah, sí? —preguntó Trey, curioso.

—Sí.

—Escúpelo ya, por el amor de Dios, Aurora —se quejó, nervioso —. Odio este suspense. ¿Qué es?

—En la carrera de Veterinaria de Northride, Trey. Me inscribí en esa carrera.

Parpadeó mientras miraba la carretera, sorprendido.

—Vale, hay muchas capas en ese dato. Yo... Guau. No sé por dónde empezar las preguntas.

—Sí. Te las voy a explicar todas, pero fue con el apoyo de mi abuela. —Sonrió al oírme decir eso, asintiendo con aprobación—. Tengo una entrevista con ellos el martes.

Me miró con rapidez, sonriendo abiertamente.

—¿TE HAN ACEPTADO? —bramó.

—*Todavía no* —solté con un gemido—. Pero me dije a mí misma que si me convocaban a la entrevista, te lo contaría. —E hice un gesto hacia nosotros en el coche—. Recibí el correo anoche —susurré, feliz—. No quise decirlo antes porque tenía miedo de que me rechazaran; sería humillante.

—Joder —susurró de vuelta—. ¿Para el próximo semestre mismo? —Tenía los ojos muy abiertos.

Asentí, tragando saliva.

—Puede salir todo mal.

Sonrió, y pude ver sus ojos brillando.

—¿Pero y si sale todo bien, *gatita*? Joder, voy a picarte tanto si eres mi novata.

—¡Vete a la mierda! ¡Ni siquiera eres de esa carrera! —Le empujé el hombro, riendo.

Rió, casi aullando.

—Aun así, soy tu veterano como universitario. ¿Te imaginas? Joder, puedes mudarte más cerca del campus, puedo llevarte en coche más veces y... —dejó de hablar, pensando en todas las ideas que claramente le pasaban por la mente.

Puse los ojos en blanco hacia él, pero sonreía tanto que me dolían las mejillas.

—Tengo un mes para arreglar mi vida si me aprueban, creo que eso es casi imposible, pero... —lo dejé en el aire—. Si es posible...

—¿Sabes una cosa que me encanta ver? —interrumpió mi ensoñación, y negué con la cabeza, curiosa—. Verte soñar. Es lo más bonito del mundo.


19
HARTLEY
19

34
¿Estás saliendo con un rival?
Trey

Me moría de orgullo por Aurora. Me aseguré de que lo supiera y dejé claro que podía hacer la entrevista *en línea* desde mi habitación, ya que, obviamente, corría riesgos si la hacía en su propia casa. Mike podría servirnos de coartada, así que lo teníamos decidido.

Joder, Aurora podía cumplir un sueño. No necesariamente el de estudiar algo, sino el de hacer lo que quería. Ni siquiera debía notar que era un sueño suyo: solo hacer lo que quería. Me aseguraría de ayudar a que aquello fuera posible.

Pero teníamos algo más *urgente* en ese momento, y era que yo llegaba a casa de mis padres.

Aunque era sábado y mi madre trabajaba y mi padre la ayudaba, se habían quedado en casa durante la mañana porque dije que llevaría a alguien para presentársela. No sabía si debería o no haberlo dicho, pero tenía miedo de que Aurora empezara con mal pie si ya supieran quién era, así que preferí que la conocieran primero.

La casa en la que crecí era pequeña, en las afueras, pero era acogedora y suficiente. Tuve mi propia habitación y nunca nos faltó nada, ni a Tracey ni a mí, aunque a veces pasáramos por alguna que otra dificultad. Mi habitación seguiría tal y como la dejé cuando me fui a la universidad, conociendo a mi madre. Y aún tendríamos todos los trofeos al final del pasillo, tanto los míos como los de Tracey, además de medallas y fotos de competiciones.

Llamé a la puerta de casa antes de abrirla, tomando la mano de una Aurora tímida detrás de mí, con la gatita restregándose contra el cuello de mi *gatita*. Sabía que era todo absurdamente nuevo para ella, pero apenas tuvimos ocasión de respirar hondo, porque Toby entró corriendo de inmediato y tuve que soltar la correa,

chocándome con mi padre, que pegó un grito de sorpresa al ver al perro.

—¡Ah, hola, chico! —se rió Joseph Hartley al ver a Toby, que empezó a olfatearlo de inmediato—. Entrad, por favor. —Hizo un gesto hacia Aurora y hacia mí, así como hacia Aussie, que en ese momento se escondía contra el pecho de mi novia.

La cabeza de mi madre asomó por el pasillo que llevaba a los dormitorios, y entonces una sonrisa enorme se extendió por el rostro de Luzia Santos-Hartley.

—¡Por fin! Pensé que había pasado algo en la carretera —dijo mi madre mientras se dirigía hacia nuestra pequeña sala de estar, sonriéndome y tirando de mí para abrazarme—. Por fin, mi amor. *Nos moríamos de ganas de verte*. Deberías venir más —se quejó de inmediato, mezclando idiomas y arrancándome una risa.

—Mamá... —suspiré al hablar. Pensaba haber venido antes, pero no necesitaba saber que nuestros planes habían cambiado por culpa de los Montclair—. Esta es Aurora.

Me hice a un lado y mi madre le sonrió de inmediato a Aurora, observándola antes de tirar de ella para abrazarla, asustándola. Solté una risita, porque Aurora debía de haber esperado abrazos de una brasileña, pero era culpa mía no haberle avisado.

Aussie estaba entre las dos, aterrorizada, mientras intentaba colarse entre los pechos de Aurora, y la saqué de allí, viendo a mi madre sujetar los hombros de Aurora y sonreír aún más.

—Trey me había mandado una foto vuestra, pero eres aún más bonita en persona, *hija mía.*

Aurora parecía confundida con la expresión, porque la miró con el rostro inexpresivo, arrancándole una sonrisa a mi padre.

—Algún día aprenderás portugués por las buenas o por las malas, querida.

Aurora se rió, incómoda, mirando a mi padre y saludándolo con un apretón de manos, pero él le dio una palmadita en el hombro. Aunque pareciera más frío que mi madre, en realidad mi padre era aún más cariñoso, pero respetaba más los límites que ella. Mi madre era simplemente... mi madre. Tracey se parecía mucho más a ella que yo, por cierto.

—"Hija mía" —le pasé la traducción a mi novia, que abrió la boca, aún más incómoda. Mi madre puso los ojos en blanco, mirándome.

—Es mucho más cariñoso en portugués —explicó Luzia—. Pero tampoco es tan literal. Tómalo como una "bienvenida a mi casa". —Guiñó un ojo—. ¿Y esta quién es? —preguntó mientras acariciaba a Aussie, que le bufó.

A diferencia de una persona normal, mi madre agarró a la gatita y le besó la cabecita; la arañaron de inmediato, pero no le importaron los cortes finos que todavía apenas dolían.

—¿Quién necesita preocuparse por la alergia, eh? —rezongó mi padre, negando con la cabeza—. Vas a ponerte enferma, querida.

Ella negó con la cabeza, restregándose la cara contra Aussie.

Yo había confirmado varias veces si de verdad no sería un problema para mi madre, y juró que estaba todo bien. Ya se había tomado un antialérgico antes y prometió que las crisis estaban controladas, pero yo seguía preocupado.

—Es Aussie, es hembra —respondió Aurora a la pregunta, acercándose a mí, claramente intentando ponerse cómoda, pero aún fuera de lugar—. Yo, eh... rescato animales. Y los meto en la fraternidad de Trey —añadió, cada vez más incómoda. Mi madre soltó una carcajada al oír eso.

—Ya me gustas, *hija mía*. ¿Entonces Toby y Aussie fueron rescatados?

—Sí, señora. —Sonrió—. Mis padres... —Se encogió, pero le acaricié la cintura, intentando calmarla—. No les gusta mucho. Así que uso a Trey como refugio.

La frase tenía tantos significados que me apretó el corazón. Me encantaba ser su seguridad, pero *odiaba* que necesitara una.

—Tus padres no saben lo que se están perdiendo —masculló mi padre, y me quité la mochila de la espalda, abriéndola para darle uno de los juguetes de Toby.

Mi padre empezó de inmediato un tira y afloja con la cuerda de Toby, divirtiéndose.

Aurora sonrió, atrapada en algo dentro de su propia cabeza, pero asintió.

—La comida casi está lista, solo necesito terminar el zumo, pero mientras tanto, ¿por qué no me cuentas un poco sobre ti, Aurora? ¿Estudias en Northride?

Aurora negó y volví a acercarme a ella, sabiendo que todo lo relacionado con ella era un gran interrogante. Solo ahora estaba aprendiendo, descubriendo, *creando* más sobre sí misma, y todo la estaba hundiendo en un pozo de inseguridad.

—No. —Se rió, claramente nerviosa—. En Scadelton.

A mi padre se le cayó la mandíbula.

—¿Estás saliendo con un rival? —bromeó, pero pude ver que estaba de verdad sorprendido.

—Sí. En varios sentidos. —Soltó una risita aún más nerviosa—. En realidad, estoy en primer curso de Administración. No me gusta la carrera, pero como mis padres... Bueno, es una historia larga. En realidad, estoy considerando cambiarme a Northride, si todo sale bien.

—¿Ah, sí? —preguntó mi madre, sinceramente curiosa—. Pero no para Administración, ¿verdad?

—No. Medicina Veterinaria —explicó—. Me gustan mucho los animales y acabé recibiendo algunos incentivos. Mis padres no me apoyan mucho, pero mi abuela paterna sí. Ella ha sido mi mayor apoyo en mi rebelión contra mis progenitores.

Fue la primera vez que vi a Aurora usar la expresión para hablar de sus padres, pero parecía mucho más cómoda llamándolos "progenitores" que padres. Mi madre pareció notarlo también, pero no tocó la herida.

—Ojalá salga bien —dijo mi padre, optimista—. Tienes que estudiar lo que te gusta.

"¿Crees que les voy a gustar?", "nunca he salido en serio, T, ¿y si todo sale mal?", "¿y si me odian?". A mí me parecían imposibles cada una de aquellas dudas, pero entendía de dónde venían. Pero mis padres no la harían sentir indeseada, o peor, odiada. Conocía a las personas que más amaba en el mundo, y no eran ese tipo de personas.

—Estoy de acuerdo. —Besé la cabeza de Aurora al decirlo—. Aurora fue patinadora artística —solté.

Mi madre jadeó, emocionada.

—¡No me digas! ¿En serio? —Aurora me dio un codazo, incómoda, mirando a mi madre.

—Sí, pero no me gustaba. —Me lanzó una mirada dura, haciendo reír a mi madre—. Sé que tu hija entrenaba; Trey también me enseñó algunos vídeos.

Aurora estaba tanteando el terreno, claramente. Mi madre sonrió ante eso, asintiendo con la cabeza, pero vi que su expresión se apagaba un poco. Aurora había elogiado mucho a Tracey, y dolía saber que tenía razón: el futuro de mi hermana habría sido brillante si hubiera tenido la oportunidad de vivirlo.

Me tragué el sabor amargo, apretando la cintura de Aurora y mirando a mi madre.

—Aurora lo sabe, mamá —dije en voz baja—. Sabe lo que pienso sobre la muerte de Tracey.

—Ah, cariño... —mi madre se apagó aún más—. Solo deberíamos dejar eso atrás. No aguanto más pensar que... —Se detuvo, frunció el ceño y miró a mi novia—. No es día para hablar de Tracey. Quiero que probéis algunos platos nuevos que estoy probando. Pensé en llevaros a la pastelería por la tarde; necesitamos un par de manos extra.

—¿Vas a poner a Aurora a trabajar? —aullé, sorprendido.

—¡Claro! Estoy segura de que le va a gustar. —Mi madre se fue hacia la cocina, ignorándome, y yo bufé al seguirla. Aurora soltó una risa al acompañarnos.

—Me va a gustar, sí, señora Hartley. Pero... hay algo de lo que me gustaría hablar con vosotros antes.

Yo sabía que Aurora no iba a tardar en contarlo. Podía estar descubriendo quién era, pero había un rasgo claro en Aurora: odiaba engañar a los demás, salvo si era extremadamente necesario —como con su noviazgo falso—.

Mi madre se detuvo junto a nuestra modesta mesa de comedor, que quedaba contra la pared de la cocina, sorprendida por el tono de voz distinto de Aurora.

—Sé que Trey no quiso decíroslo antes, porque quería que yo causara una buena impresión antes que nada, pero deberíais saber

por qué nos involucramos desde el principio. —Mi padre se apoyó en el marco de la puerta, pareciendo curioso por ver hacia dónde iba aquello—. Soy la hermana menor de Aaron. Trey acabó acercándose a mí porque pensaba que yo sabría algo y que podría servir para conseguir pruebas y, resueltas nuestras cuestiones iniciales, acabamos involucrándonos.

Se detuvo, quedándose en silencio al ver cómo se deshacía la expresión de mis padres. Toby consiguió robarle su propio juguete de la mano de mi padre en ese momento, mientras ambos analizaban a Aurora y parecían notar las similitudes con el hijo de puta que mató a mi hermana.

Le besé el hombro, sintiéndola rígida contra mí en cuanto me acerqué. El silencio me apretó el corazón, porque sabía que todo había dejado a mis padres en estado de shock.

—Aurora no sabía nada —dejé claro—. Ella siente tanta rabia por él como cualquiera de...

—Está bien, querida —dijo mi madre, con la voz quebrada y grave —. No voy a poner el peso de un asesinato sobre los hombros de una chica que me miró a los ojos y fue sincera. Puedo ver que eres diferente de Aaron, Aurora, y eso es suficiente para mí.

Ella tragó en seco.

—¿De verdad? —preguntó tan bajo que mi madre apretó los labios, asintiendo.

La misma mujer a la que su marido sostuvo cuando recibimos el ataúd de Tracey para el funeral porque quería irse con su hija. Yo recordaba a mi abuela hablando en portugués con mi madre, diciendo que aún tenía otro hijo y que yo la necesitaba, que Tracey necesitaba a su madre bien para tener su justicia.

Mi madre era fuerte de la hostia, y tenía todo el derecho a querer a toda la familia en el infierno, pero ahí estaba, mirando a Aurora con amor.

—Claro que sí, *hija mía*. No creo que Trey se enamorara de ti si no fueras así, y puedo ver claramente lo que mi hijo siente por ti. Voy a necesitar un tiempo para adaptarme, no lo voy a negar, pero no voy a hacértelo pagar por una deuda que no fuiste tú quien creó.

Aurora tragó saliva, y mi padre se aclaró la garganta.

—Lu tiene razón. Aaron fue quien hizo lo que hizo, no tú, querida. No puedes pagar por las elecciones de tu familia, solo por las tuyas, y claramente estás tomando decisiones correctas, lo cual es suficiente para nosotros.

Ver al hombre que se había hundido en deudas con los abogados para intentar demostrar nuestro punto sobre la muerte de Tracey decir aquello... significaba mucho para mí.

Aurora asintió, pero pude ver que no lograría decir nada, así que sonreí y tomé la delantera:

—Qué bien, porque no pensaba dejarla si no me dabais vuestra bendición.

Mi madre puso los ojos en blanco, mirándome.

—¿Quién lo diría, eh, Treyton? —ironizó—. ¿Quién diría que el hijo que nunca nos escuchó volvería a no escucharnos otra vez? —Y se rió, haciéndome reír también.

—¡Os escucho! —protesté.

Mi padre bufó hacia mí.

—Claro que sí que escuchas —bufó también—. Empezaste mal ya animando a los Bruins, *chico*.

Joder, cómo amaba a mis padres.

—Los Bruins son un gran equipo —dijo Aurora en mi defensa, haciéndome sonreír con prepotencia.

—Ya entiendo por qué se enamoró —se burló mi padre de ella, lo que hizo que sonriera de oreja a oreja.

Joder, no podía estar más agradecido por su reacción.

Después de eso, mis padres se empeñaron en dejar claro que era bienvenida, que era parte de la familia y, sobre todo, que no la juzgarían por las acciones de Aaron.

Aurora y mi padre discutieron casi toda la comida sobre hockey, lo que fue aterrador y, al mismo tiempo, muy guay de ver. Aurora sabía de hockey de verdad, y era muy interesante verla debatir sobre el tema con otra persona que entendía. Y, joder, mi novia había estudiado a Northride, porque se sabía casi todas nuestras estadísticas y le dejó claro a mi padre que estaba segura de que nos lo llevaríamos esa temporada, aunque hubiéramos perdido algunos de los últimos partidos.

Lo mejor: Aurora tenía razón en su análisis estadístico. A pesar de no tener tantos medios para estudiar la temporada, supo señalar todo lo que nuestro entrenador había dicho, solo que con menos detalles. Estábamos bien, pero teníamos algunos puntos débiles que eran explotados por algunos rivales específicos, como Scadelton, y era precisamente en eso en lo que estábamos trabajando esa temporada.

Mi madre pareció comprender más quién era Aurora cuando ella explicó su situación en casa, lo que hizo que recibiera un abrazo cariñoso como respuesta. Aurora se derrumbó allí mismo y claramente tuvo que secarse las lágrimas de la cara antes de explicar que nunca había recibido un abrazo así de su propia madre.

Con cada pequeña capa de aquella familia de mierda que Aurora mostraba, más rabia me daba.

Aurora se metió en la cocina, ayudando a mi madre con el postre —un pudín distinto que me encantaba, pero no sabía pronunciar el nombre en portugués—, y mi padre y yo nos quedamos con la limpieza. Cuando todo el mundo ya se había servido y había disfrutado de la comida y del postre, mi madre declaró que íbamos a ir a la pastelería.

Me encantaba el nombre, "Dos Santos", y mi madre le explicó a Aurora el concepto de todo mientras ella empezaba a cogerle el ritmo a las cosas —y yo le había atado un delantal—. El objetivo de mi madre era traer "comidas del paraíso brasileño" a Springfield, y definitivamente lo conseguía.

Salimos de la pastelería casi de noche; Aurora parecía exhausta, pero al mismo tiempo estaba feliz de la vida mientras se limpiaba la cara de un poco de harina que se le había quedado.

Mis padres nos pidieron que pasáramos la noche en casa, pero además de que yo tenía un entrenamiento el domingo por la tarde con el equipo, Aurora no podía estar *tanto* tiempo lejos de Boston, especialmente si surgía una emergencia. Si todo salía bien, quizá pudiera ver nuestro entrenamiento mañana por la tarde, ya que la había invitado.

Prometí que pasaría el Día de Acción de Gracias con ellos, que era en menos de una semana y, como Aurora volvería a su ciudad natal

para pasarlo con la familia —aunque claramente infeliz por ello—, no había por qué quedarme metido en casa.

Pero, aun así, cuando tuve la oportunidad, detuve a mi madre.

—¿Estás segura de que de verdad no te importa, mamá? De que no es un dolor constante que...

—Claro que estoy segura, cariño, pero me importa, sí. Me importas tú, y veo la forma en que la estás mirando. Vi la forma en que te aseguraste de que no se sintiera una extraña y, sobre todo, de que supiera que la querías allí, independientemente de lo que yo y tu padre sintiéramos. Aurora es un recuerdo de ellos*, pero ella no amarga el recuerdo; el recuerdo en sí ya es amargo. No es culpa suya. Está bien, te lo prometo.*

—¿De verdad?

—Claro que sí, Treyton. Ahora ve a ayudar a tu novia con ese pedido, porque estoy segura de que se ha equivocado en algo en la lista.

Sonreía tras el volante del coche, feliz de la vida mientras Aurora intentaba limpiarse la cara en el espejo, sin ningún éxito porque el chocolate se había secado.

—Déjalo. Cuando lleguemos al hotel, te lo quitas —aseguré.

Aussie dormía en su regazo, y Toby estaba estirado en el asiento de atrás, después de haber pasado la mitad de la tarde jugando con clientes. Dejamos a Aussie en casa, pero a Toby no, y a los clientes les encantó. Mi madre estaba considerando hacer una ampliación del café para convertirlo en un café para mascotas después de aquella tarde, cosa que Aurora apoyó de inmediato, para sorpresa de nadie.

Si conseguía un contrato millonario con la NHL, podríamos hacer muchas mejoras en casa. La fontanería del edificio era antigua, mi madre tenía pendientes algunos pagos de préstamos y después yo podría ayudar a mejorar la pastelería. Quién sabe, quizá mi padre podría abrir su propia escuela infantil de hockey, como quería hacer desde hacía algunos años.

Aurora me soltó una risita, pero en menos de veinte minutos estaríamos allí. Quedaba a unos treinta minutos de Boston; era ridículo gastar para pasar la noche allí, pero, al mismo tiempo, tenía

sentido. Una pequeña burbuja donde Aurora era solo ella, y podíamos simplemente dormir como una pareja de novios.

—No me puedo creer que tengas pósteres de mujeres con camisetas de hockey en tu habitación, Trey —comentó, maliciosa, mientras yo conducía.

Solté una risa.

—Me fui de esa habitación a la universidad, Aurora. Solo hay una cosa mejor que una mujer con una camiseta de hockey y es sin... —provoqué de vuelta.

Ella sonrió de vuelta.

—Debería haberlo imaginado. Nunca te pregunté con cuántas chicas te liaste en la universidad, pero quizá debería —añadió, con un tono sospechosamente celoso.

Sonreí a la carretera, negando con la cabeza.

—No sé cuántas fueron, Aurora.

—Mmm... —Parecía pensativa.

—Pero sí sé con cuántas planeé casarme, eso sí —decidí seguir, observando la vía e intentando mantener la tranquilidad.

—¿Ah, sí? ¿Con cuántas? —cayó en la provocación, celosa, sin saber que yo estaba siendo mucho más astuto.

—Solo una. Nunca imaginé un futuro con una mujer antes de ti.

Silencio.

Sonreí para mí mismo al mirarla de reojo, viendo a Aurora en shock, con los ojos puestos en mí.

—¿En serio? Sé que esto es lo típico de un sinvergüenza y tal, pero debe de haber alguien que...

—*Qué va*. Fuiste la primera en muchas cosas. Como en el *squirting*.

Ella se rió, poniéndose inmediatamente roja.

—Tú fuiste el primero en muchas cosas, sabes eso. Me da mucho miedo perder eso porque realmente no me importaría tener que mudarme cada temporada en caso de que cambies de contrato.

—¿De verdad? —La miré de lado, viéndola sonreír.

—De verdad. Pero antes... —Su mirada se volvió pesada mientras me miraba con la cabeza apoyada en el asiento—. Siento que toda esta historia con Aaron todavía va a hacernos daño.

Asentí, entrelazando nuestros dedos mientras me centraba en la carretera.

—Siento lo mismo —admití, mirando al frente—. Pero no es suficiente para hacerme renunciar a ti. Ya lo dije, merece la pena pasar por todo esto por ti.

Ella suspiró, pero se quedó en silencio. Le apreté los dedos, serio y centrado en el tráfico.

—Yo tampoco voy a renunciar a ti —dijo en voz baja, preocupándome por el escalofrío que me subió por la espalda—. Pase lo que pase. Solo quiero que lo sepas.

Asentí, tenso.

—¿Y sabes en qué estaba pensando? —añadió, cambiando el tono de voz a uno animado, llamando aún más mi atención—. Que si conseguimos resolver todo esto para el final del semestre, que dejo claro que lo veo difícil, pero nunca se sabe, ¿no? Iré a tus partidos como una "fan".

Solté una risa.

—Quedaría más bonito decir "animadora". A veces ellas van a los partidos, ¿lo sabías?

Ella bufó, y yo me reí aún más.

—Ninguna de ellas es tan guapa como tú ni *tan buena* —aseguré, oyendo su risa.

—*Genial*, porque dolería bastante oírte elogiar a otra mujer.

—Jamás. Solo tengo ojos para ti, desde que chocamos sin querer en aquella cafetería de gatos. Para disgusto de Nathan, por cierto, porque se esforzó mucho por evitar que yo me acercara.

—Él tenía razón —lo defendió Aurora una vez más.

Bufé, molesto.

—Yo no puedo elogiar a otra mujer, pero tú puedes defender a otro hombre, ¿en serio?

—¡Él tiene razón! —dijo, risueña.

Negué con la cabeza, pero mi provocación era solo eso: una provocación. Yo estaba de acuerdo con ella y estaba feliz de que estuviéramos allí.

En pocos minutos, llegamos al hotel que había revisado en línea, y entramos rápido en nuestra habitación. Toby entró corriendo

primero, yendo directo a la cama y saltando sobre ella mientras Aurora y yo preparábamos su comida y todo lo que pudieran necesitar.

Sin embargo, en cuanto se levantó del suelo, donde acababa de poner el cuenco de agua, tiré de su mano. El pelo era un desastre, desordenado en una coleta prácticamente toda deshecha, y la cara tenía la marca de una raya de chocolate derretido cruzándole las pecas.

Ella me sonrió cuando le pasé la mano por la cintura y, con la otra, le pasé el dedo por la mejilla sucia.

—¿Qué te parecieron? —pregunté, curioso.

Ella me sonrió de lado.

—Entiendo por qué eres quien eres. Cariñoso, amable, cuidadoso. Vengativo también. —Eso me hizo reír, mirándola con los ojos entrecerrados de felicidad—. Me alegró que... Ya sabes... que no me echaran o... —Su voz se apagó.

—Ellos jamás harían eso. Ningún padre haría eso con su hijo.

Tenía una sonrisa triste en los labios.

—Mis padres harían eso contigo. No tengas ninguna duda, Trey —dijo, con todo el cuello y la cara tensos—. Los odio... No quería decir que los odio, pero cada día que pasa los odio más. Por todo. Incluso por haber criado a Aaron y permitido que se convirtiera en lo que se convirtió. Tracey estaría viva.

Suspiré, asintiendo.

—Los llamaste "progenitores" antes. Y eso fue lo que fueron: no supieron daros amor y una buena crianza. Claro que os dieron mucho, pero no fue suficiente.

Yo entendía por qué Andrew tenía sus actitudes ambiguas y confusas —como la manipulación y, al mismo tiempo, el intento de ayudar a Aurora, los comentarios maliciosos y el apoyo implícito hacia mí, el hecho de no delatar a su hermana y de haber dejado de proteger la retaguardia de su hermano en los partidos—. Andrew estaba mejorando, pero debía de ser difícil dejar atrás hábitos aprendidos.

Yo no sentía ninguna empatía por Andrew; podría haber mejorado mucho más de lo que lo había hecho, sobre todo porque, mirando a

Aurora, eso era posible, pero sí lo entendía, aún más con lo que sabía de aquellos *progenitores*.

Mi novia suspiró.

—Te envidié antes por eso. Tu madre... ¡Caramba! —Volvió a sonreír, lo que me hizo esbozar una sonrisa—. ¡Y tu padre es fenomenal! Parece amar lo que hace, me encantó cómo enseñó fotos de los chicos a los que está entrenando, ¿y los vídeos de entrenamiento? ¡De verdad ama eso! Me encantó cómo defiende todo en lo que cree con uñas y dientes. ¿A quién anima? —Aurora lo dijo todo de una sola bocanada, genuinamente animada.

Eso me hizo reír.

—A los Leafs[15]. No puedo aceptar que traicionara a su propia ciudad.

Aurora se rió, siguiéndome.

—Pasa.

Observé su rostro, sonriendo de lado.

—¿Sabes qué "pasa" también?

Ella frunció el ceño por mi tono, negando con la cabeza.

—Pasa que estamos solos en esta habitación de hotel con esta cama deliciosa —provoqué, acercando mi rostro al suyo—. Y que tenemos la noche entera para aprovecharla.

Ella sonrió al acariciar mis labios con los suyos.

—Creía que íbamos a salir a cenar.

—Iremos después —gruñí, sintiendo que su respiración fallaba cuando bajé mis manos a su culo, agarrando cada centímetro que pude—. Ahora vamos a hacer otra cosa.


19
HARTLEY
19

35
¿Va a tardar mucho?
Trey

Le lamí la cara, sintiéndola estremecerse y reír al mismo tiempo mientras le quitaba el chocolate con la lengua, y luego le tomé la boca.

Le sujeté la cara con ganas, hundiendo mis labios contra los suyos mientras sentía cómo relajaba las manos en mis hombros, subían por mi cuello y me abrazaban allí. En segundos ya le había abierto el abrigo y lo había tirado a la cama, agarrándola por las piernas y subiéndola a mi cintura.

—Necesito una ducha —susurró contra mis labios, y luego me besó la mejilla y bajó hasta mi cuello, chupando con ganas allí.

Me mandó una punzada directa a la polla, como debía de haberlo estado planeando.

Le sujeté el pelo con una mano y la cintura con la otra, guiándonos hasta el baño y cerrando la puerta con el pie, tirando de su cara y besándola con todavía más ganas, atrapándola contra mí, entre mis brazos y la pared.

Aurora me sujetó la nuca, profundizando el beso mientras se restregaba contra mi cintura, arrancándome un gemido dolido por culpa de los vaqueros que llevaba. Le arranqué la camiseta de manga larga, desabrochándole el sujetador de un tirón y abocándome a una de sus tetas de inmediato, oyéndola jadear, sorprendida, mientras los dedos tiraban de mechones de mi pelo.

Su piel estaba erizada y aún más sensible con mis labios sobre ella. Aurora se apretó contra mí, presionando los muslos en mi cintura mientras yo retorcía uno de sus pezones con los dedos y tiraba del otro entre mis dientes, sintiéndola estremecerse, una de sus manos abierta en mi espalda.

Conseguí abrirle los vaqueros con dificultad, metiendo la mano por dentro y oyendo el gemido en cuanto le apreté las braguitas, sintiéndola estremecerse, pegada a mí.

Aparté la tela a un lado, encontrándome con la humedad y con una Aurora *muy* melosa. Alcé la vista solo para encontrarla mordiéndose los labios y moví mis dedos por su coño, jugando con ella hasta alcanzar su entrada y subir hasta el clítoris, rodeándolo con gusto. Su boca se entreabrió en un "o" delicioso que yo quería follarme también.

Apreté el clítoris, rodeándolo con un poco más de presión y viéndola cerrar los labios, soltando un gemido más desesperado mientras se llevaba una mano a la boca, mordiéndosela para evitar un gemido que escucharía el hotel entero.

Le aparté la mano de allí y pegué nuestros labios, moviendo mis dedos hasta estar dentro de ella, sintiéndola retorcerse contra mí. Aurora me apretó dentro de ella, jadeando contra mis labios mientras yo hundía los dedos y le apretaba el coño al mismo tiempo, ella tirando de mi labio inferior en un mordisco delicioso.

Hasta que ella misma me tiró de la sudadera y la camiseta de una vez, arrancándomelas, y sonrió de lado al encontrarse con mis ojos, haciéndome negar con la cabeza antes de llevarme a la boca los dos dedos que hasta entonces estaban dentro de ella, chupándolos con los ojos en los míos.

Me bajé los pantalones, dándoles una patada a las zapatillas y a todo lo que pude, sintiendo cómo ella también se arrancaba su par de zapatillas antes de bajar de mi cintura, quitándose el resto de sus prendas.

En cuanto se quitó las braguitas, la presioné contra la pared de nuevo, atrapándole una de las piernas contra mí y presionando mi polla contra ella, bajando mis dedos a su coño otra vez y encontrándola *mucho* más mojada para mí.

—¿*Cómo* se te pone dura tan rápido? ¿Debería ser así? —se quejó contra mis labios, haciéndome reír porque cortó, sí, un poco el ambiente.

Apoyé la cabeza en su hombro, todavía riéndome.

—¡Lo digo en serio, Treyton! —protestó.

—Contigo, es normal, sí —declaré, levantándome para mirarla a los ojos—. Confía en mí: si algún tío tuviera lo mismo que *yo* tengo y no se le pusiera dura, es que no le gusta la fruta.

—¿Como Mike? —provocó.

La punzada que me dio en el pecho fue tan jodida que supe que lo había hecho a propósito.

—No hablemos del novio falso, por favor —murmuré, tomando su boca y sujetándola por el cuello, hundiendo mi boca en la suya y sintiéndola deshacerse contra mí.

—No es sobre él sobre quien me estoy sentando —susurró contra mis labios, tirando de uno de ellos y acariciando mi polla entre los dos, apretándola con gusto y haciéndome coger aire por la sensación que me llegó a los huevos—. Ni gimiendo su nombre.

—Qué bien —rezongué, todavía irritado.

Ella soltó una risita al tirarme hacia dentro de la cabina, pero la dejé entrar primero, observando a la mujer desnuda *y mía*, y luego entré justo detrás de mi novia, ya empapada por el chorro de agua que le caía encima.

Aurora me atrajo bajo el agua, sonriéndome.

—No hay por qué tener celos de nadie, Trey —dijo, subiendo una de las piernas por mi cintura, que sujeté allí antes de levantarle la cara hacia mí, acariciándole los labios con el pulgar incluso mientras hablaba—. Igual que tú, solo tengo ojos para una persona.

—Espero que sea por mí —bromeé, el graciosillo.

Ella se rio.

—Es realmente muy difícil no caer en tu labia —rezongó, haciéndose la difícil.

Eso me hizo reír aún más antes de girarla contra mí y apretar su cuerpo, de frente, contra el azulejo frío de la pared, sintiéndola estremecerse contra mí al mismo tiempo que apretaba el culo contra mi polla, moviéndolo para mí. *Joder*.

—No hay por qué luchar contra mi labia. —Le besé el hombro, mordiéndole suave allí y sintiéndola levantar el culo contra mí, presionando aún más mi polla.

—Es verdad —dijo antes de soltar un gemido, mientras yo me presionaba contra su entrada, jugando con ella.

Moví mi polla por su coño, sintiéndola estremecerse antes de apoyar la frente en el azulejo, la boca entreabierta mientras yo le

sujetaba el pelo, apartándolo de su espalda y besándola allí. A Aurora le encantaba esa postura en la ducha, y yo entendía por qué.

Me hundí en ella, lo que hizo que los dos soltáramos un gemido, pero le pasé la mano por la cintura, porque sabía que a ella se le aflojaban las piernas cuando pasaba y no necesitábamos que se cayera. Otra vez.

Y me moví, embistiendo con fuerza mientras ella se apoyaba en mí, levantando el culo para recibirme aún más profundo.

—Joder, *gatita* —murmuré, besándole el cuello antes de chupar.

Aurora me apretaba con ganas, y estaba tan mojada que era imposible *no* deslizarme cada vez más dentro de ella.

Ella empujó el culo contra mí, arqueando un poco el cuerpo, y yo le tiré del pelo, sujetándolo con fuerza antes de aumentar el ritmo de mis movimientos. Estaba toda tensa, y le apreté la cintura con ganas mientras sentía mis huevos latir, aumentando mi velocidad a cada movimiento y apretando los dedos contra ella.

—Córrete para mí, Aurora —rezongué, sabiendo que estaba intentando aguantarse solo por la tensión que sentía en la piel.

—Entonces fóllame con más fuerza.

Joder. Quería hacer que me diera un infarto, porque aquello ya era lo bastante bueno, aunque yo pudiera hacerlo *aún* mejor.

Pero hice lo que pidió, aumentando la velocidad y embistiendo con más fuerza y brutalidad, lo que me hizo hundirle la mano en la boca de inmediato, porque empezó a vacilar entre gritos y gemidos, moviendo el culo contra mi polla mientras llegaba allí y me masticaba como si estuviera intentando ordeñarme, y lo consiguió, porque casi me caigo por la fuerza del orgasmo que subió de mis huevos y se metió dentro de ella.

La desgraciada sabía lo que me gustaba, aunque nuestras experiencias fueran diferentes. Y me encantaba eso.

Nos habíamos corrido juntos y, joder, era aún mejor. Salí de dentro de ella solo para asustarme cuando se giró y tiró de mis labios hacia ella, metiéndome debajo de la ducha otra vez.

Sin condón (*en la ducha*, concretamente), pero con seguimiento médico y otros métodos anticonceptivos, porque allí nadie quería un bebé, *todavía*.

—A ver cuánto aguantas con la novia que tienes, entonces.

—Ya me avisaste de que me follaría a la Aurora tímida —murmuré entre una risa, que se convirtió en un gemido en cuanto su boca alcanzó mi polla.

Conseguí follarme ese "o" perfecto, y con una sonrisa de oreja a oreja. Fue una noche larga, y pedimos una entrega a domicilio solo para no tener que vestirnos y estropear nuestra diversión.

Yo ya estaba bien servido, con comida o sin ella.



—Quieto, joder —le di una patada a Nathan, detrás de mí, apoyado en la puerta de mi habitación mientras intentaba escuchar lo que pasaba ahí dentro.

—¿Va a tardar mucho? —preguntó Brian, justo a mi lado, también con la oreja pegada a la puerta y mirándome de frente—. Creo que estoy más nervioso que ella.

Lo dudo, no *más que yo*. Sentía que iba a vomitar de los nervios en cualquier momento, joder. Aquella entrevista estaba durando una eternidad.

—Estoy nervioso por todos nosotros —Thomas iba de un lado a otro por el pasillo de nuestras habitaciones, tenso—. Para ayudar, Lily no me ha dicho nada de lo que hablaron ayer. Solo dijo que Aurora va a ser aprobada. Pero para ser aprobada, tiene que pasar por esta entrevista y...

—Cierra la puta boca —le gruñí a mi compañero de equipo, intentando escuchar.

Aurora y Lily habían salido juntas el día anterior. Lily la había llevado a conocer los equinos de Northride. Aurora me contó que Lily

quería asegurarse de que de verdad amara a todos los animales, no solo a los más fáciles de querer, los más monos.

Moraleja: mi novia llegó dos horas tarde a nuestra cita y oliendo a mierda de caballo. Le gustaban todos los animales, claramente. Juro que el olor se le había impregnado en el pelo—incluso con los innumerables baños que *nos dimos* para que se quitara cualquier olor.

Aun así, sus *selfies* con los caballos quedaron espectaculares. Pedí enmarcar algunas, y me lo prohibió.

—Creo que me va a dar un infarto —rezongó Nathan detrás de mí.

—Ni siquiera vamos a saber el resultado ahora —se quejó Thomas, molesto—. Dios, qué tortura. ¿Cómo podía estar tan tranquila antes de entrar en la reunión?

Me encogí de hombros, intentando escuchar. Aurora era así. Se quedaba extremadamente tranquila en momentos de tensión—salvo en nuestros partidos, por lo que Chloe había chivado.

Hacía veinte minutos que había entrado en mi habitación y cerrado la puerta. Lily dijo que su entrevista duró media hora, así que todavía nos quedaban diez minutos de tortura. Thomas dijo que no recordaba mucho la entrevista de su novia porque casi le había dado un infarto con su prueba, así que no estaba ayudando una mierda.

Pasaron quince minutos, quizá los más largos de mi vida hasta entonces. Pero pasaron y, cuando mi novia abrió la puerta, Brian y yo caímos a sus pies, arrancándole una risa deliciosa.

Se mordió los labios al mirarme, las mejillas rojas y resaltándole las pecas, conteniendo la risa mientras yo me levantaba como si no hubiera pasado nada.

—¿Y? —pregunté, ansioso—. ¿Qué dijo la entrevistadora?

Cogió aire y lo soltó en una bocanada nerviosa.

—Fue la jefa del departamento la que me entrevistó, junto con una profesora. Hicieron un montón de preguntas y parecían bastante interesadas en todo. Expliqué incluso mis motivaciones, las asignaturas extracurriculares y mi interés por la beca de vóley. —Aurora explicó que había solicitado la beca, a pesar de creer que no

la aprobarían porque las inscripciones para los equipos deportivos eran durante los veranos.

No le *encantaba* el vóley, pero le encantaba la idea de estudiar con una beca deportiva, y se le daba bien jugar. Era suficiente para intentarlo, y yo estaba de acuerdo con su punto de vista.

Aurora sacudió la cabeza, pensativa.

—No tuve que hacer la entrevista para la Scadelton; en Administración solo miran el currículum y la carta, no sé qué esperar. Pero fue... No sé qué esperar, la verdad. No me pareció mal, pero podría haber respondido de tantas otras formas diferentes y...

Le pasé la mano por la cintura, negando con la cabeza.

—Estoy seguro de que entienden los nervios —prometí—. Si han visto la mitad de lo que yo sé, la plaza ya es tuya.

Su respiración salió temblorosa mientras asentía con la cabeza contra mi pecho.

—Me preguntaron si ya había tenido mascotas, fue casi como una consulta con mi psicóloga. —Eso me hizo reír, porque salió en un tono de queja—. Pero me sentí acogida. Creo que marcó la diferencia hablar bastante y que me conocieran mejor. Preguntaron si conozco el curso y la universidad, si conozco a otros alumnos, hablé de Lily...

Y Aurora se puso a hablar sin parar.

Brian se divertía viéndola hablar, apoyado en el marco de mi puerta, mientras Thomas aún iba de un lado a otro dentro de mi habitación, colocándose las gafas en el puente de la nariz de vez en cuando. Nathan solo se quedó concentrado, sentado en mi cama mientras la escuchaba hablar.

Cuando terminó, cogió su botellita de agua y se la bebió de una vez, haciendo que todos los tíos se rieran.

—¿Y qué pretendes hacer en caso de que te aprueben? —preguntó Brian con sinceridad, pareciendo preocupado. Toda la situación no era un secreto para ninguno de ellos—. Con todo el respeto, creo que es arriesgado que simplemente le des la espalda a tu familia. Están un poco locos.

Aurora sonrió al oír eso, asintiendo.

—Es lo que me... —dejó de hablar, apretando los labios—. Admito que lo voy a pasar fatal si entro y no puedo cursar. Pero, de momento, parece que eso es lo que va a pasar. En caso de que me aprueben y tal.

Negué con la cabeza, tirando de ella a mi regazo, en la silla de mi escritorio.

—Vamos a encontrar una manera.

Me miró con una sonrisa ladeada.

—No puedes arreglarlo todo, Trey. Pero gracias. —Y me dio un beso suave, en un tono que decía mucho más que un "gracias".

Nathan suspiró, negando con la cabeza.

—Qué puta situación injusta. ¿Tu abuela ya ha conseguido encontrar algo contra él?

Aurora negó.

—Hablé con ella anoche. Incluso viene para Acción de Gracias, lo que medio obligó a mi madre a hacer una cena solo en familia un día antes de la cena benéfica del ayuntamiento. —Aurora no lo vio, pero Brian imitó a la madre de Aurora en la puerta de una forma *muy* caricaturesca, lo que me hizo contener una sonrisa—. Pero... Dijo que mi padre supo esconderlo todo muy bien. Parece que contrató a algunos investigadores y abogados para resolverlo todo, tanto con las pruebas como judicialmente, para que la situación no volviera nunca a derribar a Aaron. Si se volvía contra él y tal.

Bufé contra su hombro, besándoselo.

—Tiene que haber algo, Aurora —Brian negó con la cabeza al decirlo—. Dudo que tu padre renunciara a quedarse con las pruebas para tener algún control sobre Aaron. Ya no puede usar la fuerza bruta contra él o contra Andrew, pueden defenderse. En consecuencia, necesita otros medios para poder controlarlos.

Aurora tenía el ceño fruncido al analizar la situación, dándose cuenta de que era verdad.

—Debe de tener las pruebas en algún sitio —confirmó—. Pero ¿dónde?

Thomas dejó de andar, mirándola como si fuera tonta, lo que me hizo lanzarle una mirada fulminante al novato.

—Pues, Montclair, en casa. Bajo tus narices. En la dirección en la que vas a ir a pasar el puente.

Ella puso los ojos en blanco hacia él.

—Ya lo sé, Thomas. Digo *dónde* dentro de casa. Tiene al menos tres cajas fuertes diferentes, además de discos duros externos, *pendrives* y un montón de cosas. El tío es millonario, ¿lo has olvidado? Si me apuras, puede haber metido todo en una caja de seguridad del banco.

Thomas suspiró, cediendo ante la *inteligencia* de mi novia.

—Vale, que les jodan. Vamos a encontrar algo —declaró Brian.

—¿Vamos? —Aurora se rio, con él sonriéndole con desdén.

—Claro. Los equipos se ayudan, ¿nunca te han dicho que, cuando sales con un jugador de hockey, sales con su equipo?

—Tranquilo, joder —protesté, arrancando algunas risas. *Ni en su mejor sueño*.

—En fin, todo el mundo está pensando en ello —dijo Nathan, risueño—. No prometemos soluciones, pero estamos aquí para lo que haga falta, Aurora. Incluso siendo de la universidad rival.

—*Por ahora* —añadió Thomas con orgullo—. Pronto irás vestida de azul y rojo, acuérdate de mis palabras.

—Dios te oiga —dijo, riéndose—. ¿No tenéis entrenamiento? —Me miró, curiosa, lo que hizo que todos nos lleváramos un susto, porque sí que teníamos, en veinte minutos.

—Ah, mierda —se quejó Nathan al correr hacia su habitación, probablemente a por su equipo, mientras yo me levantaba y empezaba a correr por mi habitación, oyendo una risita resonar en ella.

Le di un beso suave a la autora de la risa y le sonreí justo después de meterlo todo en mi bolsa, apartándole el pelo detrás de la oreja.

—¿Nos vemos el lunes?

Mike iba a viajar esa noche, así que ya no teníamos coartada, sin contar que tendríamos un partido por la tarde siguiente, y después yo viajaría, igual que ella.

—Sí. Te voy a mandar las fotos de mi habitación, como prometí. —Puso los ojos en blanco al decirlo, haciendo un puchero que me

empeñé en besar—. Vas a llegar tarde.

—Ya voy tarde. —Me encogí de hombros—. Cuídate, por favor —pedí, más serio, y ella asintió.

—Va a salir todo bien. Mi abuela va a llegar antes que nosotros y Andrew es quien va a conducir, no Aaron, así que sin sorpresas por el camino.

Asentí, preocupado. Aurora sabía que, por más que yo fingiera que estaba bien con la situación, me destrozaba pensar en ella haciendo el mismo trayecto que...

En el que Tracey murió.

Ella me pasó las manos por la cara, sujetándome.

—Aaron está loco, Trey, pero no sabe lo nuestro ni que yo sé la verdad. Andrew va también, y él no está tan loco. Va a salir todo bien, ¿vale? Te iré avisando.

Asentí, soltando el aire y viendo su sonrisa.

—Nos vemos el lunes —remarcó.

Entonces, ¿por qué sentía lo mismo que sentí la mañana en que Tracey murió? No podía confiar en Aaron. No podía confiar en la seguridad de Aurora cuando estaba en el mismo ambiente que él.

—Va a salir todo bien. Solo estás reaccionando a un trauma —prometió, acariciándome la barba rala—. Ahora vete de una vez, que si no tu entrenador te mata.

Suspiré, pero la besé una última vez. *Solo hasta el lunes*. No para siempre.



36
¿Qué tipo de persona hacía todo aquello?

Aurora

Aquello no estaba pasando.

—Sé que es a última hora, pero de verdad no voy a poder ir hoy. Tengo que cubrir una monitoría extra; si no, me voy a joder en los exámenes finales —declaró Andrew—. Ya he avisado a nuestra madre; iré después con mi coche.

—Joder, Andrew —se quejó Aaron—. Aurora, tú conduces; estoy muerto de resaca. Necesito dormir.

¿Y si fingiera que me encontraba mal? Ni siquiera sería *tan* fingido.

—No conduzco desde hace meses, Aaron, no voy a conducir así.

De noche. En un trayecto que solo hice una vez conduciendo. Con el asesino de la hermana de mi novio.

Todo eso "más o menos" era demasiado.

—Son cuarenta minutos en coche, Aurora —se quejó, poniendo los ojos en blanco al lanzarme la llave y coger su bolsa—. Te espero en el coche, necesito dormir, en serio.

Salió de su apartamento y yo suspiré, miré a Andrew y negué con la cabeza.

—¿En serio, Drew?

Tragó en seco al mirarme.

—Te juro que quería que fuera distinto. Pero...

Suspiré, asintiendo y dándome la vuelta.

—Hasta mañana —bufé, siguiendo el mismo camino que Aaron, pero tomándome el tiempo para mandarle un mensaje a Trey, explicándolo todo.

Me temblaban las manos, pero aun así tecleé el mensaje, fui hasta el coche y me senté en el asiento del conductor. Era solo conducir hasta casa. Solo eso.

Trey iba camino de Springfield en ese momento; quizá yo llegara a Weston antes de que él llegase a casa de sus padres, así que mi

novio no vería el mensaje tan pronto. Al menos habían ganado el partido, por lo que había visto en las redes sociales del equipo y por el mensaje feliz de Trey, con una foto del equipo sobre el hielo.

Aaron me provocó de primeras por estar "por fin conduciendo" —cuando la culpa era de ellos porque yo apenas conducía—, pero se acomodó para echarse una cabezada después de ver que yo estaba *cabreada*. Le fastidió, pero cerró los ojos e intentó dormir.

A mitad de camino, se despertó y encendió la radio. Intentó sacar conversación. Se quejó de que yo estaba demasiado gruñona. Habló mal de los jugadores de Northride. Habló mal de algunas novatas de Scadelton que no se le despegaban. Habló mal de nuestro padre y su arrogancia con los equipos. Halagó a una chica con la que estaba saliendo —mala suerte la suya.

—Y él cree que es muy bueno, pero apuesto a que, si compitiera hoy en la NHL, no sería ni la mitad de lo que...

—En serio, Aaron, ¿puedes estar un poco callado? Solo quiero centrarme en conducir —protesté. Me dolían los hombros de tensión y quería acabar con aquello de una vez.

Resopló.

—¿Qué pasa, Aurora? Estás diferente últimamente y estoy harto de toda esta mierda, pero ni siquiera por eso te mando que te calles.

Ah, genial. Iba a buscar bronca por nada. Y justo en el límite entre municipios. Justo en el río. Justo *allí*.

Justo en el puente en el que mató a Tracey.

—Porque yo rara vez abro la boca, ¿no? —repliqué, centrada en la carretera, decidida a no apartar los ojos del asfalto y del puente que aparecía a lo lejos—. Te gusta cuando hago lo que te conviene y solo eso.

Se rió, irónico. Me latía el corazón como un tambor en el pecho, e intenté mantener la concentración en la carretera. Solo allí, sin pensar en nada más. Solo en conducir hasta casa.

—No, me gusta cuando no la cagas, que es muy distinto —replicó a mi lado, desdeñoso.

—No. Es exactamente lo que he dicho. Cagarla va en contra de lo que tú quieres; no necesariamente significa que esté haciendo algo mal.

—¿Como cuando intentaste darle una oportunidad a aquel mierdecilla de Treyton aquella vez? Eso fue bajo incluso para ti.

¿Justo ese tema? *Respira hondo, Aurora. Solo respirar hondo y dejar que Aaron se atragante con su propio veneno*.

—No tanto como lo sería para ti. Y ya lo he dicho: salió todo mal, y en parte porque tú ayudaste a que pasara —alegué, molesta. Estaba agotada de todo aquello, solo quería estar sola.

—Y me alegro muchísimo por eso, gracias —dijo con desprecio—. ¿Sabes lo que necesitas? Un poco más de adrenalina y menos coñazo.

Solté una risa irónica.

—Entonces ahora te va a gustar la idea de que yo salga de fiesta y me...

Lancé un grito cuando Aaron tiró del volante y giró el coche justo cuando íbamos a entrar en el puente, y pisé el freno mientras el coche iba directamente hacia el pretil protector. No iba a parar.

Qué premonición tan jodida del carajo; ni de coña estaba pasando aquello.

Tiré del freno de mano mientras Aaron se carcajeaba a mi lado. Tenía los ojos muy abiertos cuando el coche derrapó en la arena y casi chocó contra el muro de protección, sintiendo que me temblaban las manos, todavía agarradas al freno de mano. Me faltaba el aire y, *a mi lado*, se extendió un silencio.

Volví la mirada hacia Aaron, que seguía riéndose, como si se lo estuviera pasando en grande.

Él había matado a Tracey allí, joder.

—Sal del coche —dije, fría. Basta. De. Este. Infierno.

Se rió aún más, golpeando el salpicadero.

—Basta, Aaron —remarqué aún más firme—. ¿No vas a salir?

Me miró como si yo estuviera loca, pero el loco allí era él. Aquel hijo de puta todavía iba a matarme, a ese ritmo. De una forma u otra.

—Claro que no. Arranca el coche otra vez y vámonos a casa, Aurora.

Saqué la llave del contacto, abrí la puerta con el móvil en la mano y salté del coche, echando a andar hacia el puente.

—¿Qué COÑO te crees que estás haciendo? —gritó desde el coche.

—¡Si tú no vas a salir, entonces me voy yo! —rebatí, dándome la vuelta y levantando polvo con mis propios pasos, las luces del coche iluminándome junto con el alumbrado público—. ¡Podías habernos matado, carajo!

—¡Pero no os maté! —se burló, saltando del coche y viniendo hacia mí mientras yo cruzaba los brazos—. Solo era una broma, Aurora. No sabía que te lo ibas a tomar tan a pecho.

—Joder, Aaron, que te jodan —le escupí a la cara, irritada—. No me dejáis conducir. Y entonces, cuando me obligas a conducir, montas todo este numerito, ¡y encima en un puente! —añadí, haciendo un gesto hacia la estructura, viendo cómo el brillo en sus ojos aumentaba.

Aaron se estaba divirtiendo con aquello.

Era aterrador. Se estaba divirtiendo con mi miedo.

Dios mío, aquello era una pesadilla.

—Si quieres matarte provocando un accidente, adelante —dije, tirándole la llave del coche a la cara—. Me voy andando a casa.

—Vas a caminar al menos una hora, Aurora, y ya es tarde y está oscuro —dijo, poniendo los ojos en blanco y frotándose la parte de la cara donde le había dado la llave—. Deja la rabieta y sube al coche.

Solté una risa al darme la vuelta y seguir andando, pero me detuvo cuando me tiró del *pelo* y empezó a caminar conmigo hacia el coche, básicamente arrastrándome por la tierra del arcén.

—¡Suéltame, tío! —protesté, intentando sujetarle la mano, pero él simplemente nos giró y me estampó contra el capó del coche, asustándome con el golpe que se llevó mi cuerpo.

—Métete en el puto coche y deja de comportarte como una puta —ordenó mientras iba hacia el lado del conductor y abría la puerta, dejándome con la mandíbula caída—. *Ahora*, joder, o voy a contarle toda esta escena a nuestro padre y dejar claro lo que tú y Mike andáis haciendo a sus espaldas. ¿O te crees que no sé que te está follando como a una puta?

Solté una risa incrédula, aún más horrorizada.

Ni siquiera sabía por dónde empezar a resolver aquella situación. Me daban ganas de seguir caminando, de verdad, pero la amenaza era real.

Aaron era capaz de todo aquello y de bastante más.

Me metí en el coche, me senté en el asiento del copiloto y me pasé todo el viaje en silencio, con un Aaron que parecía a punto de explotar con cada movimiento que hacía en el asiento del conductor.

Tenía cuatro días por delante con mi familia, empezando por aquella noche y hasta la tarde del domingo, y sinceramente no necesitaba pasar ese periodo planteándome si me había roto o no un brazo y fingiendo no sentir dolor durante todo el festivo.

Mi padre ya me había dado una paliza tal que estuve casi un mes pensando que me había roto el brazo, hasta que mi madre me llevó a un amigo médico suyo, fuera de los registros, para comprobar si de verdad me lo había fracturado. Se me fisuró un hueso, pero no se rompió.

Tenía muchísimas ganas de matar a Aaron.

La mera idea me asustó, porque eso me hacía más parecida a él que diferente, pero al mismo tiempo era un sentimiento tan arrebatador que no había otra forma de traducirlo.

Aaron merecía morir, y solo la idea me hacía querer llorar. ¿Qué tipo de persona hacía todo aquello? ¿Qué tipo de persona era capaz de todas esas cosas? Capaz de amenazar a su propia hermana, matar a su novia, jugar con los sentimientos de los demás, simplemente no pestañear con ese tipo de bromita y... Joder, Aaron me había arrastrado *del pelo*.

Nada de aquello estaba bien.

Cuando llegamos, mi abuela charlaba con mi padre y mi tío en el salón, muy animados, y me recibieron bien.

Ella me abrazó de inmediato y me miró la cara, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Por fin! Pareces más alta, mi amor. ¿Qué te están dando en esa universidad? ¿Levadura?

Solté una risa al abrazarla fuerte, porque quería pegarme a ella y no soltarla nunca más. Tenía ganas de llorar y ella claramente notó que pasaba algo, pero no hizo preguntas en ese momento.

—Yo también te he echado de menos, abuela. Deberías visitarnos más.

—Definitivamente, mamá —confirmó mi padre, sonriéndome—. ¿No me llevo yo un abrazo también, querida?

—Claro que sí, papá —sonreí al abrazarlo fuerte, queriendo en realidad llorar a sollozos y desaparecer del mundo. Pero no podía. No mientras estuviera atrapada con ellos por todas esas mentiras, farsas y, sobre todo, crímenes. Necesitaba ayudar a encontrar esas pruebas contra Aaron. Tenía que pagar por lo que hizo.

A pesar de la mirada confundida por la ausencia de Andrew, enseguida llegaron las explicaciones y ni yo ni Aaron hablamos de lo que pasó en el coche, a pesar de las miradas preocupadas de mi abuela.

Pasé todo el festivo casi pegada a ella —con excepción de los actos políticos de mi madre, para los que mi abuela jugaba la carta de la edad y no acudía nunca—, y de vez en cuando intentábamos descubrir juntas (o por separado) algo.

Lo que saqué en claro de aquel festivo fue entender algunas cosas: Aaron sabía que mi padre tenía pruebas contra él, y estaban guardadas en la caja fuerte más cercana a su mesa en su despacho, que tenía una llave y también una contraseña numérica. Mi abuela tenía contacto con un policía del condado y él podría hacerse cargo de la investigación después de que demostráramos que la policía de la ciudad estaba corrupta.

Mi abuela tenía las pruebas de eso, pero no teníamos ninguna otra sobre los crímenes de mi hermano de verdad; por eso necesitaba las pruebas antes de investigar, ya que sin ellas no había investigación. Y, mientras ella y yo veíamos una película juntas, el sábado por la noche, acurrucadas bajo la manta en el salón de la casa de mis *progenitores* en Weston, entendí lo que Andrew había dicho.

Sabía lo que tendría que hacer. Había comprendido cómo hacerlo. Y necesitaría al menos dos semanas. Podía ser rápido, pero también tenía que ser imposible dudar de mis intenciones.

Quizá, solo quizá, eso pudiera estar resuelto antes de que terminara aquel año.

Me quedaba un mes para fin de año. Menos de un mes para Navidad. Menos de un mes para aceptar dejar la universidad y aplazar por lo menos un semestre más —o más— mi sueño de simplemente poder vivir.

Sabía que era un sueño, pero no era imposible. Solo iba a requerir un sacrificio que podría costarme a Trey definitivamente, pero con eso él conseguiría la venganza por su hermana.

La idea había surgido poco a poco desde mi conversación con Andrew, pero en ese punto todo había quedado claro, viendo cómo mis padres mentían, cómo mis hermanos jugaban su juego y cómo Aaron y mis padres tenían una relación de beneficio mutuo, ya que todos ellos estaban metidos en el crimen cometido por él.

Necesitaba que creyeran que yo era una aliada, que estaba de su lado costara lo que costara. Necesitaba hacer que confiaran en la Aurora que defendería a la familia a cualquier precio, porque amaba a la familia y lo era todo para mí.

Y todo eso tenía que hacerse antes de Navidad, porque dudaba que fuera a sobrevivir mucho más que eso. Ya fuera en sentido literal o figurado, esta historia podría acabar matándome, aunque solo fuera por dentro. Estaba agotada de fingir ser Aurora Montclair, la hija de la alcaldesa, la hija de la leyenda del hockey, la hermana pequeña de algunos de los nombres más importantes del hockey universitario. Estaba cansada de las agresiones físicas y verbales. De las manipulaciones emocionales. De los jueguecitos mentales con los que tenía que tener cuidado para no perder —o, peor, caer en trampas.

Estaba cansada de aquella vida. Prefería vivir en la miseria antes que allí. Prefería cargar con las consecuencias de romper a mi familia desde dentro hacia fuera antes que pasar un segundo más dentro de aquella farsa.

Para todo eso, también necesitaba que Trey perdiera la cabeza. Al menos un poquito. Que dejara ver que teníamos algo, pero él nunca lo haría, porque sabía que eso me haría daño. Que *Aaron* me haría daño.

Necesitaba ponerlos *definitivamente* el uno contra el otro y tenía que elegir el lado de Aaron. Eso le rompería el corazón a Trey, y solo

la idea me destrozaba, pero así él conseguiría las pruebas contra mi familia.

Eso era lo que Andrew quiso decir aquella madrugada.

Y creo que él sabía que yo haría eso, porque cuando llegamos de nuestro viaje de vuelta a Boston, me dio un abrazo fuerte y susurró:

—Siento mucho que hayas nacido en esta familia, enana. Te merecías mucho más que este agujero de mierda. Ojalá hubiera podido protegerte.

—Al parecer, ni siquiera puedes protegerte a ti mismo, Drew —susurré de vuelta.



Lloré toda la noche del domingo.

El lunes, antes del entrenamiento del equipo de Northride, me encontré con Nathan. Adrede, en este caso.

—Sé que dijisteis que ibais a buscar soluciones para ayudarme con esto, Nathan —dije, mirando alrededor en la parte trasera de su pista, mientras él me observaba.

Tragué en seco, apretando el abrigo alrededor de mí. Todavía no había nevado esa temporada, pero hacía frío como si lo hubiera hecho.

—Puede que necesite tu ayuda más adelante, así que espero que me perdones por lo que voy a hacerle a Trey también —añadí, incómoda por estar haciendo aquello, pero necesitaba que Trey tuviera a alguien ahí para él—. Va a necesitar al equipo para no perder la cabeza, y en especial al mejor amigo.

Nathan me observaba con el ceño fruncido, los ojos entornados y desconfianza en la mirada, pero asintió con la cabeza.

—Vas a romper con él —acertó al decirlo.

Asentí, mirando a la nada.

—Necesito sacudir la estructura de mi familia para conseguir las pruebas, Nathan. Y, para empezar con eso, necesito algo que sacuda mi situación actual también. Y, si le digo cuál es mi plan, no va a seguir adelante con él, porque me voy a hacer daño.

Nathan negó con la cabeza, suspirando.

—Es estúpido e inteligente al mismo tiempo, Aurora. No deberías arriesgarte tanto, pero...

—Yo contaba con que tú me lo impedirías, igual que impediste que Trey me usara, Nathan.

Se rió, mirando al suelo.

—No creo que vuestra relación vaya a funcionar si seguís escondiéndoos tanto tiempo —dijo, pareciendo incómodo con las manos en el bolsillo de la sudadera—. Los dos tenéis que afrontar de verdad vuestra vida, Trey necesita que tú lo apoyes por *completo*, y tú te *mereces* la vida con la que sueñas.

Respiró hondo, mientras yo me mordisqueaba las uñas, nerviosa.

—No voy a impedirte que intentes adelantar esto, pero, por favor, Aurora, si ves que las cosas se te van a ir de las manos y... Ya sabes, si Aaron va a hacer algo mucho peor que hacerte *daño*, tienes mi número. Considérame un plan de seguridad. En serio, puedes contar conmigo, aunque Trey nunca...

Sonreí débil, asintiendo. *Que nunca me perdone*.

—Gracias. Probablemente voy a necesitarte al final de mi plan.

Se encogió de hombros.

—Formas parte de la familia, aunque Trey vaya a creer que no durante un tiempo. Espero que entienda lo que sea que hagas.

Sonreí, triste.

—Yo también. Pero estoy haciendo esto por él sabiendo que puedo perderlo, y está bien. De verdad, se merece justicia por su hermana. Aunque lo pierda por ello.

Nathan asintió, apretándome el hombro.

—Tú no tienes nada que ver con tu familia. Ya lo has demostrado varias veces, así que no lo olvides, ¿vale? Quiero saber el plan, pero voy a respetar que necesitas seguir sola. *Pero* no dejes que te hagan creer que eres como ellos. No eres como tu familia.

Solté una risita nerviosa, asintiendo.

—Solo prométeme que no vas a dejar que él pierda la cabeza. Sabes cómo es con Aaron. No dejes que arruine su propia carrera.

Nathan asintió, tendiéndome la mano.

—Prometo que voy a impedir que Trey se hunda en su propia rabia por culpa de Aaron. Promete que pedirás mi ayuda si necesitas algo.

—Hecho.

Le estreché la mano y, así, cada uno siguió su camino.

El mío, en mi caso, consistió en ir a una cafetería cercana y llorar en el baño. No podía creer que estuviera haciendo aquello, causando tanto dolor, para conseguir destruir a mi propia familia por culpa de sus acciones, pero era la única salida que veía.

¿Cómo íbamos a resolver aquello si las pruebas estaban justo donde ni mi abuela ni yo podíamos llegar sin la confianza necesaria? Necesitaba esa confianza.

Necesitaba estropearlo todo con Trey para conseguirla. Necesitaba que todo saliera de *verdad* mal para que mi padre lo creyera, igual que Aaron. Era la única manera de que aquello funcionara, aunque fuera una estupidez.

Una parte de mí quería contárselo todo a Trey y pedirle que mintiera conmigo, pero Treyton nunca aceptaría hacer lo que tendría que hacer por voluntad propia. Así que ahí estaba yo, a punto de actuar con el rasgo que más odiaba de Andrew: la manipulación.

Trey y yo habíamos quedado en vernos aquella noche después de una clase de refuerzo mía, e hicimos exactamente eso en su habitación de la residencia, con Toby y Aussie acompañándonos para terminar la tercera película de Nárnia.

Al menos no quedaría eso pendiente si nunca... Evité pensar en ello porque me echaría a llorar delante de él. Y no podía hacer eso.

Fue increíble. Comimos una hamburguesa de procedencia dudosa que Thomas había hecho con la ayuda de Brian y Josh; algo vegano con lo que estaba haciendo pruebas de calorías para que el equipo pudiera comer bien y a la vez *rico*, y me quedé durante horas simplemente acurrucada contra Trey, aprovechando esos momentos.

Los últimos antes de que yo misma nos destruyera.

Me asustó —y me partió el corazón— cuando, en un momento dado, me atrajo hacia él y me besó la sien, sobre todo por lo que dijo.

—Me alegra que hayas estado bien este fin de semana, a pesar de lo que hizo el hijo de puta —gruñó en voz baja—. ¿Cómo está tu abuela?

—Bien —asentí, sonriendo al mirarlo desde abajo—. Vimos algunas películas juntas. Echaba de menos su abrazo, me hizo bien.

Esbozó una sonrisa para mí.

—Mi madre me dijo una cosa en este festivo, y me dio un choque de realidad necesario.

—¿En serio? —pregunté, con la curiosidad desbordándome en la voz—. ¿Qué?

Sus ojos brillaban de una manera distinta.

—Dijo que debía decirte la verdad. Que si estoy haciendo todo esto por ti, siguiendo con todo esto y manteniéndolo oculto, aun queriendo gritar a los cuatro vientos que estamos juntos, aunque sea una locura... —Eso me arrancó una risa—. Significa que te amo.

Mi risa se cortó a mitad y tosí, sorprendida, sentándome en la cama y mirándolo.

—Trey... —Él sonrió abiertamente, encogiéndose de hombros.

No, no... No así. Va a doler aún más.

—Es verdad. Hay pocas cosas en el mundo que no haría por ti.

—¿Como qué? —lo provoqué, juguetona.

No debería haber dicho eso. Iba a dejarlo esa semana, pero no podía mirarlo a los ojos y mentirle.

Porque estaba haciendo todo aquello precisamente porque lo amaba.

Lo estaba dejando ir precisamente porque, al hacerlo, conseguiría algo que él necesitaba para seguir adelante con su propia vida.

Necesitaba que se vengara la muerte de Tracey para poder vivir su propia vida por completo. Y Andrew tenía razón: nunca me lo perdonaría si no ayudara en eso, porque tenía los medios para ello. Porque podía, sí.

Incluso corriendo el riesgo de perderlo.

—Arrancarme los pies y no volver a patinar nunca más, por ejemplo —se rió al responder, provocando otra risa mía.

El amor es comprensivo. Empático. Respeta los límites. Es honesto y al mismo tiempo le gusta sorprender. El amor no ata. No asfixia.

Por eso sabía que mi familia no me amaba, porque ellos eran lo opuesto al amor. Pero también por eso sabía que amaba a Trey.

—Genial, yo nunca te pediría que hicieras eso por mí —sonreí al acercar mi cara a la suya—. Yo también te amo, Trey —dije en voz baja, contra sus labios—. Siento que voy a hacerte daño pronto y... —Tenía la garganta cerrada, porque no podía mentirle, pero si decía la verdad, lo estropearía todo y él me lo impediría—. Solo espero que... que más adelante me perdones, si eso ocurre. Creo que ni siquiera lo vas a notar en el momento y... —dejé que mi voz se apagara. Necesitaba callarme.

Me miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa, Aurora?

Me encogí de hombros, sonriendo e intentando no echarme a llorar allí mismo, porque delataría todo mi plan. Odiaba cómo solo quería sentirme protegida en sus brazos e ignorar que tendría que hacer todo lo que haría.

Era mi turno de protegerlo, de ayudarlo. Y, sobre todo, de lidiar con todo lo que mi familia había causado.

—Solo es un miedo tonto —desprecié mis propias palabras—. Te amo hasta el punto de tener miedo de eso, solo eso —desmentí y mentí al mismo tiempo.

Porque era verdad, pero yo también iba a hacer aquello por él. ¿Era una tontería? Lo sabría cuando saliera bien o mal. Podía costarme todo, pero necesitaba intentarlo, por él mismo. Porque Trey y Tracey *merecían* la justicia que ella no tuvo.

No pareció muy convencido de mi mentira, pero no había manera de acusarme de estar mintiendo, así que simplemente me atrajo hacia un beso, y recé para que no notara las lágrimas que limpié antes de que me gotearan por la barbilla.

Un mes. Un mes y todo estaría resuelto.

Amaba a Trey hasta el punto de dejarlo ir, y esperaba que lo entendiera, pero estaba dispuesta a perderlo si eso iba a garantizar lo mejor para su familia.

Los corazones rotos no mataban. Pero los hermanos capaces de cometer asesinatos sí, y el mío pagaría por lo que hizo.


19
HARTLEY
19

37
¿Podemos hablar?
Trey

Había algo que no iba bien; era obvio.

Y no solo con mi novia, por cierto. Nathan andaba con pies de plomo conmigo. Lo que me dejaba puto, porque a pesar de que el equipo estaba cada vez mejor en la pista e incluso habíamos ganado los partidos en uno de los campeonatos, y en el benéfico que hicimos días antes, definitivamente no estábamos en sintonía.

Fruncí el ceño al ver los mensajes del contacto *gatita.*

> ¿Podemos hablar?
> Es importante.

Yo ya sabía lo que estaría escrito incluso antes de leerlo. Simplemente lo sabía. Desde la noche anterior, cuando ella dijo que me amaba.

Lo había visto en su mirada, pero no lo entendía. Dudaba de aquella mirada.

Aurora dijo la verdad cuando me dijo que me amaba, pero estaba ocultando algo.

Y era la misma sensación helada de días antes. Y de dos años antes también.

Al día siguiente se cumplirían dos años de la muerte de Tracey, lo cual era un mal augurio de la hostia.

Aurora lo sabía, sabía incluso que mis padres y yo habíamos ido al cementerio en el día festivo.

Claro, *gatita*. <
¿Qué pasa? <

Pensé que llamaría, para al menos hacerlo de una forma más respetuosa, pero no.

> Quiero terminar.
> Se acabó.

Cerré los ojos, respiré hondo en medio de mi habitación y me senté en la cama, pulsando para llamar en videollamada.

En primer lugar, no iba a dejarme por mensaje: iba a mirarme a los ojos. En segundo lugar, aquello era una mentira descarada y no tenía el más mínimo sentido. Ella estaba en mis brazos la noche anterior y estábamos bien, a pesar del aire algo sospechoso en sus palabras y sus ojos.

Me quedé mirando mi imagen durante largos e interminables segundos, hasta que yo mismo colgué y pulsé la llamada normal, que también sonó hasta el final y ella no contestó.

¿Qué coño es esto, Aurora? <

Para mi sorpresa, no lo recibió, porque acababa de bloquearme.

Parpadeé, sin saber qué hacer, antes de salir de la habitación de golpe, entrar en la de Nathan sin ni siquiera mirarlo y lanzarle el móvil a la cara.

—¿Por casualidad sabes algo de esto? Porque encajaría con cómo llevas actuando conmigo? —escupí de golpe, solo entonces notando que lo había despertado de su sueño de princesa, incluso con baba cayéndole de la boca. Que le den, mi novia estaba loca.

Nathan se frotó la cara, desorientado, pero cogió mi móvil y se quedó parado, sorprendido.

—¿Qué diablos? —silbó, sentándose en su cama y frotándose más la cara—. Claro que no lo sé, tío.

Entrecerré los ojos hacia él, viendo a mi mejor amigo levantar la cabeza para mirarme, confuso. Entonces él tragó saliva, y fue cuando noté que yo tenía lágrimas en la mejilla y me las limpié.

Pero volvieron a caer. Estaba llorando como un bebé, joder. Era tan absurdo que aquello estuviera pasando que ni siquiera tenía sentido que yo llorara. Era obvio que era algún tipo de broma o... Yo qué sé, joder.

—Aurora... ¿qué coño, joder?

Me giré, yendo hacia la puerta de la habitación, pero las palabras de Nathan me detuvieron:

—¿Te has parado a pensar por un segundo que Aaron puede haberlo descubierto, Treyton? —susurró, haciéndome quedarme clavado en la puerta.

Puta mierda.

—Entonces ahora mismo voy para allá —declaré, pero me detuve al segundo siguiente, intentando obligarme a pensar y, al mismo tiempo, a escuchar lo que decía.

—¿Para terminar de joderle la vida, si es eso mismo lo que ha pasado? —bufé, mirándolo con frialdad.

¿Qué tipo de absurdo era aquel? ¡Salió de la nada absoluta! Hasta días antes, la víspera del festivo, estábamos más que bien. Parecía que un interruptor hubiera apagado a Aurora, para ser sincero.

—¿Qué quieres que haga, joder? Mi novia, que *ayer* me dijo que me amaba mirándome a los ojos, acaba de dejarme con dos mensajes.

—Manda un mensaje a Chloe, tío. Aurora y ella están muy unidas. Seguro que irá allí a comprobarlo. Después, vas tú a verla, si es el caso.

Gruñí cualquier cosa, pero tenía razón. Aun así, no le mandé un mensaje. Llamé directamente y le pedí que me mantuviera informado, porque creía que Aurora estaba en medio de alguna emergencia.

Era la única explicación.

Era lo que me decía el corazón, al menos. Aurora no haría aquello si no fuera *realmente* serio. Y lo único que podría causarlo era su propia familia.

Joder, estábamos bien. Sí, estaba rara desde que volvió del festivo con la familia, pero también siempre se quedaba más retraída después de verlos, y la escena con Aaron la había asustado de verdad. Tenía sentido que fuera algo así y...

Mi cerebro daba vueltas entre tantas ideas que me empezó a doler la cabeza. ¿Fue Aaron? ¿Pasó algo? No había otra, Aurora no podría mentir diciendo que me amaba y jugar conmigo así. ¿Alguien

dijo alguna mierda? ¿Quién lo descubrió? *¿Qué coño estaba pasando?*

Brian y Nathan fueron necesarios para mantenerme ocupado hasta que Chloe mandó un mensaje.

Tardó casi una hora en darme noticias, cuando las dos vivían a menos de diez minutos de distancia, pero los tíos me convencieron de que el dicho era real: *las malas noticias llegan rápido*. A no ser que Aaron hubiera matado a Chloe, lo cual era, sí, una posibilidad.

Psicópata loco del carajo. Ni siquiera podía pensar en el hijo de puta en ese momento, sentía que iba a perder la cabeza si lo hacía, porque *sabía* que aquello era obra suya. Solo podía serlo.

> No sé qué decirte, Trey.
> Él lo sabe.

Me agaché en medio de la habitación, escondiendo la cara entre las piernas y respiré hondo, intentando pensar en algo. Intentando respirar. Intentando ordenar mi cabeza. Solo... cualquier cosa.

Brian me quitó el móvil de la mano, con la voz temblorosa al leer algo que yo no había leído:

> Ella no quiso ir a urgencias. Estoy intentando convencerla.

No vi nada más. Todo se volvió rojo. Exactamente como el día que le rompí la nariz a ese hijo de puta en la pista.

No sé cómo llegué a su apartamento. Solo sé que parecieron segundos y una eternidad al mismo tiempo, cuando llamé a la puerta que apenas conocía y esperé.

Mi respiración hacía que pareciera que acababa de correr una maratón, estaba sudando, y solo entonces noté que estaba sujetando la llave de mi moto con tanta fuerza que me había cortado la palma de la mano.

Era culpa suya. Era todo por culpa de ese desgraciado que destruía a cualquiera que se acercara. Aurora era su próxima víctima.

Eso no iba a pasar. Él nunca iba a tocar a mi chica.

Fue Chloe quien abrió la puerta, pero solo la aparté un poco y me encontré con...

Me quedé clavado en medio del salón, mirando el *cuerpo* de Aurora.

Esa mierda...

—Treyton... —la voz de Aurora raspó mientras negaba con la cabeza, intentando levantarse del sofá en el que estaba sentada, sosteniendo una compresa de hielo contra su propio vientre—. Yo...

Tosió sangre, sin poder decir nada más.

Aurora tenía los dos ojos morados; una de las pupilas estaba cubierta de sangre y probablemente se le había desprendido la retina, o yo qué sé qué coño... La boca la tenía toda partida y cortada, sin contar las marcas de manos en el cuello, en un claro intento de estrangulamiento. Tenía innumerables cortes y moratones por la piel, sujetándose el propio cuerpo e intentando mantenerse entera mientras me miraba, con los ojos llenos de amargura.

Aaron le había dado una paliza.

—¡Trey! —su voz se quebró cuando me giré, a pesar de que aún vi cómo intentaba hacer un esfuerzo para levantarse del sofá, pero la dejé atrás. Todo estaba rojo del color de su sangre.

Me choqué con Nathan en la puerta del apartamento, pero en dos segundos ya estaba en la puerta del piso de al lado, sabiendo que era el del hijo de puta.

Levanté el pie y la tiré abajo.

Andrew no estaba en casa, para su suerte y para la mala suerte de Aaron. Encontré al hijo de puta detrás de la barra de su propia cocina, preparándose un trago con las manos amoratadas, y solté una risa irónica antes de lanzarme sobre él.

El tío apenas pudo defenderse en el primer segundo, y no podía importarme menos. Mi puño se encontró con su nariz otra vez, sintiendo el "*crac*" conocido.

—Tú NUNCA MÁS vas a tocarla, joder —gruñí encima de él, con Aaron devolviéndome los golpes, los dos enzarzados y dándonos puñetazos y patadas y todo lo que era posible en ese momento.

Algunas cosas en mí dolieron en algún momento, pero honestamente apenas lo sentí. Necesitaba que sintiera al menos la

mitad del dolor que le había infligido a Aurora.

Solo paré cuando las manos estaban entumecidas y ya no valía la pena, además de que mis amigos consiguieron arrancarme de encima de él mientras él se levantaba y se reía.

—Apuesto a que fue divertido que te dieran sin poder defenderte, ¿no? —aullé, escupiéndole. Fue sangre también, pero aún tenía todos los dientes en la boca.

Se rió, en el suelo, goteándole sangre de la cara, antes de escupir un diente.

—¡No la toques nunca más, joder! —aullé—. ¡Si te atreves a acercarte a Aurora otra vez, te juro que te mato, joder! —gruñí cuando Brian intentó tirarme más lejos, pero lo logró de todas formas.

Aaron se rió aún más, levantándose medio tambaleante, y se plantó cara a cara conmigo. Fue Chloe quien apareció entre nosotros, empujándolo un poco más lejos mientras mis amigos me sujetaban, uno a cada lado.

—No hace falta. —Se reía—. Ella sabe *la verdad* sobre lo que hice, Trey. Sabe que eres un mentiroso de mierda. Sabe que su familia es lo mejor para ella. ¿Sabes en quién creyó al final del día? *En mí* —susurró delante de mí, incapaz de acercarse más por culpa de Chloe.

Abrí la boca, pero no salió nada. Aaron sonreía aún más.

Había algo que no cuadraba en lo que decía. Había...

—¿Sorprendido de que oyera todo sobre lo que le mentiste y fingiera creerte solo para librarse de ti? Bueno, enhorabuena, te ha liado otra Montclair, Hartley. Es de familia, lo *prometo*.

Volví la mirada hacia la puerta que había derribado, solo para ver a Aurora aparecer allí y señalar el pasillo.

—Te dije que se había acabado, Treyton. —Su voz salió tan dolorida que ni parecía ella—. No quisiste escucharme.

Esa voz no parecía la de mi *gatita*. No era Aurora. Era otra persona.

—Trey, mejor nos largamos —Nathan, la pelea en persona, me habló bajo al oído—. Nadie aquí va a acabar la noche bien si seguimos con esto. Por favor.

Mis ojos estaban clavados en ella, pero no en *los suyos*. Aurora no conseguía mirarme. Todo estaba mal. Él mismo, Aaron, la había destrozado a golpes; una prueba del delito en sí misma lo metería fácilmente en la cárcel.

Había algo muy raro pasando allí.

¿Qué puta pesadilla era esa? Porque yo sabía que ella me creía, sabía que le estaba mintiendo en la cara a Aaron, porque sabía quién era, y podía ver que incluso Chloe parecía confundida con aquello, pero Aaron no.

Aaron estaba seguro de que Aurora estaba de su lado, incluso después de haber estado a punto de matar a su propia hermana.

Joder, ¿qué diablos era aquello?

Me sacaron a rastras del apartamento entre amenazas y provocaciones vagas de Aaron, casi sin oír nada, con los ojos fijos en ella.

Aurora me estaba rompiendo el corazón, pero al mismo tiempo parecía que algo no encajaba. Todo. Toda aquella escena. Era como si estuviera fuera de lugar, como si estuviera ocurriendo de la manera más equivocada posible. Yo la conocía, joder, mejor que esa familia de mierda, y *sabía* que nada de aquello había sido mentira. Puede que fuera estúpido por creerlo, pero yo solo... lo sabía.

Sabía que la Aurora destrozada delante de mí era ese caparazón de sí misma que había creado para protegerse. Confiaba en la chica valiente y asustada, todo a la vez, que yo conocía. Aquello era un caparazón de protección.

Fue un chasquido.

—Aún voy a repetir lo que te dije ayer —dije alto por el pasillo mientras mis amigos me arrastraban hacia las escaleras—. ¡Lo prometo!

Conseguí un breve resquicio de brillo en los ojos que no me miraban, pero fue suficiente. La Aurora que yo amaba estaba en algún lugar ahí, pero no conseguía encajar el puzle de lo que había pasado para que toda aquella situación se hubiera creado.

¿Andrew nos había delatado? Estaría allí si fuera el caso.

Cuando llegamos a la planta baja fue cuando me di cuenta de que mis propias manos sangraban, y Nate me metió a la fuerza en el

asiento del copiloto de su coche, tirándole las llaves de mi moto a Brian.

No arrancó el coche, solo me miró y sonrió.

¿Cómo tienes la cara de sonreír, hijo de puta?

—Sabes que le está mintiendo a Aaron, ¿no?

Bufé. *Por eso*.

—Lo sé —refunfuñé—. Confío en ella. No creo que me esté tomando el pelo.

—Claro que no. Esa chica te quiere.

—Entonces, ¿qué mierda es toda esta?

—Yo qué sé, joder. Ella sigue formando parte de una familia loca. Tampoco sé explicar lo que pasó allí; sé que quería matar a Aaron tanto como tú, pero si ha terminado contigo, tienes que respetar lo que ha hecho. Fue una decisión suya y tienes que dejarla ir, al menos por ahora, Trey. Mira lo que pasó esta noche.

Lo miré, desconfiado y con los ojos finos como las cuchillas que llevábamos en los patines. Y con lágrimas.

—¿Por qué pareces tan tranquilo, incluso cuando viste todo aquello? *Y, con el corazón roto, ¿hijo de puta mezquino que no se preocupa por su mejor amigo?*

Se encogió de hombros.

—¡Joder, Nate, tengo el corazón roto! —protesté.

Era verdad, dolía un huevo. ¿Qué estaba planeando Aurora con todo aquello? ¿Vivir un infierno? No habíamos hablado de toda aquella situación y de lo que pasaría si lo descubrían, pero desde luego no era eso. Se estaba equivocando al actuar de esa manera.

Ella... Dios mío, tenía un fondo de emergencia para desaparecer, ella misma me lo había contado. ¿Por qué no lo hizo? ¿Por qué no me avisó cuando llegara, yo qué sé, a la República Checa?

Nathan se volvió a reír *de mí.*

—¿Y sabes qué vas a hacer con ese corazón roto? Volver a entrenar, centrarte en el equipo hasta olvidarte de ese mierdecilla y, cuando sea el momento, verás que Aurora volverá a ti —declaró como si supiera todo el futuro.

Solté una risa.

—No voy a rendirme con ella. Eres un capullo y te estás riendo de mí cuando... ¡Joder, a Aurora le han dado una paliza! Yo necesito...

Me agarró de golpe y me estampó contra el asiento del coche, clavándome el dedo en la cara.

—Eso no es rendirse, es pensar estratégicamente. Confía en mí: Aurora es inteligente. Creció en esa familia y si terminó contigo después de todo esto es porque sabe que necesita hacerlo *ahora*. Piensa con la cabeza, joder, no con el corazón.

Bufé, incrédulo.

—Lo dices porque no te pasa a ti. Quiero matarlo. ¿Y si llamo a la policía? ¿Y si vuelvo allí y...

—Si eso era lo que Aurora pretendía, ya lo habría hecho. Vamos a casa; te vas a duchar y a limpiar esas manos. Mañana entrenamos. Tenemos un partido por la noche.

Solté una risa irónica, pero la realidad es que estaba en el fondo del pozo.

¿Qué mierda es esta? Estaba tan confuso que ni siquiera podía pensar qué hacer. ¿Necesitaba ducharme? Por mí, podía volver allí y simplemente abrazarla. Sentía que necesitaba el abrazo. *Pero terminó contigo, tonto. No lo necesita*.

—No entiendo lo que está haciendo, tío —susurré, con la voz pesada—. Ayer mismo me dijo que me amaba, no tiene sentido.

—¿Te has parado a pensar que ahora no tiene que tener sentido para ti, sino para otras personas? Confía en tu chica, joder.

—En teoría, no es mía, joder. Terminó conmigo.

Nathan respiró hondo y cerró los ojos, negando con la cabeza, y arrancó el coche.

—Prométeme que vas a mantener la cabeza en su sitio un tiempo. Ya has descargado la rabia con Aaron, pero tienes que respirar hondo. Aurora se perjudicará aún más si se enteran de cualquier implicación. O, yo qué sé, si intentas acercarte más. No tengo ni idea de lo que pasó tampoco, solo estoy intentando calmarte.

Apreté los dientes, mirando la calle y fingiendo no escucharlo, sintiendo el coche ponerse en marcha.

—Sé que debe estar tramando algo, Nate. Solo que no acepto que me hayan dejado fuera.

Porque eso, sí, era muy propio de Aurora. Definitivamente estaba urdiendo algo, porque nunca me haría daño de esa manera, fingiendo creerle a Aaron y despreciando la historia de Tracey por el camino. Era obvio que era mentira.

¿Pero por qué? ¿Qué estaba pensando?

—Tal vez debas preguntarte por qué te dejaron fuera, entonces. Cabeza en su sitio, capitán. Y la polla dentro de los calzoncillos también, te vas a arrepentir si te da un arrebato de autodestrucción o algo por el estilo. Ni se te ocurra.

Un suspiro dolido se me escapó de los labios. Sinceramente, no mintió. No porque yo planeara salir por ahí haciendo alguna mierda o lo hubiera pensado, sino porque el viejo Trey se jodería fácilmente con cualquier cosa por estupidez, aunque ya no existiera después de Aurora. *Mierda*. No, no era lo mismo.

Aurora me había cambiado para siempre en muchas cosas, y una de ellas era sobre lo que éramos, aunque ni siquiera entendiera la profundidad de eso. Era ella, nadie más. Yo era un cabrón antes de ella, era un hecho, pero ni siquiera podía pensar en una mujer desde que había entrado en mi vida.

Aunque me hubiera dado una patada en el culo. Joder.

—No deberías conocerme tan bien.

—Pero te conozco —replicó—. Y conozco a Aurora también. Es una chica estupenda. Confía en ella.

Joder, incluso después de que me dieran una patada en el culo, solo pensaba en ella. Nate no tenía que preocuparse por hábitos autodestructivos, en especial contra mi relación (que ni siquiera existía en ese momento). No era una posibilidad, nunca lo sería.

Aurora era... todo. Más importante que el hockey. Más importante que cualquier otra cosa. La idea no me sorprendió, aunque me apretó el pecho. *Te quiero conmigo, gatita. ¿De qué sirve pisar el hielo si no estarás en las gradas animándome?* Y yo debería estar allí con ella, debería llamar a la policía y protegerla y...

—Confío —repliqué—. Me odio por ello, porque debería estar cabreado, pero solo estoy preocupado. Somos un equipo.

—Aurora estuvo sola durante mucho tiempo, Trey. Debe creer que también puede hacerlo todo sola, pero no lo está. ¿No dijiste que la

abuela estaba con ella? Estoy seguro de que la mujer se pondrá furiosa cuando se entere de las agresiones.

—Me pregunto qué le dijo para que él se descontrolara o cómo lo descubrió todo.

—Quizá no lo sepa todo, Trey. Y ese es el punto. *Tú* lo sabes. Aurora es jodidamente inteligente y sabe dónde está metida.

—Aun así, no puede defenderse, viste el destrozo que le hizo. Odio que...

Se me quebró la voz, y sentí su mano en mi hombro, apretando ahí.

—En eso sí que te entiendo. Sé que quieres protegerla de su familia, entiendo el sentimiento y estoy contigo. Si me necesitas, estaré aquí por ti y por ella, como individuos y como pareja, pero, Trey... Paró en el semáforo, mirándome y apoyado en el volante. —Aurora no se va a romper por culpa de su familia. Ya superó eso, tú mismo lo sabes o al menos lo sabías.

Suspiré, asintiendo.

—Aurora sabe protegerse y, a veces, tienes que dejar que supere sus propios miedos sola. En especial *este* miedo: Aaron es su peor pesadilla.

—No cuando implica a un asesino —repliqué, frío. *Ni de coña iba a dejar que Aurora tuviera que lidiar con un asesino ella sola*—. No confío en Aaron.

—Ni Aurora, obviamente. Pero tienes que confiar en que es capaz de lidiar con esto sola.

—No voy a quedarme sentado esperando a que vuelva conmigo. Y no tiene que lidiar con esto por su cuenta —recalqué, cabreado.

—Pero es exactamente eso lo que vas a hacer, sí. Necesita que lo hagas.

Negué, frío. ¿Y por qué actuaba como si supiera cosas, eh? No sabía una mierda.

—No me han criado para esto, Nate. Necesito luchar por ella y al menos entender qué pasó esta noche para que todo cambiara.

Arrancó el coche y suspiró al mismo tiempo, con el ceño fruncido.

—Entonces *espera* y analiza la situación. Considéralo un juego en la pista. Haz la estrategia, mira qué juego está jugando, mira qué

está planeando. Tu novia, o yo qué sé, ex, tampoco sé qué pasó ahí, no hizo esto sin pensarlo, así que tú tampoco lo vas a hacer. Espera.

Respiré hondo y solté el aire.

Aurora terminó por algún motivo, claro. Y yo iba a descubrir lo que estaba planeando —y haciendo.

—Eso suena mejor —admití—. Voy a esperar tres semanas. Hasta el nuevo partido contra Scadelton. Si vuelvo a enfrentarme a Aaron en la pista y no puedo ver a Aurora a salvo hasta entonces, se acabó para él. Si no consigo resolver esta situación hasta entonces, digo lo mismo. Si en tres semanas no estamos resueltos, y ella no vuelve a estar en mis brazos, aunque esté cabreado y necesite algunas explicaciones, lo voy a destruir. Hablo en serio.

Negaba con la cabeza, incómodo.

—Va a acabar mal, Trey.

—¿Sabes qué también va a acabar mal, Nate? Si Aaron me quita a otra persona a la que amo. Yo mismo lo mataré si hace eso. Basta de esta mierda. Se acabó.

Me palpitaba el pecho con la sensación de rechazo. Con el hecho de que no fue capaz ni de mirarme a los ojos. Con el miedo de perderla de verdad.

Quería entender qué había pasado allí y estaba herido, pero *sabía* que había algo raro. Que lo había hecho pensando en algo mucho más complejo, que no era algo entre nosotros. La cuestión era que había terminado conmigo y activamente lo había jodido todo. ¿Por qué? Nada de aquello tenía el menor sentido, salvo que Aurora tuviera un plan.

Eso era lo que hacía que doliera menos.

No voy a ayudar a empeorar su situación, pero tampoco voy a permitir que esto continúe. Aunque yo mismo tuviera que acabar preso por ello. Que le den a toda esta mierda, Aurora tampoco iba a acabar con esa historia muerta.



38
¿Y si no es mentira?

Aurora

Horas antes

—¿Y entonces, por qué me has llamado? —preguntó Aaron al entrar en mi apartamento, y me encogí de hombros.

—Bueno, creo que esto no te va a gustar. Pero quería decirte que le corté el rollo en cuanto insinuó que había sido culpa tuya; sé que tú no harías eso —dije, atropellada y deliberadamente nerviosa.

No es que no lo estuviera. Me entraban sudores fríos.

Aaron frunció el ceño, confuso, mientras cerraba la puerta de mi apartamento.

—¿De qué estás hablando?

—Treyton me llamó ayer para hablar de algo; dijo que necesitaba saber la verdad sobre ti, pero sé que lo que dijo era mentira. Dijo que tú habías matado a su hermana y tal.

Aaron me miraba en total shock.

—¿Qué? —susurró, y la voz le salió tan ronca y fría que me asustó.

Nunca había visto aquella expresión en su cara. Era nueva. Distinta. Cruel.

Piensa en los amigos de Trey riéndose cuando te provocaron, diciendo que podían, sí, oírlo todo, y en tu cara poniéndose como un pimiento por eso. Piensa en Trey sonriéndote cuando tú hacías algo que no debías. Piensa en las victorias del equipo. Piensa en cuando probaste aquel dulce rico que Trey ama en la pastelería de su madre. Piensa en Northride y en la posibilidad de que te acepten. Piensa en tu abuela. Piensa en Toby y en Aussie.

Piensa en el equipo apoyándote en tus decisiones y diciendo que va a ayudar a lidiar con todo, aunque no hiciera falta. Piensa en tus tardes con Chloe. Piensa que eres una actriz pésima, pero actúas igual para que ella ensaye sus escenas. Piensa en las tartaletas saladas. Piensa en los caballos que Lily te enseñó y en cómo

estudiar el tratamiento de animales de gran tamaño puede ayudar a muchos de ellos a tener una mejor calidad de vida. Piensa en los gatitos de la cafetería y en el tiempo que te encanta pasar entre ellos.

Es por todo eso.

Se te pasará. Se está acabando.

—Sí. Dijo que por eso intentó conseguir algo conmigo y tal; dijo que tú habías matado a su hermana, una tal Tracey, ahogada. Incluso dijo que iba a intentar conseguir pruebas contra vo...

Estaba contra la pared, siendo presionada y empujada, los dedos apretándome el cuello hasta el punto de que me empezó a doler inmediatamente.

—¿Qué has dicho? —gruñó contra mi cara.

Empezó a ponerse rojo, el color subiéndosele por el cuello, como siempre que se irritaba.

—Que no le creía —me salió áspero—. Sé que tú no eres ese tipo de persona, Aaron.

Le dije eso a la persona que ahora mismo está intentando estrangularte. Dios mío, qué difícil era mantener la compostura.

Piensa que quieres a Treyton y que esto es por él también. Quizá duela menos.

Quemaba de todos modos.

—Aaron, yo nunca me pondría del lado de una persona que —tosí, asustada porque estaba empezando a cortarme la respiración— intentó manipularme con mentiras.

Hablar dolía. Mi respiración era corta y yo tanteaba su brazo, intentando que me soltara.

—¿Y si no es mentira? —me dijo, cara a cara, mientras yo intentaba sujetarle la muñeca, sin poder respirar—. ¿Y si yo realmente maté a una persona, Aurora?

—Tú... —Dolía respirar. Dolía pensar. Dolía mentir—. Aún... es... —Tenía los ojos llenos de lágrimas—. Mi... hermano.

Me soltó; tosí, apoyándome en la pared e intentando respirar, pero me quemó todavía más. Las lágrimas se me corrieron por los ojos, y ni siquiera sabía por qué motivo: tenía varios.

—¿Qué más dijo el hijo de puta?

—Que tú... Aaron, él solo mintió. —Necesitaba que se enfadara conmigo.

Necesitaba que Aaron, un asesino, perdiera la cabeza conmigo.

—¿Qué tipo de mentira?

—Dijo que lo hiciste todo a propósito. Que lo arquitectaste todo y que por eso necesitaste la ayuda de nuestros padres para...

Me empujó contra la pared y me callé.

—¿Por qué estabas con él, para empezar, joder? —rugió en mi cara—. ¿No te dije que te mantuvieras lejos, coño?

—Yo solo...

Lo conseguí.

Recibí el primer bofetón allí.

¿Quería que me pegara? Claro que no. Ya había comprado un montón de medicamentos para intentar dormir aquella noche, adelantándome al dolor que imaginaba que sentiría. Tenía desde medicamentos para tomar hasta para aplicarme en la piel, así como gasas y otras cosas para limpiar las heridas. Sabía lo que venía por delante. Aaron nunca me había hecho daño físicamente, no de forma tan directa, pero ya había amenazado y tenía *mucha* rabia guardada, rabia que yo estaba despertando y, potencialmente, aumentando también.

Yo quería simplemente desaparecer y no volver a mirarle la cara a Aaron nunca más, pero *necesitaba* hacer aquello.

No solo para conseguir la ira de Trey, sino porque yo misma testificaría contra mi hermano cuando fuera la hora. Por eso.

Porque, además, lo estaba grabando todo.

Incluso la confesión.

A partir de ahí, conseguí poco a poco arrancarle más de su rabia, así como confesiones entre golpes.

"*Trey no sabe nada de aquella mañana. Ya había planeado matar a Tracey aunque ella me perdonara, pero admito que sería mejor si ella me hubiera perdonado*", — y risas, sumadas a golpes, por haber hablado con Trey.

"*Ella me suplicó que la ayudara a soltar el cinturón de seguridad, pero yo me aseguré de garantizar que estaba bloqueado, Aurora*", — y risas entre las patadas que me llevé.

"*Me aseguré de coger yo mismo la grabación de la cámara del coche, no soy tonto", "creo que Treyton dijo algo sobre eso, sí*", — y con eso me pegaron todavía más.

Treyton era la piedra molesta en el zapato de Aaron, y estaba empezando a empeorar.

—Pero ¿qué hizo la chica, Aaron? —pregunté, aceptando su mano para levantarme, como el psicópata que era—. ¿Te engañó?

Él se rió.

Recibí un puñetazo que me tiró al suelo otra vez.

Ojalá no hubiera sonreído por eso, porque Aaron acababa de revelar todo, pero tuve que aguantarme la risa incluso con el dolor que sentía en todo el cuerpo. De los pies a la cabeza, todo me latía. Aaron estaba descargando todo lo que sentía por haber perdido el control de la situación.

Y no tenía ni idea de que era exactamente eso lo que yo había planeado.

"Ella me engañó de varias formas. Tracey era mía, joder. Aquella desgraciada".

—Aaron, estoy de tu lado —dije, escupiendo sangre en mi propia mano—. Lo digo en serio: la familia siempre va primero. Lo que haga falta —asentí mientras me levantaba con dificultad, viéndolo entrecerrar los ojos hacia mí—. Tracey no vale la destrucción de los Montclair.

Me quemó todo el pecho decir eso. Me dolió más que todos los golpes.

Si Aaron fuera siquiera la mitad de lo que era Tracey, nunca habría puesto una mano encima de ella. Ella no se merecía aquello.

Suspiró, mirándome, negando con la cabeza.

—Vale. Solo no vuelvas a hacer más mierda. Por lo menos ahora nadie va a tener que andar susurrando a tus espaldas cuando tengamos que resolver alguna mierda sobre esto. Y mantente lejos de ese hijo de puta, joder. Treyton es un mierda envidioso.

Hice una mueca al sentarme en el reposabrazos de mi sofá, gimiendo de dolor y tomando aire, viendo que sus ojos me analizaban sin ninguna reacción. Quizá de verdad fuera un psicópata. Quiero decir, de verdad, no solo en el sentido provocativo

de la palabra porque tuviera acciones sospechosas. Los psicópatas actuaban de forma parecida a como actuaba mi hermano, y a cómo me miraba ahora.

—Nunca tendríais que haberlo escondido de mí. Yo también soy una Montclair, Aaron.

Se encogió de hombros.

—Ponte una compresa fría en los ojos, ayudará.

Y, como si fuera un chasquido, se fue de mi apartamento. Como si yo solo lo hubiera invitado a ver una película y él no tuviera tiempo para eso.

Levanté la vista hacia la cámara incrustada en el nuevo jarrón de plantas en la esquina de mi cocina, incapaz de procesar siquiera todo lo que acababa de oír. Pero la cámara también lo había hecho. Lo había grabado todo. Desde las imágenes hasta las palabras, hasta mis gemidos de dolor. Incluso mi respiración pesada cuando fui hasta ella y la saqué de su escondite.

Primero, hice una copia de seguridad de la grabación. Después, hice otra copia y la escondí mientras le enviaba los mensajes a Trey. Entonces, dejé el correo preparado.

Él llamó.

Yo sollozaba con cada letra que tecleaba, viendo sangre en la pantalla de mi propio móvil mientras intentaba no aceptar la llamada. Llamó otra vez, pero lo bloqueé para evitar más. Dolía demasiado. Todo dolía. Mis huesos, mi piel, mis órganos, mi corazón; figurativamente también.

Tenía tantas ganas de abrazarlo, sentir sus labios en mi pelo diciéndome que todo iría bien, que nos ocuparíamos de aquello y que lo primero que haríamos era ir a un hospital, porque yo sabía que necesitaba uno. Lo sabía.

Pero no podía. Nada de eso era posible, porque necesitaba hacer aquello. Por el propio Trey. *Por mí.*

Tuve que limpiarme la cara por las lágrimas que se me mezclaban con la sangre. Lloré tanto que sollozaba y apenas podía aguantar el dolor físico y emocional. Le mandé un mensaje a Mike, informándole de que tendríamos que montar un final de noviazgo falso y que yo

me iba a ir unos días de Boston; era mejor que él no me viera en ese estado.

Estaba casi llamando a Chloe, mi plan B por si Trey no se volvía loco, cuando ella me mandó un mensaje diciendo que estaba en la puerta de mi apartamento. Ella se estaba volviendo loca, obviamente, ya que debería estar estudiando para un examen que tendría aquella semana.

Me tambaleé hasta la puerta, notando que de verdad estaba mal por las heridas. Había sido serio: Aaron no se ahorró esfuerzos y, si fuera una situación normal, yo iría corriendo a un hospital, que le den al resto. Pero no podía.

Todavía no. Necesitaba cuidarme en casa.

Chloe soltó un jadeo cuando abrí la puerta, llevándose las manos a la boca y abriendo mucho los ojos.

—Aurora —susurró, con los ojos llenos de lágrimas.

Le dejé espacio, miré la puerta cerrada del apartamento de al lado y cerré la mía.

Me imaginaba que debía de parecer terrible, pero preferí no mirarme al espejo por el mismo motivo. Aaron tuvo cuidado de no romperme la nariz, pero se aseguró de hacerme daño en la cara. Lo mismo ocurría con todo mi cuerpo, sobre todo porque solo llevaba un suéter fino y unos *leggings*.

—Eres una gran actriz —dije, y me salió quemando mientras tosía. Mi amiga parecía todavía más confusa y cada vez más horrorizada mientras se tomaba su tiempo para ver todas las heridas, acercando la mano hacia mí, pero sin valor para tocarme.

Cortes en el cuerpo, sangre corriéndome por la barbilla, los ojos debían estar terribles.

—Necesito tu ayuda para contar la mayor mentira del mundo —añadí—. Porque si todo sale mal, eres tú quien va a mandar las pruebas a la policía.

Chloe parpadeó hacia mí, sus ojos enormes y azules mirándome aún más confundidos.

Mis costillas parecían habérseme hundido en el tórax, respirar dolía, el cuello me quemaba, y podía jurar que tenía por lo menos un tobillo torcido o *muy* lastimado.

—Voy a meter a Aaron en la cárcel, Chloe. Porque asesinó a la hermana de Trey, y yo estoy harta de toda esta mierda. Necesito tu ayuda para asegurarme de que nada salga mal. Empezando por el hecho de que necesito que le mandes algunos mensajes a Trey para hacer que venga aquí.

Chloe abrió la boca, intentando procesar lo que acababa de oír.

—¿Y terminando con qué? —supuso en un susurro nervioso, pero estaba tan en shock que parecía atónita, mirando a la nada mientras parecía encajar un rompecabezas mental y, al mismo tiempo, parecía considerar agarrarme y llevarme a un hospital.

—Voy a robar todas las pruebas de los crímenes de mi familia de la caja fuerte de mi propio padre. Voy a meter a todo el mundo en la cárcel antes de que digamos "Feliz Navidad".



Aparqué delante de casa. Era la una de la mañana.

Weston estaba silenciosa y fría. El comienzo de diciembre siempre era así. Aquel era también el día que marcaba dos años de la muerte de Tracey Hartley, y yo estaba casi segura de que no podía haber un momento más significativo para hacer lo que yo estaba haciendo.

Chloe estaba al tanto de todo, desde lo que conté hasta que Trey llegó, incluido lo que conté después de que él se marchara: con algunos cortes en la cara, un moratón nuevo en la comisura de la boca y las manos llenas de sangre de Aaron, y quizá de la suya propia.

Brian y Nathan estaban con él, y pude ver la expresión de shock en Brian cuando se detuvo en la puerta de mi apartamento, abrió mucho los ojos y se llevó las manos a la nuca antes de seguir detrás de sus amigos hacia el apartamento de al lado.

Chloe sabía que yo no planeaba hacerme daño de ninguna forma otra vez; aquella había sido la última vez y, por eso, había tragado saliva, pero para ser una "última vez", yo necesitaba tomar medidas drásticas.

Mi abuela ya sabía lo que yo planeaba, la llamé mientras hacía mi bolsa, que estaba en el asiento trasero del coche. No estaba contenta con la situación, pero yo ya lo había hecho.

Así que eres tú el caballo de Troya, al final.

Sí, era yo.

Entré en casa, viendo que la luz del despacho de mi padre seguía encendida, tragando saliva al ir hacia ella, cojeando en el proceso. Llamé a la puerta, oyendo un "entra" sorprendido.

Empujé la puerta, mirándolo en silencio. Sentado detrás del escritorio de madera oscura, con su estantería imponente detrás de él, que contenía imágenes de sus partidos, trofeos y medallas, además de fotos de nuestra familia. Mi padre parecía exactamente lo que era, pero faltaba mucho más por decir. Como una condena en los tribunales.

Mi padre me miró de la misma forma en que yo lo miraba, serio.

—Sé lo que Aaron le hizo a Tracey Hartley —dije, yendo directa al grano y volviendo a sentir sangre en la boca—. Estoy de nuestro lado. Pero necesito mantenerme lejos de él un tiempo, papá. Hice todo lo que me pedisteis y aun así así fue como me lo pagó.

Y señalé las heridas todavía abiertas.

Hice fotos de todas, solo en bragas y sujetador, con la ayuda de Chloe. Ella gimoteaba cada vez que yo gemía de dolor por una foto nueva, suplicando que fuéramos de todas las maneras al hospital.

De dentro hacia fuera. Una por una.

—Hablé con la abuela; me dejó pasar una semana con ella en California —declaré, y entonces tosí, lo que sirvió aún más para mi imagen de dolida y herida, aunque no fuera a propósito.

—¿Le hablaste de los golpes? —preguntó.

—Sí, tenía que hacerlo, ¿no? —me obligué a ir hacia una de las butacas delante de su escritorio y me senté, estremeciéndome con el dolor que subió—. Estoy cansada de que me excluyan, papá. Sé

que nunca voy a seguir tus pasos, pero puedo seguir los de mi madre —advertí—. Y, para eso, necesito saber las cosas también.

Él suspiró, pero asintió con la cabeza.

—Me ocuparé de tu abuela después, pero voy a Boston ahora mismo. Tu hermano me *va a escuchar*. En cuanto limpiemos tus heridas. Te llevo directa al aeropuerto, ¿qué te parece?

Sonreí, dulce, a pesar del dolor que me pinchó en la comisura del ojo.

—Claro. Gracias, papá.

Él me sonrió, cariñoso como nunca había sido antes. Me daban ganas de vomitar. Solo tenía el sabor a hierro en la boca, además de aquel sentimiento amargo que me subía cada vez que estaba cerca de él o de mi madre.

—De nada, cariño. Me alegra que hayas encontrado tu lugar en la familia, por fin.

—A mí también. No veía la hora de poder encontrarme.



39
¿Y el corazón?
Aurora

Me encantaba el olor del mar. Me encantaba el viento agradable, aunque frío, siempre que abríamos las puertas del balcón que daba directamente al mar y a la playa. Me encantaban las caminatas con mi abuela por la arena. Carbon era preciosa.

—¿Cómo estás? Además de los golpes —preguntó Chloe al otro lado de la cámara mientras se hacía el pelo, preocupada.

Me siento segura. A pesar de la inminencia del caos, que yo misma estaba causando, me sentía bien. Cómoda como nunca lo había estado. Tenía una motivación, un enfoque al que aspirar, un objetivo firme que alcanzar.

Y el propósito de todo esto hacía que valiera la pena; aunque al final yo no fuera a terminar esa historia con Trey, sabía que valdría la pena.

—Bien. Mi abuela llamó a una médica para revisar mis heridas y, aunque fueron graves, no hubo nada que necesitara cirugía. Me estoy recuperando bien.

—¿Y el corazón? —preguntó con ironía—. Prométeme que no lo estás *stalkeando* desde tu cuenta principal.

Puse los ojos en blanco.

—Estoy usando la falsa de mi abuela.

Eso hizo que mi mejor amiga se riera, negando con la cabeza.

Trey parecía estar bien, aunque claramente no lo estaba. Eso de que las redes sociales engañan era verdad. Publicaba varias fotos de Aussie y Toby, y yo sentía que eran para mí. En el fondo, sospechaba que él sabía que yo lo estaba vigilando, de una manera nada sana para mí y para él, por cierto.

—No puedo creer que te guardaras todo esto para ti durante meses, amiga. Podías habérmelo dicho. Yo siempre te apoyaría.

—Necesitaba pensar antes. ¿Cómo está él?

Ella suspiró.

—Le propuse salir como hacíamos antes de que os liarais. —Ya que, como estabais juntos, Chloe pasó a evitar salir tanto con ellos para que nunca os vincularan en la cabeza de Aaron—. Ignoró todos mis mensajes. Nathan dijo que está intentando superarlo poco a poco y tragárselo todo, pero admitió que Trey está preocupado porque has desaparecido. El rumor de que has dejado la universidad está más fuerte. Cree que Aaron hizo algo más grave después de que él se descontrolara, así que no quiere acercarse por miedo a...

Asentí, suspirando mientras su voz se apagaba.

—Sé que tú crees que debería contarle en este punto mis planes, Chloe, pero si lo hago y él no... No necesariamente me va a apoyar, y mucho menos me va a perdonar. Necesito llegar hasta el final antes de hablar con él de todo esto.

Apostaba a que Trey me haría recular y renunciar al plan, porque no querría que yo corriera riesgos. Lo conocía. Pero, en este caso, *necesitábamos* el riesgo si queríamos jugárnoslo todo.

—Aurora, el tío te quiere. Estoy segura de que, hablando bien, lo arregláis.

—Y lo haremos. Cuando consiga las pruebas —remarqué.

—¿Y has avanzado algo en eso?

Sonreí de lado.

—Sí. Descubrí cuál es la contraseña de la caja fuerte de mi padre. Solo falta la llave.

—¿Cómo lo descubriste? —preguntó, curiosa.

—Aquella noche, le pedí ver una foto de Tracey, ya que nunca había visto una —dije con desdén, viendo su sonrisa—. Sabía que solo la tendría en la caja fuerte, porque no es tonto. Y, como previ, tecleó la contraseña sin demasiada preocupación por mí, porque considera que estoy de su lado dentro del núcleo familiar y no del de Aaron.

—Dios mío, tus parientes compiten por ver quién es más egocéntrico. ¿Tu padre ha olvidado que hasta ayer era él quien te estaba pegando?

—Claramente —se entrometió mi abuela desde el otro lado de la sala, dando un sorbo a su taza de té—. Aurora tiene un buen plan y, si Trey la perdona por haberle escondido esto, habrá sido el plan

perfecto. Estoy del lado de mi nieta con sus decisiones, y cuando regrese a Boston, regresará con la seguridad necesaria. No voy a dejar que le pase nada a mi nieta, y Treyton ya está siendo protegido a distancia, igual que tú, Chloe.

Mi abuela había contratado una empresa privada de seguridad por eso. Le preocupaba que mis movimientos perjudicaran a los más cercanos a mí, en especial a Chloe, cuando la mierda llegara al ventilador, y yo la quería aún más por eso.

Chloe me sonrió, solo al oír la voz de mi abuela, y asintió.

—Gracias, señora Montclair.

—Martha, querida, por favor. ¡Estoy deseando conocerte! —Mi abuela me sonrió al levantarse, coger su bastón de apoyo e ir despacio hacia la cocina. Andaba bastante cansada, pero estaba haciendo el cambio de un medicamento, así que su médico me explicó que era normal.

Me acomodé un poco más en el sillón, intentando estar cómoda, porque aún me dolía gran parte del cuerpo.

En dos días, estaría de vuelta en Boston, pero con mis padres apoyándome, sin saber que estaban cultivando su propio final por eso.

Incluso le mencioné a mi madre que estaba preocupada, porque yo estaba "saboteando" mis preservativos con Mike. La mujer se volvió loca, pidiéndome que fuera al médico y comprobara si estaba todo bien conmigo y con mi útero, para que, en caso de que yo estuviera embarazada, Aaron no hubiera perjudicado el embarazo.

Juro que mi abuela se carcajeó con eso. En cuanto colgué la videollamada, la mujer se rió *tanto* que hasta se puso mala. Y admito que hice eso solo por el gustito de *poder* hacerlo. Porque ellos no tenían ni idea de que yo estaba cambiando lentamente todo el tablero que era nuestra familia.

Esa familia estaba llena de locos, y tanto mi abuela como yo lo sabíamos. Yo esperaba conseguir derribar a los tres de un solo tiro, pero también por eso estaba teniendo cuidado al conseguir todas las pruebas.

No sabía qué pensar sobre Andrew, pero tampoco podía dejar de reflexionar que él podría haber actuado de forma distinta en muchos

momentos. Me mandaba mensajes pidiendo actualizaciones sobre mi salud, preocupado por eso, pero nada de eso cambiaba que él tenía su parte de participación en todo.

El policía amigo de mi abuela nos visitó en mi último día en su casa y me entregó un *pendrive*. Hacía una copia automática de todos los documentos de un ordenador; bastaba con ponerlo en un ordenador desbloqueado por culpa de algún virus instalado. Como el portátil de mi padre estaba conectado con su móvil y su *tablet*, era mi mejor opción para conseguir todas las pruebas.

Lo que buscábamos era lo que estaba en la caja fuerte, pero podría haber información importante en sus dispositivos, así que, si tenía la oportunidad, usaría aquel *pendrive*. Hacía años que no veía uno; estaban en desuso.

Mi madre fue quien me recogió en el aeropuerto, sonriendo y abrazándome.

—Me alegra tanto que estés mejor. El tiempo con tu abuela te hizo bien de verdad. —Mi madre sonreía al acariciarme la cara—. Berkeley tiene algunos programas estupendos para Ciencia Política; otras universidades de California también. ¿Lo has pensado? —dijo, animada, y yo sonreí lo más de verdad que pude—. Solo... estoy feliz de que estés con nosotros y entiendas a la familia. Tuve mucho miedo de que no fueras una verdadera Montclair.

Solté una risita.

—Claro que lo soy, mamá. Yo nunca permitiría que Treyton destruyera a Aaron y lo hiciera "pagar" por algo que apenas tiene sentido. Fue un accidente, punto final. —Sonreí, guiñándole un ojo.

Accidente es el puto juicio con el que voy a hacer que ninguno de vosotros tenga la oportunidad de ser absuelto.

—Ah, cariño. Tenemos tanto de lo que hablar. Tengo que pasar por el ayuntamiento para una reunión, ¿qué te parece acompañarme y luego cenar fuera con tu padre? Te traemos de vuelta a Boston mañana, ¿qué te parece?

—Suena perfecto, mamá.

Hicimos exactamente eso y, esa noche, mientras yo fisgoneaba en el despacho de mi padre en busca de libros sobre Administración y él salió a buscar más café, hice una copia de todo su disco duro.

Hice lo mismo a la mañana siguiente con mi madre.

Se lo mandé todo al policía, aunque sospechara que las pruebas pertinentes solo estarían en la caja fuerte, de la que yo aún no tenía la llave. Fue suficiente para que me diera las gracias y declarara que encontraría algo con lo que ya podría trabajar para pedir medidas de prisión preventiva.

Y, con eso, parte del plan ya estaba en marcha. Lentamente, las cosas estaban funcionando. Con cuidado, siempre mirando por encima del hombro para asegurarme, todo iba saliendo bien.

Sin embargo, podía admitir que dolía, sí. Echaba *tanto* de menos a Trey y su apoyo, sus palabras de consuelo, nuestras bromitas de aquí y de allá, las provocaciones... Era *muy* difícil lidiar con aquello sola, y más aún con él viéndome como la villana sin una motivación lo bastante fuerte para serlo. Me imaginaba que debía sospechar que yo estaba planeando algo, porque no es tonto, pero aun así dolía.

De vez en cuando cometía el error de mirar nuestras fotos. El error y el acierto. Echaba de menos esconderme con Mike y encontrar a Trey escondido. Su abrazo. La seguridad.

Pero lo que me convencía de seguir era precisamente la sonrisa de él en nuestras fotos. En sus fotos. En los partidos. Cada vez estaba más cerca de conseguir justicia, y tenía un plan estupendo para eso.

Plan A, plan B, hasta la T. Nada saldría mal. No podía salir. Mi vida ya se había puesto patas arriba más veces de las que yo quería, y no por mi culpa. Aquella vez sería la última y la única en la que yo misma causaría el caos.

—Nos vemos en Navidad, entonces. —Mi madre me abrazó en la puerta de nuestro edificio—. Y recuerda: eres tan importante para nosotros como tus hermanos, Aurora. Lo prometo.

Sonreí para ella. Durante años, esperé oír eso. Que fuera verdad. Que ella *realmente* quisiera decirlo.

Y era verdad, pero no para la *Aurora verdadera.*

—Gracias, mamá. —La apreté de vuelta—. No os voy a decepcionar.

Ella sonrió, apretándome la mejilla.

—Claro que no. Eres mi hija.

Solté una risita, me despedí de ella y seguí hacia mi apartamento.

Aún faltaba la llave. Después, necesitaría un momento en el que ni mi padre ni mi madre estuvieran en la ciudad.

Eso ocurriría en menos de dos semanas, cuando mi padre tuviera un viaje a Toronto y mi madre fuera a un congreso en Boston. Mi padre volvería solo la noche siguiente, en un vuelo que llegaría con treinta minutos para el inicio del partido de mis hermanos. Mi madre se quedaría en Boston por el mismo motivo.

Uno de los últimos partidos del año, y probablemente el último que Aaron jugaría. Scadelton y Northride. El clásico. El partido en el que difícilmente no correría sangre.

Solo necesitaba la llave. Había considerado intentar hacer una copia del secreto de la caja fuerte, pero llevaría demasiado tiempo, así que aún estaba trabajando en esa parte del plan, la única de la que todavía no estaba segura.

—¿Y? —dijo Aaron desde la puerta de su apartamento, como si me hubiera estado esperando a que llegara.

Lo miré con desconfianza, viendo heridas cicatrizando en su cara, pero esas no se las causó Trey. Andrew había comentado algo sobre que nuestro padre había resuelto la situación sin que él mismo interviniera.

—¿Qué te parece si salimos tú, yo y Andrew? Como cuando éramos adolescentes. Es mi disculpa.

Después de algunos ojos morados, debía de ser una disculpa *sincera* de verdad. Aaron podía meterse su disculpa por el culo, pero solo dentro de unos días. De momento, tenía que aceptar.

Le sonreí y asentí. Sabía que la visita de mi padre debía de haber sido dolorosa.

Qué bien. Yo ni siquiera era capaz de sentir algo por Aaron. A esas alturas, necesitaba que pagara por todo lo que había hecho, y no solo contra Tracey o su familia, sino contra mí también.

Yo no me merecía nada de eso. A mí también debían haberme protegido, y ni él ni Andrew hicieron eso por mí. Aaron *ayudó* a dejarme en una posición de riesgo. En una posición que siempre me costó muy caro. Casi me costó a mí misma. A la Aurora real que

sonreía a los bichitos, que quería estudiar Medicina Veterinaria, a la que le gustaba un jugador de hockey buscapleitos y que tendría, sí, un futuro brillante. La Aurora que amaba caminar por la playa con su abuela, a la que le gustaba ir a fiestas con su mejor amiga.

Esa era yo. No la chica que fue obligada a quedarse en la concha oscura durante casi diecinueve años.

—Claro. ¿Puedo solo darme una ducha?

—Vale. Voy a llamarlo, no está en casa.

Y con eso, todo volvía a la normalidad. Los Montclair volvían a ser completamente armónicos, mis padres no tenían que preocuparse por lo que yo estaba haciendo, porque yo era la hija perfecta que soñaban. Aaron estaba controlado con las pruebas contra él. Y Andrew seguía con sus desapariciones eventuales y extrañas.

Es interesante cómo el mar retrocede antes de un tsunami.

Cómo está todo tranquilo.

Pacífico.

Como cuando Troya abrió sus puertas para que entrara el caballo.

Y entonces no queda nada. Solo el sentimiento sereno de, por fin, poder respirar.



40
¿Por qué me estás ayudando?

Aurora

Tragué saliva al ver los mensajes que tenía en mi móvil aquella mañana, apareciendo entre las notificaciones de *Instagram*, poco más de dos semanas después de nuestra ruptura.

Dios mío, qué jodida añoranza.

> Tengo tanto que contarte, Aurora.

> No quería mandar estos mensajes, pero al mismo tiempo eres la única persona con la que pienso hablar de las cosas.

> Por favor, explícame qué está pasando.

> Dime que está todo bien contigo. No aguanto más no saberlo.

> Estoy molesto contigo, pero no lo suficiente como para que me deje de importar.

Yo también me estoy muriendo de ganas de verte, Trey. Tengo muchas ganas de correr hasta ahí y tirarme en tu cama, abrazada a ti. Quiero contarlo todo.

Dolía tanto que era insoportable, aunque no fuera un corazón roto. Quería sentarme y contárselo todo, sobre todo tan cerca de, quién sabe, conseguir aquello. Cuanto más cerca de mi plazo interno —por el viaje planeado de mis padres—, más nerviosa me ponía.

Faltaban dos días para el partido; yo estaba preocupada. Mis padres viajarían al día siguiente y mi plan consistía en aprovechar la preparación del partido para que todo sucediera.

Pero faltaba la llave. Chloe y yo estábamos trabajando en un plan paralelo para que fuera posible resolver aquello, pero del mismo modo que el tiempo parecía pasar lentamente por mi añoranza de Trey, daba la impresión también de pasar demasiado rápido cuando empezaba a pensar en el plan para meter en la cárcel a todos los implicados.

Analizaba la carta que giraba entre mis dedos. Chloe la había traído antes, porque yo había puesto su dirección, y allí estaba el símbolo de Northride.

University of Northride, con la bonita insignia y la dirección de la oficina de admisiones.

Lo rompí entero, abriendo el papel con las manos temblorosas y con ganas de llorar.

Chloe estaba al otro lado de la estancia, solo esperando a que yo leyera el contenido antes de irse a su turno en la cafetería. Solté el aire en una bocanada y abrí la carta, doblada en tres partes.

Nos complace informar de que AURORA MONTCLAIR ha sido admitida para el semestre de inv...

Solté un grito ahogado entre mis manos, con Chloe gritando conmigo, dando saltitos y lanzándose encima de mí, tirándome al sofá.

¡ME HAN ADMITIDO!!!!!!!!!!!!!!!!

—¡SÍ, SÍ, SÍ! —dijo, emocionada, las dos rodando por el sofá y cayendo al suelo en una risa fuerte que resonó por la estancia—. ¡Mi mejor amiga va a ser una doctora de mascotas de la hostia! —alargó la "s", sentándose y aún riéndose conmigo.

Yo me reía y lloraba al mismo tiempo, sollozando mientras terminaba de leer la carta, con Chloe asomándose de lado.

—Dios mío —susurré, limpiándome la cara otra vez, porque debía de ser un sueño que las cosas se estaban resolviendo, *y a tiempo*. Todo iba encaminado para salir bien.

Tenía que enviar el depósito de matrícula aún aquella semana, y no tendría una beca en el primer semestre, pero el equipo de voleibol me estaría esperando en las pruebas de verano.

Lloré tanto que Chloe tuvo que hacerme una taza de té y se fue porque necesitaba ir a trabajar. Me dio un abrazo fuerte, "avisa a tu abuela, y que sepas que estoy muy orgullosa", y se dirigió a la puerta.

En cuanto abrió la puerta, se topó con mi hermano, a punto de abrirla también.

Andrew.

Le lanzó una mirada desconfiada, pero siguió su camino y él entró, cerró la puerta y me sonrió, incómodo, mientras yo tiraba de la carta, escondiéndola debajo de mi culo, aún en la alfombra del suelo de mi salón.

—Alégrate de que Aaron no estuviera en casa, porque se han oído tus gritos de felicidad. ¿Te han admitido en Northride?

Parpadeé, sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

Se rió.

—Sexto sentido de hermano mayor —bromeó, yendo hasta el otro sofá y señalando con la cabeza hacia donde yo había escondido la carta—. Dale.

—Sabes que no puedo matricularme, Drew. Aún no... —Mi voz se apagó.

Todo iba *encaminado*, pero no resuelto, y la diferencia de esas palabras debía considerarse también. Aunque estuviera pudiendo soñar y *realizar* mis sueños, yo también necesitaba tener los pies en la tierra.

Yo aún no había conseguido la llave ni había entregado todas las pruebas a la policía. Solo podría respirar aliviada cuando tuviera la certeza de que la prisión preventiva había funcionado. Solo cuando hubiera garantía de que Aaron sería juzgado, de que mis padres pagarían por todo lo que hicieron por él —y contra mí, en especial mi padre—.

—He estado analizando tus pasos —declaró, metiendo la mano dentro del abrigo de invierno que llevaba, sacando de allí una llave pequeña—. Conociendo a mi hermanita, por poco que la conozca, sé que hay algo en tu camino.

Y me entregó la llave.

Fruncí el ceño hacia él, sujetando el objeto frío entre los dedos.

—¿Cómo tienes esto?

—Es lo que conseguí en dos años —declaró—. Una cosilla u otra también, pero nada cerca de lo que tú ya debes haber conseguido. Como tardé casi dos años en conseguir esta copia, imaginé que eso retrasaría tu plan, así que ahí la tienes. Sé que, por tu preocupación,

quieres meter a nuestros padres en la cárcel antes de que la justicia entre en el receso de Navidad. Yo tampoco estoy deseando nuestra cena familiar.

Andrew realmente entendía lo que yo estaba haciendo.

—¿Por qué me estás ayudando? Desde antes. Desde que empecé a liarme con Trey, fuiste cambiando y... —me fui callando, confundida.

Andrew tenía el ceño fruncido y miraba al suelo, serio.

—Me han pasado muchas cosas, tapita. No quiero hablar de eso, pero lo que puedo decirte es que aprendí de todo lo que hice mal y me gustaría no haber hecho todo lo que te hice durante todo este tiempo, pero lo hice. Fui un desgraciado hijo de puta.

Tragó saliva al mirarme. Yo aún necesitaba maquillaje para esconder algunos moratones causados por Aaron, y eso decía mucho de la relación familiar en la que estábamos metidos.

—Sé que no hay perdón y no espero eso de ti; si tienes pruebas de que estoy metido, porque conociendo a nuestro padre se aseguró de meter alguna prueba falsa entre los documentos por si acaso, iré a la cárcel de buena gana. —Una sombra le cruzó los ojos, y yo suspiré.

—De verdad fuiste una pésima persona conmigo, Andrew. No sé cómo sentirme con eso y si algún día voy a poder perdonar todo lo que *no* hiciste por mí, para protegerme cuando yo no podía sola. —Él asintió, sin mirarme a los ojos—. Pero gracias por haber aprendido de tus errores. Es un comienzo importante.

Levantó la vista y me miró, asintiendo lentamente, como si tanteara el terreno.

Quería abrazarlo, pero al mismo tiempo aún no podía olvidarme de todas las veces que fue terrible conmigo. No tiene comparación con Aaron, y Andrew no merecía pagar por cosas que no hizo, pero él tampoco era inocente en nuestra relación. Podríamos habernos apoyado mutuamente dentro de la familia en vez de que él me diera la espalda y me tratara como basura junto con Aaron.

Necesitaba tiempo para pensar cómo me sentía respecto a mi hermano, pero estaba muy agradecida de que entendiera eso y

hubiera cambiado hasta el punto de saber qué era importante para mí.

—Espero que podáis entenderos después de que él comprenda lo que tú hiciste por él, Aurora. Espero que entienda por qué mentiste —declaró, obviamente hablando de Trey.

Asentí con la cabeza.

—Yo también. —Sonreí, incómoda—. Espero que puedas resolver lo que te está pasando y de lo que no quieres hablar.

Él me devolvió la sonrisa.

—Al final, no soy el único que conoce tan bien a sus hermanos.

Me encogí de hombros.

—Crecimos en la misma familia, Drew. Esconder nuestras debilidades es un don muy bien entrenado. Gracias por no delatarme en los últimos meses. Y... —Levanté la llave, cohibida.

Negó con la cabeza.

—Solo hice lo mínimo. Fui un gilipollas durante demasiado tiempo; ni una vida entera sería capaz de hacerme pagar por todo lo que hice contra ti. En lo que pueda ayudar, lo haré.

Tragué saliva, asentí discretamente y desvié la mirada.

Él tragó saliva de la misma forma que yo, pero lo vi sonreír otra vez hacia la carta de admisión que saqué de debajo de mí al levantarme, dejándola en la mesita de centro.

—Eres una gran persona, tapita —dijo, serio—. Trey se va a dar cuenta de que, si no perdona lo que hiciste, que además lo hiciste por su bien, va a perder a alguien increíble. Es un tío inteligente.

Solté una risita, negando con la cabeza.

—Eso es entre él y yo y, de todas formas, él tiene derecho a enfadarse por haber sido dejado a oscuras cuando sea la hora de que lo entienda. Solo espero que... —dejé de hablar, suspirando—. No puedo exigir su perdón por mentir. Eso es. Por hacerle daño. Las relaciones sanas entienden eso.

Andrew me sonreía, cohibido y con las manos en los bolsillos. *Nuestra relación en familia no es sana.*

—De verdad eres la excepción de todos nosotros. No pegas con la familia.

Puse los ojos en blanco, oyendo su risita.

—Tú también estás mejorando —alegué, sonriéndole—. Solo...

Me salió medio atragantado, muriéndose en mi garganta, y él asintió.

—Lo sé. Yo también te hice daño —dijo.

Y, con eso, simplemente se apartó y salió de mi apartamento.

Me mordí el labio al mirar el apartamento cerrado, y luego me centré en la llave entre mis dedos, con la carta de admisión al fondo.

Abrí mi portátil, comprobé la información que me pidieron para que la solicitara por correo electrónico a la universidad y le mandé una foto de la carta a mi abuela, que me llamó inmediatamente y nos pusimos a hablar.

Lloré más. Todo se estaba resolviendo.

Incluso con el sabor agridulce de la situación con Drew y la sensación de que aquello era una despedida. Las cosas estaban... saliendo bien. Y daba miedo darse cuenta de que mi temor de que salieran mal venía del trauma de que todo siempre salió mal para mis sueños.

No aquel. Iba a lograr aquello. Iba a poder simplemente vivir.

Sin autosabotaje. Sin miedo. Aunque para eso yo hubiera saboteado mi relación.

En fin, ¿no? Nadie es perfecto.

TREY

Yo estaba hecho una mierda. Muriéndome de ganas de verla y ni un poco preparado para lidiar con el hecho de que, aunque acabara con Aaron en la pista dentro de unos días, no necesariamente podríamos arreglarnos.

Pasé días en la cama, levantándome solo por obligación porque los tíos se turnaron para obligarme a ducharme y a ir a los entrenamientos, a clase. Mis padres estaban preocupados, pero sumado al hecho de que habíamos llegado al aniversario de dos años del *asesinato* de Tracey, ellos mismos no sabían qué decirme sobre mi estado de ánimo, sobre todo porque no les dije que me dieron una patada en el culo.

Una cosa era que mis compañeros de equipo estuvieran preocupados y con bromas aquí y allá, otra cosa era contarles a mis padres lo que Aurora había hecho. Podían entenderlo mal, y yo no quería que ella fuera convertida en algún tipo de villana en esa historia. Aurora no era eso.

Yo casi no comía, casi no dormía y, cuando lo hacía, era solo lo necesario para seguir siendo un atleta funcional, porque Nathan tenía razón con lo de no joder mi carrera. Pero durante muchas noches tuve recaídas que me hicieron beber hasta desmayarme, y en otras llamé llorando a mi padre, suplicándole consejos confusos y sin contarle toda la verdad. Pero, curiosamente, como Nathan, me dijo que le diera tiempo a Aurora, sobre todo "conociendo a su familia"; no sé cómo adivinó que era por ella.

Odiaba darle tiempo a Aurora. La quería ahí conmigo, en ese momento, explicándome qué coño estaba pasando. El único momento del día en el que no pensaba en ella era cuando estaba en la pista, dándolo todo y quemando cada músculo precisamente para no pensar en ella.

Hasta en sueños pensaba en Aurora.

Chloe hablaba con Aurora todo el tiempo, y Nathan le preguntaba a Chloe por ella. Entonces me pasaba la información.

No sabía si lo mismo estaba pasando, pero al menos ella estaba viva y bien. Por lo que se le escapó a Chloe, ella estaba en buenos términos con sus padres, lo cual era rarísimamente extraño para mí. ¿Aurora? Yo no podía entender muy bien qué estaba pasando ahí y cuál era su jugada, pero que había algo, lo había, sí. Ella no cambiaría drásticamente por nada. Estaba arquitectando algo y yo *necesitaba* saber qué era.

Por cómo iban las cosas, dudaba que me fuera a gustar lo que descubriría.

Pero no la vi desde la noche en la que ella quedó destrozada. Chloe le juró a Nate que ella estaba mejor y que se había recuperado bien, a pesar de algunos moratones aquí y allá, y Mike me informó de que la había visto rápidamente días antes y, aunque se asustó con algunas marcas, reiteró que ella parecía bien y feliz.

Feliz.

Joder.

¿¡FELIZ?! Aurora me había roto el corazón y estaba *normal*. Sin contar que... joder, todo aquello era absurdo. No era posible.

Iban a terminarlo todo oficialmente al día siguiente de nuestro partido contra Scadelton, lo que aumentó mis sospechas de alguna carta bajo la manga de Aurora. A su madre le encantó la relación y, si ella estaba tan bien con sus padres, no terminaría el noviazgo falso por nada.

Sabía que algo iba a pasar y, si no pasaba, lo causaría yo mismo, pero hasta el partido necesitaba calmarme.

Sin embargo, la calma se fue a la mierda cuando Brian llamó a la puerta de mi habitación, como si hubiera visto un fantasma. Blanco como el papel, se rascó la nuca con la mano en el pomo de mi puerta, indeciso entre entrar y esconderse o solo decir lo que tenía que decir.

—Tienes visita, tío —dijo, en shock—. Le dije que subiera de una vez, porque creo que no sería bueno para nadie que lo vieran por nuestra casa.

Fruncí el ceño, y Brian se apartó de mi puerta, siguiendo por el pasillo con la misma expresión de shock.

Andrew Montclair ocupó el lugar de mi amigo en la puerta de mi habitación, con las manos en los bolsillos de un abrigo elegante y caro que llevaba. La nieve ya caía en la calle, hacía un frío de cojones y estábamos a pocos días de Navidad.

El ambiente era el de un funeral. No navideño.

—¿Puedo? —preguntó, sin entrar, pero sin quedarse en el pasillo tampoco.

Parpadeé, tan sorprendido como Brian.

—Eh... —me aclaré la garganta—. Sí.

Asintió, pareciendo sorprendido por mi shock, y cerró la puerta tras entrar, mirando alrededor de mi habitación. Vi que contuvo una sonrisita al ver un *neceser* lila justo al lado de mi portátil; al fin y al cabo, sabía de quién era. Aurora se lo había olvidado y nunca vino a buscarlo.

—Aurora te quiere un montón, Treyton —dijo, para mi sorpresa y el galope nervioso de mi corazón, sin rodeos—. Pero no he venido

aquí para arreglar las cosas entre vosotros, sino por otras dos cosas.

—¿Y cuáles serían? —Mi voz me salió quebrada y nerviosa.

Andrew era un manipulador nato. Pero no entregó a su hermana. Al menos nada indicaba eso.

—La primera es pedirte, por mi hermana, que la escuches cuando sea la hora. Sé que no tienes ningún motivo para confiar en mí, y lo entiendo si es el caso, pero, por ella, escucha cuando sea la hora.

Entrecerré los ojos, sin estar de acuerdo ni en desacuerdo, y él suspiró mientras miraba alrededor, observando algunas fotos mías en partidos, además de una camiseta del equipo doblada, que yo había olvidado guardar.

—La segunda cosa es que necesito hablar contigo de algo más serio. Y antes de eso, necesito que me prometas que no vas a joder tu carrera.

Entrecerré aún más los ojos hacia él.

—¿Por qué? ¿Porque no quieres que le haga daño a tu hermanito? —dije con desdén, frío.

Negó con la cabeza.

—No. Porque tengo pruebas de que mi padre presionó a gente influyente en la liga, directa e indirectamente, para impedir que tuvieras una carrera. Por eso no te eligieron en el *draft*, Trey.

Coño. Tenía sentido, considerando los elogios que recibía de gente del mundillo, diciendo que yo era demasiado bueno para ser ignorado y que, cuando fuera la hora, lloverían buenas propuestas. *Joder*. Tenía muchísimo sentido, sobre todo porque el padre Montclair tenía influencia para eso, el tipo era una leyenda en el deporte. Pero era rastrero de cojones, *joder*.

Me entregó un objeto que sacó del bolsillo del abrigo, y solo entonces me di cuenta de que era un *pendrive*.

Tragué saliva al girar el objeto frío entre mis dedos.

—No son pruebas concluyentes, pero quizá lo suficiente para que empiecen una investigación. Espera un poco antes de poner la denuncia —añadió, serio.

—¿Por qué? —pregunté, con el ceño fruncido.

—Vas a querer haber esperado —advirtió—. Estoy cerrando algunos asuntos pendientes, porque me imagino lo que va a pasar

antes de que este año acabe y, si yo fuera tú, estaría preparado para cualquier cosa. Aurora... —se calló, frunciendo el ceño.

Le arqueé una ceja, serio y cínico al mismo tiempo. Aun así, el corazón me dio un brinco en el pecho. "*Aurora*", el simple nombre me hacía querer correr hacia ella.

—Ah, cierto —frunció el ceño al hablar, acordándose de algo—. Hay algo que me gustaría decirte.

—Entonces son tres cosas —piqué con maldad—. Mi tiempo es caro, Montclair.

Se rio, mirándome.

Entendía por qué mi hermana era amiga suya. A pesar de todo, cuando no era un gilipollas, Andrew parecía una compañía estupenda. Lástima que el 99% del tiempo fuera, sí, un cabrón de primera.

—Vas a querer sentarte para esto. O quizá matarme. No hay término medio. Pero antes, me gustaría decir que lo siento, Trey. Yo nunca debería haberle presentado a Tracey a Aaron. Hay algo que Aurora no sabe. No quería que ella pasara por esto.



41
¿Fuiste tú?
Aurora

Mi padre estaba en su evento en Toronto.

Mi madre daría una ponencia en menos de veinte minutos en el congreso en Boston.

Una nieve fina caía en la calle, hacía un frío helador que solo esa época del año proporcionaba, y toda mi vida podría ser completamente distinta en unas horas.

Yo esperaba que sí. Que cambiara para mejor.

Confírmame el correo electrónico del policía, abuela <

> Por fin.

Me reenvió el *correo* en el siguiente mensaje, y yo respiré hondo.

No te olvides de avisar a tu abogado para que esté listo para cualquier cosa <

Incluso para, quién sabe, pagar una fianza <

Mi plan era arriesgado. Consistía en hacer cosas que yo, incluso, había hecho pocas veces, como conducir una moto, algo que hice en solo tres ocasiones distintas, pero todas ellas con Trey como apoyo y seguridad. Pero era un último riesgo que había que asumir para resolver todo aquello.

Con la nieve, con la carretera mojada, me asustaba, no lo voy a negar. Y tenía pocas horas para resolverlo todo; hasta el tiempo podía volverse en mi contra.

> Vale. Me quedaré despierta hasta que confirmes que está todo bien esta noche. Procura no tardar, querida. Ten cuidado y, por favor, no te juegues la vida.

> Les pedí a los guardias que se retiraran.

Cuenta con ello. <
Hasta luego. <

Aaron y Andrew se estaban preparando para el partido que sería dentro de unas horas. Trey estaba en la concentración de su propio equipo.

El día perfecto, la oportunidad única en días. Quizá en meses.

Quién sabe en años.

Por fin se estaba acabando todo. Yo solo iba a hacer lo que tenía que hacer.

Necesito tu ayuda, Nathan <

> Yo también.

Levanté una ceja, confundida.

> No iba a decírtelo
> pero ya que estamos aquí
> Trey quiere destrozar a Aaron en la pista hoy
> Decidió que ya lo ha perdido todo
> Los chicos están hablando con él para que no tire su carrera a la basura, pero...
> Descubrió unas cosas sobre el día de la muerte de Tracey y perdió la cabeza

Hoy, definitivamente, era el día en que yo necesitaba acabar con aquello, y antes del partido. Sabía que el encuentro sería importante para él y todo ese sufrimiento tenía que parar. De una vez por todas.

¿Dejó la moto en casa? <

> Sí.
> ??????

Respiré hondo y solté el aire de una bocanada. El plan era arriesgado; desde el principio lo fue, pero también era el método que yo sabía que me daría todo lo que necesitaba. La orden estaba lista, solo necesitábamos las pruebas. El vídeo de la noche de la agresión daba contenido suficiente y ya permitía el arresto de mi hermano, pero las evidencias harían imposible encontrar justificaciones. Y arrastrarían a mis padres con él.

Por lo que yo había entendido de lo que pasó, mi madre usó su influencia política —y corrupta— para proteger a mi hermano. Mi padre, además de destruir las pruebas con ella, también sobornó a policías y manipuló evidencias concretas en aquella época.

Yo necesitaba poner las manos en ese tipo de documentos también. El policía dijo, después de analizar los archivos en el ordenador de mi padre, que él seguro que tendría todo en su caja fuerte, porque había rastros de documentos de ese tipo en su ordenador, aunque alterados o borrados.

Necesito que te asegures de que todo el mundo fuera del equipo crea que él no fue a la concentración del equipo <
Empieza un cotilleo sin que él lo sepa <
Tiene que parecer que está en casa <

> ¿Qué estás haciendo, Aurora?
> Por el amor de Dios, esto es una locura

No dejes que empiece ninguna pelea <

> Él todavía confía en ti
> Y no me olvidé de nuestra conversación
> Solo por eso voy a ayudar
> pero que sepas que es una locura

Gracias <

Tres semanas. Era todo o nada. Sería suficiente.

Pedí un coche de aplicación, salí de mi apartamento y le pedí que parara en la esquina de la casa de la fraternidad, que encontré vacía, y entré por la puerta de la cocina, encontrando la llave de repuesto donde la dejaban, enterrada en la tierra de una maceta de suculentas exterior.

Pasé por Toby y Aussie en el salón, le besé el hocico a él y acaricié la cabecita de la gatita, que ya estaba enorme. Subí las escaleras rápido y fui hasta la habitación de Trey con mi mochila, cogí todo lo que necesitaba, incluido el documento y su abrigo, igual que el casco.

Y la llave.

Me temblaban las manos cuando me monté en la moto después de sacarla de su garaje, pero giré la llave en el contacto y solté el aire. El motor rugió, calentándose de inmediato debajo de mí, en contraste con el frío a nuestro alrededor.

—Lo máximo que puede pasar es que te caigas, te rompas entera y nunca puedas seguir adelante con el plan, porque tu familia lo descubrirá todo y te matará —me dije a mí misma, frotándome las manos antes de ponerme el guante que Trey usaba para conducir.

Solté una risita para mí misma, negando con la cabeza.

—Creo que de verdad estoy loca.

En pocos minutos, ya aceleraba por la estatal, sintiendo el corazón en las orejas, el pulmón en el cerebro y el estómago en los pies.

Hice el trayecto tan rápido que no duró ni veinte minutos, aunque Trey me había hecho jurar que nunca pasaría de 100 km/h en una moto.

Supongo que aquel día permitía excepciones. Incluso con la nieve cayendo más gruesa en Weston.

Me tomé mi tiempo sentada en la moto, mirando la casa en la que pasé gran parte de mi adolescencia. De una sola planta, enorme como una especie de mansión de ricos en un barrio noble de la ciudad, cerrada porque no había nadie en casa. Ninguna caseta de perro. Una piscina en la parte de atrás.

Solo era una casa. No un hogar; una familia nunca había vivido allí.

Me preguntaba cómo reaccionaría mi psicóloga a todo aquello cuando yo le contara lo que hice, ya que ella sabía que yo estaba ocultando algo; era lo único que había dicho durante nuestras sesiones.

Por lo menos hasta entonces estaba orgullosa. Quizá me mandara a ingresar después de descubrir todo lo que hice.

Dejé la moto donde las cámaras de la residencia no pudieran captar, mantuve el casco y fui hacia la puerta principal, giré las llaves en la cerradura y entré sin siquiera mirar alrededor.

Me tomé un tiempo para observar el lugar una última vez. Analicé la foto enmarcada de la toma de posesión de mi madre en el ayuntamiento, con todos nosotros alrededor de ella, sonriendo, felices, por haber conseguido aquello.

Era todo tan sucio.

Entonces fui a lo que tenía que hacer; ya no podía perder más tiempo.

Fui directamente al despacho de mi padre, giré la llave en la puerta que siempre estaba cerrada con llave y de la que teníamos una copia en el llavero por seguridad, y fui hacia la caja fuerte sin pestañear.

Mi padre confiaba ciegamente en sus hijos en aquel momento, y ese era su error. Aaron era un asesino, Andrew los traicionó a todos para ayudarme. Y yo... estaba haciendo aquello.

La llave reluciente, una copia reciente hecha por mí, brilló entre los guantes negros de motorista, y abrí la primera puerta de la caja fuerte. Tecleé la segunda contraseña, la fecha en la que *draftearon* a mi padre, y abrí la puertecita.

Solté el aire al ver una pila de documentos dentro de algunas carpetas y una bolsita protectora negra protegiendo varios *discos duros* y *pendrives*. Pilas y más pilas de información.

No tuve tiempo de revisar ninguno, porque tampoco pensaba hacerlo; solo los metí todos en la mochila y salí de allí. Dejé las puertas sin volver a cerrarlas con llave, abiertas a mi paso, pero al pasar por una de las cámaras en la salida, cerré la puerta de la casa y levanté la mochila para que la cámara la captara, aunque yo no mirara directamente al aparato de seguridad.

Luego fui a la moto, di media vuelta y regresé a Boston. En menos de media hora, estaba de vuelta en casa de Trey, y subí a su habitación corriendo. Había hecho todo aquello en menos de una hora y media, pero mi tiempo estaba contado y cada segundo importaba.

Mi padre ya debía de estar en el vuelo de regreso o embarcando. El partido empezaba en dos horas; eso significaba que, si Nathan había hecho su trabajo, la gente sabría pronto que él todavía estaba en casa, aunque no lo estuviera de verdad.

Empecé a hacerle fotos a todo. Documento por documento. Me dolían los brazos y juraba que me iba a quedar con una tendinitis después de aquello, porque era demasiada cosa y yo necesitaba hacerlo todo muy rápido, pero también asegurar fotos nítidas.

Foto, comprobar, *subir*, siguiente foto, comprobar, *subir*...

Adjunté todo en una carpeta. Lo conecté al portátil de Trey, que ya iba volcándolo todo de los *pendrives* y *discos duros*, alternando entre unos y otros. Lo copié todo. Documento por documento, intentando no revolverme el estómago al ver fotos del cuerpo de Tracey en la pila de papeles que mi padre tenía.

Todo eso tardó más de una hora en hacerse, y yo temblaba cuando comprobé la información en la carpeta de la nube y en el ordenador de Trey.

Empecé a enviarlo todo por partes en varios correos, porque pesaba demasiado como para reenviarlo en uno solo, pero también compartí la carpeta en la nube. Hice una copia al correo de Trey, por si el mío desaparecía, solo por si acaso, porque de verdad no podía confiar en mi familia y en a qué tenían acceso o no.

Lo envié todo desde mi propio correo, conectada en el ordenador de Trey. Uno por uno.

Su contraseña era extremadamente fácil de adivinar de una manera adorable: el cumpleaños de su hermana, más previsible imposible, pero muy significativa; fue la primera que probé. Como que yo ya lo sabía, porque la había tecleado delante de mí algunas veces.

Yo enviaba los documentos más pesados cuando mi móvil vibró en el bolsillo del abrigo de Trey y, al mismo tiempo, el reloj

inteligente en mi muñeca avisó de que mi padre me estaba llamando.

Contesté, intentando contener la sonrisa prepotente. *Solo un poquito más.*

—Aurora, acabo de aterrizar. Vi en las cámaras que alguien entró en nuestra casa. ¿Fuiste tú? Como los chicos están en el estadio, pensé en ti. Sé que no conduces moto, la persona llevaba casco, pero me preocupé.

—¿Qué? —pregunté, forzando el shock mientras acariciaba a Aussie, que había subido a la habitación solo para dormir encima de mis piernas, hecha una bolita—. ¡No! Estoy en Boston, papá. ¿Recuerdas que dije que me quedaría estudiando para los exámenes finales?

Ya que estaba suspendiendo en casi todo.

Como si me importara. Estaría en Northride el próximo semestre.

Miré por la rendija de la ventana junto al escritorio, viendo un coche aparcar al otro lado de la calle. La moto de Trey estaba en la rampa de entrada, a propósito allí para dejar claro que él aún no se había ido.

Aunque habían salido fotos de ellos llegando al estadio más temprano, Nathan usó las fotos para decir que Trey había vuelto a casa por una emergencia familiar y que volvería solo para el partido, por esas "cuestiones personales". Estaba manteniendo a Trey lejos del móvil para que la mentira no llegara al objetivo y él no notara que algo estaba pasando.

—Joder... —oí a mi padre—. Qué infierno.

—Voy a hablar con Aaron. ¿Crees que hay algo? ¿Ya hablaste con él?

—Ya, no fue él. Pero quién sabe si él puede descubrir quién fue con tu ayuda. Mi caja fuerte tenía una alarma y avisó de que se abrió, pero solo recibí la notificación cuando aterrizé. —*Lo sé,* sonreí con maldad—. Por eso estoy preocupado.

—¿Es la caja fuerte que estoy pensando? —pregunté, temerosa.

Dios, qué bueno era vengarse.

—Exactamente esa.

—Voy a hablar con Aaron —dije, colgué y marqué el número de mi hermano.

Mi hermano, que debía terminar la noche en comisaría.

Joder, era buenísimo.

—Aaron, nuestro padre acaba de...

—¿Sabías que el hijo de puta se largó de la concentración a escondidas?

—¿Qué? —chillé, nerviosa—. ¿Treyton? —Se me elevó la voz por dramatismo—. Pero ¿tenéis el partido en menos de una hora, no?

Yo analizaba los documentos *subiendo*, tranquila.

—¡Exactamente! El hijo de puta está en casa ahora mismo, ya se lo avisé a nuestro padre. Debe de haber conseguido las copias de las llaves de nuestra casa o yo qué sé qué mierda, o qué cojones de pacto con el diablo hizo, no sé cómo consiguió los medios para llegar a la caja fuerte de papá, pero debe de llevarlo todo a la policía después de terminar las copias, conociendo al hijo de puta. En cuanto salga, voy a matarlo, luego voy a prenderle fuego a esta puta casa, si hace falta.

Mi miedo era precisamente ese: que él entrara en la casa antes de eso. Pero yo contaba con la fascinación de Aaron por los accidentes de coche y, al final, todo era un riesgo que había que correr.

Aun así, tenía que acordarme de pedirle a mi abuela que dejara a un guardia por allí, por si acaso. Aussie y Toby estaban en casa; si un incendio... *No pienses en eso.*

—Vale, calma. Voy a intentar hablar con él, ¿qué tal? Usar una distracción, quizá...

—No. Voy a matarlo.

—Aaron, por el amor de Dios, no vale la pena, eso te va a incriminar; antes tenemos que saber qué... —Y me colgó en la cara.

Miré de nuevo por la rendija de la ventana, viendo que el coche ya no estaba allí. Ya sabían que Trey estaba en casa, así que bastaba con que esperaran a que "él" saliera. Si invadían, sería complicado para mí, pero yo creía que Aaron prefería algo *distinto* para matar a alguien, porque en los minutos siguientes, en los que fingí hablar

con Trey, nadie invadió la habitación con un cuchillo para matarme. O yo qué sé cómo planeaba Aaron hacer eso.

Le mandé un mensaje a mi abuela en ese intervalo, pidiéndole que, cuando yo saliera, llamara a los guardias. Yo no me perdonaría si todo aquello les costaba la vida a mis bebés por un puro capricho de Aaron.

Después de eso, solo le mandé un mensaje a Aaron, declarando que "él no me atiende", porque ni siquiera intenté llamar a Trey.

Cuando envié el último correo, vi que había dos nuevos correos en respuesta, del investigador. Fueron más de veinte correos distintos por el tamaño de algunos archivos, pero estaba hecho, y tenía la garganta cerrada por el nerviosismo.

Buenas tardes.
¿ Es Aurora Montclair quien está enviando estos correos?

Tecleé una respuesta con velocidad, porque tenía solo media hora para llegar *viva* al estadio.

Sí. Soy Aurora Montclair, y acepto testificar contra mi hermano si fuese necesario. Daré todas las explicaciones legales también en cuanto me llamen a declarar.
Sé que necesita verificar toda la documentación, pero me gustaría recomendar una prisión preventiva; tengo pruebas de que mi hermano planea matar a Treyton Hartley esta noche, conforme se adjuntan en el último correo.

Porque grabé nuestra llamada hecha minutos antes.

Puse mi contacto de teléfono al final, solté el aire y lo envié. Ya teníamos contacto, pero necesitábamos oficializarlo todo, conforme él me orientó.

Puse los documentos originales debajo del saco de arena de Aussie, que estaba en la esquina de la habitación de Trey; luego cogí una camiseta de su equipo de dentro de su armario, me la puse encima de mi camiseta térmica y me puse una sudadera de Trey, además de su abrigo más grande por encima. Tenía poco tiempo

para salir y tendría que contar con la suerte para que no notaran la diferencia de estatura, pero era lo que tenía.

Tragué saliva al abrir *Instagram* y empezar a mover los dedos.

Seleccioné las diez fotos que ya había separado el día anterior, temblando al hacerlo y temblando igual en ese momento. Pegué el pie de foto ya escrito. Programé la publicación para dentro de diez minutos, quince minutos antes de que empezara el partido, y tecleé un mensaje para Trey. El primero en tres semanas:

Me admitieron. <

Me mordí los labios, sintiendo los ojos llenos de lágrimas, porque quería contar mucho más, pero necesitaba solo media hora más y un partido entero de hockey.

Perdóname. <

Aun así lo tecleé, y lo envié. Sabía que podía ser un error, pero quería asegurarme de que él supiera cómo me sentía. Yo ya lo había hecho. De ahí en adelante solo necesitaba llegar viva al estadio.

Metí el móvil en el bolsillo del abrigo, encendí la imagen de la cámara del casco en directo, habiendo configurado para que la grabación fuera a mi correo, y bajé por la planta baja respirando hondo.

Me puse el casco, abrí la puerta principal y corrí hacia la moto como si fuera un jugador de hockey llegando tarde a una competición importante; en segundos ya iba por las calles de Boston.

Porque lo estaba, pero para ver a mi novio conseguir su venganza.

Digo, ex. Yo fui la que terminó. Quizá no quisiera volver.

Ojalá quisiera, que lo arregláramos. Tenía una chispa de esperanza de que lo entendería, pero lo respetaría si no.

En pocos minutos, oí el rugido de un motor. Demasiado cerca; miré al retrovisor y vi el mismo coche negro de antes, pero no vi a Aaron por ningún lado. Él no estaba conduciendo aquel; debía de ser

algún esbirro de mi padre. Tenía influencia, ¿qué le costaba pagarle a alguien para darle un susto al tipo que debía estar jodiéndole al hijo?

Acabó dejándome de perseguir, porque yo aceleré, hasta que pasó.

Pero no lo que querían.

Aquellos segundos se volvieron más lentos. La nieve pareció caer más despacio. Mi respiración ni siquiera vaciló. Seguí concentrada en la carretera y no en lo que pasó justo a mi lado.

Durante segundos, todo el tiempo avanzó a cámara lenta. Una calma que una vez Trey comentó sentir siempre que metía un gol. Siempre era muy tranquilo, aunque visto desde fuera fuera extremadamente veloz.

Sentí el coche acercarse, demasiado cerca. Y giré la moto, torciéndola en la carretera y derrapando, teniendo cuidado de no resbalar y caer mientras los brazos me ardían por la fuerza que hice para eso.

El coche me cortó el paso en un arrebato de velocidad, listo para aplastarme contra su chapa, intentando embestirme con fuerza en el cruce en el que nos encontramos; hizo un giro de 180 grados al notar que no consiguió alcanzarme, chillando rueda en la vía.

La moto casi derrapó y se fue al suelo, pero conseguí controlarla como Trey me había enseñado y terminé de girar y derrapar en la bifurcación de las vías, apoyando los pies con fuerza en el suelo en cuanto pude, asustada.

Tenía el corazón en la boca, porque sabía que algo así podía pasar, pero que *pasara de verdad* era completamente distinto.

El coche debería estar *detrás* de mí, qué diablos...

Levanté la vista y vi el coche conocido. No un SUV negro, sino una pick-up del mismo color. Aaron estaba en su propio coche al volante, parado a pocos metros delante. Me miraba con prepotencia desde dentro de la cabina, sin saber que a quien casi había matado era a su propia hermana.

Levanté la visera, sonriendo de oreja a oreja, viendo cómo se le rompía la expresión.

Instantes después, obviamente entendiendo lo que yo estaba haciendo porque nadie en mi familia era tonto, solo que no esperaba aquella jugada, la mirada se le llenó de odio.

Pero no pudo acelerar para volver a seguirme e impedir que llegara al estadio de Northride, donde sería el partido de aquella noche, porque otro coche que yo conocía frenó delante del suyo y le bloqueó el camino, y vi a Mike al volante, sonriéndole a un Aaron aún más furioso porque casi había hundido su propio coche en el lateral del de Mike.

Mike me saludó, riéndose de la cara de mi hermano justo después. Yo sospechaba que Chloe le había informado de lo que estaba pasando, porque mi mejor amiga llevaba horas dentro del estadio, congelándose, esperándome y guardándome un sitio en la primera fila.

Tenía que agradecerle a Mike más tarde y esperaba que estuviera todo bien con él.

Bajé la visera, aceleré y salí de allí de inmediato, oyendo el motor del coche de Aaron rugir mientras mi móvil también vibraba en mi bolsillo, empezando a recibir llamadas sin parar.

Me asusté al oír un coche chillando rueda en la carretera y giré la cabeza hacia atrás, viendo que Mike había vuelto a intentar bloquear a Aaron. No me detuve a ver qué pasó, pero oí un coche arrancar justo después y un grito de Mike: "¡acelera!".

—Solo un poquito más —susurré para mí misma dentro del casco, que había grabado el intento de asesinato de Aaron. Porque, claramente, lo había sido.

Iba a enterrarlo de una vez.

Por la hora en mi muñeca, la publicación ya se había hecho. Nathan debía de habérsela enseñado a Trey, porque las llamadas que yo recibía eran de él.

Llamada entrante de T.

Llamada entrante de T.

(3) Llamada perdida de T.

Llamada entrante de T...

La primera foto era de Trey y yo sonriendo con Toby y Aussie entre nosotros. Yo estaba en su regazo, Aussie en el mío y Toby

intentando lamerle la cara a Trey. Había cambiado el fondo de pantalla del móvil a esa foto antes de salir de mi apartamento más temprano.

La segunda foto era la de *Halloween*. Después, una de nosotros en su habitación. De nosotros viajando. De la pastelería de su madre, él entre sus padres diciendo algo detrás del mostrador.

De él en mi apartamento, en una noche en la que fingimos que Mike durmió conmigo y pudimos fingir que solo éramos una pareja normal escondiéndonos de mis hermanos (incluso la propia Chloe apareció para quedarse un rato con nosotros y salió en la foto, sonriendo en un *photobomb*).

De mí entre Nathan y Brian, que me picaban en la cocina de la casa compartida en una foto hecha por Thomas. Y de Trey echándose una siesta conmigo en la cama, una foto hecha por Nathan a petición mía, y yo haciendo un gesto de pulgar arriba a la cámara.

Éramos nosotros, y al mismo tiempo era tan extraño compartir eso por primera vez que me daban ganas de llorar. Era agradable y aterrador.

La penúltima foto era yo entre Mike y Trey, con Mike señalando a Trey sin tocarme, pero Trey me agarraba, besándome la mejilla con fuerza. Era un mensaje claro.

La última foto era él en su moto, después del entrenamiento de hockey postviaje y detrás del estadio de Northride, riéndose y diciéndome que guardara la cámara mientras gesticulaba con los dedos sucios de su comida favorita, la *palha italiana* que su madre había hecho en varios paquetitos para que los trajéramos a Boston y él hiciera una reserva.

Esta es la Aurora Montclair de verdad (por lo menos una partecita de ella). Y estas son las personas que ella ama.

Alumna de primero el próximo semestre en Northride. Que sueña con salvar al máximo posible de animales en el mundo. Que espera que el novio (si aún quiere el título) la perdone por lo que hizo. Que posiblemente casi acaba de ser asesinada por su propio hermano. Que solo consiguió sobrevivir a todo esto porque le demostraron que

podía ser mucho más que la niñita asustada, escondida dentro de sí misma.

¡AH, SÍ! Me olvidé de decirlo: mi novio es Treyton Hartley, por si no es obvio. Como que fingimos ante todo el mundo que no estábamos juntos. Espero que aún estemos juntos, porque voy a estar llevando su camiseta en la grada, T. Dije hace meses que ibais a ganar el Frozen Four *y espero muchísimo que aún quieras que yo esté a tu lado en ese momento.*

(Obs.: el nombre de la gatita es Aussie; Toby fue rescatado con algunas lesiones, por eso tiene una patita más pequeña y mona).

Esa soy yo. Esas son las personas (y pets) que yo amo. Y hoy espero empezar a vivir la vida con la que soñé.



42
¿Tu mujer?
Aurora

Entré en el estadio casi volando, corriendo entre la gente mientras me quitaba los abrigos porque ahí dentro hacía más calorcito y yo tenía muchísimas ganas de enseñar la camiseta a todo el mundo. Los jugadores ya estaban calentando sobre el hielo, así que *casi* había llegado tarde.

Vestir de rojo y azul nunca me sentó tan bien. Aunque la camiseta fuera enorme.

Algunos alumnos a los que no conocía, pero que llevaban la camiseta de Scadelton, me señalaron mientras yo corría entre la gente, pidiendo perdón por los empujones.

Chloe me sonreía abiertamente en cuanto me vio corriendo hacia ella, pero se le rompió la sonrisa a la vez que algo me tiraba hacia atrás, asustándome.

—Te vas a largar de aquí *ahora* mismo —gruñó mi padre mientras mi madre aparecía detrás de él, los dos como si estuvieran listos para matarme en cuanto no tuviéramos testigos.

Un ruido fuerte me sobresaltó a unos metros a mi lado, y vi a Treyton contra el cristal de la pista, golpeándolo a puñetazos, como si estuviera listo para romperlo todo.

—¡TOCA A MI PUTA NOVIA Y TE MATO! —rugió por encima del sonido en un grito, con mi padre riéndose alto a mi lado, volviendo a tirar de mí, pero Trey le dio otro puñetazo al cristal, como si le gritara a otra persona.

Era difícil de oír por la división, pero Treyton se hizo oír, claramente.

Un guardia de seguridad del estadio apareció a mi lado, parando a mi padre.

—¿Está todo bien, señorita?

—Sí, es mi hija —respondió mi padre.

—Se lo he preguntado a ella, señor. —El tipo alto y grandote me miró después de hablar. Trey parecía listo para romper el cristal y arrancar a mi padre de cerca de mí, y vi a Brian acercarse por el hielo, preocupado.

—No, no lo está. Está intentando llevarme a la fuerza.

Mi madre se rió, incrédula.

—¿Qué tipo de locura te crees que estás haciendo, Aurora? —la dulce alcaldesa Montclair me gruñó.

—Tiene que apartarse, señora. Si no se apartan, voy a tener que pedirles que se retiren del estadio.

Sonreí de lado a mi padre, maliciosa.

—¿Tu esbirro no consiguió alcanzarme? ¿No recibió el *briefing* avisando de que Trey mide casi dos metros y de que la persona que se subió a la moto no llegaba al metro setenta y cinco? —lo provoqué, con él intentando abalanzarse sobre mí, pero el guardia se lo impidió.

—Señor, por favor —pidió el hombre otra vez, llevando la mano a la radio en su hombro.

Mi padre se rió, con malicia, antes de negar con la cabeza y apartarse.

—El partido no va a durar para siempre, Aurora —amenazó.

—Lo sé. —Sonreí aún más—. Pero será el último que veas; yo lo aprovecharía.

El sabor de la venganza era *tan* bueno.

Negó con la cabeza al apartarse, llevándose a mi madre con él hacia la zona reservada para ellos en el estadio, como solía pedir en los partidos por la cantidad de fans de hockey que lo acosaban.

Me giré, solté el aire y me asusté al ver a Trey aún allí, al otro lado del cristal.

Negó con la cabeza hacia mí, volviéndose a poner uno de sus guantes sin siquiera mirarlo.

—Estoy cabreado contigo —declaró, pero vi que se esforzaba por no sonreír mientras yo le leía los labios—. ¿Hablamos después? —dijo más alto por el sonido ensordecedor a nuestro alrededor, aunque no hiciera mucha diferencia, y asentí.

—Seguro. Pero prométeme que vas a ganar este partido, no a matar a alguien.

Negó con la cabeza, fingiendo pensarlo antes de guiñarme un ojo y darse la vuelta, volviendo a su calentamiento en medio del hielo. Había algunas personas mirando de más e incluso algunos periodistas cotilleando lo que pasaba, pero, fuera de eso, nadie prestó mucha atención.

Chloe me sonrió al quitar su bolso del asiento que me estaba guardando, abrazándome fuerte.

—Por unos minutos pensé que no lo ibas a conseguir —me dijo al oído, asustada—. Estuve actualizando la app todo el tiempo. —Nos habíamos *descargado* una app con la que ella podría seguir mi ubicación todo el tiempo; fue su requisito previo para dejarme hacer aquella locura.

—¿Se lo dijiste a Mike?

Ella me sonrió.

—Claro. Se cabreó por haberse quedado fuera, así que decidió ayudar a última hora. Está bien.

Negué con la cabeza, pero sonreí al volver la vista a la pista. Nathan me observaba y sonrió, llevándose la mano a la frente en un saludo militar. Yo le sonreí también. El plan había funcionado.

Fue jodidamente arriesgado. Pero lo había logrado.

Solté el aire, y Chloe tiró de mí para un abrazo de lado y negó con la cabeza al apoyar la mejilla contra mi pelo.

—Estás loca, pero creo que se acabó.

—Respiraré de verdad cuando la policía se los lleve. Hasta entonces, tengo que mantener la cabeza en su sitio.

Hoy. Se acaba todo hoy. Este partido es solo un preludio de que todo se resuelve.

Ella soltó una risita.

—Me encantó el *post*. Ya tiene miles de me gusta.

Hice una mueca, mirándola, y ella se encogió de hombros.

—Trey lo reposteó. ¿No lo viste? "Claro que es mi novia. Nunca terminamos. El mes que viene estaré en tu trote...". Algo así. Está en su perfil.

Yo sonreía de oreja a oreja, saqué mi móvil del bolsillo de uno de los abrigos y vi que de verdad lo había reposteado con ese pie de foto.

"Claro que es mi novia. Nunca terminamos. El mes que viene estaré en tu trote, INCLUSO tengo ideas para tus veteranos. Si alguien del departamento de veterinaria me sigue por aquí, vamos a charlar ;p"

Levanté la vista a la pista, viéndolo colocarse en línea para empezar el partido, concentrado, pero con una sonrisa burlona en los labios. Parecía otra persona. Prepotente. Feliz. Solo él. Más seguro también. Trey necesitaba aquello tanto como yo.

Tenía algunos mensajes suyos. Además de las innumerables llamadas perdidas entre ellas.

> Juro que me salgo de esta pista si no llegas antes de que empiece el partido

> Por el amor de Dios, Aurora

> Tenemos que hablar

> Estoy cabreado

> Pero también estoy preocupado

> Necesito guardar el móvil y no puedo

> Solo habla conmigo y lo arreglamos todo

> Sé que montaste algo y conseguiste las pruebas

> Tú nunca abrirías el juego si no estuvieras segura de que conseguiste las pruebas

> Maluca de la hostia

> No puedo creerlo

> Estoy cabreado contigo, no lo olvides

> Si no vienes a este partido, ten claro que voy a revolver Boston entera hasta encontrarte

> El país entero, si hace falta

> Joder

> Estoy preocupado, *gatita*. Da señales, por favor

Y seguía, haciéndome reír, porque había muchos mensajes suyos divagando sobre lo que estaba pasando y, al mismo tiempo,

preocupado y queriendo entender.

Aaron no entró en la pista, ni lo llamaron para que se presentara al banquillo o algo así, aunque yo sabía que había llegado, porque vi a mi padre al móvil y gesticulando hacia el entrenador de Scadelton, así que me imaginé que algo había pasado.

Había llegado tarde para entrar, obvio. Aaron ya debía de haber estado en la concentración mucho antes de que yo llegara, así que el entrenador debió haberlo apartado. Podía tener un futuro brillante (a punto de ser destruido), pero eso no le daba un pase libre para hacer lo que le diera la gana.

Andrew, sin embargo, estaba allí. Observó el sitio en el que mi padre solía quedarse en los partidos y después volvió los ojos hacia mí, negando con la cabeza al señalar la camiseta de Northride que yo llevaba. No podía ver su expresión desde tan lejos, pero vi el gesto de pulgar hacia arriba que hizo discretamente.

Solo había salido bien por él también. Andrew había ayudado en aquello, aunque hubiera tardado en reaccionar.

El partido empezó y, como era de esperar, fue mucho mejor que el anterior. Para Northride, al menos. Trey se controló y, curiosamente, no tuvo ningún problema con Andrew u otros jugadores, solo lo habitual de un partido, con muchos empujones dolorosos, provocaciones aquí y allá, pero todo normal. ¿Golpes en los cristales? A montones. Chloe se sobresaltaba a ratos porque nunca había visto un partido tan cerca del cristal, pero le pilló el truco.

Nathan se llevó cinco minutos de penalización, pero eso parecía normal para él y para lo que Trey me había contado.

Cuatro a uno para Northride, y grité tanto que al final del partido estaba ronca. Grité por todos los partidos en los que no pude animarlos *abiertamente*.

Los jugadores se saludaron al salir, algunos pareciendo medio irritados, otros más respetuosos, y vi a Trey chocar la mano con Andrew en un gesto mucho más respetuoso de lo que yo esperaba entre ellos. Había algo ahí que yo no sabía, pero no era lo que importaba en ese momento. Andrew pareció decirle algo, pero era difícil de ver desde tan lejos.

Saliendo por el pasillo cerca de donde yo estaba, Trey se paró en la puerta a la altura de la división de las gradas, que estaba custodiada por un guardia, llamándome mientras dos niños corrían hacia él y le pedían su autógrafo.

Firmó con una sonrisa en la cara, y después de que yo consiguiera colarme un poco en la fila que se formó inmediatamente por su culpa, Trey levantó su casco y me miró con el pelo erizado y húmedo de sudor, además de aplastado y enredado en posiciones raras.

¿Cómo podía parecer cada día más guapo? Aquello era absurdo. Quizá *mío*, considerando lo que él había dicho y publicado.

—Me vas a explicar qué cojones fue eso, y estoy seguro de que fue porque pensaste que yo no iba a apoyarte en que te dieran una paliza. Porque no lo iba a hacer. —Me señaló la mejilla, apretándome ahí y haciéndome sonreír.

—También —asentí—. Vamos a hablar, lo prometo. Pero corté contigo para conseguir las pruebas. Necesitaba que creyeran que yo formaba parte de esa mierda de familia.

Él me sonrió, negando con la cabeza.

—Joder, *gatita*. Qué tres semanas tan largas. Qué jodida añoranza.

—No me lo digas —susurré, sintiendo la mano con el guante recorrerme la nuca, y la otra, ya sin guante, extendiéndose por mi mejilla y mandíbula cuando bajó la cara y me besó.

Casi me derretí allí mismo. De añoranza. De amor. De querer simplemente abrazarlo y acabar con todo el infierno de una vez.

Lo eché de menos. Su boca. El consuelo que era estar con él. La seguridad. Las sonrisas. Las bromas. La rutina rara por los entrenamientos y, al mismo tiempo, que tenía sentido.

Solo él. La añoranza de Trey ahí, siendo él.

—Te he echado tanto de menos —susurré al romper nuestro beso, y él me acarició la mejilla.

—Yo también. Toby lloró bastante —añadió, risueño—. Yo también.

Sonreí, incómoda, hasta que Nathan le dio un golpe en la espalda.

—Luego habláis. El entrenador quiere hablar con nosotros y después estamos libres.

Algunos niños le pidieron el autógrafo a Nathan junto a Trey, soltando gritos emocionados, y algunos adolescentes hicieron cola también, y mi *novio* me sonrió.

—Espérame para salir, por favor. Tu padre seguro que no ha terminado —pidió, apretándome los dedos mientras una niñita le pinchaba la barra de la camiseta, intentando llamar la atención mientras se estiraba por la división, casi colgándose.

—Cuenta con ello. Dale un poco de atención a tus fans. —Le guiñé un ojo, y su sonrisa se hizo más grande mientras yo me alejaba y volvía a sentarme en la grada, al lado de una Chloe que estaba con el móvil, tranquila, con los pies en los asientos de delante. Una niñita soltó un gritito emocionado cuando Trey consiguió un disco y se lo entregó.

El estadio se fue vaciando poco a poco, y solo cuando estaba casi completamente vacío, Trey apareció por las puertas ya sin el guardia.

—Los chicos se van al bar a celebrarlo, Chloe —le dijo a ella mientras yo sacaba la llave de la moto del bolsillo de uno de sus abrigos, que me había llevado.

Trey volvió a ponerse el traje que había usado para el partido, pero se llevaba consigo la bolsa de viaje enorme con el toro de Northride dibujado, además de dos palos y su casco.

Ella hizo morritos, pero yo le sonreí.

—Vete ya, Trey y yo necesitamos hablar.

Ella me sonrió antes de mirarlo a él.

—Perdón por ayudar a engañarte un poquito, pero fue necesario. —Él se rió, incrédulo, mientras ella le daba un golpecito juguetón en la espalda; él la agarró para un abrazo de lado y negó con la cabeza mientras ella echaba a correr para seguir a algunos de los chicos de Northride, llamando a Brian, que le sonrió con flirteo inmediatamente.

Dios mío, de verdad que no perdían el tiempo. Debía de ser un requisito para ser jugador de hockey.

Trey decía que Tracey se parecía mucho a su madre, pero aquel abrazo fue toda Luzia traducida en el hijo.

Volví la vista a Trey, le mostré la llave de la moto y vi su sonrisa preocupada.

—Dime que condujiste con cuidado.

Hice una mueca, y él negó con la cabeza al coger la llave y señalarme para que saltara por encima de la división cerrada de la grada. Me escurrí por encima, y en un segundo ya me había tirado hacia él: me levantó del suelo y me enredó las piernas en su cintura.

—¿Qué pasó? —preguntó, sosteniéndome los muslos con la mano libre. Me apreté contra él, hundiendo la boca en su cuello y respirando muy hondo. Se había duchado después del partido y él olía a jabón barato, pero su colonia aún estaba por algún lado.

Qué ganas de llorar. Solo llorar. De alivio. Felicidad. Por un "por fin". Yo *por fin* podía respirar.

—Los manipulé para que confiaran en mí y me entregaran los medios para conseguir todas las pruebas. Mi abuela tenía contacto con un investigador que ya debe de haber asumido el caso y debe de estar a punto de detener a toda mi familia. Tengo pruebas contra mis padres y Aaron, y creo que Andrew va a meterse en un lío con la justicia también cuando empiecen las declaraciones —expliqué.

Trey sonrió, me besó la punta de la nariz y me soltó. Yo cogí los palos para que él pudiera cogerme la mano, y fuimos hacia la salida del estadio.

—Andrew vino a hablar conmigo hace dos días —dijo Trey—. Tenía la grabación de la cámara interna del coche. Del día del accidente. —La voz le salió quebrada y pesada, y yo sabía que, obviamente, la había visto—. Sacó el trayecto que hicieron y la discusión de mi hermana con Aaron, que terminó segundos antes de que él hundiera el coche en el río. Pero me dijo que esperara antes de llevarlo a la policía; dijo que me arrepentiría si lo llevaba ese día.

—Yo no lo sabía —dejé claro—. Drew nunca me habló de esa grabación.

—Me dijo que tú no lo sabías, sí. Te lo ocultó porque no quería que vieras lo que yo vi, e hizo bien, Aurora. Los últimos minutos de vida de mi hermana fueron aterradores. Solo te haría daño.

Solté un suspiro, apretándole los dedos.

—Lo siento mucho, Trey. De verdad.

Él asintió, con el ceño fruncido, como si estuviera encajando las piezas.

—Aurora, fue una locura que permitieras aquello contra ti misma, no sé qué... —Negó con la cabeza mientras yo hacía que nos paráramos al llegar a las puertas del estadio.

Le apoyé la mano en la cara, acariciándolo ahí. No se había afeitado, tenía ojeras y claramente estaba mal por la situación, pero aun así era el Trey que yo conocía.

—Perdóname, de verdad, por mentirte —le dije, mirándolo a los ojos—. Por no contarte lo que planeaba hacer, pero necesitaba que tu rabia y tu rencor fueran sinceros. Necesitaba que vieras lo que Aaron me hizo a mí para que pudieras pelear y hacer que él confiara en mí, porque yo tendría que tomar partido delante de él. Tendría que elegirlo a él y no a ti, justo delante de él. Aunque la verdad sea que *te elijo a ti*. Desde que supe lo que pasó con Tracey.

Negó con la cabeza.

—No tenías que haber recibido una paliza para eso, *gatita*.

Solté una risita.

—Sí, tenía. Porque grabé toda la agresión, igual que él confesando cómo mató a tu hermana.

Trey se paró, sorprendido.

—¿Eso ya no sería prueba suficiente? —dijo, con la nuez subiéndole y bajándole por el nerviosismo.

—Sí y no. Yo quería asegurarme de que mis padres fueran arrestados por todo lo que hicieron juntos también, y sabía que había mucho más cuando encubrieron el crimen; además de que necesitaba asegurar que Aaron fuera juzgado por premeditar el crimen. Todas esas pruebas estaban en la caja fuerte de mi padre, que robé hace horas, mientras él estaba en un avión volviendo a Boston y mi madre estaba en un congreso dando su discurso. Fingí que eras tú y aumenté la ira de mi familia contra ti, precisamente porque necesitaba que todos ellos vinieran al estadio.

Él me miró con curiosidad.

—Aaron no jugó esa noche.

—No —confirmé—. Pero la policía sabe que mi familia entera estaría aquí y, por eso, deben detenerlos antes de que acabe la noche. Me imagino que Aaron no jugó porque llegó tarde. Intentó asesinarme por el camino, creyendo que eras tú.

Trey se rió, incrédulo.

—Aurora, podías habérmelo contado.

—Y tú me habrías impedido hacerlo.

Suspiró, resignado, pero asintió.

—Lo habría hecho. Fue arriesgado. Fue un riesgo que no debías haber corrido.

—Pero lo corrí, estoy segura y sin haberme hecho daño, por lo menos no después de la paliza. Conseguí destruir a mi familia de dentro hacia fuera.

Levanté las cejas, y él puso morritos de enfado, mirando al vacío.

—Fue Andrew el que medio dio la idea sin darse cuenta, en realidad —continué—. Y fue cuando empecé a entender que necesitaba usar lo que tú sentías por mí para derribar a mi familia. El caos inicial fue eso. Fue la falta de conversación también, porque si mi hermano hubiera cuestionado un poco la situación y no se hubiera mirado solo a sí mismo, habría notado que tú nunca perderías la cabeza para protegerme si no te importara. Y todo lo que le dije fue que tú solo me habías llamado para hablarme de Tracey. Sus gestos no cuadraban con los hechos que Aaron sabía, pero no se paró a pensar en eso. Qué bien.

—Dios mío, eres un demonio —dijo con una risa, apretándome contra él y besándome la frente.

—Sí. Pero fue el último caos que causé —dije, riéndome, pero hablaba totalmente en serio—. Decidí que después de todo esto, solo quiero vivir una vida pacífica con la mayoría de los miembros de mi familia en prisión. Quiero estudiar, ser la novia del jugador con futuro prometedor, salvar animales y vivir mi vida, ¿sabes? Solo eso. Quiero enterrar a mi familia en el pasado y vivir mi vida.

Sonrió, asintiendo.

—Te perdono con una condición.

Fruncí el ceño, pero asentí.

—Que no vuelvas a esconderme nada nunca más, Aurora. Lo digo en serio. Fue terrible. Me sentí una mierda. Me sentí usado. Sabía que había algo mal, sabía que debía implicar más que tú simplemente hubieras decidido que ya no querías nada, porque sabía que era mentira y no eras tú, pero no sabía qué era. Estaba a oscuras, sin entender qué le había pasado a mi mujer. Todo mezclado con los partidos, con el miedo de no verte nunca más, con el miedo de que te pasara algo mientras yo tenía que preocuparme por mis exámenes finales. Fue terrible.

Sonreí.

—¿Tu mujer?

—Claro. Eres la mujer de mi vida. ¿No es obvio?

Negué con la cabeza, limpiándome las lágrimas en el rabillo de los ojos con el dorso de la mano porque entendía cómo se sintió, pero debió de haber sido mucho peor para él.

—Lo prometo. Y juro que voy a intentar dejar de sabotear la mayor cantidad de cosas posible. Apuesto a que mi psicóloga va a intentar ingresarme después de todo esto.

Se rió, negando.

—Entiendo tu plan. Tiene sentido. Pero podríamos esperar más para tener nuestra libertad.

—No, no podríamos —susurré—. No nos merecíamos eso, Trey. Merecemos la libertad y vivir nuestras vidas sin la sombra de mi familia siempre persiguiéndonos. Merecemos, sí, cumplir nuestros sueños.

—Siempre pensé que sería yo quien resolvería todo el caso de mi hermana —se quejó, incómodo, y eso me hizo reír—. Pero luego fuiste tú y te marcaste esa jugada maestra. No se puede negar que fue brillante*. Y peligrosa.*

Solté una carcajada.

—Creo que hoy aún vamos a acabar en comisaría por ese mismo motivo —avisé.

Se encogió de hombros.

—Por mí, bien. Tengo muchas ganas de partirle la cara a tu padre, por cierto. Tu hermano me contó *varias* cosas interesantes.

—¿Andrew?

—Él mismo. Tengo mucho que contarte, *tapita*. —Se me cayó la mandíbula con el apodo que solo mis hermanos me llamaban.

Corrección: mi hermano. El otro había muerto de verdad aquella noche para mí.

—¡NI DE COÑA! —grité, y Trey se rió tirando de mí para sacarme del estadio.

Nuestras risas murieron en cuanto el viento helado de la noche de invierno nos golpeó, junto con mi padre y sus brazos cruzados, frío, esperándome.

—Zorra traidora de mierda —gruñó mi padre, acercándose—. Aaron tendría que haberte matado y meterte en el mismo agujero que aquella patinadorcita que ya se pudre en el infierno.



43
¿Quieres el apellido?
Aurora

Mi padre intentó preparar un puñetazo, pero no pudo. Apenas había terminado de hablar cuando Trey se abalanzó sobre él, cumpliendo su mayor deseo en ese instante: partirle la cara a una leyenda del hockey, que, por casualidad, también era mi padre.

Suerte la del "señor Montclair" que era yo quien estaba sujetando los palos, porque el golpe habría sido mucho peor.

Mi madre soltó un grito de shock cuando Trey tiró a mi padre con dos puñetazos seguidos, lo levantó por el cuello y le hundió el puño en la cara otra vez antes de empujarlo con fuerza lejos de nosotros.

—Duele cuando intentas pegarle a alguien de tu tamaño, ¿eh, hijo de puta? —dijo, riéndose con malicia. Mi padre escupió sangre al suelo, mirándolo con odio.

—¿Quién te crees que eres, mierdecilla? Tu futuro en la liga se acabó.

Trey se rió.

—Ya no, Arthur. Andrew, *tu* hijo, me entregó todas las pruebas que necesito para solicitar una investigación de *tu* conducta. Por lo visto, nunca me seleccionaron en el draft no porque nadie tuviera interés, sino porque moviste tus hilos para que pareciera que yo era una elección arriesgada.

Tenía la boca abierta. Tenía sentido, claro, y no debería sorprenderme, pero aun así fue otra puñalada en el pecho.

¿Qué maldita familia era aquella?

¿Eso era lo que Andrew y Trey habían hablado? ¿Por eso parecían bien?

Mi progenitor se rió, como si no se lo creyera, pero había una chispa de algo nuevo en su mirada. Miedo.

Estaban acorralados. Mi padre, mi madre, Aaron.

—Cariño, llama a la policía, voy a poner una denuncia por esta agresión —le pidió a mi progenitora, que asintió, sacando el móvil de

su bolso de marca, pero no haría falta.

Se acercaba un par de policías, y me moví cerca de Trey, desconfiada porque los policías no se habían puesto de su lado en los últimos años.

—¿Arthur y Miriam Montclair? —preguntó el policía, y mis padres asintieron—. No hará falta llamar a la policía: les acompañaré a comisaría. Están detenidos por participación en el asesinato de Tracey Hartley, malversación de fondos públicos, corrupción de funcionario de la seguridad pública y varios otros delitos que les informará el investigador, y tienen derecho a guardar silencio. Si no pueden permitirse contratar a un abogado, el Estado les proveerá uno.

Apoyé la cabeza en el hombro de Trey como si estuviera viendo una película, observando cómo se le rompía la expresión a mi madre, igual que la cara de mi padre se quedaba clavada en shock.

—Te dije que sería el último partido de hockey que verías, *papá* —dije, tranquila.

El policía hizo un gesto hacia dos coches patrulla, de donde venían algunos otros agentes, y luego miró a Trey.

—Voy a tener que llevarlo a comisaría también, señor Hartley, por agresión.

Trey asintió, tragando saliva mientras me miraba, pero yo me encogí de hombros.

—El abogado de mi abuela ya está en Boston. —Le sonreí al decirlo—. Imaginé que necesitaríamos uno.

Él se rió, sorprendido, me besó la frente antes de mirar al policía, soltando el aire.

—No me meta en el mismo coche que ninguno de los dos; es mejor evitar un nuevo intento de asesinato —le pidió Trey al policía.

—¿Por qué matarías a uno de nosotros? —se burló mi madre, sin poder seguir la regla del "derecho a guardar silencio".

¿Era consciente de que iba a perder el cargo o todavía no le había caído la ficha?

—No me fío de que haya ningún Montclair en el mismo coche que un Hartley. Por mí es por quien me preocupo —declaró mi novio.

Puse morritos mientras observaba la escena, y apareció un tercer policía para llevarse a Trey, que me miró con una sonrisa maliciosa antes de susurrarme al oído:

—No vas a ser *Montclair* por mucho tiempo, *gatita*. —Y, guiñándome un ojo, lo llevaron hacia una patrulla, dejándome incrédula mirando la escena, junto con una bolsa enorme y todo su equipo de hockey, además de la llave de la moto colgando entre mis dedos.

Abrí y cerré la boca, intentando procesar aquello. Si me estaba pidiendo matrimonio, definitivamente se iba a llevar un "*no*", porque yo *definitivamente* no iba a decir "*sí*" con una petición cutre de esa manera. Tenía que ser, como mínimo, lejos de mi familia. No quería nada que los involucrara cerca de mi felicidad.

Y faltaba el anillo.



—Hola, abuela —dije, nerviosa—. Entonces, ¿te acuerdas de cuando contaste que el abuelo fue a pagar tu fianza?

Me paseaba de un lado a otro en comisaría, la definición de nerviosismo, con Nathan justo detrás de mí, siguiéndome como una sombra. Brian estaba allí también, igual que Josh, sin hablar de Chloe. Cuando empezaron a llegar, tuve que pedir que no viniera ningún otro miembro del equipo; de lo contrario, la recepción de comisaría empezaría a llenarse.

—Sí, claro. —Se rió al otro lado—. *Espera, ¿te han detenido? Dime que no hiciste nada fuera de lo planeado...*

—No —dije, riéndome de nervios—. A Trey sí. Rehicimos tu historia al revés. Pero necesito dinero para la fianza —comenté, incómoda—. Están pidiendo tres mil.

—¿Tres? ¡Qué robo! Solo porque tu padre es influyente, apuesto.

—Bueno, Trey le metió un puñetazo en la cara, creo que tiene sentido. Tres puñetazos, en realidad. ¿Quizá sea mil por hostia?

Mi abuela se rió de mi broma.

—Voy a mandar al abogado a comisaría con el dinero. ¿Necesitas algo más o puedo, por fin, dormir?

—No, abuela —respondí con otra risa nerviosa—. Solo llamaba para avisar de que Aaron, Andrew y mis padres están siendo interrogados ahora mismo. Parece que ninguno de ellos puede salir esta noche con fianza porque quieren interrogar a todos sin que tengan oportunidad de ajustar la narrativa entre ellos, algo así. Creo que Aaron no tiene derecho a fianza. Hablé rápidamente con tu amigo investigador y me dijo que debo ser llamada en los próximos días para testificar sobre todo y esa tontería que ya sabíamos.

—¿Entonces aceptaron todas las pruebas?

—La mayoría, por lo que entendí. Sé que tuvieron que detener a algunas personas porque corría el riesgo de que hubiera obstrucción de justicia, como algunas personas conectadas al ayuntamiento o a la comisaría de Weston.

—Tiene sentido. Ya hubo obstrucción antes.

—Exactamente. En fin, cuanto antes puedas mandar al abogado, te lo agradezco, abuela. Estoy agotada y tengo muchas ganas de que él se vaya a casa todavía hoy.

—Cuenta con ello, querida. Me alegra que todo haya salido bien y que lo hayas conseguido. Voy a reservar un vuelo para ir a verte y ayudarte a mirar pisos nuevos para ti.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias, abuela —me salió en un susurro dolido—. Gracias de verdad.

Quería llorar. Eso solo había sido posible porque ella no era como mi padre. Porque a ella de verdad le importaba yo como algo más que una forma de conseguir éxito y la familia perfecta. Le importaba yo como a una abuela le debería importar.

Se rió al otro lado, pero vi que le salió quebrado también.

—Solo hice lo que tus padres deberían haber hecho por ti. Me arrepiento muchísimo de no haber previsto todo esto.

—No había forma de saberlo, abuela. —Me limpié las lágrimas que me bajaban por la cara—. Pero gracias por confiar y creer en mí. Yo también te quiero, y te estaré esperando en Boston, entonces.

—Hasta luego, mi amor.

Colgamos y, al segundo siguiente, Chloe me abrazó, mirándome la cara.

—Ahora sí se acabó. —Se rió conmigo, y yo la abracé fuerte—. ¿Va a pagar la fianza?

—Ajá. En realidad, pensó que era para mí.

Nathan se rió.

—Yo pagaría por verte pegándole a alguien, no lo voy a negar —dijo, sonriendo mientras me daba unas palmaditas en el hombro.

Pasaban de las once de la noche y los policías informaron de que, dadas las circunstancias, aceptarían que la fianza se pagara todavía aquel día, porque mi novio estaba esperando en la celda provisional al lado de la de mi padre, las únicas libres en el lugar, así que no querían mantenerlos más cerca de lo necesario.

Las noticias salían todo el tiempo, y Josh y Chloe me las iban pasando.

ARTHUR MONTCLAIR, LA LEYENDA DEL HOCKEY, DETENIDO POR PARTICIPACIÓN EN EL ASESINATO DE LA EXNOVIA DE SU HIJO, AARON MONTCLAIR

Aaron Montclair fue detenido en el estadio en el que debía jugar un partido de hockey universitario por Scadelton University.

MIRIAM MONTCLAIR, ALCALDESA DE WESTON, BAJO CUSTODIA POR USO DE RECURSOS PÚBLICOS PARA ENCUBRIR EL ASESINATO COMETIDO POR SU PROPIO HIJO

Está siendo investigada por participación en un asesinato, corrupción activa y pasiva y uso indebido de recursos públicos, además de acoso político.

AARON MONTCLAIR, JUGADOR DE HOCKEY CON CONTRATO GARANTIZADO EN LA NHL, DETENIDO ESTA

NOCHE TRAS PARTIDO UNIVERSITARIO POR EL ASESINATO DE SU EXNOVIA

Tracey Hartley murió en un accidente de coche causado por Montclair hace dos años, y la investigación se cerró tras declarar que las pruebas indicaban que Aaron cometió un error al conducir, sin culpa. El caso se reabrió hace horas, en la tarde de hoy, martes (17), tras recibirse pruebas pertinentes por parte de un investigador.

LA FAMILIA MONTCLAIR Y EL POSIBLE JUICIO DEL AÑO: SIGA LA LÍNEA TEMPORAL DE LA DETENCIÓN DE ARTHUR, MIRIAM, ANDREW Y AARON MONTCLAIR Y POR QUÉ LA HIJA MENOR FUE LA ÚNICA EN NO SER DETENIDA

Horas antes de que la policía llegara al estadio de la Universidad Northride, donde ocurrió el clásico del hockey universitario entre Northride y Scadelton, Aurora Montclair hizo una publicación declarando que posiblemente habría sufrido un intento de asesinato de su propio hermano, Aaron Montclair, aquella tarde.

Los periodistas eran rápidos. ¿Cómo conseguían esa información en tan poco tiempo?

Por lo menos había una foto bonita. Era de Trey y yo besándonos después del partido; ni vi que hubiera periodistas allí. Había una mía viendo el partido, emocionada, y una de Trey mirando hacia donde yo debía estar en las gradas.

LA CAÍDA DE LA FAMILIA MONTCLAIR Y POR QUÉ TIENE RELACIÓN CON LA FELICIDAD DE AURORA MONTCLAIR, LA HIJA MÁS JOVEN

Aurora Montclair, que raramente estuvo en el foco, parece haber sido la causa de que todas las pruebas contra su familia llegaran a manos de la policía, reabriendo la investigación de la muerte de Tracey Hartley, que falleció en un accidente de coche hace dos años, y hermana de Treyton

Hartley, jugador de hockey en la NCAA y, al parecer, novio de Aurora. Se la vio sonriendo al salir del estadio de Northride con el equipo de Treyton Hartley.

VEA EL VÍDEO DE LA DETENCIÓN DE AARON Y ANDREW MONTCLAIR: ¡LOS HERMANOS FUERON LLEVADOS EN COCHES DIFERENTES POR ESTAR PELEÁNDOSE!
También puede ver la detención de Miriam y Arthur Montclair, que fueron conducidos sin resistirse. Treyton Hartley también fue conducido a comisaría tras discutir con su aparente suegro. Aurora Montclair acompañó al traslado del novio, no al de la familia.

El abogado llegó casi cuarenta minutos después, mientras yo me mordía las uñas por el tiempo que tardó, pero me imaginé que habría tenido que pasar por el banco antes para sacar la cantidad y, en cuanto llegó, solo me saludó, entró a hablar con los policías y salió casi media hora después con mi novio.

De traje, con una mirada provocadora y egocéntrica, y sonriendo abiertamente al verme allí, Trey vino directo hacia el grupo que lo esperaba.

—Perdí mi "sin antecedentes" y aun así estoy sonriendo de oreja a oreja. —Trey se rió al abrazarme, saludando a Nathan con un choque de manos a la vez. Brian soltó una risa al darle un empujón en la espalda, que apenas lo movió.

—No necesariamente ha perdido su "sin antecedentes", señor Hartley —declaró el abogado de mi abuela—. Alegué en la exposición de su defensa que usted defendió a Aurora de agresiones recurrentes y, como ella ya había enviado pruebas de las agresiones de su propio padre, tenemos justificación plausible suficiente para que el caso se archive y ni siquiera llegue a juicio.

Brian aspiró con malicia, asintiendo.

—Y así es como una leyenda del hockey se convierte en un bosta.

El abogado fingió no oír la provocación, aunque lo vi contener una sonrisa al mirarme.

—Es un placer por fin conocerla en persona, señorita Montclair. ¿Su abuela le informó de que la estaré acompañando en el juicio de su hermano, en caso de que sea necesario que usted haga alguna declaración? A usted también deberían llamarla mañana para dar su declaración, y estaré aquí. El comisario me pidió que le informara de que será solo por la tarde y de que debe prepararse para un circo mediático.

—No sabía nada de eso, pero gracias por avisar —dije, tranquila, aunque el corazón nervioso volviera a asomar. ¿Circo mediático? Era de esperar, pero no me gustaba aquello.

Después de eso, se despidió y se fue, y Trey soltó el aire.

—No me creo que hayas pagado tres mil de una tacada, solo para que yo saliera esta noche —dijo.

Me encogí de hombros, mirándolo de lado y con una sonrisa en la cara.

—Mi abuela siempre dice que es millonaria y que va a morir sin conseguir gastarse todo el dinero; solo la estoy ayudando con eso. Pero me alegra que los cargos contra ti vayan a quedar en nada.

Chloe se rió, asintiendo.

—¿Vamos al bar o a casa? —bromeó, apoyándose en Brian como si fueran un anuncio de bar cutre con vasos invisibles levantados—. Esto merece una celebración, tío. Os la merecéis vosotros dos.

Trey tomó aire, mirándome. Claramente tenía energía para ir, y yo me encogí de hombros.

—Estoy agotada, pero creo que lo merece —admití.

Antes de ir a comisaría, dejé las cosas de Trey en la fraternidad, y luego corrí allí para intentar averiguar la situación, después de pedir un coche porque no quería andar por ahí conduciendo la moto. Como se lo dije a Chloe y ella estaba con el equipo, ellos empezaron a llegar.

Y allí estábamos. Todos metidos en el coche de Nathan, apretados, yendo a un bar de calidad dudosa a encontrarnos con su equipo.

Me acomodé en el regazo de Trey, que soltó una risa ronca en mi oreja, apretándome la cintura.

—Para ya —gruñó contra mi piel—. Se me va a poner dura en medio de todo el mundo. Tres semanas sin ti, Aurora.

Giré la cara hacia él, risueña, asentí y dejé de moverme encima de él, pero le di un beso lento que hizo que me apretara la cintura con ganas.

—Deberías vestirte de diablita el próximo *Halloween* —gruñó entre nuestros labios.

Abrí una sonrisa de lado, engreída. Trey negó con la cabeza, bufando al mirar algo que no fuera yo.

—Entonces, novata de Northride —bromeó Nathan desde el volante—. Joder, ¿cómo conseguiste ocultarlo tanto tiempo? Yo creo que habría ido gritando por ahí.

Solté una carcajada.

—Yo quería. Chloe y yo gritamos bastante —dije—. Andrew lo oyó —le dije a ella, y ella aspiró, sorprendida—. En fin, yo... Sí. Novata.

Sentí la sonrisa de Trey contra mi cuello, besándome ahí y solo apretándome contra él, claramente sin planes de soltarme en toda la noche.

—¿Crees que nos aceptan en el trote? —preguntó Brian.

—Estoy seguro de que Lily consigue unas entradas —afirmó Josh.

Eso me hizo reír.

—Sois jugadores de hockey universitario, es más fácil dudar de que *no* os aceptarían —dije.

Chloe se rió desde el asiento del copiloto, asintiendo.

Cuando llegamos al bar, Edward soltó un silbido alto, riéndose mientras me señalaba.

—¡Así que esta es la novia secreta! —Se rió, y vi la cabeza de Lily aparecer entre la gente en la mesa que parecía ser del equipo de Northride, mirándome.

Había mucha gente y varias personas parecían sorprendidas de vernos allí; algunos incluso sacaron fotos, quizá para mandarlas a los periódicos que estaban cubriendo la detención de todo el mundo.

—¡No puedo creer que me engañaras todo ese tiempo, Aurora! —se quejó Lily cuando nos acercamos a la mesa.

Solté una risa nerviosa, incómoda.

—Perdón —dije, sincera—. Pero admite que tú medio lo sabías y solo fingiste que no —la provoqué.

Ella se rió, asintiendo.

—Sí. ¡Fue difícil *no* reconocerte con el disfraz, teniendo en cuenta que *somos amigas!* —Y me dio un golpe en la nuca, haciéndome reír, pero vi que estaba genuinamente feliz.

Patrick, que se había apartado después de que Trey *hablara* con él unas semanas antes, solo sonrió, saludándome desde lejos.

Trey me había dicho que él "sabe que es un babaca, pero va a mejorar y evitar meterse donde no lo llamaron", así que le dio una segunda oportunidad; pero si volvía a hacer alguna mierda, se iría al banquillo, porque, obviamente, ir por ahí soltando cotilleos sobre sus compañeros de equipo no era la mejor forma de crear confianza entre ellos. Por eso se había apartado un poco, *por miedo* a la conversación con Trey.

Mi novio era el capitán, al fin y al cabo.

Trey sonreía de oreja a oreja, manteniéndome las manos encima todo el tiempo, y yo me apoyé en él, mirándolo de lado, cuando dejamos de ser el centro de atención y la celebración volvió a ser sobre el partido y sobre que, por fin, habían vencido a Scadelton.

Yo siempre diría: aquella victoria sería la primera de muchas. De verdad lo creía.

Aunque las noticias sobre mi familia habían opacado gran parte del mundo del deporte aquella noche, aun así había noticias sobre la victoria de Northride contra Scadelton y sobre los goles fenomenales, uno de ellos, incluso, siendo de mi novio.

—Entonces, sobre el apellido... —lo provoqué, sintiendo esa risa rica reverberar en mí, ya que yo estaba apoyada contra su pecho.

Me giré, quedando frente a frente y pasándole las manos por la cintura también.

Él sonreía, medio burlón, medio feliz de la vida. Le brillaban tanto los ojos que yo sabía que los míos estaban igual.

—Es solo algo que pensé. Creo que deberíamos esperar, pero sé que eres la mujer de mi vida y no veo la hora de ponerte un anillo en el dedo, esa es la verdad.

Me mordí el labio, sonriendo aun así y viendo su sonrisa.

—¿Quieres el apellido? —preguntó, curioso—. Entiendo si no quieres cambiar, Aurora.

Me encogí de hombros.

—Primero tienes que hacer la pregunta en serio, dentro de unos años —lo provoqué, apretando los dedos contra él y sintiendo la risa otra vez.

—Vale —aceptó, relamiéndose—. Futura señora Hartley —me provocó, y yo me reí.

—No lo confirmé —lo provoqué de vuelta.

—Lo sé —asintió—. Pero tengo ganas de ese día. Del día del "sí" al matrimonio, del día del "sí" en el altar, de la firma de un contrato en la NHL, de tu graduación, de cuando nazcan nuestros hijos.

—¿En plural? —pregunté, en una provocación suave, risueña.

Se encogió de hombros.

—No quiero tener un equipo de hockey, pero ¿qué te parece una parejita? —provocó, pero vi que estaba curioso por lo que yo iba a decir.

—Nunca hablamos de eso —dije, dándome cuenta.

Él asintió.

—Estaba esperando el momento en que pudieras soñar. —Había sinceridad en su voz, y eso me apretó el corazón de una manera buena—. Que pudieras pensar en lo que realmente quieres.

Sonreí de lado.

—¿Para qué equipo te gustaría jugar y ganar los *playoffs* de la NHL? —pregunté.

Él tomó aire, mirando al vacío.

—Admito que tengo muchas ganas de jugar con los Bruins. Quiero darle una *Stanley Cup* a ellos. Pero también quería que mi padre me viera ganando con los Leafs.

—Bueno, independientemente de en qué *país* vayamos a vivir cuando estemos casados —dije, haciéndolo reír, porque los Toronto Maple Leafs eran un equipo canadiense—, creo que mi sueño no cambia. No sé cuántos niños; nunca lo pensé porque no podía pensar en niños teniendo a mis padres como abuelos. Pero hoy, creo que estaría bien. Criarlos para que tengan una vida sana y solo sean ellos mismos.

Trey sonrió, y me dio un beso leve; yo me reí al apartarlo.

—No he terminado —susurré lo que pude por el ruido a nuestro alrededor—. De verdad pensé en abrir un refugio de animales. En rescatarlos y también ayudar a familias pobres con procedimientos que no podrían pagar con veterinarios a costes tradicionales. Hacerlo todo a precio de coste, ¿sabes? —Él sonreía cada vez más—. Claro que para eso tú necesitarías tener un contrato a largo plazo con un equipo, para que yo pueda abrir una clínica-refugio de ese estilo, pero apuesto a que si ganas el *Hart Memorial Trophy*[16], van a llover propuestas de ese tipo.

Se rió, como en shock.

—Yo ni siquiera sé si voy a firmar con algún equipo de la NHL, Aurora. Puede que reciba solo una oferta de la AHL.

—Lo dudo. Puedo parecer un poco parcial por decirlo, ya que soy tu novia, pero yo crecí en este ambiente, Trey. Tú tienes talento nato, motivación y entrenamiento. La suerte nos la apañamos, y el dinero lo conseguimos.

Sonrió, asintiendo.

—Voy a intentar pensar en positivo como tú —dijo—. Sé que tengo posibilidades, pero el "pero" siempre me hace vacilar.

—Está bien tener los pies en la tierra —asentí—. Tú los tienes. Pero ahora, con la investigación encima de mi padre —le piqué la cintura, y eso hizo que sonriera aún más, porque él no había comentado nada, aunque no tuvimos tiempo para eso—, creo que las cosas van a cambiar.

—Las cosas ya están cambiando —dijo, acercando nuestras caras otra vez—. Estamos juntos y en público, antes del final del semestre, contigo a punto de entrar en el grado que siempre quisiste, solo que no lo sabías.

Tuve que asentir.

—Soñar es bueno, cumplirlo es mucho mejor —admití, viendo su sonrisa antes de que bajara la cara y me besara.



44
¿Demasiada emoción para una sola noche, Hartley?

Aurora

—Me siento el hombre más realizado del mundo haciendo esto —gruñó Trey entre el beso, presionando su cuerpo contra el mío mientras me apretaba en sus brazos en su propio dormitorio, sujetando el uniforme del equipo—. Debería ser algún tipo de pecado que lleves mi camiseta.

Reí entre el beso, y él me la arrancó, lanzándola lejos.

—Sé que me estoy saboteando, pero parece una locura estar feliz, ¿sabes? —comenté—. Como si fuera a pasar algo y…

Negó, acariciándome los labios con el pulgar.

—No va a pasar. El abogado lo confirmó, ¿no? La policía y aquel investigador también. Probablemente los mantendrán en prisión preventiva hasta el juicio por la influencia de la familia. ¿Olvidas que también soy estudiante de Derecho? La ley está de nuestro lado aquí —aseguró—. Y si pasa algo, estoy justo aquí. Estamos juntos y *puedes* contarme las cosas.

Asentí, suspirando.

—Olvídalos, Aurora —pidió, serio y preocupado—. Tu familia ya te ha hecho suficiente daño, *gatita*.

—Tienes razón —solté el aire, pasando las manos por su cuello y presionando mi cuerpo contra el suyo. Acaricié su rostro, sintiendo la barba raspar mientras sonreía, acercando el rostro al mío e iniciando un beso.

Fue lento, tranquilo, profundo. Era un beso que decía "te amo". Seguro, cómodo. Un beso que echaba de menos y, al mismo tiempo, decía que él también me echaba de menos.

Correspondí, profundizando el contacto mientras hundía los dedos en su nuca, subiendo por su pelo, con la otra mano arrancándole el traje, dejándolo solo con la camisa social arrugada.

Empecé a desabrocharla, arrancándosela y besando su cuello, bajando hasta el pecho.

—Joder, si me la chupas, creo que me va a dar un infarto —se quejó mientras yo bajaba los besos por su sendero de la felicidad, arrodillándome.

Solté una carcajada, abriendo el pantalón y bajando el calzoncillo a la vez.

—¿Demasiada emoción para una sola noche, Hartley? —provoqué, acariciando su polla, que empezaba a endurecerse de nuevo, después de haber logrado *calmarse* en el bar, horas antes.

—Sí. —Me sujetó el pelo, levantándome el rostro hacia él—. Joder, eres preciosa, Aurora. Y eres *mía* también.

Él mismo apartó de una patada sus zapatos, pantalón y calzoncillo.

Sonreí de lado, mordiéndome los labios y acariciando su polla desde la base hasta la cabeza, sintiéndola endurecerse cada vez más, y luego besando su cintura y bajando los besos hasta alcanzar la cabeza de la polla, besándola ahí y bajando hasta sus huevos, chupando cada uno y oyendo el gemido nervioso mientras se apoyaba en mí.

—Joder —se quejó, incómodo.

—¿Por qué pareces enfadado? —pregunté, riendo al apartar el rostro y mirarlo.

—Porque quería ser yo quien te hiciera gemir primero. —Eso me hizo reír aún más.

—Hoy no, capitán. Hoy voy a pedir disculpas por segunda vez.

—Joder —gruñó, y volví a chuparle los huevos, lamiendo hasta alcanzar su polla, oyéndolo soltar el aire con dificultad.

Metí la puntita en la boca, sintiéndola endurecerse cada vez más mientras movía las manos por toda su extensión, lamiendo ahí y fijando los ojos en su rostro, encontrándolo con los dientes apretados y los ojos cerrados. Me lo metí entero en la boca, sintiéndolo hasta el fondo de la garganta. Me cortó la respiración un segundo, pero lo oí soltar otro taco por el mismo motivo.

Le encantaba cuando iba así de profundo, aunque era cuidadoso para no hacerme daño cuando yo le dejaba el control.

Lo lamí todo, chupando con ganas y sintiéndolo estremecerse contra mí, las manos usando cualquier cosa que pudiera alcanzar para apoyarse mientras yo hundía una de las mías en su muslo, la otra moviéndose por la base y acariciándolo con gusto. Trey soltó un nuevo gruñido:

—Joder, necesito follarte la boca.

Levanté la mirada, arqueé las cejas y retiré la mano. Trey me sujetó el pelo, hundiéndose en mi boca lentamente antes de entornar los ojos, mientras yo seguía mirándolo, chupándolo a modo de incentivo y moviendo la boca por su extensión.

Se hundió cada vez más rápido, gimiendo en cuanto se estremeció, y sentí las lágrimas en las comisuras de los ojos por la profundidad. Lo sentí tensarse contra mí y tener su orgasmo con un nuevo taco.

Un poco escurrió por la comisura de mi boca, pero chupé lo que pude y me levanté mientras me limpiaba la barbilla —en realidad, me levantó él—.

Aún sujetándome el pelo, me tiró hacia arriba y me arrancó la blusa de una sola vez, apartó el sujetador de su camino y empezó a chuparme el pezón mientras lanzaba la prenda lejos, luego besó entre los pechos y bajó por mi vientre, estrellando mi cuerpo contra la pared al segundo siguiente, bajando hasta la cintura de los vaqueros que llevaba y abriéndolos.

En cuanto me los arrancó, junto con las zapatillas, me agarró por la cintura y me soltó en su cama, tirando de las medias térmicas que llevaba y de la braguita también, lanzándolo todo lejos y doblándome las piernas. Solté el aire mientras lo observaba de rodillas en la cama, entre mis piernas y mirándome desde ahí. Entera.

—*Todita mía* —gruñó, recorriendo mi cuerpo con la mirada antes de detenerse en mis ojos—. Joder, Aurora, te quiero para cagarse.

Solté una carcajada.

—Yo también te quiero, Trey, pero ahora mismo estoy más interesada en otra cosa.

Soltó una risita en cuanto una de sus manos soltó mi pierna, bajando por el muslo y yendo a la ingle, subiendo por mi vientre y

alcanzando mi pecho mientras se inclinaba sobre mí; la otra tiró de mi pierna, abriéndome más para él, y me devoró con ganas, lamiéndome desde la entrada hasta el clítoris, arrancándome un jadeo.

—Trey, joder, tu casa está llena —me quejé, mordiéndome la mano mientras enlazaba la pierna en su espalda.

—Saben que te gusta el ruido —desdeñó, chupándome el clítoris al segundo siguiente y arrancándome un gemido alto que ni siquiera mi mano fue capaz de amortiguar.

¡Pero no tienen por qué oírlo!

Me retorció el pezón con la mano que jugaba conmigo; los dedos de la otra se hundían contra la carne de mi muslo, y chupó con ganas.

Trey dibujó un rastro de deseo por mi muslo antes de que sus dedos alcanzaran mi coño también, y se movió sobre mí mientras la lengua jugaba lentamente conmigo, en gestos circulares que me hicieron agarrar la almohada sobre mi cabeza, intentando respirar.

—Tres semanas sin mi polla y estás retorciéndote entera. —Una risita reverberó contra mi piel mientras mi cintura intentaba alcanzar su rostro—. Quizá debería dejarte a dos velas más tiempo.

—No… Aunque… —jadeé, gimiendo cuando dos dedos entraron, moviéndome a la velocidad que Trey quería contra ellos mientras su boca volvía a chuparme, y me estremecí, cerrando los ojos con la presión que surgió en mi coño, el orgasmo casi alcanzándome.

La barba picaba un poco, y sabía que iba a dejar la piel sensible, porque si en ese momento ya estaba así, no quería ni imaginar cómo quedaría horas después.

Me retorció el otro pezón, haciéndome arquear el cuerpo e intentar sentarme, pero hundió los dientes contra mi ingle y solté un gritito de sorpresa por el movimiento brusco; sus dedos se movieron más rápido dentro de mí, como si intentara abrirme para sí mientras me follaba con ellos, haciéndome caer de vuelta sobre el colchón.

—Trey —boqueé, intentando que aumentara la velocidad y al mismo tiempo *parara*, porque sabía que ese orgasmo me derrumbaría.

—¿Qué quieres, *gatita*? —provocó, volviendo a comerme con su propia boca, chupando cada vez con más ganas mientras el orgasmo subía desde mis pies hasta mi coño, pero, al mismo tiempo, parecía venir del punto al que llegaban sus dedos.

—A ti. Tu polla. Quiero correrme con tu polla —gemí cuando hundió el dedo aún más, y la lengua presionó mi clítoris, moviéndose contra él con fuerza, haciéndome soltar un gemido aún más desesperado.

Entonces chupó ahí, tirándome por el precipicio de una vez, haciéndome soltar un grito de sorpresa mientras sentía que todo se estremecía, temblaba y oía incluso cómo *él* gemía, como si estuviera comiendo algo delicioso.

—Te voy a dar el segundo —gruñó.

Y, en segundos, estaba dentro de mí. Duro de nuevo y sujetándome la cintura con fuerza, Trey se hundió en mí, doblándome una de las piernas debajo de él mientras subía la otra hasta su hombro, haciéndome abrir los ojos por la postura.

Iba más profundo.

Tomé aire, alcanzando su brazo e intentando tirar de él hacia mí, pero si lo hacía, creo que me partiría la pierna. *Dios. Mío*. Qué postura tan *deliciosa*.

Mi risa de sorpresa fue cortada por el propio Trey, que hundió los dedos en mi cuello mientras se hundía en mí, sujetándose con mi pierna contra su hombro y yendo *realmente* profundo.

Todo mi cuerpo estaba contraído mientras tomaba aire, la boca abierta en una "o" perfecta, jadeando conforme me tomaba cada vez más profundamente. Me estremecí mientras Trey se hundía en mí, apretando los dedos contra la sábana y su brazo en mi cuello, aspirando aire y sintiéndolo llegar cada vez más hondo. Todo ardía mientras me observaba, los ojos fijos en los míos.

—Joder —gemí cuando bajó la mano por mi pierna hasta mi cintura, apretándome ahí y follándome de verdad.

Trey soltó un gruñido mientras yo me contraía, y supe que estaba a punto de tener su orgasmo, que llegó junto al mío. Esta vez llegó aún más caliente que el anterior, haciéndome gemir su nombre

mientras él gemía el mío, mordiéndome al mismo tiempo que me follaba.

Trey bajó mi pierna, besándome la cintura antes de salir de dentro de mí y deshacerse del preservativo. Luego se estiró a mi lado en la cama y me atrajo hacia él, pareciendo el hombre más satisfecho del mundo, con la respiración pesada y una sonrisa engreída y feliz.

Acerqué nuestros rostros, dándole un beso lento, sintiendo mi propia respiración agitada.

—No me lo creería si me dijeran, hace veinticuatro horas, que ganaría un partido contra Scadelton, te tendría de vuelta, le daría un puñetazo a mi suegro, acabaría en la cárcel con la abuela de mi novia, que hasta entonces era ex, pagando mi fianza y, acto seguido, me follaría a esa misma después de quitarme *mi propia* camisa del cuerpo de ella…

Solté una carcajada.

—Es bastante específico. No me lo creería.

Él soltó una risa al apretarme en sus brazos, besándome el hombro.

—Prométeme que, si algo así pasa en el futuro, lo resolveremos juntos y sin *forzar* una ruptura —pidió, paseando los labios por mi piel—. Podemos manejarlo y mentir a los demás, si hace falta.

Asentí, apoyándome en él y en su pecho, besándolo ahí también y chupándolo a continuación, oyendo su risa agradable mientras las manos bajaban cariñosamente hasta llegar a mi culo y apretarlo, abriéndome para él de una forma *nada* cariñosa.

Me estremecí por el deseo que volvió a subir, y supe que quizá nuestra noche sería larga.

—Lo prometo. Pero no hará falta. —Sonreí al levantar el rostro—. ¿Tienes clase mañana? —*Porque quiero quedarme despierta toda la noche.*

Negó, sonriente.

—Solo entrenamiento. El entrenador no nos da descanso después de las victorias en esta época del año, porque ya tendremos dos semanas de vacaciones en Navidad y Año Nuevo. Y ya lo tengo todo aprobado, así que sin clases —provocó, malicioso—. ¿Y tú?

—Tengo un examen final mañana por la mañana —dije, tranquila, viéndolo mirarme mientras contenía una sonrisa—. No voy a hacerlo. Pienso sacar un cero.

Sonrió aún más, negando con la cabeza.

—Aurora Hartley…

Le empujé el hombro, y él rió todavía más.

—*Aurora*, solo Aurora. *Gatita*. Mi Aurora —bromeó, y yo le sonreí —. Por fin en mi cama sin tener que escondernos. Por fin en público. Por fin en un partido mío y besándome después de una victoria.

—Por fin libre. —Sonreí, tímida—. Por fin pudiendo sentir ilusión por descubrir más de mí misma. ¿Has probado el sesenta y nueve? —solté de golpe, y él soltó una carcajada, asintiendo.

—Sí. Estoy seguro de que contigo será mucho mejor.

Y me atrajo hacia encima de él con fuerza, haciéndome soltar un jadeo de sorpresa al agarrarme el culo y hundir la boca contra la mía.

—¿Qué te parece si *por fin* intentamos ver cómo rebotas en mi polla también?



45
¿Alguien más quiere hacerlo oficial aquí?
Aurora

Su entrenamiento era solo a las diez; Trey iba a levantarse a las nueve, junto con la mayoría del equipo, probablemente, y aún estaban dormidos. Mi novio, obviamente, estaba cansado y, sumado a que por fin se había relajado —como él mismo dijo—, se quedó frito del todo después de que empezáramos a *entrenar* nuestro sesenta y nueve. Fue muy bueno. Casi lo mato por asfixia sin querer.

Me estiré en la cama, desperezándome y sin nada de sueño, a pesar de estar dolorida. Y la piel me ardía en algunos puntos por su barba, como había imaginado. No es que fuera a quejarme; era una sensación agradable y me sentía cómoda de la hostia allí, simplemente... Siendo yo. En la cama de mi novio. Sin preocuparme por avisarle a Mike de dónde estaba. Sin preocuparme de que mi familia descubriera algo.

Ya lo sabían todo y no había nada que pudieran hacer; ese era uno de los mejores sentimientos del mundo. Simplemente ser. Esa era yo, sonriente en la cama de mi novio, caído de agotamiento, mientras me despertaba un miércoles por la mañana, temprano, porque podía simplemente hacerlo.

Mike, por cierto, había aparecido en el bar la noche anterior y nos había felicitado; me contó que le explicó a su padre que, como el hombre creía que él tenía novia, acabó buscándose una novia falsa para, al mismo tiempo que me ayudaba, conseguir que dejara de tocarle los cojones. Así, no tuvo que salir del armario y su padre lo dejó en paz con las exigencias, porque vio adónde lo habían llevado. Quién sabe si algún día conseguirían arreglarse y él podría asumir quién era de verdad, de una manera más sana que la que tuve que hacer yo.

Besé el hombro de Trey antes de levantarme; me puse mis pantalones, que aún estaban en el suelo del dormitorio junto a su ropa, la camiseta —que desde ayer se había convertido en mía,

obviamente—, y bajé las escaleras poniéndome los calcetines: una pésima idea, pero el suelo estaba helado por el frío de la calle, incluso con la calefacción general encendida.

Todavía nevaba fuera; no había parado desde la mañana anterior y creaba el ambiente perfecto para simplemente disfrutar el día con mi novio: tenía que ir a la comisaría, pero podía fingir unas horas que no.

Necesitaba agua y también quería comprobar cómo estaban Aussie y Toby, que estaban esperando a que alguien bajara para comer. Puse el pienso en los cuencos, uno al lado del otro, revisé el agua y el arenero de Aussie, que se quedaba en el baño de la primera planta, y fui a la cocina.

Trey había comentado que el día de paseo de Toby era de Nathan, pero este aún no parecía haberse despertado, sobre todo porque la cocina estaba intacta, y esos tíos armaban un desastre terrible allí.

Acababa de terminar de preparar el café cuando unos golpes en la puerta principal me llamaron la atención. Firmes, pero normales; nadie dijo nada. Toby ladró, pareciendo molesto por el ruido.

Miré hacia las escaleras, curiosa, porque la casa estaba silenciosa, ya que todos debían estar fritos, solos o no, en sus camas; entonces giré la llave en la cerradura y abrí la puerta. Era miércoles por la mañana; podía ser, sinceramente, cualquiera, incluso el repartidor del correo.

Pero no lo era.

Era Aaron, en carne y hueso, delante de mí.

Me arrepentí al instante de abrir esa puerta, sintiendo cómo la sangre se me iba hasta la punta de los pies.

—Hoy te mueres, desgraciada.

Intenté cerrar la puerta, pero la empujó de golpe, me tiró hacia él y me derribó de un puñetazo de una sola vez; yo, sorprendida y con los ojos como platos, mientras mi cuerpo iba con fuerza contra la madera, sin poder procesar *cómo* estaba allí.

¡Debería estar preso! ¡Aaron había sido detenido!

Me tiró del pelo mientras yo soltaba un grito, decidida a despertar la casa entera.

Pero no hizo falta, porque, cuando hundió las manos en mi cuello, volteándome contra el suelo, un Brian *muy* cabreado lo arrancó de encima de mí, tirándolo al suelo de un puñetazo de una sola vez, lanzándose sobre él.

Brian llevaba ropa de deporte y parecía acabar de volver de correr, porque la puerta de entrada estaba de par en par. Toby ladraba a pleno pulmón a nuestro alrededor, también irritado con Aaron.

Brian literalmente se subió encima de Aaron, dándole puñetazos seguidos mientras él intentaba defenderse, siendo atacado por un tío que era mucho más grande que el propio Trey. Más grande que Arthur también.

Sentí que alguien me apartaba, hasta que me di cuenta de que era Nathan, revisándome la cara antes de volverse hacia Aaron y negar con la cabeza.

—Desgraciado —rugió, apartando a *Brian* de encima de Aaron y hundiéndole el *pie* en el tórax; él bramó.

Me senté contra la pared, sorprendida y mirando hacia abajo, viendo sangre en mi camiseta. La camiseta de Trey. Me corría por la cara, y todo me dio vueltas un momento, confundida. Nunca había visto tanta sangre mía de golpe; era desconcertante, parecía como si chorreara un río sobre la camiseta.

Parpadeé unas cuantas veces, intentando entender qué estaba pasando, hasta ver a Lily, asustada, arrodillarse delante de mí, sujetándome la cara con los ojos abiertos de par en par y volviendo la mirada hacia atrás.

—¿Qué clase de... monstruo...? —oí el susurro.

Trey apareció delante de mí, con los ojos muy abiertos, sorprendido, mientras apartaba a Lily, se pasaba el dedo por algo en mi cara y salía empapado de sangre.

—Aaron te ha hecho bastante daño, Aurora —dijo, moviendo los dedos delante de mí—. ¿Me oyes?

Asentí, asustada y llevándome la mano a la cara, pero él me la sujetó y la apartó de allí. Solo entonces llegó el dolor, en punzadas palpitantes y profundas que me venían del ojo. Lo tenía lleno de sangre en ese punto; apenas podía ver bien por el lado izquierdo.

Miré al frente solo para ver a Patrick y a Josh sujetando a Nathan y a Brian, mientras Thomas sostenía a Aaron con una sonrisa psicópata en los labios y se reía mientras Brian intentaba zafarse de su compañero de equipo, listo para lanzarse sobre Aaron de nuevo.

Nathan no. Nathan tenía los puños goteando sangre y escupió un *diente*.

Un diente de Aaron. Y, aun así, Nathan sonreía tan fríamente como Aaron, pero de una forma mucho más humana.

—Os voy a demandar a todos por agresión, hijos de puta —dijo Aaron, mezquino.

Me levanté, negando con la cabeza y apoyándome en Trey, pero me aparté de él de un empujón y fui directa hacia Aaron.

—Pues demándame por esto, hijo de puta. Tal y como me enseñaste. Mi puño se encontró con su cara, tirándolo al suelo a él y a Thomas. Escupí mi propia sangre en la cara de un Aaron que se *desmayó*.

Pero volví la mirada hacia Thomas, incómoda, y me rasqué la nuca.

—Perdón —dije casi de inmediato, nerviosa, hasta que él soltó una carcajada, negando con la cabeza mientras se apartaba de Aaron y se levantaba.

—Joder, lo has noqueado —bramó Nathan, sorprendido—. Al menos nadie va a tener que sujetarlo hasta que llegue la policía.

Una voz nueva me sorprendió; era una chica desconocida al pie de las escaleras, con el móvil levantado.

—Ya he llamado a la policía para avisar —dijo, cohibida y envuelta en un abrigo de Northride con el apellido de Josh estampado; él le sonrió, además de lanzarle un guiño.

—Guau, ¿cuántas mujeres hay escondidas en esta casa? —declaró un Brian con las manos llenas de sangre, arrancando algunas risas —. ¿Alguien más quiere hacerlo oficial aquí?

Nathan empezó a silbar, apartándose y yendo a la cocina.

—Necesito lavarme las manos —comentó como si nada, arrancándome una risita.

—¿QUIÉN? —Brian dio un salto, siguiéndolo de inmediato—. ¡NATE! —bramó, y oí a los dos salir a la calle por la puerta de la

cocina.

—Solo... —dijo la chica, tímida—. Todavía no estamos juntos.

—Me está dando largas delante de mi propio equipo —declaró Josh, desdeñoso, negando con la cabeza, pero le sonrió.

Lily tenía una sonrisa en la cara también.

—Cuando quieras oficializarlo, solo tienes que aparecer en un partido. Aurora te manda el tutorial.

Tuve que reírme con eso, y la propia chica sonrió, aliviada por el comentario dulce.

Trey soltó una risita, pero me sostuvo la cara con preocupación, analizando lo que había ahí.

—Deberíamos ir al hospital —advirtió.

Negué.

—La policía va a llegar y quiero que vean lo que hizo. Quiero saber por qué lo soltaron. Y también quiero dar mi declaración hoy. Aunque sea con la cara llena de sangre. Estoy segura de que a los periodistas les van a encantar las fotos.

—Hablando de periodistas —comentó Lily, con los ojos en su propio móvil—. Tu familia pagó la fianza esta mañana. Parece que tu padre contrató a un abogado estupendo y encontró un resquicio para que respondan por todo en libertad. Yo tendría cuidado —añadió.

Asentí, pero me encogí de hombros.

—Aaron acaba de perder el derecho a fianza ahora mismo —señalé su cuerpo inerte; solo el pecho se movía—. Mis padres no van a estar libres mucho tiempo. ¿La noticia dice algo de Andrew?

—No, no sabría decirte —respondió Lily.

Yo sabía que mi abuela mantendría a los guardias después de esto y, aunque fuera un poco pesado, también se pasaría. Confiaba en que todo se resolvería; una pesadilla no dura para siempre.

Pocos minutos después, los agentes llegaron, se llevaron a Aaron consigo y fui a la comisaría a poner una denuncia oficial sin siquiera limpiarme la cara. El circo mediático estaba realmente montado, porque varios periodistas me hicieron fotos de inmediato y me rodearon con preguntas. Declaré alto y claro que eso lo había hecho

Aaron pocos minutos después de pagar su fianza y salir de la comisaría, porque era exactamente eso.

Puse la denuncia y también presté declaración, que duró horas, y por eso mandé a Trey de vuelta a la residencia, porque tenían entrenamiento y yo probablemente seguiría declarando incluso cuando terminaran.

Tenía muchas historias que contar. Algunas de ellas las guardé durante años. Otras no sabía si sería capaz de contarlas, pero lo descubrí aquel día.

Mi miedo a los recuerdos no era mayor que el odio hacia quienes los habían creado. Mis padres y, en especial, Aaron, crearon a una niña asustada y llena de temor, pero ella había muerto en esos últimos meses, y eché la última palada de tierra sobre ella en aquella declaración.

Cuando salí del despacho del investigador, cogí el móvil y vi algunos mensajes mientras avanzaba por el pasillo hasta la sala de recepción de la comisaría. Eran de Andrew.

> He conseguido un buen abogado y me estoy arreglando, ya he salido también. Me enteré de lo que Aaron te hizo otra vez. Lo siento. Fui el último en salir; si no, te habría avisado de la fianza.

> Te mereces vivir tu vida ahora, Aurora. Pronto todo esto se acaba y todos ellos serán condenados, yo incluido, posiblemente, y está bien. Todo el mundo merece pagar por lo que hizo.

> Eres la única de esa familia que de verdad merece ser feliz. Así que te deseo lo mejor.

> Sé feliz, por favor. Solo eso será suficiente para mí.

Tragué saliva, sin poder escribir nada para responder, sobre todo porque, cuando entré en recepción, Martha Montclair me sonreía, esperándome al lado de su guardia de seguridad y, por lo visto, uno de los míos. Solo lo conocía de vista.

—¿Qué te parece si empezamos a mirar pisos nuevos? —dijo en cuanto me vio—. Pensé en alguno que permita mascotas y que tenga portero, así ningún familiar gilipollas va a tocarte los cojones y puedes llevarte a Aussie y Toby a vivir contigo.

Le sonreí y, de inmediato, la abracé, sorbiendo.

Dudaba que ningún jugador de Northride me dejara llevarme a los animales de vuelta, pero lucharía por la custodia compartida.

—Gracias, abuela.

Me apretó las manos en la espalda, pareciendo satisfecha.

—Vas a necesitar guardias de seguridad un tiempo, hasta que tus padres y Aaron sean condenados, pero después de eso, será vivir tu vida. Tengo ganas de ver qué vas a hacer con ella, pero estoy segura de que vas a lograr cosas increíbles.

Asentí, mirándola y sonriendo mientras intentaba contener las lágrimas de alivio y de desesperación a la vez, y la vi observar las marcas en mi cara.

Aaron me había abierto la ceja y la parte inferior de esta, y también me había hecho un corte en el puente de la nariz, así que tendría que ir al hospital antes de empezar a "mirar pisos nuevos".

Martha era la madre que me habría gustado tener, y estaba segura de que ella lo sabía.

—Y una cosa más —dijo—. Me gustaría pasar Navidad contigo y con tu novio.

—Solo si a usted no le importa conocer a mis padres. La voz de Trey me sobresaltó cuando lo vi entrar por las puertas de la comisaría, llevando consigo su equipo de entrenamiento. Había venido directo, claramente, y le mostró la mano al acercarse. —Treyton Hartley, señora.

Ella sonrió, lo atrajo hacia sí y le dio un beso en la mejilla.

—Es un placer conocerlo, Trey. Siempre tuve curiosidad por saber quién conquistaría el corazón de mi nieta. Mereció la pena esperar.

Él sonrió, pareciendo tímido al mascullar un agradecimiento, antes de besarme la mejilla y analizarme la cara.

—¿Estás bien, *gatita*?

—Sí. Puede que tenga que hacer unas cuantas declaraciones más; el abogado se quedó allí resolviendo algunas cosas, pero necesito ir al hospital.

Asintió, porque mi cara entera hasta ese momento tenía sangre, algunas partes aún chorreando por aquí y por allá.

—Ah, me gustaría saber cuándo voy a conocer a mis bisnietos —declaró mi abuela, haciendo que a Trey le diera un ataque de tos, asustado. Ella lo miró, con cinismo—. Aussie y Toby, Treyton. ¿Qué estáis haciendo para pensar que hablaba de otro tipo de bisnietos?

Y, con un guiño, nos hizo un gesto para que la siguiéramos hacia la calle, arrancándome una risa.

—Creo que se va a llevar muy bien con tu madre —comenté, observando a mi abuela caminar acompañada de su guardia de seguridad.

No estaban ahí antes de todo esto, pero, teniendo en cuenta en qué se había convertido mi familia, aquello sería necesario hasta la condena de todos.

—Estoy seguro —dijo Trey—. Por cierto, mi madre te invitó a Navidad. Más o menos era obvio, lo sé, pero... Dijo que eres familia, y la Navidad para los brasileños es algo *realmente importante*. A mi madre le gusta más la Nochebuena que el día en sí y se pasa el día cocinando, porque le encanta, no porque esté obligada...

Le sujeté la cara, viendo que estaba nervioso, porque empezaba a ponerse rojo y las mejillas parecían calientes.

—¿Cómo fue el entrenamiento?

Él se rió.

—Una mierda. Nadie estaba centrado; todo el mundo estaba preocupado por ti y por la declaración. Hasta el entrenador me pidió que le mandara noticias, ya que obviamente nos preguntó qué estaba pasando, y luego nos echó una bronca para que mantuviéramos el foco.

Sonreí con eso, asintiendo.

—Bueno, acepto si quieres venir conmigo al hospital y si quieres acompañar a mi abuela y a mí en la búsqueda de pisos para alquilar cerca de Northride.

Él sonrió abiertamente.

—Y sobre Navidad... —Contuvo la respiración cuando empecé—. Nunca tuve una Navidad normal y familiar. Tengo curiosidad por ver cómo es la Navidad de una familia de verdad. No sé el motivo de tu recelo. La sonrisa en su cara creció aún más que antes, asintiendo.

—Perfecto. Se lo confirmaré a tu abuela y a ti.

Asentí de vuelta, sonriendo de lado y acercando mi boca a la suya.

—¡Dejad de arrumacos y vámonos ya, hace un frío de cojones en la calle! —ladró mi abuela desde la puerta, asustándonos a los dos al volver a entrar en recepción, incluso asustando a una agente, que se aguantó una risita de inmediato.

—¡Vale, vale! —tiré de Trey de la mano, que también se reía—. Abuela, usted debería estar más tranquila. No hay ningún incendio que apagar —me quejé mientras cruzaba las puertas correderas.

Algunos fotógrafos hicieron fotos, pero ya habían conseguido lo que necesitaban antes.

—Hablamos cuando tengas mi edad, Aurora —bufó, entrando por la puerta trasera del *sedán* caro que siempre alquilaba cuando venía a Boston.

Me senté entre ella y Trey en el asiento trasero, y sonreía como una niña pequeña, aunque estuviera yendo al hospital a que me dieran algunos puntos en la cara.

Solo faltaba Chloe allí para completar el grupo de personas que siempre me apoyó, que desde el principio dejó claro que estaba bien simplemente ser yo misma. Les estaría eternamente agradecida a cada uno de ellos por eso.

Pero la presencia de Chloe no sería un problema: se empeñó en pasarse por el hotel en el que mi abuela se estaba quedando esa noche, precisamente porque quería ver cómo estaba yo, además de que también estaba preocupada, y quería conocer a mi abuela.

No hace falta decir que ambas se adoraron de inmediato. Y que, por fin, las cosas se habían resuelto. El puñetazo que le di a Aaron, en cambio, no fue suficiente para calmar la rabia por todo lo que hizo.

Necesitaba ver su condena con mis propios ojos. Ojalá se pudriera en la cárcel, y haría todo lo que estuviera en mi mano para eso.

Sabía que esa era una de las pocas cosas que Treyton también esperaba con ansia en ese momento. Justicia para Tracey.



46
Gracias por haber visto más en mí de lo que yo misma veía.

Aurora

—¿Y si me estoy olvidando de algo? —dije, preocupada, caminando de un lado a otro por mi piso, cogiendo objetos y más objetos y metiéndolos en mi mochila.

Mi corazón parecía el de Trey antes de entrar en la arena para un partido decisivo, pero, a diferencia de él, no estaba *nada* emocionada por eso.

La Navidad había sido increíble. Celebrar en familia era mucho mejor que lo frío que siempre había sido con los Montclair, y los padres de Trey básicamente asumieron la responsabilidad de darme todas las experiencias que yo nunca había tenido con los míos, lo que significaba mucho para mí.

Me aceptaban independientemente de mi apellido y, de vez en cuando, la madre de Trey me mandaba mensajes preguntándome por mi día, cómo estaba, pidiéndome fotos y enviándome algunas también: desde dentro de la pastelería hasta en casa, cuando encontraba fotos antiguas (y comprometedoras) de Trey.

Tres semanas después, en la segunda semana de enero, el semestre se reanudó, a pesar de que Trey había vuelto la semana anterior precisamente por sus entrenamientos; yo pasé Año Nuevo con mi abuela en California y en una videollamada con Trey a medianoche, en el cambio de año.

Los recuerdos de dulces, comidas ricas, abrazos calentitos y patinaje en la pista de Springfield, junto con sus padres, se quedaron atrás, con la promesa de que se repetiría todos los años. Una tradición familiar que ocurría en todas las Navidades.

Luzia incluso me enseñó a hacer la palha italiana, aunque no conseguí darle el punto como ella, pero quedó bastante bien.

Mi abuela se divirtió con la pareja, compartiendo mis historias de infancia mientras ellos compartían las de Trey y Tracey, y yo podía ver cómo el encarcelamiento de Aaron había hecho a la familia mucho más feliz.

Los padres de Trey podían decir que habían aceptado, pero, claramente, necesitaban aquello para seguir adelante, así que no podía estar más feliz con eso. Aaron se quedó en prisión y tenía, además de una medida cautelar contra mí, nuevos procesos por agresión.

Se merecía algo mucho peor.

Andrew decidió apartarse, pero mi abogado explicó que él probablemente solo tendría que cumplir alguna pena de trabajos comunitarios o algo así, por las pruebas aportadas al proceso, mientras mis progenitores y Aaron sufrirían mucho más, pudiéndoles caer décadas de prisión. El propio Trey había analizado el proceso y pedido ayuda a algunos compañeros suyos con más experiencia en el ámbito para asegurarse de que todo estuviera dentro de la legalidad y de que los abogados no estuvieran dejando pasar nada.

Y, bueno, allí estaba yo. Desquiciándome como no me desquicié en mi primer día de clase en Scadelton. A punto de tener un infarto de ansiedad. Aunque me sintiera cómoda dentro de la sudadera rojo oscuro con el símbolo de Northride y el abrigo grueso encima, ya que seguía nevando con fuerza, sentía como si pudiera caer fulminada en cualquier momento.

—¿Y si a nadie le gusto, Trey? ¿Y si ningún compañero mío...? —dije, asustada, deteniéndome yo misma—. Madre mía, va a ser triste si no hago amigos.

Él se rió, pasándome las manos por la cintura y haciéndome parar en medio del salón de mi nuevo piso.

Con plantitas aquí y allá. Rascadores de gato y juguetes de perro y de gato esparcidos: Aussie y Toby iban y venían de mi piso y de la residencia, pero pasaban más tiempo allí. Una camita alta contra la ventana más grande del piso, que daba a la avenida que llevaba a la universidad. Con marcos de fotos de mis amigos, desde Chloe y Mike hasta el equipo de Northride, y con mi abuela, además de con Trey y otros de su familia. Por no hablar de las fotos de Aussie y Toby.

En todas las fotos yo sonreía, incluso entre todo el equipo sudado y picándome junto con Trey y algunas de las otras novias.

El sonido de la pulsera con los colgantes balanceándose solo se detuvo en ese momento, cuando Trey me sostuvo en sus brazos: patita de gato, collar de perro, un vaso de bebida, patines, un pastelito (que representaba la palha italiana), un árbol de Navidad, un casco de moto...

—Aurora, pero es *obvio* que les vas a gustar. En primer lugar, tú eres tú. Eres inteligente, empática, auténtica, preciosa, valiente, segura de ti misma, *buenorra* —provocó, apretándome la cintura—. Todo eso y un poco más. Solo no le hagas mucho caso a ningún *nerd* pijo listillo —añadió, torciendo la nariz.

Solté una carcajada, negando con la cabeza, pero la ansiedad subió otra vez.

—Y también soy hija de una alcaldesa corrupta, de un exjugador de hockey que tiró su nombre a la basura y hermana de un tío que asesinó a su propia exnovia.

Él suspiró, negando con la cabeza.

—Ese tipo de cotilleo te va a perseguir un tiempo, pero se pasará, *gatita* —dijo, serio, paseándome los dedos por la cara—. Y verás que no hacía falta preocuparse por eso. Tu familia se irá quedando en tu pasado poco a poco. Y mientras tanto, yo voy a estar aquí. Después también.

Tragué saliva y él me dio un beso suave.

—También voy a estar aquí cuando todo esto pase y solo tengamos que preocuparnos por la vida diaria, sin ninguna sombra de esos hijos de puta persiguiéndote —añadió—. Estoy deseando que nuestra mayor preocupación sea cómo vamos a vernos cuando yo esté en la NHL.

Le dio un toquecito a la punta del flequillo de mi pelo, juguetón, sonriendo abiertamente ante el nuevo corte que me había hecho en cuanto celebramos el Año Nuevo.

Mi madre nunca me había permitido cortarme el pelo con flequillo, porque alegaba que era cosa de gente infantil y que no daba confianza, pero, además de que me quedaba preciosa, yo necesitaba esa libertad en esas pequeñas cosas.

Chloe sugirió que me tiñera el pelo de rosa vivo (o cualquier otro color), pero me pareció demasiado, y no quería algo así de llamativo. Ni ella se lo teñía entero, aunque se había retocado el lila.

—Tengo ganas de eso también —declaré con una sonrisa de oreja a oreja—. Pero estoy nerviosa como no lo estuve el semestre pasado —admití, tensa.

—Claro, te interesa lo que estás estudiando y te preocupas de verdad. Es normal, créeme. —Sonrió, deslizándome los dedos por la nuca—. Vas a notar que, cuando vamos a por nuestros sueños, es normal tener miedo a fallar, pero la única forma de saber la respuesta es intentándolo. Es ir a por ello.

Suspiré, asintiendo.

—Un día cada vez —susurró, apretándome la cintura con cariño—. Ve a la recepción de los novatos, habla con tus veteranos, diviértete con tus nuevas amistades. Lily también va a estar por ahí, y yo voy a estar a unas cuantas manzanas de distancia también.

Sonreí un poco más.

—A unos minutos a pie. —Me guiñó un ojo, asintiendo a mis palabras.

—Ya verás, cuando menos te lo esperes ya será viernes, el día de la novatada. Después, estarás presentando los primeros seminarios y haciendo los primeros exámenes. Cuando menos lo esperemos, estaremos en las vacaciones de verano. El equipo está planeando un viaje, por cierto. Las novias serán muy bienvenidas. —Y me besó la mejilla con ganas, acariciándome la cara con los dedos.

—Y habremos pasado por el juicio de mi hermano y de mis padres —comenté, preocupada—. Y tú ya habrás ganado el *Frozen Four* —añadí, más animada.

Él sonrió.

—¿Cómo puedes ser tan positiva con mi juego, pero tan negativa con tu vida? —preguntó, curioso.

Me encogí de hombros, soltando el aire.

—Dios mío, en menos de seis meses... —Tragué saliva.

—Sin pensar en eso hoy —declaró, serio, colocándome el pelo por detrás de los hombros—. Hoy voy a llevarte a la facultad y voy a dejarte en la puerta delante de todos los hijos de puta que solo

sueñan con tenerte en su cama, porque eres toda mía —provocó, rozándome los labios con los suyos y arrancándome una risita—. Y tengo algo que contarte.

Lo miré con curiosidad, levantando las cejas.

—He recibido algunas propuestas.

Con la investigación paralela a la judicial en marcha en la liga, las pruebas indicaban que Arthur realmente había perjudicado a Trey y era de esperar que los representantes empezaran a moverse para evitar el perjuicio, pero yo no imaginaba que llegaría tan rápido, incluso antes de la clasificación para el *Frozen Four.*

—¿Y? —pregunté, sonriendo abiertamente—. ¿Por qué me estás diciendo esto solo ahora? —repliqué, molesta.

—Porque solo había recibido una propuesta de los Devils[17] y no pensaba aceptarla.

—¿Estás loco? —bramé, empujándole el hombro a Trey y arrancándole una risa—. ¡Son los Devils, Treyton! —protesté, impactada.

Él se rió, encogiéndose de hombros.

—Sabía que no sería la única, Aurora. Tú me dijiste que confiara más en mí mismo.

Sonreí de lado, negando con la cabeza.

—Los Rangers[18] se pusieron en contacto antes. Cuando estabas en la ducha. —Entrecerré los ojos, porque llevaba más de una hora callado—. Y Nueva Jersey no tiene vuelos directos; tardaría más en avión que en coche, mientras que Nueva York sí tiene... Está a menos de dos horas de Boston...

—Trey... —se me quebró la voz, y vi su sonrisa.

—Todavía me queda un año y medio de universidad por delante, y dejaron claro que, si recibo una propuesta mejor, quieren tener la oportunidad de pelear por mí. Los Devils ya han perdido en la oferta.

Me mordí el labio, viendo su sonrisa.

—El contrato sería de dos años. Y ofrecieron cincuenta y tres millones.

Tosí, sorprendida.

—¿Cincuenta y tres millones para dos años de contrato? ¿Para un novato? —silbé.

Él negó.

—Al año, *gatita*.

—¡TREY! —solté a gritos—. ¡Deberías firmar ya, tío!

Se carcajeó, apretándome contra él.

—Solo si aceptas viajar para ver todos mis partidos.

Tomé aire, entrecerrando los ojos.

—¿Qué gano con eso? —provoqué, y él se rió, besándome el cuello y soplándome ahí.

—Mucho amor —incitó contra mi piel, subiendo los labios por mi cuello—. Un anillo en el dedo quizá también —bromeó, y tuve que reírme en respuesta.

—Siempre que no esté hasta arriba con la facultad, siempre es posible hacer un viaje de ida y vuelta para ver a mi novio —acordé, pasándome las manos por su cuello—. Dios mío, ¡de verdad soy una WAG! —me di cuenta, sorprendida, y su carcajada resonó por el ambiente.

—*Mi* mujer es lo que ella quiera ser. Las WAGs, por lo general, no tienen una carrera profesional y, para que quede claro, no me importa si tú quieres tenerla, *gatita*. Tengo muchas ganas de verte triunfar con un refugio. Vamos a hacerlo funcionar.

Solté el aire, asintiendo, sorprendida.

—Cincuenta y tres millones al año —solté, impactada—. Joder, Trey.

Él se rió, encogiéndose de hombros.

—Aún no he firmado —provocó—. Y si no gano ningún *Frozen Four,* lo veo difícil.

Puse los ojos en blanco.

—¿Dónde está el tío confiado con las propuestas?

Él se rió, asintiendo.

—Ahora que se te ha pasado la ansiedad, creo que es un buen momento para decirte que estás a punto de llegar tarde a tu primer día de clase —comentó como si nada, y yo me sobresalté al coger el móvil, notando que, sí, estaba a punto de llegar tarde.

Inmediatamente volví a desquiciarme y me preparé para correr por el piso en busca de cualquier cosa que se me estuviera olvidando, pero él se rió, tirando de mi mano y abrazándome otra vez.

—Solo sé tú misma. Quien no te quiera es un gilipollas. Y estoy deseando ver a mi mujer convertirse en la leyenda de las fiestas *de Northride*, empezando por tu novatada.

Solté una carcajada.

—¿Sabes que tus amigos y veteranos están planeando, como novatada, hacer que todas las novatas se queden solo en bragas y sujetador?

Él sonrió, dulce.

—Pueden intentarlo. —Aumentó la sonrisa, pero yo podía ver los celos ahí—. Te garantizo que no van a poder tocarte. *Pero quizá* deberías prepararte para la resaca.

Me encogí de hombros.

—¿Te acuerdas de la mía, la primera? —Me reí al decirlo.

—Sí, me acuerdo. —Tomó aire—. De hecho, me acuerdo del cubo que usé.

Lo empujé otra vez, riéndome al acercar nuestros rostros y besarlo.

—Gracias por haber visto más en mí de lo que yo misma veía, T.

—Gracias por haber creído en mí, *gatita*.

Sonreí al sentir sus manos sujetándome la nuca, mirándolo a los ojos mientras paseaba los labios sobre los míos, acariciándomelos.

—Entonces, novata de Medicina Veterinaria de Northride... ¿Cómo te sientes?

—Pregúntame al final del día, futuro jugador de la NHL —provoqué—. Ahora siento que me va a dar un infarto y que voy a llegar tarde, pero te amo aun así.

Él se rió al besarme, profundizando el beso y haciéndome soltar un gemido al sentir sus manos en mi culo.

—Yo te amo también, *gatita*. Pero tienes razón, tenemos que ir.

Y me sacó de mi piso. Hacia el eterno primer día de felicidad con la vida que durante mucho tiempo creí que no iba a poder vivir.


19
HARTLEY
19

Primer epílogo:
El resultado de la jugada maestra.

Trey

Seis meses después

Aurora daba su testimonio nerviosamente.

Fueron horas dolorosas de seguir con el juicio conjunto. Existía el riesgo de que fueran necesarios varios días de juicio. Todos los testigos y las personas implicadas fueron escuchados y, durante horas, creí que no saldríamos de allí con un veredicto. Mis padres estaban nerviosos a mi lado, y hasta los chicos del equipo estaban por allí, incluido Brian, recién graduado, que tenía que coger su vuelo a Canadá al día siguiente, después de haberlo cambiado de fecha, pero por fin estábamos cerca del final.

Tracey por fin tendría justicia por su nombre y por lo que realmente causó su muerte. Y mi familia por fin podría respirar en paz al respecto y simplemente echarla de menos.

Aurora aún sería de las primeras en ser escuchada, pero, poco a poco, todo se fue poniendo sobre la mesa. Había periodistas allí. Gente importante también, incluso de la política. Todo el mundo quería saber el desenlace de la familia Montclair.

Mi madre intentaba mantenerse calmada, apoyándose en mí o en mi padre de vez en cuando, y podía ver lo torturador que estaba siendo para ella seguir el juicio. Oír el nombre de Tracey, el análisis forense sobre sus últimos minutos de vida, sobre cómo se sintió, *cómo murió*. Mi hermana murió en agonía, y Aaron merecía pagar por eso. Tenía que *hacerlo*. Nuestro abogado dijo que difícilmente conseguiría tumbar todas las acusaciones, pero aun así había algunos riesgos.

Una Aurora temblorosa y con los ojos muy abiertos de nerviosismo volvió a la silla a mi lado casi media hora después de empezar a hablar —sin contar los innumerables testimonios ya prestados—, y se escuchó a otras personas. Chloe estaba en la fila

detrás de nosotros e inmediatamente apretó el hombro de su amiga, dejando claro que estaba allí por ella.

Yo mismo ya había dado el mío, también en nombre de mis padres, porque mi madre sabía que no podría decir nada sin perder la cabeza y mi padre... Parecía tener el corazón roto.

Revivir aquel día era horrible, pero era necesario hacerlo. Una última vez.

Aurora temblaba al sujetar mi mano, y la atraje hacia mí, besándole la sien y acariciándole los brazos, intentando calmarla. Un Aaron *cabreado* nos seguía con la mirada desde el banco de los acusados, pero la apartó hacia lo que ocurría después de que su abogado le llamara la atención.

Mientras tanto, Miriam y Arthur no se molestaron en mirar a Aurora, como si no existiera.

Martha lo seguía todo desde una de las primeras sillas, seria e imponente mientras observaba a su hijo, que no era capaz de mirarla a los ojos. El único tío de Aurora también estaba allí y, a diferencia de su hermano, era un tipo muy majo.

Cada día que pasaba y descubría algo nuevo sobre aquella familia, entendía por qué Aaron se había transformado en una persona terrible, aunque no comprendiera cómo Arthur se había convertido en el monstruo que era.

De todos modos, nada de aquello era una excusa para que se hubieran convertido en monstruos. Aurora creció en el mismo ambiente y era una persona increíble.

Ella siguió temblando durante gran parte del juicio y, teniendo en cuenta que mi madre estaba helada como un cadáver, temía que acabáramos en el hospital esa tarde, considerando que las dos mujeres que más me importaban en el mundo estaban a punto de ponerse mal.

Pero cuando el juez dictó la sentencia, las cosas cambiaron un poco. Aurora se enderezó, esperando nerviosamente, y mi madre soltó el aire mientras mi padre la abrazaba. Chloe tenía la mano en el hombro de Aurora; ambas estaban con las manos entrelazadas y apretadas en ese momento. Mi madre respiraba pesadamente. Mi padre no parpadeaba.

Tragué saliva mientras el juez hablaba:

—Andrew Montclair, por su participación en la alteración de pruebas, considerando que fue persuadido a hacerlo y amenazado, prestará cien horas de servicios comunitarios, a determinar por este tribunal en los próximos días.

Miré a Andrew, que se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar. Aurora se tensó a mi lado, y vi que tenía los ojos llenos de lágrimas. Entendía el sentimiento; no creía que mereciera pagar más que aquello. No merecía pasar años preso por un infierno que no fue culpa suya, aunque otras cosas sí lo fueran. No tenía forma de saber que presentarle a mi hermana a su hermano causaría su muerte.

Tragué saliva otra vez, sintiendo que me raspaba la garganta.

—Miriam Montclair, por su participación en la alteración de pruebas, corrupción activa y pasiva, malversación de fondos públicos, blanqueo de dinero público, agresión a un menor y negligencia con un menor contra sus tres hijos, Andrew, Aaron y Aurora Montclair, abuso emocional contra su hija, Aurora Montclair, amenaza a agentes de la seguridad pública, amenaza a empleados de la administración pública municipal, la condeno a quince años y tres meses de prisión, sin posibilidad de libertad condicional.

Solté el aire, acariciándole la espalda a Aurora, que sollozó.

Fue un sonido de alivio. Un sonido de quien estaba desesperada por ese momento.

La atraje más cerca.

—Arthur Montclair, por su participación en la alteración de pruebas, corrupción activa y pasiva, malversación de fondos públicos, blanqueo de dinero público, agresión a un menor y negligencia con un menor contra sus tres hijos, Andrew, Aaron y Aurora Montclair, abuso emocional contra su hija, Aurora Montclair, abuso físico contra sus tres hijos ya referidos, abuso físico grave y reiterado contra su hija, Aurora Montclair, amenaza a agentes de la seguridad pública, amenaza a empleados de la administración pública municipal, amenaza verbal y física contra Aurora Montclair, lo condeno a dieciocho años y diez meses de prisión, sin posibilidad de libertad condicional.

Otro sollozo, y la apreté más fuerte entre mis brazos, acariciándole la espalda a mi madre al mismo tiempo.

—Aaron Montclair, por la premeditación y ejecución de la muerte de Tracey Hartley, perpetrada por medios crueles, por agresión física contra: Tracey Hartley, Aurora Montclair, Andrew Montclair, Treyton Hartley y lista anexa, por alteración de pruebas, corrupción activa y pasiva, malversación de fondos públicos, amenaza verbal y física contra Aurora Montclair, lo condeno a veinticinco años y nueve meses de prisión, sin posibilidad de libertad condicional hasta haber cumplido veinte años de condena.

Mi madre soltó un sollozo de alivio a mi lado, y mi padre y yo la abrazamos antes de que cayera al suelo de tanto llorar, claramente aliviada. Aurora también lloraba, y la atraje contra mí también, intentando calmarlas al mismo tiempo que yo *también lloraba.*

Aaron iba a pagar por lo que le hizo a mi hermana. Joder. ¿Cómo no llorar?

—Por fin se acabó, Dios mío —sollozaba mi madre, limpiándose la cara y llorando todavía más—*. Mi Tracey por fin va a poder descansar, Dios mío* —añadió, cambiando al portugués, nerviosa.

Mi padre la abrazó, y ambos lloraron juntos. Por su muerte. Por la resolución del caso. Por todo, claramente.

Abracé a Aurora, sintiéndola apretarme con fuerza mientras yo también lloraba. Los chicos me dieron palmadas en la espalda desde el banco de detrás del nuestro, pero pude ver que algunos también tenían lágrimas en los ojos. Chloe incluso tuvo que limpiarse la cara.

Algunos periodistas tecleaban como locos en sus portátiles, apoyados sobre las piernas, probablemente ya informando de todo, y solté el aire al mirar a Aurora.

—Todo lo que dijiste y planeaste pasó —advertí, y ella se rió entre lágrimas, limpiándose las mías, que aún caían.

—Yo dije que ibais a ganar el *Frozen Four* —confirmó—. Pero fuiste tú quien creyó que por fin podríamos tener paz y felicidad sin esa sombra en el camino.

Asentí, besándola mientras sentía el sabor de las lágrimas en nuestras bocas.

Habíamos ganado el *Frozen Four* contra la Universidad de Michigan meses antes, en abril. Fue un partido exigente en el que, en muchos momentos, creí que no íbamos a conseguir llevarnos la copa a casa. Pero lo conseguimos.

Yo levanté aquella copa llorando de felicidad y riéndome por el mismo motivo, y todo el equipo la levantó también.

Y Aurora estaba a mi lado en ese momento, casi entrando en la pista para celebrarlo con nosotros mientras todo el equipo gritaba, el entrenador gritaba y la gente en las gradas también.

En ese momento también estábamos lado a lado, celebrando otra victoria, pero una aún más profunda. Por Tracey y por Aurora, y por su libertad, por fin podríamos simplemente vivir, sin el miedo de que, por algún motivo, consiguieran vencernos en el tribunal.

Porque no habían conseguido vencernos. En nada.

Andrew salió libre del tribunal, pero el resto de la familia fue conducido esposado y, joder, Aurora tenía razón cuando dijo que la sensación de venganza era muy buena.

Porque lo era. Era una de las mejores sensaciones que he tenido. Tracey fue vengada.

Aurora observó lo mismo que yo: Arthur, Miriam y Aaron salir por una puerta lateral, para no volver a verlos nunca más. Dejó claro que no planeaba volver a verlos jamás y pretendía cortar lazos de forma permanente desde que descubrió todo, y así lo haría. Sin visitas en la cárcel. Sin ningún interés en mandar cartas o siquiera en aceptar recibirlas.

—Mi familia entera está aquí mismo —dijo en voz baja, como si pensara lo mismo que yo—. Y eso es suficiente para mí.

Sonrió al acercar su rostro al mío, apoyando la nariz en la mía.

—Por fin —susurró—. Es como respirar después de pasar demasiado tiempo bajo el agua.

La voz de mi madre llamó mi atención, y la vi cogerle la mano a Aurora.

—¿Qué os parece si vamos a visitar a Tracey y después vamos a la pastelería? Esta noche merece una celebración. Tracey merece una celebración por la vida preciosa que tuvo, a pesar de lo que ese monstruo le hizo.

Aurora sonrió.

—Claro, Luzia. Me encantaría —dijo Aurora con la voz tan quebrada que era obvio que estaba conteniendo el llanto.

—Espero que el equipo esté invitado también, señora Hartley —declaró Brian desde la fila detrás de nosotros, con una sonrisa inocente.

Chloe negó con la cabeza hacia él, divertida.

—Ya no formas parte del equipo —provocó Josh.

Eso hizo reír a mi madre en medio de las lágrimas que le salían.

—Claro que sois bienvenidos. La pastelería tiene espacio para todo el mundo, pero la casa no, así que quizá tengáis que quedaros en un hotel.

Mis amigos se encogieron de hombros.

—Sin problema, señora. Solo queremos celebrar el fin del hijo de puta de Aaron, con todos los respetos.

—No merece respeto —sonrió Aurora al decirlo—. Pero por fin podemos celebrarlo todo sin miedo, y es eso lo que deberíamos hacer de verdad. Tracey merece ser conmemorada y celebrada.

Mi madre asintió con una sonrisa en la cara y, horas después, de verdad montamos casi una fiesta en la pastelería, cerrada al público por aquella noche. Aurora sonreía y lloraba en diversos momentos, como mi madre. Pusieron al equipo a preparar comida y todo tipo de dulces y salados que vendíamos.

Era muy curioso ver a un grupo de jugadores de hockey, la mayoría a punto de hacerse profesionales, horneando pastelitos.

Y, joder, no había mejor momento que aquel. Porque era con esas cosas buenas con las que quería recordar a mi hermana mayor. Era con la foto de fondo de mi hermana en la pastelería, el día que mi madre la inauguró y ella casi hizo explotar uno de los hornos, con lo que quería sonreír y recordarla con cariño.

LA CAÍDA DE LA LEYENDA DEL HOCKEY, EL FIN DE UNA CARRERA PROMETEDORA Y UNA ALCALDESA DESTRUIDA: CÓMO EL ASESINATO DE UNA PATINADORA ARTÍSTICA CAMBIÓ A TODA UNA FAMILIA

Por Cams LaFont, publicado hoy a las 18:19.

El juicio de la familia Montclair, celebrado hoy (12), se convirtió en noticia en todo el país. La única heredera que no fue condenada, que fue una de las testigos más importantes para el cierre del caso, también centró la atención.

Arthur Montclair, la leyenda caída del hockey, recibió dieciocho años y diez meses de prisión por todos los delitos que cometió (puede consultar la lista de todos los delitos enumerados por el tribunal al final de nuestra noticia); Miriam Montclair, la exalcaldesa de Weston, que perdió el cargo durante la investigación, tuvo una pena un poco menor, de quince años y tres meses. Andrew Montclair tuvo una pena justa, considerando sus testimonios y cómo ayudó en las investigaciones, además de que su hermana, Aurora Montclair, declaró oficialmente que él colaboró para que todo esto fuera posible, lo que alivió la pena.

En cuanto al criminal que causó la caída de la familia, Aaron Montclair, que cumplió veintiún años en diciembre y ya estaba bajo custodia del Estado de Massachusetts tras su arresto, recibió veinticinco años y nueve meses de prisión, sin poder solicitar libertad condicional antes de cumplir veinte años de su pena.

La pena se agravó después de que fuera liberado tras su primera detención, en diciembre, cuando atacó a su propia hermana e intentó asesinarla en la casa de su novio, Treyton Hartley.

El caso ganó notoriedad en cuanto periodistas deportivos informaron de las detenciones tras un partido clásico de hockey universitario entre las universidades Scadelton y Northride.

Aurora Montclair consiguió pruebas contra su familia y entregó a todos los miembros a la policía para conseguir justicia por el asesinato de Tracey Hartley. Hace dos años y medio, el caso se investigó y se archivó como accidente de tráfico, pero Aurora descubrió, a través de su novio, Treyton Hartley, hermano de Tracey, la posibilidad de que Aaron hubiera premeditado el crimen.

Tras unos meses buscando pruebas y luchando contra su propia familia, incluso con casos graves de agresión que fueron encubiertos

por los miembros del núcleo familiar, Aurora por fin obtuvo su libertad al entregar todas las pruebas.

Aurora no dio ninguna entrevista pública sobre la situación desde entonces, pero declaró en sus redes sociales, tras el juicio y con una foto de su novio y de la familia Hartley, que estaba feliz de que Tracey por fin tuviera la justicia que merecía.

La familia de la víctima tampoco dio ninguna entrevista, y el abogado informó de que estaban satisfechos con el resultado del juicio.

Parece que el caso por fin ha podido darse por cerrado y la familia podrá encontrar consuelo con la verdad y con el juicio, que fue lo que Aurora Montclair declaró buscar en una declaración prestada a la policía.

Aurora se convirtió en un icono contra la violencia doméstica en el país tras la filtración de grabaciones de la agresión cometida contra ella por su hermano y asesino de Tracey Hartley, Aaron Montclair. Se crearon campañas de concienciación por todo el país y su presencia está prevista en la manifestación que tendrá lugar en Boston, en agosto.

El periodismo y la justicia han logrado hoy una victoria, junto con la verdad y con el veredicto justo del juicio. Por eso, les deseamos a todos una estupenda semana y un estupendo verano.

Por hoy, eso es todo.



Segundo epílogo:
El "por fin" merecido.

Aurora

Seis años después

Le arreglé el traje a Trey, preocupada, mientras él se acomodaba en la silla.

—Estoy bien, Aurora. Quizá no sea yo quien reciba el premio.

Puse los ojos en blanco.

—Sí, claro que no —bufé—. Creo que me voy a poner mala.

—No digas eso, no le hace bien al bebé —advirtió, acariciando la barriga que apenas se marcaba por encima del vestido largo.

Dos meses y casi no se me notaba la barriga. Nos moríamos de ansiedad por saber el sexo, pero tardaría un poco en tener esa información.

El parto estaba previsto para enero, lo que significaba que perdería una parte de la temporada siguiente, pero al menos no estaría embarazada en los *playoffs* del año que viene.

—¿Esa es tu preocupación? —repliqué, arrancándole una risa—. Acerté cuando ganaste el *Calder*[19] con los Rangers; tengo la certeza de que hoy también vas a ganar el *Hart Memorial.* Literalmente hiciste que los Bruins se llevaran la *Stanley Cup,* Trey, *no te atrevas* a dudar de ti mismo.

Se removió, inquieto, por mi bronca, pero asintió con la cabeza, nervioso mientras el presentador de ahí delante hablaba.

Trey me sujetaba la mano entre las suyas, besándome los dedos y la alianza de boda a la vez, nervioso mientras esperaba el anuncio.

—¡TREYTON HARTLEY, CAMISETA 19 DE LOS BOSTON BRUINS! —declaró el presentador por el micrófono, lo que hizo que Trey soltara un taco demasiado alto para esa mesa, pero nadie más lo oyó, ni las cámaras lo captaron.

Trey se planteó cambiar el número por algo relacionado conmigo, pero me negué. El 19 era suyo y de Tracey, la fecha del cumpleaños de su hermana, que siempre había usado. Y seguiría, si dependiera

de mí (y de la disponibilidad del número en el equipo, por si se iba a otro).

Le empujé la mano con suavidad, porque se quedó clavado en la silla, hasta que parpadeó y reaccionó, levantándose de un salto y arrancando algunas risas mientras iba, con una sonrisa tímida y la cara completamente roja, hacia el escenario para aceptar el trofeo.

Sostuvo aquella cosa enorme con las dos manos, levantándola antes de dejarla de nuevo a su lado y sonreír al colocarse detrás del micrófono, sonriéndome a mí y luego a las cámaras.

—Quería soltar un taco —dijo, sincero—, pero como estamos en una grabación en directo, no puedo. Quiero dar las gracias a mi equipo; caray, sin vosotros no habría estado ni cerca de convertirme en el jugador que soy hoy. Al entrenador Rodríguez, gracias, tío. Haces que el equipo sea lo que es. Solo recibo este honor hoy porque vosotros y nuestro trabajo en equipo lo hicisteis posible.

Yo sonreía, intentando no romper a llorar porque, una vez que empezaba, no paraba. Me pasó ayer y hace poco descubrimos que era por el embarazo. A Trey le encantaba picarme con eso, pero se quedaba embobado por el mismo motivo.

—A mis padres, que están viendo desde casa con mis amigos de Springfield, muchas gracias por confiar en que yo tenía futuro y por haber gastado todos los ahorros para conseguir tiempo en la pista cuando yo era solo un crío. Y a mi hermana, que estoy seguro de que está conmigo en la pista en todo momento, apoyándome desde lejos.

Me contuve las lágrimas con más fuerza.

—Y a mi esposa, que está aguantándose el llanto con tanta fuerza que puedo verlo desde aquí —eso me hizo soltar una carcajada nerviosa, que desató un llanto desesperado y fuerte, lo que arrancó carcajadas del público mientras me tapaba la cara—. Gracias por hacer todo esto posible, Aurora Hartley. No es un secreto para nadie lo que hiciste por mí y por nuestra familia, y ninguna palabra sería capaz de expresar cuánto significa tu amor para mí y cuánto *te amo*. Ningún premio, copa o victoria significaría algo si tú no lo celebraras conmigo.

Sonreí, asintiendo con la cabeza e intentando limpiarme la cara, porque tenía una cámara delante de mí.

Bajó del escenario con una sonrisa en la cara, y me levanté, recibiéndolo con los brazos abiertos, solo para que me alzara del suelo y me hiciera girar allí, apretándome contra él y aspirando en la piel de mi cuello desnudo, besándome ahí también.

Cuando se apartó, me sostuvo la cara y me besó como lo hacía desde la primera vez. Con esa pasión arrolladora, como quien veía mucho más allá de lo exterior, como quien de verdad amaba cada parte de mí.

Le devolví el beso, porque era realmente recíproco.

—Si no estuvieras ya embarazada —susurró en mi oído, besándome ahí—, sería esta noche cuando te quedaras, doctora Hartley.

Solté una risita mientras me besaba de nuevo.



FIN

de una historia que solo empezó para Aurora y Trey
y que me hizo entender, una vez más, por qué amo lo que hago (y escribo).

ODIO EN EL HIELO *#2*, que contará la historia de otra pareja, ya tiene fecha de lanzamiento, solo que aún no la he divulgado para vosotros ;p. **Llega el 27 de marzo de 2026** y tiene un adelanto en la página siguiente.

¡Para estar al tanto de este lanzamiento y de muchos otros, sígueme en *Instagram*! @cleliakm

¡Y no te olvides de valorar *Jugada de Maestro* en *Amazon*, por favor! Supone una gran diferencia <3

CONSULTA AHORA EL PRÓLOGO Y EL PRIMER CAPÍTULO DE **DEFENSA PERFECTA**, el próximo libro de la trilogía Odio en el Hielo

Defensa Perfecta: Prólogo

Nathan

—No puedes hacer esto, entrenador.

Ese supuesto *entrenador*, en realidad, sí podía, pero yo estaba en mi último intento.

El entrenador Miller se rió, irónico.

—No solo puedo, sino que lo estoy haciendo, Nathan. O esto o se acabó. Es, literalmente, por tu bien. Si no eres capaz de ver eso, ni siquiera te mereces una carrera en el hockey.

—No es eso, entrenador... —gruñí, molesto. Solo en su despacho, en algún rincón de aquella arena monstruosa que yo amaba, me sentía diminuto, pero era una sensación importante: yo no era nadie. Todavía no. —¿No hay alguna manera mejor? No me veo entrenando a niños.

¿Quién sabe? ¿Ancianos? Niños no, por el amor de Dios...

—Ni los tíos de la NHL ni los que quieren contratarte te ven capaz. Se te ve como un calentón: te desquicias fácil, cero autocontrol, un niño en la pista.

—Yo no...

—Es lo que pareces, da igual que lo seas —interrumpió—. Se te ve como el tío que empieza peleas dentro y fuera de la pista y, en ambos casos, sin necesidad. Tienes que parar con las peleas, *de una vez por todas*, y aun así no sería suficiente para convencerlos, porque los dos sabemos que tú nunca serías capaz de dejar de pelearte en la pista. Precisamente por eso, asumir el puesto de entrenador asistente en un equipo de hockey infantil sería perfecto: los niños crean una conexión importante para los medios y para los peces gordos —remarcó—. O lo tomas o lo dejas, Barlow. Es tu futuro, no el mío.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué no después de todas las peleas de la temporada pasada?

—Porque me pasé toda la postemporada reflexionando sobre cómo sacaría tu carrera *prometedora* del agujero antes de que se hundiera del todo. Te di las vacaciones para que se te enfriara la

cabeza, pero ya basta, Nathan. *Tienes que cambiar.* De una vez por todas. Ningún equipo va a aceptar a un tío descontrolado solo porque en el hielo se permita soltar algún puñetazo.

Inspiré hondo, asintiendo y mirando los distintos trofeos, medallas y certificados que tenía detrás, sobre la mesa, contra la pared.

—¿Podemos mantener esto entre nosotros, entrenador?

—Treyton es el capitán, Nathan, tiene que saberlo.

—No quiero restregarle en la cara que, incluso con un contrato, corro el riesgo de perderlo todo, cuando él ni siquiera ha conseguido uno —dije en voz baja, sincero—. Sé que es el capitán, pero es mi amigo más cercano y sueno como un desagradecido cuando me paro a pensar que puedo perder el contrato solo por ser un calentón.

Porque es eso, ¿no? Incluso teniéndolo todo, corro el riesgo de perder mi futuro sin ni siquiera llegar allí. Un puto desagradecido que pierde la cabeza por cualquier cosa.

—No eres *solo* un calentón, pero vale. No se lo mencionaré, pero, si le llega a Treyton, no hay nada que yo pueda hacer, Barlow. Depende de ti.

—Lo sé. Me las arreglaré. Y voy a evitar las peleas.

—No, *no vas* a pelearte fuera de la pista. No quiero saber nada de un rasguño causado por puños, pies o cualquier parte del cuerpo que los jóvenes de hoy estén usando para pegar. ¿Estamos?

—Sí.

—Genial, porque de verdad odiaría ver todo tu potencial y esfuerzo desperdiciados solo porque perdiste la cabeza.

—Una vez más —gruñí, sabiendo que era eso lo que quería añadir —. Sé que tienes razón, entrenador, solo que no sé de dónde viene.

Se rió, irónico.

—¿No lo sabes o no quieres admitir ante ti mismo que tienes cosas sin resolver rondándote la cabeza? Tu rabia existe por buenos motivos, pero los ignoras y la descargas donde no deberías. Ocúpate de ello, respeta tu propio esfuerzo y asegúrate de que tus próximas temporadas sean lo que soñaste para ti mismo cuando decidiste seguir esta carrera. Aposté por ti cuando el comité dijo que era arriesgado; me jugué una beca. Haz que la apuesta merezca la pena

y disfruta de lo que has conquistado para alcanzar la carrera que tu talento y tu habilidad se merecen, Nathan. No lo tires a la basura por un temperamento que ni siquiera deberías haber heredado.

Solté un suspiro tan fuerte que retumbó en su despacho, y vi su sonrisa.

—Y, para que conste, te sorprendería lo mucho que puedes llegar a gustarte ser entrenador. Quién sabe, quizá es para lo que naciste.

Solté una carcajada, viendo su sonrisa burlona. Estaba intentando provocarme para que entendiera adónde quería llegar. Si perdía un contrato relativamente bueno como el que tendría en mis manos en cuanto me graduara, ser entrenador infantil sería todo lo que conseguiría. Nada en contra, pero yo era demasiado bueno para quedarme fuera de la liga.

Y veía el sufrimiento de Trey cada vez que pensaba que eso podría ser *su* futuro.

—Eres un pésimo ser humano, entrenador.

Se encogió de hombros.

—Solo a veces. Te he dado donde te duele, ¿no? Deja de hacer gilipolleces y muévete por tu futuro, Barlow. Nadie va a hacerlo por ti.

1
Apoya a tu hermano pequeño ✓

Elena

Si salgo de aquí en cinco minutos, consigo llegar a tiempo a la reunión y todavía ir a la conferencia sobre gestión de inversiones electrónicas en la era de...

Moví los dedos con nerviosismo por los hombros de Easton, ajustándole el uniforme.

En la era de la alta tecnología y del desarrollo de métodos más eficientes de gestión en el ámbito de la salud para facilitar procesos complejos y evitar la pérdida de vidas. Eso. Podía ser el futuro de la empresa*, si me escucharan.*

Si simplemente utilizáramos la alta tecnología y la facilidad de implantación en el ámbito de la salud, con los gestores correctos y profesionales especializados, quién sabe...

—Papá siempre ve todos los entrenamientos, Lini —se quejó Easton mientras yo sacaba el equipo del asiento trasero, y me giré para mirarlo.

Aquel montón de cosas no era precisamente ligero de cargar.

—Pero, Easton, yo...

Juro por Dios, qué familia insoportable.

¿Los quería? Sí, pero mi padre sabía que yo estaba... ocupada.

—Por favor —pidió, parpadeando—. No me dijo por qué ya no va a poder venir, pero sé que tú lo sabes. Está enfermo, ¿no? Oí a mamá hablando sobre un tratamiento y...

Tragué saliva, apretando los labios. Su cara estaba tensa; sus ojos pequeños y aún infantiles estaban marcados por las lágrimas que contenía.

—Easton no necesita saber la gravedad, Elena. Es mejor que entienda poco a poco que puede que su padre no vaya... a mejorar. —La voz de mi madre retumbó en mi cabeza como una gran advertencia.

Nuestro padre nunca había fumado. Siempre tuvo la salud de un caballo y las únicas cosas que nunca dejaba de hacer a diario eran acompañar a sus hijos al colegio, ir a una reunión o a su entrenamiento diario. Desde que nací, tuvo una salud espectacular.

Y entonces pasó. La primera tos rara.

La sangre...

Easton apenas había cumplido ocho años. Fue un accidente no planificado de mis padres; ellos solo *me* habían planeado a mí, pero querían a Easton como si también hubiera sido planeado.

—Es que solo... no está muy bien, Eton —bromeé con el nombre, como siempre hacíamos, pero se dio cuenta de que había algo mal —. —Pero va a mejorar y podrá volver a acompañarte.

La mentira salió tan fluida que me revolvió el estómago. Odiaba parecerme a ella.

—No lo sabes. Y déjalo, ya me las arreglo. Este año tenemos un entrenador nuevo, ¿sabías? Bueno, un segundo, algo así, trajeron a un universitario para ayudarnos, ¡ojalá sea de Northride! Pero Blake dijo que era de Boston, yo no quería que...

Desconecté el cerebro mientras cogía el resto del equipo, intentando centrarme en lo que debía hacer ese día. Tenía que estar en el campus temprano para ayudar a una novata a la que había apadrinado para mejorar mi currículum y, peor, justo después tendría una reunión en la empresa, que quedaba al otro lado de Boston. Mi padre estaba abriendo espacio para que yo asumiera su lugar en la presidencia y yo *no podía* fallar, pero allí estaba yo, atrapada en un entrenamiento estúpido de hock...

No es estúpido. Es importante para Easton, debería ser importante para ti.

Tragué saliva al coger dos palos de hockey que, por desgracia, pasaban más tiempo tirados por la casa que guardados, y cerré la puerta del coche de un portazo.

—Vale, creo que puedo arreglar algunas cosas y quedarme hasta llevarte a tu clase. —Eso iba en contra de todo lo que mi cabeza gritaba, pero *joder*, era mi hermano pequeño. Mi padre sacaba tiempo para nosotros dirigiendo una multinacional de miles de

millones. Nunca faltó a un entrenamiento de mi hermano ni a ningún debate mío.

A tu padre no le hizo falta demostrarse ante la señora Fitzroy; la voz maliciosa me pinchó en un rincón de la cabeza. La ahogué en el sitio de donde había salido.

Y, al fin y al cabo, ¿quién *demonios* hacía que niños de ocho años entrenaran hockey a las siete de la mañana en días de colegio? Parecía tortura.

No lo parecía por la sonrisa de mi hermano, sin embargo. Así que lo seguí hacia dentro de la arena de los Boston Bruins, la *Warrior Ice Arena,* que, al parecer, tenía un programa infantil fenomenal y abría en esos horarios, rara vez libres, para que más niños de otros programas entrenaran.

Ya había estado allí una sola vez, con nuestros padres y Easton, algunos inviernos antes, cuando empezó a interesarse por el hockey y mi padre decidió avivar aún más su interés, llevándolo a ver un partido de profesionales.

Lo odié todo. Los tíos eran un montón de adultos sin cabeza que usaban cualquier cosa como excusa para intentar matarse, y todo el mundo se ponía contento. No tenía el menor sentido. Y la sangre... ¿Qué necesidad? Al parecer, era el deporte más sanguinario del mundo, excepto los que tenían como objetivo sacar sangre, como el boxeo.

Pero allí estaba yo, llevando a mi hermano de la mano —pese a sus protestas— hacia dentro de esa misma arena.

—¿Has pensado en jugar al fútbol, Easton? —comenté, empujando una de las puertas de cristal blindado, y él se rió conmigo.

—No me gusta el fútbol, Lini.

—Te pagarían mejor —ofrecí con una sonrisa forzada, oyendo otra carcajada de mi hermano pequeño.

—El deporte de equipo más rápido del mundo es el hockey sobre hielo, ¿sabías? Por las cuchillas.

Ah, claro, por si no bastara la agresividad, mi hermano lleva cuchillas en los pies todos los días. Cero riesgos para la vida.

Unos cuantos niños pasaron junto a nosotros allí dentro, ya con los patines puestos, con protectores en las cuchillas, saludando a mi hermano, pero con los ojos en mí, dándose codazos como críos, porque eso es lo que eran. *"¡¡Es tan guapa!!",* oí el susurro nervioso de uno.

Sonreí a Easton, que parecía incómodo.

—¿Necesitas ayuda para cambiarte? —pregunté, insegura.

—No, ya me apaño. Me arrebató todo el equipo mientras gruñía, pareciendo molesto, y se fue hacia un pasillo que parecía llevar a los vestuarios, porque desapareció por allí mismo casi cayéndose por el peso de las bolsas.

Sonó exactamente como nuestro padre.

Tragué saliva, volviendo la mirada hacia la puerta de salida y viendo a Dennis allí, serio, con el pinganillo en la oreja y gafas de sol, listo para seguirme si yo decidía hacer lo que dije que haría.

Milmillonarios y tal; por desgracia, la seguridad era necesaria. Yo había convencido a mi padre para que mantuviera solo un guardaespaldas para mí, pero *no* tener ninguno nunca fue una opción. Easton tenía dos, porque era un niño, y ya se habían desplegado por el lugar.

Incluso podía pasar desapercibida en la universidad —y gracias a Dios por eso—, ya que mis compañeros rara vez se daban cuenta de que el apellido del tío blanco milmillonario que siempre daba conferencias era el mismo que el de la chica negra aplicada que anotaba todo lo que el hombre decía; aun así, quien quiere hacer daño *siempre* encuentra una manera.

En realidad no necesitaba ir a las exposiciones, pero me gustaban, aunque ya hubiera oído a mi padre ensayar para todas las conferencias que dio desde que nací.

Sonreí para mí misma, cogí el móvil y le mandé un mensaje a Tici, mi secretaria. El entrenamiento solía durar una hora, por la franja de edad de los jugadores, y le pedí que me aplazara la agenda durante ese tiempo.

Mi padre haría eso, y la señora Fitzroy no iba a dictar cómo me relacionaría con mi familia. Ya mandaba en demasiadas cosas.

Vi a Dennis moverse para evitar algo, pero fue demasiado tarde, porque una horda *irracional* de niños salió del vestuario riéndose a carcajadas y corriendo, gritando, riendo y empujándose mientras iban hacia dentro de la arena, casi tirándome al suelo como una manada. Mi hermano no estaba entre ellos, probablemente aún se estaba cambiando, pero no me quitó el susto.

Dennis apartó la cara con una risita mientras yo solo esperaba a que el grupo letal pasara junto a mí, y entonces vino la parte más graciosa.

Un tío que, al parecer, tenía mi edad, vestido con ropa de entrenamiento de gimnasio, pero con patines, parecía aterrorizado mientras corría fuera del vestuario con las manos en la cabeza y los ojos abiertos de par en par.

Apenas me vio; gritaba para que los chicos hicieran una fila y entraran de forma respetuosa en la pista, sin empujarse. La voz le salió chillona. La desesperación le *gritaba* por los poros.

—¡Los niños no te van a respetar si les gritas! —dije en voz alta, llamando su atención antes de que desapareciera hacia dentro de la arena de verdad; él me miró, sorprendido, parado en la puerta que, en días de partidos oficiales, tenía seguridad—. Solo comento. Tienes que encontrar otra forma de hacer que te escuchen.

El tío era alto y guapo, eso tenía que admitirlo. Debía de medir, como mínimo, diez centímetros más que yo, además de parecer enorme incluso a varios metros de distancia. A pesar del gesto hosco, nervioso y confuso, podía ver que su rostro era suave, incluso con la barba sin afeitar.

Había algo inquietante en él, pese a eso. Como si fuera una caja bonita a punto de explotar.

Parpadeó, como si solo entonces se diera cuenta de mí allí, y frunció el ceño con tanta fuerza que vi tres pliegues surgir en medio de su frente. Abrió y cerró la boca y luego asintió.

—Es mi primer día.

Asentí como un reflejo suyo.

—Se nota —no pude evitar la provocación—. Vas a aprender a lidiar.

—O no —añadió, con un deje de nerviosismo estallándole en la voz.

—O no —confirmé.

Apretó los labios, como si viera su propia muerte ante la posibilidad de no ser capaz de lidiar con aquello.

Cuando se dio la vuelta para seguir su camino, mi sonrisa murió.

Claro que sí.

Se giró para lanzarme una última mirada, pero enseguida recordó que tenía un pandemonio que resolver y desapareció hacia dentro de las puertas de las gradas y la pista.

Debería haberme fijado antes en el toro enorme en la parte delantera de su camiseta, en vez de preocuparme por analizarle la cara bonita. Los jugadores de hockey son un problema. Varias amigas mías tuvieron el corazón roto por ellos, sin contar todo lo mencionado antes. *Violentos, brutos, innecesariamente arrogantes*.

Puede que no me importara el hockey, pero me importaba la rivalidad.

En su espalda llevaba estampado, enorme, *"University of Northride, Hockey Team".*

Y justo encima, un enorme "BARLOW".

DEFENSA PERFECTA llega el 27/03 a Amazon y a Kindle Unlimited.

Para estar al tanto de lo que viene, ¡no te olvides de seguirme en Instagram! @cleliakm

AGRADECIMIENTOS

Estos agradecimientos van a acabar siendo una mezcla de agradecimientos y desahogos, y quería empezar con el desahogo. Al principio del libro, si leíste las notas de la autora, habrás notado que fue un proceso bastante difícil escribir este libro.

No porque no me guste la historia ni nada así; amo la historia y, sobre todo, amo a Aurora y a Trey. La gran cuestión es que, el 1 de enero, perdí a mi padre. Estoy escribiendo esto cinco meses después, el 1 de junio. Tenía un lanzamiento previsto para febrero, *Foxwood*, y, obviamente, lo pospuse un mes. Cuando publiqué el libro en marzo, claro que soñaba con un lanzamiento exitoso y con que pudiera ser el punto de inflexión de mi carrera, pero soy muy de tener los pies en la tierra; aun así, pasó: llegó el punto de inflexión y *Foxwood* hizo posibles muchas cosas que antes no podía.

Con el fallecimiento de mi padre, el éxito de *Foxwood* y, después, mi abuelo materno, ingresado durante más de un mes en el hospital, en un estado bastante complicado, era de esperar que mi cabeza fuese una locura, y fue con esa locura con la que escribí *Jugada de Maestro*. Y, obviamente, la pérdida de mi abuelo fue otro golpe de la vida que, honestamente, todavía ni siquiera he conseguido procesar bien.

Pero no fue solo esa locura lo que pasó durante el libro. Suelo escribir mis libros con muchos borradores: tengo ideas de muchas escenas, las junto en orden cronológico y las adapto (la mayoría de las veces) cuando de verdad escribo las escenas, y voy uniéndolas hasta llegar al siguiente borrador, según mi resumen del libro. Esa parte técnica quizá no sea tan fácil de visualizar para los lectores, pero, si otra autora anda por aquí leyendo, seguro que entiende lo que quiero decir. Con *Jugada de Maestro* no hice nada de eso.

Tenía muy pocas partes siquiera resumidas; solo tenía algunas escenas esbozadas y el libro entero se fue escribiendo, básicamente, en el momento en que yo llegaba a la escena, solo sabiendo adónde quería llegar aquí y allá, según mi resumen, y eso no es, en absoluto, algo poco profesional ni nada así: es solo algo que nunca

he hecho. Rara vez escribo con tan pocos borradores y solo con el esqueleto del libro imaginado, y eso fue lo que pasó con *Jugada de Maestro*.

Eso significa que, sumando toda la confusión en mi cabeza, junto con la tristeza por mi padre y la felicidad por *Foxwood*, además de la preocupación por todo el resto de mis problemas familiares (¡y lidiar con el papeleo burocrático post mortem es un coñazo!), tenía un libro escribiéndose de una manera que nunca había escrito antes. Me enorgullece muchísimo decir que también funcionó, que hoy sé que puedo escribir de las dos formas, pero durante muchos momentos me dejó súper insegura, lo cual también es normal en cualquier lanzamiento.

Lo que quiero decir con esto es que... Solo estoy feliz de estar aquí, escribiendo estos agradecimientos incluso con todas las dificultades, porque me siento muy satisfecha por haber escrito este libro, hacer lo que amo y haber conseguido sacar adelante este lanzamiento. Significa el mundo para mí.

Por eso (y mucho más), me gustaría dar las gracias a todo el mundo que me apoyó en este momento *tan* difícil que fue volver a escribir: mi primer libro escrito después de perder a mi padre, la persona que siempre me animó muchísimo con la lectura y que, por desgracia, nunca va a poder ver que tuve éxito con mi sueño; al menos no aquí conmigo, solo desde la distancia.

Un enorme "gracias" también para el "tipo de ahí arriba", que es Dios. Sé que sin Él las cosas serían muy diferentes, y yo no sería ni la mitad de lo que soy.

Para las chicas (¡y betas!) que lo siguieron todo a diario, desde antes incluso de que *Jugada de Maestro* se convirtiera en JM, sí, cuando era "Mini Raivoso", después "Odio en el Hielo 1", hasta que se convirtió en *Jugada de Maestro*: Maris, Isa, Ju (@itsjutomasia), Kate, Yas, Sthe y Bea (@bealeituras), ¡gracias DE VERDAD por todas las palabras, las rayadas, la sinceridad, las reacciones, los tirones de oreja, las apuestas sobre cuál sería el tamaño del libro (¡dije que no iba a llegar a quinientas páginas A4!), gracias, gracias, gracias!

Gracias por la motivación y por la comprensión también. Sin vosotras este libro no existiría como existe y, sinceramente, no voy a agradecérselo a cada una por párrafo porque VOSOTRAS SABÉIS que nos pasaríamos muchísimo tiempo aquí debatiendo cosas impropias para menores de dieciocho años. Pero ya sabéis... Sin vosotras no sería lo mismo.

Un "gracias" extra, eso sí, a Bea (@bealeituras), que también se puso al frente como mi asesora y me cambió la vida con eso, ya que este libro nunca llegaría en un plazo razonable si ella no hiciera su trabajo tan bien. Tanto como beta, pero especialmente como asesora y amiga, aunque esto último no sea un trabajo (claro, jeje). Gracias por ser fenomenal en todo lo que te propones hacer y, en especial, por la sinceridad sobre en qué cosas había que mejorar y, también, cambiar. Y gracias por las risas y el llanto (jajaja Dios bendiga tus *selfies* llorando al final del libro).

Un enorme "gracias" a la gente que produce contenido de hockey en el *hockeytok*, pero, en especial, a la cuenta *Falo Sobre Hóquei* (@esportesdemenininhas), que me aclaró un montón de dudas cuando estaba empezando a escribir el libro y apenas tenía idea del mundo increíble en el que acababa de sumergirme. Por desgracia, me perdí algunos partidos de mi equipo para poder escribir el libro, pero espero poder seguir toda la próxima temporada entera.

Para las chicas del *bookgram*, *booktok*, *booktwitter* y todas las *bookinfluencers* en general, ¡MUCHÍSIMAS gracias por abrazar mis tramas y, en especial, apoyar estas historias que significan tanto para mí! ¡Gracias por abrazar también a Aurora y a Trey! Ni siquiera sabíais el nombre del libro y ya estabais ahí, con ganas de él, y no podría estar más agradecida por eso <3

Para mis amigas, por el apoyo, por las rayadas, por las ideas (!!! ¡Algún día voy a escribir una "Bella", Isa! JAJAJA, algún día...), por todo, de verdad. Gracias <3 Incluso por, más o menos, obligarme a salir de casa durante la escritura de un libro. Ayuda, aunque también estorbe, jajajajaja: gracias de verdad, Helo e Isa.

Para todo el mundo que abrazó la idea de *Jugada de Maestro*, pero, en este caso, ¡los profesionales que hicieron esa idea aún más real! Gabi, con su revisión fenomenal, que siempre es mucho más

que la de una revisora: es una amiga que se desquicia junto con los personajes <3; Tacy y sus artes increíbles; Asy con su arte fenomenal; Nina, que abrazó los logos locos, las mascotas preciosas y cualquier dibujo aleatorio que se me ocurriera; y Beaz y el arte precioso, que lo petó, y ¡que entregó esta portada fenomenal!

Por último, no porque sea menos importante, sino porque quiero tomarme mi tiempo: para los lectores. Siempre hay algunos lectores que marcan mucho, y sé que vosotros sabéis quiénes son, porque hablo casi todos los días con vosotros, pero esto también va para todos los lectores en general: estas historias solo son posibles, solo son reales, solo se convierten en sueños que se hacen realidad porque VOSOTROS creéis en mí y en ellas, porque les dais el voto de confianza a una historia nueva que puede entregarlo todo o nada.

Vosotros hacéis posible que yo viva de lo que más amo hacer, que es escribir, y no hay manera de expresar cuánto significa eso para mí y lo importante que es, excepto escribiendo libros que yo de verdad ame y en los que lo haya dado todo para que lleguen al mundo de la mejor forma posible.

Gracias. Gracias a todo el mundo mencionado y no mencionado. Como ya he dicho en algunos agradecimientos, las historias que contamos son fruto de toda nuestra vivencia, y es imposible agradecer a todas las personas que forman parte de esa vivencia, pero sabed que cada persona es importante a su manera.

No mencioné a mis padres en ningún agradecimiento hasta ahora, pero esta vez me gustaría agradecer a mi madre. Ella no leerá esto (y espero que no lea ninguno de mis libros, AHAHAHAHA), pero sé que sabe lo importante que es la escritura para mí y su comprensión al respecto significa el mundo para mí, aunque no entienda del todo lo que eso significa (y me haya preguntado entre tres y cinco veces hasta ahora cuál es el nombre de mi editorial, hasta que lo entendió).

Y, por último, para la persona que, por desgracia, nunca podrá leer esto: gracias por haberme comprado aquel estuche de libros de *Crepúsculo*, papá. Tu niñita va a echarte de menos el resto de su vida, pero espero que puedas descansar y encontrar tu paz ahora. Te amo.

Gracias, lector, por haber llegado hasta aquí. Por confiar en mi trabajo. Por creer en mí. Por enamorarte tanto como yo de mis personajes y de sus historias.

Espero poder seguir por aquí durante mucho, mucho tiempo. Y espero veros por aquí también.

Con amor,
Clélia

SOBRE LA AUTORA

Clélia Kruschinski Müller (o Clélia K. M., o CKM) empezó en las *fanfics* allá por 2010, con solo doce años, y usó diversos seudónimos desde entonces, antes de quedarse con su nombre real, siendo el seudónimo más conocido Cams LaFont.

En 2014, a los dieciséis años, se dio cuenta de que algunas de sus historias eran lo bastante buenas como para convertirse en libros, cuando tuviera más experiencia, y eso fue lo que pasó.

Al cumplir dieciocho años, decidió publicar su primer libro —*Entre o Poder e a Máfia*—, que nació de una fanfic de Justin Bieber, hoy dando nombre a la serie "*Runaway Love*"; el libro solo llegó a publicarse en 2019, con veintiún años. *Entre o Poder e a Máfia* está en proceso de relanzamiento en una segunda edición, al igual que el segundo libro publicado de la autora, *Mais Parecidos*, que también era, originalmente, una *fanfic* de Justin Bieber.

Manézinha da ilha —nacida en Florianópolis, SC—, Clélia es una apasionada de los animales en general, pero con un amor específico por los gatos. Siempre quiso tener un caballo (pero nunca lo tuvo y ni siquiera sabe montar bien), es adicta al café y a los K-dramas, además de estar graduada en Administración Pública. Su mayor sueño es poder vivir de la escritura y convertirse en una autora *best seller*.

Contra a Maré fue su romance de reestreno, con planes fijos de mantenerse solo con comebacks, sin desapariciones recurrentes. *Foxwood* es la prueba de eso. *Jugada de Maestro* es la garantía.

PARA SEGUIR MÁS DE MI TRABAJO Y ESTAR AL TANTO DE LOS PRÓXIMOS LANZAMIENTOS, en *Instagram*:
@cleliakm

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES

Sin estas personas y su participación activa en la producción del libro o en sus partes, este definitivamente no estaría aquí.

LECTORES BETA

Beatriz Tiemi Kawano

Isadora Rabellais

Júlia Tomasia e Silva

Katherine Neri

Mariana Lima

Sthefany A. Bezerra

Yasmim Silveira

REVISIÓN (portugués)

Gabrielle Andrade

TRADUCCIÓN

Gustavo Henrique

ILUSTRACIONES

Asy (@asyilustra)

Beaz (@beazpc)

Tácyla Priscila (@tacylapriscila)

IMÁGENES EN EL INTERIOR

Nina Cordeiro (@cordeiro_niina)

Copyright © 2024 Clélia Kruschinski Müller

NOTAS Y LEGENDAS

[1] El *Draft* es como se llama el periodo posterior a la secundaria en el que los jugadores de hockey de entre 18 y 21 años pasan por una especie de selección de la NHL y pueden ser seleccionados por los equipos, quedándose en la NHL o en equipos de otras ligas (la AHL, por ejemplo), entrenando más para, quién sabe, conseguir una plaza en la NHL la temporada siguiente.

[2] NHL Significa "National Hockey League", la liga nacional de hockey, compuesta por equipos de Estados Unidos y Canadá.

[3] Finales del hockey universitario, que *no* forma parte de la NHL. El hockey universitario está gestionado por otra liga, la NCAA (National Collegiate Athletic Association), y el *Frozen Four* es el campeonato de la liga universitaria y ganarlo es el objetivo de todo jugador de hockey en la liga universitaria.

[4] Los equipos de hockey tienen seis jugadores sobre el hielo, siendo uno de ellos el portero.

[5] La carrera de Derecho (Law) en Estados Unidos dura de tres a cinco años, dependiendo del programa y de la universidad.

[6] La Stanley Cup es el trofeo que se entrega al equipo vencedor de los *playoffs* de la NHL. En el libro, se llamará "*Stanley Cup*", sin traducir.

[7] Término genérico para referirse a las esposas (y parejas) de atletas.

[8] La canción es Have Mercy, de Chlöe.

[9] Se considera un término peyorativo para mujeres que se acercan a los jugadores de hockey solo por ser jugadores de hockey; sigue la misma lógica que "maria chuteira" con jugadores de fútbol.

[10] Se dice que un equipo está en "*power play*" cuando el equipo rival tiene uno o más jugadores menos sobre el hielo por estar cumpliendo una penalización de tiempo según la falta que cometieron.

[11] "*Bull*" es toro en inglés.

[12] En el hockey, se permite la "pancadaria", siempre que se sigan algunas reglas. Solo pueden usarse los puños, por ejemplo.

[13] "Hockey East" (Hockey Este) es el nombre de la conferencia en la que Scadelton y Northride fueron incluidas ficticiamente para competir en la NCAA hasta llegar al *Frozen Four*, donde la competición involucra a todas las

conferencias del país, según su propia clasificación y la puntuación de cada equipo en las conferencias.

[14] *It: A Coisa*, en Brasil. It (Eso), en español.

[15] Toronto Maple Leafs.

[16] Uno de los trofeos individuales más importantes de la NHL, que se entrega al jugador considerado más valioso para su equipo.

[17] New Jersey Devils; el equipo tiene su sede en Newark, Nueva Jersey.

[18] New York Rangers; el equipo tiene su sede en Nueva York, Nueva York (también escrito como "Nova Iorque" por la autora).

[19] Calder Memorial Trophy, el trofeo para el novato que más llamó la atención o tuvo el mejor rendimiento del año.